



los
ROSTROS
del
FUTURO

Nuevo país de las letras

COMPILADOR Antonio López Ortega



Nuevo país
de las letras



Nuevo país *de las letras*

COMPILADOR **Antonio López Ortega**



Índice

Muchos y magníficos escritores

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

Presidente de la Junta Directiva de Banesco Banco Universal

El arte de perseverar

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

Editor y compilador

Criterio de esta edición

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

.....

Carlos Ávila *•Yo no me siento un escritor de oficio•* 13

Delicuescencia • Carlos Sandoval 23

Willy Mckey *•La escritura es un fracaso constante•* 25

Mapa de Vida • Diómedes Cordero 35

Ana García Julio *•Vivo en otro tiempo•* 37

Camino a la posmodernidad • Ednodio Quintero 47

Daniela Jaimes-Borges *•Puedes convertir el dolor en belleza•* 49

Mirar desde el dolor • Fedosy Santaella 59

Graciela Yáñez Vicentini *•Para dialogar no hay como la noche•* 61

La mirada especular • Gabriela Kizer 71

Jairo Rojas Rojas *•La escritura es un mandato•* 73

Carácter espectral • Luis Moreno Villamediana 83

Jesús Miguel Soto *•Intento depurar cada párrafo•* 85

Dramas con sordina • Luis Yslas 95

José Delpino *•La escritura es contaminación•* 97

La palabra seductora • Arturo Gutiérrez Plaza 107

Natasha Tiniacos	· <i>La mujer es el género del futuro</i> ·	109	Marianne Díaz Hernández	· <i>Escribo para explicarme el mundo</i> ·	265
	<i>Meditada exploración</i> · Luis Miguel Isava	119		<i>Magia envolvente</i> · José Napoleón Oropeza	275
Rodrigo Blanco Calderón	· <i>Escribo para callar las voces</i> ·	121	Néstor Mendoza	· <i>Con la poesía no tengo miedo</i> ·	277
	<i>Viejo oficinista</i> · Nelson Rivera	131		<i>La nueva objetividad</i> · Alejandro Oliveros	287
Alejandro Sebastiani Verlezza	· <i>La poesía lo desborda todo</i> ·	133	Víctor Alarcón	· <i>Los escritores no dejamos mensajes</i> ·	289
	<i>Lujo verbal</i> · Armando Rojas Guardia	143		<i>Honda marginación</i> · Rubi Guerra	299
Gabriel Payares	· <i>Yo escribo para ordenar</i> ·	145	Alejandro Castro	· <i>No sé si soy yo el que habla cuando escribo</i> ·	301
	<i>Voz propia</i> · Ana Teresa Torres	155		<i>El verso insurrecto</i> · Rafael Castillo Zapata	311
Hensli Rahn Solórzano	· <i>La escritura es una válvula de escape</i> ·	157	Francisco Catalano	· <i>Ser poeta es una religión</i> ·	313
	<i>Aritmo de percusión</i> · Óscar Marciano	167		<i>Poesía verbal y escénica</i> · Vicente Lecuna	323
Mario Morenza	· <i>La literatura es el alma codificada de un país</i> ·	169	Zakarías Zafra	· <i>Escribir es la forma que tengo de hablarme</i> ·	325
	<i>Brillante hibridismo</i> · Miguel Gomes	179		<i>Desde las heridas</i> · Freddy Castillo Castellanos	335
Víctor García Ramírez	· <i>Veo la literatura como un objeto conceptual</i> ·	181	Adalber Salas Hernández	· <i>El lenguaje es la muerte</i> ·	337
	<i>Fértil visión</i> · Harry Almela	191		<i>Genio y figura</i> · Manuel Borrás	347
Santiago Acosta	· <i>El poeta debe deshacer el camino andado</i> ·	193	Enza García Arreaza	· <i>Escribir nunca me ha salvado de nada</i> ·	349
	<i>Entre los erizos</i> · Alfredo Chacón	203		<i>Mirada despiadada</i> · Gisela Kozak	359
John Manuel Silva	· <i>Me interesa el tema de los perdedores</i> ·	205	Pedro Varguillas	· <i>Siento que tengo un deber</i> ·	361
	<i>Sin redención posible</i> · Héctor Torres	215		<i>Continuo cuestionamiento</i> · Julieta Omaña	371
Miguel Hidalgo Prince	· <i>Un cuento parte de una acción mínima</i> ·	217	Camila Ríos Armas	· <i>La poesía hace del mundo un lugar más amable</i> ·	373
	<i>Tributo a la contracultura</i> · Ángel Gustavo Infante	227		<i>Errancia con sentido</i> · María Antonieta Flores	383
Reinaldo Cardoza	· <i>La realidad tiene sus dobles</i> ·	229	Delia Mariana Arismendi	· <i>Cuando escribo siento que estoy actuando</i> ·	385
	<i>Cuidadosa escritura</i> · Violeta Rojo	239		<i>Seres abyectos</i> · Carolina Lozada	395
Diego Arroyo Gil	· <i>La memoria mítica es la que más me interesa</i> ·	241	Luis Perozo Cervantes	· <i>Escribir es una manera útil de estar vivo</i> ·	397
	<i>Biógrafo de la herencia cultural</i> · Elisa Lerner	251		<i>Erotismo punzante</i> · Miguel Ángel Campos	407
Franklin Hurtado	· <i>La escritura es una manera más profunda de estar solos</i> ·	253	Raquel Abend van Dalen	· <i>Soy pura palabra</i> ·	409
	<i>Palabra a la defensiva</i> · María Fernanda Palacios	263		<i>Mundanía citadina</i> · Igor Barreto	419

Este libro ha sido editado
por la Vicepresidencia Ejecutiva
de Comunicaciones y RSE
de Banesco Banco Universal C.A.
y la Fundación ArtesanoGroup

PRODUCCIÓN GENERAL

Vicepresidencia Ejecutiva
de Comunicaciones y RSE
de Banesco Banco Universal C.A.

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

Fundación ArtesanoGroup
Carmen Julieta Centeno
Sudán Macció

COORDINACIÓN EDITORIAL, COMPILACIÓN

Y EDICIÓN DE TEXTOS

Antonio López Ortega

DISEÑO

Verónica Alonso Suárez

CORRECCIÓN

Alberto Márquez

IMPRESIÓN

Gráficas Lauki

EDICIÓN 1.000 ejemplares

Depósito Legal: DC 2016000906

ISBN: 978-980-6671-09-6

© Banesco Banco Universal, C.A.

Impreso en Caracas, Venezuela, 2016

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño
de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o
transmitida de manera alguna ni por ningún medio,
ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o fotocopia sin permiso previo del editor.

Muchos y magníficos escritores

Este libro propone un viaje, cuyo único requisito previo es el deseo de descubrir. Quienes acepten la invitación y lo recorran de principio a fin, no solo cerrarán su última página con satisfacción, sino que querrán continuar la búsqueda que han iniciado. Querrán leer más. Y es que estas páginas, en su estimulante trasfondo, están unidas a muchas otras: a los libros que estos jóvenes ya han publicado y a los que muy pronto publicarán, los 34 autores que aquí se presentan, que tienen en común haber nacido en la década de los ochenta del siglo pasado.

Hace un año, en diciembre de 2015, presentamos el titulado *Nuevo país musical*, con la misma expresa voluntad de ofrecer un mapa de las múltiples novedades que se están produciendo en el complejo, abigarrado y variopinto universo de la música creada en Venezuela, en sus múltiples géneros. Quien compare los relatos de aquel libro de músicos con este de escritores, posiblemente detectará numerosas similitudes y diferencias.

Una de las evidentes diferencias resulta inocultable: mientras los primeros pasos de los nuevos músicos ocurren con la participación y el apoyo de la familia y los docentes, los primeros textos de los escritores son, por lo general, secretos frutos de la adolescencia, que aparecen de forma simultánea o en interrelación con otra de las más significativas experiencias de la soledad, que es la de leer. Este *Nuevo país de las letras* es, en su riquísima textura, una recopilación de relatos sobre el fascinante tejido que, a lo largo del tiempo, 34 personas han construido en la práctica de leer y escribir, de escribir y leer.

Pero hay otra dimensión en esta travesía que merece la mayor atención: la utilización plenamente consciente de cada palabra, presente en cada una de las entrevistas. Quizás sea este el mayor de los placeres que nos obsequian estas páginas: la precisión con que se usa el idioma. No hay una línea aquí que no rebose dignidad, no hay una línea que no sea expresión de un intenso amor por la lengua española.

Puesto que se trata de un libro que reúne experiencias de vida, cada una guarda su propio registro, su propia vitalidad, su propio modo de escenificarse. Los entrevistadores cumplen aquí el papel que corresponde al mejor periodista: hacer posible que cada uno de estos jóvenes autores narre cómo se conectó con la literatura, cómo se produjeron los primeros textos y cómo, en un momento que será siempre inolvidable, esos empeños adquirieron la forma del primer libro. Desde esa perspectiva, todas las entrevistas remiten a momentos

decisivos en las trayectorias de los autores. Contienen la emoción irreducible de la primera obra publicada.

Además de las emociones implícitas, este *Nuevo país de las letras* es un libro cargado de sensibilidades, matices, preguntas abiertas y puntos de vista. Cuando Carlos Ávila se pregunta si, en efecto, él puede considerarse a sí mismo un escritor de oficio; cuando Ana García Julio habla de su gusto por los géneros híbridos; cuando Graciela Yáñez Vicentini narra su experiencia con los heterónimos; cuando Jairo Rojas Rojas sugiere a Goya o a El Bosco como imágenes del país, estos son apenas unos pocos ejemplos de los muchos pensamientos e incitaciones que nos desafían y nos gratifican como lectores.

En la medida de lo posible, *Nuevo país de las letras* es un producto editorial concebido para presentar, del modo más amplio y riguroso, a cada joven autor. Además de la entrevista correspondiente, se ofrece aquí una breve presentación, retratos y un texto creativo de cada uno. Más de cien personas —entre periodistas, fotógrafos y presentadores— aportaron algo de su respectivo oficio, para que la peculiaridad de cada voz, para que la condición única de cada relato, para que la condición excepcional e irrepetible que tiene la experiencia creadora, se expusiera aquí del modo más generoso.

Si este libro tuviese la facultad de conectar a estos escritores con nuevos lectores; si esta recopilación sirviese para promover el trabajo de estos novísimos creadores venezolanos, entonces podremos afirmar que hemos sumado un aporte más al propósito de Banesco de ser siempre un activo agente en la construcción de un mejor país: un país con muchos y magníficos escritores, un país que multiplica el número de sus ciudadanos lectores.

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

*Presidente de la Junta Directiva de
Banesco Banco Universal*

El arte de perseverar

Es poco lo que este libro no refleja. Su registro va desde emociones profundas hasta revelaciones, desde confesiones hasta análisis de todo orden. Estos jóvenes escritores han madurado más de la cuenta, parecen mayores de lo que son. Nacidos todos en la década de los años ochenta, les ha tocado un entorno hostil, un país desmembrado. No lo han tenido fácil, y lo que hoy son responde a su propia hechura, al esfuerzo indoblegable que los anima. El entorno familiar, las amistades, las casas de estudio por donde han pasado han ayudado, pero no han sido determinantes. Una remota profesora de castellano, en tiempos de educación primaria, ha podido encender un chispazo; una lectura en bachillerato ha podido torcer una voluntad; la entrada en una librería de textos infantiles ha podido inducir tendencias desconocidas. Hay entornos sociales que son proclives o adversos, hay procesos educativos que son buenos o insuficientes, hay casas que tienen libros y otras que no los tienen, y sin embargo, lo que determina una vocación sigue siendo un misterio: surge a veces por los costados del sentido, o a veces de manera frontal, o a veces por accidente.

Los que más años tienen llegan a 35; los que menos, no pasan de 25. Se conjugan todo tipo de carreras: humanistas, científicas o técnicas. Las definiciones genéricas, esencialmente, abarcan a poetas, narradores y ensayistas, pero también a autores que están cerca del teatro, del periodismo, de la crónica, de las artes visuales o de los nuevos lenguajes, como el *performance*. Sorprende descubrir la cantidad de autores que estudian o trabajan en el exterior, casi una tercera parte de la muestra, pero anima comprobar a los que residen fuera de la capital: en Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, Mérida, Puerto La Cruz o Cumaná. Hay espíritus grupales y otros que son solitarios, hay quienes escriben de día y otros que prefieren la noche, hay quienes leen en público y otros solo en privado. En síntesis, heterogeneidad, diversidad y complejidad. La variedad hace la riqueza.

El cúmulo de talentos no deja de ser asombroso; las visiones de mundo, complejas; la reflexión sobre la propia obra, admirable; y los balances de vida descritos con escalpelo, con un sentido crítico o autocrítico que no concede licencias. Son rigurosos, exigentes, por momentos obsesivos. Leen todo lo que pueden y quieren cubrir todas las asignaturas pendientes. Les duele el semejante, la sociedad, el país. Tienen un temple que va más allá de la sensibilidad, como si el sufrimiento los curtiere, pero nunca son indiferentes. Conscientes de que la realidad es mayoritariamente problemática, la imaginación no viene al auxilio como una sustancia boba, sino como argamasa para afinar el entendimiento y hacer de la escritura una palanca de transformación. Creen sin dudarlo que, yendo hacia adentro, comprenden mejor el afuera.

La poesía es operación de transmutación: esto es aquello; y la narrativa, al fabular, lejos de construir mundos alternos, arroja claves para interpretar lo que se nos escapa a diario sin que sepamos con qué relacionarlo.

Por encima de todo, o por debajo, lo que los une es un sentimiento profundo de perseverancia: de que no pueden ver hacia atrás, de que no pueden lamentarse, de que no pueden darse tregua. El tiempo no se lo prestan; lo construyen. El ánimo no llega; deben forjarlo. La sensibilidad nunca es sensiblería; más bien hondura.

Este libro es un retrato en familia, que pese a las adversidades deja un testimonio difícil de forjar. Su lectura en presente es importante, pero quién sabe si hacia futuro será todavía más significativa. De las generaciones anteriores es difícil encontrar una huella semejante. Los testimonios llevan también un sentido de compromiso, que de alguna manera se debe honrar. Todos aspiran a dejar lo mejor de sí mismos, en el plano de la creación, pero también todos están conscientes de sus limitaciones. Aspirar a más está en la naturaleza de todos, pero no como ambición, sino como hondo sentido de responsabilidad. Hacerlo cada vez mejor crea una onda de choque que también incide en el entorno.

En la forja de esta promoción, hay elementos que coinciden: la importancia de las escuelas de letras, los mentores cercanos, la red de talleres de escritura, la cercanía de autores mayores, los libros que han estado al alcance, las editoriales cercanas a las voces emergentes, las cofradías que impulsan recitales o convocan a valoraciones. Todo esto crea una red desde la cual impulsarse, aunque los medios públicos sean pocos, por no decir insuficientes. Veremos el alma de estos autores, apreciaremos sus ideas, daremos cuenta de sus obsesiones. Los credos, las opiniones, las visiones, las poéticas. Qué autor siguen, qué lectura los desvela, qué proyectos tienen, qué horizontes persiguen.

Las entrevistas se han logrado por el excelso grupo de periodistas que las han hecho; las imágenes de los jóvenes son el fruto de largas sesiones con los mejores fotógrafos; los textos de valoración firmados por grandes autores remiten a una compañía afectiva pero también exigente. A esto deberíamos sumar los cuidados del diseño, el celo de la corrección y las exigencias de impresión. En síntesis, un gran grupo de profesionales que se esmera por ofrecer la mejor cara del futuro.

Este *Nuevo país de las letras* es un continente que nos trae un nuevo género humano: los escritores del porvenir. Por sus actos los conoceréis. Una parcela destinada a ser un nuevo territorio: el de las revelaciones y el imaginario, el de las apuestas y los juicios, el de las afirmaciones y las sentencias. Belleza y tragedia bajo un solo abrazo, verdad y desazón como un solo soplo, vida y muerte como el único de los dilemas. Llega la hora de las nuevas voces, llega la hora de las palabras inolvidables, llega la hora del nuevo país.

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA
Editor y compilador

Criterio de esta edición

Este proyecto no se ha concebido como una antología o una compilación. Responde más bien a la intención de mostrar a los representantes de un período, y específicamente a los escritores venezolanos nacidos en la década de los años ochenta. En tal sentido, no están todos los autores que han debido estar. Hubiéramos querido incluir a un número mayor, porque el talento sobra, pero tuvimos que atenernos a los límites propios de un proyecto que tiene paginación definida según la colección a la que pertenece, en este caso «Los rostros del futuro». Sin embargo, para que la selección fuera lo más amplia y transparente posible, recurrimos a un número importante de escritores que, más allá de su propia obra, mantienen un seguimiento y un interés constante por lo que ocurre en el nuevo panorama de la creación literaria venezolana. Vale la pena citarlos y, de paso, agradecerles su decidida contribución: Ana Teresa Torres, Armando Rojas Guardia, Carlos Sandoval, Diómedes Cordero, Edda Armas, Ednodio Quintero, Freddy Castillo Castellanos, Gina Saraceni, Harry Almela, Miguel Ángel Campos, Miguel Gomes, Nelson Rivera, Norberto José Olivar, Óscar Marcano, Rafael Castillo Zapata, Rubi Guerra y Victoria de Stefano.

La selección final quedó constituida de la siguiente manera: a cada uno de los escritores invitados le pedimos su listado personal con la única premisa de que se tratara de jóvenes escritores nacidos en los años ochenta. Recibimos los respetivos listados, unos más extensos y otros más cortos, y de seguidas construimos una matriz donde cruzamos todos los votos. El criterio de selección se basó en elegir a todos los autores que tuvieran al menos dos votos de coincidencia, esto es, dos votos de jurados distintos. Y esto nos llevó finalmente a la cifra de 34 autores, que son los que se incluyen en el libro. A partir de allí nos tocó armar los equipos de periodistas y fotógrafos (un total de 68 profesionales basados en Venezuela pero también en el exterior), quienes estuvieron a cargo de escribir las entrevistas o relatos de vida y de retratar en sus múltiples facetas a estos nuevos autores. Mención aparte merecen las piezas creativas que cada uno de ellos cedió como muestra de trabajo y las notas de valoración que se les encargaron a escritores de talla, quienes voluntariamente quisieron estampar sus juicios sobre estas obras nacientes.

A todos los que participaron en esta obra, tanto autores seleccionados como profesionales del periodismo, de la fotografía y de la literatura, nuestro permanente agradecimiento.

A. L. O.





Carlos Ávila

«Yo no me siento un escritor de oficio»

Nacido en Caracas, en 1980, es licenciado en Letras de la Universidad Central de Venezuela y magíster en Literaturas Española y Latinoamericana de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado los libros de cuentos *Desde el caleidoscopio de Dios* (2007) y *Mujeres recién bañadas* (2009). Fue ganador de la XX Biental José Antonio Ramos Sucre (2015), mención Narrativa, con el libro de relatos *El giro animal*. Actualmente reside en Buenos Aires, Argentina.

TEXTO GUSTAVO VALLE | FOTOS MARTÍN CASTILLO

Alto, desgarrado, con una mochila colgando del hombro, Carlos Ávila espera en una esquina de la avenida Santa Fe de Buenos Aires. Su aspecto blanco, de ojos claros, no coincide con el estereotipo ni con los prejuicios: algunos no adivinarían que proviene de una zona popular como Caricuao, al oeste de Caracas, donde vivió hasta los treinta años. Un profesor de la Escuela de Letras, quizás algo prejuiciado, se sorprendió de que alguien con esa «pinta» se le ocurriese estudiar literatura. «Pienso que la lectura de mis cuentos provocaban esas ideas. A veces resaltan los prejuicios de los otros antes que los míos.» Muchos años más tarde, cuando Carlos llega a Buenos Aires para hacer una maestría, una profesora argentina le dijo: «No pareces venezolano».



«MI MADRE ES LA MAYOR DE SIETE HERMANAS, Y ME PARIÓ MUY JOVEN. CREcí JUNTO CON MIS ABUELOS Y ESAS SIETE MUJERES EN UN APARTAMENTO DE TRES HABITACIONES»

«Mis primeros treinta años los viví en Caricuao —dice mientras sorbe un café con leche y muerde una medialuna con jamón y queso—. Específicamente en colinas de Ruiz Pineda, un territorio que yo denominaría insular, pues está separado de Caracas y unido solo por la autopista Francisco Fajardo. Ahí crecí, al lado de un estacionamiento y de un templo adventista que ocupaba la mitad de una plaza. Mis primeros amigos fueron mis vecinos, con los que me cansé de tumbar mangos y cazar chicharras. Recuerdo que fumábamos escondidos.»

A Buenos Aires llegó hace ya siete años, y desde entonces allí vive y trabaja. Sin embargo, como suele ocurrirle a quien decide emigrar, la distancia pronto se convertiría en una máquina del tiempo. Hablamos del inevitable viaje a la semilla: especie de búmeran que al ser

expulsado regresa con más fuerzas: «Al llegar empecé a revisar de una manera más crítica lo que me ha formado: la narración familiar y social».

ZAPATOS PERFECTAMENTE PULIDOS

Como todo buen narrador, Carlos no escapa a la memoria como fuente de su trabajo creativo. Sus cuentos están permanentemente atravesados por esa denominación de origen, que es a un tiempo material para la ficción y archivo vital. «Mi madre es la mayor de siete hermanas, y me parió muy joven. Así que fui el primer nieto. Crecí junto a mis abuelos y esas siete mujeres en un apartamento de tres habitaciones. No podría decir que ellas me criaron, porque mi mamá enfurecería, pero siempre estuve muy cerca de mis abuelos. Me siento como el menor de la camada de los hijos y, al mismo tiempo, como el mayor de la de los nietos.»

Su madre era enfermera, y el recuerdo de su uniforme blanco inmaculado, de sus zapatos perfectamente pulidos, lo acompaña desde siempre. «Salía cuando estaba anocheciendo y volvía por las mañanas. Trabajó en el Materno Infantil de Caricuao, donde nací, y luego en el Hospital de Clínicas Caracas. También fue enfermera doméstica, cuidando a personas en etapa terminal. Cuando tenía diecisiete años, el liceo técnico donde estudiaba la mandó a

hacer unas pasantías en un hospital de Río Chico. Volvió embarazada de su supervisor, un italiano de apellido esplendoroso, Agostini, mi padre biológico, con quien no llegué a vivir.»

La presencia del universo femenino en obras del autor como *Mujeres recién bañadas* es tan sustancial como la ausencia de la figura paterna. «Yo soy Ávila por el apellido del esposo de mi mamá. Pero en verdad no soy Ávila, como tampoco Agostini. Yo realmente siento que mi apellido debería ser Leandro, que es el de mi abuelo materno.»

Al menos dos de sus cuentos gravitan sobre las complejas relaciones con la figura paterna, o con su ausencia: «Morir sin descendencia» y «Por parte papá». De este último, a propósito del pasaje de una novela de Victoria de Stefano, el narrador del cuento afirma: «Mi padre era una abstracción, la figura de un drama». Un cuento con epígrafe de Roberto Bolaño habla por sí solo: «Un padre tiene que estar dispuesto a ser escuchado por su hijo cuantas veces su hijo quiera».

FIGURA SUSTITUTIVA

El abuelo se convertirá en la figura sustitutiva, y alrededor de él se construirá muchos años después todo un universo de invenciones que aún cobra forma. «Mi abuelo fue técnico de la C hasta que lo jubilaron. Su trabajo consistía en instalar líneas de teléfono por toda la ciudad. Después de su jubilación, fue chofer de un muchacho que estudiaba en el Hebraica. Mis primeras visitas a ese colegio me hicieron entender, todavía sin poder ponerlas en palabras, ciertas diferencias de clase. Mi abuela, por otro lado, fue lo que suele llamarse un ama de casa. Nació en La Vega, un pueblo del estado Lara. Su madre la había mandado a casa de una tía en Caracas para que la inscribiera en un colegio, pero aquella tía la puso a trabajar como doméstica en casas de familia. Luego conocería a mi abuelo en El Guarataro, donde ambos vivían.»

Un abuelo alcohólico y también lector... Esa es la imagen que quedó grabada en la memoria del nieto. «Tengo el recuerdo de mi abuelo echado sobre su cama leyendo *Se llamaba SN*, de José Vicente Abreu. También lo recuerdo regalándome *Juntacadáveres* y *El astillero*, de Onetti. De dónde sacó esos libros sigue siendo un misterio, porque apenas si repetía los nombres del llamado *boom*. Como técnico en telefonía local, no contaba con el capital cultural para explicarme nada. Y sin embargo me aclaró muchas cosas, siempre desde cierta lógica inherente a su condición de trabajador incansable.»





«SOY UN LECTOR TARDÍO.
MI PASIÓN DURANTE LA
ADOLESCENCIA FUE LA MÚSICA»

No es desdeñable aventurar un posible puente entre *Se llamaba SN* y el posterior gusto del joven escritor por la década violenta de los sesenta, o entre los libros de Onetti y los cuentos con personajes en los que el fracaso parece siempre gravitar. «¿Cuál es la imagen que uno tiene de Onetti?: la de un tipo acostado en una cama, fumando y leyendo policiales. Pues bien, esa es la imagen que yo tengo de mi abuelo. Un tipo acostado, bebiendo y fumando. Mi abuelo sin duda viene a ocupar una imagen paternal de la que carecí.»

A los siete años ocurre su primer desplazamiento, uno de muchos que lo marcarán de por vida. Fue un viaje a Yaracuy con el esposo de su madre, el papá de su hermana, de quien hereda el apellido. Estuvieron en un pueblo llamado San Pablo un año entero. «Recuerdo una calle de tierra que daba a una quebrada a la que solía ir con mis vecinos. Ahí aprendí a andar en bicicleta. Recuerdo que una tarde salí con mi madre a pasear a mi hermana en el coche y cayó una tormenta. En nuestra desesperación, entramos a una casa que tenía la puerta abierta. Nos recibieron dos chicas que quedaron encantadas con mi hermana. Me enamoré perdidamente de las dos. También recuerdo que no teníamos teléfono, que extrañaba a mis tías y que se iba mucho la luz: veo a mi madre sirviéndome un pasticho de berenjenas al reflejo de las velas.» Ese mismo año, Carlos ganó un concurso de cuentos en la escuela con un relato sobre vegetales y frutas. El cuento enfrentaba a unos contra otras y se asesinaban entre sí. «Nos enteramos porque salió en la prensa. Tengo pendiente visitar algún día alguna de las hemerotecas para ver si lo encuentro.»

Pero esta señal temprana de una futura vocación no tuvo continuidad, al menos no en el corto o mediano plazo. El embrionario escritor vio pasar mucho tiempo hasta que la lectura y la escritura adquirieran un rango de importancia o necesidad en su vida. «Mis tías suelen repetir que se dieron cuenta de que había aprendido a escribir por una carta que le regalé a una vecina. El relato me gusta y me apena al mismo tiempo, porque escribir una carta de amor siempre conlleva cierta belleza, pero al mismo tiempo me pregunto cómo no se daban cuenta de que había aprendido a escribir»

SALIR DE UNA ISLA

El tiempo pasó y el apartamento de Caricuao se fue vaciando. Sus tías se fueron mudando. Nacieron sus primos y también su hermana. Su madre también se fue, pero Carlos permaneció con sus abuelos. Y mientras tanto, la sensibilidad literaria crecía. «Recuerdo con especial agrado a mi maestra de sexto grado. Se llamaba Aura. Le tenía demasiado respeto: cuando me portaba mal en casa, me amenazaban con acusarme. El primer día de clases nos dijo que lo único que íbamos a hacer durante todo el año era leer y escribir. No sé si a la propia maestra Aura se le ocurrió la idea de que yo debía estudiar en el Colegio San Agustín, uno de los pocos liceos privados que quedaba en Caricuao. Para ingresar había que tener un excelente promedio, pero además pasar por innumerables pruebas de comprensión, físicas y psicológicas. Había un ambiente en ese liceo que siempre me incomodó. En ese tiempo no sabía explicarlo,

pero hoy puedo decir que aquel lugar no era sino una industria de desclasados, donde todo el mundo se despreciaba entre sí y despreciaban a quienes estudiaban en la educación pública. Me echaron cuando bajé el rendimiento.» Carlos terminó estudiando en El Paraíso, en una quinta que «un español avivado convirtió en liceo». Cruzar por la autopista Francisco Fajardo, desde Caricuao hacia el resto de la «civilización», significó mucho. «Conocí nuevos registros, nuevas prácticas. Fue como salir de una isla.»

Si bien en su casa no había biblioteca, alguna vez intentó leer *Las lanzas coloradas*, *Casas muertas* y *Cuando quiero llorar no lloro*, libros que habían dejado sus tías cuando eran estudiantes. En el liceo tuvo la oportunidad de acercarse a los poemas de Neruda y leyó *Romeo y Julieta*. «Soy un lector tardío, si se puede decir así. Mi pasión durante la adolescencia fue la música.» Estudió los dos primeros años de teoría y solfeo en el conservatorio José Ángel Lamas. Al tercer año había que elegir un instrumento, pero Carlos abandonó antes. «De haber escogido un instrumento, habría sido el contrabajo.» A los trece años juntó plata con unos vecinos y compró un bajo eléctrico. La pasión por la música nunca mermó: en sus cuentos está presente no solo como temática sino también como prosa rítmica, aunque admita que «no es algo que yo haga de forma deliberada».

Años después, la llegada de Chávez al poder y los sucesivos hechos que condujeron al golpe de estado de 2002 le permitieron construir un relato con el que se sentiría afín. «A partir de ese momento comencé a poner en palabras un montón de percepciones que yo sentía y que no había logrado expresar: desde identificarme con cierta clase social hasta entender por qué yo no podía enamorarme a ciertas muchachas. Estoy sintetizando algo que sin duda es mucho más complejo. Una imagen muy potente para mí, por ejemplo, corresponde al golpe del 2002, cuando muchísima gente del bloque salió a la autopista rumbo a Caracas: queríamos saber qué estaba ocurriendo porque todos desconfiábamos de lo que nos decían en la televisión.» Hoy en día, Carlos se declara interesado en relatar los años noventa, la llamada década violenta. «Tengo un libro inédito que emula la forma del *Me acuerdo* de George Perec. El relato se inicia con recuerdos del Caracazo, en 1989, y termina con el deslave de Vargas, de 1999. Exactamente diez años.»



HACERSE LECTOR

La conciencia del oficio debió esperar hasta su ingreso en la Escuela de Letras de la UCV, donde cursó talleres de narrativa. «Allí comencé a hacerme lector, a pensar en la posibilidad de dedicarme por completo a la escritura. Tenía 23 años y yo no sabía quiénes eran Julio o Salvador Garmendia, quién Ramos Sucre, quién Rimbaud. No entendía una sola palabra de lo que decían los profesores, y eso me atemorizaba. Sin embargo, alguna fuerza inevitable me mantenía recorriendo los pasillos. Una de mis lecturas iniciales fue Oswaldo Trejo, que me resultó revelador. A través de su obra di con cierto sentido lúdico que prevalece en toda buena literatura y que disfruto sobremanera. *Depósito de seres* me parece un libro único: melancólico, fantástico, lleno de personajes que parecieran venir de otros universos. La forma que tiene de evocar la infancia como la edad original y, al mismo tiempo, la capacidad de generar situaciones como de ensueño, me han resultado muy inspiradoras.» Armando Rojas Guardia también fue algo importante: «el primer paso al otro lado de un umbral». Además, Victoria de Stefano, «a cuyos párrafos acudo asiduamente». La lista podría continuar con Beckett, Onetti, Sam Shepard, Salinger, Vila-Matas... En ese orden y entre muchos otros autores «cuyos trabajos y formas de vida inseparables a la labor literaria no cesan de atraerme».



«CADA VEZ PUEDO ESCRIBIR
MENOS DE CARACAS, Y NO ME
REFIERO EN SENTIDO
GEOGRÁFICO SINO ANÍMICO»

Su primer libro publicado es *Desde el caleidoscopio de Dios*. «Ahí están reunidos los primeros cuentos que escribí. Recuerdo haberlos enviado a un concurso que tuve la suerte de ganar.» Se refiere al I Premio Nacional Universitario, celebrado en 2004, que organizaba el Núcleo de Directores de Cultura. Tres años más tarde, gracias al crítico Carlos Pacheco, fue publicado por la editorial Equinoccio de la USB. «Mediante su mirada diagonal y su lenguaje suelto y joven —dice la contratapa escrita por el propio Pacheco—, Carlos Ávila se aplica para crear esta serie de aventuras urbanas tan entretenidas como diferentes entre sí, verdadero caleidoscopio divino.» «Todavía no entendía que la vergüenza que me causaban esos cuentos también era parte del proceso creativo que emprendía.»

Dos años después, en 2009, aparece *Mujeres recién bañadas*. «Estos cuentos —comenta el escritor Guillermo Parra— nunca se resuelven completamente y sus personajes no llegan a definirse. Es en esa ambigüedad donde podemos apreciar un elemento naturalista que nos hace pensar en ellos durante mucho tiempo.» El germen de este libro está en un viaje. «Me había ido a pasar una temporada a Mérida y me deslumbré: se me abrieron las puertas de la percepción. Un amigo me contó que, durante un viaje a la Gran Sabana, se había dado cuenta

de que era un animal. No sé si yo habré sentido lo mismo, pero en Mérida me di cuenta de que no estamos separados de la naturaleza. Cuando decimos naturaleza, casi siempre evocamos la vegetación, los ríos, ciertos animales, lo que no deja de ser una injusticia, porque en verdad se trata de una confrontación nada más y nada menos que con el lugar de donde procedemos. De eso tratan los cuentos de *Mujeres recién bañadas*, de esa primera ceguera lúcida.»

Para comprobar de que no hay oposición entre naturaleza y ciudad, Carlos recuerda que Maurice Maeterlink, en *La inteligencia de las flores*, habla de cómo la naturaleza se resiste al cemento de las ciudades, o de cómo se las arregla una planta para nacer entre las costuras de la suela de un zapato abandonado, o de cómo un árbol esquiva una pared que le construyeron en su ruta de crecimiento. A manera de síntesis, hace suya una frase que alguna vez escuchó: «La naturaleza siempre terminará imponiéndose».

En febrero de 2016, Carlos gana la XX Biental Literaria José Antonio Ramos Sucre con *El giro animal*. «Si algo aparece en mi escritura, comenzará a verse a partir de ahora.» En efecto, al menos en un cuento de este libro, «Selfie», aparecen claramente esas marcas a través de un personaje que vive las tensiones propias de un inmigrante en Buenos Aires. Salir del lugar de origen representa no solo una descolocación territorial y afectiva sino también lingüística. La herramienta de trabajo del escritor sufre una serie de irrupciones que problematizan la operación. «En la maestría de la Universidad de Buenos Aires empecé a leer de manera distinta a como leía en la Escuela de Letras de la UCV. No creo que ninguna de las dos formas de lectura sean correctas o incorrectas, sino distintas. Acá siento que todo está cruzado por dos grandes hiper-discursos: el marxismo y el psicoanálisis. En cambio, la Escuela de Letras de la UCV fue para mí como un gran taller. Solo vi un seminario de marxismo con Vicente Lecuna, y siempre percibí que había un cierto complejo a la hora de abordar temáticas sociales. Esto seguro ha cambiado ahora, pero en aquel entonces era así.»

LECTURAS ARGENTINAS

En cuanto a literatura argentina, más allá del canon Borges/Cortázar, a Carlos le interesa Christian Ferrer: «un escritor no específicamente literario, pero cuya mirada de la ciudad, de la sociedad, me ha dado muchas luces». También están Damián Tabarovsky o Fogwill: «autores importantes para mí». O *Zama*, la gran novela de Antonio di Benedetto. O *El desierto y su semilla*, de Baron Biza. «Textos todos que considero imprescindibles.» Pasando a otros horizontes, Beckett es un autor que admira y lee asiduamente. «Me gusta mucho su dimensión política no explícita. Desde su discurso impreciso, Beckett dice muchas más cosas de lo que aparenta.»

De manera inevitable, el cambio de domicilio agregará mayor complejidad a las tareas del escritor: «Uno comienza a reproducir un habla que busca una cierta terminología neutra, que no sea ni muy venezolana ni muy perteneciente a los modismos de acá. Lo que sí siento es que cada vez puedo escribir menos de Caracas, y no me refiero en sentido geográfico sino anímico. Ahora no se me ocurren historias que sucedan allá. La última vez que fui ya me sentía bastante ajeno a nuestros modos, a ciertas formas de la cotidianidad».



«LA VIDA ES DEGRADACIÓN:
DEL CUERPO, DE LA MEMORIA,
DEL LENGUAJE»



**«ALGUIEN ME DIJO QUE LA IMAGEN
QUE LE HABÍA QUEDADO AL LEER
MIS CUENTOS ERA LA DE UN
PERSONAJE QUE MIRA POR LA
VENTANA DE UN CARRO EN
MOVIMIENTO»**



Para Carlos la escritura no es asunto de rituales o fetiches. No es amigo de ceremonias ni de rutinas particulares: «Yo no me siento un escritor de oficio, y en parte porque no vivo de eso. Literalmente, no me siento un escritor, pero digamos que literariamente sí». Sus manías no pasan de escribir notas a mano, que luego lleva a la computadora. No suele investigar para escribir. «Eso sí: tengo la idea de escribir la historia del indio Caricuao, novelada. En ese caso, claro, tendría que investigar. También quisiera escribir sobre mi abuelo, pero no sé qué saldrá de allí.»

Lo que sí queda claro es que su operación de escritura recurre a cierta memoria personal (debidamente alterada) que luego establece diálogos sobre un contexto más amplio. «Si bien mis historias remiten a ciertos aspectos biográficos, durante el desarrollo se dirigen hacia un sentido más amplio de país.» Y lo hace mediante una, digamos, técnica mixta: «Uno roba de lo que escucha en la calle, de lo que leyó y de lo que vivió, pero también inventa e imagina». La mixtura de todos esos procesos da lugar al cuento, al libro de cuentos, a la ficción.

PERDERSE EN LAS PERCEPCIONES

Del otro lado está el lector que recibe, interpreta e interpela: «Alguien me dijo que la imagen que le había quedado al leer mis cuentos era la de un personaje que mira por la ventana de un carro en movimiento. Me pareció un juicio acertado. Siento que irse es un ejercicio, una acción, en la que encuentro mucho sentido. No me refiero a moverse física o geográficamente, sino a irse o perderse en las percepciones, en la imaginación, en el sueño, en la lectura; a abstraerse con una canción o con una película; a abandonar este plano sin mover el cuerpo. A eso me refiero: a cambiar siempre. A irse de las ideas, de las sensaciones, de las certezas. Quisiera que en mis cuentos se advirtiera ese deseo».

Se reconoce como perteneciente a una generación de jóvenes escritores que comenzaron a publicar a mediados de los 2000: una época en la que se vivió una especie de resurgimiento o renovado entusiasmo por los libros, por la escritura, que algunos identificaron como un *boom*. «Pertenezco a una generación de escritores en la que también están Enza García Arreaza, Gabriel Payares, Rodrigo Blanco Calderón y muchos más. Gente que comenzó básicamente publicando libros de cuentos. Curiosamente no hay novelas. Quizás esa sea una de las marcas: la de una narrativa más breve. Otra marca generacional es que muchos de nosotros estamos fuera del país. Creo que nos ha tocado una época condicionada por el contexto social y político.»

Gabriel Payares, compañero de generación, publicó un artículo en el que señalaba, a modo de diagnóstico, cierta limitación de nuestra conciencia cultural, que en el campo literario se refleja en una polarización reinante. Al respecto, Carlos es categórico: «No creo que haya una literatura del chavismo y una literatura del antichavismo. Pienso que hay una literatura del contexto, y el contexto tiene ciertas marcas». Esas marcas pueden ser interpretadas de diversas formas según el credo político, la convicción o la confusión de cada quien. A pesar de las sombrías señales de la actualidad venezolana, Carlos alberga una esperanza. «Con todo y lo demagógico que pueda sonar en estos momentos, si bien no creo que el futuro tenga el rostro de ninguno de nosotros, al menos estará en manos de las generaciones que nos sucedan, porque ellos, a diferencia nuestra, que crecimos en una época vacía, por decir poco, se han estado formando en un momento en el que la política juega un papel central, nos guste o no. Esperemos que los gobernantes del futuro, si son medianamente inteligentes, sean consecuentes con estas nuevas realidades.»

Pero no nos engañemos, pues no estamos hablando con un simple optimista. «La vida es degradación: del cuerpo, de la memoria, del lenguaje. Puede que suene un poco trágico o pesimista, pero pensar lo contrario sería negar lo innegable. Si conocemos el destino que nos espera, entonces por qué no seguir. “En el silencio no se sabe; hay que seguir”, dice Beckett al final de su trilogía maravillosa. Y yo interpreto esto en el sentido de que el suicidio, literario o literal, no es una salida que valga. Entonces hay que seguir. Y yo voy a seguir.» ●



Gabriel Reig

GUSTAVO VALLE

CARACAS, 1967 | Narrador, poeta y cronista. Ha publicado *Materia de otro mundo* (2003), *La paradoja de Itaca* (2005), *Ciudad imaginaria* (2006), *Bajo tierra* (2009), *El país del escritor* (2013) y *Happening* (2014). Ha recibido las distinciones Premio Bional de Novela Adriano González León, Premio de la Crítica y Premio Concurso Transgénico de la Fundación Cultura Urbana. Colabora para medios impresos y digitales internacionales. Actualmente vive y trabaja en Buenos Aires.



Vanessa Perenay

MARTÍN CASTILLO

SAN FELIPE, 1976 | Fotógrafo. Estudios hechos con Nelson Garrido. Ha vivido y trabajado en Caracas, Madrid, Londres, Aix en Provence y, actualmente, en Buenos Aires, donde reside desde 2007. Ha seguido las obras de Nan Goldin y Duane Michals. Su trabajo se ha expuesto en diferentes exposiciones colectivas de varios países.



Corte lacaniano

Le di unas plastilinas. ¿Quiénes son esos muñecos? Mi mamá y mi papá. ¿Y qué están haciendo? Viendo la televisión. ¿Y tú dónde estás? En mi cuarto, en la cama de mi hermano. ¿Y cómo te sientes? Bien. ¿Viste que no pasa nada ni salen los monstruos? Sí. ¿Qué hace tu papá? Él es tranquilo. ¿Pero qué hace? Cocina, lava, plancha. ¿Y trabaja? Sí, en las noches y en las mañanas. ¿Y tu mamá? Hace lo mismo que mi papá. ¿Y trabaja? Sí, de doctora. Qué chévere, ahora cuéntame de tu hermano. Él se porta mal. ¿Por qué? Llega tarde y a veces llega al día siguiente. ¿Trabaja? Sí, es peluquero en Petare. ¿Y tu maestra? Es buena, me gusta porque nos lee cuentos y nos saca de paseo. ¿Para dónde? Para el zoológico. ¿El de Caricuao? Sí. ¿Y qué viste ahí? ¡Ahí vi una culebra! ¿Y cómo era? Era tranquila. Como tu papá. Sí, bueno, y también era larga.

Delicuescencia

CARLOS SANDOVAL

Entre las obras más destacables de la narrativa venezolana reciente, los dos libros de cuentos de Carlos Ávila, *Desde el caleidoscopio de Dios* (Equinoccio, 2006) y *Mujeres recién bañadas* (Random House Mondadori, 2008), sobresalen por la efectividad con la cual se manejan allí las herramientas expresivas y por la sutileza del autor al convertir algunas obsesiones de jóvenes camino a la madurez o de adultos un tanto discolos en temas vistosos e inolvidables. A la representación de individuos con sensibilidades de carácter universal (torpezas en el dominio de los vínculos interpersonales, desbordamiento del sexo, ininteligibilidad de ciertos parámetros socioeconómicos) se suma la conciencia de que acaso los sujetos de esas historias arribaron tarde al reparto de papeles en el teatro de la vida: seres sin rumbo que se dejan llevar por las circunstancias, pero a quienes no parece importarles la falta de proyectos y, para mayor abulia, ni siquiera reflejan algún tipo de miedo (a las enfermedades, al descrédito, a la muerte). Bien visto, tal vez sea ese su rol: disfrutar



el hecho de no asirse a nada, salvo a la aventura de los viajes (físicos o mentales) y al puro goce del instante.

No se crea, sin embargo, que los relatos de Ávila resultan meros divertimentos cuya cristalización descansa en mostrar las peripecias de seres extraviados en acciones equívocas e inútiles. Por el contrario, sus piezas constituyen una suerte de poética que quizá se relacione con las tensas vivencias del país los últimos tres lustros (escribo en 2016), en donde se han ido deteriorando, incluso a nivel simbólico, casi todas las fórmulas societarias que gestionan la civilidad.

Por otra parte, los textos de Carlos Ávila revelan adscripción a una línea de trabajo practicada por diversos narradores surgidos apenas despuntar este siglo, en la que diversas manifestaciones de la cultura pop (música, seriales televisivos, mixturas religiosas) sirven de motivo para el despliegue de las fábulas y las estructuras.

[Narrador, crítico y antólogo. Especialista en narrativa venezolana.
Miembro del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV]





Willy Mckey

«La escritura es un fracaso constante»

Nacido en Caracas, en 1980, es poeta, ensayista, cronista, editor y «agitador cultural». Estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela y fue cofundador de la revista *El Salmón*, que postuló una relectura generacional de la poesía venezolana y universal. Actualmente, es coeditor del portal *Prodavinci*.

TEXTO HUMBERTO SÁNCHEZ AMAYA | FOTOS ABEL NAÍM

Cuando caminaba junto a su padre por el bulevar de Catia, empezaba a leer anuncios y afiches. El progenitor se asombraba de que con solo tres años de edad pudiera entender vocales y consonantes. «En mi casa, para aquietarme, me ponían a buscar letras y palabras en periódicos y revistas.» Las maromas de su abuela Graciela y de su tía abuela Luisa, am-

bas de apellido Guevara Pacheco, no bastaban para calmar al crío que entonces empezaba a descubrir el mundo. Muchos años después, el niño ya crecido le diría al padre que quería estudiar Letras. Y para confirmar su pasión, buscando amoldarse a las exigencias académicas, aseguraba haberse leído toda la obra de Juan Rulfo.

El poeta que también es cronista habla con soltura. Lo hace desde una especie de cápsula que lo aparta del resto de la ciudad. A pesar de la lluvia y del corneteo que se oye a lo lejos, la vieja casa tiene un misterio que para nada espanta, pues más bien invita a la contemplación. Con sus dos pisos bien definidos, desde arriba se puede apreciar un prominente Ávila. Lúgubre pero amena, con paredes que han cobijado a varias generaciones, allí vive su novia, la directora de teatro y profesora de yoga Jennifer Gásperi. Quizás por los oficios recurrentes, la casa podría confundirse con un escenario para centenares de tramas: misterio e imaginación señalarían por qué el desorden no es reprochable. Los innumerables objetos son necesarios para materializar y expandir los vericuetos de la creación.

«Soy un ser dichoso, pero también sortario, pues desde pequeño he sabido lo que quería: leo desde los tres años de edad», admite en tono confesional mientras presenta a Tango, el perro que vive en la casa. «Estuvo con Jennifer cuando vivió en Argentina. Es inteligente y de mundo», agrega mientras el animal lo ve a la cara, como a la espera de alguna indicación.

Además de poeta y cronista, se define también como editor de no ficción. «Procuró que los textos parezcan cuentos de verdad», alude a una frase de Alberto Salcedo Ramos, uno de sus referentes. «Pero además soy agitador cultural», agrega. «Ese término lo inventó Rafael Cadenas en 2009, cuando coincidimos en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Me gustó la idea, que anteriormente le había escuchado a Nelson Garrido, otro gran maestro, y la asumí. El agitador cultural agarra la cultura y la menea... a ver qué pasa.»



**«SOY UN SER DICHOSO, PERO
TAMBIÉN SORTARIO, PUES DESDE
PEQUEÑO HE SABIDO LO QUE
QUERÍA: LEO DESDE LOS TRES
AÑOS DE EDAD»**

Cuando la revuelve, agrega, entran en contacto elementos, grupos y personas. Todo lo cual produce una evolución. «Los espacios creativos en Venezuela, con excepción de la literatura, son muy gregarios. Esa actitud podría justificarse por aquello de la defensa de los espacios. Pero la dinámica de los escritores, por vocación o necesidad, los lleva a escribir sobre plástica, a ejercitarse en la crónica o a cumplir con presentaciones o prólogos. Hay gran oportunidad de contagio con otros ámbitos.» Menciona a Federico García Lorca y Antonio Gamoneda para ampliar su idea: «Ambos decían que la poesía y la literatura consisten en hacer que coincidan, gracias a la palabra, cosas que nunca antes se iban a encontrar. La agitación cultural es eso».

Es nieto del periodista Ebert J. Lira, mejor conocido en los predios de las redacciones y pautas como el «Cojo Lira», progenitor de su madre, Graciela Lira. El oficio resonó entonces desde pequeño, no exactamente en los términos de un reportero atento o de un entrevistador ansioso, pero sí en cuanto al arte de la palabra y la enorme influencia que podía ejercer en los otros. «La palabra me fascinaba como a otros muchachos la pelota.»

Otra atracción eran los filmes de Pedro Infante, que disfrutaba con su abuela paterna, Carmen Omaira Prieto. «Cuando me preguntaron en el colegio qué quería ser cuando fuese grande, respondí que Pedro Infante. Veía que en una película era carpintero, en otra boxeador, en otra más cantante, y así hasta el infinito. Y además, siempre se quedaba con la muchacha. ¿No era una buena elección? Lamentablemente, esa opción no aparecía en las carreras de la universidad», rememora entre risas. Luego evoca los duelos de coplas entre el actor y el cantante Jorge Negrete en *Dos tipos de cuidado* (1953). Y por las coplas recuerda que, en la niñez, también empezaron a notarse las inclinaciones por la rima. El primer poema que se aprendió de memoria fue «Amor constante más allá de la muerte», de Francisco de Quevedo. Lo recitó en una exposición del colegio.

«En el 23 de Enero, a los ocho años, participé en improvisaciones durante los velorios de Cruz de Mayo. En los sancuchos del Bloque, muchas veces dos personas con sus respectivos cuatros empezaban a contrapuntear con versos. A partir de ese momento, la décima empezó a ser muy importante para mí. En *Proust y los signos*, Gilles Deleuze afirma que la vocación es la capacidad de codificar signos. O sea, las pasiones siempre están allí. Cuando ves que los demás no sienten lo mismo que tú ante determinadas cosas, entonces te das cuenta de que vives una pasión.»



**«CUANDO ME PREGUNTARON EN EL COLEGIO
QUÉ QUERÍA SER CUANDO FUESE GRANDE,
RESPONDÍ QUE PEDRO INFANTE»**



Además de la prensa, Willy nombra otras referencias importantes: el ya olvidado libro de Mantilla para aprender a leer y el *Repertorio poético* de Luis Edgardo Ramírez, que recopilaba obras de Amado Nervo, Rubén Darío, Andrés Bello y muchos otros. «Mezclaba a modernistas con románticos. Es de esos libros que uno se encontraba en muchas casas venezolanas. Ahora bien, el primer libro que fue enteramente mío, me lo regalaron. Se llamaba *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* y era de Mark Twain.» Willy recapita por unos minutos y, de pronto, mira hacia un televisor viejo que señala: «Eso también fue muy importante en mi crecimiento. Mucha gente lo subestima, pero no debería ser así. En mi infancia y adolescencia me encantaban programas como *Contesta por Tío Simón* y *La pandilla de los 7*».

LA VIDA ENTRE EL ARTE

Cuando nació, vivió en el Bloque 36 del 23 de Enero. Después de El Caracazo, su familia se mudó más abajo, hacia los alrededores del bulevar de Catia. Los hechos del 27 de febrero de 1989 lo marcaron: «Fue la primera vez que vi un muerto». Para entonces no imaginaba que experiencias como el terror serían parte de su poesía.

Carlos Raúl Villanueva empezó a circundar su vida. La obra del arquitecto lo vio crecer en los bloques del 23 de Enero y en los de El Silencio. Los primeros años de primaria los cursó en la Escuela Juan Antonio Pérez Bonalde: «la misma en la que estudió Jacobo Borges»; y los últimos en la Ramón Isidro Montes. Sus años de bachillerato los vivió en el Instituto Cecilio Acosta de Propatria. Y por último, en los espacios de la Universidad Central de Venezuela se volvería a encontrar con el maestro Villanueva. «¿Cómo no va a ser entonces importante la palabra si la memoria siempre estaba presente? El relato arquitectónico se imponía por sí solo.»

Willy procesa a la vez decenas de recuerdos que quisieran salir al mismo tiempo. Y ahora vuelve otra vez a los de su padre, Alfredo Madrid, recientemente fallecido. Los lentes oscuros que lleva puestos para aliviar su fobia a la luz —la luz le causa migrañas— no ocultan los cambios de la mirada. Se nota afligido y melancólico. «Pienso en el hombre melómano que tuvo su mejor época musical en los setenta. ¿Qué se escuchaba entonces? Pues al mismo tiempo los Rolling Stones y la Fania, por ejemplo. Héctor Lavoe y Janis Joplin

coexistían en la radio con curiosa fraternidad.» Se emociona aún más cuando recuerda que, hacia los ochenta, su progenitor fue operador de estación del Metro de Caracas. «Y uno de los primeros. Se esmeraba ante un panel de control que lucía bombillos, botones, micrófonos y diversas pantallas. Era como trabajar en la NASA.»

FE Y ESCRITURA

Si bien el contexto familiar favorecía su entusiasmo, la familia nunca estuvo de acuerdo con sus estudios de Letras. «Durante los primeros semestres, mi mamá le decía a todo aquel que le preguntara que yo estudiaba periodismo. Le mantuve la falsa fe de que, si no me gustaba, me cambiaría a Comunicación Social. Pero eso no iba a ocurrir nunca, pues me negaba tajantemente a estudiar estadística.»

Aunque la pasión por la letra escrita y cantada era permanente, la juventud no estuvo exenta de problemas. La rebeldía adolescente afectó la relación con los padres, al punto de probar «algunas sustancias». Ante las malas conductas juveniles, es común que las familias vean los horizontes militares o eclesiásticos como tablas de salvación. Y en el caso del joven poeta, se impuso el segundo. Antes de entrar a la UCV, exploró el noviciado con los franciscanos. «Era una salida formativa. Si solo quería leer y escribir, a lo mejor en el seminario podría hacerlo con creces. Afortunadamente elegí una orden muy exigente, que no se avenía con mi carácter. Tenía diecisiete años de edad; apenas fueron unos meses.»

Pero la tentativa dejó huellas. Willy ha sido una persona de fe. Tiene escapularios y pulseiras que no puede dejar en casa. Tampoco cruza una puerta sin antes persignarse. «Vengo de una familia en la que una mitad es espiritista y creyente, y otra mitad comunista y militante. Por eso creo en absolutamente todo.» Lleva además dos pulseras por cada abuela: una tiene escrito en clave morse el vocablo *palabra* y la otra un Eleguá para abrir caminos. También lleva escapularios de los Reyes Magos, la Chinita y la Divina Pastora. «No soy muy mariano. Me gustan más las fuerza teológicas sin forma, como el Espíritu Santo. Sin embargo, la virgen María me parece tan corpórea que me gusta más como personaje. Las dos que cargo son las *cracks* del occidente del país.»

Sabe rezar un muerto, el orden de los sacramentos y los misterios del Espíritu Santo, «pero no soy un beato», advierte. «Me parece que lo religioso vuelve a unir. Lo más parecido a una



«VENGO DE UNA FAMILIA EN LA QUE UNA MITAD ES ESPIRITISTA Y CREYENTE, Y OTRA MITAD COMUNISTA Y MILITANTE. POR ESO CREO EN ABSOLUTAMENTE TODO»

novela, a un relato moderno, es el Evangelio. Incluso si pactamos que Jesucristo no existió, es un texto sorprendente. La poesía es una forma de rezar. Creer es una estrategia para hacerte más fácil la vida. Me alimento de todos los credos: me interesa eso de *religare*. Todas las religiones te dicen que no perjudiques a otro porque, si no, te van a perjudicar a ti hoy, mañana o en la eternidad. La fe no te puede privar de conocer el universo de otro.»



«ME TATUÉ *PALABRA* PORQUE
MI ABUELO, EL COJO LIRA,
TAMBIÉN FUE LINOTIPISTA. ASÍ LE
DECÍAN A LOS PEQUEÑOS MOLDES
DE PLOMO QUE USABAN LOS
QUE EJERCÍAN EL OFICIO»

Willy no repara en admitir su gran temor por la muerte. Le gustaría ser como esos religiosos convencidos de que hay vida después de la muerte. «Yo todavía no lo puedo decir con seguridad. En este país, además, me preocupa lo poco que se necesita para morir. Me da miedo que no teman matarte. Es una sensación que me aterra.»

Una vez agotada la opción del noviciado, Willy se enfermó. Entró en el Hospital Clínico Universitario con una fuerte bronquitis. Cuando salió, en 1997, se enteró de que estaban abiertas las convocatorias para presentar la prueba de la Escuela de Letras. Allí conoció a Édgar Colmenares del Valle, para ese entonces director. Eran reducidos cupos y Willy no pudo entrar por prueba interna. «Édgar me dijo que probara con un propedéutico como vía de ingreso. Así que le pedí prestado el dinero y me inscribí. Eran cinco mil bolívares de los viejos.»

Ya en la UCV, empezó a relacionarse con aquellos que estaban más adelantados, como César Segovia o Elena Cardona. «Era un ambiente mágico. Pude ver clases sobre el *Poema de Gilgamesh* con Adriano González León, un curso sobre *Don Quijote* con Guillermo Sucre, un seminario sobre el cineasta ruso Andréi Tarkovski con María Fernanda Palacios. Rafael Cadenas se encontraba con Darío

Lancini y se iban a comer. Toda la gente que leía el “Papel Literario” de *El Nacional* o “Verbigracia” de *El Universal* estaba allí.»

En aquel ambiente halló su hogar. Sus inquietudes se veían correspondidas por la academia, sin la rigurosidad que suele predisponer a quienes escuchan la palabra *universidad*. No era el Gran Café de Sabana Grande, pero tampoco era Oxford leyendo a Albert Camus en francés. Se sentía en el sitio indicado, aunque desertara temporalmente. «Siempre me gustó la docencia, y por un tiempo muy corto estudié Educación Especial en Avepene. También di clases en el colegio Belagua de Guatire. Entre una cosa y otra, fueron casi tres años. No inscribía las materias, pero tomaba algunas clases como oyente. Finalmente me gradué en 2007.»

TATUAJES E IDEAS

En su cuerpo, los tatuajes dibujan un mapa de ideas, temores y fortalezas. El primero es una cuatricromía de impresión: «Se trata de un tatuaje religioso. Todo lo que percibimos puede tener una representación con esas cuatro tintas. Eso me parece mágico. Un paisaje cualquiera lo puedes reproducir en ese espejismo». Como protección, lleva dos estrellas en tobillos y codos. En el brazo derecho, se ve *El hombre en llamas*, de José Clemente Orozco. También

rinde honor a una acepción en desuso: «Me tatué *palabra* porque mi abuelo, el Cojo Lira, también fue linotipista. Así le decían a los pequeños moldes de plomo que usaban los que ejercían el oficio».

Willy también lleva en su cuerpo versos del poema XVI del libro *Trilce*, de César Vallejo. Los más recientes dicen «Leer no te salva de nada» y «Nada te salva de leer», frases que surgieron durante un recital poético realizado en 2013. «Me tocó interpelar a Leo Felipe Campos, quien era muy amigo del periodista de boxeo Jhonny González, al que acababan de asesinar. Leo estaba muy dolido y, en medio de su intervención, salió ese juego de palabras.»

«Mucha gente vinculada con la literatura, en vez de invitar a leer a aquellos que no suelen hacerlo, los tratan como escoria. La gente puede ser feliz sin leer, incluso ser más feliz. Nada te salva de leer porque siempre estamos decodificando, como el jardinero cuando sabe que a una planta la afecta la sequía. Pero creer que leer nos eleva es un espejismo con el que hay que tener mucho cuidado, sobre todo en una dinámica cultural tan pequeña como la nuestra, donde la arrogancia abunda.»

Considera necesaria a gente que define como los amables destructores. «Así llamamos Natasha Tiniacos y yo a esas personas que te dicen si un texto sirve o no, a los que te conocen y te comentan en privado lo que opinan. Eso no se consigue afuera. Todo el mundo se acostumbró a la dinámica del espaldarazo con la esperanza de recibirlo más adelante.»

Califica como prescindibles las labores del escritor. Según sus palabras, la poesía como oficio no es envidiable, y menos cuando se ejerce desde un ligero egoísmo. «La poesía la ponemos en un lugar inaccesible de elevación del lenguaje, que hace creer que uno anda levitando. Deberíamos aprender de Rafael Cadenas, que toma un por puesto para ir a su casa. Esos discursos que hacen creer que los que leen son mejores terminan generando letrados sin gracia, por no decir desgraciados.»

POESÍA A CONTRACORRIENTE

Willy ha intentado ser narrador, pero se considera malo. Aún hace el intento, porque persiste el asombro que genera la ficción. Lo compara con la vez en que un niño descubre la posibilidad de la mentira: «la fascinación de crear universos si se dicen las cosas de una manera específica».



«ME VEO COMO PADRE, PERO QUIERO TANTO A MIS HIJOS QUE TODAVÍA NO LOS TRAIGO»

Por los momentos, se atrinchera en la poesía y la crónica cultural, además de su rol como editor en el portal *Prodavinci*. Hasta ahora tiene dos poemarios: *Vocado de orfandad* (2008) y *Paisajeno* (2008). El segundo –que puede inscribirse en lo que llaman poesía documental–, en su opinión, engulló al primero. En 2014 participó en el proyecto colectivo *Nuestra Señora del Jabillo*, que mezcló poesía con música. Aún se cuece *Desde el pleistoceno*.



«LLEGAMOS TARDE AL REALISMO
MÁGICO, PERO POR LA VÍA
DOCUMENTAL, QUE ES TERRIBLE»

«Me gustaría haber publicado más. Hay proyectos que no termino de cerrar por falta de tiempo. Si acá existiera la posibilidad de tener un trabajo de ocho horas, uno podría dedicarle al menos dos horas diarias a la escritura. Tal vez tendría tres poemarios más», reflexiona mientras afirma que también es productor teatral, moderador de actividades culturales y tallerista. «Cuando uno cumple 35 años de edad, ya no puede ser considerado una joven promesa, sino una joven decepción. De ahora en adelante, cualquier pirueta es una buena noticia.»

«No sé si es momento de leer a los custodios de la belleza. *Vocado de orfandad* fue una especie de rebelión contra esos poetas, pues muchos de los que los leen en realidad quieren gritar. Mi poesía es fea en ese sentido. Acaso he escrito dos o tres poemas de amor, pero ninguno termina bien. Hay algo que Santiago Acosta ha cumplido mejor que

yo: la noción de que al escribir merezca la pena el tiempo que uno le roba a quien te lee», dice en alusión a su amigo y compañero de lides.

Con Santiago editó la revista cultural *El Salmón*, de la que solo publicaron nueve números de los diez que estaban previstos. En esas páginas, que se pueden descargar por internet, defraudaron a muchos: no demolerían, por ejemplo, a Rafael Cadenas o a Eugenio Montejo. Solo apuntaron a lo desconocido: aquellos poetas que no les enseñaban en la universidad, pero cuyas obras los sorprendían en Biblioteca Nacional o en la Gran Pulpería de Libros Venezolanos en Chacaíto. «Traicionamos las expectativas cliché. Escribimos sobre tipos malditos: Josefóscar Ochoa, Darío Lancini, Rita Valdivia o Salustio González Rincones. Este último hizo vanguardia antes que César Vallejo; así de sencillo lo digo.»

Como ejemplo de esa poesía que grita, cita el «Canto 14», con el que ganó la primera edición del Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas. «Tiene que ver con Reneduar Jiménez, el trabajador que se encargó de cerrar la fuga de una válvula de gas en la tragedia de la refinería de Amuay en 2012. No me basta con escribir bonito. No le encuentro sentido a la poesía que vigila el llano, la montaña, la playa, y no nuestras desgracias. No tenemos una poética de la desgracia. Todo es épico: el río, el héroe, nuestra historia de próceres.»

UN DÍA A LA VEZ

Willy puede despertarse temprano y hacer ejercicios. Todo depende de su novia, Jennifer, que aparte de ser instructora de yoga «sabe dar órdenes como buena directora teatral». Lo que no podría faltar en la mañana es una buena ducha y café. También disfruta cuando cocina, y lo que mejor prepara es el mole, que aprendió a hacer durante un viaje a México. «Pero no me va bien con los postres. Con ellos no hay vuelta atrás. Cuando metes la torta al horno, no hay posibilidad de reparar.»

Forma parte del equipo que se encarga del espacio de *Provincias* en la radio, y también ejerce su rol como editor en las oficinas del portal. Uno de sus medios predilectos para movilizarse es la mototaxi. Ha tratado de aprender a manejar, pero la amaxofobia se lo impide. Le han dicho que ese temor a sentirse encerrado quizás se deba a un trauma que lo afecta desde la infancia. «Esa especie de cáscara me desespera. Lo que sí me gusta del carro es la metáfora del retrovisor: eso de mirar hacia atrás mientras avanzas. Deberíamos tomarla en cuenta en estos momentos de país, cuando vemos desde el palco preferencial el retorno al siglo XIX.»

Al dormir le gusta no pensar. Y para lograrlo, enciende el televisor, come helado, colorea, escucha música o escribe. No se trata de apagar el cerebro o de poner la mente en blanco, sino de esperar la llegada de un pensamiento y dejarlo ir.

Le gustaría ser recordado como un sujeto con suerte, que pudo escribir un par de cosas decentes. Siente que empieza a dejar un legado. «Seguramente varios escritores de mi generación, más pudorosos que yo, dirán que no lo tienen, pero todo escritor dispone de un ego que se manifiesta en público. Es lo que sabemos hacer y por eso publicamos. A veces nos queremos convencer de que es imprescindible, pero para nosotros es como un ejercicio del alma. La escritura es un fracaso constante. Escribes un poema con el objetivo de cambiar el mundo, y al tercer verso te das cuenta de que eso no ocurrirá, pero ya has avanzado. Lo importante es ser honesto, no hacer trampa, porque el lector es implacable.»

Considera que, más importante que ser el responsable de un gran libro, es tener un hijo. «Me veo como padre, pero quiero tanto a mis hijos que todavía no los traigo.»

A veces piensa en emigrar, pero inevitablemente aparecen razones para quedarse. Evita caer en aquel lugar común que dice alguien *tiene que permanecer*. Admite que cada vez hay más trabajo, porque son más los que se van, aunque el dinero compre cada día menos. «Tal vez viva un tiempo afuera, pero al final este país te persigue: es como Pac-Man. Extrañas desde el queso fresco hasta las redes sociales: siempre quieres saber lo que está pasando. Llegamos tarde al realismo mágico, pero por la vía documental, que es terrible.» ●



Manuel Sanfá

HUMBERTO SÁNCHEZ AMAYA

CARACAS, 1984 | Periodista de la Universidad Santa María. Redactor de las páginas culturales del diario *Primera Hora*. Actualmente escribe en la sección de Cultura de *El Nacional*, en cuyo suplemento «Papel Literario» tiene la columna «Líneas Tardías». Fundador del portal *Elmiopo.com*. Colabora en el portal *Kurent Music* y en la revista musical *Ladosis*. Desde 2013 forma parte del equipo del Festival Cine Rock.



ABEL NAÍM

CARACAS, 1961 | Estudios en la Escuela de Teatro «Ramón Zapata» y en RADAR. Ha trabajado en la Galería de Arte Nacional. Ha participado en numerosas exposiciones colectivas. Premio «Luis Felipe Toro» del Conac (1984 y 1992), Premio Salón Michelena (1983), Premio «Andrés Mata» de *El Universal* (1997). Sus fotografías forman parte de diez colecciones.

Canto Cero

Silencio. Silencio. Silencio. Guarda silencio. Vengo de oír Voz Poderosa salir de un pozo. Dos cuerpos: el poeta insomne criado bajo el sol y el de su hermano leproso arado por la sal eran parte del mismo torrente inflamable. Manaban versos medidos y prosa en delirio, uno contra el otro, rimando nuestra desgracia.

Avancé de rodillas hacia aquel Canto Negro. Por doce años respiré y bebí los humores que emanaron desde aquella última reserva, formas del fuego azul de aquella cumbre tan lejana. Al abrir los ojos vi que en medio de mis manos estaban todos los muertos que podía nombrar mientras mis palmas se apretaban hasta oscurecer.

Piedra de tinajero que extraía la vida: eso eran mis dos manos manando el Canto Negro. Cada ser, cada bestia, cada hoja podrida, toda vida que alguna vez tuvo aquí su nombre se convertía en brillante aceite de piedras, al tiempo que grababa su paso por la tierra cediendo a la telúrica presión de mis dedos.

Y entonces Voz Poderosa cantó subterránea, tras buscar oídos como quien no sabe de ojos y con su apetito puesto en mis futuras palabras: «¿De dónde vienes tú, venerable Pleistoceno? Cuéntanos sobre los lugares que hayas visto: el cielo de esmalte en oro negro y costa azul, color que tantas cosas me revela. Dinos ya».

Quise decir que mi cántico había terminado. Quise decir que el fuego ya estaba encendido. Quise decir que era momento de callarme. Quise decir que mis manos estaban cansadas de apisonar aquellos cadáveres entre ellas. Quise, pero mi voz fue ajena como el paisaje: «He estado en el Sacrificio de las Serpientes».

Y dijo Voz Poderosa:

«Deseamos oír las palabras de ese Canto Negro, Pleistoceno. Danos la historia que se ha armado entre tus manos: cada fuga, cada incendio, cada ceniza. Tal como oíste contar a El Desterrado, hijo de Vaisampayana, cubre de asbesto tu lengua y canta la vieja historia de los comedores de serpientes».



Mapa de Vida

DIÓMEDES CORDERO



Paisajeno, del poeta y ensayista Willy McKey, podría convertir su libro anterior, *Vocado de orfandad*, en un sustrato arqueológico de su obra poética. Según Jorge Carrión, *Paisajeno* es «un libro expansivo como una nave espacial, que sabe establecer una topografía de puentes y túneles y cableado submarino de fibras ópticas; complejo como una máquina del tiempo». Esto es, destruye pero a la vez transforma de forma radical la poética de McKey, a la manera de un montaje benjaminiano.

Paisajeno encontraría en el diseño de la estructura material la representación poética (un mapa) del espacio de la historia de vida del sujeto lírico (el autor) y del tiempo histórico correspondiente del país y del mundo.

Paisajeno expresa poéticamente una cartografía histórica (mapa de vida) mediante el uso del espacio, del territorio, como una construcción de carácter temporal, cruzada, mezclada, interceptada, por instantes, escenas, imágenes, representaciones, móviles y relacio-

nales, que operan como una máquina (un experimento textual) de intervención y reinterpretación de la poesía, la historia y la cultura venezolanas, en el mapa de la poesía, la historia y la cultura global, material y digital contemporánea.

A su vez, el poema «Canto cero» vendría a ser una constatación de la poética actual de McKey: una poética que funciona con conexiones y pasajes de intensidades (ver Deleuze & Guattari), que construye la historia desde el lugar de un tiempo pletórico de tiempo-ahora (Benjamin): una poética experimental que dota de otro sentido a la tradición poética venezolana, haciendo propias las escrituras de otras tradiciones y culturas.

Willy McKey, al relacionar o citar series de textos y autores, acontecimientos y experiencias, desde su propia individualidad como poeta, construye excepcional e intempestivamente quizás una de las poéticas más modernas y experimentales y tardovanguardistas de la poesía venezolana actual.

[Crítico y ensayista. Cofundador de la Bienal Literaria Mariano Picón Salas de Mérida. Profesor de la Escuela de Letras de la ULA]



Ana García Julio

«*Vivo en otro tiempo*»

Nacida en Caracas, en 1981, es comunicadora social de la Universidad Católica Andrés Bello. Magíster en Literatura Venezolana por la Universidad Central de Venezuela. Docente de pregrado y posgrado de la UCV. En 2005 ganó el Premio de Narrativa para Jóvenes Autores Inéditos de Monte Ávila Editores con su libro *Cancelado por lluvia*. Es narradora, ensayista y bloguera.

TEXTO ANA MARÍA HERNÁNDEZ | FOTOS EFRÉN HERNÁNDEZ

Dibuja en el aire mientras habla. Doma sus manos. Mira un punto más allá de la realidad y prosigue su conversación. A la escritora, periodista e investigadora, Caracas le huele a opaco. Aunque no siempre. No es fácil definir esa categoría. Asegura que se lleva bien con los conceptos, las estructuras, los métodos de trabajo. «Nací en Caracas, en 1981, y tengo 35 años. Soy del signo Acuario. He pasado toda mi vida en esta ciudad.»



Su familia es de todo un poco: «papá de los Andes; mamá, enfermera». Resalta que es hija de un padre viejo, que ya tenía 45 años cuando la tuvo. «Me crié en la jubilación de mi papá; así que no conocí su faceta de trabajo. Mamá tiene una tienda de recuerdos, regalos. Ella ha hecho de todo.»

Hay algo que ha heredado de sus padres: la disciplina, el amor por el trabajo. «Me gustan las cosas que surgen del esfuerzo y la dedicación. La vida me ha llevado a trabajar duro. Tal vez por eso soy un ser medio *workaholic*. Papá marcaba la hora de levantarse, el momento para limpiar la casa, el orden de las tareas, el horario del colegio. Nada permisivo con faltar. Pues esa disciplina te ayuda muchísimo, te estructura, te pone a pensar. Puedo trabajar manejando muchas cosas a la vez.»

Delgada, morena, menuda. Inteligente, aplicada. Es la hermana del medio. «Tengo una media hermana mayor, Marianely, que me lleva tres años, y un hermano menor, Santiago, cinco años menor que yo. Soy soltera; sin hijos. Vivo enfocada en lo que hago.»

LORES DE LA INFANCIA

«Tuve una infancia caraqueña, rodeada de concreto, pero yo diría que muy bonita. En todo caso, lo que uno recuerda es una fantasía. De algún modo, sigo siendo muy niña. Durante muchísimo tiempo decidí prolongar la infancia como una manera de introducirme en la narrativa. Pensaba que las cosas podían ser de otra manera; quería habitar otros mundos. Esto fue posible por el cuidado de mis padres. De la ciudad guardo poco, pero sí tengo vagos recuerdos de mis colegios: primero, el “Nuestra Señora del Pilar”, y luego, el “Santa Ana”. Quería estudiar humanidades.»

«Hay algo muy curioso que no tiene que ver con hechos concretos, sino con el fenómeno de la cinestesia. Hay un olor muy particular en Caracas. No es un mal olor, pero sí muy particular. Mi hermano y yo tendemos a definirlo como “opaco”. En un momento de mi niñez, cuando yo aprendía a hablar, de pronto dije “huele a opaco”. Luego mi hermano me oyó y decía también “huele a opaco”. Él me seguía. Tenemos una memoria cómplice, y eso es divertido. No estoy versionando lo que pasó, porque esos son fenómenos que casi no suceden. Pero la cinestesia te dice que está allí, en lo profundo. Fuimos criados en el mismo corral, y eso se presta para mucho.»

Los recuerdos de infancia se comparten más con Santiago que con Marianely. Ana fue de esas niñas poco amigueras. Y no por desconfianza o temor, sino por prudencia. «Los pocos amigos que conservo no son de la infancia. Muchos de los que tenía en el colegio o la universidad se han ido. Y sin embargo, la relación es de mucho cariño, de experiencias compartidas. Hace poco me llamó una amiga que vive en Portugal con la que tenía años sin hablar, y fue como si hubiéramos estado conversando el día anterior. Lo que intento decir es que las relaciones cotidianas cambian, sin desmedro de las circunstancias. Para mí es fundamental que mis amigos sepan que estoy allí, que pueden contar conmigo, que soy leal y honesta. Si no, las relaciones de amistad no tienen sentido.»

«Tengo mucho que ver con las imágenes, y creo que eso es muy característico de los narradores. Por ejemplo: saco del baúl de los recuerdos mi camisa de promoción. Y empiezo a enumerar: este se fue, este también se fue, esta también... y así hasta llegar a la conclusión de que todos se han ido. Hay pequeñas comunidades en Chile, España, Estados Unidos, Australia... y también hay gente que ha regresado.»

«Soy muy individualista, en todos los sentidos. Soy un planeta aparte. No sé si será por mi signo zodiacal. Lo intelectual priva en cualquiera de sus formas. O lo artístico. Me siento muy vinculada a esto de la escritura, a las bellas artes. Y eso no viene de mis padres, que son más bien gente sencilla. Mi padre es un gran lector, que si hubiese tenido oportunidades habría llegado lejos. Es típicamente andino, de La Grita, la pequeña Atenas de los Andes. Lo dice



**«HAY UN OLOR MUY PARTICULAR
EN CARACAS. NO ES UN MAL
OLOR, PERO SÍ MUY PARTICULAR.
MI HERMANO Y YO TENDEMOS
A DEFINIRLO COMO “OPACO”»**

ANA ESCRIBE EN CUADERNOS
DE EJERCICIOS; TAMBIÉN LLEVA
DIARIOS, APUNTES. LA ESCRITURA
DE DIARIOS LE PARECE
FASCINANTE: LE DA LA POSIBILIDAD
DE SEPARARSE DE QUIEN ES
TODOS LOS DÍAS, DE INDAGAR
MÁS SOBRE SÍ MISMA.

siempre con afecto. Tiene mucho amor por la cultura, aunque venga de un entorno sencillo. Siempre me decía: “Si eso es lo que quieres hacer”. Y luego repetía: “Allí está la biblioteca. Aquí están los libros. Ahí está el diccionario para que busques las palabras”. Son esos estímulos los que a la larga te crean una cierta personalidad. El saber no puede ser una cosa arrumada, sino algo central en tu vida. Admito tener una disposición que mis hermanos no tienen. A mi hermana, por ejemplo, le encanta la lectura, pero eso por sí solo no determina la inclinación a lo artístico.»

Cuando era niña, soñaba muchas cosas. En especial, identificarse con lo que veía: ceramista, arquitecto, odontóloga. «Me apasionaba con lo que descubría en el momento; me parecía fascinante.» Un test vocacional no la ayudó mucho. Pero para entonces la escritura ya tenía un lugar central en su vida. «Me fui por Comunicación Social, porque de alguna manera debía ganarme la vida. La Escuela de Letras me parecía más para formar lectores críticos, pero no tanto para escritores. Yo creía que el único lugar que me iba a permitir escribir era Comunicación. Así que entré en la Universidad Católica Andrés Bello. Allí estuve hasta el día de mi graduación en 2003.»

SABORES DE LA ADOLESCENCIA

En los pasillos de la universidad descubrió gente que tenía su misma visión. Pero los primeros semestres le parecieron muy fuertes. «Cuando entras, no tienes muy claro lo que quieres hacer, aunque la gente crea que sí. Yo entré a los diecisiete años, pero he debido hacerlo a los veintitantos. Es un choque fuerte. Y hay gente que no lo aguanta.»

Hubo un momento de duda entre el *me quedo* y el *me voy*. Pero prevaleció la escritura, la sensación de que allí la practicaría. «Fue un impulso de vida, porque nunca he estado enteramente segura de lo que quiero hacer. Tú me preguntas dónde te ves dentro de diez años y no sabría qué decir. Pero no porque no piense en el futuro, sino porque yo vivo en otro tiempo. Es como una actitud de supervivencia.»

«Estudié en el Instituto de Investigaciones Literarias de la Universidad Central de Venezuela. Pero no se trataba de una carrera lineal. Iba avanzando con el tiempo necesario. Y también colaborando en las actividades. Hoy en día dejo que las cosas fluyan; no opongo resistencia. Cuando tú aceptas que las cosas son como son, y que tienes eso para trabajar, te haces como una meta de trabajo.» De la cual forma parte la escritura, siempre presente. En 2005 publicó su primer libro de cuentos, *Cancelado por lluvia*, que ganó el Premio de Narrativa para Escritores Inéditos de Monte Ávila Editores. Otros galardones han sido una mención honorífica en el IV Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores y el Premio de Microrrelatos «Por Favor Sea Breve».

Sus inicios como buena narradora comenzaron en bachillerato, cuando presentó «una pieza antológica de terror, muy emotiva e intensa. Hoy en día no la tengo, pero sí la recuerdo con frecuencia. A mis amigos les encantaba. Disfrutaba mucho cuando me ponían asignaciones

para escribir. Como era buena estudiante, me gustaban las cosas que no le gustan a nadie: estudiar, trabajar, hacer los deberes. Como soy muy de pensar, todo lo puedo trabajar con mi mente. Y sí es algo creativo, mucho más».

«Ese cuento que hoy no existe en físico me lo hicieron reproducir. Era muy divertido: ¡todo el mundo quería copias! Para una niña de quince años, ver a la gente reaccionando de esa manera era muy gratificante. A lo mejor no era la más bonita del salón, ni la más divertida, pero sí tenía un lugar en el mundo. La escritura muchas veces tiene que ver con terapia, con autoanálisis.»

Ana escribe en cuadernos de ejercicios; también lleva diarios, apuntes. La escritura de diarios le parece fascinante: le da la posibilidad de separarse de quien es todos los días, de indagar más sobre sí misma. A veces ha mostrado esas páginas a algunas personas: «son impulsos voyeuristas». Como bloguera, también tuvo su etapa. Colaboró en portales como *Derrelictos*, *Pájaros Obsesivos* o *Moderna Salvaje*. «Escribía todos los días, con un ímpetu que ya no tengo. Era un ritmo que llegaba a ser estresante. Llegaba un momento en que no es que tuviera nada que decir, sino que sencillamente estaba agotada. Pero no podía parar, porque de eso vivía. En esos blogs sabía mostrarme en otras facetas.»

«Siempre he estado tentada a hacer textos no exactamente narrativos. Serían más bien fragmentos reflexivos, porque me gustan los géneros híbridos. Y ahora me inclino más por el ensayo. Amo el fragmento, el apunte, la nota. Me parece que son herramientas fantásticas de las que uno se puede servir. Nada que ver con el texto redondo, completo, sino más bien con una textura porosa, que le da el lugar al otro para que participe y elabore. Hoy en día me cuesta mucho organizar un texto canónico. Tengo como muchas digresiones. No soy muy lineal, y eso se refleja tanto en mi manera de hablar como en mi escritura.»



**«SOY MUY INDIVIDUALISTA,
EN TODOS LOS SENTIDOS.
SOY UN PLANETA APARTE»**

TEXTURAS DE LA PALABRA

Tampoco tiene linealidad en sus lecturas. Ni en las de antes, ni en las de ahora. Hay mucho material que pasa por su vista, porque hay trabajo pendiente. En sus lecturas de juventud, no hubo grandes autores, ni libros de lomo espeso, ni tapas con letras doradas refulgentes.

Más bien leyó de todo. Todo lo que pudiera llegar a sus manos. Enciclopedias, recetas de cocina, récipes farmacéuticos. «Siempre lee todo», le aconsejaba el papá. Y así hizo. Al punto de que ese mismo consejo se los da a sus estudiantes en la Escuela de Comunicación Social de la UCV.

«Mis lecturas mezclaban arbitrariamente lo paraliterario con lo literario. En el colegio leía lo que me pedían. Y era muy feliz. Esas lecturas a su vez alimentaban la escritura. Luego vendrían los fetiches: el olor de los libros, por ejemplo, o del papel. Yo sé qué libro es por su olor. ¿El olor de *Rayuela*? Es como el de la colonia.»

No se detiene en títulos concretos, sino en el hecho lector, tan abarcante. También fue lectora de periódicos, y llegaba a distinguir sus respectivos géneros, tan bien como distinguía los literarios. «Desde muy pequeña, mi mente sabía qué cosa era un género; lo intuía. Una escena de casa: mientras papá leía el periódico, yo leía la revista dominical. Parecía una Tenenbaum.»

Y sobreviene algo aún más extraño: disfrutar las cosas que no leía por el simple hecho de tenerlas cerca. Porque en la receta de cocina o en el r cipe de farmacia aparecían datos indescifrables, que la imaginación se encargaba de completar. Y ella lo explica con palabras

de Borges sobre la ficción: «fantasear con todo lo que leo, urdir un mundo donde una receta pasa a ser un conjuro. No me form  con una biblioteca exqu sita. Por eso digo que uno tiene que leer de todo. Las peores cosas y las mejores, para definir y arrepentirse de lo terrible, para saber distinguir. No todo lo que tienes que leer es excelente. A veces un catador vale más que un crítico».

Ana García Julio pudo haber sido el nombre de una periodista. Cuando empezó a estudiar la carrera, en 1998, tenía la vaga idea de especializarse en la fuente cultural: aspiraba a trabajar en *El Universal* o en *El Nacional*. Pero cuando egresó, ya no quería saber nada del periodismo. Tuvo sus buenos años en las redacciones de *Nuevo Mundo Israelita* y de *Se Mueve*, pero se siente en deuda con un gremio que le ha dado mucho.



«SOY LA MADRE DE LOS
CIRCUNLOQUIOS; NO PODRÍA
DEFINIRLO DE OTRA MANERA»

VISIÓN DE LOS OFICIOS

Si aparece una oportunidad de trabajo, Ana acepta el reto. De su tránsito periodístico le queda la experticia en manejo de redes sociales. Pero más recientemente ha sido docente, sobre todo al egresar como magíster en Literatura Venezolana, que también le abrió la puerta como investigadora.

«Todavía estoy descubriendo qué hago en el Instituto: escribo artículos para revistas académicas, trabajo en un equipo que investiga la producción literaria en diversos géneros y me mantengo como docente de la misma maestría.»

«He estado muy dedicada a la supervivencia; no tengo mentalidad para huir oirme de vacaciones. Me he esforzado para establecerme bien, pero a veces me gustaría viajar a España o Alemania. Sigo siendo muy consciente de mi oficio escritural, aunque los cambios de vida marcan los estilos. No es simplemente escribir, porque también he sido muy autocrítica. Mis comienzos fueron un poco ingenuos: cumplí con un primer libro del cual no me arrepiento. Está allí y ganó un premio importante, pero como escritora me siento otra: ya no podría hacer literatura como esa. Lo leo y hay pasajes que me parecen ingenuos. Ahora tengo una conciencia más plena. Sigo escribiendo, pero procuro no publicar hasta estar plenamente segura. Y no necesariamente tiene que ser una escritura creativa; podría ser académica. Si publico, quiero sentirme cómoda, segura. Mi voz está cambiando, y no es bueno publicar en medio de cambios: se podrían notar las costuras. Creo que es mejor esperar.»

Ana siente que puede mejorar. Se maravilla cuando lee algo suyo y se sorprende de ser la autora. «Es maravilloso leerte como si fueras un extraño, y encima disfrutar.» Sus textos se desgranar como torrentes bajo títulos singulares: «Cancelado por lluvia», «Pájaros que evocan pájaros», «Testarudez», «Búmeran», «Pusilánime», «Lucía», «Astilla», «Pollito», «Habitar nuestras palabras», «Un caso siniestro», «El incidente», «Domingo» o «Un cabello rojo».

No cree en temas específicos, «pero sí hay algunos elementos recurrentes: la disección del instante o de la anécdota, que hace que buena parte de los textos tenga un talante más reflexivo que narrativo, o la suspensión del carácter o las manías de un personaje. También cultivo el extrañamiento, cierto candor, el humor, las posibilidades imprevistas (sin que esto



**«TODOS LOS PAÍSES HAN IDO
A ALGUNA PARTE, PERO
NOSOTROS NO. ES UNA ESPECIE
DE NAUFRAGIO»**

conduzca al efectismo). Algunos textos acusan cierta languidez, lo que se traduce en una atmósfera de belleza sombría. Aunque tengo unos pocos relatos de extensión media, prefiero los textos breves (en *Cancelado por lluvia* abunda el fragmento, los apuntes narrativos). En la

brevidad puedo cincelar una situación con pocos golpes, no necesariamente rápidos, pero sí preservando los detalles esenciales. A veces, la situación es solo una excusa para ahondar, para excavar en lo cotidiano. En lo que aparentemente no depararía nada especial está lo desconocido».

SONIDOS DE LA DIVERSIDAD

Muchos discos y muchos libros. Una colección interesante. Si Ana tuviera que mudarse, no sabría qué hacer con todo aquello. Se oye jazz al fondo. Las escalas suben y bajan. Una trompeta ensaya un solo difícil, quebrado.

Para definir su oficio en pocas palabras, Ana también ensaya unas palabras: «Soy la madre de los circunloquios; no podría definirlo de otra manera. Siento una constante transformación, y a veces me gusta *no saber*. Es una visión muy personal, pero necesito percibir que todo va cambiando. Si algo no comunica, pues entonces no hay conexión. Uno no escribe para que otro entienda o te quiera; uno escribe porque tienes la necesidad imperiosa de decir algo. Pero a veces

las palabras no terminan de encajar con las ideas, y entonces allí debes esforzarte al máximo para alcanzar un mínimo de satisfacción. La escritura a veces no te lleva al lugar donde querías llegar, pese a todo el esfuerzo que haces. A veces no encuentro lo que estoy buscando. Siento que el texto no es fiel a lo que quiero expresar».

«A mí siempre me ha gustado una definición de Borges sobre los géneros literarios: decía que dependían de la expectativa del lector. De manera que hay que jugar con el concepto de género: pretender entenderlo de acuerdo a tu estado de ánimo, percibirlo como si fuera de otro. Leer la ficción como no ficción y viceversa. Hay géneros definidos que tienen sus fronteras, pero también los puedes solapar. Tengo piezas narrativas que parecen ensayos, o ensayos que



«INDEPENDIENTEMENTE DE LO QUE
ESTÉ HACIENDO DENTRO DE UNOS
AÑOS, SIEMPRE ESTARÉ BUSCANDO,
HACIÉNDOME PREGUNTAS Y MÁS
PREGUNTAS. SOY UNA INVESTIGADORA
EN EL SENTIDO MÁS AMPLIO»

parecen ficción. Hay que defender la condición transgenérica. ¿Qué son los textos de Ramos Sucre? Podrías pensar en un enjambre de posibilidades.»

«Le tengo mucho respeto a la crónica, pero hoy cualquiera es cronista, o hace crónicas. La crónica siempre está a medio camino... Tiene cabeza de algo y cuerpo de otra cosa. Es híbrida. Si bien mi formación tuvo más que ver con géneros opináticos, la he cultivado como de pasada, como un despacho. Hay toda una tradición de cronistas que es maravillosa. La crónica tiene como una sabrosura de la que no me siento capaz. Hay crónica periodística que es también literaria, que termina siendo ficción, pero no tengo ese pulso, ese tino, para hacerla.»

INTUICIONES DEL SEXTO SENTIDO

«Si algo me define es la curiosidad. Soy una buscadora, que no buscona. Y todo el tiempo estoy buscando respuestas, significados, preguntas. Independientemente de lo que esté haciendo dentro de unos años, siempre estaré buscando, haciéndome preguntas y más preguntas. Soy una investigadora en el sentido más amplio, pero sobre todo me interesa mi investigación personal.»

«Creo que me encuentro en un momento difícil de definir, que no sé si llamar de transición. Quizás es de mayor madurez, de saber quién soy. Después de que pasas los treinta años como que sí hay algo claro, y sin embargo... Ahora tengo mayor conciencia de lo que no quiero hacer. Voy hacia algo más estable, más concreto. Probablemente siga cambiando, pero cada vez menos. Soy ahora lo que se va quedando, y no la que era hace cinco o diez años. Es como asentarse; esa podría ser la palabra.»

«Nunca he pensado en irme de Venezuela, salvo algún arrebato que haya podido tener. Eso para mí no cuenta. En todo caso, si me hubiera decidido, tendría que haberlo hecho antes. Más bien me pregunto por qué mis amigos sí se fueron y yo no. Algo me ata a esto. Pensando en los mismos términos del poeta Cavafis, si me voy a llevar todo lo que soy como venezolana, como mujer criada en Caracas, a otra parte, prefiero estar en mi casa, con mi familia, con mi ciudad. ¿Para qué me voy a buscar una nostalgia afuera si acá tienes un duelo cotidiano por el país que fue? Cuando me pregunto por qué sigo aquí, la respuesta no es capricho, ni resistencia. Es como una postura ética, política. Lo que hago acá, aunque lo pudiera hacer en cualquier otra parte del mundo, lo seguiría haciendo acá.»

«¿Qué país habita en mí? ¿O en qué país habito? Tuvimos una ilusión que iba para algún lado, pero que al final no fue, no terminó de ir. Ana Teresa Torres y José Ignacio Cabrujas han dicho que no terminamos de creernos lo que somos, lo que nosotros mismos creemos de nosotros. Esa especie de inestabilidad, que hace que nunca lleguemos a ningún puerto, es terrible. Todos los países han ido a alguna parte, pero nosotros no. Es una especie de naufragio. Hemos tenido momentos sublimes, como la noche de la inauguración del *Titanic*, que fue espectacular. Y sin embargo, el *Titanic* naufragó.» ●



ANA MARÍA HERNÁNDEZ

CARACAS, 1962 | Periodista cultural, músico y guitarrista. Trabajó en los diarios *El Nuevo País* y *El Globo*. Docente de periodismo en la Universidad Católica Santa Rosa. Desde 1997, es periodista cultural de *El Universal*.



EFRÉN HERNÁNDEZ

CARACAS, 1980 | Arquitecto por la UCV. Diplomado en Negociación Estratégica del IESA. Ha hecho trabajos fotográficos para *El Nacional*, *Últimas Noticias*, *Clarín*, *Reforma*, *El Librero*, *Gatopardo* y el portal *Prodavinci*. Recopilaciones fotográficas para las editoriales Alfa, Alfaguara, Random House, Fundación para la Cultura Urbana y Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Las migas

Nunca supe sus nombres. Eran de esa gente que conoces de pasada. Amigos que tus amigos te presentan no una, sino varias veces, inseguros de habértelos presentado ya; con los que coincides en antros perecederos, compartes charla trivial y cuentas de cervezas y frituras consumidas en mesas kilométricas.

Al calvo lo llamaban Asterisco por su manía de objetarlo todo. Cuando hablaba, movía los codos con tal entusiasmo que bien habría podido irse remando a Marte a cuenta de ellos, pero quizá no lo intentaba porque allá no tendría a quién contradecir. A su novia la conocíamos como Olivetti (¿u Olympia? Era algo de máquina de escribir). Pálida y coronada por un pompón de rizos rojos, atendía los diversos focos de conversación sin participar en ninguno, con el aire indeciso de quien aguarda un momento seguro para cruzar la calle.

Cierta vez alguien me explicó que, por causa de una caída a la que había sobrevivido de milagro a los cinco años, Olivetti era incapaz de reconocer rostros. Asterisco solía llevar zapatos muy peculiares para que ella pudiera identificarlo cuando se citaban en un lugar concurrido (aunque quizá hubiera bastado con su inconfundible meneo de codos). Más que atrapados en el eterno *loop* de una cita a ciegas, era como si siempre estuvieran en riesgo de perderse el uno para el otro entre un océano de facciones anodinas.

El caso es que, en una de aquellas confluencias casuales, a varios se nos abrió

el apetito y decidimos cenar en vez de ceñirnos exclusivamente al ritual etílico. Olivetti apareció tarde, cuando ya estaban retirando los platos; le había tocado hacer alguna cosa extra en el trabajo. Impaciente, Asterisco jugaba con la única rodaja de pan que habíamos perdonado, haciendo taquitos con la miga para lanzárselos a los distraídos. En cierto momento puso dos taquitos en la palma de la mano de Olivetti y le dijo:

—Esta eres tú y este soy yo.

Como ella no hiciera más que observar las migas con aire perplejo, añadió:

—Sí me entiendes, ¿no?

Un silencio incómodo recorrió la mesa. Aquello no parecía un código amoroso.

—A leguas se distingue a Asterisco, por los codos locos —comentó alguien, tratando de hacerse el chistoso.

Pero a Asterisco se le había metido un no sé qué implacable y reanudó su invectiva:

—O no... A lo mejor no somos tú y yo, sino otra persona y yo. O son tú y otra persona. Podrían ser cualquiera. Sin caras, la combinatoria es infinita.

—¡Ay, déjala en paz! —exclamó otra de las presentes—. En el fondo, todos somos lo mismo, las diferencias son pura ilusión...

Con el poco disimulo que le permitían las circunstancias, Olivetti deslizó su silla hacia atrás y ladeó la cabeza para mirar bajo la mesa. Le entraron unas ganas espantosas de salir corriendo y disolverse en la noche: no reconoció ninguno de los zapatos que veía.

Camino a la posmodernidad

EDNODIO QUINTERO

Mi primer contacto con los escritos de Ana García Julio ocurrió en 2005, con la lectura del manuscrito de su libro de cuentos *Cancelado por lluvia*. Aquel año actué como jurado del concurso de narrativa para autores inéditos de Monte Ávila en el cual García Julio compartió el primer premio. En este libro, así como en algunos relatos publicados posteriormente, encontramos una serie de propuestas dentro de la brevedad que sorprenden por su originalidad y por el dominio de las técnicas narrativas, lo que demuestra un grado de madurez y la conciencia clara de la autora acerca de su incursión en lo específicamente literario. García Julio se pasea con desparpajo por situaciones cotidianas, filosóficas, mentales, fantásticas, en las que podemos asistir al solemne entierro de un pez o a las disquisiciones acerca del limbo como un no-lugar en el cual no cesa de llover. Juega con el lenguaje en un tono reflexivo, lejano, intimista o



casual, según el caso. En estos relatos destaca la aguda inteligencia de la autora, su atenta observación a los detalles, el conocimiento sutil e irónico del universo femenino y la conciencia crítica de una escritura que se sabe única y al mismo tiempo inmersa en la tradición.

«La noche es el silencio más entrañable, el descanso más profundo», así proclama nuestra autora. A propósito de tradición y sin apelar al recurso fácil de un feminismo de manual, me atrevo a sugerir la vinculación de Ana García Julio en el ámbito de autoras como Clarice Lispector y Alejandra Pizarnik. De cualquier manera, por sus innovadores hallazgos, su talento como escritora y el carácter audaz y posmoderno de sus textos se ha ganado un lugar destacado dentro de la nueva narrativa venezolana.

[Cuentista, novelista y antólogo. Especialista en literatura japonesa contemporánea. Cofundador de la Bienal Literaria Mariano Picón Salas de Mérida]





Daniela Jaimes-Borges

«Puedes convertir el dolor en belleza»

Actriz, escritora y profesora nacida en Caracas, en 1981. Egresada de la UPEL como docente en Artes Escénicas y magíster en Estudios Literarios de la UCV. En 2009 ganó el Premio de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores, mención Dramaturgia, por *Breves*. Ha publicado en revistas como *El Salmón* y *Babel* y en portales como *ReLectura* y *Ficción Mínima*. Actualmente dicta la cátedra de Lengua Española y Literatura en la Escuela de Idiomas de la UCV.

TEXTO JUAN ANTONIO GONZÁLEZ | FOTOS PAVEL BASTIDAS

«No creemos en ninfas ni tritones. La poesía tiene que ser esto: una muchacha rodeada de espigas o no ser absolutamente nada.» Esta frase del poeta chileno Nicanor Parra se aproxima bastante al día a día de la escritora Daniela Jaimes-Borges. En su modesto y ordenado santuario, que es su hogar, vive desde hace tres años. Al principio, se lo describía a



«PARA MÍ, EL ALZHEIMER
SIEMPRE HA SIDO UN
EXCESO DE EVASIÓN»

sus amigos así: «Esto no es una casa. Esto es la Franja de Gaza». Se escucha el bullicio de gente que hace cola para entrar a un supermercado de Piedra Azul, al final de la avenida principal de Baruta, y en pleno sureste de Caracas. Cerca de allí, subiendo por la calle Ricaurte, una pequeña e irregular escalinata de cemento conduce al lugar en el que Daniela cosecha su soledad. Ella y su gata de un solo ojo llamada Gertrudis; ella y la ausencia de luz directa; ella y su minúsculo escritorio donde caben su *laptop* y dos cornetas; ella y su infaltable cajetilla de cigarrillos, con encendedor y cenicero; ella y las repisas donde reposan sus dioses literarios; ella y un sofá de dos puestos; ella y un afiche de Los Beatles. ... La literatura que flota, la poesía a flor de piel, la obra de teatro en desarrollo, el libro de cuentos que debe terminar, los apuntes de sus clases de Lengua Española y Guion. Ella y el doloroso recuerdo de un comienzo de novela que no pasó de cien páginas: un accidente fortuito la dejó en el limbo de una computadora dañada.

La casa que antes utilizaban sus padres como almacén, definitivamente no es Gaza. Y no deja de ser metafórico que el espacio que es hoy su habitación haya sido en el pasado un inmenso tanque de agua. Ella contenida en él: vientre, mar, refugio. «Si la vida te ofrece un arco de fuego, no tomes el agua. Sé el agua», ha escrito en su cuenta de Twitter.

Jovial, histriónica, decididamente femenina, Daniela sabe que, tanto en el teatro como en la vida, amuletos como el cigarrillo «dicen muchas cosas». Y fuma mucho. Ha sido, en este orden, actriz, modelo, dramaturga, profesora, poeta y narradora. Habla alemán, que también enseña, intachablemente bien el español y está perfeccionado el inglés.

Ha editado hasta ahora un solo libro: *Breves*, que incluye las breves piezas teatrales *Sala de espera* y *La muñeca sin boca*. La primera combina comedia y suspenso a partir de las revelaciones personales de cuatro personajes sospechosos de haber asesinado a un baterista desafi-

nado. La segunda, en un tono decididamente dramático, trata temas como el abuso infantil, el abandono, la depresión y los conflictos familiares a través de una amarga conversación que sostienen dos únicos personajes: Madre e Hija.

El jurado que distinguió a *Breves* con el Premio Municipal de Literatura en 2011 destacó «su alto nivel formal y de contenido. Gran ejercicio imaginativo y de libertad expresiva. Indagación en temáticas esenciales del ser humano: la culpabilización propia y del otro, el castigo social e interiorizado, la complejidad de las relaciones de dependencia, en tonalidad sartreana. Aquilatada estructura y progresión dramáticas, así como excelente elaboración de personajes. Preciso sentido del tiempo y el espacio teatral. Propuesta muy contemporánea, tanto en lo literario como en lo específicamente escénico. Gran dosis de poesía».

En 2012, el Goethe Institut le otorgó a Daniela una beca para participar en la tercera edición de ‘Panorama Sur’ para dramaturgos, realizada en Buenos Aires. Se trata de una plataforma internacional para la formación en artes escénicas que auspicia Siemens Stiftung y la Asociación para el Teatro Latinoamericano (THE). Con esa beca escribió una pieza que mantiene inédita: *Con tu permiso, Tennessee*.

Algunos de sus relatos breves han sido publicados en revistas como *Asfáltica* (UNAM), *El Salmón*, *Babel* y *Teatralidad: crítica y verdad*. Otros textos pueden ser leídos en portales como ReLectura, Ficción Mínima, País Portátil y Dramateatro.

Actualmente se desempeña como profesora de Lengua Española y Literatura en la Escuela de Idiomas Modernos de la UCV, donde también dirigió al grupo de teatro Catena. Volviendo al campo de la creación, intenta concluir una pieza teatral llamada *Duélele a quien le duela*, también un libro de cuentos, y como novedad trata de ensamblar una exposición con pinturas que siente vinculadas a la palabra escrita, hechas con óleo sobre papel de algodón.

«Soy muy inquieta. He intentado de todo», confiesa quien además es *community manager*. Su perfil en Twitter es como un presentimiento de lo que será su primer poemario, pues hasta la fecha ha participado en antologías como *Jamming*.





«TENGO UN CARÁCTER FUERTE:
PUEDO SER MUY DECIDIDA, MUY
AGUERRIDA. COMO HE ESTADO
SOLA, UNO TIENE QUE SER A LA VEZ
MADRE, PADRE Y HERMANO»

102 poetas (2014) y *Cien mujeres contra la violencia de género* (2015). Su cuenta @danielajaimesbo es una ventana a su trabajo, pues desde 2016 lidera una plataforma de promoción de la poesía venezolana llamada #VozDe OtraVoz. Allí cuelga audios con las lecturas que hace de poemas de autores locales de cualquier edad, inéditos o no. Y a manera de exposición de motivos, escribe: «Yo, ante la imposibilidad de un país mejor, esperado por tantos, me sostengo en la poesía y le doy paso con mi voz a los poetas de mi país».

LA SOLEDAD HUELE A SALITRE

«Nací en La Candelaria, pero nunca viví allí. Mi infancia fue intermitente. Pasé mis primeros tres años con una tía en Catia La Mar; luego estuve unos dos años en Catia, con mi abuela paterna; después regresé a La Guaira; y como a los nueve años viví por primera vez con mis padres, en otra casa de Catia La Mar.» En su poemario inédito *Feroces*, Daniela tiene un verso que dice: «Yo veía de niña/ en mi abuela/ una esperanza dilatada/ de servirle a la vida».

A los once años la envían a casa de otra tía, en la avenida Andrés Bello. Estudió quinto grado en el Colegio Cervantes, pero debido al asma, que logró superar a los dieciséis, regresó a Catia La Mar, donde el clima era más favorable. «Viví así, dando saltos, hasta los dieciocho años. No lo hice con mis padres hasta los ocho o nueve. Lo explico someramente porque son temas sensibles: mi madre vivía su segundo matrimonio. Ella ya tenía dos hijos, mayores que yo... Viví con uno de ellos; el otro estaba en Caricuao... Su versión era la siguiente: como tenía que trabajar, dejó a los hijos y se fue a vivir con mi papá en La Candelaria. Todavía están juntos.» Lo que no dice, lo escribe: «Llamar a mi madre. No decaer ante su olvido, esa desmemoria. Jugar a no recordar también. He logrado la belleza por encima de las lágrimas».

La suerte de alejamiento involuntario de sus padres ha sido transmutada por la poeta y docente no en heridas permanentes sino en impulsos de vida. «Por lo general, la gente dice que el pasado no lo podemos cambiar. Pero yo creo que sí, en la medida en que lo transformas o lo adhieres a tu alma desde otro punto de vista. De pronto puedes convertir el dolor en belleza. Lo sacas de la oscuridad. Aunque, en realidad, la belleza nunca pide ser salvada.» En otro verso de *Feroces* se lee: «El pasado es Pompeya/ detenido por un cobarde/ que no la deja arder/ que no me hace ceniza».

«De aquellos años recuerdo haber sido campeona. A los siete años, porque no tenía quién me llevara al colegio, empecé a ir sola. Recuerdo el olor a salitre, siempre. Recuerdo el hastío que me producía el mar y la contemplación. La Guaira siempre ha sido para mí como un barrio grande, vivas donde vivas, vivas como vivas. De modo que hay un lado de mí que se hizo un tanto malandro...»

La autora atribuye a sus vivencias de aquellos años la conformación de una personalidad profundamente independiente. «Vínculos no tuve. No puedo decir siquiera que hayan sido endebles. Hoy en día, de alguna manera, he tratado de adaptarme al alzhéimer de mi madre. Para mí, el alzhéimer siempre ha sido un exceso de evasión. Ella ya no tiene la misma memoria. Por lo tanto, hablamos poco.»

LEER, LO INEXORABLE

En la Escuela «Gustavo Olivares Bosques», de La Guaira, la profesora de Castellano y Literatura de primer año de bachillerato, al tanto de la pasión de su estudiante por la materia, le dio a leer a Daniela la novela *María*, de Jorge Isaacs. Fue su primera experiencia como lectora y tenía doce años. «Luego, como a los veinte, ya en la universidad, la volví a leer y me pareció una telenovela.»

El impulso definitivo para que la lectura se convirtiera en una necesidad, más allá de las obligaciones académicas, lo encontró en el teatro. Y concretamente, en *Edipo Rey*. «En bachillerato nunca nos dan a leer las obras completas, sino fragmentos. Pues aquel fragmento de *Edipo Rey* me marcó. Tanto que, siendo muy pequeña, me leí las siete tragedias griegas. Fue una verdadera instancia de vida. También tenía un tío —esposo de la hermana de mi mamá, que ya murió— que empezó a estudiar Letras. Y aunque no terminó la carrera, era un lector voraz. Si mi maestra no me prestaba alguna obra, se la pedía al poeta de la familia. Eso me influenció mucho, y también el hecho de que con su hijo, que sí ha sido realmente un hermano para mí, grabábamos radionovelas en casetes. Yo escribía los guiones y, junto con otras dos primas, era su actriz principal. Allí nació mi devoción por el teatro y la actuación. Al año, entré en un grupo *amateur*. Y luego estudié modelaje, pero pronto me di cuenta de que iba a seguir midiendo 1,59. En realidad, no me fue nada mal.»

«No tengo ninguna atracción por lo trágico, en un sentido irreversible. Tengo, eso sí, una atracción por la literatura, y en principio por el teatro. En principio, digo, porque luego me hice de otras lecturas. Lo primero que leí fue narrativa, novelas, y luego fueron las tragedias, y ya después no paré. Pero volviendo a la categoría trágica, debo confesar que no la entendía mucho al comienzo. Eso fue entrando poco a poco. Desde niña, soy una persona bastante porosa cuando lee. Me fascinaba lo inexorable. El caso de Yocasta con Edipo, por ejemplo. Todavía tengo clara la imagen de Prometeo cuando le roba el fuego a los dioses, es encadenado y las aves de rapiña le comen el hígado.»



«LA ACTUACIÓN PARA
MÍ ES LO MÁS SAGRADO,
AL IGUAL QUE LA ESCRITURA»

LA LIBERTAD COMO VOCACIÓN

Daniela define su adolescencia con una metáfora marítima: «olas que golpean duro la piedra, pero que luego se repliegan. Y ese golpear hace también espuma. No era rebelde para nada, porque hacía todas mis tareas, y nadie me regañaba porque no existía. A veces era medio Gasparina».



«EL HOY LO ES TODO. PUEDE
QUE NO MUERA DE CÁNCER.
PUEDE QUE MUERA CAYÉNDOME
EN UNA BAÑERA»

Tan pronto culminó el bachillerato, sus alternativas para iniciar estudios profesionales fueron variadas. «Sentí que tenía habilidades para la química; también para el Derecho, porque era una cosa familiar. Mis padres son funcionarios públicos ya jubilados y, muchas veces, cuando no había nadie que me cuidara o estaba de vacaciones, iba al tribunal con ellos. Conozco de asuntos legales.»

Fue aceptada para hacer estudios de Derecho o de Idiomas Modernos en la UCV. Pero prefirió hacer el propedéutico para la carrera de Química en la Universidad Simón Bolívar. «Muy pronto me di cuenta de que no quería hacer nada de eso, porque para entonces lo único que me interesaba era leer. Siendo bastante independiente, podía elegir. Comencé a sentir que mi vocación real era enseñar, y más específicamente enseñar arte. Así que me fui al Pedagógico. Cuando llegué supe que debía preinscribirme, pero ese mismo día estaban realizando las entrevistas para los preseleccionados. Presenté mis papeles, expliqué mi caso y me hicieron la entrevista. ¡Me habían aceptado en el Pedagógico!»

Su profesora de Biología, Marisol Montilla, ya le había asomado que su camino podría estar en la docencia. «Cuando hacía mis exposiciones en sus clases, casi nunca me ajustaba a lo que decían los libros. Siempre he querido entender las cosas, manejar bien el diccionario. Confiaba más en esas habilidades. Al final del curso, Marisol estaba segura de que sería una excelente profesora.»

Si bien tenía tiempo haciendo teatro *amateur* en la universidad, en el Pedagógico no enseñaban actuación. Daniela decidió entonces hacer una audición para entrar a un grupo teatral llamado La Silla Rodante. «No sé si todavía existe, pero ahí entré y me hice actriz profesional. A los dieciocho años, ya yo estaba participando en el Festival Internacional de Monólogos.»

«No voy a repetir lo que muchos dicen: que escriben desde niños o desde que tienen uso de razón. Yo apenas anunciaba cosas en un diario. Y me metía en congregaciones como La Legión de María, para entender mejor la Biblia. Me parecía una obra fabulosa y me impulsaba a escribir. Luego, a los dieciocho años, escribo mi primer monólogo: ¡muy malo, por cierto!»

Se llamaba *Estoy muerta*, y tenía muchos problemas de puntuación. Creo que esa pieza surge del dolor no depurado de la infancia, de la ausencia de madre y padre.»

Cruz Manuel Noguera, dramaturgo y actor egresado del Pedagógico, fue el director de su primera obra de teatro. «Siempre he ido un poco a contracorriente. Empiezo todo al revés. La primera obra que hice profesionalmente como actriz, sin contar *Estoy muerta*, fue un monólogo, género muy difícil de crear, llamado *La muñeca sin boca*. Abandoné el proyecto por diversas razones, pero muchos años después encontré servilletas, papeles y anotaciones sobre esa pieza. No fue sino en 2009 cuando me atreví a terminarla. Era una obra breve, pero sufrí mucho escribiéndola. Lo hice con una cajetilla de cigarrillos al lado de la computadora y un dispensador cúbico de pañuelos Sutil. Vivía en Colinas de Bello Monte el día en que la terminé. Salí del estudio, fui a la cocina y me desmayé.»

Lejos de incidentes y tropiezos, Daniela siempre sintió que el teatro le permitía ser absolutamente libre. «Me permitía ser alguien que yo no era. Y todavía lo creo. La actuación para mí es lo más sagrado, al igual que la escritura. Si no fuese actriz, no sería ni escritora ni profesora.»

DEPURAR EL DOLOR

«Yo me hice. Me construí. Y todavía me estoy construyendo. La psicoterapia me hizo mucho bien. Tengo un carácter fuerte: puedo ser muy decidida, muy aguerrida. Como he estado sola, uno tiene que ser a la vez madre, padre y hermano. También he aprendido a soltar, a entender que ya no soy una persona abandonada. Lo fui, claro, pero ahora me tengo. Tres meses fue el tiempo que estuve con mi madre al nacer, pero ahora tengo treinta y cinco años. Cuando nací, estuve un mes en incubadora: vine al mundo con problemas; no se me habían desarrollado bien los pulmones. Además, nací de forma inesperada: mi madre quedó embarazada, pero no lo supo hasta el cuarto mes de gestación.»

«Sobre los temas de mis obras, al principio eran una suerte de bestiario, de ferocidad. Trabajaba con el animal siempre. Luego se hicieron más humanos, aunque abisales, pero se han ido redimensionando. En los últimos años han tenido que ver con la depuración del dolor: pasarlo por un tamiz más fino, convertirlo en belleza. Un ejemplo: Yo me sentía muy incómoda en esta casa. Llegué aquí porque no tenía adonde más ir. Era un depósito que mis padres me habían dejado. Pero lo habilité como una casa, y ahora me gusta. Una amiga poeta me dijo: “Si no entra la luz natural, tú puedes ser la luz. Haz de la oscuridad algo apacible”. Y eso es lo que he hecho.» En un poema del libro *Las manos de Eggers*, inédito, se lee: «La enfermedad es



«SOBRE LOS TEMAS DE MIS OBRAS, AL PRINCIPIO ERAN UNA SUERTE DE BESTIARIO, DE FEROCIDAD. EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HAN TENIDO QUE VER CON LA DEPURACIÓN DEL DOLOR»



«VENEZUELA ES UN CAMPO
MINADO. TENEMOS EL ALMA
ROTA, PERO AHORA TAMBIÉN
EL CUERPO»

A veces se muestra dura como una roca y a veces frágil como su gata. Dice no tenerle miedo a la muerte. «A la de otro sí, pero a la mía no. Llegar a este convencimiento no es sencillo: hay que aprender a vivir, a querer, a respirar. El hoy lo es todo. Puede que no muera de cáncer. Puede que muera cayéndome en una bañera. La vida me impulsa a escribir. O mejor, no puedo vivir si no escribo. La literatura es el lugar más hondo de mí. Es el lugar sagrado.»

Si hay una idea que la obsesiona, trata de que le venga primero en forma de imagen: «una imagen en palabras». Una vez que esta aparece, la escribe sobre un papel o en la computadora. Y con solo hacerlo, ya sabe si se trata de un poema, de un cuento o de una obra de teatro. Antes de escribir, ordena, limpia, atiende a Gertrudis. Pone a sonar la música de Jacqueline du Pré, de Glenn Gould o de Daniel Barenboim... La que mejor se ajuste al *tempo* de lo que escribe. Lo hace todos los días. Generalmente de noche, pero asegura haber descubierto que escribir entre seis y ocho de la mañana «es perfecto». Eso sí, siempre con los cigarrillos y el cenicero a la mano.

una esquina en el patio trasero de mi temple/ un ruido/ obstinado/ cuando aparece vestido/ de uno».

«En algún momento fui muy pública con respecto a mi enfermedad, pero sufrí mucho.» En 2014 le fue diagnosticado un melanoma, del que ya está recuperada, y en 2015 le detectaron un glioblastoma en el troncal izquierdo del cerebro, por el que recibió, con resultados muy positivos, quimioterapia de última generación. «Mientras estaba en tratamiento, hubo gente que me criticaba porque fumaba de vez en cuando o porque me tomaba un vodka. Nadie reparó entonces, en un *jamming* poético al que me invitaron, que la poesía me daba toda la vida que me robaba la enfermedad. No sé si la literatura salva o no, pero a mí me ha ayudado. En mi último poemario, *Las manos de Eggers*, ficciono sobre el nombre de mi oncólogo. Lo hice por respeto, porque me curó, y porque murió de un cáncer cerebral.»

EN EL ESPEJO DE OTROS

En los espacios blancos que dejan las repisas de su hogar, Daniela ha levantado sus altares. En uno de ellos tiene una fotografía del cubano Virgilio Piñera, de quien dice amar *Electra Garrigó*, su particular versión de la *Electra* de Sófocles. También figuran allí *El diario de Praga* de Caupolicán Ovalles; poemarios de Olga Orozco: «a la que siempre vuelvo»; obras de Anaïs Nin: «de la que admiro el desparpajo pero también la honestidad con la que retrata a sus quince o veinte amantes; las tragedias griegas... También dice que se identifica con el protagonista de *Sólo para fumadores*, de Julio Ramón Ribeyro, por razones adictivas. En el recuento admite que, más que leer, relee.

«Me interesan todos los personajes heroicos. También las épicas asociadas al viaje, que siempre tratan de transformación interior, aunque no me vea muy reflejadas en ellas. Me interesan más bien porque nutren mi imaginario. Pero me estoy quedando corta: ¡hay tantos personajes interesantes! A mí me encantaría interpretar a la Blanche DuBois de Tennessee Williams. En ella se confirma que la locura no es más que la exuberancia de la belleza. Pero creo que todavía soy muy joven para encarnarla.»

En cuanto a la poesía venezolana reciente, dice que «hay bastante y buena, pero por más estudios que tenga no soy quién para calificarla. Puedo decir que me gusta la poesía de Alejandro Castro, por ejemplo. También los trabajos de Oriette D'Angelo y José Delpino. En otro frente, pienso que Flavia Pesci-Feltri o Kira Kariakin son autoras extraordinarias. Ni hablar de Luis Enrique Belmonte. Fedosy Santaella, en su faceta de poeta, y Hernán Zamora son para mí muy buenos. Con Yoyiana Ahumada he hecho algunas lecturas dramatizadas de *Maleta de exilios*, que ambas pensamos montar en una sala de teatro. Y no olvido a Cecilia Ortiz, que es como mi madre poética. Los llamados *jammings* me dieron la oportunidad de leer mi poesía en público. Ha sido una iniciativa importantísima, muy de estos tiempos, que habrá que agradecer».

«La situación editorial que tenemos es un reflejo del país. Con los costos actuales es muy difícil publicar. Y sin embargo, editoriales como Totdmann, Libros del Fuego o Madera Fina están haciendo un trabajo muy importante, ya no de resistencia, sino de resiliencia. Para mí se trata de un trabajo invaluable, que tendremos que estudiar dentro de unos veinte años. Ahora no nos damos cuenta de la importancia. Solo en perspectiva sabremos la relevancia que tuvo.»

«Venezuela es un campo minado. Tenemos el alma rota, pero ahora también el cuerpo. La falta de agua, de medicinas, de alimentos... todo eso destruye el cuerpo, después el alma, y por último el lenguaje. Una sociedad malograda, y ahora de rodillas. Todos vivimos penetrados por la crisis; ya nadie se escapa. Como todos, para sobrevivir debo hacer múltiples tareas.»

«Mi fe está intacta: nunca la he usado. Hay que seguir, cada quien desde su lugar de trabajo, desde sus posibilidades. Seguir apostando. Mientras estemos acá, los que aquí seguimos porque no pensamos irnos, tenemos que continuar haciendo lo que mejor sabemos hacer. Y en mi caso, seguir formando desde la integridad y la excelencia.» ●



JUAN ANTONIO GONZÁLEZ

CARACAS, 1962 | Periodista egresado de la UCV, Mención Audiovisual. Redactor de *El Diario de Caracas* y *El Nacional*. Crítico de cine y teatro. Ganador del Premio Municipal a la Difusión Cinematográfica (1998). Coordina el área de Arte y Entretenimiento en *El Universal*, donde publica semanalmente la sección «Mirada Expuesta», dedicada a promover el trabajo de fotógrafos venezolanos.



PAVEL BASTIDAS

CARACAS, 1949 | Trabajos y encargos fotográficos publicados en diferentes diarios de circulación nacional. Ha desarrollado imágenes para portadas de libros, catálogos de arte y exposiciones colectivas e individuales. Ha participado en las exposiciones «Caminantes, calles y ciudades» (2006) y «Mentiras y verdades» (2010).

Raza de perra

Él decía que yo era como un perro de raza, pero abandonado por la vida, sucio, lleno de pulgas y con el pelaje adolorido. Que me hacía falta el cuidado, el baño, el amor. Y me lo prometió todo.

Lo cumplió al pie de la letra. Me puso en cintura con su cinturón, me ajustó los dientes en cada desacuerdo, me compró cremas desinflamatorias de tubos gruesos, mientras me llenaba de psiquiatras. Me dio de beber en copitas sucias de la sangre que sudaba mientras aprendía a pedirle perdón.

Ahora soy una mujer de raza, cuidada, inmensa, de casa, con miedo.



Mirar desde el dolor

FEDOSY SANTAELLA

La escritura de Daniela Jaimes-Borges está marcada por las experiencias cercanas del dolor y la locura, del exaspero del insomnio y la ingratitud de la existencia. Pareciera resignada al dolor, o más bien pareciera abrazarlo, hacerlo suyo de tanto embate ineludible, porque, a pesar de ello y con toda la libertad de quien no tiene nada que perder, se da el permiso de la belleza.

Ya que no puede tener reposo, la escritura busca la belleza en el dolor. Allí, al borde del padecimiento físico, mental, espiritual, existencial, el lenguaje se desdobra, se fragmenta, se retuerce, atraviesa muros y encuentra una revelación, quizás oscura. En sus textos, Daniela se hunde desde esas orillas del dolor hacia el centro de la belleza, único pozo que mitiga las quemaduras por unos instantes, mal que bien.

Volver de esa sima es traer una mirada que se vuelve lenguaje. Ese lenguaje, cuando se trata de narrativa, construye una historia con sus propias lógicas, como si la acción se enmarcase en un espacio y un tiempo cuyas reglas han sido transmutadas por la locura, la



muerte o la desesperanza. Así, la necesidad dramática de los personajes no es más que el reflejo de los movimientos internos de emociones que quiebran el alma. En esa fragmentación, el texto narrativo resulta una estructura breve que pareciera durar el aguan-te de un dolor y estar hecha de retazos, de imágenes y desvíos. Sus textos conectan las acciones desde las emociones y los símbolos de esas emociones (en ese sentido, son muy poéticos) y no tanto desde las lógicas secuenciales del movimiento o de la razón.

A Daniela la leemos desde la autenticidad de Daniela: resulta temeraria, da gusto estar en su escritura, pero también sabemos que allí es terrible. Es verdadero y terrible.

Miramos desde Daniela, desde sus dientes apretados, desde su insomnio, desde el ansia de encontrar reposo, calma, paz. Miramos, sí, desde las aguas de un río que implora la muerte de las crecidas.

Así escribe. Así la leemos.

Así miramos desde Daniela.

[Cuentista y novelista. Finalista del Premio Herralde. Profesor de Letras de la UCAB]





Graciela Yáñez Vicentini

«Para dialogar no hay como la noche»

Nacida en Caracas, en 1981, es licenciada en Letras, poeta, ensayista, editora y gestora cultural. También librera y docente. Dicta talleres literarios y también los sigue. Organiza seminarios y recitales de poesía. Vive y trabaja a contracorriente, sobre todo en producción editorial, alargando la noche hasta más allá del amanecer para poder estar a solas con los otros que la habitan.

TEXTO JACQUELINE GOLDBERG | FOTOS KARIM DANNERY



«LA POESÍA QUE A MÍ ME INTERESA
DESPIERTA LOS SENTIDOS, REVUELCA
ALGO INTERNO DE CARÁCTER
INDEFINIDO; PERTURBA,
HACE ALUCINAR O DELIRAR»

Ha publicado dos poemarios: *Íntimo, el espejo. Poemas de Egarim Mirage* (2015) y *Espejos al espejo de Egarim Mirage* (2006). En ambos, el nombre que le otorgaron sus padres es espejismo. Todo o casi todo en ella es gemelar: dos libros. Dos libros intitulados con el vocablo *espejo*. Dos nombres en un heterónimo que es a la vez espejo. Dos heterónimos. Dos amigas que se encuentran en la creación. Dos caminos universitarios. Dos lenguas para escindirse. En síntesis, espejo de espejos, contrapunteo, voz confabulada con una otredad avasallante. Máscara de máscaras.

Obvio sería recalcar que su fecha de nacimiento coincide con el signo zodiacal Géminis, el de los contradictorios gemelos. Y aunque ella no lo crea, tampoco descarta interpretaciones lúdicas. Todo aquello que la conduzca a refracciones propias o ajenas le interesa. Dice como si fuera otra: «Graciela Yáñez Vicentini nació en Caracas el 29 de mayo de 1981. Por parte de madre, María Margarita Vicentini, soy medio venezolana. Y por parte de padre, Pedro Pablo Yáñez, soy medio cubana. Mi mamá es socióloga y se dedicó al trabajo social. Mi papá es arquitecto y dejó La Habana para venir a Caracas en 1961, pero durante treinta años fue docente de Ciencias Sociales. Por eso siempre he dicho que tengo padres *sociales*. La vena poética me viene quizá por mi abuelo paterno, a quien nunca conocí, pero sabemos que escribía poemas, al igual que mi papá, que escribe versos sencillos. Y por el lado materno, mi abuela escribía, también mi tatarabuelo: Jacinto Gutiérrez Coll, un poeta con cierta figuración, sobrino a su vez del pintor Arturo Michelena».

Se graduó de bachiller en Humanidades, en 1999, tras estudiar casi toda su vida en el Colegio San Ignacio de Loyola. Ese mismo año inició estudios en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Con dos semestres auestas, y de forma paralela, comenzó Psicología en la Universidad Católica Andrés Bello, pretendiendo hacerse de una profesión para la supervivencia. Saltaba de Montalbán a plaza Venezuela, en busca de dos títulos. Además trabajaba como correctora de páginas web, y también organizando eventos en librerías. Un par de semestres después, quizás por aburrimiento, abandonó Psicología para matricularse en la Escuela de Letras de la misma UCAB. Persistía en su funambulismo entre plaza Venezuela y Montalbán, pero esta vez entre dos escuelas.

Tras dos años abandonó las aulas de la UCAB, para poder dar clases de Castellano y Literatura en su bien recordado Colegio San Ignacio. Ya las daba antes en el colegio El Peñón y era preparadora de Teoría Literaria en la UCV. Finalmente, cumplió el anhelo de graduarse en su casa original con la tesis *Del último regreso. Dispersiones sobre el desarraigo*, bajo la tutoría del escritor Rafael Castillo Zapata. «No fue fortuita la decisión de estudiar en dos Escuelas de

Letras. Parecía redundancia o locura, pero tenía mis motivos. En la UCAB había una ruta cronológica, ordenada: eso me interesaba. En la UCV podía pasar un semestre completo dedicada a un libro: eso también me interesaba. En la UCAB leía un montón de cosas sin darme cuenta, y además tenía atractivo pénsum que incluía cátedras como Historia del Arte. Como dice un amigo que pasó por ambas escuelas, en la UCAB se lee más y en la UCV se lee mejor. Nunca pretendí graduarme de lo mismo en dos universidades. Quería egresar de la UCV y fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Por fortuna, en ambas universidades tuve profesores maravillosos. A veces no entendían mi ubicuidad. Recuerdo que Carlos Sandoval, María del Pilar Puig y Camila Pulgar, profesores en ambas casas de estudio, me pillaban y se reían. En la UCV dos de mis mentores fueron Gisela Kozak y Rafael Castillo Zapata. En la UCAB valoré mucho las clases de María de los Ángeles Taberna, Humberto Valdivieso y Francisco Javier Pérez. Y también la de Alberto Márquez, que me formó como correctora y con quien ahora trabajo. Algo que siempre quise hacer.»

UNA AMIGA LLAMADA MARIANA

Comienza a escribir desde muy niña. Cuentos que ilustraba ella misma, novelas breves, poemas, diarios. El primer texto que publicó fue en inglés, a los nueve años, mientras estudiaba en California, donde la familia se trasladó gracias al año sabático de su papá. «Hay diferencia entre querer escribir y querer ser escritor. No sé si de niña quise ser escritora. Sabía que quería leer, escribir libros y publicarlos. Pero jamás tuve conciencia o aspiración a vivir de ello. Y creo que sigo sin tenerlas. Es extraño decir que uno es escritor o poeta. Soy muy reticente a entregar poemas para publicar. Soy obsesiva: corrijo, corrijo y corrijo. Paso años en eso. Soy muy lenta para decidir.»

Asidua como pocos a talleres literarios, se inició en su propia casa, junto a su inseparable amiga de infancia Mariana Rodríguez, hija de un exalumno de su padre en Cuba y luego su mejor amigo en Venezuela. «Mariana y yo nos conocemos desde siempre. Nació diez días antes que yo. Nuestras madres embarazadas se visitaban. Nunca estudiamos juntas, pero nos criamos como hermanas gemelas. Nos veíamos todos los fines de semana. Ella dormía en mi casa o yo en la suya. Lo único que deseaba era llegar a ese refugio de fin de semana, para estar con Mariana y leer y escribir. Discutíamos lo que estábamos leyendo, sobre todo novelas y cuentos. Nos encantaba el género detectivesco. Y escribíamos juntas poemas rimados y canciones. Yo tenía diarios de viaje y en la adolescencia textos breves. Cuando regresé de Estados Unidos, seguí escribiendo “novelas” en inglés. No ha habido un momento de mi vida en que Mariana no estuviese.»



«SOY Y NO SOY YO. ESO NO ES NI LOCO, NI POSADO, NI FALSO. ESO ES LITERATURA. ESO ES TENER ALMA»

Mariana estudiaba Letras en la UCAB, y en parte por eso Graciela entra a una segunda escuela de Letras. Para visitar a Mariana, viajó varias veces a Miami y a Washington. De esos días de juntas nació el heterónimo que hoy usa. «Egarim salió de Mirage. Mariana ya usaba el nombre de Mirage y, entre muchos juegos escriturales, un día pusimos su nombre frente al espejo. Y me convertí en Egarim. Muchos han creído que somos hermanas, quizás por el



«EGARIM SALIÓ DE MIRAGE. MARIANA YA USABA EL NOMBRE DE MIRAGE Y, ENTRE MUCHOS JUEGOS ESCRITURALES, UN DÍA PUSIMOS SU NOMBRE FRENTE AL ESPEJO. Y ME CONVERTÍ EN EGARIM»

cabello castaño largo, por ser muy blancas, por tener ojos marrones. Quizás porque las dos nos vestíamos de negro. Quizás por aquello de que cuando la gente pasa mucho tiempo junta comienza a parecerse, a tener los mismos gestos. Había entre nosotras un asunto especular, como de gemelas, un juego con el otro o con el eco en el otro. Curiosamente, en esa época pensaba que si llegaba a tener hijos quería que fuesen unas hermanas gemelas, como nosotras.»

Más allá de los momentos compartidos con Mirage, Egarim se volcó al estudio de los heterónimos gracias a varios cursos que tomó con José Luis Blondet en la UCV. Allí tuvo revelaciones que la llevaron a Blas Coll, por consiguiente a Eugenio Montejó y finalmente a sí misma. Más tarde llegarían Antonio Machado y Fernando Pessoa. «Comencé a desarrollar el personaje de Egarim Mirage, que a Mariana le pareció divertido. Su biografía es fruto de ciertos guiños entre nosotras. La *plaquette* que lleva por título *Espejos al espejo* trae un objeto con un poema de Mariana. Es mi homenaje a tantos años de complicidad. Mariana fue la primera que compró

por Amazon mi segundo libro, en el que la menciono varias veces. Sabe que ese libro es de ella, para ella.»

Hoy Mariana no está en Venezuela. Como tantos jóvenes emigró. Sin embargo, la hermandad continúa intacta. «Cuando ella se fue, los oficios también se dividieron: yo me quedé con la escritura y ella con la música. Ya casi no escucho música: es un hábito que dejé de tener porque perdí el eco de ella. Esto de los amigos que se van es doloroso. No lloré cuando Mariana partió, porque hay pérdidas que nunca se asimilan, que persisten como fantasmas. Las cosas que más me han dolido son las que menos he llorado. Pertenezco a una generación que ha emigrado en masa. Tengo muchos afectos fuera del país, muchos exnovios en Nueva York. Los viajes que he podido hacer en los últimos años son para buscar esos amigos que partieron.»

NACE UN HETERÓNIMO

Egarim Mirage nació el 24 de mayo de 1981 en Long Island, Nueva York. Esto se lee en la solapa del libro *Íntimo, el espejo*. Y luego se acota: «Aficionada a los libros infantiles, a los juegos verbales y fotográficos. Viste mucho de negro y multiplica todo por dos. Viaja siempre que puede. Le gustan los parques; en todo sitio que visita se procura un rincón verde. Vivió un tiempo en Mérida, donde realizó estudios de cine y de filosofía. Escribe en español y en inglés; le gusta traducir. No se sabe si su desdoblamiento (Egarim/Mirage) se debe a una fijación especular, a algún diálogo inconcluso o a un juego prolongado con amigos imaginarios de su infancia».

La heteronimia la ha llevado a reconstruirse tras un personaje que le permite la confluencia de múltiples voces y registros estéticos. Graciela asegura que todo es un juego. De ahí su identificación con Eugenio Montejo, su admiración: el dolor ante todos los poetas que se fueron con él. Acota que no teme a los desdoblamientos psicológicos que pudieran trasladarse a su cotidianidad. La creación de heterónimos le otorga amplitud y libertad, como ejercicio formal y como expansión temperamental. «Según Montejo, la distancia entre Blas Coll y él residía en el humor. No estoy muy segura de eso. Cada vez que don Eugenio me hablaba de Blas Coll, lo hacía muy serio. Intuyo que Montejo se divertía muchísimo con Blas Coll. Supongo que hablar de desdoblamiento solo nos deja dos opciones: o estamos ante la locura o frente a un recurso, que de todas maneras implica algo falso, mientras que la primera no. En todo caso, no me autoengaño ni me confundo: si lo hago, es a conciencia. En toda escritura hay pose. Lo importante es que la pose no sea impostada. Nos mostramos como somos cuando posamos, tal como en la fotografía.»

Un segundo heterónimo comienza a asomarse. Se trata de Graciela Alejandra Armando. Su genealogía atiende al nombre de la autora entretejido con el de la poeta argentina Alejandra Pizarnik. «Mi amigo Daniel Ricardo Armando tiene tres nombres y yo solo uno. Un día me dijo que me regalaba el Armando. Y lo tomé. *Los Poemas amarillos*, libro en preparación, es de Graciela Alejandra. Egarim Mirage la cita en su libro, porque sabe que Graciela está hablando de ella: “Si hubiese amado menos a los espejos, si me hubiese roto menos/ ¿estaría más intacta?, ¿sería menos frágil, al menos?”. Egarim también cita a Mirage, y a otras compañeras, no siempre literarias. Hay conciencia del





juego, pero el juego en sí mismo no necesariamente se hace a conciencia. Nunca decido si voy a escribir como Egarim Mirage, como Graciela Alejandra Armando o como Graciela Yáñez Vicentini. Soy todas. Soy ninguna. Finalmente, siempre somos falsos. No le temo a eso. Pessoa, obviamente, tampoco. Lo sabía, lo dijo y, sin embargo, todo el mundo se tomaba en serio al poeta fingidor. Tengo una fijación con el doble y las almas gemelas, pero siempre vuelvo a Machado cuando se trata de estos temas. Él habla del “complementario que llevas siempre contigo y que suele ser tu contrario”. Y eso me lleva a espejos cóncavos, a imágenes que son y no somos nosotros. Soy y no soy yo. Eso no es ni loco, ni posado, ni falso. Eso es literatura. Eso es tener alma.»

¿UNA DE DOS?

No resulta fácil comprender cuándo habla o escribe Graciela Yáñez Vicentini y cuándo Egarim Mirage. Una es más narrativa que la otra. Una es intimista; la otra descriptiva. Una formal en la página; la otra traviesa con los espacios. Una bilingüe; la otra caleidoscópica, transgenérica, impredecible. Las reúne el *ars poetica* de Yáñez Vicentini: «Mi concepto es la sinceridad al escribir. No me estoy burlando, tampoco intento ser graciosa o cínica. Hasta la ficción se escribe con desnudez. Si no soy yo la que escribe, pues no me interesa. Y eso dicen también mis heterónimos. No importa si hay dualidad. Lo que no puede haber es simulacro. La construcción, el artificio, la maroma literaria necesitan venir de un lugar honesto, que es y está en la palabra. La palabra que escribo debe ser la mía. Si la siento ajena, falsa, prefiero borrarla».

AVE NOCTURNA

No es un simple decir. Desde hace unos años, para escabullirse de la cotidianidad, vive a contracorriente. Puede acostarse a las siete de la mañana y retomar la rutina a las dos de la tarde. En la alta madrugada, y en la más vasta soledad, funciona su poesía, su lectura, e incluso su oficio como correctora profesional. También la promoción en redes sociales y los correos electrónicos referentes a su trabajo como gestora cultural emanan de su computadora entre la medianoche y el amanecer. «La poesía es

nocturna, de una nocturnidad vigilante. La poesía que a mí me interesa despierta los sentidos, revuelca algo interno de carácter indefinido; perturba, hace alucinar o delirar. Tengo serios problemas con el día y sus ruidos, con el día y sus tiempos, que no son acordes a mis ritmos. Abro huecos en medio de mi vida práctica para detener el día y escaparme. Mis rendijas son el encuentro con los otros, con aquellos que comparto lo que más amo: la literatura.»

La lectura impone otros artilugios. La noche y los desvelos no van con cualquier libro. Graciela y sus heterónimos son grandes lectoras. No leer poesía con frecuencia la conduce a una angustiante sequía. «Antes podía leer poesía de pie, en el metro, en un café. Hoy necesito tranquilidad, aunque sigo leyendo muchos libros a la vez. Antes de dormir, tengo que leer algo de narrativa *light*, algo que no tenga nada que ver conmigo. Si no, no me duermo. Además, por deformación profesional termino corrigiendo lo que leo, sea de quien sea. Me desesperan los errores; no los marco, pero sí los veo y me perturban. También subrayo cosas que me interesan. Si leo poesía, puedo quedarme pegada y no dormir. La poesía me lleva lejos de la cama.»

**«LA SOLEDAD ESTÁ SUBESTIMADA,
PERO TAMBIÉN LA COMPAÑÍA SELECTA.
HE DESCUBIERTO QUE LEER CON
OTROS REGALA A MI ESPÍRITU UN
SOSIEGO CASI RELIGIOSO»**

TALLERES LITERARIOS

Son parte ineludible de su formación intelectual. El listado de los que ha tomado con importantes escritores es extenso y lo encabeza Igor Barreto en 1997: al haber ganado el segundo lugar del Concurso de Poesía del Ateneo de Caracas, le correspondía tener a Barreto como instructor. Más tarde, en 1999, participó en el Taller Tokonoma, dirigido por Belkys Arredondo, quien terminaría siendo amiga y editora de su primer conjunto de poemas. Luego siguieron talleres de poesía con Gabriela Kizer, Eugenio Montejo, Armando Rojas Guardia y Rafael Castillo Zapata. También participó en un taller de narrativa con Eduardo Liendo y en varios de ensayo con Massimo Dessiato y Eleonora Cróquer.



Mucho se ha sopesado sobre la importancia de los talleres literarios. Para Graciela se trata de un rito que no pretende abandonar: «Los talleres me han proporcionado hallazgos increíbles. Me gusta el encuentro de miradas que se da en un grupo. El compromiso es genuino: el que se aburre no se queda; lo que no siempre pasa en el ámbito académico. Los talleres nacen del impulso y el deseo: pueden ser fiestas prolongadas, casi comunas. Hacemos el hábito de reencontrarnos de forma periódica porque queremos, nos hace bien o nos hace falta. Un buen taller depende de las buenas elecciones. Yo he hecho talleres con los mejores poetas de este país, y son oportunidades de aprendizaje únicas. Aprendizaje y, como diría mi querida *partner in crime*, Kira Kariakin, espacios de comunión. Respiraderos. Festivales de



**«ESCRIBIR JAMÁS ES DOLOROSO; LO DOLOROSO
ES LA EXPERIENCIA DE HURGAR EN EL DOLOR»**

lectura, ferias de libros, talleres y recitales tienen en común una cosa bellísima: los amigos se reúnen en torno a la literatura, de forma libre. Por eso he estado en todos los talleres que he podido con mi mentora poética Gabriela Kizer. Por eso formé parte del Taller Portátil con dos interlocutores imprescindibles: Alejandro Sebastiani y Franklin Hurtado. Por eso he comenzado a participar en la organización de los *jammings* poéticos que desde 2011 se hacen en el Ateneo de Caracas».

«Para escribir hace falta una dosis justa de soledad y silencio. Escojo mi dosis. Nada mejor a las seis de la tarde que un taller de poesía. A esa hora es la única casa a la que procuro llegar. Son reuniones en las que el espíritu está a sus anchas. La soledad está subestimada, pero también la compañía selecta. He descubierto que leer con otros regala a mi espíritu un sosiego casi religioso. Cuando tengo que faltar, ando como si sufriera una baja de azúcar. En medio del quehacer diario, del desgaste en que vivimos, reunirse con amigos a leer, a escribir, a comentar, es un lujo del que me jacto. Me procuro espacios como el seminario que coordino sobre la obra reunida *País*, de Yolanda Pantin, que conduce Samuel González. La gente me busca para que los organice como si se tratara de drogadictos, pero para mí se trata del vicio más sano del mundo. Trafico talleres literarios: los proporciono y los consumo.»

OFICIO LIBRERA

Aunque no lo ejerce en la actualidad, se siente librera. Se inició en la librería Read Books & Café. De ahí pasó a VDL Books. Estuvo pocas semanas en Libroria y varios meses en El Buscón. El destino la apartó momentáneamente de los anaqueles para ocupar un cargo en la Fundación para la Cultura Urbana. Pero luego volvió por cinco años a El Buscón como librera principal, y de ahí a Kalathos por tres años como gerente cultural. «Es maravilloso el trabajo de ordenar, recomendar, buscar y restaurar libros; también lo es visitar colecciones que serán adquiridas o acomodar mesones y vitrinas para el lector. Quien se forma con Katyna Henríquez, de El Buscón, nunca dejará de ser librero. Sueño con una librería propia.»

UN PRIMER POEMA

Recuerda haber escrito un primer poema que le sirvió para responder a un llamado amoroso. Tenía quince años. Entregó un largo texto a quien convirtió en su primer novio. «De alguna manera, lo seduje con ese regalo. Luego supe que la literatura seduce, mas no retiene. A mí me seducen siempre a través del lenguaje: enamoramiento cerebral. Para mí la escritura es placer. Todo tipo de escritura. Desde correos electrónicos hasta una burocrática carta de renuncia. Por eso creo que todo el mundo debería estudiar Letras, para entender el lenguaje y saberlo usar. Sin importar lo que esté pasando en nosotros o a nuestro alrededor, no hay nada como escribir. El placer está incluso en la escritura que parte del sufrimiento. Nadie salva a nadie, pero la escritura salva, me salva a mí. Escribir, releer, corregir, volver, ir y venir sobre un poema... son acciones apasionantes. Y es la pasión lo que me mantiene en la escritura, o el placer que genera esa pasión. ¿Cuántas cosas pueden darse el lujo de valer por sí mismas? ¿Cuántas cosas se hacen sin estímulo externo? Vivo en un país que a diario atenta contra la voluntad personal y contra el placer. Pero el placer de la escritura es mío y es voluntario. Escribir jamás es doloroso; lo doloroso es la experiencia de hurgar en el dolor.»

UNA IMAGEN DE PAÍS

«Voy a parafrasear a mi profesor de sociología del colegio, Aníbal Gauna, con su tesis sobre el venezolano y el chinchorro. Era una tesis que había tomado de alguien más, adaptándola a su gusto. Yo voy a hacer más o menos lo mismo. Aníbal decía que el problema del venezolano era que estaba acostado en un chinchorro y estaba incómodo. Quería una cama, la veía al frente y la deseaba, pero para llegar a ella primero tenía que bajarse del chinchorro. Esa es para mí la imagen de Venezuela: un inmenso e incomodísimo chinchorro colectivo donde es imposible dormir. Y, por tanto, despertar.»

UNA IMAGEN DE VIDA

«Yo diría que el búho. A mi mamá le encantan los búhos. Los colecciona. Siempre le regalo pequeños búhos como amuletos. Hay algo en ese animal vigilante, de ojos enormes abiertos a la noche. Comparto con mi mamá el amor por la nocturnidad y el derecho a ella; también la calma, el silencio, el frío, la posibilidad de ajustar la luz a nuestro deseo. Esa es la noche que amo, porque es mía, porque me la obsequio a diario. La noche que quiero que nunca termine, que alargo hasta que amanece, que habito sin ruido, sin otros, sola con mis otros. Para dialogar no hay como la noche. Es una escucha infinita. Esos ojos del búho son la vigilancia voluntaria de aquel que se vincula de forma natural y selectiva con sus propias entradas de luz y sombra. Hay algo en esos ojos enteros que miran siempre de frente y siempre de noche: la temeridad de estar despierto cuando el mundo duerme. Lo que ve esa mirada nocturna y frontal, lo que se ve cuando se mira así, no debería dejar de mirarse jamás.» ●



JACQUELINE GOLDBERG

MARACAIBO, 1966 | Doctora en Ciencias Sociales y licenciada en Letras. Poeta, narradora, ensayista, cronista gastronómica, editora y autora de libros infantiles. Sus trece poemarios publicados entre 1986 y 2006 fueron recogidos en *Verbos predadores* (2007). En 2013 publicó su novela *Las horas claras* (XII Premio Transgenérico de la Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana).



KARIM DANNERY

CARACAS, 1962 | Fotógrafa de reconocida trayectoria. Estudió en la Escuela de Artes de la UCV y en el Instituto de Diseño Neumann. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas. Su trabajo ha sido reseñado por investigadores como María Teresa Boulton, Vilena Figueira y Lorena González, entre otros.



Íntimo, el espejo

Estoy haciendo el amor
con el espejo donde te reflejas.
Estoy haciendo el amor
con el reflejo donde te proyectas.

Siento las esquinas puntiagudas
tratando de no herir mi cuerpo.
Pero hay un dolor fuerte
de una piel tersa que se está
rajando

con tu reflejo,
con tus superficies.

Hay un dolor inevitable
del material
duro
irrumpiendo en lo más vulnerable.

Y la sangre brotando hacia adentro.

Y el goteo de tu imagen.

La mirada especular

GABRIELA KIZER



Como acertadamente ha dicho Rafael Castillo Zapata, los poemas de Egarim Mirage (con la autoría de Graciela Yáñez Vicentini), se proponen como «un ejercicio lúdico de múltiples refracciones verbales que apuntan a una suerte de puesta en abismo de la propia intimidad». Se trata así de un juego que se va dando, paradójicamente, en la reducción a unos pocos elementos esenciales: si la mirada especular se hace sustantiva, ese nombre —al ser y saberse mirada— se rompe, se vacía, se afantasma. Las palabras espejeo, espejear... dan cuenta de este movimiento de la mirada al nombre que le da cuerpo y del nombre a la mirada que lo vacía, de la profusión de espejos a su permanente rotura, de un «yo sensible, palpable, sangrante» a la imagen reflejada que de pronto toma cuerpo, hiere y lo convierte

en falsificación, del «pobre fantasma de carne y hueso» a un «tú» que se observa con frialdad, se interroga y se reta. O sencillamente el espejo no devuelve, no reproduce nada. Movimiento hecho de interrogantes y turbulencias (¿la nitidez, opacidad o fractura de la imagen que se busca está en el propio ser o en la mirada del espejo?), pero sobre todo, de voces que se bifurcan en la casa o página embrujada y vacía. Se trata acaso en el fondo de una tensión entre la permanencia en el juego que se cierra y la tentativa, a través de la escritura, de ir más allá de la mirada en el espejo. Se trata igualmente de una reflexión en torno al ser (¿logramos vernos, ser reales más allá de los espejos y de la mirada del otro?) y en torno a la naturaleza de la escritura y su «hermoso penoso espejeo».

[Poeta y ensayista. Licenciada en Letras de la UCV. Magíster en Literatura Latinoamericana Contemporánea de la USB]





Jairo Rojas Rojas

«La escritura es un mandato»

Nacido en la ciudad de Mérida, en 1980, es licenciado en Letras, mención en Historia del Arte, por la ULA. Como poeta ha ganado los siguientes premios: Bienal Ramón Palomares en 2011, Festival Mundial de Poesía de Venezuela en 2012, Bienal Ramos Sucre en 2013 y Concurso Fernando Paz Castillo en 2014. Ha publicado tres libros de poesía: *La rendija de la puerta*, *La O azul* y *Los plegamientos del agua*. Culmina una maestría en Montevideo, donde reside desde 2015.

TEXTO LEOPOLDO PLAZ | FOTOS CRISTIAN PEROTTI

INFANCIA

Nací en el Hospital de la Universidad de Los Andes, parido con mucho dolor. Me cuenta mi madre que fueron ocho horas muy complicadas: los doctores estaban asustados, ella estaba en peligro. Había algo que impedía mi nacimiento. Esto lo recuerdo en alguno de mis libros. En *La O azul* hay un poema que habla del nacimiento como dolor y cambio. De entrada, ya

había un conflicto con el mundo, que todavía sigue en mí. Por haber sufrido tanto, mi madre me cuenta que solo quería tenerme a mí. No quería volver a pasar por lo mismo. Pero igual tuvo a mi hermano Javier, que es el que me sigue, y a José Gregorio, el menor, que murió en 2009, en un accidente de auto. Esa pérdida enfrentó a mi madre a otro dolor semejante al de dar a luz.

En mi primer recuerdo de infancia hay más sueños que vivencias. Y realmente más pesadillas que sueños, porque de niño me asustaron mucho. Luego hay como un vacío que no logro recuperar, aunque la escritura me esté llevando a eso. La poesía puede ser como volver a la infancia por otras vías. Quizás tenga algo que ver con lo que decía Rilke, aquello de que la patria de él era la infancia, un sitio al que uno vuelve y vuelve, como el principio de todo. Si es un camino que lleva al origen, entonces me parece que la escritura cumple con eso, aunque se trate de un viaje de regreso. Con la poesía también aparecen algunos miedos, que arrastras desde niño, pero ya en ese plano para exorcizarlos, confrontarlos. La escritura también funciona para mirarte a ti mismo, y en todos los componentes, tanto los positivos como los más oscuros, que tampoco se pueden negar.



«PERO A VECES HAY UNA
MISTERIOSA MANO QUE TE
VA LLEVANDO AL LUGAR
DONDE TIENES QUE ESTAR»

PAISAJE FAMILIAR

Mi familia es de los pueblos del sur de Mérida, montaña adentro. Gran parte de su cosmovisión, que viene de la cultura indígena, dice que todo el universo nace de las lagunas que están en las montañas, nace del agua. El agua entendida como generadora de vida, creadora de todo, punto de origen... En mi infancia estuve escuchando eso todo el tiempo, y de alguna manera quedó en mí. Luego Mérida, como zona geográfica andina, es muy fluvial y lluviosa. Siempre la recuerdo como una ciudad gris. Y llovías de tres y cuatro meses. Largas temporadas. Eso se volvió en mí como un horizonte, como un escenario, porque me fascinaba. Yo sentía que ese paisaje me hablaba, no sé si por haber vivido mucho tiempo en él. Esos elementos, de una u otra manera, han estado en mí como telón de fondo, y luego han saltado a la escritura, a veces consciente y a veces inconscientemente, pero siempre como un dictado. Ahora que mi vida cambia, porque conozco el mar y estoy en Río de la Plata, hay una extraña fascinación por esto. Es como un vaivén, como una invitación a la meditación.

El horizonte en Mérida es vertical. El horizonte es la vastedad. Para Rimbaud la eternidad era el mar unido al cielo, ese punto preciso donde se fusionan dos infinitos. *La O azul* es un verso de Rimbaud. Y así como sucede entre mar y cielo, esa sensación también se experimenta en las montañas, en las cimas. Allí hay un punto entre montaña y cielo donde no existe separación. Tierra y aire llegan a confundirse.

ENTRE PADRE Y MADRE

En mi adolescencia y primera juventud estaba más apegado a mi padre. Era una relación muy fluida; compartía mucho con él. Mi padre se dedicaba, y aún se dedica, a pintar casas. Era lo que llamamos comúnmente «pintor de brocha gorda». Yo lo ayudé por muchos años. Eso reforzó los vínculos, porque pasaba todo el día con él. Siempre admiré su disciplina y su fuerza de voluntad, que quisiera tener más en este momento. Silbaba mientras trabajaba. Y por ese lado, creo que yo heredo la fascinación por la música. Él se sentía feliz colocando algún disco... Escuchábamos música de fiesta, mucha cumbia clásica andina. En la imagen que más preservo de él lo veo trabajar siguiendo algún ritmo. Es un reflejo que yo he heredado, que mucha gente amiga me señala: siempre voy con las manos marcando algún ritmo.

La relación con mi madre se afianzó estando yo un poco más grande, y también a partir de un hecho trágico: la muerte de mi hermano. Eso nos unió más como familia. Fue nuestra manera de afrontar lo indecible. Se puede esperar la muerte de los padres, por enfermedad o vejez, pero no la de un hermano menor. Con José Gregorio tenía mucha confianza y afinidad. La música nos unía; estábamos todo el tiempo en eso. Él era músico, percusionista, con una banda que ya lo había fichado. Era una persona muy apasionada con su oficio.

A mi madre le tengo una admiración suprema, casi veneración. Esencialmente, ha sido ama de casa. Es todo un personaje: muy introvertida, nostálgica y silenciosa. Nunca salió de casa. Tenía un tipo de sensibilidad que en otro plano podría ser locura. Si hablas con la Virgen, si hablas con los ángeles, te pueden decir que eres esquizofrénico. Pero en su caso se trata de una persona muy pura, libre de maldad. La gente que la iba conociendo lo podía confirmar. Fue una gran influencia para mí. Tengo muchos rasgos de su carácter. No hace mucho, con treinta años a cuestas, desempleado, graduado de Letras y empezando a escribir, le dije que me quería dedicar a eso. Y ella me apoyó rotundamente.



**«QUE UN LIBRO DE POESÍA TE
PERMITA VIAJAR A OTRO LUGAR...
ESO SÍ ES UN PREMIO»**



**«ALGO ME LLEVÓ A ESE PUNTO:
QUERER EXPRESAR ALGO POR
MEDIO DE PALABRAS, QUERER
QUE EL LENGUAJE FUESE UNA
POSIBILIDAD CREATIVA»**

LA ESCUELA Y LO DEMÁS

La escuela era un lugar incómodo. Siempre sentí cierta imposibilidad de encajar en algún sitio, y esto no ha cambiado mucho. Pero en la infancia es mucho más complicado, porque no sabes cómo llevarte con algo que puede ser hostil. No me gustaba ir ni me gustaba la gente. Solo quería jugar sin que me interrumpieran. Tenía una sensación como de continuo fastidio. Siempre fui perezoso y tenía déficit de atención. Los estudios primarios se me dieron con dificultad.

Eso sí: me gustaba mucho el fútbol. Si de niño me lo hubiesen preguntado, habría dicho que quería ser futbolista. Era una pasión. Además, tenía la extraña costumbre de jugar solo. Armaba toda la cancha y las porterías, yendo de aquí para allá y de allá para acá. Tenía la capacidad de convertirme en mi propio enemigo cuando cruzaba la línea imaginaria de la cancha. Y podía estar en eso toda la tarde. El liceo tampoco fue de mis sitios preferidos.

EL CRECIMIENTO Y LOS AMIGOS

La amistad se trata de caminar juntos, de aprender algo, de crecer. También de que te ayuden a ver algunas cosas que tú no ves. Pienso, por ejemplo, en Carolina Lozada, para mí una gran narradora. Desde que nos conocimos, somos grandes amigos, compartimos muchas cosas. Llevo muchos años conociéndola, en momentos buenos y también oscuros, de dificultad material y emocional. Ella es una de esas personas que está contigo en una gama de emociones muy distintas entre sí. Pero así son las personas que, en realidad, van a estar contigo: las que te acepten en tus diferentes facetas. Nadie obliga a nadie a tolerar a otra persona en momentos de oscuridad o estupidez. Pero hay una forma de amor que permite que las relaciones se mantengan en el tiempo: establecidas, permanentes.

INICIOS VOCACIONALES

En 2002 tenía varios meses trabajando en Ciudad Bolívar, pero retorné a Mérida. Pasé un año haciendo cualquier cosa, pero compartía mucho con amigos de la Facultad de Humanidades, sobre todo de Historia del Arte, que era una mención de la licenciatura de Letras. Para entonces no me interesaba escribir; más bien me gustaba el arte, o más específicamente teoría del arte. Me animaba la idea de presentar el examen y poder ingresar, estudiarlo. Quedé seleccionado entre los primeros cinco puestos. Entonces me dije: «Si con lecturas desordenadas y pocos estudios sistemáticos, pude aprobar esta prueba, entonces...». Era como una línea que me estaba esperando. Yo apenas tenía 24 años. Estaba en un dilema: o empezaba una vida nueva o seguía con lo que venía haciendo. ¿Cinco años más de estudios? Sentía una fuerte necesidad de hacerlo. Y al final, me decidí: era como una apuesta. Me dije: «Aquí apuesto yo, y pase lo que pase me voy por esta vía». Mi vida da un vuelco importante; comencé otra etapa como estudiante de Historia del Arte. Durante la carrera, fui bibliotecario por cuatro años en la Facultad de Criminología. Era un trabajo maravilloso: estar rodeado de libros. Fue

una etapa feliz, de mucho aprendizaje, en el amplio sentido de la palabra. Tuve grandes amistades, parejas, vivencias... Todo vivido con mucha intensidad. A tal punto, que comencé a escribir. Algo me llevó a ese punto: querer expresar algo por medio de palabras, querer que el lenguaje fuese una posibilidad creativa. Conocí a gente que ya se dedicaba a esto. Y me parecía que era una vida u oficio que yo podía llevar.

REVELACIONES

A los 21 años salí de Mérida y me fui a vivir a El Callao. En una especie de vida paralela, yo estudié Ingeniería Geológica, aunque no terminé. También cursé Minería. Esto me permitió trabajar en el Ministerio de Minas y radicarme temporalmente en el oriente del país. Mi vida dio un vuelco significativo: otros lugares, otros paisajes... Me interné en la Selva de Imataca y ahí trabajé casi un año, aislado de todo, con bastante precariedad. Disfrutaba mucho los parajes. Era como una necesidad que siempre había estado en mí: una búsqueda más espiritual, una búsqueda de mí mismo. Esto ha sido latente, desde la infancia. Las dificultades del trabajo no me pesaban, pues a cambio de incomodidades y lejanías, yo obtenía una especie de comunión con la naturaleza, que luego se volvió vital. Por primera vez veía los árboles, y era como una revelación. Conectarme con ellos, con ese tipo de vida. Eso repercute y deriva en cierta sensibilidad, en cierto tipo de lenguaje.

DEL OFICIO Y LOS PREMIOS

Mis padres estaban preocupados por el futuro material. Me decían: «¿Pero qué vas a hacer? ¿Pero eso es un trabajo? ¿Pero te vas a poder comprar una casa?» El tipo de preguntas que cualquier padre sensato hace. Evidentemente, ellos no querían ver a su hijo sufrir. Y no se referían al tipo de sufrimiento propio de los escritores, sino al de la gente común. Era complicado responderles. Porque es como decía Bolaño: apuestas sabiendo de antemano que vas a perder, y sin embargo, lo sigues haciendo. Si es una necesidad de ese calibre, sabes que te vas



«EL HORIZONTE EN MÉRIDA
ES VERTICAL. EL HORIZONTE ES
LA VASTEDAD»

a mantener en la senda. Y en mi caso fue así: algo de vida o muerte. No tenía opción. Era un mandato y tenía que acatarlo. Ellos sabían los fallos de esa vida, desaprobada socialmente, pero al final decían: «Si es lo que te gusta, hazlo».

En mi caso, los concursos me sirvieron para seguir. Por un lado, la motivación económica; por el otro, la publicación. Con el Premio ‘Ramón Palomares’, de 2011, pude vivir seis meses.

Con el de la Cátedra Ramos Sucre, de 2013, pude viajar a Salamanca. Allí leí mi poesía, establecí muchos puentes, encontré almas afines. También alguien escribió un ensayo sobre mi obra. Que un libro de poesía te permita viajar a otro lugar... eso sí es un premio.



«ENTRE LOS VENEZOLANOS,
JUAN CALZADILLA TUVO MUCHA
INFLUENCIA EN MÍ. AL IGUAL QUE
RAFAEL CADENAS, SOBRE TODO EL
DE *CUADERNOS DEL DESTIERRO*,
PARA MÍ SU MEJOR ETAPA»

sobre todo el de *Cuadernos del destierro*, para mí su mejor etapa. Luis Moreno Villamediana, con toda esa poesía conceptual, últimamente me interesa mucho. También Ulises Carrión o Blanca Varela, sobre todo en su primera etapa surrealista, me marcaron. Yo leía a Varela y me decía: «Esto también se puede hacer a partir de los recuerdos». La lista es más larga. Actualmente, leo mucho a los autores neobarrocos de la famosa antología *Medusario*, compilada por Roberto Echavarrén y Néstor Perlongher, que la prologan. Todos los poetas que aparecen allí tienen una fuerza, una potencia, que me sigue impactando mucho a nivel de lenguaje: cómo lo desestructuran, cómo lo desfijan. Creo que es un camino de mucha vigencia. Me gustaría ganar el Premio Marosa di Giorgio, pero por razones de cariño. Como que le debo mucho, sería como darle las gracias.

LECTURAS E INFLUENCIAS

Le debo a Rimbaud el primer impulso para empezar mi propia búsqueda. También le debo mucho a Marosa di Giorgio, una escritora uruguaya muy importante. Gracias a la lectura de su obra, yo empecé a escribir. Me enfrentaba a un mundo tan particular, que de alguna manera me decía: «Ah, esto es la poesía». «Ah, esto se puede hacer». Me dio una libertad que quizás ninguna otra lectura me había dado. Fue un impulso importante para escribir en serio, y no de manera aficionada. Yo me sentía con responsabilidad, con oficio. Hay una gran cantidad de escritores que han dejado un eco en mí: algunos se superan; otros no. En la lista podrían estar Saint-John Perse, Humberto Díaz Casanueva, Jorge Eduardo Eielson, Leónidas Lamborghini, Emira Rodríguez. Entre los venezolanos, Juan Calzadilla tuvo mucha influencia en mí. Al igual que Rafael Cadenas,

LIBROS Y LECTORES

Hasta ahora tengo tres libros publicados: *La rendija de la puerta*, de 2011; *La O azul*, de 2012; y *Los plegamientos del agua*, de 2014. En 2013 me gané un premio con otro libro llamado *Casa para la sospecha*, que debería publicar la Casa Ramos Sucre. Lo bueno de esas publicaciones ha sido encontrar lectores. Y cada uno de mis libros ha tenido los suyos. He recibido comentarios muy a favor, y otros muy en contra. Pero ambas posiciones son buenas, sanas. Sería muy ingenuo creer que lo que haces le puede interesar a todo el mundo. Que compren tu libro, ya es un avance. Que lo compren y lo lean, ya se trata de un acto generoso. Que lo compren, lo lean y comenten, ya hablamos de una expectativa ideal: la máxima que uno puede aspirar como escritor. A mí con la primera me basta. Ya luego no sé quién será el que determine si tiene algún tipo de valor o no. Ya con los pocos lectores que tengo, me siento estimulado a seguir en mis búsquedas.

Aparte de todo lo anterior, debería decir que, cuando publico un libro, después no me gusta. Se me convierten en objetos pletóricos de errores. Preferiría corregirlos o re-escribirlos. Pero ya no puedo. Luego entiendo que tienen vida propia, que recorren su camino. Habrá gente que los defienda y gente que los critique. De eso se trata. Todo libro es en sí mismo una especie de crónica del movimiento que va haciendo en el universo de los lectores.

OFICIO Y POÉTICA

Me encantaría dedicar toda mi energía a la escritura. Si fuera posible, me harían el mejor regalo. Siempre estoy en conflicto con el tiempo, con la vida doble que llevo: en el turno diurno, trabajo y deberes sociales; en el nocturno, transfigurar la vida diurna en escritura. Es mucho trabajo, por un lado, y mucha energía que se requiere para la escritura, por el otro. Y todo sin retribuciones especiales, y menos económicas. En la escritura uno deja gran parte de la vida.

Por lo general, me gusta escribir en las mañanas. Es como mi horario natural. Cuando no puedo, pues entonces me mudo para el horario nocturno. Si pudiera hacerlo, llevaría una vida con una rutina muy básica, reservando siempre las mañanas para escribir. Generalmente, me despierto muy temprano: a las seis de la mañana. Podría hacer yoga al principio y luego ponerme a escribir. Parar antes de la tarde y luego hacer otra actividad, como leer. Y lo demás ya sería la vida misma, que se encarga de sus llamados. Para la rutina de escritura me bastarían seis horas diarias. En realidad, no tengo muchos rituales al momento de escribir. O



«ESTOY EN EL UMBRAL DE UNA NUEVA ETAPA, Y ESTO INCLUYE MUCHOS ASPECTOS: PERSONALES, PROFESIONALES, ESPIRITUALES, Y TAMBIÉN EL OFICIO DE LA ESCRITURA»

al menos uno solo: escuchar algo de música. Nunca radio; siempre discos. Algún grupo que me interese. Eso me activa y me va creando un ambiente especial. Un buen ejemplo podría ser Spinetta: su música suele detonar la imaginación.

Para escribir, seguí algunos dictados interiores. Traté de generar un tipo de lenguaje, un tipo de escritura, que fuera levemente por otro lado. Un día estaba leyendo una gran cantidad de poesía y veía que toda era muy parecida. Me dije entonces: «Voy a tomarme el reto de salirme de ese molde, si acaso tengo la capacidad de hacerlo. Voy a probarme y ver hasta qué punto puedo. ¿Podré hacer algo con lo que poseo?» Lo otro que hice fue hablar de lo que quería hablar, a pesar de no sentirme en sintonía con los temas de la poesía venezolana actual, o con la forma de escritura que más o menos se acepta. Fui valiente al no querer ingresar en las convenciones del momento y repetir lo que otros están haciendo



MIGRACIONES

En 2009, aprovechando la cercanía desde Argentina, adonde había venido para hacer una pasantía, crucé a Montevideo. Me pareció una bella ciudad. Era más tranquila que Buenos Aires y también más pequeña. Pero lo decisivo fue lo económico. Ofrecían una maestría que no tenía costo. Así que a los tres meses ya estaba aquí. Inicialmente, quería estudiar algo en Buenos Aires. Pero a veces hay una misteriosa mano que te va llevando al lugar donde tienes que estar. Se van dando las cosas. El mejor ejemplo es que yo jamás imaginé que sería un escritor, pero se fueron dando

unas coincidencias, fueron encajando, me mostraron un camino y me llevaron hasta donde hoy estoy. Coincidió con una necesidad, con una búsqueda, y además con la posibilidad de lo que yo podía ser... Si bien no fue algo buscado, después pasó a ser el eje central de mi vida.

TRANSICIÓN

Estoy en el umbral de una nueva etapa, y esto incluye muchos aspectos: personales, profesionales, espirituales, y también el oficio de la escritura. Evidentemente, es un momento de transición. Estoy pasando de una etapa a otra. Y como en todo cambio, hay resistencia y hay fascinación. Voy tanteando. Se me están abriendo caminos insospechados en muchas áreas. Caminos que tienen que ver con el hecho de haberme venido a Montevideo, de estar viviendo acá, de experiencias vividas. Todo ayuda a nuevas búsquedas.

Y en cuanto a la escritura, pues también siento que estoy saliendo de una etapa y comenzando otra. Según veo, la escritura va a dar otro viraje, va a ir por otros lados. En todo caso, no se va a parecer a lo que he hecho. Si lo personal cambia, también cambia la escritura. Algunos elementos de mi vida anterior van cediendo para que nazcan otras prioridades. Es como estar en medio de dos tierras, en medio del camino, en medio del viaje.

UNA IMAGEN DE PAÍS

Sería un cuadro de Goya o El Bosco. Pero no una imagen de superficie o paisaje, sino de caos político y social. Un caos que se va apoderando de todo, destruyendo lo poco que queda y sumiéndonos en la decadencia. Una imagen fuerte, de guerra, que sin embargo logra calzar totalmente en el molde de realidad restante. El país venía en ese proceso, que ahora se ha incrementado... Es la locura desatada.

Venezuela es a la vez abstracta y grande. Muy dispar, por un lado, y muy abarrotada, por el otro. Hay tantos cambios radicales entre Mérida y los Llanos, o entre los Llanos y Caracas, o entre Caracas y oriente, o entre oriente y las fronteras con Brasil. Es como veinte países en uno. Hablar de su totalidad me resulta abstracto. Yo viví un año en Caracas: buscaba trabajo y quería que fuera en un museo, pero resultó imposible. Igual me quedé, porque ya estaban saliendo mis libros y me otorgaron los primeros premios. Había gente interesada en lo que yo estaba haciendo. Empecé a leer en recitales, a conocer gente, a tratar con escritores, y me fui haciendo una vida literaria, donde incluso compartía con autores grandes, como Armando Rojas Guardia. Fue un momento de mucha actividad. Y también una oportunidad para intercambiar libros, leer autores que no conocía, estar más atento a la movida literaria. La ciudad, sin embargo, se fue oscureciendo, y ya yo no podía seguir allí. Fue una ciudad generosa conmigo, pero el caos y la locura actuales la están consumiendo.

UNA IMAGEN DE VIDA

Yo me remitiría a mis vivencias en Mérida, donde he vivido la mayor parte de mi vida. Si pienso en los años noventa, recuerdo una imagen muy placentera, que me encantaba. Se trata de un lugar mágico, maravilloso: el páramo de Gavidia, que está cerca de Mucuchíes. Estuve allí en 2014, y todavía es un paraje que te deja en silencio. Nada más el camino es como entrar en un sueño. El viaje y el mundo se ponen raros... misteriosos también. Esa es una imagen que siempre regresa. Igual Mérida y sitios aledaños, sobre todo los montañosos, hacia el páramo. Esa imagen sería como una foto grumosa, con neblina atravesada y un halo de misterio. Cuando vi algunas películas de Tarkovski, sus atmósferas me recordaban un poco ciertos paisajes de Mérida. Es una mezcla de un poco de melancolía con todo lo demás. Es como una postal que siempre podrá considerarse bella. ●



LEOPOLDO PLAZ

CARACAS, 1976 | Poeta, narrador y corrector. Licenciado en Letras de la UCV. Cursa la Maestría en Literatura Latinoamericana en la Universidad de la República de Uruguay. Ha sido docente de la USB, UCV, UDO, UNIMAR y UNEARTES. Ha colaborado con *Revista Nacional de Cultura*, *El Nacional* y *Sol de Margarita*.



CRISTIAN PEROTTI

CARACAS, 1984 | Licenciado en Estudios Internacionales por la Universidad Santa María. Fotógrafo autodidacta profesional. Premio de Mérito al Poeta Internacional otorgado por la *International Society of Poets* de Washington DC. Músico y profesor de idiomas. Desde 2014 reside en Uruguay.

Oye caballos bajar del cielo
mi padre sale
oye gente murmurar en los extremos del silencio
mi padre se asoma
oye gente y animales hablando
mi padre escucha / desde el cuarto
de la casa sola
que comienza así: sonando,
como aquel que espera detrás de las matas
e insiste pisoteando duro hablando *fuera de lugar*
mi padre sale y oye su corazón;
gime la casa vecina del frío cielo, le trae una nueva queja
de la gente del abandono
mi padre bebe la rama del miche
real porque se lo imagina, lo que oye tiene su vida
para salir de él por un instante

confían en él y los colores vibrátiles que crecen
en sus manos
para cubrir cualquier casa Así u otra más ida
callada
mi padre así lo cuenta, sin lirismo
cuando todos se han ido
dejándonos silenciosos

[Poema de *La O azul*, 2013]



Carácter espectral

LUIS MORENO VILLAMEDIANA



La poesía de Jairo Rojas Rojas opera como una especie de rectificación del pasado desde una postura algo conceptual, que mezcla sin advertencias lo personal y lo onírico. Sus textos son, en cierto modo, un recuento autobiográfico transformado por los símbolos, la lengua, el paisaje (que no es simple viñeta), el desvarío dosificado, incluso la ternura. Desde su primera publicación, *La O azul* (2013), tenemos una clave de lectura: de los cuatro epígrafes de ese volumen, tres son la manifestación de un pronombre evidente: «Y soy el nombre nuevo de un linaje muy antiguo», dice Lucienne Silberg; «Yo creía en todos los encantamientos», dice Jean Arthur Rimbaud; «Oigo que éramos/un brote del cielo», comenta Paul Celan. Lo que encontramos allí adquiere la organización de un relato familiar que se ramifica sin solemnidad hasta incluir la experiencia comunitaria, sobre la base de una voz capaz de incluir variados personajes y las épocas que los antecedieron. En eso consiste su originalidad: en su apego al origen –por borroso o febril que este sea.

Por ello, la escritura de Jairo Rojas Rojas parece la expresión mimética de la geografía andina y de una tradición; pero esa impresión inicial es engañosa: la estructura de sus libros, su sintaxis y el uso continuo de ilustraciones de hecho impugnan la noción misma de representación y proponen, más bien, una realidad que no se opone a la fantasmagoría. En él, el espacio es, más que una heredad, una aparición subitánea que se imagina ya poblada –aun antigua–, y sus poemas reflejan ese convencimiento. Rojas Rojas no elude la formalidad expansiva del discurso, que se carga de referencias a la literatura y el arte para, igualmente, dar cuenta del carácter espectral del ambiente, la casa y la progenie. El poeta lo sabe: lo pastoral se funda en la aceptación de la fijeza del lenguaje y para él, en cambio, «los nombres de las cosas se van». Su misión, pues, consiste en dar cuenta de esa fugacidad que también describe al sujeto moderno.

[Poeta, ensayista y crítico. Profesor de la Escuela de Letras de la ULA.
Ganador del Premio de Poesía Pérez Bonalde en 1997]



Jesús Miguel Soto

«Intento depurar cada párrafo»

Nacido en 1981, se ha forjado una brillante trayectoria como cuentista. Diversos reconocimientos nacionales lo han convertido en uno de los autores más premiados de su generación. Su libro *Perdidos en Frog* (2013) ha sido muy bien considerado por la crítica, que habla de una de las voces más originales de la literatura actual del país.

TEXTO ALBINSON LINARES | FOTOS MARCEL DEL CASTILLO

Primero es el silencio. Un silencio deliberado y profundo. Una ausencia que deviene en líquido amniótico, caldo de cultivo de sus ficciones. «Isolation is the gift», decía Bukowski, quizás pensando que la soledad es inevitable a la hora de concebir los engendros narrativos. Frente a la página en blanco, los demonios le susurran al oído.

Los personajes de Jesús Miguel Soto provienen de ese vacío. En ese yermo sin ruido nacen antihéroes, criaturas de los márgenes que pueblan sus cuentos. Son historias precisas, sucintas, donde el asombro es un acompañante permanente. «Escribo sobre personas que lo intentan todo pero fracasan, o sobre los que no intentan nada y les ocurren cosas que nunca imaginaron. También sobre personas que no pueden escapar de lo que inevitablemente les toca.»



Su apuesta narrativa está plasmada en su libro de cuentos *Perdidos en Frog* (2013) o en una novela inédita llamada *La máscara de cuero*, proyectos que le han valido una ristra de galardones: primer lugar del VI Festival Literario Ucevista (2004); mención especial en el Concurso Mariano Picón Salas de la UCV (2005); segundo lugar del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana (2008); Concurso Anual de Cuentos de *El Nacional* (2009); Premio del VIII Concurso Nacional de Cuentos Sacven.

«Me gusta reflexionar sobre esos momentos en los que la vida aparece como en realidad es. En el día a día aparecen picos de intensidad que son los que vale la pena rescatar, bien sea por el placer o el dolor. Busco esos breves momentos en los que todo se reduce.»

Como si se tratara de una licencia involuntaria, Jesús proyecta un paralelismo con uno de sus personajes. A veces el ritmo de sus conversaciones remite al Larry que aparece en «Historia sobre Malone»: «Hay que sopesar con cuidado sus eufemismos, escudriñar en sus balbuceos trémulos, inferir a partir de sus silencios súbitos (...) Dejarlo desembocar a su propio ritmo en el final de su historia».

Jesús también habla cuando no habla, o narra cuando escucha. Sus silencios, del que eclosionan sus criaturas, son fundamentales para preparar el *momentum* en que reflexiona y desgrana alguna idea: «No puedo evadir la influencia de los cuentos de Julio Cortázar, que ha sido un maestro. La estructura, la vuelta de tuerca al cuento, la exploración que nos permite

ir diluyendo la información, los datos, y decirlo todo al final, o no decirlo. Era un genio. En todo caso, somos un compendio de distintos autores y momentos, de muchas lecturas que cambian con el tiempo».

Mientras cavila sobre algún personaje o sobre un truco de sus narraciones, suelta una risa franca. Y a veces fija su mirada en el vacío, como lo haría Larry cuando fingía no mirar a Malone. «No es mi propósito hacer una alegoría o reflejo de una realidad social. Esos son términos a los que les rehúyo. Pero es indudable que el entorno te termina marcando, como también las experiencias. El escritor no solo es lo que escribe, sino las experiencias que permean sus historias, los temas que le interesan, el ritmo y tantas cosas más.»

Pero la alegoría lo persigue, y al hablar del país, hay palabras recurrentes: *ruptura, separación o división*. «Creo que el exilio lo podemos ver de dos maneras. Mientras vivía en Venezuela, ya yo sentía una ruptura. Algo que era tuyo se había roto y las circunstancias te empujaron fuera del proyecto que se pretendía construir. Esa división del país excluyó de inmediato a la mitad de la población. Y eso es doloroso.»

ORÍGENES

Jesús nació en Caracas, en 1981, y es el mayor de un hogar conformado por tres hermanas más. Siente una profunda pertenencia por El Valle, la parroquia donde creció y estudió. Si la geografía es destino, entonces este autor estaría marcado por las largas cuadras de bloques de ese gran sector de Caracas.

«Estudié en varios liceos de la zona de El Valle y Coche. El último fue el “José Ávalos”. Recuerdo que, desde pequeño, escribía cosas un poco raras, como esquelas graciosas. Las hacía sin ninguna voluntad creativa ni grandes aspiraciones literarias. Los recuerdos son a veces parte del exilio, porque uno nunca se trae todo.»

Su padre se dedicó a los negocios; su madre, a dar clases, hasta que se ocupó por completo de la crianza. De las tempranas influencias literarias, recuerda una mayor filiación con sus tíos, aunque en su casa siempre hubo libros. «Teníamos una colección de historias ilustradas que me parecían muy graciosas. Recuerdo que me gustaba mucho rayarlas, pues siendo niño era un poco obsesivo. Cuando empecé a leer formalmente, me di cuenta de que esas historias



«NO PUEDO EVADIR LA INFLUENCIA DE LOS CUENTOS DE JULIO CORTÁZAR. EN TODO CASO, SOMOS UN COMPENDIO DE DISTINTOS AUTORES Y MOMENTOS, DE MUCHAS LECTURAS QUE CAMBIAN CON EL TIEMPO»



«INTENTO DEPURAR CADA
PÁRRAFO PARA QUE, CUANDO LA
GENTE LO LEA, LES CAIGA DE GOLPE
TODO EL PESO DE LA HISTORIA»

horror de las violentas dictaduras militares. Sin duda una referencia rara y, muchos dirán, un poco prematura para un niño.

Al ahondar en la anécdota, emergen detalles que dotan de mayor extrañeza a este temprano hallazgo libresco. La génesis del proyecto se sitúa en 1977 y fue una colaboración entre dos exiliados: Cedrón, que estaba residenciado en Roma, y Cortázar, que vivía en París. En los fragmentos más duros del cómic, los asesinos reales y los monstruos de la niñez de ambos creadores se superponen en un complejo ejercicio narrativo.

Pese a haber sido concebida como una historieta masiva, que denunciaría los excesos de los gobiernos militares, el libro no llegó a publicarse. De hecho, como reseña Socorro Estrada en el diario *Clarín*, «en busca de un interesado que quisiera editarla, Cedrón le dejó los originales a una editorial de Venezuela, que sin su consentimiento hizo una pequeña tirada de trescientos ejemplares, impresos con muy mala calidad, que nunca llegó a distribuir. Aunque se sintió estafado, se resignó a no verla publicada».

Finalmente fue editado en la Argentina, más de veinte años después, con la autorización de Cedrón. Pero como si de una ficción de Jesús se tratara, uno de los raros ejemplares de la apócrifa edición venezolana terminó en las manos del niño que se convertiría en escritor. En un raro paralelismo, Jesús tuvo el extraño privilegio de leer una ficción de Cortázar, su maes-

rayadas eran clásicos, como *Don Quijote* o *Las mil y una noches*. No deja de ser maravilloso cuando te encuentras con que un libro te formó sin que supieras que era un clásico.»

Las lecturas infantiles marcan los gustos literarios del adulto. Las primeras historias de piratas, héroes y aventuras pueblan el imaginario que forja el carácter y luego determina muchas decisiones. Jesús recuerda que, sin saber cómo, a su casa fue a parar un enorme ejemplar de *La raíz del ombú*, el mítico cómic escrito por Julio Cortázar con ilustraciones de Alberto Cedrón. «Era una lectura rara para mi edad. Se trataba de un volumen gigante, con ilustraciones que me perturbaban. Por su complejidad y el trazo profundo de los dibujos, sin duda me marcó.»

«Un auto, lo mismo que un país, puede echarse a perder en cualquier momento»: esa era la frase con la que Cortázar iniciaba el libro. Vívido y ácido resumen de la historia de Argentina. El volumen se inicia en los años treinta y luego finaliza con el

tro, que nunca pudo examinar el cómic porque falleció en 1984.

El ombú es un árbol de raíces múltiples y largo tronco que se incrusta en la quietud del paisaje de la pampa. En el libro funciona como una clara metáfora del recio carácter argentino, pero para efectos del futuro narrador también podría verse como un signo de persistencia de la escritura, que ya comenzaba a apoderarse de la mente del autor.

TIEMPOS UNIVERSITARIOS

Luego de terminar el bachillerato, Jesús intenta estudiar Letras en la Universidad Central de Venezuela. Sin embargo, por tropiezos del destino, termina en Comunicación Social. Uno de los placeres del antiguo alumno eran las plácidas caminatas de treinta minutos que lo llevaban de El Valle hasta la Ciudad Universitaria.

«Esas caminatas, hacia la universidad y dentro de ella, eran maravillosas. Había tantas facultades, que las podías recorrer durante todo un día. Primero entré a Comunicación Social, en 1999, y luego hice estudios simultáneos en Letras, comenzando desde el séptimo semestre. Fue intenso, pero gratificante. Logré graduarme en 2005.»

Cuando evoca los tiempos en la UCV, pareciera estar paseando por algunas esculturas: *El pastor de nubes*, *Amphion* o algún móvil de Calder. Pasaba todo el día en la universidad: almorzaba en el comedor, estudiaba las materias de sus dos carreras en las espaciosas bibliotecas, corría para llegar a las clases de sus profesores preferidos.

Guarda un cariño especial por las clases de Rafael Castillo Zapata, uno de los ensayistas más brillantes de los últimos tiempos. «En Letras, era muy impresionante verlo. Me encantaba esa forma tan deliciosa de hablar que tenía. Escucharlo era toda una experiencia de contenido y musicalidad. Los diarios que ha venido publicado son extraordinarios.»

También tuvo una relación cercana con Moraima Guanipa, profesora de Comunicación Social, con quien compartía lecturas. «Teníamos mucha afinidad porque ella es poeta. Y en la carrera se sufría un poco por ese estigma de que los periodistas son superficiales. Intercambiábamos nuestros escritos y una vez organizamos una especie de foro de lectura donde hablábamos de lo que leíamos. Aquello era un paréntesis dentro de la ortodoxia curricular de la Escuela.»



**«CUANDO ESCRIBO TRATO DE HACER
ALGO DIFERENTE PORQUE LA REPETICIÓN
ES UNA SUERTE DE INFIERNO»**

Jesús se convirtió en estudiante a tiempo completo. Cuando no estaba cursando alguna materia de Comunicación, estaba en algún seminario de Letras. Pero en medio de las intensas jornadas de estudio y los horarios cruzados, algo detuvo su corazón. «En el sexto semestre de Comunicación, conocí a Isabel Betencourt, mi pareja. Enamorarnos mientras estudiábamos juntos fue una experiencia maravillosa. Creamos y tenemos un vínculo muy fuerte.»



**«UN CLÁSICO PUEDE ESTAR MAL
TRADUCIDO, MAL EDITADO O MAL
CORREGIDO, PERO IGUAL TIENE ALGO
QUE RESISTE TODAS LAS FALLAS.
ESO ES LO QUE ME INTERESA»**

TENSIONES Y DISCREPANCIAS

El escritor vivía entregado a sus estudios, absorbiendo conocimientos en todos los cursos, experimentando la intensidad de la vida universitaria, hasta que los requiebros del país llamaban a la puerta. Paro petrolero, huelga general, golpes y contragolpes. En la UCV se producía una toma del rectorado, entre otros sucesos que empezaron a cambiar la relación entre los estudiantes. «Podíamos notar cómo nuestro micromundo reflejaba las tensiones externas. Comenzaron los distanciamientos, porque muchas amistades se apartaban por discrepancias ideológicas.»

«La convivencia de personas con ideas políticas opuestas era algo bastante natural, posible y deseable de construir. Pero después de estos sucesos todo empezó a cambiar. Las relaciones se crisparon, incluso entre amistades y familiares. En el seno de mi familia, por ejemplo, un par de primos hasta ahora no se han podido reconciliar del todo. La marca permanece latente, y con algunos amigos simplemente decidimos distanciarnos. No sabría decir quién se transformó en otro. Quizás los dos bloques.»

Hacia 2007, ya Jesús se había graduado. Trabajaba entonces como periodista para el semanario *Letras*, de la UCV. Luego estuvo en el Instituto de Patrimonio Cultural, coordinando proyectos editoriales. Pero mientras se abría camino en el mundo laboral venezolano, la muerte llegaba insoslayable: un infarto fulminaba a su padre a los sesenta años. La pérdida lo impactó hondamente. Por supuesto que ya no era un niño, pero quizás nunca se está del todo preparado para ocupar el exigente papel del «hombre de la casa».

«Intenté ser una figura comprensiva, porque la vida me imponía otras circunstancias. No pretendía inmiscuirme en los amoríos de mis hermanas. Siempre tuve la libertad de conciencia para decir lo que pensaba, pero me comportaba más como una figura vigilante tras las sombras. Procuré cuidarlas, pero nunca quise ser un hermano machacón. No es un peso que me atormenta, pero toda responsabilidad, cuando uno es consciente, se toma con la consideración necesaria.»

Su perfil laboral se iba depurando. Le gustaba la corrección de estilo, trabajaba bien en equipo, gestionaba proyectos editoriales. En 2010 conseguía un cargo como editor sénior en la antigua Cadena Capriles. Duró tres años entrenándose en los rigores de un oficio que define con una sola sentencia: «Es un trabajo donde solo se dan cuenta de que existes si algo sale mal. Por eso es un poco ingrato». Para el momento en que la empresa cambiaba de dueño, Jesús tomaba una decisión. «Fue una época muy rara, y sobre el proceso de venta todo era un misterio. Quería dejar el trabajo de oficina e invertir mis pocos ahorros en una pequeña empresa, que crearía con Isabel.»

HORIZONTES DISPARES

El exilio bien puede ser otra forma del vacío, una variante del silencio que despoja a las personas de sus rípios o concentra sus excesos. El poeta Vicente Gerbasi lo resume con estas palabras: «¿En qué edad vivo, ahora que atravieso esta soledad de fuego?». Jesús finaliza sus compromisos laborales en Caracas y, en medio del trabajo creativo, decide cruzar los mares. Irlanda, la verde isla, fue el destino escogido. Era la primera parada de una travesía que lo mantiene lejos de su país.

«Estuvimos nueve meses en Dublín, de 2013 a 2014. Nos inscribimos en un curso de inglés para tener la visa, pero nuestro objetivo era vivir la experiencia, trabajar en lo que fuera y practicar otro idioma. En ese tiempo, tomé muchas notas de cuentos que luego ambienté en Irlanda. A veces paso por períodos de hibernación donde lo único que hago es leer, pensar y anotar ideas.»

En su época de lecturas irlandesas destacan *El tercer policía*, de Brian O’Nolan, y un reencontro con la poesía de Yeats, que le permitió ahondar en las raíces célticas. Sin embargo, no fue fácil conseguir trabajo. Jesús cuenta como anécdota que solo duró dos días en un empleo que consistía en limpiar una enorme cocina industrial. «Esos oficios necesitan su propia preparación física y psicológica. Se trata, además, de otro país, de otro idioma, y con un acento bastante particular. El cambio es muy fuerte.»

Aparte de algunos amigos surcoreanos, con los que se reunía para charlar y beber tragos, la experiencia irlandesa luce agri dulce en sus recuerdos. El contraste entre la cálida y bullanguera Caracas con la fría y tranquila Dublín hicieron mella en el ánimo del escritor: «La ciudad se me hizo pequeña. Fue una experiencia un poco claustrofóbica. No sé si influyó la noción de estar en una isla y en una ciudad muy tranquila... Todo se ralentiza de un modo que llega a ser fastidioso».



**«ME GUSTA REFLEXIONAR SOBRE
ESOS MOMENTOS EN LOS QUE LA VIDA
APARECE COMO EN REALIDAD ES»**



**«ESA DIVISIÓN DEL PAÍS EXCLUYÓ
DE INMEDIATO A LA MITAD DE LA
POBLACIÓN. Y ESO ES DOLOROSO»**

Antes de que el hastío ensombreciera su estadía, Jesús decidió irse a Cataluña por unos meses. En Barcelona la fortuna le sonrió porque fue reclutado por la filial mexicana del sello Larousse, que luego se lo llevó a Ciudad de México, donde actualmente reside. La megalópolis está llena de sonidos familiares: el bullicio de las multitudes, el sordo ruido del tráfico. «Vivo en la Colonia Roma. Me gusta esta ciudad porque está viva. Eso sí: tuve que adaptarme a espacios pequeños desde que dejé mi estudio de Caracas. En Condesa hay un par de bibliotecas pequeñas que son silenciosas. Allí me gusta trabajar porque no va nadie. Y la Vasconcelos me encanta.»

La ficción le ha dado la bienvenida desde que llegó a Ciudad de México. Se estremece al recordar que un día estaba en la Glorieta de Insurgentes esperando a una persona. De pronto vio a un tipo con una máscara negra. Estaba sentado de lo más tranquilo y leía el periódico. Era como si el mismísimo Alonso Quaker, abyecto y divertido protagonista de su novela *La máscara de cuero*, se hubiera dignado a dejarse ver en el mundo real.

CAMBIAR EL REGISTRO

Un humor explosivo, ácido y correoso es el que destila de algunos de sus relatos. A veces cínico, a veces irónico, Jesús sabe cómo impregnarle a sus personajes una mirada villanesca con tonos inolvidables. «Mucho de lo que escribo está cargado de cierta ansiedad. Hay un acercamiento a la dureza, pero también soy un defensor de las pequeñas alegrías de la vida. Aunque te enfrentes a la oscuridad, siempre hay buenos momentos. Y trato de que cierto humor esté presente en mis historias, a pesar del patetismo y la sequedad con los que me acerco a algunos temas.»

Aunque no se considera un corrector excesivo, asegura que siempre busca dejar sus textos muy limpios, al punto de remover todo lo que sobra, aunque suene bien. Si se trata de un recurso deliberado para llamar la atención o cambiar la ruta de la trama, lo pule hasta engañar a sus lectores y llevarlos a la sorpresa final. «Intento depurar cada párrafo para que, cuando la gente lo lea, les caiga de golpe todo el peso de la historia. Me interesa que la lectura les produzca una pequeña conmoción, que los textos conmuevan, que provoquen en el lector alguna emoción particular: excitación, miedo o placer. Un buen libro trasciende la anécdota. Un clásico puede estar mal traducido, mal editado o mal corregido, pero igual tiene algo que resiste todas las fallas. Eso es lo que me interesa.»

La herencia de la picaresca española es patente en sus proyectos narrativos: *El Lazarillo de Tormes*, *La vida del Buscón*, *Don Quijote*. Lecturas todas que dejaron una profunda impronta en su imaginario. También menciona las novelas de Renato Rodríguez y de Francisco Massiani, grandes referentes de la literatura venezolana.

«Me gusta lo que escribe Gabriel Payares, porque tiene cosas muy interesantes, y Miguel Hidalgo Prince, más cáustico y despojado de ripios. Son dos escritores contemporáneos que me entusiasman. No me gusta ubicarme en los extremos, porque siempre busco cambiar de estilo.»

Cuando se le recuerda que los seres humanos renovamos nuestro cuerpo por completo cada siete o diez años, esto lo lleva a pensar que si dos amigos duran ese tiempo sin verse, serían físicamente dos personas distintas. Jesús sonríe como si ese fuera otro tema para uno de sus cuentos. «Quisiera creer en la necesidad o voluntad de querer cambiarnos como personas. Cuando escribo, trato de hacer algo diferente, porque la repetición es una suerte de infierno. Esto ya lo decía Borges con los espejos, y Piglia con la repetición de los gestos. Para mí es un desafío cambiar el registro de lo que invento.» ●



ALBINSON LINARES

CARACAS, 1981 | Periodista, cronista y escritor. Ha trabajado en *El Nacional*, *Exceso*, *Playboy*, *Últimas Noticias*, *El Mundo* y *Líder*. Actualmente periodista de *The New York Times* en México. Colaborador permanente de *¿Qué pasa?*, *Etiqueta Negra*, *Americas Quarterly*, *El Heraldo*, *Letras Libres*, *El Universal* y *Reforma*. Autor de *Hugo Chávez, nuestro enfermo en La Habana* (2013), *El último rostro de Chávez* (2014) y *Caracas Bizarra* (2014).



MARCEL DEL CASTILLO

CARACAS, 1974 | Fotógrafo con exposiciones individuales y colectivas realizadas en España, Alemania, Venezuela, Estados Unidos, Uruguay, República Checa, Italia, Argentina, México y Colombia. Director y editor de *Espaciograf.com* y del Festival de Fotografía Méridafoto. Profesor de Fotografía contemporánea en Lasalle College International. Actualmente, vive y trabaja entre México y Venezuela.



Fábula de la sombra

La sombra arribó sin el menor ruido, como suelen hacer las sombras, y desde el comienzo su distante presencia le incomodó como un fardo ajeno que le hubiesen encasquetado en las espaldas. Ese peso mínimo hubiese llegado a serle tolerable, incluso reconfortante, como son las anclas de los barcos cuando estos demandan reposo; pero con lo que no pudo lidiar fue con la apatía de la sombra para reproducir la mecánica de su cuerpo. Cuando no se quedaba quieta, ignorando los giros de su cintura, los vaivenes de sus extremidades o sus cabeceos de ensueño, entonces la sombra ensayaba otros movimientos sutilmente distintos que bien podrían engañar a ojos menos avezados pero no a los de él, que sabía detectar esas mínimas rebeliones.

Cuando la sombra aparecía llamada por una lámpara o por el sol oblicuo de las tardes, él empezó a desafiarla quedándose inmóvil con la severidad de la piedra trabajada. Ensayó un catálogo de estatuaria que en un principio la descolocó, pero al poco tiempo ella encontró la forma de devolver el golpe: permanecía quieta como le ordenaban pero invertía la dirección del rostro o retorció la cabellera hasta volverla indescifrable.

Acaso derrotado, y también como no era un hombre de cultivar enemistades, se dijo que la dejaría libre para que acomodara la levedad de su ser como mejor le apeteciese. Y así anduvieron un buen tiempo, enfrentados con el eléctrico distanciamiento de dos inquilinos que se examinan dispuestos a la batalla o al amor. Pero como tanto aburrimiento lo fue vaciando de sentido, empezó él a imitarla, a calcar sus maneras aunque nunca pudo superar ese leve retraso en la repetición que aún hoy nos sigue indicando que se trata de dos seres radicalmente distintos.

Dramas con sordina

LUIS YSLAS

Nacido en 1981, el caraqueño Jesús Miguel Soto ha publicado hasta la fecha un solo libro: *Perdidos en Frog* (2013). Un volumen de 15 cuentos de cuidadoso armado y estilo, en los que destaca el dominio de las técnicas clásicas del relato breve, así como un aplicado conocimiento de referentes que van desde la ciencia ficción, lo fantástico y la novela negra hasta el cine, la pintura y los videojuegos. El espíritu narrativo de Chéjov, Cortázar, Onetti y Kafka gravitan en su escritura, pero sin restarle voz propia. La unidad compositiva del libro, consecuencia de una paciente laboriosidad con el lenguaje, reveló a un escritor con muchas horas de vuelo en el oficio. Prueba de ello es que su nombre no resultase desconocido al momento de aparecer su ópera prima. Relatos suyos habían obtenido el primer lugar en el VI Festival Literario Ucevista (2004), el Concurso de Cuentos de la Policlínica Metropolitana (2008), el Concurso de Cuentos de *El Nacional* (2009) y el VII Concurso de Cuentos Sacven (2010). Inclu-



sive, algunos de sus relatos forman parte de *Joven narrativa venezolana II* (2008) y *De qué va el cuento. Antología del relato venezolano 2000-2012* (2013), y autores como Óscar Marcano y Rodrigo Blanco Calderón han advertido en los cuentos de Soto una huella singular: la noción de medida. Una conciencia de la justa medida en el quehacer narrativo, que se traduce en historias marcadas por el filo de una ironía no pocas veces compasiva, aunque próxima al humor negro y al absurdo. Sus personajes portan el signo del extravío o el fracaso, pero sin intensidades existenciales. Sus derrotas son las de la íntima rutina: dramas con sordina. El lenguaje que los constituye, dada su contención y plasticidad poéticas, los salva del exceso, pues se trata de una prosa dotada de un prudente distanciamiento que les confiere a sus ficciones complejidad, misterio y espesor humanos. Jesús Miguel Soto confiesa tener un par de novelas listas para su publicación. Se aguardan con impaciencia.

[Crítico y editor. Codirector de la editorial Madera fina]



José Delpino

«La escritura es contaminación»

Nacido en Maracaibo, en 1981, estudió por un tiempo Ingeniería de Computación (USB) y luego hizo la carrera de Letras (UCV), dos maestrías y un doctorado en literatura. Profesor, investigador, poeta, es una de las figuras más significativas de su generación, tanto por su trabajo crítico como por la singularidad de su propuesta poética.

TEXTO GINA SARACENI | FOTOS EMILIO NADALES

La vida de José Delpino está marcada, desde la infancia, por el desplazamiento y la dislocación. Desde su nacimiento en Maracaibo, que no era el lugar natal de su familia, hasta su establecimiento en Caracas, donde hizo los estudios universitarios, y luego en Chicago, donde concluye su doctorado en literatura, la itinerancia definió buena parte de sus experiencias afectivas e intelectuales. Ha desarrollado una capacidad de convertir la inestabilidad y el cambio radical en modos de aprendizaje.



DESCUBRÍA UN LENGUAJE EXTREMO,
UN LENGUAJE QUE PIENSA CON
LA IMAGEN Y EL SONIDO, FUERA DE
LOS CAUCES CONVENCIONALES.

Nació en El Marite, noroeste de Maracaibo, y más específicamente en el Hospital Materno Infantil Doctor Raúl Leoni. Pasó su infancia y adolescencia en una urbanización de clase media baja, donde sus padres se conocieron y enamoraron. El papá le daba clases de matemática a la mamá. Para entonces, ninguno de los dos trabajaba. Cada uno vivía con su respectiva familia. Tuvieron una relación muy breve, que terminó al poco tiempo de haber nacido José, cuando intentaban la convivencia. Los primeros dos o tres años de vida los pasó con la madre en Las Piedras, donde ella trabajaba como inspectora de Hacienda. Después vivió hasta los dieciséis años con los abuelos, que se hicieron cargo de su crianza y educación. Con el padre la relación fue algo distante, esporádica, porque se fue a vivir a Caracas cuando el hijo tenía cuatro años, lo que debilitó el vínculo inicial, que luego prosperó en años posteriores.

José iba y venía de la casa de los abuelos maternos a la casa de los paternos. Ese transitar a veces producía algunos desencuentros, porque eran familias muy distintas. La materna era más religiosa, más devota del *Manual* de Carreño, más aburguesada culturalmente. La paterna, en cambio, tenía mayores bienes materiales, sentía mayor identificación con la cultura popular. Los desencuentros no solo se debían a las diferencias de costumbres y orígenes geográficos entre ambas familias (Margarita, Zulía, los Andes), sino a la preocupación generalizada de que José iba y venía sin tener un centro definido. En cierta medida, ambas familias llegaron a disputarse por el niño, pero a partir de un momento dado entendieron que la prioridad debía ser su estabilidad. Empezaron a tener entonces una relación más amistosa, que favoreció su crecimiento. Más allá de desencuentros y tensiones, su infancia estuvo «gobernada» por una especie de «gran asamblea», conformada por sus padres, sus abuelos, dos tías paternas y dos hermanos diez años mayores que él, hijos de un matrimonio anterior de la mamá. De cada uno de ellos recibió un legado, que mucho tiempo después reapareció como andamiaje en sus proyectos poéticos, que mucho le deben a estas herencias familiares.

De esta «gran asamblea» los abuelos fueron figuras centrales. El abuelo materno, Froilán, fue muy importante, entre otras razones porque constituyó la primera voz literaria en la vida de José. Nacido en 1905, en un pueblito tachirense llamado Borotá, emigró a los diecisiete años al sur del lago para trabajar en los campos petroleros. Odiaba a Juan Vicente Gómez, a pesar de tener un parentesco por línea materna; más bien simpatizaba con los movimientos democráticos. Tuvo una vida muy dura, llegando a concluir la primaria cuando era obrero petrolero. Su esposa, María de la Trinidad, mejor conocida como Trini, nació en 1911. Era de Las Piedras, pueblo cercano a Machiques, zona ganadera del Zulia. Creció en una familia humilde. Su tez blanca y ojos verdes escondían ancestros afrovenezolanos, aunque ese rasgo genealógico no era de ninguna manera visible, como pasa en muchas historias familiares venezolanas, cuyas zonas secretas u ocultas remiten a herencias que se pierden o quedan como ecos.

Los abuelos paternos eran primos entre sí, oriundos de Juan Griego, en la isla de Margarita. El abuelo Miguel había nacido en 1928, y a los ocho años se fue a Cabimas con su madre, para ayudarla a vender en una pequeña bodega. Cuando ya tuvo mayoría de edad, se convirtió en obrero petrolero. Hablaba mucho de su experiencia laboral. En sus relatos se evidenciaban el impacto de la cultura empresarial y la ética de trabajo. Su esposa, Francisca, que era de una familia muy humilde, vivió en oriente hasta que se casó con él, a los 21 años.



EJERCICIOS DE ENSUEÑO

Convivir con la memoria de los mayores fue su primer contacto con la literatura. El abuelo Froilán recitaba coplas populares sobre la Guerra Federal y la Revolución Restauradora: refranes, retuécanos y trabalenguas que a veces el nieto repetía: «Yo como poco coco». La abuela Francisca tenía la costumbre de contar historias familiares imitando la voz o los gestos de los parientes que nombraba. Era hábil haciendo chanzas cuando se reunían en el porche de la casa. Otro sonido que formó parte del repertorio oral de la infancia fue el rosario: práctica habitual de los abuelos Froilán y Trini. Cuando dejaron de ir a la iglesia, porque a la abuela le costaba mucho caminar, todas las tardes sintonizaban la emisora de los Niños Cantores y rezaban el rosario. También para su madre este ritual era importante, porque ella formaba parte de la Legión de María: todos los viernes se iba con otras mujeres de la parroquia a los barrios pobres y también rezaban el rosario.

SU INTERÉS ES LEVANTAR GRANDES ESTRUCTURAS COMPOSITIVAS, QUE SE DEBATAN ENTRE LO ORGÁNICO Y LO ABSTRACTO.



José a veces la acompañaba, y esa letanía que generaba el rezo colectivo lo asombraba, ya sea por la capacidad de convocar gente, a fuerza de repetición, o por un estado semejante al trance, al ensueño, que sumergía a los orantes. Su curiosidad lo llevaba a participar del rosario, pero jugando a observarlo todo desde afuera. Le fascinaba la combinatoria y la repetición de los misterios asociados a la vida de Jesús, y de hecho esa estructura compositiva fue muy relevante en la escritura de su primer libro. Esa memoria oral marcó de forma radical su literatura, que en primer término surge de la escucha de estos ritos privados, capaces de afinar sus oídos de niño.

También tuvieron mucha importancia en esta primera etapa cuentos infantiles como *El gato con botas* y *Hansel y Gretel*, en versiones engrapadas y de tapa blanda. Los cuentos de hadas fueron su obsesión, como también los dibujos animados norteamericanos y japoneses que veía en televisión.

Eran tiempos de auge de la cultura de masas, y la generación de José estuvo sometida a un bombardeo inédito de la industria cultural nacional e internacional. Recuerda que haciendo *zapping* en el mando del televisor a color Zenit, podía ver Robotec; la Abejita Maya; programas de danza, música clásica, salsa u ópera; propagandas; *Los sueños* de Kurosawa; diversas versiones de cuentos de hadas, algunas de las cuales incluían escenas sórdidas o crueles. El Canal 8, Venezolana de Televisión, siempre le fascinó, porque allí encontraba un buen sustituto de la televisión por cable. Conseguía una oferta heterogénea, más allá de los canales privados.

Desde niño tuvo una marcada conciencia de que sus posibilidades de consumo eran reducidas. Al no disponer de VHS, de cable o de juguetes caros, ese «vacío» se convertía en plenitud de su propia imaginación. Inventaba canales, logos, historias o películas. En las dos casas de sus abuelos, estaban presentes la música, los discos, la radio, los libros, salidas ocasionales al cine y fiestas familiares. Esos elementos pesaban más que la televisión o los juguetes imposibles.

PRIMERAS LECTURAS

José creció en la urbanización La Floresta, de clase media obrera, en las afueras de la ciudad. Estudió la Primaria en el colegio Sol de América, cuya insignia de un sol con Bolívar en el centro adornaba todas las franelas. Si bien el colegio quedaba muy cerca de la casa, tres cuadras apenas, la abuela Francisca decidió que debía ir en transporte, lo que de cara a sus compañeritos le generaba vergüenza. Entonces se hizo amigo del conductor, Henry, para que lo dejara de último y nadie supiera dónde vivía. Esos recorridos por los suburbios de una Maracaibo depauperada, con cierto semblante apocalíptico, fueron el paisaje de su infancia, que él mantuvo hasta sus seis años. A esto se sumaban otros desplazamientos por barrios pobres y zonas de clase alta que algunas tardes hacía con su tía Aracelis, en un Ford Corcel sincrónico que usaba para hacer consultas veterinarias a domicilio.

Fue buen estudiante desde el final de la primaria hasta cumplido el bachillerato. Y a medida que pasaban los años, se hacía un adolescente melancólico. A veces le gustaba jugar con pequeños grupos en la calle: pelota de goma, básquet o futbolito. Lo hacían hasta la extenuación, incluso en horas del mediodía. El bachillerato lo cursó en el colegio Santo Cristo, y como las clases eran a primera hora de la tarde, se iba caminando desde la casa bajo la luz cegadora, a veces haciendo largos rodeos. Esa fatiga física que se originaba al caminar o jugar en la calle, indiscriminadamente, próxima al mareo y al desmayo, marcó de forma definitiva su experiencia de la ciudad.

Su primer contacto con la poesía venezolana fueron dos nombres: Juan Antonio Pérez Bonalde y Vicente Gerbasi, autores estudiados en bachillerato. Ya para entonces practicaba la rima y sabía algo de métrica española, un interés que lo persigue hasta hoy. En quinto año comenzó a escribir «rimas ripiosas» y poemas de despecho. Se obsesionaba con amores imposibles y se quedaba escribiendo de noche, quizás inspirado por figuras que hacían alquimia en una buhardilla, o que escribían grandes poemas de amor, o que dedicaban su vida a la filosofía. Esa primera escritura, que se extendió hasta su primer año en la universidad, también estuvo influenciada por el rock argentino (afición que heredaba de sus hermanos mayores) y por el heavy metal, género que descubrió gracias a unos casetes grabados que llegaron de forma aleatoria a sus manos.



**POETAS COMO JOSÉ RAFAEL MUÑOZ,
SALUSTIO GONZÁLEZ RINCONES
O RÉGULO VILLEGAS SON TAMBIÉN
UNOS INCOMPRENDIDOS DE NUESTRA
LITERATURA.**



En la casa de los abuelos maternos, había libros regados por la sala, metidos en gavetas, usados para anotar cosas. Se trataba de novelas, cuentos, filosofía y novelas históricas. En casa de los abuelos paternos, en cambio, había una biblioteca con algunos libros de literatura latinoamericana, que se pescaban en medio de atlas, enciclopedias, tratados de arquitectura, textos de geografía o manuales de gestión ambiental. En cualquiera de los dos casos, los libros estaban al alcance de la mano, cerca de algo que no tenía que ver con la lectura, sino con la conversación, el baile, la televisión o la costura. Había novelas de Rómulo Gallegos, de García Márquez, de Vargas Llosa. Había cuentos de Adriano González León. Había textos de filosofía, antropología, política e historia. Había un *Don Quijote*. También había ejemplares de *Eros y civilización*, de Marcuse, o de *El Anticristo* y *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche. José los hojeaba de niño sin entenderlos mucho, como si se tratara de una fábula para adultos.

Era un *voyeur* de libros, y tuvo acceso a ellos sin censura, porque si bien algunos libros «escandalosos» estaban escondidos, siempre se las ingeniaba para llegar a ellos. Los más preciados estaban en la biblioteca de su hermano Óscar Leonardo, miembro de los rosacruces, que estudiaba sociología y pintura, además de artes marciales. Allí había volúmenes de esoterismo, junguianismo, numerología, magia sexual, Kamasutra, Hare Krishna, deidades hindúes y Tarot. También libros de arte y revistas pornográficas, que le servían como modelos iniciales para sus dibujos. Ese universo esotérico, religioso y artístico, paralelo al de los rosarios y los misales que dominaban en su casa, cautivó toda la atención de José, quien siempre ha estado cerca de los saberes esotéricos y espirituales.

LA EXPERIENCIA DE LA CIUDAD

En 1997 se graduó de bachiller y se mudó a Caracas. Su objetivo era estudiar Ingeniería de Computación en la Universidad Simón Bolívar. Los primeros seis meses vivió con su padre en El Valle, hasta que cumplió diecisiete años y le permitieron mudarse solo. La ciudad y la universidad le ofrecieron posibilidades ilimitadas, experiencias de todo tipo. Tenía un impulso vital de conocerlo todo, de vivirlo todo. Empezó a hacer teatro con un grupo de la universidad, se volvió un lector aún más voraz, comenzó a escribir poesía con mayor sistematicidad. Tuvo el primer contacto con una gran biblioteca universitaria, donde leyó a Nietzsche. Recibió clases de un profesor de literatura, José Javier Míguez, que le

hablaba de poesía francesa y latinoamericana: Baudelaire, Nicanor Parra, Vicente Huidobro, César Vallejo, Neruda.

Se obsesionó con una escritura radical, muy ligada a la experiencia de la ciudad, construida con metáforas, metonimias, sinédoques y tropos extravagantes, que funcionaban como protocolos entre lo inmediato y lo cotidiano. De una poesía muy rítmica, pasó a una poesía que experimentaba con el lenguaje, que lo cultivaba y destruía a la vez, que construía experiencias de sentido o sinsentido. Descubría un lenguaje extremo, un lenguaje que piensa con la imagen y el sonido, fuera de los cauces convencionales. Su nueva escritura estaba relacionada con la experiencia urbana y del mundo contemporáneo. Quería demostrar cómo las formas extremas de lenguaje, aparentemente ajenas y distanciadas de la vida inmediata, siguen teniendo un vínculo con ella. Las palabras, desde su opacidad semiótica, buscan nombrar experiencias de dislocación, de fragmentación de la contemporaneidad, sin que por ello dejen de referirse a «lo común».

Esta poética postula la idea de construir comunidad con la escritura, es decir, considera que los dispositivos extremos del lenguaje pueden ser experimentados por cualquiera, y no solo por unos pocos, pueden tener lugar más allá de círculos especializados o académicos. La dificultad de comprensión no tendría por qué ser un obstáculo, pues justamente ese impedimento es lo que la define. En síntesis, experimentar libremente la dificultad de textos radicales pudiera ser algo que cualquier tipo de persona quisiera hacer. Si una literatura que extrema el lenguaje puede o no producir conexiones con un lector cualquiera, en el caso de negación habría que preguntarse qué factores externos a la literatura bloquean esa posibilidad.

La otra preocupación tiene que ver con la posición estética que apuesta por el abigarramiento, la contaminación, la construcción de lenguajes puros que al cabo se destruyen. Su interés es levantar grandes estructuras compositivas, que se debatan entre lo orgánico y lo abstracto, lo invisible y lo imposible, el sistema y la falla. Esto como continuación de dilemas que ya han estado presentes en la poesía de Lezama Lima, Virgilio Piñera o Rafael José Muñoz, por no hablar también de la música de Carlos Duarte, donde lo palpable se vuelve abstracto.

Cabe mencionar también el interés crítico de José por algunos autores de la literatura venezolana, que han sido dejados de lado por razones ajenas a su valor estético. Grandes olvidados que, por prejuicios de nuestro campo intelectual, hemos excluido por razones morales, éticas o políticas. Un ejemplo de esto es el prejuicio de Vicente Gerbasi por Luis Fernando Álvarez, causado por la recurrente presencia de la muerte en su obra, que para Gerbasi llega a ser «morbosa». Poetas como José Rafael Muñoz, Salustio González Rincones o Régulo Villegas son también unos incomprendidos de nuestra literatura.



**LOS LIBROS DEL POETA SE ARMAN
COMO PROYECTOS Y SUS TEXTOS
ADQUIEREN SENTIDO A LARGO PLAZO,
LLAMADOS POR LA OBSESIÓN DE UN
RETO ESTÉTICO.**



EL OJO, COMO ÓRGANO CAPITAL
DEL TEXTO, VA SUPERPONIENTO
IMÁGENES QUE SE CONVIERTEN EN
NAIPES DE UNA BARAJA.

José interrumpe sus estudios de Ingeniería en 2000. Comienza a estudiar Letras en la UCV y se licencia en 2005 con una tesis sobre la poesía de Hanni Ossott. Allí tuvo dos experiencias que fueron fundamentales para su formación. La primera: ser alumno de Rafael Castillo Zapata, especialista en teoría literaria, Walter Benjamin, Gilles Deleuze, vanguardias históricas, y además escritor con una capacidad notable para leer y estudiar poesía. La segunda: entrar en contacto con la llamada «Área III», ese conjunto de disciplinas y profesores que trabajan con elementos de la antropología cultural, de Jung y sus arquetipos, de Karl Kerényi y otros mitólogos, de las ideas estéticas de Lezama. Allí María Fernanda Palacios y Jaime López Sanz fueron figuras fundamentales. Se obsesionó con la mitología, que leyó con voracidad. Le interesaban los sistemas culturales y artefactos cognitivos, poéticos, sensoriales, que permitían darle forma a la experiencia. También le sorprendía la capacidad de la mitología para lidiar con problemas y traumas de la sociedad contemporánea. Desde entonces la idea de construir poemas-mitos ha sido una de sus obsesiones.

DE ALQUIMISTA A OBRERO

Fanes, su primer libro, fue publicado en 2010. Se puede leer como una deriva verbal que combina el cuidado extremo de la palabra, el ejercicio artesanal de trabajar el poema como una joya sonora y las experiencias de formación religiosas relacionadas con el rosario, el esoterismo y el Tarot. Se trata de un libro dividido en cantos donde el acto de ver, de contemplar, de desear lo que está fuera de uno, son ejes centrales. En este sentido, el motivo de la errancia humana y del deseo del hombre de ver lo que está lejos, distante de sí, es esencial. El ojo, como órgano capital del texto, va superponiendo imágenes que se convierten en naipes de una baraja, al modo aleatorio con el que también Huidobro construye *Altazor*.

Fanes viene del verbo *fanao*, que significa *iluminar*. En la cosmogonía griega se trataría del momento en que «se hace la luz», en que «se hace distancia». *Fanes* es también el Eros de la cosmogonía: el que *trae la luz*, el que *lucea*, el que *lumina*. *Fanificar* o *fanalizar* están relacionados con el acto de separar las cosas, de distanciarlas y darles densidad corporal propia. Los poemas finales del libro son tres ejercicios del deseo. El primero: el deseo del ser humano de errar. El segundo: el deseo de la letanía, del lenguaje que busca su propio escape a través de la combinatoria. El tercero: el deseo del ojo de convertirse en lo que contempla. Finalmente, *Fanes* también es un libro que busca atender, aunque de forma elusiva, medular, onírica o desvariada, nódulos de la historia y de la cultura venezolana ligados a la sexualidad y al poder individual.

De lo anterior, se desprende que *Fanes* es un ejercicio lento, demorado, minucioso. Los libros del poeta se arman como proyectos y sus textos adquieren sentido a largo plazo, llamados por la obsesión de un reto estético. Cada proyecto es una pequeña vida que dura varios años y cada vez que se empieza uno es como si se aprendiera un nuevo oficio o se inventara una nueva lengua. Porque de eso también trata la poesía: de olvidarse de todo para empezar de nuevo, de quedar en la afasia y partir de la nada.

Si el autor de *Fanes* puede ser un «alquimista», que persigue la depuración para alcanzar una sustancia *otra*, en su siguiente libro, *Cercados rotos*, todavía inédito, el autor parece más bien un obrero descarriado que, en su propia fábrica, contamina materiales y arma *collages* a partir de experiencias concretas. El libro es una máquina que hace evidente su propio proceso: un *zapping* geográfico y mental, un movimiento nomádico constante por el espacio y el tiempo: la escritura como desplazamiento violento. Si *Fanes* era el libro de un contemplador, de un creacionista de universos, el próximo es el libro de un errante, de un sujeto que vive una experiencia desértica, abierta e imposible de abarcar.

GESTO DE APROPIACIÓN

Cercados rotos es el gesto de apropiación de una gran cantidad de materiales. Todo con la finalidad de contaminarlos. Por contaminación debemos entender práctica de escritura y preocupación política. La contaminación de la basura, de la cultura de masas, de la historia de Venezuela, de las historias familiares, de la geografía, de los sistemas abstractos de representación. También es un libro que se desplaza por varios cronotopos: células espacio-temporales de este gran terreno llamado Venezuela. Se trata de un libro «país», que no busca mostrar ni unidad ni totalidad, sino más bien fracturas y estrías de recorridos nomádicos: suburbios de Maracaibo, calles de Caracas, casa de los abuelos. Se esbozan radicales yuxtaposiciones de espacios donde el encierro (la reja, la cerca, la llave) se impone para señalar miseria y violencia. El libro también alude al país de las grandes construcciones que impulsó la renta petrolera: Caracas y sus grandes autopistas y distribuidores viales, metáforas de la especulación y de cierto desbarajuste espacio-temporal. Un proceso de modernización radical que fue documentado por Mariano Picón Salas y Enrique Bernardo Núñez en la crónica *Demolición*, lectura que para José todo venezolano debería conocer. Caracas con sus barrios, sus mansiones, su arquitectura, sus cerros, se describe con poemas-parásitos, organismos vivos que necesitan de la gran obra y del gran trauma para existir.

Entre la melancolía y la obsesión, la religión y la alquimia, la precisión y la destrucción, la contaminación y la pureza, la teoría y la poesía, la urgencia y la exigencia, o la racionalidad y el delirio, transita la obra de José Delpino: su escritura y su pensamiento. ●



GINA SARACENI

CARACAS, 1966 | Poeta, ensayista y traductora. Licenciada en Letras. Magíster en Literatura Latinoamericana y doctora en Letras de la USB. Profesora invitada de la Universidad de Buenos Aires, Universidad Simón Bolívar de Quito y Rice University de Houston. Especialista en teoría literaria, literatura de viajes y poesía venezolana contemporánea. Publicó en 2008 *En-obra. Antología de la poesía venezolana contemporánea*.



EMILIO NADALES

PUERTO ORDAZ, 1973 | Fotógrafo profesional. Estudios de Publicidad, Derecho, Política y Filosofía cursados en la UCAB y la UNIMET. Su trabajo fotográfico gira en torno a derechos humanos y diversidad cultural. Actualmente, vive y trabaja entre Chicago y Nueva York.



IV

has enjugado tu ojo sediento
su vértigo enorme entre el lleno del mundo
y donde el árbol, certero ante la lluvia,
has enjugado el cielo bajo el peso de tu techo

tus pájaros de piedra has emplumado
en esa ventana abierta alguna tarde,
has deshecho ceniza entre tus dedos como un pan escrito,
y ahora tu lengua está,
seca,
atenta al silencio de tus párpados,
al peso del agua,
alzada sobre el aire

has deshojado insistente entre tu dedo
la pluma de la piedra en la clausura,
has emplumado tus pájaros
bajo el cielo de tu techo,
y al encierro de tu lengua,
rodeado de paredes y postigos,
has alzado en la memoria del instante
la escama blanca
de la cal,
la sed del ojo que adentro se despeña,
el tacto impenetrable de la altura,
has extendido, como una piel ante tus ojos,
tus arduas, silenciosas,
vecindades, de distancia

[Variación de un poema tomado de *Fanes*, 2010]

La palabra seductora

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA



Ya desde su primer poemario, *Fanes* (2010), libro granador del III Premio Nacional Universitario de Literatura en 2009, se aprecia en la poesía de José Delpino una notable madurez expresiva y la posesión de una conciencia estética solvente y definida, cautivada por la búsqueda de la experimentación formal, la acendrada vigilancia sobre la construcción del poema y la exploración de los poderes sensoriales de la palabra, fundamentalmente en sus efectos rítmicos, melódicos y visuales. La suya es una poesía convencida de la cualidad hipnótica del signo verbal, potenciada por un alto vuelo imaginativo y por el cultivo cuidadoso y paciente de los valores eufónicos de un lenguaje que aspira a hacer del poema un espacio

donde la totalidad logre cristalizarse, a partir de lo fragmentario. Su poder seductor deriva, también, de su fascinación por los atributos lúdicos de la palabra y por su apertura a diversas formas de interacción con significantes de múltiples procedencias. En suma, se trata de una apuesta poética en varios sentidos disuasiva y hermética, reactiva a lo convencional pero conocedora de las tradiciones de las que es consecuente. Así, en ella lo cadencioso, lo acumulativo y enumerativo, trenzado por frecuentes aliteraciones y anáforas, es también una manera de rendir tributo al legado del poder ritual de esa palabra heredera tanto del conjuro como de la letanía.

[Poeta y crítico. Magíster en Literatura Latinoamericana Contemporánea de la USB. Doctorado en Lenguas Romances de la Universidad de Cincinnati]



Natasha Tiniacos

«La mujer es el género del futuro»

Premiada y celebrada poeta, nacida en Maracaibo, en 1981.
Estudió Letras y luego concluyó un posgrado en Carolina del Sur.
Sus dos poemarios publicados hablan de un verbo rotundo
y sensual, de pinceles y píxeles, que enumera ganancias
y pérdidas. Es una observadora de fino oído, que añora los viajes.
En el cuerpo lleva tierra del sol amada, y en la maleta el Ávila.

TEXTO FAITHA NAHMENS | FOTOS RICARDO GÓMEZ PÉREZ

Piel blanca, cabello negro, labios rojos. La descripción, contenida en un celeberrimo libro editado en Italia, en 1636, y suscrito por Charles Perrault, alude a Blancanieves, la joven de envidiada hermosura que casi muere al morder una manzana envenenada. El príncipe salvador que la besa, la lleva bosque adentro para que siete solidarios enanos se rindan ante su embeleso. En el juego de espejos —y de espejos va el cuento—, las señas coinciden con las de la poeta Natasha Tiniacos, que no salió de la tinta de nadie, pero que a la tinta va. Una, personaje creada, y otra, creadora de personajes. Las palabras construyen una imagen tangible que se espejea, un puente: ficción que nutre la cotidianidad. En palabras del poeta Miguel Marcotrigiano, no hay distancias, ni tiempo «que nos separe de nada y de nadie». Queda claro que el *había una vez* se transforma en un absoluto *hay*, ojalá de múltiple versiones.



La comparación divierte a la poeta de lenguaje experimental, cuyo verbo bebe de la realidad ineludible, de las circunstancias recientes y de reminiscencias que reviven como ecos. Los cuentos de hadas nunca la han entusiasmado —aunque sí los espejos—, ni siquiera en su infancia. Para entonces leía con predilección enciclopedias y libros de tapa dura, pues la aproximación al objeto sería un inicio de culto que empezaba por el tacto, por el placer de tener entre las manos una caja de sorpresas. Lejos de ronroneos monotemáticos e historias melosas, en tiempos iconoclastas no descarta de plano ningún género. «Me interesa transgredir los límites, mezclarlos. Por ejemplo, apropiarme del registro periodístico y usarlo en un poema... No deseo tener estilo sino vivir una suerte de constante vértigo de las capacidades expresivas», le ha dicho en una entrevista a la poeta Jacqueline Goldberg.

«RESUMIR UN LIBRO ES UNA PEQUEÑA TRAICIÓN PARA EL POETA»

Cuando se le pregunta sobre su celebrado poemario *Historia privada de un etcétera*, responde: «Resumir un libro es una pequeña traición para el poeta». Y sin embargo, se enfoca en la palabra etcétera para recordar a los hermanos Grimm: «Etcétera es lo que Hansel y Gretel dejaron como migajas de pan en el camino de vuelta a casa. El mío viene de todo eso y, además, de todo lo que he leído y vivido. Etcétera es una reconciliación con el asombro». Según Marcotrigiano, la justificación se explicaría en estos términos: «De manera que el azúcar que se hace grumo en el fondo de la taza, la información nutricional que aparece al dorso de un alimento empacado, un pequeño cactus al pie de la ventana, el hidrante que chorrea en plena calle, las hormigas que transitan por los trastos de la cocina, el recibo telefónico o el sombrero que se despide de su portador, van configurando una galaxia en expansión a partir de los signos del desgaste». Y precisamente en el poema «Galaxia mínima» se lee: «Cuando el

cuerpo entra a su nicho/ sabe cuánto espacio basta y cuánto merma/ con el encorvamiento de los años,/ sabe que el mundo es para el descarrío/ sin salida de emergencia/ ni control climático/ pero al llegar a su galaxia mínima, /al jarrón que lo contiene/ mientras no sea polvo, bajo tierra,/ o sobre un pañuelo perdido en el azar del otoño/ o sobre un árbol que no sacude sus ramas,/ se refugia en el peltre de su bañera/ que rechina de soledad como su cama/ y poco a poco se inclina en reverencia al yo/ y va perdiendo así,/ la persona humana,/ (su color)/ cual lienzo del desgaste».

Atenta a los sentidos, y de por sí curiosa ante la realidad contigua, ante la escena ínfima, que desbroza o desmenuza, Natasha avanza por los derroteros de un verbo preciso y paradójico, pulido y realista, fino y filoso. Lo sirve en una vajilla decorada con flores y mariposas, marca Susan Williams-Ellis, noble dama que fue ahijada de Rudyard Kipling y cuyos padres frecuentaban a Virginia Woolf. Las palabras se beben calientes en las hermosas tazas, que pueden imaginarse rebosantes de chocolate. «Contra lo empalagoso y lo sublime, nosotros los románticos de la sobriedad», deja caer sobre la servilleta.

Obra cercana a la aventura, a lo épico, no sería descabellado imaginarla en el espejo de Ulises. Escribir necesita de arresto, y más si en un contexto nacional tan desprovisto logra la hazaña de publicar en 2011 su citado poemario, *Historia privada de un etcétera*, que ahora va por la reedición. «Ulises se propone continuar su viaje, no rendirse; ya eso es demostración de resistencia», confirma quien también apuesta al vuelo: se radicará por un tiempo en Nueva York, su particular Ítaca.

Su afán perceptivo, su devoción por el acontecer, no la perfilan como alguien de sentimientos engavetados. Muy al contrario, conoce las aguas de las ensoñación amorosa. La muy sensible Natasha fue flechada, por primera vez, jovencísima, por la música. Se enamoró de su profesor de piano, a quien esperaba cada martes para una clase del palpitos. Tal sería el agobio, que luego necesitó pinzas para extraer lo que la atenazaba. Vino entonces, en su auxilio, la poesía, que la llevó a otro teclado. Como la música, las palabras se despeñan, exigen pausa, apremian la respiración, producen vértigo. A su modo, a punta de palabras, la alumna intentaría cautivar aquel oído impresionable con su interpretación. Urgida por proclamar aquello que era puro temblor, y en el papel de una George Sand de dieciséis años, Natasha escribe sus primeros poemas para el pianista.



**«CONTRA LO EMPALAGOSO
Y LO SUBLIME, NOSOTROS LOS
ROMÁNTICOS DE LA SOBRIEDAD»**



Fueron bien recibidos, desde el primero hasta el último que sirvió de despedida, cuando Natasha decidió partir a Estados Unidos en su primer viaje largo. Fue un único beso, y fue inolvidable. El profesor no se repuso de inmediato: se alejaría caminando por el medio de la calle. Ella tampoco. Pero en verdad, nunca más se repondría de la poesía. «Escribir poesía puede ser un arrebato o un trabajo de joyería. Su construcción depende de lo que exija la intención del tono y el sonido. Con lectura y disciplina, nada queda escondido, y a la larga todo se deja encontrar.»

VIAJE AL LIBRO

Melómana fervorosa, siempre se interesó por los instrumentos musicales. «Mi mamá me dice que a por ellos iba rauda cuando entraba en una juguetería. Me gustaba que fueran diminutos: tenía tamborcitos, cuatricos, acordeoncitos, guarimbitas... De hecho, todavía tengo una guitarra que es muy pequeña...» Buscaba selectas rarezas, clásicos, pero también música autóctona o pop, como Whitney Houston. Pero al final, la musicalidad quedaría contenida en la palabra: el hallazgo, la vocación, el destino. Acaso influiría haber nacido un 23 de abril, coincidiendo con Cervantes y Shakespeare. Más que un guiño de los astros, una providencia. Con tales padrinos, es mucho lo que se puede especular.

Hija del publicista y locutor Demóstenes Tiniacos, quien después de enviudar se casa en segundas nupcias con la abogada Marietta Ferrer, Natasha tenía cinco hermanos del primer matrimonio del padre y una del segundo. En el hogar de su infancia ya había una suculenta biblioteca. Allí descubre lo que ofrecen las palabras, que asocia con sentimientos de hospitalidad y orientación. En silencio va buscando hasta encontrar los sonidos de la literatura. Con el ruido de fondo de su Maracaibo natal, pese al encierro necesario de aire acondicionado, que propicia «una vida de interiores que lleva a la introspección», siempre se colará por las ventanas la vocinglería del vecindario. La televisión siempre está encendida, los hermanos corretean alrededor, las conversaciones discurren en asombroso volumen. Natasha habla de la importancia de oír, de la atención que debe prestar el poeta en la calle. En un viaje reciente a un Festival de Lectura en Bogotá, podía oír cada palabra, cada verso, mientras el sonido de la calle la imantaba desde afuera. «No me desconcentraba, pese a la vulnerabilidad acústica del espacio.»

En un principio, para evitar las resonancias que la desconcentraban, se encerraba en un clóset. Ya estudiando afuera, buscaría sumergirse en un *vestier*. Leía filosofía, ficción, poesía. Recuerda haberse zambullido en *La mujer leopardo*, de Alberto Moravia, novela de amor, posesión y celos; también en los textos untuosos de Gabriel García Márquez; o en las obras de las entrañables Emily Dickinson y Virginia Woolf. Anne Carson sería un hallazgo más reciente, que la conmueve visiblemente. Piensa que el libro como objeto es una joya del diseño, con aquellas hojas tan finas como gasas, como encajes, como alas recién nacidas del capullo.

MUDANZAS BREVES Y SUSTANTIVAS

Poeta en ciernes, recibió un encargo escolar para redactar una pieza teatral que estaría basada en textos de Federico García Lorca. Seguidora del autor, a la adolescente no la arredró el compromiso. Sin titubear, se dispuso a hilar tres circunstancias de la vida del granadino en tiempos distintos. Se esmeró en los diálogos, en la trama, en la producción. El proyecto, sin embargo, abortó. «No fue tiempo perdido. Muy al contrario, fue una experiencia fantástica.» Aunque tenía pocas amigas, las volvería intérpretes de su *performance*. «He sido siempre un tanto solitaria, así como también tímida. Y aún lo soy. Soy eso que significa tener demasiada conciencia de ti misma: cuando cruzas las piernas, cuando te ves la boca, cuando escuchas...»

Estudió Letras en la Universidad del Zulia y obtuvo su licenciatura en 2005. Antes de regresar de su primer viaje a Estados Unidos, donde va a perfeccionar su inglés, lee con mucha avidez literatura norteamericana. Su diligente madre ha iniciado en su nombre los trámites de inscripción para estudiar Letras. Alumna aventajada, recuerda con profundo afecto a maestros claves del colegio, también de la universidad. Siguió leyendo y estudiando. Y a la postre, en 2008, se hizo con el título de magíster en Literatura Hispanoamericana y Comparada por la Universidad de Carolina del Sur. Para entonces estaba casada. Luego, en 2014, fue invitada como escritora residente al International Writing Program de la Universidad de Iowa. Allí inició un nunca acabado diario virtual, pero también trabajó el *collage* y escribió mucha correspondencia. «Tenía una semana en Iowa y ya estaba escribiendo el diario. Hice una lectura en la prestigiosa Shambaugh House que me dejó seca, literalmente. Estaba muy nerviosa. Pienso que esa ha sido una de las lecturas más importantes de mi vida. He repasado tanto ese momento que temo gastarlo en mi memoria.»

Mudanzas breves y sustantivas, todo cuanto dice o escribe contiene el país. Frases que se suceden de un poema a otro: «Abro el pequeño libro de Emily Dickinson que compré ayer. Es la primera vez que la leo como la pienso leer. También abrí *Cantos* de Ezra Pound para que llene mi cuarto». «Para poner en orden mis intenciones, debo tener la ilusión de las grandes



«ULISES SE PROPONE CONTINUAR
SU VIAJE, NO RENDIRSE; YA ESO ES
DEMOSTRACIÓN DE RESISTENCIA»



«ETCÉTERA ES UNA
RECONCILIACIÓN CON
EL ASOMBRO»

cuenta su camino. Soy del occidente del país, y eso está muy presente en mi existencia, en lo que hago. Vengo de una tierra caliente en la que todo es, en un considerado porcentaje, más cuesta arriba. Maracaibo experimenta apagones diarios de cuatro horas: desde las cuatro de la mañana hasta las ocho. Además de tener al sol clavado en la nuca, estés adentro o afuera, vivir ahí es como intentar andar con un ancla atada al pie. El calor es un peso, pero el músculo que lo carga es mucho más poderoso, más voraz, más furioso. Soy feliz por haber nacido en otro sitio que no sea la capital, porque vengo de dificultades mayores.»

«También soy feliz por haber nacido mujer, que es el género del futuro. No sé cuántas mujeres de provincia existen, pero quiero pensar que yo soy una. Camino secándome el sol auestas, aprendiendo a convivir en una sociedad conservadora y heteronormativa, pero sin hacer de esto una bandera, sino una singularidad de mi existencia. Soy defensora de las mujeres. Quizás por eso escogí un poema llamado “Apure” como cierre mágico del diálogo que entablé con Elías Pino Iturrieta en un Seminario de la Fundación Cisneros. Fue un encuentro entrañable. Delante de la comunidad de arte de nuestro país, teníamos a un gran historiador hablándonos de los viajeros que escribieron sobre Venezuela. Todo esto invitaba

expediciones y lo que quiero lograr en solitario.» «Probé una granola barata y me gustó mucho. No sentí el ímpetu de acaparar leche. Agarré un cambur todavía verde y unos cuantos sobres de azúcar. No me gusta entrar a un supermercado con desespero por encontrar azúcar o aceite de maíz. Eso no tiene sentido.» Su verbo huele a lo que duele. Exuda los efectos, los afectos.

«Está Maracaibo y está el país. Soy venezolana. He escrito mi blog por muchos años y con la ligereza de una publicación que no trascendería. Fue un ejercicio cardiovascular, desarrollado durante mi primera diáspora voluntaria. Me ha permitido el roce con la cotidianidad, la conversación con anónimos que resultaban ser escritores a quienes admiraba mucho. Hoy en día, mi escritura se reserva para los poemas y ensayos, que piden otra ceremonia de creación. Incluso estando afuera, el ruido de esta *hermosa locura* no nos abandona. Es como tener una conversación con el propio zumbido de nuestros oídos (parafraseando a Mairéna). El país está en uno. Es portátil, como bien sabemos. Desde la escritura, reinterpreto una visión que considero válida con respecto al mundo que me rodea: el inmediato, el familiar o el ajeno. Es una pretensión de música e imágenes, por donde la locura de nuestro contexto en-

a una revisión, incluso desde la ficción, que permee en la memoria. Rever nuestra imagen pero con ojos foráneos. Quise cerrar mi participación con ese poema, pero no solo por la conversación sobre el territorio, sino por ese ardor tácito de los tiempos presentes, en que vemos emigrar a nuestros afectos, e incluso a nosotros mismos, tomamos otros caminos: “¿Quién eres?/ Soy un jinete./ ¿Qué quieres?/ Seguir mi camino./ ¿Qué buscas en estas trochas?/ La patria./ ¿Tanto la añoras?/ Como a mis muertos. Todos los muertos son de ella./ ¿A qué le temes?/ A mi corazón; rebosa de sentimiento. Estallaría. Temo perderme en un desierto./ ¿Sucedería?/ No. Conozco el camino”.

POESÍA PARA DANZAR

Fue seleccionada en 2016 para leer en la Gala de Poesía de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. El cartel incluía a Piedad Bonnett y Freddy Chikangana (Colombia), Abilio Estévez (Cuba), Julián Herbert (México), Luis Muñoz (España), Cees Noteboom (Holanda) y Natasha Tiniacos (Venezuela). También leyó en el Festival de la Lectura de Caracas, participando en el ciclo «Cuéntame un cuento, Caracas» junto a Willy McKey, Ricardo Ramírez y Diego Arroyo Gil. «Me inspira esa energía que prevalece, tangible, en la plaza de Altamira, cuando estaba hablando sobre ese lugar perdido que es Caracas. Yo estaba en un hermoso espacio público pero hablaba de un contexto por recuperar. Me mueve y conmueve ese deseo nuestro de recuperar la paz. Estamos cargados de ira y frustración, de ruido y pasión, pero hay que encausar todo eso hacia lo positivo, hacia la creación. No puedo negar que el libro que estoy escribiendo está permeado de lo que nos rodea; también *Historia privada* estaba permeado de realidad. Y la realidad está, en el libro, permeada por nuestra hermosa locura. Hay un verso que dice: “Ninguna realidad es insignificante/ hemos/ presionado el pedal del instante/ sujetando el tiempo fugitivo”. Y hay otro más en el que se lee: “Los hijos del desarraigo/ nacimos/ con lágrimas en los pies/ y nuestro método de supervivencia es el futuro”.

También en el Festival de Lectura se presentó la segunda edición de *Historia privada de un etcétera*, con palabras del





**«¿CÓMO SE ACOSTUMBRA LA
MIRADA A LA OSCURIDAD? PUES
HABITANDO EN ELLA»**

crítico Luis Miguel Isava. «Un lujo de tarde, con la esplendidez de Luis Miguel, leyendo como un sabio.» Sus poemas han sido difundidos en publicaciones nacionales e internacionales, y también traducidos al inglés, al árabe y al mandarín. Con *Mujer a fuego lento*, su primer libro, recibió en 2004 el Primer Premio Universitario de Literatura, Mención Poesía. También, en el campo crítico y docente, le tocó pronunciar en 2016 la conferencia inaugural de la XIII Jornada de Jóvenes Críticos en la Universidad Católica Andrés Bello. Dice amar la cátedra, la charla, el contacto con sus estudiantes. Pero en última instancia sueña con la idea de que sus textos sean la música de uno o varios bailarines. Quiere que sus poemas sean incluidos en exhibiciones colectivas, sean transpirados bajo los cenitales, se conviertan en pasos y gestos, en tensores de emociones, en polea de brazos y piernas inquietos.

PAISAJE MÁS ACTUAL

«Nataasha Tiniacos registra galaxias mínimas en donde ninguna realidad es insignificante. Esas constelaciones caóticas formadas por residuos, restos o fragmentos del trajinar humano comienzan a adquirir sentido en cuanto el sujeto intenta darle unidad a lo diverso, es decir, en cuanto el sujeto, desde su posición excéntrica, intenta reconstruir una historia íntima, privada o entrañable de lo que falta: el etcétera de nuestra existencia», escribe sobre su trabajo el poeta Luis Enrique Belmonte. Ella asiente. Su palabra es imán para lo cotidiano, lleva adherida un clima, fragmentos de objetos brillantes, desechos del todo.

También contiene el paisaje más actual, los escritorios y sus enchufes, las redes que antes pescaban y ahora comunican. Agrega Belmonte: «La literatura tiene que entender que también vivimos a través de las redes sociales, conectados sin presencia. Si la literatura tiene el oído puesto a lo que está pasando, tiene más posibilidades para hacer conexión». Sus ojos y lengua los ha puesto en la mata de mango frondosa del patio de la abuela, la que cocinaba los mejores postres del mundo; en los domingos de almuerzo en familia; en los recuerdos penosos del tío enfermo con esquizofrenia; en la imagen imborrable de la primera nevada en Washington, que la hizo llorar. «La poesía tiene que tener el oído despierto, tiene que entender la fractura del siglo y poder ver desde la oscuridad. Parafraseando a Giorgio Agamben: ¿cómo se acostumbra la mirada a la oscuridad? Pues habitando en ella.»

PUÑO Y LETRA

Coleccionista de plumafuentes y bolígrafos antiguos –los limpia con esmero, los hace relucir, los ordena en fila, los coloca en una caja de madera–, acaso tenga obsesiones pero no manías. «Alguna que otra, como el daño colateral que trae la soledad.» Pero distraída, nunca. Se precia de poder mirar con profundidad: reconociendo, esculcando. Lo hace patente en un texto que escribe en 2014, cuando tenía 29 años, en su diario de Iowa: «Me preparo para mi residencia. Serán tres meses en los que estaré escribiendo para mi nuevo proyecto. Tres meses de lectura y dedicación exclusiva a las palabras. Me costará escoger los libros que habrán de acompañarme. Anoche tuve sueños extraños, con gente del pasado que de alguna manera desmitifico al soñarlas. Les quito el polvo de misterio. Es un revelado. Al soñarlas, traigo a esas personas a la cotidianidad, que es el horizonte plano donde casi todo es alcanzable. Lo único que temo es que el tiempo no me baste para decir las cosas que tengo que decir, pero sobre todo leer y descubrir lo que me falta (que es todo, que siempre será el resto, una deuda impagable con la literatura)».

«Los límites son más difusos cada vez; no solo hablo de fronteras geográficas sino de aquellas que están entre las disciplinas de creación. Es imperativo tener el oído atento a las pulsiones creativas si surgen entre la poesía y el *performance*, por ejemplo. Es una multitud entre la que nos hacemos paso. Por algún lado se tiene que ver la esquizofrenia de las influencias culturales y sociales, y ese lugar es un rizoma.» ●



FAITHA NAHMENS

CARACAS, 1958 | Comunicadora social por la UCAB. Ha hecho periodismo gastronómico, cultural y político. Ha trabajado en *Tal Cual*, *Clímax*, *El Nacional* y *Exceso*; también en los portales *Ideas de Babel* y *Prodavinci*. Ha publicado los libros *Carne y hueso* y *Colombia, 20 testimonios*. Conductora y productora del programa *Caracas vuelta y vuelta* en Radio Capital.



RICARDO GÓMEZ PÉREZ

CARACAS, 1952 | Estudios fotográficos en Taller 4-Rojo (Bogotá), *Sir John Cass School of Art* (Londres) y *The Protographers Place* (Derbyshire). Numerosas exposiciones individuales y colectivas. Funda con Ricardo Jiménez, en 1982, la dupla Ricar2. Trabajan haciendo retratos para la revista *Gerente*, así como para múltiples publicaciones nacionales e internacionales.



*

Cada uno de nosotros es uno más
que lucha contra el último avatar: la ausencia;
esa pasión blanca,
esa piscina natural dentro del mar
(
.)

Primero que todo tenemos que pelear
para que el dolor duela.
Que vengan a mí las abejas turulatas,
,
,
,Invoco el dolor.
Es nuestra torpeza
de intentar
seriamente
sobrevivir varias vidas.
Busco en Internet videos de «elefantes bañándose en el mar»,
«reapariciones de ballenas blancas»,
«balsas de inmigrantes llegando dispares a extrañas

orillas»,
lo-que-sea-que-un-dron-haya-captado-
como-nunca-antes-nadie-
eso-
que-siempre-estuvo-ahí.

Me entreno para seguir en la prisión de las imágenes
siendo la guerra contra mis propios vacíos.

Doble ver, doble ver, doble ver punto cómo.

En algo hay que insistir para que el dolor sea lámpara,
si es como vaya viniendo vamos viendo
o cómo se doma la bestia si no está en su jaula.

Meditada exploración

LUIS MIGUEL ISAVA

La poesía de Natasha Tiniacos ha ido adquiriendo en sus dos primeros libros un perfil singular en tanto *investigación* verbal. Luego de un trabajo de exploración emprendido desde su situación genérica (*Mujer a fuego lento* es el título de su primer poemario), sus textos posteriores ensayan derivas que permiten entrever un proyecto que complejiza y amplía aquella *situación*. En su libro más reciente, por ejemplo, resulta evidente constatar que sus poemas van enhebrando un diálogo –a veces silente, a veces explícito– con la tradición literaria occidental, y más específicamente con la poesía. La de Tiniacos es la poesía de una lectora atenta a incorporar a su escritura no solo el contenido de lo leído, sino su modulación, incluso su técnica. Con honesto desenfado incluso «crea» poemas a partir de versos o procedimientos de autores que admira. Lo leído se transforma así en una escritura que evidencia un juego de referencias múltiples, de múltiples reflexiones (en ambos sentidos del término). Por otra parte, con el mismo afán *incorporativo*, Tiniacos se apropia de manera a la vez natural e intencional, de la fuerza –a



menudo menospreciada– de los lenguajes y las mediaciones que las tecnologías más recientes han puesto a circular en el ámbito de los intercambios sociales e interpersonales. Y de nuevo, esta apropiación, lejos de banalizarla, complejiza la estructura de lo escrito, pues explora las nuevas formas de experiencia que estas mediaciones hacen posible desde el espacio de lo colectivo hasta el de lo personal, lo íntimo e incluso lo sexual. En esta poesía, estas mediaciones no se reducen simplemente a «formas de comunicación» sino que se convierten –lo que ha sido siempre el caso con las mediaciones– en verdaderas conformadoras de nuevas experiencias, en nuevas in(ter)venciones de lo humano. Pero que no se piense que estos procedimientos son elecciones meramente técnicas: esta poesía propone una meditada exploración, densa, a veces inclemente, a veces sumamente delicada de estados de existencia; estados de existencia que –y esta sería la postulación central de esta obra que comienza– no se dejan limitar a heredadas formulaciones sino que se transforman, incesantemente, en y por la escritura.

[Poeta, crítico y traductor. Doctor en Literatura comparada. Profesor de Postgrado de Literatura Latinoamericana en la USB]





Rodrigo Blanco Calderón

«Escribo para callar las voces»

Nacido en Caracas, en 1981, es narrador, licenciado en Letras, profesor universitario, autor de tres libros de relatos y una novela. Lector por vía materna y poeta adolescente por vía de los amores ingratos. Narrador en cuya obra convergen la violencia de una ciudad intratable y la propia literatura como posibilidad desencadenante de locura y obsesiones.

TEXTO CRISTINA RAFFALLI | FOTOS ANDREÍNA MUJICA



«EL COLEGIO FUE PARA MÍ COMO UNA SEGUNDA FAMILIA. TENGO UNA ESPECIE DE SEGURIDAD AFECTIVA MUY FUERTE, Y ESO VIENE TANTO DE MI FAMILIA COMO DE MI COLEGIO»

La edición de su primera novela, *The night* (2016), coincide con su estancia en París, donde lleva viviendo los primeros seis meses de un doctorado que debe completar en la Universidad Sorbonne Paris XIII sobre la obra de Juan Carlos Méndez Guédez. La novela circulará en cuatro países: España, Francia, Holanda y República Checa, publicada por editoriales de reconocida selectividad. Rodrigo está en un café de la rue Daguerre, casualmente una de las calles que configuran la geografía de *The night*. Pausado, delgado, muy alto, si la cadencia de su caminar pudiera ser representada, sin duda sería con una línea recta. En medio de esa serenidad, de esa placidez casual, casi flemática, tuvo lugar esa detonación que es *The night*, un texto que semeja un terremoto tras el cual nada queda donde siempre estuvo y nada vuelve a ser lo que antes era.

LA CASA

«Crecí en una casa de muchas mujeres, con mi mamá y Gabriela, mi hermana mayor. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía como dos años. Mi papá siempre estuvo presente, pero no tengo recuerdos de él en la casa. Mi mamá, mi hermana y yo vivíamos en La Pastora, y a cinco minutos de allí, en los bloques de San José del Ávila, vivían mi abuela Yolanda y mi tía Tibusay. La base de mi casa siempre fue femenina. Mi mamá es médico y, cuando estaba de guardia, quienes nos cuidaban a mi hermana y a mí eran mi abuela y mi tía. Así que yo puedo decir que tuve tres madres. Y cada una me alcahuteaba cosas distintas.»

En la trama de ese hogar fue acaso donde se fundó la valoración masculina de la mujer, tan nítida en su obra. «A las mujeres hay que tratarlas bien, aunque te traten mal. Hay que seguirlas hasta el fin del mundo, quererlas y respetarlas, aunque luego no te dejen entrar. Hay que invitarlas a un trago y salir corriendo cuando se acerque el marido. Hay que volverlas locas con nuestra indiferencia, solo para justificar versos que son el más encendido homenaje desde la distancia», propone una de las voces de la polifonía que da estructura a *The night*.

Pero vivir en La Pastora no solo implicaba la circunstancia afortunada de estar cerca de la familia. Desde la infancia de Rodrigo, ya se dejaba sentir el deterioro de esa zona de la ciudad, acosada por la violencia como tantas otras. «Para mí La Pastora fue siempre un ambiente muy hostil: era muy inseguro y, a medida que pasaba el tiempo, se volvía más peligroso. Yo tenía muchas frustraciones, porque durante el bachillerato a veces no podía ir a fiestas en casas de algunos amigos y regresar de noche: era un riesgo. Recuerdo que yo tenía mucho resentimiento de estar viviendo allí: eran muchas las limitaciones. Pero en 1997 nos mudamos a Santa Inés: éramos mi abuela, mi tía, mi primo, que ya había nacido, mi mamá, mi hermana y yo. Una familia que había crecido junta finalmente estaba bajo un mismo techo. La mudanza coincidió con mi entrada a quinto año de bachillerato, que es el año de las fiestas. En Santa Inés viví hasta el año 2010.» Esboza su relato con gratitud íntima, quieta. Un goce inmóvil resulta visible por encima de su introversión. Las imágenes que ha dejado en el aire las recoge con una frase breve y contundente: «Yo vengo de ahí».



«YO PUEDO DECIR QUE TUVE TRES MADRES. Y CADA UNA ME ALCAHUETEABA
COSAS DISTINTAS»

Su madre, Minerva Calderón, es psiquiatra; su padre, Mario Blanco, cardiólogo. El ejercicio profesional de ambos tuvo una gran incidencia en la vida y obra de Rodrigo. Se podría inferir que el psiquiatra Miguel Ardiles, personaje de sus cuentos y también de su novela, debe mucho a los conocimientos de la madre de Rodrigo, quien por más de veinte años trabajó como psiquiatra forense. Por otra parte, el desempeño académico de su padre, profesor de la escuela Vargas de la Universidad Central de Venezuela, llevó a Rodrigo a otro de los ámbitos de

su formación: el colegio para los hijos de los profesores de la UCV, donde estudió desde el jardín de infancia hasta quinto año de bachillerato. «Mis primeros amigos fueron los del colegio. De ahí vienen amistades muy fuertes, que aún están presentes. Como tuve la suerte de estudiar allí toda mi vida, yo nunca fui nuevo. Nunca tuve esa inseguridad. El colegio fue para mí como una segunda familia. Tengo una especie de seguridad afectiva muy fuerte, y eso viene tanto de mi familia como de mi colegio.»

LITERATURA POR VÍA MATERNA

En su casa siempre hubo un aprecio muy grande por la literatura y los libros. Su mamá y su tía eran lectoras consistentes. Recuerda que en la adolescencia, quizás con la excusa de alguna tarea escolar, Minerva le leyó poemas de César Vallejo. En una casa donde se practica el diálogo y se vive el afecto, las pasiones se respetan, se observan y, en el

mejor de los casos, se contagian: «Yo veía el entusiasmo de mi mamá con la obra de Alfredo Bryce Echenique. Recuerdo que un día, en 1994, regresó contentísima porque lo había visto en el CELARG. Mi mamá se gastó su primera quincena como médico profesional comprando *El cuarteto de Alejandría*, de Durrell».

En cierto momento de la adolescencia de Rodrigo, Minerva entró a estudiar Letras en la UCV. Y aunque solo pudo cursar un semestre, porque su trabajo la absorbía por completo, Rodrigo tuvo la oportunidad de leer el pénsum de la carrera. Con gran asombro descubría que había una profesión donde solo se leía literatura.



LA TAREA

Cursando el segundo o tercer año de bachillerato, en una clase de Castellano y Literatura, la profesora Lusimna Marcó leyó a sus alumnos el *Credo* de Aquiles Nazoa. Luego de compartir la lectura, la docente pidió a sus estudiantes que escribieran, en casa, su propio Credo, emulando el poema de Nazoa. En la historia personal de Rodrigo, este pareció ser punto de inflexión. «He debido ser uno de los pocos que hizo la tarea. Y no solo la hice, sino que expresé todo con metáforas. Me acuerdo que decía: “Creo en la amistad, el lago cristalino en el que me baño todos los días”. Todo muy ingenuo, claro. Pero cuando me tocó leerlo en el salón, todo el mundo estaba como encantado, incluso conmovido. Luego lo llevé a casa y también lo leyeron. Les gustó mucho. Allí fue que descubrí que yo podía tener una habilidad para eso.»

De esa vocación, y de lo que con mucho recato Rodrigo llama «habilidad», su madre nunca tuvo la menor duda. Y cuando alguien le preguntaba a Minerva de qué iba a vivir si su hijo se dedicaba a la literatura (para muchos la escritura es sinónimo de precariedad), ella daba una respuesta desenfadada y, al mismo tiempo, llena de fe y pragmatismo: «Lo voy a mantener yo hasta que él se convierta en un gran escritor».

En lo que respecta a su padre, al principio no estaba muy convencido de que su hijo estudiara Letras: «No al punto de oponerse, porque él no actuaba así, pero sí de exponer sus dudas. Apenas empecé a estudiar, se dio cuenta de que yo estaba contentísimo, y por consiguiente también él lo estaba. Cuando me convertí en profesor universitario, él sintió mucha alegría. Afortunadamente, no provengo de una casa donde se haya satanizado la literatura o la escritura. Ocurría más bien todo lo contrario».

Pasado el revelador evento del Credo, Rodrigo escribió algunos poemas vinculados a la circunstancia, siempre frecuente en la adolescencia, del amor no correspondido. Un día Minerva leyó esos poemas y le comentó lo que pensaba. Lo animó entonces a participar en el Premio de Poesía para liceístas que organizaba la Casa Pérez Bonalde. «Era la octava edición del Premio. Mandé un poema y quedé entre los finalistas. A partir de allí, entré en una dimensión más grupal de la literatura. Conocí a otros jóvenes como yo, a quienes también les gustaba la poesía, e inmediatamente conformamos un grupo literario. Eran las primeras amistades que yo tenía fuera del colegio, y eso ya me hablaba de otro mundo. El día de la entrega del Premio conocí a Florencio Quintero, que estaba sentado a mi lado. Como había ganado el



**«AFORTUNADAMENTE, NO
PROVENGO DE UNA CASA DONDE
SE HAYA SATANIZADO LA
LITERATURA O LA ESCRITURA»**

«PARA MÍ EL FÚTBOL FUE
IMPORTANTÍSIMO, Y NO SOLO
CUANDO ERA NIÑO. FUE LA
PRIMERA FORMA DE DISCIPLINA
VOLUNTARIA QUE TUVE»

Premio el año anterior, le tocaba entregarlo al ganador de ese año, que fue la poeta Beatriz Opitz. En esa época conocí también a Christian Díaz Yepes, gran poeta venezolano, sacerdote, que escribe poesía mística. Conocerlos fue darme cuenta de que la literatura también tiene una dimensión fraternal.»

De aquel día de la premiación, Rodrigo solo guarda un recuerdo incómodo: el acto tenía lugar al mismo tiempo que se desarrollaba la ceremonia inaugural del Mundial de Francia, en 1998.

EL FÚTBOL

«Desde los tres como hasta los once años, jugaba en el equipo de fútbol de mi colegio. Teníamos entrenamientos dos veces por semana. Mi colegio cumplía turno en la mañana y en la tarde; así que dos veces a la semana los del equipo teníamos la suerte de que nos llevaran al campo de fútbol del Colegio de Médicos de Sebuacán. En el equipo se mezclaban niños de distintas edades, lo que daba lugar a una especie de grupo paralelo. Para mí eran una gran emoción los juegos de los sábados. Me paraba muy temprano, me desayunaba en mi casa o en casa de mi abuela, y luego venía mi papá y me preparaba psicológicamente para el juego. Recuerdo que cuando llegó el Gatorade a Venezuela, mi papá me decía que era un producto nuevo que te daba energías; yo sentía que me estaba tomando una espinaca de Popeye. Para mí el fútbol fue importantísimo, y no solo cuando era niño. Fue la primera forma de disciplina voluntaria que tuve.»

«Yo era delantero, y de los buenos, goleador del equipo. Esa es una nostalgia que tengo. El fútbol se acabó porque en bachillerato no había equipo. Intenté jugar en los equipos de otros colegios, pero nunca fue lo mismo. No me gustaba y lo fui dejando. Siempre hice mucho deporte: natación un par de años, y también básquet. Luego intenté jugar béisbol, pero era muy malo. Me gusta mucho ver deportes: soy fanático del Real Madrid. Mi mamá también ha visto mucho deporte: con ella me quedaba despierto en la madrugada para ver las finales de los Chicago Bulls cuando jugaba Michael Jordan. Los seis títulos de Jordan con los Chicago Bulls los vimos juntos porque nos encantaba.»

CONVERTIRSE EN ESCRITOR

«La primera influencia literaria que me marcó de manera ya muy consciente fue la obra de Alfredo Bryce Echenique. Leí varias de sus novelas entre los quince y los dieciséis años. Recuerdo cómo me divertía, cómo me reía hasta las lágrimas con *La vida exagerada de Martín Romaña*. Eso fue muy importante: descubrí que la literatura podía ser muy divertida, podía tener desparpajo. No tenía por qué ser una cuestión solemne.»

«Pero mi verdadero antes y después fue la lectura de Ricardo Piglia. En 2001 leí *Respiración artificial*, y gracias a esa lectura yo empecé a escribir algunos cuentos, que luego formaron parte de mi primer libro. Fue como ponerme en la pista de lo que yo quería escribir. Parte

de la importancia de Piglia fue que me llevó a leer a Borges de una manera distinta a la que aprendemos en la universidad. Borges también es una lectura fundamental, al igual que Juan Rulfo, la poesía de Cadenas, la obra de Ramos Sucre, la obra de Darío Lancini. Entre los 20 y los 24 años para mí fue fundamental la obra de Francisco Massiani, que es el narrador venezolano al que vuelvo con más frecuencia: me conectó con unas técnicas y unos temas que para mí están vigentes todavía.» Sería justo acotar que, en la edición francesa de *The night*, otra referencia se asoma como principal cuando describe al autor como «uno de los primeros de su generación que avanza con éxito sobre las pistas abiertas por Roberto Bolaño».

A los 24 años publicó su primer libro de cuentos, *Una larga fila de hombres*, que obtuvo el premio de autores inéditos que daba Monte Ávila Editores en aquellos años. En 2006 gana el concurso de cuentos de *El Nacional* con «Los golpes de la vida». En 2007 publica su segundo libro de relatos, *Los invencibles*. En 2010 obtiene el segundo lugar en la mención «Cuento» del Certamen Internacional de Literatura Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz, de México, que luego da pie a la publicación en 2010 de su tercer libro de cuentos: *Las rayas*.

Dice inscribirse en la borgiana tradición que ve en la literatura el tema de la literatura: «Me gustan los autores y los libros que hablan de otros autores y otros libros. Me gustan los personajes que se vuelven locos o que se pierden simplemente por el efecto de una lectura. Me gustan las historias de los escritores raros, de los escritores malditos, de los escritores perdidos. Y además, termino conectando eso con el contexto del que yo vengo, que es la Caracas tildada por algunos estudios como la ciudad más violenta del mundo. No sé si lo sea, pero seguramente sí es una de las más violentas. Todo lo que yo escribo está empapado de esa violencia».

Como cualquier caraqueño, Rodrigo ha experimentado la violencia en carne propia, pero también tuvo acceso a una cierta forma de pedagogía del crimen y del horror. En la diná-



«MI VERDADERO ANTES Y DESPUÉS FUE LA LECTURA DE RICARDO PIGLIA. EN 2001 LEÍ *RESPIRACIÓN ARTIFICIAL*, Y GRACIAS A ESA LECTURA YO EMPECÉ A ESCRIBIR ALGUNOS CUENTOS»

mica familiar de la que proviene, donde tanto espacio había para cada uno en la vida del otro, fue natural que llegara el día en que Minerva, psiquiatra de la medicatura forense de Caracas, compartiera con sus hijos parte de su cotidianidad profesional. «Yo he estado en

contacto con ciertas visiones de la realidad que probablemente mucha gente no conoce. Y esto porque el oficio de mi mamá era muy particular: ser el psiquiatra de los asesinos o de las víctimas. Mi mamá nos hablaba de sus casos como psiquiatra forense, pero muchas veces eran los que uno veía en el periódico, crímenes muy conocidos. A ella le tocaba ver a esos personajes, y eso era parte de nuestro día a día. En esos momentos, esas historias no se convirtieron en relatos míos, pero se me quedaron grabadas. Inclusive mi mamá, cuando ha leído mis cuentos o cuando leyó la novela, me ha dicho que ella misma no se acordaba de esos casos. Para ella ha sido una sorpresa encontrar esas historias, pero también lo ha sido para mí. No ha sido algo premeditado. Hoy en día tengo la certeza de que Miguel Ardiles, mi personaje, está en una posición muy provechosa para conectar con el tipo de historias que me interesan.»

La atracción de Rodrigo hacia los escritores perdidos o malditos se ex-

tiende hacia otros artistas: «En el campo de la música, me atraen este tipo de personajes, pero quizás no los muy publicitados, como Jim Morrison o Kurt Cobain, sino los menos conocidos, como Mark Sandman. En el campo de la plástica, me interesan las vidas atormentadas, como la del pintor Théodore Géricault. Y en Venezuela, me atrae muchísimo Miguel von Dangel. Es muy interesante ver en todos ellos la complementariedad entre vida y obra».



«SI PIENSO EN UNA IMAGEN
PARA VENEZUELA, SERÍA LA DE
UN CIRCO SIN PAN»

Cuando trata de definir su arte o poética, se renueva una sensación de paradoja. Con esa serenidad que ya se ha vuelto risueña, asegura: «Para mí escribir es básicamente callar las voces que tengo en la cabeza. De esa manera confío en que la historia se convierta en una experiencia de vida para alguien más».

Ya ha contado que, junto a la violencia, la literatura es el tema de su propia literatura. Y ella es, también, la motivación que los sostiene, tanto a ella como a él: «Mi motivación para escribir está en los libros que quiero escribir y en los libros que quiero leer. Desde que empecé a escribir, he tenido una especie de motor que siempre está ahí, empujándome. Inclusive en los momentos en que yo he estado atravesando alguna mala situación personal, o en los momentos en que me he sentido mal por el país, mi escritura ha sido siempre un norte y un motor. Ella me dice que, mientras esté ahí, todo lo demás es sostenible. Me he dado cuenta de que, a medida que voy escribiendo, lejos de agotar las historias, descubro todo lo que me falta por escribir. La escritura es un motor en sí mismo, que se alimenta a sí mismo, y al que uno responde por razones que son misteriosas. Yo simplemente no puedo dejar de escribir, porque me quedaría sin buena parte de lo que me motiva a vivir».

FRASES E IMÁGENES

«Si tuviera que elegir una frase que defina mi vida, pensaría en el fluir, en la fluidez.» Y la fluidez parece continuar en el presente que vive, recién casado con Luisa Fontiveros, comunicadora social y artista plástico, y viviendo en París como investigador y escritor. «Siento que estoy en un momento de estabilidad. La tragedia de la vida nacional me la he tragado completa, y yo necesitaba tener una pausa en todo eso para poder dedicarme mejor a leer y a escribir. Afortunadamente tengo esa posibilidad ahora. Aquí en París, Luisa y yo tenemos la posibilidad de vivir solos en un apartamento, lo que en Caracas no hubiéramos podido hacer. He podido asistir a los lanzamientos de mi novela en España y Francia. Y están saliendo muchas invitaciones para promover mi trabajo. Digamos que estoy en un momento de madurez y de energía que es proclive para todo esto. Pero por más que esté en otro país y en mis proyectos, yo no me despego de Venezuela. Ahí está la familia de mi esposa y mi familia. Nosotros no estamos padeciendo privaciones todos los días, pero ellos sí.»

«Si pienso en una imagen para Venezuela, sería la de un circo sin pan.» Los parisinos de la rue Daguerre han decidido desconocer la impertinencia del cielo gris en plena primavera. Toman las calles que el fin de semana tiñe de palabras, vino y sonido de acordeón. De nuevo gana el deseo de ciudad. La silueta de Rodrigo va encontrando vetas por donde deslizarse entre la gente, hasta que la rue Daguerre termina de tragar su andar sosegado y su silencio. ●



CRISTINA RAFFALLI

CARACAS, 1966 | Comunicadora social de la UCAB. Realizó una maestría en Estudios Hispánicos en la Universidad de La Sorbona-París III, donde actualmente cursa el doctorado y se desempeña como docente. Autora de *Al ritmo de Gerry Weil*. Colabora regularmente con *Prodavinci* y otras publicaciones nacionales y extranjeras.



ANDREÍNA MUJICA

CARACAS, 1970 | Fotógrafa autodidacta. Estudió Comunicación Social y Letras en la UCV. Máster en Comunicación en la UCAB. Siguió cursos de fotografía en el Taller de Roberto Mata y con Nelson Garrido. Autora de guiones para cine, crónicas y cuentos cortos. Fundadora y directora de la agencia *Merylstreppear.com*. Ha publicado en medios impresos y digitales de Estados Unidos y América Latina.

The night

[FRAGMENTO]

Como siempre que Darío pensaba con algo de rigor, sin darse cuenta había comenzado a escribirle mentalmente una carta a Arnaldo. Se la haría llegar junto con algunos regalitos para él, Rafael y Milena. Al llegar al apartamento se sentaría a escribirle. Pero estaba el coctel de esta noche. Lo había olvidado. Una aburrida reunión de diplomáticos. Le había dado su palabra a Antonieta de que la acompañaría, solo para cuidar de Hannah y arrastrarla por la cintura hacia alguna terraza si volvía a armar un escándalo.

—Les prometo que me voy a portar bien —les dijo Hannah, en el último despertar resacoso.

—Le echaste un trago encima al consejero —dijo Antonieta—. No sabes en el problema en que me has metido.

—¿Era el consejero? —preguntó Hannah.

—Sí —dijo Antonieta.

—Entonces no hay problema. Los poetas y los diplomáticos somos de la misma raza. Estamos locos.

Aquella noche, Hannah se portó bien. Solo trató de seducir a un lord, pero este iba acompañado de su esposa, una mujer alta y de mucha presencia, que con discreción mantuvo las cosas en su lugar.

Días después, en el Museo de Delfos, sentados frente a la estatua de Antínoo, Antonieta, Darío y la propia Hannah trataban de descifrar el comportamiento de Hannah. Cómo alguien que había traducido a Rilke, alguien que en momentos de turbia lucidez se creía un ángel, podía deslumbrarse con tanta facilidad ante un título, fuera político o nobiliario.

—Hagamos algo —dijo Hannah, dirigiéndose a Antonieta—. Te juro que me caso con el primer güevón que pase por aquí.

En ese momento pasó frente a ellos Antonio Galo.

Darío y Antonieta lo reconocieron y soltaron una carcajada. Antonio volteó, los reconoció también pero como en un segundo plano. Entre las risas se habían interpuesto los hermosos ojos de Hannah, que lo miraban, hipnotizados, hipnotizándolo.

Darío y Antonieta los presentaron y después los dejaron solos. En la tiendita del museo, Darío compró una postal. Luego se marcharon.

No sé si recuerdas a Antonio. Se la pasaba con Manuel en la época de TR. Es historiador y guaro, como él. De hecho, ahora comparten un apartamento en Londres. Ambos están haciendo un doctorado en la Universidad de Cambridge. Son siameses, como tú y yo.

¿Recuerdas nuestras conversaciones en Varsovia? Siempre hablábamos de ir a Alejandría. Deberías venir para hacer ese viaje. Avísame si tienes planes de hacerlo pronto, o si te doy la puñalada y hago el viaje con Antonieta, por mi cuenta. Te envió una postal. Es el hotel Cecil, de Alejandría, donde Durrell se alojaba. Cuando vi a Antonio y a Hannah juntarse de esa manera, pensé en el Cuarteto. Me da la impresión de que, por lo azarosa, esa unión va a ser para siempre. Antonio va a ser muy feliz y también va a sufrir mucho. Ya sabes, todo ángel es terrible. Y Hannah es un ángel.

Te abraza fuerte,
Darío.

Viejo oficante

NELSON RIVERA



Descubrí a Rodrigo Blanco Calderón en 2006, cuando leí «Los golpes de la vida», relato ganador del concurso de cuentos de *El Nacional*. Lo comenté entonces: la consistente sensación de completitud que produce leerle. No hay grietas, ni movimientos equívocos. Correspondencia plena entre intención y resultado. Apenas pude leí *Una larga fila de hombres* (2005). En cada uno de los relatos que lo componen, la misma soberanía sobre la prosa, la madura relación con sus instrumentos. Para la literatura venezolana del XXI, un acontecimiento: había aparecido, apenas veinteañero, un autor de flexible y controlado pulso narrativo.

Vinieron luego dos libros de profundización: *Los invencibles* (2007) y *Las rayas* (2011). Otra vez piezas largas, fluidas, versátiles, donde los hechos pequeños alimentan la noción del mundo en que vivimos. Sobre su arte narrativo señalaré tres aspectos. Uno: la suya es una literatura conscientemente inscrita en la literatura. Sus relatos se preguntan sobre la creación misma, refieren a otros autores, transitan sobre el reconocimiento de que lector y escritor son una misma entidad. Dos: sus relatos tienen la facultad de dar origen a

otros. La suya es habilidad de viejo oficante: en medio del camino, se permite algunas excursiones, de las que regresa para continuar hacia el destino previsto. Como si nos dijera: nada transcurre linealmente. Tres: hay en su modo de contar una fuerza implícita, un secreto: la voz del que busca, la irradiación del que no tiene las respuestas. Nunca despoja a sus personajes de la más primordial de las condiciones humanas: la fragilidad.

En cuanto a *The night* (2016), su primera novela, el viejo oficante logra su ejecución más destacada: anuda una serie de posibles relatos y los proyecta hasta convertirlos en una perturbadora novela. Subyace en la trama un debate significativo: que es lo que las palabras significan en nuestras vidas. Lejos de romper, la novela resulta un árbol más frondoso de la misma familia narrativa. En ella se despliega, con fuerza inusitada, un fondo que palpita: la permanente vuelta a las secuelas. La suya es una mirada sobre las consecuencias: la verificación, en el campo de la ficción, de lo que los hechos nos causan, de lo mucho que nos cuesta vivir.

[Ensayista y articulista. Director del «Papel Literario» de *El Nacional*]





Alejandro Sebastiani Verlezza

«La poesía lo desborda todo»

Escritor laborioso, este poeta nacido en Caracas, en 1982, cultiva la frase como en el taller del herrero. La somete al fuego, la enfría, la castiga y del rescoldo saca sus libros. Periodista, ensayista y artista plástico, no se detiene ante géneros o formas aisladas. De nacimiento le viene concebir las fronteras como pasadizos. Da la impresión de que nada podrá detenerlo.

TEXTO MILAGROS SOCORRO | FOTOS CARLOS GERMÁN ROJAS

De la metáfora al puñetazo. De la ensoñación al chillido del linóleo. La imaginación de Alejandro Sebastiani Verlezza es como un barco afecto a dos costas remotas. Y así va, in-fatigable, de un extremo a otro, como un péndulo. Un extremo lo salva de la superficialidad; otro lo pone a salvo de la solemnidad. En su emigración perenne, fortalece el músculo de la gentileza. No pareciera que Alejandro dejará de escribir nunca. Un día recalará en la novela, de la que dice no sentir el hechizo. Siempre tendrá ese aire sereno y caballeroso, que es la

marca de los poetas venezolanos de la segunda mitad del siglo XX. Seguramente publicará muchos libros y, después de andar caminos insospechados, volverá a sus raíces, al recuerdo de sus 33 años, que son los que tiene ahora: hombre guapo, con el cabello negro en bloque, completamente cómodo en sus camisas, que mira el mundo detrás de sus lentes para miopía y astigmatismo.

Es un andariego de mantel. Acostumbra caminar por las calles de Caracas, en estos tiempos plenos de malos presagios, pero al llegar a una casa, donde le han dado un refresco sin que le acerquen bandeja, pregunta candorosamente dónde va a apoyar el vaso. En ocasiones, sus anfitriones ven esto como una muestra palpitante de una vida hogareña sólida. Por sus crónicas sabemos que no se arredra cuando la historia está incrustada en recodo de maleantes. Va donde sea. No etiqueta a nadie de mala junta. Pero un vaso sin asiento puede dejarlo desconcertado. La cosas en su lugar, podría decir. En vez de eso, dice: «Todo lo que escribo debe considerarse como un jabón en su caja de agua, como una foto que está revelándose. Antes de entregar algo, reviso y cambio mucho».



«LA POESÍA DA FORMA.
LA POESÍA ES UNA
EDUCACIÓN DEL ALMA»

LOS MUCHOS NOMBRES

Alejandro es poeta, ensayista, cronista, cultor del diario íntimo, traductor y artista plástico. Lector insaciable, aborda todos los géneros. Es graduado en Comunicación Social, de la Universidad Santa María, y licenciado en Letras, de la Universidad Central de Venezuela. Su padre, Enzo Sebastiani Morale, fallecido a los 63 años cuando el hijo tenía 23, había nacido en un pueblito de Abruzzo. Enzo tenía menos de diez años cuando recaló en la calle Brasil de Catia, con sus padres y un hermano. Interrumpidos sus estudios en Italia, en Caracas sería mecánico de carros, latonero, dueño de talleres y administrador de estacionamientos. La madre, Imma Verlezza D'addio, había nacido en Caracas. Sus padres habían venido de Nápoles, donde el abuelo Vincenzo Verlezza Coppola (emparentado con el cineasta Francis Ford Coppola) era zapatero. Vincenzo fundó su propio taller y formó a muchos en el oficio. Gran aficionado a la ópera, el Coppola de Caracas escuchaba el *bel canto* en la Radio Nacional y en la Emisora Cultural de Caracas. También iba al Teresa Carreño, al Teatro Municipal y al Nacional, a escuchar

óperas y conciertos. Tenía por costumbre contarle al nieto lo que estaba escuchando. He ahí una primera gran escuela literaria y sentimental.

Alejandro fue el primer nieto de dos familias italianas destinadas a ser vecinas en Catia. Y cada uno le tenía un nombre: el abuelo materno lo llamaba Lisandro o Lissá; la abuela paterna lo llamada Alessandro; el padre, Aleandro. La abuela materna no lo rebautizó, pero sí le dio un ejemplo que le sirviera de identidad. Luigia Maria D'Addio Persis era costurera, oficio que había aprendido de niña. Fundó su propio taller y luego tuvo una tienda de ropa en Catia. «Se la saquearon dos o tres veces, a finales de los ochenta, y la volvió a echar adelante.» La tienda de ropa de Luigia era como un jabón en su caja de agua... Un texto siempre dispuesto a rehacerse.

Con los cuatro abuelos tuvo estrecha relación. Él les hablaba español y ellos le respondían en italiano o en dialecto. «Y muchas veces las tres lenguas se confundían en una misma frase. En fin, desde pequeñito estuve relacionado con la traducción.»

EL PAÍS EN EL PATIO DE RECREO

Zurdo y curioso hasta lo patológico, nunca fue un estudiante sobresaliente. Hizo la primaria en Colegio Luis de Camoes, en La Candelaria. «Era un alumno distraído. Estaba pendiente de la música, del *collage*. Empecé a hacer *collage* de niño, por mi tío Doménico, hermano de mi madre. Yo lo veía pintar y pegar cosas. Y empecé a investigar qué era eso. Además, me metía en muchas peleas. El mundo infantil no es lo que se piensa; puede llegar a ser es muy duro. Había momentos en los que tocaba caerse a golpes. Ahí todo el mundo llevaba palo. El colombiano lloraba porque le decían que su familia era narcotraficante. Al peruano le decían indio, que no hablaba español. Que si eras negro, que si eras blanco, que si tu familia tenía dinero o no... Yo me defendía como podía. Unas veces me llevaba mis golpes; otras, yo también daba. En muchas ocasiones, también lloré. Eso era el país: un montón de gente distinta que entra ahí y vive las tensiones. Cada quien trae sus prejuicios.»





«ME PREOCUPA TANTA
FRASE LAPIDARIA Y TAN POCO
ACENTO EN LA LABORIOSIDAD»

«Estas escenas duras de colegio y liceo me hacen pensar en cierta fotografía del país que iba revelándose de a poco. Era muy difícil de ver, porque mucho tenía de intragable. Había algo ahí, en nuestros hábitos cotidianos, en la educación sentimental del país, que ya estaba lanzando duras pistas de división sectaria, de odio. Solo faltaban los intérpretes, los taumaturgos, los que fueran capaces de tomar todos esos bajos sentires, porque los encarnaban, y los pusieran en un altavoz, a todo volumen, todos los días, para que esos malestares se regaran infinitamente bajo la amalgama burda, tosca, de la ideología. Las experiencias de lo indecible, de lo absurdo, del *nonsense*, son muy concretas: tienen rostro, protagonistas y sufrientes.»

De esos años le vienen, como imagen que condensa una época, «las carreteras largas y anchísimas que recorría cuando niño en los viajes de infancia. Esa sensación de estar ante lo incommensurable, lo desconocido, la boca del misterio, pero, al mismo tiempo, patinando, a ratos caminando, corriendo, cayendo, saltando, sobre un tránsito, sobre una ruta, sobre una deriva».

UN DÍA EMPEZÓ A CAMINAR

Rechazado de los buenos colegios donde intentó ingresar, terminaría haciendo la secundaria en el liceo Instituto Unitario del Centro. «Estudié con malandros, con tipos que vivían en barrios duros, que andaban en malos pasos. La gente que no aceptaban en ningún liceo, caía ahí. Había que embraguetarse. Hice amigos, novias. Los tres primeros años fueron muy difíciles. Tuve buenos profesores. Uno, especialmente, Franklin Naveda, nos daba Historia del Arte, Dibujo Técnico, Educación Artística. Nos hacía visitar los museos, las exposiciones. Y al mismo tiempo, era de los que ponían orden. Lo recuerdo con gratitud.»

En el liceo empezó a jugar fútbol, aunque estaba «muy gordito». No es que fuera muy descollante, pero tenía el ejemplo de su primo Armando Sebastiani, «que era un crack». Bajó de peso. Siguió haciendo ejercicio. Hoy en día camina, trota. «Mis procesos sobrevienen caminando. Se me ocurren cosas mientras camino: soluciones de los textos o textos nuevos. No necesito estar sentado en un escritorio para escribir. Desde luego, hay una parte del trabajo que se decide en el escritorio. Pero todo lo anterior a la expresión se puede decidir mientras caminas, das una clase o bebes... Lo mejor es vivir lo cotidiano.»

«Caminando descubro o encuentro las vías para ciertos problemas formales, o de la vida. Caminando me vienen muchos textos, como envueltos en un ritmo. Me gusta recorrer la ciudad, de un lado a otro; atravesar sus esquinas, sus lugares menos transitados, sus trastos; ver sus lados más abandonados, los contrastes. También me gusta detenerme en los lugares más sosegados, más plácidos, donde tengo que andar con menos prevenciones. La oscilación por esa variedad de paisajes me interesa mucho. Me gusta escuchar lo que hablan en la calle, en el Metro; meterle el oído a la polifonía de la calle. Todo eso alimenta mucho lo que puedo hacer y, al mismo tiempo, me hace el retrato de cómo va el país.»

EL DON DE NO LIMITARSE

En 2016 Alejandro terminó un libro de ensayos sobre Armando Rojas Guardia: escogidos, revisados y prologados por él. También concluyó una antología de la poesía de Santos López: también escogida y prologada por él. «Fueron trabajos en conjunto con estos poetas, muy significativos para mí.»

Tiene dos poemarios que se resisten a entrar en imprenta: *Partir y Canción de la encrucijada*. «Todavía los voy trabajando, revisando, ajustando.» En etapa seminal se encuentra *Osservazioni, frammenti, aforismi*, un libro que escribe en italiano y español, como una manera de vincularse con la lengua de familia. «El italiano es muy valioso para mí. Puedo pasar mucho tiempo sin escucharlo, pero, cuando lo oigo, siento que hay una parte de mí que se reaviva. Hay momentos de gran compenetración y otros en que lo suelto. No soy un escritor italiano, y no solo porque escribo en castellano, sino porque mi tradición es la venezolana, y la de lengua española. En todo caso, cada quien arma su tradición, y en la mía está el italiano de mi infancia y la cultura que he ido asimilando a mi experiencia.»

Posdatas fue su primera *plaque*, publicada en 2009. «Es un conjunto de poemas, reconcentrados, de cierta cerrazón metafórica. Es tal vez una colección de murmullos, de balbuceos, de tanteos sobre el asombro. A finales del 2015 retomé esos textos, los desbrocé, los desarmé, los reordené. Y de ahí salió otra cosa.»

Derivas es su diario de 2010. «Es mi cajón de sastre: textos de variada entonación y ritmo; rodeos, paseos, búsquedas, insistencias, preguntas, variaciones.» Escribe diarios desde 2006. Con esa coartada acumula poemas, cartas, reflexiones y hasta imágenes y fotos. «Mucha descarga, mucho *feeling*, mucho *mood*. Lo que voy viendo, sintiendo, pensando, descubriendo. Las cosas de mi vida: las dichas y no dichas. Ahí están todas las fronteras recorridas, traspasadas. Los diarios del 2006 al 2009 están reunidos en uno solo. Tengo siete en total.»

La particularidad de *Derivas* no es solo que es un libro publicado, sino que con él se graduó en Letras por la UCV. «Este libro se publicó por Armando Rojas Guardia, varios de cuyos talleres tomé, y por Adalber Salas. Armando ha sido mi profesor, mi maestro, una presencia muy importante. Más allá de *quita esta coma, de mira esta palabra repetida*, de él he aprendido que, aún en las peores circunstancias de vida, hay algo de lo que te puedes asir para seguir adelante.»

Alejandro es poeta, pero los diarios apuntan más a la narrativa. «Creo que la narración se introduce en la poesía. La prosa se metamorfosea en la poesía y en el ensayo, y al revés. El poema se vuelve lírico, conversacional. No quiero pensar en los géneros como compartimientos estancos, como algo rígido. Cada quien elabora las fronteras a su manera. A unos les interesan las fronteras, y a otros no. A mí me interesan mucho las fronteras, pero como lugares de tránsito. Y siempre a partir de la poesía, que permite esa permeabilidad, esa porosidad.»



«A MÍ ME INTERESAN MUCHO LAS FRONTERAS, PERO COMO LUGARES DE TRÁNSITO. Y SIEMPRE A PARTIR DE LA POESÍA, QUE PERMITE ESA PERMEABILIDAD, ESA POROSIDAD»



«Lo que no estoy escribiendo es cuento. Escribo diarios. No vibro con la estructura clásica del cuento. Porque la poesía es una presencia, no un género. Es algo que puede rodar por todas las entonaciones. La poesía puede pasearse incluso por los fueros de la historia. No hay ámbito de la vida y del pensar a la que sea ajena. La poesía atraviesa todas las zonas, todas las regiones. Como decía Ida Gramcko, en *Poética*, la poesía es «el don de no limitarse».

LOS MAESTROS, LOS AMIGOS

En 1999 entró en la escuela de Comunicación Social de la Universidad Santa María. «Tuve estupendos profesores: Ramón Hernández, Magaly Ramírez, Domingo García Pérez, María Teresa Villasmil, Roberto Pérez León.» Cuando quiso hacer una pasantía, descubrió que detrás de donde vivía había un periódico: el semanario *La Razón*. Tocó el timbre. Le tomaron los datos. Y un día lo llamaron. Su trabajo consistiría en hacer entrevistas, reportajes, encuestas. Como en todos los periódicos, por su redacción pasaban intelectuales, poetas, columnistas. Allí conoció a Jesús Sanoja Hernández, por ejemplo. «Estaba empezando a escribir mis primeros poemas. Leía a Juan Sánchez Peláez y a los poetas venezolanos.»

Un día, un profesor le encargó una entrevista de personalidad. Escogió a Adriano González León, quien lo citó en el restaurante El Maute Grill. «Esa conversación me hizo entender que yo estaba más cerca de la literatura que del periodismo. Yo había organizado un cuestionario, y Adriano muy pacientemente me fue respondiendo todo. Muy sensible, con mucho vuelo. Y nunca se mostró apurado.»

Se graduó en 2005 y, un año después, se inscribió en la Escuela de Letras de la UCV. «Fue una experiencia del otro mundo. Mis amigos, mis compañeros de estudios, mis maestros. Todo lo que me dieron, todo lo que yo di. Fue un momento de inflexión. Allí encontré gente que ha sido muy importante en mi vida.»

Los maestros, los amigos, las influencias literarias, los escritores de otros tiempos y lugares parecen confundirse en un solo grupo. «María Fernanda Palacios, quien fuera mi tutora de tesis, Rafael Castillo Zapata, Armando Rojas Guardia, Santos López, Octavio Armand, Alfredo

Chacón, Victoria de Stefano... Son mis maestros porque los conozco y los he leído; con sus vidas me han enseñado cosas importantes. Ha habido intercambio, interpelación y crecimiento. La experiencia de la amistad es muy importante para mí. Yo agregaría también a Cadenas, Palomares, Hanni Ossot, Gabriela Kizer, Ida Gramcko, Yolanda Pantin, Guillermo Sucre, Antonia Palacios, Clarice Lispector, Walt Whitman, Pavese, Eliot, Pasolini, Marguerite Yourcenar, Marguerite Duras, Virginia Woolf, José Lezama Lima, Eugenio Montejo...»

«Todos tienen en común una altísima sensibilidad, la cualidad de llegar a grandes caminos expresivos. Toda vida contiene la mayor amplitud de lo humano, lo bello y lo terrible, pero solo los grandes artistas logran encauzar su sensibilidad. La obra es la transmutación de lo que tienen dentro y es, a la vez, un estadio distinto. La conciencia de las formas es lo que hace definitorio todo. Esa es la lidia. Y por eso es tan difícil y estimulante. En el fondo, uno está solo en la confrontación con lo que va a decir y cómo lo va a decir. Se pueden tener interlocutores, pero hay un punto en el que siempre estamos solos.»

«Maestros como José Emilio Pacheco, Ezra Pound, María Zambrano, Baudelaire, Rimbaud, Denise Levertov, Anna Ajmátova, Marina Tsvietáieva, Brodsky, Connolly, Walcott, Ponge, Omar Kheyyam, Pitol, Camus, Picón Salas y Nabokov, entre otros, me han transmitido cosas invalorable. Me han tenido gran paciencia cuando ha tocado, pero sus vidas, su benevolencia cómplice, aunado al conocimiento de sus obras, me ha dado una enseñanza más profunda e intransferible. En toda el agua que ha corrido, hay un hilo que ha permanecido. Desde mis primeros poemas hasta los textos en prosa y *collages* de ahora, esa línea sigue ahí, vibrando, tal vez porque contiene la respuesta a lo que me mueve a mantenerme activo... Esa conciencia ambivalente, oscilante, de sentirse acompañado, pero a la vez, en un punto, solo, tiene que ver con la conciencia: cómo se expande, hacia dónde va. De la experiencia de la comunidad a la experiencia de la soledad, y de la experiencia de la soledad a la experiencia de la comunidad. Ese columpio...»



**«LA POESÍA ES LO QUE DESBARATA
LA EXPERIENCIA, LO QUE TE OBLIGA
A VERLA DE OTRA MANERA»**

«Las voces de los otros se abren paso en la propia experiencia, porque en el fondo estamos hablando de amistad. La amistad es la experiencia del intercambio y también de la interpelación. Es la apertura, la disposición a escuchar, incluso lo que no siempre nos gusta escuchar. En

ese sentido, la experiencia con mis contemporáneos es muy valiosa. Con Adalber Salas, por ejemplo, tengo una gran complicidad: las antologías que hemos publicado, las que tenemos preparadas, las que no sacamos por la falta de papel. Valoro mucho su poesía, como la de Néstor Mendoza, Franklin Hurtado, Graciela Yáñez Vicentini, Raquel Abend, Jairo Rojas, Samuel González-Seijas, Ricardo Ramírez Requena, Francisco Catalano, Alejandro Castro y tantos otros...»

Si se le apura en cuanto a una definición del oficio, echa mano de una frase de Hölderlin: «El camino no está marcado para nadie». Lo suyo, entonces, es buscar, indagar. «Explorar fronteras a partir de la poesía, que a mí me ha llevado a los diversos registros que logro. Si no fuera lector de poesía, no podría hablar de nada de lo que he hablado. La poesía da forma. La poesía es una educación del alma. O mejor, la poesía es la forma como intentamos sondear en el alma.»



**«SIN VIDA INTERIOR, NO
HAY NADA QUE DECIR, QUE
TANTEAR, QUE BUCEAR»**

POR LA ALEGRÍA DE VIVIR

«La alegría de vivir, de estar aquí, ahora, y aprovechar cada día. La alegría de disfrutar lo que tengo a la mano, lo que aparece, lo que llega. La gente que me quiere, los amigos. De eso me agarro en los momentos de tristeza, de desazón, que no son pocos... Soy dinámico, cambiante, poroso. Busco la fluidez, aun en las trabas del trabajo, de la vida, pero también voy hallando los espacios para detenerme, para no hacer nada, para tenerme paciencia, para atender todo lo que no sea “proyecto”, sino vida interior, que en el fondo es lo más importante, que en el fondo es lo que alimenta e irradia todo lo demás. Sin vida interior, no hay nada que decir, que tantear, que bucear. Los duros acertijos que cada día nos arroja no es poca cosa. Buscar que la vida interior vaya pareja con el fluir, con el movimiento, con la irrupción del entusiasmo y

sus sorpresas. Hay que buscarse la vida; ganársela. Y esto es un gran trabajo, una faena muy intensa, muy demandante, pero muy necesaria. Años de metamorfosis, adentro y afuera.»

«Diría que para mí este es un momento paradójico, lleno de dones y exigencias, de muchas ramificaciones, expansiones, movimientos. Es un momento rapsódico, veloz, de irrupciones. Siento que estoy andando por donde me toca, salga lo que salga. El campo está minado, pero hay que seguir. Me preocupa el rumbo del país: el predominio de la insensatez, del fanatismo; la falta de generosidad, la mezquindad, los bajos sentimientos, para decirlo en palabras de Yolanda Pantin. Me preocupa el culto al poder, la veneración por lo providencial, los caudillos, los “fuertes”, lo fácil. Me preocupa tanta grandilocuencia, tanta mentira. Eso se mete en lo que escribo, y mucho.»

«Hay al menos dos polos de tensión inmensos: la de quienes queremos un país más justo, más creador, más plural, más caleidoscópico, más pacífico, más armonioso, más real, más democrático, más expansivo y más abierto al mundo; y la de quienes quieren un país para defender sus podercitos, sus prebendas. No hay una corriente política, pienso, que se haya detenido en esto. Demasiada militancia, demasiada cerrazón, demasiadas guerritas. Me preocupa tanta frase lapidaria y tan poco acento en la laboriosidad. Echo de menos la meticulosidad, el método, los caminos por recorrer para ser un poco mejores, para tener algo de sentido cívico. Es importante ir conociendo la intimidad de nuestra historia: para no dejarnos engatusar, para dar con las posibles claves de comprensión de este momento y de los que vienen.»

IRRUPCIÓN, NO VOLUNTAD

«El oficio tiene muchas estaciones. El oficio es un tránsito largo, de mucha espera. Los poemas van saliendo, a su ritmo, y los voy llevando, poco a poco, bajo una lenta poda. El poema casi siempre es lo restante, lo que se salva de la criba. Es un *tempo* muy exigente, largo, demorado, que a veces aturde. Es como una larga prueba de paciencia. Porque eso es también la poesía: la vuelta y la metamorfosis de lo vivido, la transmutación, y no lo crudo, no lo que sale a la primera. En todo caso, algo se rasga en la conciencia y el poema se mete ahí, en esas fisuras, en lo que salta, en lo que va como incompleto y ya cortado de uno.»

«La poesía es lo que desbarata la experiencia, lo que te obliga a verla de otra manera, como una pintura cubista, como un ojo en fuga, por allá, lejos. Esa visión dislocada la da el poema. Pero eso exige su *tempo*: entrar en lo que el poeta quiso, o parece que quiso, o asumimos que quiso, decir. Después está la música, la relación con la música, que es lo más cercano a la poesía, que es lo que más la roza...»

«Todo tiene que ver con la poesía. La poesía lo desborda todo. Es una irrupción, no una voluntad. Es una vocación, no una decisión proyectada. Te supera, y solo sigues esa intuición que te supera. Está en ti y no está. Es escurridiza. Como también la vida, que es salto, discontinuidad, temblor y movimiento, perplejidad y asco, fascinación y asombro, embeleso y huida.» ●



MILAGROS SOCORRO

MARACAIBO, 1960 | Comunicadora social, cronista, narradora. Ha colaborado en *El Nacional*, *El Universal*, *Revista Exceso*. Jefe de Redacción de Revista *Bigott*. Ha publicado libros de cuentos, crónicas y literatura infantil. Premio Bienal Udón Pérez (1991), Premio Bienal Ramos Sucre (1997) y Premio Nacional de Periodismo (2000).



CARLOS GERMÁN ROJAS

CARACAS, 1953 | Fotógrafo. Ha trabajado en Cadena Capriles, Galería de Arte Nacional, Galería Sala Mendoza, Galería Sotavento, Galería Artística y Fundación Cisneros. Numerosas exposiciones individuales y colectivas. Premio de Fotografía del Conac y Premio Luis Felipe Toro. Autor de *Imágenes de La Ceibita*.



Mood

Verme fuera de esta lengua
y encontrar el rumor
que llame y rellene mi forcejeo
–eso que de este lado desconozco–

me alejo de casa si oigo *b a u m*
ese sonido que no termina de cuajar
me explica

–en paradoja–
mejor
mucho mejor
que mi lengua no mía

–hace falta algo más que gritar en sus entrañas–

pero hay otros
momentos

extraños
si digo
ejem

domanda
allí se suelta el desvelo
me gusta detenerme
ahí ahí

lanzar ese puente en voz baja
–casi duermevela–
domanda eres demanda
yo de ti *domando* algo
y ay
cuando aparece esta rendija
como si dos destinos
se cruzaran sin saberlo
en el roce de sus ropajes

Lujo verbal

ARMANDO ROJAS GUARDIA



En la poesía de Alejandro Sebastiani son nítidos dos registros: uno, suntuoso, exuberantemente metafórico, un poco hermético y críptico a fuerza de enfatizar los alcances del hallazgo analógico y simbólico; el otro, directo, despojado, casi conversacional porque la dicción y el fraseo se quieren cercanos al habla cotidiana, la-de-todos-los-días. El primero ostenta la impronta subterránea de Lezama Lima; el segundo, la de los poetas norteamericanos y la del Pasolini de aquel memorable poema autobiográfico, «Who is me?» Exponente del primer registro es la *plaquette* «Postdata». Casi toda su poesía posterior, de la que dan cuenta numerosos libros inéditos que conozco de cerca y textos que han sido publicados en

diversas antologías y suplementos literarios del país, ejemplifica el segundo registro; pero con esta característica esencial: a medida que transcurre el tiempo, las dos vertientes líricas, que antes eran rigurosamente paralelas y no se tocaban la una a la otra, ahora terminan imbricándose: el discurso poético, conversacional hasta el punto de no temerle al estallido, dentro del texto, de una palabra escatológicamente coloquial, recurre también, y con destreza, a la metáfora y la imagen simbólica en medio de un decantado lujo verbal. El entrelazamiento de ambas líneas expresivas le confiere a esta poesía toda su originalidad y su gran poderío estético.

[Poeta y ensayista. Instructor de Talleres Literarios]



Gabriel Payares

«Yo escribo para ordenar»

Nacido en Londres, en 1982, se crió en Venezuela, donde se inició como escritor. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela y magíster en Literatura Latinoamericana por la Universidad Simón Bolívar, actualmente cursa un máster en Escritura Creativa de la Universidad Nacional «Tres de Febrero» de Buenos Aires. Varios premios y reconocimientos destacan en su corta trayectoria.

TEXTO ADRIANA MORÁN SARMIENTO | FOTOS BETO GUTIÉRREZ

Parado frente a un monumento de Simón Bolívar, que está en la ciudad boliviana de Villazón, Gabriel recordó la imagen de los libros que vio desde chico. El héroe patrio se había desdibujado. Este Bolívar era más bien pequeño, con el caballo mirando hacia delante, con una rara expresión de conformidad. Esa sorpresa quedó en su memoria, que ya venía cuestionando, desde mucho antes, el patriotismo venezolano.

Gabriel es hijo del desarraigo y de la soledad. Esto no lo hace un ser asocial, sino más bien muy conversador. Tiene mucho que decir de sus lecturas, de sus escritos. Siente que le falta vivir, y ha comenzado por recorrer Latinoamérica, un continente que lo intriga, que lo interpela en su intimidad, que lo cuestiona a la vez como nativo y forastero.

Nace en Londres porque sus padres hacían estudios de doctorado en Biología. Tres años después, se radica en Caracas, una ciudad en la que ya se respiraban aires de tormenta.

Como no sabía pintar, tenía que escribir. De niño esbozaba relatos de películas. Su mamá intuyó su inquietud por contar historias y comenzó a regalarle libros. Supo que su único hijo tenía talento para la escritura. No obstante, tuvo que esperar hasta sus años universitarios para escribir relatos más serios. Una influencia fue decisiva en su formación, la del novelista Carlos Noguera, con quien estuvo en un taller en 2006.

Hablar de influencias es arriesgarse a olvidar nombres. Gabriel mucho agradece a sus profesores de la Escuela de Letras, en unos años todavía dorados de la universidad venezolana. Vuelve a repetir el nombre de Carlos Noguera porque la deuda parece mayor: «No fue su literatura lo que me influyó, porque en verdad lo leía poco, sino sus técnicas formativas. Aprendí mucho con él».

Un poco más adelante la literatura de Milan Kundera fue reveladora. Quiso escribir como el maestro checo, para disgusto de algunos, pero a Gabriel no le importaba. Pocas lecturas lo habían removido tanto como *La insostenible levedad del ser*.

A partir de sus treinta años, Gabriel publica sus primeros dos libros de relatos: *Cuando bajaron las aguas* (2008), que había ganado el Concurso de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores, y *Hotel* (2012). Un tercer libro, *Lo irreparable*, se mantiene inédito. Fue ganador del V y VII Premio para Jóvenes Autores de la Policlínica Metropolitana (2011 y 2013), del 66.º Concurso de Cuentos de *El Nacional* y del II Premio de Literatura Rafael María Baralt (2014). Obtuvo también la Primera Mención del Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar (2014).



«NO QUIERO CONTAR EL PAÍS QUE DESCRIBEN COMO “EL SECRETO MEJOR GUARDADO DEL CARIBE”. NO ES ESO LO QUE QUIERO MOSTRAR»

«La literatura es como un caballo que siempre llega tarde a la carrera. Tardo mucho escribiendo. Improviso, releo, reescribo. Soy indisciplinado; incluso flojo. La literatura, además, es un proceso insosteniblemente lento. Cuando terminas un libro, ya no eres ese que escribió. Ednodio Quintero señalaba que hay dos fuerzas en el escritor: el deseo y la nostalgia. Sin ellas, no se puede escribir. Por lo tanto, escribir es un acto de fe, en el sentido de creer que puedes encontrar dentro de ti las piezas que le dan un sentido específico al mundo. Yo escribo para ordenar, para lograr un entendimiento.»

RECUERDOS DEL MAR

Cango era un pescador macizo, con un bigote al estilo Pancho Villa. Aunque simpático, no era muy charlatán. Una mañana echó las redes al mar: quería traer a la orilla una masa impresionante de pescados, que a los turistas tanto gusta ver. Muy cerca había un grupo de chicos que jugaba con la sogla extendida. Cuando Cango fue a sacarlos del lugar, la sogla se rompió: un latigazo le llegó al muslo. Cango perdió una pierna. Le ofrecieron una prótesis, pero prefería andar por la playa apoyándose en una muleta que depender de una pierna falsa. Tiempo después volvió a los peñeros: quería hacer lo que podía, como tejer redes. No dejó la vida del mar, pero sí su pierna.

Este relato es uno de los tantos vividos por Gabriel durante su infancia margariteña. Aún lo resguarda en su memoria para desarrollarlo algún día. Anécdotas que hicieron de su niñez solitaria un lugar de tesoros. «Son historias interesantes, pero no para replicarlas como lo hubiera hecho García Márquez. A mí me interesa encontrar una fórmula de abordaje que sea más mía. Hay que hacerle justicia a historias que son de sufrimiento, esperanza y amor.»

En el cuento «Nagasaki (en el corazón)» se lee: «Entiendo ahora que hemos asociado nuestras mujeres y nuestras ciudades por una razón específica. Empeñados en que el mundo decaiga y muera con nosotros, hemos querido ver la vejez de las primeras en la decadencia de las últimas; por eso cada generación venidera tiene una mejor ciudad que recordar en su niñez, y una realidad un poco más triste que vivir: las naciones se fundan a la sombra de su propia nostalgia».

Gabriel es hijo único de profesionales de clase media. Se crio en una quinta ubicada en Los Dos Caminos de Caracas. Su primera infancia fue muy familiar, pero luego estuvo muy recluso. «Me crié con el Nin-





tendo.» Sus padres lo tuvieron a los cuarenta años, y apostaron por una formación que apuntaba más a la seguridad que a la experiencia. No tener con quien jugar le permitió crear un mundo interior muy rico, donde valoraba mucho su individualidad. Los problemas vendrían después, con la llegada de la adolescencia.

Gabriel recuerda con nostalgia las vacaciones familiares. Su padre era un trotamundos, y Gabriel heredó esa inquietud. Parte importante de su niñez eran los viajes a Margarita, adonde iba con mucha frecuencia. «Mi viejo formaba comunidad muy rápido con los pescadores. Sus hijos eran mis amigos. Tengo muchos recuerdos de esos tiempos.»

El imaginario de la costa es muy importante. «Cuando escribo, el mar tiene una presencia muy fuerte. Pienso en los hijos de los pescadores, en la señora Rosenda fumando tabaco al atardecer, en Congo y su pierna extraviada, en las mesas del restaurante en la arena, en los peñeros, en el día en que aprendí a nadar... Son viñetas que me cuesta compartir. Por un lado estaban mis viejos, con su crisis de pareja; por el otro, estaban los chicos que no tenían distancia para contemplar tanta belleza. Y en el medio estaba yo.»

«Hasta ahora he intentado escribir sobre ese paisaje biográfico, pero lidiar con el referente nacional no ha sido fácil en estas últimas décadas. No quiero contar el país que describen como “el secreto mejor guardado del Caribe”. No es eso lo que quiero mostrar. Detrás de esas viñetas bonitas, y eso es lo que me interesa, había mucho drama».

ENTRE DISTINTAS CARGAS

Gabriel no fue un buen alumno. Lo reconoce sin vergüenza. Estudió en el colegio reservado para los hijos de profesores de la UCV, donde trabajaban sus padres. La dinámica del colegio no le resultaba atractiva: no se llevaba bien con sus compañeros, no lo apasionaba ninguna clase, no le interesaba estudiar. «El colegio era más bien un lugar seguro. En una época de crisis, era importante mantener a los chicos lejos de la drogas y del hampa. Eso ha sido un reflejo común de las clases medias venezolanas.»

Luego pasó a la UCV, donde estudió primero Computación y luego Letras. El recinto universitario fue otro enclave importante. Allí comenzó a interesarse por la escritura. «Tuve la oportunidad de compartir los diferentes puntos de vista que existen en la Central. Toda universidad es una especie de termómetro del país. Me la imagino como una especie de pequeño diorama donde se refleja todo lo que ocurre afuera.»

Gabriel recuerda su «militancia artística» en el Centro de Estudiantes. Una manera de no ser militante político, que era lo que le hubiera gustado a su padre. «Mi papá me crio haciendo mucho hincapié en temas de conciencia de clases: un marxismo que terminó siendo culpa de clases. El marxismo es como un nuevo cristianismo: te enseña a ver el mundo de manera muy ajena, como si todas las cosas tuvieran un precio altísimo que los demás pueden pagar pero tú no, aunque tuvieras dinero para hacerlo. Todo eso se tradujo en mucho sufrimiento en mi vida y mucho análisis en terapia.»

Durante mucho tiempo, se sintió enemistado con las doctrinas paternas, que si bien lo indujeron a penosas situaciones, también le dieron la oportunidad de crear vínculos empáticos con personas muy humildes. Hoy ha podido desechar lo que no le gusta y tratar de ser un librepensador. Al distanciamiento debido al ideario político, se agregó el naufragio del matrimonio de sus padres. «Sospecho que mi papá construyó su emocionalidad basado en una militancia muy ardua, que le dio mucha dirección interpretativa de la vida, pero que le castró su acceso a la interioridad. Tuve un padre muy distante, severo, castigador, pero pendiente de darme todo lo que necesitaba.»

El marxismo como ideario fue una fuente de culpas que lo sentenciaba a buscar castigo, pero también fuente ideal para iluminar los sectores oscuros de las sociedades modernas. La gran escuela de la sospecha que permite interpelar y ordenar la sociedad. «El marxismo y el psicoanálisis son mis dos iglesias.»



**«ESCRIBIR ES UN ACTO DE FE,
EN EL SENTIDO DE CREER QUE
PUEDES ENCONTRAR DENTRO
DE TI LAS PIEZAS QUE LE DAN UN
SENTIDO ESPECÍFICO AL MUNDO»**

EL PAÍS DE HOY

«Ciertas posturas políticas no bastan para entender la realidad histórica. Quizás la lejanía me hace sentirme distanciado de la realidad políticas del país. En un momento dado, militar contra el gobierno imperante era una manera de reprochar la ausencia de mi padre. En todo caso, la militancia exige un nivel de educación formal que no creo tener. He sido autodidacta en muchas etapas de mi vida. Prefiero pensar las problemáticas sociales con nombre propio y no adherirme a militancias. A la larga, no ser militante es el único rol posible para un escritor.»

En el relato «Para Elisa» se lee: «Cada quien reacciona distinto al hormigueo en la espalda que da el peso del equipo antimotines, que es incómodo aunque lo hace a uno sentir indetenible. Con la voz del sargento confundiendo con el rugido del camión, se nos anunció el primer foco de disturbios que íbamos a sofocar: ay, extranjero, era el mismísimo barrio de Asdrúbal Rivera, el mismísimo barrio de Elisa».

Un crimen pasional, un policía, un extranjero, un militar y la violencia componen en ese relato trozos de la realidad nacional. Como en una película de los años ochenta, la historia se narra «en un contexto sociopolítico muy específico, de fuertes conflictos sociales y humanos». Gabriel tiene muy presente el imaginario del país en su devenir. Sus reflexiones derivan en textos.

Finalmente, se define como un militante de la literatura: «un mazo que rompe mitos y toma los pedazos que interesan para contar otras cosas». Y es ahí cuando piensa en

el país: «un país profundamente triste que vive un momento de resignación y amargura». La imagen de la barriada celebrando en un callejón sin salida es, para Gabriel, muy definitoria del país de hoy.

Si bien en Argentina consideran a los venezolanos muy alegres por provenir del Caribe, insiste en que se trata de una alegría triste: «Sirve para mantenernos arriba, en una especie de salvavidas, porque en el fondo somos un pueblo muy triste. Este es un momento de descontento que va a movilizar muchas energías, pero no necesariamente las idóneas. De hecho, ya se moviliza mucho rencor. Me resisto a pensar Venezuela como un país en ruinas, pero sí hay una nostalgia por lo que fue que habría que empezar a dosificar. Nos hacen faltan relatos, y por eso este es un momento importante para los que hacemos ficciones, a pesar de que, como me ha dicho Victoria de Stefano, nadie nos está esperando para leernos.»



**«ME RESISTO A PENSAR
VENEZUELA COMO UN PAÍS EN
RUINAS, PERO SÍ HAY UNA
NOSTALGIA POR LO QUE FUE QUE
HABRÍA QUE EMPEZAR A
DOSIFICAR»**

Gabriel se cuestiona la idea de que la narrativa deba rendir cuentas de lo que se está viviendo. «Nuestra función no es refrescar la realidad como si la gente no la viviera. Es todo lo contrario. Ya que los medios tienen tanta importancia en el panorama político, la labor de la literatura es otra. No hablo de dar la espalda y soñar mundos paralelos, pero sí de romper los falsos mitos. Para mí “lo nacional” es redibujar el laberinto, más que encontrar soluciones. No hemos sabido construir una mirada sobre el arte y la literatura como una vía de entrada a lo propio.»

EL ESCRITOR NÓMADA

Treinta años después, Gabriel volvió a Londres, su ciudad natal, pero la sintió ajena. A pesar de visitar los lugares que marcaron su nacimiento (el hospital donde su madre dio a luz, el apartamento de sus padres), Londres no calza con la niñez que él recuerda.

Actualmente vive en Buenos Aires, donde cursa el máster en Escritura Creativa de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Y si bien cataloga la experiencia de dolorosa, también admite que lo ha ayudado a contrastar realidades. «En la medida en que uno pueda ver más mundo, en esa misma medida comienzas a entender mejor las tuyas propias, las que corresponden a tus raíces. Nunca entendí tanto a Venezuela como en este año y medio que llevo fuera.»

Pero el viaje no termina en la capital argentina. Desde hace años ha estado acumulando experiencias de desarraigo: viajes que despierten ganas de descubrir otras culturas. «Creo que es indispensable en la formación del escritor: permite pensar lo propio y lo ajeno.»

Como viaje revelador por el continente americano, menciona el norte de Argentina y el este de Bolivia. Ahí, parado frente al monumento de Bolívar, entendió que hay que generar un intercambio cultural en Latinoamérica. «Debemos dejar de mirar a Europa: eso es lo que deberíamos hacer activamente.» Ahora quiere seguir recorriendo Latinoamérica y acumular experiencias y vivencias. «Por ahí están las enseñanzas de esta época.»



«ESA IMAGEN DE ESTAR EN EL
PEÑERO, MIRANDO A LA COSTA
Y SALUDANDO A MIS PADRES,
ES LA QUE TENGO EN ESTE
MOMENTO DE MI VIDA»



No cree en la llamada «literatura del exilio», término que criticó cuando comenzó a expandirse en los medios. Según le confesó Eduardo Sánchez Rugeles, escritor venezolano residiendo en Madrid, algunos exiliados se quejan de una etiqueta que no asumieron ellos. «No se trata de una generación de escritores que se bautizó como tal, sino de la manera en que fue bautizado el fenómeno por algunos medios y editoriales. Trataban de visibilizar a un grupo de narradores que se estaba yendo del país. La clase media tiene quince años invisibilizada por el régimen, y esta literatura está intentando revisibilizarla. Algunos están escribiendo sobre épocas anteriores, cuando eran más jóvenes, y otros hacen una narrativa de lo extranjero, que yo prefiero llamar de la emigración y no del exilio.»

Gabriel siente que el país no logra escapar de un molde político. «Aunque el chavismo esté llegando a su final, habrá una narrativa que auscultará en ese referente. Ahora comienza el desmontaje del mito.»

EL REGRESO DEL HIJO

En el relato «Los herederos» se lee: «Así, la noche en que papá murió no estuvo nadie a su lado. No sé si eso sea bueno o no, ni sé si él lo hubiese preferido así. Guillermo tampoco lo sabe. Al principio pensé que era mi culpa, que debí haber estado allí cuando él muriera, escondido como estaba detrás de su propia ceguera, y que debí sujetarle la mano y decirle que todo iría bien, que no tuviese miedo, o algo por el estilo».

Durante mucho tiempo, Gabriel estuvo enemistado con su padre, hasta que la literatura se lo regresó: «Cuando salió el primer libro de cuentos, en el que abordaba, entre otros temas, la relación con mi familia, creo que él supo leerlo de otra manera. El segundo libro fue el que más le mostró sobre mí. Ya que no éramos buenos hablando, podía leerme. A partir de ese entonces, la relación se allanó y empezamos a estrechar lazos. Hasta el sol de hoy, creo que ese es el premio más grande que la literatura me ha dado: me devolvió a mi viejo».

Gabriel aprendió a nadar en Margarita, junto a los hijos de los pescadores. Sus padres no lo sabían. Un día, luego de haber nadado hasta un peñero, vio en la orilla a su padre que lo buscaba. Le hizo señas. Su padre se sorprendió de verlo ahí. Le dijo a su madre: «Mira donde está tu hijo». Y ella le ripostó: «¿Pero cómo llegó allí?» «Nadando», le aclaró.

«Esa imagen de estar en el peñero, mirando a la costa y saludando a mis padres, es la que tengo en este momento de mi vida. Ellos están lejos y yo estoy en esta especie de peñero, buscando dónde atracar.» ●



ADRIANA MORÁN SARMIENTO

MARACAIBO, 1974 | Comunicadora social. Ha ejercido el periodismo en Venezuela y Argentina. En 1999 fundó la revista *Guiarte*. Exdecana de Cultura de la Universidad Cecilio Acosta. Coordinadora de Venezuela en la Red Cultural Mercosur. Ha publicado *Yo soy el mensaje* (2009), *Buenos Aires, La otra ciudad* (2009) y *Crónicas repetidas* (2014). Dirige la editorial La Vaca Mariposa.



BETO GUTIÉRREZ

CARACAS, 1978 | Fotógrafo, artista visual y docente radicado en Buenos Aires. Exposiciones colectivas en Centro de Arte Los Galpones, Fundación Telefónica, Sala TAC, Museo de Arte Contemporáneo, Hacienda La Trinidad Parque Cultural, Periférico Arte Contemporáneo. Sus fotografías han sido publicadas en *Body Politics* (2009) y *Arte Emergente en Venezuela* (2014).



La resistencia

Love is our resistance

Muse

No puede decirse que la demolición nos tomó por sorpresa. Hacía semanas que ignorábamos los avisos que metían bajo la puerta, así como lo hicimos durante años con todo lo demás. El teléfono llevaba meses desconectado. Poco a poco nos convertimos en una especie de resistencia, como esos animales que cierran sus madrigueras y deciden no ver más el mundo. Es más fácil de hacer de lo que parece, poco más que una escalada de renunciaciones: al azúcar en el café, a la mantequilla acostumbrada, a bañarse a diario, a la electricidad. A todo menos la cama, en donde dormíamos y hacíamos constantemente el amor. Tampoco sé si nos convencimos de que esto jamás pasaría, o simplemente deseábamos que ocurriera, que el descalabro final nos liberara de los labios del otro. Por eso cuando la pala mecánica rasgó un boquete en la pared de la cocina, nuestras miradas se cruzaron en medio de una mal disimulada sonrisa.

Voz propia

ANA TERESA TORRES

Conocí a Gabriel Payares en 2008. Con el conjunto de relatos *Cuando bajaron las aguas* había resultado ganador del Premio de Narrativa para Autores Inéditos convocado por Monte Ávila Editores. También fue uno de los jóvenes escritores seleccionados para participar en la III Semana de Nueva Narrativa Urbana, donde presentó «Génesis, la noche antes del diluvio». Si bien las referencias de generación y de contexto son identificables e inevitables en cualquier autor, ocurre también que dentro de ellas puede perfilarse un espíritu más individual, más propio en unos que en otros. Es el caso de Payares. Desde las primeras lecturas de sus cuentos, tengo la impresión de que en su escritura habita esa cualidad que también se llama voz. La voz no nace de una vez y para siempre, no se presenta con su amplitud y alcance desde el primer día; la voz se cultiva, se educa, se prueba, se trabaja, como ocurre con la voz sonora del canto. No todos los escritores tienen una voz propia, esa manera de frasear, de contar, de entrar en los argumentos, en los personajes, que



los distingue, que le da marca de propiedad al texto. La voz que anunciaban los relatos de su primera publicación, especialmente «Los herederos», vuelve y encuentra más certeza en los siguientes. Potencia su volumen. Me refiero a dos premios significativos de la narrativa venezolana que Payares recibió en 2011: «Nagasaki en el corazón», cuento ganador del premio de cuentos de *El Nacional*, y «Sudestada», con el que obtuvo el primer premio del Concurso para Autores Jóvenes de la Policlínica Metropolitana, ambos recogidos en el volumen *Hotel* (2012). En ellos se intensifica una sensibilidad para explorar la tragedia en un tono minimalista y objetivo, que circula con un tratamiento cuidadoso, casi pulcro de la composición. Una narración pausada que mantiene su control mientras esa tragedia sucedida o presentida aparece. Así se anuncia su tercer volumen, *Lo irreparable*, y la construcción de un escritor que ya ha hecho algo más que empezar.

[Narradora y ensayista. Recibió el Premio Anna Seghers de Berlín en 2011]





Hensli Rahn Solórzano

«La escritura es una válvula de escape»

Nacido en Caracas, en 1982, desde la aparición en 2008 de *Crónicamente Caracas* se ha perfilado como una de las voces jóvenes mejor dotadas para el cuento, el relato y la crónica. Sus textos, que han ganado premios y enriquecido antologías, responden a su agudo oído musical y a sus correrías por el mundo. Antes de partir de Venezuela rumbo a Berlín, publicó *Dinero fácil*, una especie de viaje por carretera alrededor del territorio nacional

TEXTO CARMEN VICTORIA MÉNDEZ | FOTOS MARCO MONTIEL-SOTO

De niño, Hensli Rahn Solórzano se desvivía por los deportes. La mayor parte de su tiempo libre transcurría entre clases de natación, combates de taekwondo, partidos de baloncesto y prácticas de béisbol. No se convirtió en un nuevo Andrés Galarraga, pero fue precisamente esta última disciplina la que le regaló su primera epifanía literaria: ese primer destello de cómo iba a ser su futuro o, al menos, de cómo no quería que fuese.



Ocurrió en el Parque Miranda, al este de su Caracas natal, cuando tenía aproximadamente diez años. «Fue atrapando un *fly*. Tenía que lanzarme hacia delante, sin miedo, para coger la bola. En ese momento me dije: “Esto no es lo mío”. Pensé que si me dedicaba al béisbol profesional iba a ser uno más del montón. Eso fue lo que sentí.»

Ese elevado que torpemente logró atrapar en la última fracción de segundo marcó no solo el fin de una vocación temprana, sino también el tránsito de la niñez a la adolescencia. Hensli, hijo único de dos médicos separados, comenzó entonces a buscar nuevas formas de expresión que cristalizaron en dos carreras: una musical, como cantante y guitarrista, y una literaria como una de las voces jóvenes más auténticas y premiadas de su generación.

De Hensli se habla en librerías y eventos literarios desde 2008, cuando publicó *Crónicamente Caracas*, obra finalista del Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana. Más tarde muchos lo conocieron por su relato «Gasolineras», especie de bitácora de un recorrido por la geografía nacional a bordo de varios buses, con paradas en estaciones de servicio perdidas en el mapa, que le valió el primer lugar del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores de 2010.

Como músico autodidacta, Hensli fue guitarrista, tecladista y cantante de la ya disuelta banda Autopista Sur. Con esta agrupación, le cantaba a una ciudad que ya estaba en llamas en 2008 una pieza llamada «Caracas se quema», que rápidamente se propagó por internet y a través de la radio. El nombre de la agrupación aludía a «La autopista del Sur», uno de los cuentos más emblemáticos de Julio Cortázar.

Estos préstamos y transferencias de la música a la literatura y viceversa, son una constante en su obra. No se trata solo de rendir homenaje al autor de *Todos los fuegos el fuego*. Hensli crea personajes como Serafín Silva, voz del folclor y figura central de «Portento», uno de sus relatos mejor recibidos por la crítica. El texto narra el ascenso y caída de un cantante de joropo, que le valió el primer lugar del Concurso de Cuentos Sacven en 2013. Como en muchas de sus

historias, la prosa está plagada de música, notas y acordes que devienen en frases directas, rítmicas y, en ocasiones, burlonas.

En este relato hay humor expresado a través de juegos de palabras, de guiños a personajes e hitos que marcaron los años noventa. La elección de este período no es casual: se trata de sus años formativos, en los que transcurrió su adolescencia, a la que vuelve una y otra vez en sus textos.

En el relato «De ahora en adelante» se constata a un grupo de muchachos que juegan con una consola Sega, usan zapatos Nike como símbolo de estatus y siguen por televisión el torneo de la selección venezolana de baloncesto en el Preolímpico de Portland de 1992. Estos personajes vendrían a ser especies de *alter egos* de Hensli. El autor y músico, nacido en 1982, apenas contaba con diez años de edad para la época, pero reproduce con exactitud la euforia de los televidentes que seguían la final contra el *dream team* estadounidense: recrea la emoción del momento y la integra en la ficción.

Por esos días, Hensli vivía en El Paraíso y asistía a la escuela primaria. Su infancia y posterior adolescencia transcurrirían en un conjunto residencial con torres de 17 pisos, entre tareas, juegos de video y las ya mencionadas prácticas deportivas. Un par de años después, cuando asistía al Liceo Bicentenario, «ya había atrapado el *fly*» y también componía sus primeras canciones. Le pidió prestado un porta-estudio a un amigo y allí aprendió a grabar sus propios temas con pistas. Lo hizo de la misma manera en que aprendía todo: solo, por instinto.

Comenzaba a interesarse por la palabra, tanto escrita como vocalizada, por los juegos de ritmos, por las rimas y candencias. Las plasmaba en blanco sobre negro o las combinaba con notas y acordes.

UCEVISTA DE VOCACIÓN

La puerta de entrada a la literatura fue la Universidad Central de Venezuela, donde ingresó en 2000. Estudiar Letras era una asunto vocacional, casi vital. Poco después de culminar el bachillerato, Hensli obtuvo un cupo en la Universidad Católica Andrés Bello, más cerca de su casa en el oeste de Caracas, pero lejos del entorno bohemio que le interesaba. No estaba muy seguro de la decisión, y, efectivamente, pronto confirmaría que el campus de Montalbán no era lo suyo. «Fui a la Católica a pajarear y a perseguir mujeres.»



DE HENSLI SE HABLA EN LIBRERÍAS Y EVENTOS LITERARIOS DESDE 2008, CUANDO PUBLICÓ *CRÓNICAMENTE CARACAS*, OBRA FINALISTA DEL CONCURSO TRANSGENÉRICO DE LA FUNDACIÓN PARA LA CULTURA URBANA.

Su deseo de entrar a la Central lo llevó a enrolarse en otra disciplina: Matemática. Poco después se daría cuenta de que los números no le atraían tanto como todo lo que se movía fuera de las aulas: las obras de arte, la biblioteca, la tierra de nadie e inclusive el comedor. «Luego de un tiempo dejé la carrera, pero seguía asistiendo. Iba por inercia a la universidad. Empecé a hacer amigos. Unos meses después tomé la prueba de Letras y quedé.»



**«NO SOY PAVAROTTI. ASÍ QUE
LA CLAVE DE MI MÚSICA ESTÁ EN
LAS LETRAS. POR ESO EMPECÉ
A LEER Y A ESCRIBIR»**

No fue tan duro llegar a su casa y anunciar: voy a estudiar Letras. Cuenta que si algo le agradece a su madre es la capacidad de verle el lado luminoso a sus dos vocaciones. «Me empujó a que hiciera algo bueno con lo que sé y me dio el espaldarazo para entrar a la UCV. Para mí la Central era como un país en chiquito muy hermoso.»

Allí se sumó a «El apéndice de Pablo», un grupo de jóvenes narradores que editaban una suerte de revista literaria en la blogósfera. En este círculo compartió con Mario Morenza, Miguel Hidalgo Prince, Carlos Ávila, Daniel Cuevas, Ana Lucía De Bastos, Joel Villa, Dayana Fraile y otros escritores emergentes. Sus aproximaciones frescas a la narrativa comenzaron a alimentar su imaginación. «Era como un bol, como una sopa de talento, y yo caí allí. Por el hecho de convivir juntos en ese espacio, terminé atreviéndome con mis propios textos.»

Su filiación con los «apendicistas» fue el primer catalizador de su prosa. El segundo, a su juicio, fue la llegada del escritor Alberto Barrera Tyszka a la Escuela de Letras. Eso ocurrió en 2004. «Las mujeres se enamoraron de él. Por envidia los demás nos metimos en su Taller. Al final tuvo que hacer dos grupos. Fue el Taller de Crónica el que me terminó de engatusar, de enganchar. Escribir se volvió una necesidad interna. Me decía: si corres con

suerte, publicas... Pero es en realidad el oído interno lo que te lleva a eso.»

En algún momento el autor de *La enfermedad* se convirtió en su tutor de tesis. Para Hensli fue una experiencia providencial. Al fin había encontrado su nicho en la narrativa urbana. Allí podía destacar mucho más que en Teoría o en Lingüística. Al menos era algo que disfrutaba. «La crónica fue el primer género al que me pude asimilar como escritor. Esas sesiones y escritos fueron el germen de *Crónicamente Caracas*, una aproximación literaria a la capital.»

Los textos no fueron un simple trámite para graduarse. Hensli aprobó con la máxima nota, otorgada por un jurado integrado por las profesoras Gisela Kozak y María Barajas. Envalentonado con el buen resultado académico, decidió enviar su libro al Concurso Anual Transgenérico.

Tras obtener la mención especial y la publicación, el libro llegó a manos de Eduardo Cobo, un escritor chileno que vivió en Caracas. «Me dijo que lo que había escrito no eran crónicas, sino cuentos. Luego, trabajando como periodista, me di cuenta de que era cierto. Los textos tienen personajes y hechos documentados con fechas exactas, pero son narrados con herramientas literarias. Tiempo después me entrevistaron en el “Papel Literario” y le dije a Virginia Riquelme que lo que quería era hacer cuentos.»

Durante sus años como ucevista, solo una vez se vio entre bombas lacrimógenas y encapuchados. Pero es una época que asocia más con sus lecturas: Jorge Luis Borges, Roberto Bolaño, Francisco Massiani y Junot Díaz. «Fueron años en los que pasaron muchas cosas. Conformé el grupo de música, que venía armando desde mi adolescencia. Me gradué, conseguí trabajo. La vida real empezó a halarlo todo con una gran fuerza de gravedad.»

EN LA CARRETERA

Unos años después estuvo de regreso en la Católica. Comenzó su vida laboral como corrector de pruebas. «Pasaba tiempo sentado en la oficina sin poder tocar. Y una forma de escapar del tedio era escribir. Así que empiezo a hacer cuentos y a ganar premios. Era una cuestión expresiva. Me dije: si obtengo un cargo como profesor, me quedo aquí. Pero eso no pasó. Seguí en la carretera.»

Esta última frase es una expresión ajustada para hablar tanto de su vida como de su obra. La narrativa de Hensli tiene mucho de *road-movie*. Su biografía personal, también. La sensación se hace patente al mirar los sellos de su pasaporte, al escucharle hablar de sus recorridos en bicicleta y, por supuesto, al leer *Dinero fácil*, el volumen de relatos que publicó en 2014, pocos meses antes de volar a Berlín en calidad de renovado ciudadano alemán.

Los once cuentos se leen como una invitación a montarse en un autobús que rodará sin cesar por caminos distintos: de asfalto, de tierra; con desvíos, con cambios de rumbo inesperados. En ese trayecto hará múltiples paradas, tanto geográficas como temporales, tanto situacionales como vocacionales, y se subirán personajes de todo tipo.

El mismo *leitmotiv* estará presente en el video de la ya mencionada canción «Caracas se quema», que grabó con Autopista Sur. Allí se le ve detrás del volante de una vieja camioneta que recorre la capital venezolana, recogiendo a los otros tres integrantes de la banda en distintos puntos de la urbe.

Sus días han transcurrido de la misma manera. Primero fueron las giras constantes por toda Venezuela con el grupo de rock; luego su viaje a Barcelona, donde estudiaría Ingeniería



**«PASABA TIEMPO SENTADO
EN LA OFICINA SIN PODER TOCAR.
Y UNA FORMA DE ESCAPAR
DEL TEDIO ERA ESCRIBIR. ASÍ QUE
EMPIEZO A HACER CUENTOS
Y A GANAR PREMIOS»**

de Sonido por un año. «No me gustan, pero fue lo que me tocó. De alguna forma, los viajes siempre están allí y los aprovecho. Todos han sido por una razón. O todos han sido motivados por la falta de casa, que creo es lo que uno busca: un espacio de intimidad donde hay tiempo, calefacción, risas, descanso.»

En algún punto de su recorrido, un amor lo invitó a cambiar el ambiente urbano que servía de combustible tanto a su música como a sus textos. «Me enamoré de una francesa, que me invitó a vivir en la Guayana francesa.» Cumplió con el papeleo, se puso las vacunas y se montó en el avión que lo llevó a un sitio mágico de paisajes enrevesados, fuertes contrastes y contradicciones. «Estuve tres meses allí, pero para mí fue como si hubiese transcurrido un año. Viví en un bungalow, al lado de un río. Era una jungla de insectos sin nombre. Por otro lado, veías cosas brutales, como prostitución infantil. También fui testigo del paso de los indígenas brasileños por la frontera: buscaban tener a sus hijos del otro lado y asegurarles la nacionalidad francesa. Había fiestas de siete días, con minitecas que retumbaban sin parar. Sufrí insomnio, viví situaciones límite.»

La más límite de todas, paradójicamente, fue que se acabara la música, al menos la que él mismo era capaz de componer. Hensli no viaja nunca sin su guitarra, y esta vez no fue la excepción. Pero no contaba con que el instrumento pudiera romperse en medio de la nada. Se hizo entonces un silencio interior. Fue cuando se sentó a escribir, casi de un solo impulso, los textos que integran *Dinero fácil*.

LA VIDA EN BERLÍN

Este libro culmina con «Gasolineras», la historia de dos alemanas indocumentadas y un venezolano que recorren el país en autobús, lancha y curiara. El chico que hace las veces de narrador sentencia casi al final del cuento: «Las razones aparecen solo cuando te desplazas».

En la vida real, el propio Hensli tiene ascendencia germana. La heredó de su abuelo paterino, un hombre de mar. Este hecho se convirtió en el salvoconducto para partir de Venezuela. Recordaba que alguna vez una alemana le había contado acerca de los emigrantes retornados y sus descendientes, quienes eran recibidos de vuelta e integrados a la sociedad a través de un programa del Estado.

Se había postulado a un máster en Literatura Comparada en Estados Unidos, pero poco después le fue concedida la ciudadanía alemana. «Decidí entonces que era mejor venir a



«LOS VIAJES SIEMPRE ESTÁN ALLÍ Y LOS APROVECHO. TODOS HAN SIDO POR UNA RAZÓN. O TODOS HAN SIDO MOTIVADOS POR LA FALTA DE CASA»

Berlín. Nunca había estado en Alemania. Tenía pánico, pero a la vez lo que me da curiosidad es lo que no he visto. Vine porque quería aprender alemán. Por lo demás, con los papeles en regla tienes beneficios, derechos. Se te hace más fácil venir para acá que ir a otro sitio. Fue una decisión de orden práctico.»

Hensli aterrizó en Berlín en abril de 2015, luego de un viaje con varias escalas que incluía Barcelona. «Fue el pasaje que conseguí, luego de mucho esfuerzo.» Llegó al barrio Prenzlauerberg, al este de la ciudad, con una maleta y una guitarra a cuestas. Entonces solo conocía a tres personas en Berlín.

Ese primer día le podría haber dado suficiente material para uno de sus cuentos. Una amiga le ofreció alojamiento, pero al tratar de contactarla no estaba en casa. Hensli se hallaba en la calle con su equipaje y un celular sin batería, perdido en la céntrica Bernauer Straße. Para el momento, sus conocimientos en lengua alemana se limitaban a tres vocablos inconexos: *danke* (gracias), *locke* (rizo) y *küssi* (besito). Por fortuna, las casas y edificios estaban numerados, y no le fue difícil hallar la llave dentro de un sobre que sobresalía del buzón: un sistema un poco más rebuscado que el de esconderla bajo la alfombra.

La vida en Berlín, en un apartamento compartido, es distinta a la que llevaba en Venezuela. Y ello se refleja no solo en el día a día, en el idioma, en las estaciones o en el entorno social, sino también en el quehacer literario. «Mientras vivía en Caracas, mi forma de escribir era más acoplada. Incluso tenía una máquina de escribir. Podía sentarme con calma, imprimir, corregir en papel, hacer cambios, volver a imprimir. Ahora los soportes han cambiado: la vida es otra. Carezco de esos espacios de intimidad con los que contaba antes. Ahora las ideas me vienen cuando viajo en el tranvía, tomo el metro o monto bicicleta.»

Para el autor, recorrer Berlín en bicicleta es un ejercicio de meditación, una manera de ordenar los pensamientos. Durante sus paseos, va tomando notas de voz con el teléfono, que para Hensli cumplen la función de conectarse con lo que él llama «su oído interno». «Las consecuencias de estos desplazamientos son melodías, textos, canciones. Escribir es escuchar frases en tu cabeza, que luego recuerdas y escribes. Tengo siempre un cuaderno a mano. Y al final del día me quedan un montón de retazos, de fragmentos, de ideas.»



«NUNCA HABÍA ESTADO EN ALEMANIA. TENÍA PÁNICO, PERO A LA VEZ LO QUE ME DA CURIOSIDAD ES LO QUE NO HE VISTO»



«CAREZCO DE ESOS ESPACIOS DE INTIMIDAD CON LOS QUE CONTABA ANTES. AHORA LAS IDEAS ME VIENEN CUANDO VIAJO EN EL TRANVÍA, TOMO EL METRO O MONTO BICICLETA»

Su nuevo ambiente son los parques, en especial los de Berlín este, y las salas de lectura. La ciudad cuenta con una excelente red de bibliotecas. En estas últimas se dedica a estudiar biografías y a revisar novelas gráficas, como *Maus* y *Persépolis*, que le parecen llenas de luz. Es su forma de combatir el invierno, de sacar provecho de un material al que no podría tener acceso de otra manera.

Mientras aprende alemán, se vale de la literatura para no perder el contacto con su lengua materna. «Descubrí el Instituto Iberoamericano, que a mi juicio es la mejor biblioteca que existe en español. En su catálogo hay libros venezolanos que no los tiene la UCV: obras de Rafael Cadenas, de Salustio González Rincones... Allí la poesía es una necesidad. Sigo sacando las *Obras completas* de Ludovico Silva. Lo bueno es que no tienes que quedarte sentado en la biblioteca. Acá te permiten sacar los libros y llevártelos a tu casa.»

Al poco tiempo de llegar, surgió la oportunidad de presentar *Dinero fácil* en una librería especializada en autores hispanoamericanos. Allí llegó gracias al escritor Carlos

Ávila, su condiscípulo de la Escuela de Letras, quien estaba en Berlín realizando una investigación en el Instituto Iberoamericano. Carlos había escrito una reseña de su libro y Hensli quería aprovechar la coincidencia para agradecerle el gesto. No esperaba que su amigo le propusiera organizar un lanzamiento.

Afortunadamente, había tomado la precaución de traer varios ejemplares. Carlos logró convencer a los dueños de la librería Bartleby, ubicada en el barrio Kreuzberg, para llevar a cabo la presentación. Allí Hensli leyó «La Guaira 1989» en inglés y en español. La respuesta del público fue muy positiva. Le ha tocado ir a reponer libros.

Su primer año en la ciudad se le ha ido en el curso de Integración, un programa diseñado para los recién llegados, que combina clases de alemán con aspectos políticos y sociales del

país de acogida. El hecho de tener que desenvolverse en una lengua prestada contribuye a enriquecer sus procesos literarios. «Es como si hubiera abierto una gama más amplia dentro del mismo lenguaje. Puedo entender otras cosas desde la lengua: la intimidad, la formalidad, los venezolanismos, los extranjerismos.»

La gramática también ha adquirido una dimensión más seria. «Lo que me pasa ahora es que, cuando escribo o hablo en español, muchas veces estoy consciente de la sintaxis. Antes eran golpes de sangre, algo intuitivo, como me sonara bien. Ahora el oído me guía. Al final, lo que voy a imprimir tiene que sonar bien.»

El paisaje y el clima también han cambiado. Hensli asegura que es la primera vez que vive un invierno de verdad, y no como él lo imaginaba. «Me vine con una chaqueta muy delgada. Traje unos guantes viejos, y una bufanda que me tejí mi mamá. Aquí tuve que comprar calentadores, pantalones, monos que van adheridos a la piel. Una amiga en Barcelona me regaló unas medias de esquí. Con todo eso, lo que me afecta no es el frío, sino la falta de luz.»

Sigue con la música. Constantemente dice que es un músico que se coló en el mundo de los escritores. «No soy Pavarotti. Así que la clave de mi música está en las letras. Por eso empecé a leer y a escribir.»

Su formato narrativo más natural siguen siendo las canciones, que se alimentan de la fuerte escena musical que caracteriza a Berlín, ciudad adoptiva de David Bowie. En la urbe reunificada también se gestó la renovación de U2 con el disco *Achtung, baby*. Si hasta hay una línea de metro cuyo nombre, coincidentalmente, es homónimo al de la banda irlandesa.

«Aquí hay conciertos por todas partes, festivales *open air* en verano, músicos callejeros. Hay cantantes líricos que salen de la nada y regalan un número a los visitantes del bar de la Haus Schwarzenberg, una antigua casa convertida en centro cultural, que se mantiene en pie como un resabio de los movimientos alternativos que surgieron tras la caída del Muro de Berlín.»

Hensli no siente que deba elegir entre música y literatura. Ambos son procesos creativos en los que la palabra es protagonista. Cuando comenzó a escribir, notó que la clave no estaba en la acción, sino en la manera de contar. «Es el gozo del lenguaje. De eso se trata la literatura. Me sigue interesando lo que me divierte. La escritura es una válvula de escape.»

No tiene planteado volver a Venezuela. Valora el estado de bienestar alemán y la movida cultural de Berlín, a la que solo le añadiría un clima más cálido. Por otro lado, teme que sería regresar a un lugar que existe solo en su memoria. «Venezuela es un nombre de mujer. Mujer linda que ves por Skype y la recuerdas. La verdad es que no puedo asentarme de nuevo en una democracia que no es tal, donde las bandas de malandros operan en complicidad con el gobierno. Me gustaría ver a mis amigos y a mi familia con la frecuencia de antes, pero no hay una ruta de regreso.» ●



CARMEN VICTORIA MÉNDEZ

CARACAS, 1980 | Comunicadora social egresada de la UCAB, especializada en temas culturales. Ha escrito para *El Nacional*, *Tal Cual* y *Global Voices*. Actualmente está residenciada en Berlín, y forma parte del equipo de producción de la Deutsche Welle.



Stefanie Manns

MARCO MONTIEL-SOTO

MARACAIBO, 1976 | Estudios de Fotografía en la Escuela Julio Vengoechea. Maestría de Arte Sonoro en la Universität der Künste Berlin. Exposiciones individuales en Maracaibo, Caracas, Berlín, Cuenca y Santiago de Chile.

Videoclub

Solo pude entender aquella excepción cuando estaba menos chamo, con una cana lisa y larga que se distinguía del resto de mi afro. La chamba más sencilla de toda mi vida fue mi primera chamba. Como todo idilio, duró apenas lo que dura un bostezo. Cine Gordo quedaba por los lados de El Paraíso, en el callejón Mandela, y yo era el cajero del videoclub. Un zaguán estrecho y fluorescente con cuarto al fondo, sin mayor ventilación que la portilla de entrada. En las paredes se amontonaban las carátulas vacías de las películas. Para sostenerlas, el dueño contaba con el ingenio de lo feo: escaparates deprimidos y clavos con amarras de nailon.

Cuando en el cine había un estreno, ya la mitad de la parroquia se lo sabía de memoria gracias a nuestros videocasetes. Tiempo después, de tanto ruletear por la vida, pude confirmar que era igual en todas partes: la película que nos comemos del mundo exterior se hace en los calores insondables de nuestra clandestinidad. Pero era 1996 y mi vida estaba detrás del mostrador, con una gaveta llena de pocos billetes y cambio menudo.

En mi puesto, ¿qué más hubieran hecho ustedes, sobre mis Air Jordan con cápsula de aire y elegancia en desgaste? Poner la misma cara mensa de aburrimiento. Al frente tenía un monitor negro con dígitos beige. La computadora era un chin más moderna que el ábaco. Allí anotaba los códigos de los cartuchos que iban alquilándose. El dueño

entraba y salía, inquieto por la fortuna del negocio. Ovidio era un cuarentón, bastante afeminado y con un recorte de cabello que subrayaba lo anterior. Nunca me dijo por qué escapó de su patria.

Primero se refugió en el seno de una familia cubana que había hecho la misma fuga que él, pero dos décadas antes. Rolando y Rosa —y su par de perritos puddle— lo apoyaron con lo que pudieron de dinero, un colchón, una televisión; en fin, cosas de supervivencia. De cualquier modo, Ovidio echó a volar otra vez. Alquiló el local, compró aquella compu vieja, el mazo de películas y allí estábamos los dos, náufragos en otra isla. Según mis cálculos, el negocio ya era un hito. Pero mi mundo bursátil era una charada, porque vivía y comía en la casa de mi madre y liquidaba mi salario en los buhoneros de cómics de Sabana Grande.

Lo cierto es que al local nos llegaban las pollitas de Montalbán. Se asomaban obreros desde Las Brisas y malandritos de La Vega, recorriendo un trayecto de cuadras sabaneras, fastidioso tanto a pie como en carrito por puesto. Desde el caserío de San Juan, la colonia dominicana enviaba un emisario con instrucciones específicas: solo cartuchos de betamax en español. El único requisito para afiliarte al videoclub era un depósito por el valor de dos cintas. No guardábamos fichas de la clientela, pero a veces yo fingía que sí para preguntar lo que se me ocurriera. Por cierto, ¿usted votó verde o anaranjado?

A ritmo de percusión

ÓSCAR MARCANO



Cuando apareció *Dinero fácil*, su primer volumen de relatos, la editorial me envió el libro y quedé gratamente impresionado. Más tarde me propusieron una conversación con el autor —un músico que escribía cuentos— y no dudé en aceptar. Frente a una modesta audiencia y en una grata velada, desgranamos los puntos que considerábamos clave en la relojería interna del relato contemporáneo.

Al término del intercambio, mis impresiones se habían amplificado del mismo modo que mis expectativas. Por su talento para urdir tramas, su destreza para armar estructuras narrativas, el desenfado de un lenguaje pleno de oralidad, así como por la gracia de su prosa, Hensli Rahn se me perfiló como un miembro de esa nueva camada de jóvenes dotados de la catadura necesaria para afrontar metas superiores en la literatura.

Acaso por denominación de origen («Veo la literatura como un ejercicio musical»), sus personajes se desplazan a ritmo de percusión

y se debaten en madejas donde claramente priva la historia. Son seres que huyen o se la juegan en ambientes tóxicos y situaciones claustrofóbicas, como hombres rana que, sin demasiado oxígeno, trasiegan sus derrotas y, en un último intento, a veces con desesperanza, a veces con ingenio —en ocasiones con humor—, fantasean con la victoria sacando un tibio as de la manga, como si el gesto bastara para hacer frente a la pesadilla que los consume.

Definitivamente, Hensli Rahn es un bicho raro. Un trashumante que escribe en la Guayana Francesa así como en La Guaira, Mérida o Maracaibo, a salto de mata en un perenne *road movie*, haciendo literatura en las pausas que le concede la música. Dicen que ahora anda por Iowa. No puede esperarse menos de quien se exime de pensar en géneros y confiesa una necesidad primordial por construir historias en las que texto y música van de la mano, marcando ritmos y melodías imposibles de diferenciar.

[Narrador y ensayista. Premio Internacional Jorge Luis Borges en 1999]





Mario Morenza

«La literatura es el alma codificada de un país»

Su narrativa de fuerte acento urbano tiene como punto de partida el Bloque 4 de Coche, donde se crio. Allí descubrió la literatura a muy temprana edad, cuando se encerró por cuatro horas en el baño y leyó *Los hombres más malos del mundo*, de Otrova Gomas. Desde ese momento no ha parado de devorar libros e historias. Para ser un buen escritor, hay que leer sin freno

TEXTO SERGIO MORENO GONZÁLEZ | FOTOS ÁNGELA BONADIES

El *soundtrack* de su vida decora las paredes de la casa: Héctor Lavoe, Queen, Dire Straits, Genesis, Gualberto Ibarreto, The Police y Elton John. Todos cuelgan como cuadros sobre los muebles de la sala. Los discos de vinil semejan adornos musicales; también las decenas de cassetes, esparcidos por todo el apartamento. Los aparatos para hacerlos sonar ya no sirven. Dejaron de funcionar hace algún tiempo, pero recuerdan cómo se escuchaba el mundo antes, cómo se sentía. Para Mario Morenza, la memoria es una herramienta imprescindible en su trabajo. Escribe para no olvidar.



«ENTRAR A MI HOGAR SIEMPRE FUE UNA SUCESIÓN ABECEDARIA. EL FIN, SIN EMBARGO, NO ESTABA EN LA LETRA Z, SINO EN LA E, QUE ERA EL ÚLTIMO ESLABÓN DEL BLOQUE 4 DE COCHE, DONDE CRECÍ»

«La narrativa, de algún modo, cuenta lo que ya ocurrió. El escritor cumple la función del cronista que observa la realidad y narra las experiencias que bullen de esas voces. En el pasado encontramos una cantera de emociones, de sentimientos. La literatura se arma, se construye, se nutre de los recuerdos. Los traduces por aquellos que no tienen la necesidad de contar historias. Cuando algo te impacta, te conmueve, vas y lo escribes, incluso inconscientemente.»

BLOQUE 4

Los volúmenes de su biblioteca pueden llegar a dos mil. Los ha clasificado varias veces, por nombres y categorías: los que ya leyó, los que ameritan una relectura, los nuevos. Es una manera de organizar sus recuerdos, como si en cada libro se encontrara un trozo de alegría, o de tristeza, que permanece vivo ahí dentro.

«Para los lectores, los recuerdos son retazos de emociones que has leído. Entonces la vida se convierte en una épica, en una saga. Hubo momentos en que me interesó mucho la narrativa de Javier Marías; también la de Antonio Muñoz Molina, la de Juan Villoro.

Cuando hago mis relatos, busco estructuras que me permitan resolver historias. Como cuando escribí “Adán y otros siameses”, que está inspirado en *Historia universal de la infamia*, de Jorge Luis Borges. En ese relato, los personajes son seducidos por el mal. Es también una parodia a la literatura western, al género policial. Tomé esa estructura como lo hizo Bolaño en algunos de sus cuentos, como lo han hecho tantos otros escritores latinoamericanos.»

Enumera sin pudor a los escritores que se han infiltrado en su narrativa. Los ha imitado. Pero más que copias, han servido de inspiración para darle forma a sus historias. Le interesa plasmar atmósferas que lleven a los lectores por las mismas sendas emocionales que ya cruzaron los grandes maestros. Insiste en Villoro, Muñoz Molina, Cercas, pero también se fija en José Balza, en Guillermo Meneses y, más recientemente, en Miguel Gomes, cuya obra fue analizada en su último trabajo de ascenso.

«Si lees a Felisberto Hernández, y luego pasas a Cortázar, te das cuenta de que el argentino leyó muy bien al uruguayo. En uno de sus cuentos, Felisberto habla de un médico que está curando una mano, que luego se da cuenta de que es la suya propia. Es la misma estructura de «No se culpe a nadie», de Cortázar. Uno tiene los narradores a los que siempre vuelve y esas influencias van a permear. Más allá de que uno no sea tan habilidoso como Cortázar o Borges, al menos tenemos la noción de que podemos contar ese tipo de historias. Para escribir uno tiene que leer mucho, constantemente, y a autores distintos.»

La historia de «Adán y otros siameses» se incluyó en su segundo libro, *La senda de los diálogos perdidos*. Esa recopilación de relatos ganó en 2007 el II Premio Nacional Universitario de Literatura, cuando el autor tenía 25 años de edad. Dos años antes había salido su primer libro, *Pasillos de mi memoria ajena*, obra finalista del V Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. Allí incluía su cuento «Vitrum», que antes se había seleccionado para la *Antología de la novísima narrativa joven hispanoamericana* de 2008.

«Entrar a mi hogar siempre fue una sucesión abecedaria. El fin, sin embargo, no estaba en la letra Z, sino en la E, que era el último eslabón del Bloque 4 de Coche, donde crecí. Esa puede ser la razón que me llevó a la literatura. Nunca hubo una sumatoria de números; siempre se trataba de letras.»

Esa numeración abecedaria de los apartamentos de Coche la extrapoló a *La senda de los diálogos perdidos*. Los relatos van de la A hasta la G: A de Alucinaciones, B de Balbuceos, C de Carencias, D de Desahogos, E de Exterminios, F de Farsas y G de Guaridas. Historias de personajes en principio reales que la ficción ubica en un espacio-tiempo caraqueño a veces incierto y a veces reconocibles por edificios bajos y amplios en los que se crio. Una sucesión de letras e historias, separadas por pisos, apartamentos y personas.

«Cuando era niño, recuerdo que había un vecino que pasó tres días sin salir de su apartamento. Estaba muerto y nadie lo fue a rescatar. La historia quedó anclada en la memoria, hasta que decidí contarla en el libro. Está en la sección A-3. Lo llamé





“Graba conversaciones”. Allí expongo a varios personajes que luego reaparecen en otros cuentos.»

Esa especie de crónica urbana, que se sumerge en el universo íntimo de unos vecinos, revelando una cotidianidad cargada de miseria, se describe de esta manera: «Por tres gruesas horas, el olor a descomposición sorprendió los olfatos de los vecinos de la Letra A durante el mediodía de un sábado. Cuando se percataron de que el único de los residentes que faltaba por reportar su queja era el señor Seco y de que su Sierra estaba estacionado en su puesto habitual, sospecharon que algo andaba mal: la pestilencia ya no era a comida descompuesta, sino a órganos humanos en descomposición. Entre Pulusa, el psicólogo de Bloque 4 y los poderes mentales de Rafaela, forzaron la puerta luego de varios intentos para comunicarse con él. Seco era flaco y alto, y con un tic nervioso en el ojo izquierdo que lo hacía parpadear compulsivamente. El hemisferio derecho de sus bigotes tenía una proporción de quince canas por cada cien vellos».

La senda de los diálogos perdidos es un tributo a los relatos de George Perec en *La vida: instrucciones de uso*. Esto es, historias que siguen una estructura narrativa peculiar: la de la trayectoria del caballo en un juego de ajedrez. El autor traza el recorrido de sus personajes saltando del piso 4 al 2, pero en forma de L. Se trata siempre de los apartamentos del Bloque 4 de Coche. También se puede leer como un homenaje a lo que hizo Juan Carlos Méndez Guédez en *Historias del edificio*.

«En cada letra se tocan ciertas sensaciones, se vinculan las emociones. Es el caso de “Antes que el muro se desplome”, que pertenece a la sección B de Balbuceos. Ese cuento me gusta mucho. Se trata de un joven que se enamora de una chica. La dibuja en un extremo del Bloque, como si la única forma de recordarla fuera a través de la imagen. La dibuja en un muro, pero lo derriban por las construcciones del metro. En síntesis, tiene que intervenir el espacio doméstico para recordarla.»

En Coche experimentó las situaciones más importantes de su vida: la crianza con sus abuelos, su iniciación como lector, el levantamiento de su biblioteca, la necesidad acelerada de contar historias, la determinación de convertirse en escritor. Por eso se inscribió en la Escuela de Letras de la UCV.

Pasillos de mi memoria ajena, su primer libro, está dedicado «a los Óscar Morenza», en plural. «Me refería al Óscar Morenza padre (mi abuelo), quien partió mucho antes de que yo hubiese escrito la primera frase de esa novela, y al Óscar Morenza hijo (mi papá), quien partió poco antes de que yo le hubiese puesto la última palabra a la novela.»

Su particular apellido, Morenza, viajó desde Cuba hasta Venezuela luego de la llegada del régimen castrista. «Mis abuelos llegaron a Caracas con la caída de Batista. Había mucha miseria y hambre. La situación era bastante complicada y mi familia estaba muy mal. La mayoría de los cubanos veía a Fidel como un mesías. Esperaban al salvador. Era la historia cíclica de América Latina: siempre esperando a un héroe, en todos los escenarios.»

Su abuelo, Óscar Morenza, aprendió a tocar saxofón y clarinete en Cuba. Ser músico le ayudó a encontrar trabajo en Venezuela: entró en la orquesta Billo's Caracas Boys. «Estaba pequeño cuando me mudé con mis abuelos. Fueron en verdad mis padres: me criaron, me enseñaron valores, me echaban cuentos a la hora de dormir. Con mi abuela veía telenovelas. Y la música del abuelo permeó mi sistema, no tanto como notas melódicas sino como narrativa. Quizás por eso, mis dos primeros libros están hermanados en la nostalgia: lo familiar, lo filial, la memoria ajena, los recuerdos de otros, los recuerdos propios. Con eso comencé a hacer ficción. Para mí fue como una primera etapa. Seguramente dentro de diez años escribiré cosas distintas.»

En ese apartamento de Coche, de noventa metros cuadrados, Mario descubrió la literatura. Lo hizo a temprana edad, gracias a un libro que tenía su papá: *Los hombres más malos del mundo*, de Otrova Gomas. Su primer día como lector transcurrió en el baño. Allí se encerró por cuatro horas, pegado a las páginas. Cree que allí comenzó la fascinación por la palabra escrita.

«Con mi abuela veía muchas telenovelas. Intentaba descubrir cómo construían las tramas. Ese fue mi primer taller de narrativa. Tiempo después, me di cuenta de que, al escribir, se cruzan la memoria, el deseo y la ficción. Existe una tesis de la neurociencia que habla de los engramas: son como fisuras en el cerebro donde se alojan los recuerdos. Estoy seguro de que uno empieza a escribir dependiendo de cómo se mueven estos engramas. Uno sobre otro, terminan por remover la memoria.»



**«LA MÚSICA DEL ABUELO
PERMEÓ MI SISTEMA, NO TANTO
COMO NOTAS MELÓDICAS SINO
COMO NARRATIVA»**

LOS COHAZOS

«Si alguna vez Alfonso Reyes dijo que escribía con las dos puntas del lápiz, ciertamente pudiéramos sostener que los escritores venezolanos escriben con el pico de las botellas de cerveza. El añejamiento de una legión considerable de nuestra literatura se ha ejercitado más en las

tascas que en las bibliotecas: no se podía esperar un resultado lejano para un país que es campeón mundial de consumo de whisky y tiene un envidiable récord Guinness en felicidad de sus habitantes. Nunca hemos participado en un mundial de fútbol y nuestros logros deportivos son escasos. Quizá drenemos nuestros afanes con competencias del espíritu o bebidas que lo alteren.»

La introducción del texto «La cuenta, por favor: cerveza, ficción y otras costumbres» establece una revisión de la influencia histórica que han tenido las tascas, bares, tabernas y taguaras en nuestra actividad literaria. Las dinámicas nocturnas sirven de momentáneas válvulas de escape. La noche se hace cómplice de los encuentros furtivos entre creadores, que comparten los relatos breves que recogen en las calles.

«Creo que en unos meses escribiré algo sobre el oficio de los “bachaqueros”. Son el reflejo de un momento particular del país, la consecuencia de un fracaso económico. Habría que contarlos a la manera en que lo hizo Fedosy Santaella en su novela *Las aventuras inéditas de Teofilus Jones*. Él

presenta allí a una sociedad distópica en la que tener hielo en casa te da cierto poder. Sería algo semejante pero con el jabón, la harina, el aceite.»

De estos encuentros nocturnos y de la vida universitaria emergió «El apéndice de Pablo», una revista literaria creada por un grupo de escritores: Alexis Pablo, Hensli Rahn, Ana Lucía de Bastos, Yoel Villa, Ricardo Ramírez, Dayana Fraile, Keila Vall, Graciela Yáñez Vicentini, Miguel Hidalgo Prince y Mario Morenza. Portavoces de un proyecto ecléctico que reúne diversas disciplinas, ya han colgado siete entregas en la red.

El tránsito creativo de este grupo también ha confluído en la casa de Mario, en fiestas épicas que pasaron a la historia como «los cochazos». En el apartamento del Bloque 4 se han encontrado decenas de personajes diversos, que dejan sus huellas en una de las paredes de la casa, repleta de mensajes, poemas, reflexiones. Un muro para celebrar las ideas.



**«PARA LOS LECTORES, LOS
RECUERDOS SON RETAZOS DE
EMOCIONES QUE HAS LEÍDO.
ENTONCES LA VIDA SE CONVIERTE
EN UNA ÉPICA, EN UNA SAGA»**

LA RAMPA DE LA ESCUELA DE LETRAS

«¿Leer nos hace mejores personas? No necesariamente. Hay muchos literatos que se comportan como cínicos. Pero sin duda que leer garantiza una visión más amplia de la realidad, más profunda, más compleja. No hay forma de que te dejes engañar por los falsos mesías.»

En los libros que leyó en su casa, Mario descubrió la libertad de pensamiento, el derecho a disentir, la posibilidad de crear sus propias historias. Esa seducción por la narrativa fue alimentada en la Escuela de Letras. «Los cinco años de carrera se convirtieron para mí en un taller de creación. Por lo menos así lo viví, gracias a la cantidad de experiencias que tuve con los maestros. Las clases tenían un cariz lúdico, que era animado constantemente por profesores como María Fernanda Palacios, Alberto Barrera Tyska u Óscar Marciano.»

A María Fernanda Palacios le entregó un trabajo que todavía conserva en una de las gavetas de su biblioteca: un ensayo que redactó en forma de correspondencia, entre un director de teatro y una actriz. Dos cartas de amor que colocó en un par de sobres blancos, unidos por el revés de sus pestañas. El ejercicio creativo obtuvo la mayor calificación. Un trabajo que luego se convirtió en cuento: «E-mail al director».

Decenas de libretas usadas reposan en su biblioteca, en un espacio distinto a los libros. Son sus herramientas de trabajo, que utiliza sistemáticamente para apuntar: situaciones que llaman su atención en la calle, noticias que le sorprenden en la prensa, sucesos increíbles en el Metro, encuentros en la universidad, en los bares o con amigos. Pistas que evolucionan hasta convertirse en cuentos presentes o futuros.

«Casi todas las películas de Hollywood están basadas en las estructuras de Vladimir Propp. Son fórmulas que funcionan, que ayudan a esclarecer el panorama cuando la propia historia los empastela. Como decía Cortázar: nada que sobre, nada que falte. Escribir es un oficio, un trabajo. Es investigación. Requiere tiempo y dedicación.»

En la Escuela de Letras encontró un engranaje metódico, técnico, más pausado, cuando llegó a los estudios de cuarto nivel. En la maestría en Literatura Venezolana de la UCV, Mario ha logrado establecer márgenes de escritura, investigar a fondo sobre los escritores que le interesan y desarrollar trabajos académicos.

HIJOS DEL VACÍO

Los escritores venezolanos suelen tener una visión pesimista del tiempo presente. Su tarea es leer el entorno, digerirlo, para luego contarlo. Por eso se les hace imposible escapar del duro peso de la realidad, que se hace aplastante. El país siempre invade lo que se escribe.

«La literatura es el alma codificada de un país. Y en Venezuela cada vez se ven cosas más horribles, más espantosas. Recuerdo que cuando salía el Monstruo de Mamera en “Archivo Criminal” todos temblábamos de terror. Ahora luce como un personaje de ciencia ficción frente a los “pranes”. La violencia se ha vuelto un tema tan recurrente que ni siquiera nos da



«MÁS ALLÁ DE QUE UNO NO SEA TAN HABILIDOSO COMO CORTÁZAR O BORGES, AL MENOS TENEMOS LA NOCIÓN DE QUE PODEMOS CONTAR ESE TIPO DE HISTORIAS»

tiempo de asimilar las cosas que ocurren. Hay crímenes de los cuales ni nos enteramos. En algún momento se volverá tan cotidiano que dejará de ser noticia. Ese día perderemos nuestra capacidad de asombro.»



«VIVIMOS TIEMPOS EN LOS
QUE LA GENTE BUSCA
EXORCIZAR SUS DEMONIOS,
DE CUALQUIER MANERA»

Escribir sobre Caracas le llevó a abordar el tema del miedo. Aún recuerda la impresión que le causó el llamado caso Kennedy: estudiantes asesinados impunemente por un pelotón de la Guardia Nacional. Un Estado de Guerra decretado contra los civiles. La terrible noticia le recordó la historia de las gacelas y el miedo persistente que sienten por su entorno, que se relata en *El Principito*. Un grupo de científicos pensó que, al mantenerlas en cautiverio, alejadas de los depredadores, seguramente perderían el miedo en la cuarta generación. Pero nunca ocurrió. «La verdad de las gacelas es tener miedo. Es su reacción natural. Vivimos en una ciudad, con tanta desesperanza y violencia, que parecemos gacelas. Transitamos entre una jauría de la que no podemos escapar.»

De ese sentimiento desesperanzador surgió «La verdad de las gacelas», un texto que sigue la pista del crimen del barrio Kennedy de Caricuao, ocurrido en 2005. Mario utiliza las herramientas narrativas para reconstruir el terrible suceso. En la historia hay una reivindicación de las víctimas, que acapararon gran centimetraje en la prensa nacional, pero que luego formaron parte de la estadística fatal de miles de muertes violentas. El texto salió publicado en 2011, como finalista del concurso Sacven.

En el relato, la historia la cuenta el oficial Roque Sandiego, un funcionario de la policía que busca desenredar la trama: «La memoria suele ser leprosa cuando le conviene el olvido. Pero ese no es mi problema. Según lo relatado por las sobrevivientes y algunos testigos, la situación fue más o menos así. El 27 de junio de 2005 fue el peor día en la vida de estos seis estudiantes. Para los unos acabó su vida, para las otras, ese día seguirá con ellas, en sus peores pesadillas, en sus celebraciones cuando las haya, en sus pensamientos depravados, cuando los haya, el por qué me salvé y ellos no, el inenarrable síndrome del sobreviviente. Todo comenzó hacia las 10:30, algunos aseguran que pasadas las 11:00. Los tiempos son irrelevantes a estas alturas. Los asesinatos que devienen en cangrejos desconocen relojes, con sus tenazas desmenuzan cualquier aguja o instrumento de medición, quedan clavados justo allí, en el cre-

púsculo blanco que dejaron en la historia. (...) Leonardo le ofreció la cola a sus compañeros. Salían exhaustos del parcial de matemáticas. La primera en bajarse sería Elizabeth Rosales, la copiloto. Los demás iban en el asiento de atrás y se ubicaban así: Erick Montenegro, de veintidós años, estaba sentado hacia una de las ventanas. Édgar Quintero, el más joven, de diecinueve, en la otra. Irúa Moreno, de veinte, y Danitza Buitriago, de veintiséis, entre Édgar y Erick. Leonardo conducía por la subida del barrio Kennedy. De pronto, un grupo de sujetos armados le bloquearon el camino. Comenzaron los problemas. Lógicamente creyeron que se trataba de una banda de delincuentes organizada, dispuesta a todo. Allí estaban los guardias custodiando su alcabala. Los estudiantes actuaron como prófugos (¿quién no lo haría con media docena de encapuchados apuntándote?). “¡Alto!”, gritaron algunos guardias. Y un primer disparo estalló. Uno de los encapuchados se derrumbó, herido, sangrando, lamentándose. Lo que ocurrió a continuación es confuso. Y es confuso porque el miedo es confeso y contagioso. Es la emoción más sincera, la que no puedes ocultar».

Una dosis irracional de realidad se apodera de parte del texto. El entorno suele ser determinante para los personajes del autor en la mayoría de sus relatos. Historias que intentan escapar del contexto incómodo, sobreponerse a las circunstancias.

El exilio, sin embargo, no ha tocado aún su narrativa. «Es un tema que siempre ha estado presente en la literatura venezolana, pero que ahora adquiere otros componentes. El formato de los gobiernos, de vida, de civilización, ha cambiado, pero seguimos sin resolver algunos asuntos como sociedad. Y la narrativa venezolana, como espejo de nación, nos remite al exilio en distintas épocas. Es una constante invariable. Hace poco me topé con un libro de Alejandro Moreno que describe las fallas estructurales de la familia venezolana. Arrastramos nudos desde la época de la Conquista. José Balza dice que aún somos un país adolescente.»

En el futuro cercano, quiere escribir sobre el fenómeno de los hijos del vacío. Jóvenes que han crecido sin la figura de la madre, que se han criado sin identidad. «La sociedad venezolana se reconoce más como hijo que como hombre. La figura del padre siempre ha estado ausente. Pero ahora también la de la madre. Son una legión de huérfanos que matan impunemente, que no les importa morir. No quieren suicidarse, sino que alguien los suicide. Creo que por ahí iría parte del relato.»

«En este momento hay una necesidad de escribir desde varias trincheras. La gente quiere contar cosas, bien sea de superación personal, *coaching* o nueva era. Me los he topado en el curso “Introducción a la escritura creativa”, que doy en la Escuela de Escritores. Llegan psicoanalistas, abogados, profesionales de la industria farmacéutica, hasta exfuncionarios del Cicpc. Vivimos tiempos en los que la gente busca exorcizar sus demonios, de cualquier manera. También lo veo en los talleres, adonde llegan con la ansiedad de contar historias para combatir el estrés, para desahogarse. Quieren ser narradores. Tienen un interés inusitado por la palabra, una pulsión contenida por el verbo.» ●



SERGIO MORENO GONZÁLEZ

CARACAS, 1982 | Egresado de la UCV como comunicador social. Ha trabajado en *El Tiempo* y *Últimas Noticias*. Sus fuentes han sido cine, música académica y artes plásticas. Desde 2014 forma parte del equipo de *El Nacional*. Coautor del libro de crónicas *¡Que viva la fiesta!* (2010).



ÁNGELA BONADIES

CARACAS, 1970 | Artista y fotógrafa. Ha expuesto en Galería Abra de Caracas, Momenta Art de Brooklyn, Arts Santa Monica, Centro de Historias de Zaragoza, MACBA de Barcelona, WKV de Stuttgart, Galería After-the-butcher de Berlín y ZKM de Karlsruhe. Obtuvo una Residencia para Artistas del Los Angeles County Museum of Art.

Un simple caricaturista

«Aquí le presentamos al pintor», escuchó cuando lo obligaron a arrodillarse ante el Mandatario. Con timidez dijo que él no era un pintor, sino un simple caricaturista. Sus captores se burlaron y uno de ellos lo abofeteó.

...

—Tienes un mes —le recordó el centinela y los días del pintor empezaron a tener la consistencia de la arcilla desmoronada de las paredes.

...

«En el principio fue el trazo» se leía en un tatuaje que le rayaba el cuello. El pintor creía que para buscar la verdad era necesario parodiar el mundo. Sin embargo, caricaturizar al Mandatario se convirtió en su trabajo más solicitado y remunerado y, de a poco, se olvidó de sus inquietudes filosóficas. Con el tiempo se hizo famoso y fue contratado por un periódico de la capital. Sus dibujos le dieron la vuelta al planeta.

Lo caricaturizó pescando en su yate, firmando sentencias, cazando aves, gacelas, fugitivos; lo caricaturizó en el coliseo eligiendo a cuáles reos arrojarían a los cunagueros. Esta caricatura enojó tanto al Mandatario que destruyó su despacho.

...

—Su condena será reproducir en un mes esta obra, ¿la ve? Sin querer la dañé lanzándole mi silla. Es un Cruz-Diez del 1387 antes de la II Edad del Hierro. Si su pintura es exactamente igual a la original, será perdonado —sentenció el Mandatario. Los presentes aplaudieron con fervor—. Antes de que le suministren sus materiales de trabajo mis especialistas en fracturar falanges aplicarán sus conocimientos técnicos en cada uno de sus dedos... Le deseo suerte.

El pintor, con sus dedos engarrotados, intentó una primera línea. «En el principio fue el trazo» pensó y sintió un frío grosero que le apretaba los huesos.

...

Una noche de fiebre, comprendió aquello que decían que la vida no es otra cosa que buscar, en círculos y líneas, el dibujo de Dios.

...

—Puedes irte —ordenó. Era el centinela que lo había confinado. Se le notaba la altanería de quien se acostumbra a una nueva jerarquía.

El encierro promueve la ira de las bestias. En los humanos les aplaca el entendimiento. El pintor pensaba que, para comprender algo, debía caricaturizarlo. Remedarlo. «Puedes irte», repitió casi gritando. Afuera se oían disparos.

El centinela lo detalló como si mirara a alguien que no volvería a ser el mismo. Hurgó en algún bolsillo de su chaqueta condecorada y le acercó un cigarrillo. El pintor estaba ansioso.

La llama del encendedor reveló unas manos ásperas como barrotes, las manos de una raza extinta, prehistórica.

—Márchate —dijo y se retiró con movimientos de desfile.

Cuando el pintor descendía por las escaleras que conducían a la salida, observó cómo los francotiradores, instalados en las ventanas de otras celdas, disparaban sus armas y vociferaban «¡le di, le di a otro!».

De pronto, el pintor ya no sintió frío en sus manos.

Brillante hibridismo

MIGUEL GOMES



Entre los escritores que se han estrenado en la escena literaria venezolana del nuevo milenio, Mario Morenza destaca por su experimentalismo osado y un tanteo mercurial de casi todas las formas y los medios a su disposición, lo que supone no solo un cultivo de varios géneros de la prosa de ficción y la de no ficción, sino una constante superposición de estos y, a veces, el hibridismo más brillante e inesperado, regido tanto por el ingenio como por la sensibilidad estética. Sea en la Internet o en impresos tradicionales, sea en revistas o volúmenes, la risa, la melancolía y el ansia de trascendencia tienen cabida por igual en su expresión, desafiando dicha variedad los fáciles intentos de clasificar o confinar su obra.

Sus dos libros hasta el momento, *Pasillos de mi memoria ajena* (2007) y *La senda de los diálogos perdidos* (2008), obedecen a tales lineamientos, combinando el primero la sátira, la autobiografía, el testimonio y el cuento, y el segundo movilizandó la tensión entre el todo y la parte, entre la viñeta, el relato y la insinuación de una

novela surgida de la acumulación de historias relativamente independientes en un mismo espacio social. En *La senda...* el ludismo de *Pasillos...* se difumina (sin perderse) para ofrecer sutilísimos atisbos de las tribulaciones que el país ha deparado a sus habitantes en tiempos recientes.

Formado en la Escuela de Letras de la UCV, su quehacer de profesor se ha desarrollado paralelo a su carrera literaria. En esta última, las menciones y los premios recibidos no han sido escasos, incluyendo el Concurso de Cuentos de SACVEN —en el que ha sido finalista en tres oportunidades— y el Concurso Anual de Cuentos de *El Nacional*, el más prestigioso del país, en que resultó ganador en 2016 con «Tribulaciones de un censor antiplagios», paradójica fábula que se debate, sin por ello descuidar la consistencia psicológica de sus personajes, entre la distopía y el testimonio en un horizonte signado por el autoritarismo.

[Narrador, ensayista y crítico. Profesor e investigador de la Universidad de Connecticut]



Víctor García Ramírez

«Veo la literatura como un objeto conceptual»

Nacido en Maracay, en 1982, obtuvo la licenciatura en Filosofía, que completó con un posgrado, en la UCV. Su libro de ensayos *Todos cantando, todos tomando* (2013) ganó el Premio para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores y *La dicha en la esclavitud* fue mención en el VIII Concurso de Ensayos Caminos de la Libertad de México. Actualmente, cursa el programa doctoral de Estudios Hispánicos en la City University of New York.

TEXTO ALEJANDRO VARDERI | FOTOS RICARDO ARMAS



«CARACAS-PALO NEGRO SIGNIFICÓ
UNA DISTANCIA MUCHO MÁS LARGA
QUE CARACAS-NUOVA YORK»

ENCUENTRO

Prospect Park ha tenido muchas reencarnaciones. De escenario para la primera gran batalla contra los ingleses en 1776, a espacio donde se resguardaban los contingentes de desempleados durante la Gran Depresión de los años treinta. También fue refugio para la venta de drogas y sexo, durante la época dura de bancarrota que castigó a Nueva York entre los setenta y ochenta. Hoy en día ha renacido como lugar de juegos, paseos y encuentros para las nuevas clases profesionales de extracción suburbana, dispuestas a pagar fortunas por una casa.

Entre niñeras afrocaribeñas e hispanas que pasean a rubios bebés, retoños de los nuevos *yuppies* que corren en bicicleta, y veinteañeros que caminan con sus perros mientras manipulan diversos artilugios móviles, aparece Víctor García Ramírez. Su banco favorito, en las profundidades del parque, lo resguarda para ver, leer y conversar.

«Aquí leo sin pensar, porque no tengo ninguna presión. Creo que me acostumbré, después de estar dando clases de 2006 a 2014, a leer para otros. A mí me tocaba estar allí, jugando con ellos. Pero ya no. Ahora estoy como estudiante, y nada más. Antes tenía que inventarme cursos porque la Escuela de Filosofía de la UCV tiene un pénsum muy libre, aunque haya una tradición que uno reconoce y va incorporando. Este modo libre de leer me hacía mucha falta. Y estoy muy contento, porque puedo armar de otra manera mi cabeza.»

MEMORIA

«La Gran Manzana me ha brindado espacio para convertirme en una especie de “turista-hedonista”. Llegué a la ciudad, que no conocía, en septiembre de 2014. Desde Caracas envié mis papeles para inscribirme en el Ph.D. de CUNY. Antes había contemplado irme a Berlín, con la idea de cursar el Doctorado en Filosofía y Estética, quizás siguiendo la práctica de muchos profesores de la UCV. Pero en 2011 viajé a Cittá di Castello, en Italia, para un evento internacional de estudiantes de filosofía, y allí empecé a identificarme con una línea de pensamiento más libre. *Todos cantando, todos tomando* significó abrirme a experimentar, a desaprender cierto modo riguroso de leer. Finalmente, no me fui a Berlín por trabas burocráticas. Al liceo donde estudié, en Palo Negro, le cambiaron el nombre y se desaparecieron mis notas. Desde Alemania me pedían la traducción de las notas del bachillerato, que nunca pude hacer. Me quedé plantado cuando tenía todo listo para irme.»

«Palo Negro, hacia la zona sur de Maracay, es la sede de la mayor base aérea de Venezuela. Allí estuve hasta los diecisiete años, cuando me vine a Caracas. Los desplazamientos entre Palo Negro y Sardinata, ciudad colombiana donde nació mi madre, era la geografía familiar que atravesábamos como si de Comala se tratara. En *Todos cantando* he escrito: “íbamos a dilatar el tiempo, a ver a los abuelos, a sentir en un día el paso de los meses”.»

«Palo Negro-Sardinata: mi eje vital. En 1992, durante el golpe de Estado del 27 de noviembre, me encontraba en el patio de la casa con mi padre y mi hermano. Desde allí vimos cómo un avión derribaba a otro. Mi hermano se puso muy contento, quizás porque quería ser

militar. Pero fue un momento muy difícil para nosotros. Los militares del golpe se empezaron a escapar de la base para meterse en los patios de las casas: pedían ropa de civil. Recuerdo el toque de queda generalizado, el miedo de mis padres. Esa misma tarde decidimos irnos a Villa de Cura, pero nunca pudimos salir: las tanquetas habían trancado todo.»

«Si en esos momentos no despertó una conciencia, creo que una sensibilidad a una realidad nueva sí. El deseo de un mejor entorno social ya estaba muy presente en mi familia, donde había militares, monjas y, sobre todo, gente que no tuvo acceso ni oportunidades, pues pertenecían a una generación de inmigrantes colombianos que buscaban mejor vida del otro lado de la frontera. Mi papá había nacido en Venezuela, pero regresó de niño a Colombia, para luego volver a los dieciocho años. Mi mamá sí vivió todo el tiempo en Sardinata, pero al casarse con mi papá, en 1981, se van a Palo Negro, donde él se dedicó al comercio y ella a la costura. A principios de 2000 se separaron, pero ya para entonces yo vivía en Caracas.»

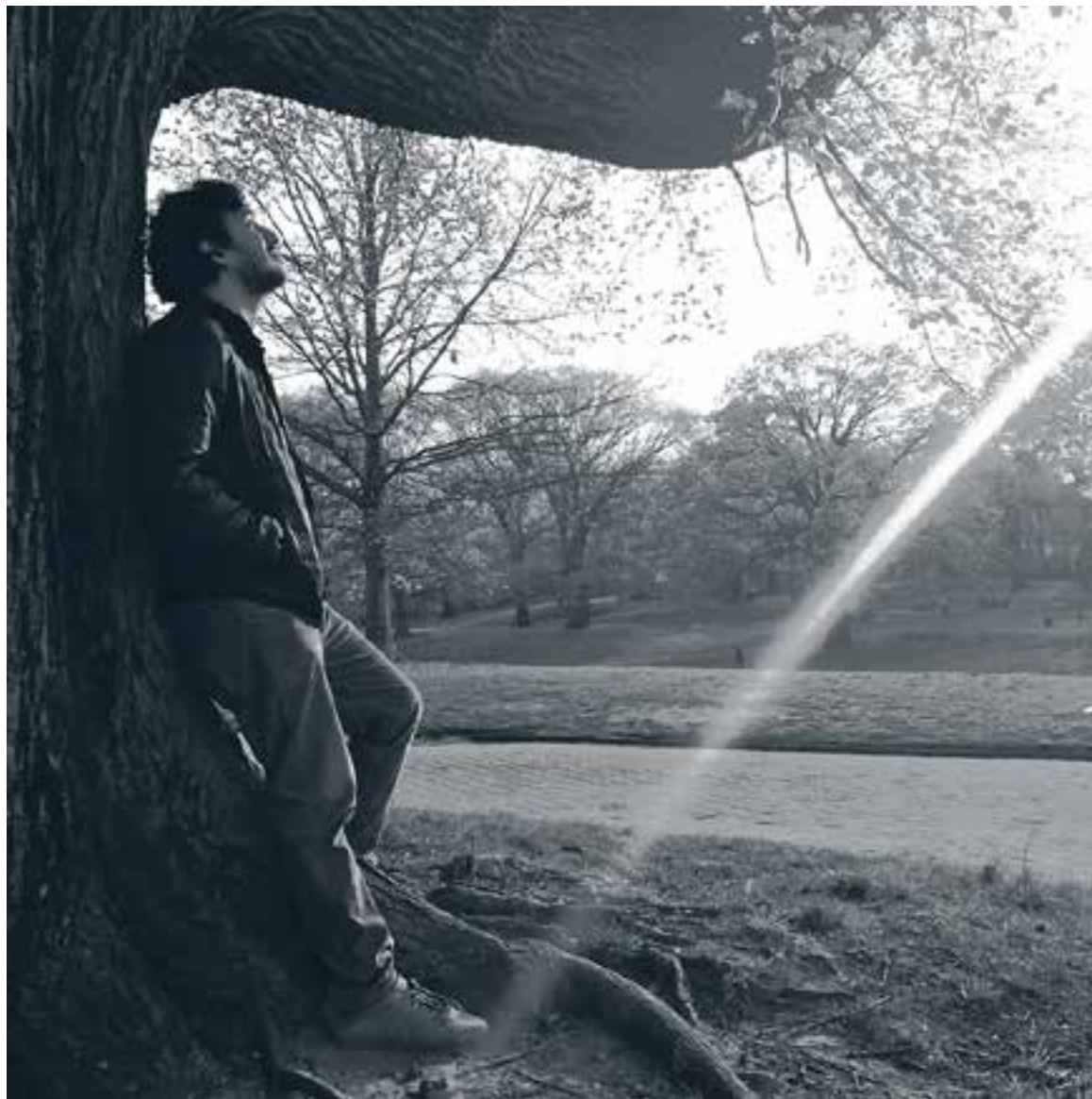
«De mis recuerdos en la escuela, ahora que lo pienso, quizás lo más importante tenga que ver con las clases de música. Creo que las disfruté enormemente. Había mucho placer lúdico en la relación con el saber, probablemente por la idealización que mis padres tenían del conocimiento. Para ellos era una relación muy poco acomplexada con la cultura en general. Mi papá había llegado hasta quinto grado, y mi mamá como hasta tercero de bachillerato. Y sin embargo, en casa había libros de Hegel y Nietzsche al lado de los de autoayuda, mecánica popular y revistas de moda. Era una acumulación de cosas y saberes, sin jerarquía entre ellos. Si mi hermano y yo le decíamos a mi papá que queríamos tocar la armónica, él traía una caja de diez armónicas, aunque ninguno las supiera tocar. Tuvimos guitarras, cuatros, mandolinas, teclados. Armábamos una improvisada banda, grabábamos en un casete y luego olvidábamos todo. Entonces el profesor de música entró en escena y me enseñó algo que suponía encontrar cierto orden, cierto concierto, en ese marco algo caótico de lidiar con las cosas.»

VIAJE

Víctor tantea, explora, define, escoge. Llega a Caracas seducido por la ciencia, pero la curiosidad por descubrir y descubrirse lo llevan a otro pasillo: el que comunica la carrera de Filosofía con la de Letras en la Universidad Central. «Para entonces yo era muy inquieto. Me parecía que la academia



«JAMÁS PENSÉ, Y
TODAVÍA NO PIENSO
MUCHO, EN LA IDEA
DE LA ESCRITURA
COMO OFICIO»



era un espacio muy abierto. Empecé a hacer amigos, a conocer profesores. Me interesé por la filosofía de una manera muy afectiva.» En paralelo al paso de la adolescencia a la juventud, también se producía el salto de la provincia a la gran ciudad.

«Caracas-Palo Negro significó una distancia mucho más larga que Caracas-Nueva York. A la capital la fui descubriendo poco a poco. Vivía en una residencia por Lomas de la Trinidad y sentía que todo estaba lejísimo. Estaba casi más cerca de Maracay que de Caracas. Llegaba todos los domingos por la mañana y volvía a Palo Negro los jueves.»

La seducción de la ciudad acaba por imponerse, y la vocación y el deseo comienzan a bosquejar la escritura. En *Todos cantando* se hace un balance entre lo ganado y perdido. «La vida entera, lo que queda de ella, ese aire enrarecido por las ausencias de los que se van de pronto poco a poco, esos que llamamos familia, amantes, amigos, que revivimos trago a trago, que se agolpan en el espejismo repentino de lo sido.»

ACCIÓN

«Comienzo a ir a un taller de ensayo de Armando Rojas Guardia, que dura todo un año. Había terminado la Maestría en Filosofía y quería tener otra relación con la escritura. Tenía alguna idea de lo que significaba para mí, pero no me había sentado a sistematizarla. Jamás pensé, y todavía no pienso mucho, en la idea de la escritura como oficio.»

En esa escritura naciente, la autobiografía permea tanto el trabajo académico como el ensayo y la narración. Se articula desde las voces de profesores y autores que han sido muy significativos. «Tengo una deuda con el profesor Ezra Heymann, ya fallecido. Era un gran especialista de filosofía alemana de los siglos XVIII y XIX, y también de fenomenología. Hice mi tesis de pregrado sobre la estética kantiana, y la de posgrado sobre la crítica del siglo XX a dicha estética. Otros profesores esenciales han sido Armando Rojas Guardia, María Fernanda Palacios y Guillermo Sucre. Pero sobre todo tengo una deuda con los amigos y los amores. El interés inicial por la literatura fue el de verla como un objeto conceptual, al igual que a las artes. Estudio mucha historia del arte y me centro en la noción de arte y cultura.»

Esa línea de investigación lo ha llevado hacia los estudios culturales, donde se imbrican el cine, la cultura popular, el cómic, las sexualidades, los problemas de género y la música. Se crea entonces un espacio de confluencias que revela o le da sentido al tipo de contemporaneidad en la que nos hallamos inmersos.

«Para mí el problema no es el objeto, sino la elaboración de miradas sobre ciertos objetos. Leo mucha crítica cultural, que me divierte enormemente; en especial por el número de pasiones que desatan las polémicas de este campo. Pero me interesan más los espacios de encuentro, porque para verlos no tienes que ser un especialista. No me conciernen específicamente los objetos, sino cómo se articulan los discursos alrededor de ellos.»



**«COMO AHORA ME DESPLAZO
MUCHO, EL TELÉFONO CELULAR ME
PERMITE ESCRIBIR MIENTRAS VIAJO»**



**«YO NO TENGO ESA COSA DE LO
VENEZOLANO, Y EN GENERAL
MANTENGO CIERTA DISTANCIA Y
SOSPECHA ANTE CUALQUIER
DISCURSO IDENTITARIO»**

En el relato «Suelto, el diablo» se lee: «Aplaudí con el ánimo en alto, las fuerzas del ingenio que se inventaron ese espacio de libertad. Viví, como en los grandes conciertos, ese momento en el que no se distingue la reflexión del sentimiento». Desde la infatigable curiosidad de quien observa, se abre una polifonía de estímulos fundamentales que explican los fenómenos culturales del nuevo milenio.

«Siempre hay narrativas que, en el fondo, son estrategias para llegar a tales discursos. El doctorado me lleva mucho tiempo, y yo no soy muy disciplinado. La narrativa es un espacio más libre, porque lo otro no deja de ser un espacio de trabajo. Tengo muchos fragmentos de diferente extensión que he ido acumulando. Y ahora voy a tomarme un tiempo para armar algo que seguramente terminará siendo un conjunto de textos esencialmente narrativos.»

REACCIÓN

En el ensayo «La dicha de la esclavitud» se puede leer: «Nos advierte Steiner sobre la delicadeza de los mecanismos de censura que bajo el rótulo de lo “políticamente correcto”, en las sociedades contemporáneas, apartan de las bibliotecas públicas, e incluso de las universitarias, los textos que se consideran impropios. Esto es, claramente, otro tipo de hoguera. La articulación de tales mecanismos ocurre de un modo muy sencillo, mediante el “chantaje”. Un chantaje que coacciona al individuo y coarta su afán por profundizar en la parte oscura de la naturaleza humana: el sexismo, la xenofobia, el racismo, la homofobia, el absolutismo, la violencia.

«Este texto lo escribí antes de venir a Nueva York, y probablemente las inquietudes sobre lo “políticamente correcto” se modularon desde el escenario venezolano, donde son frecuentes los discursos que se usan para ocultar la realidad. Entiendo que es muy importante tener cuidado con ciertos términos con base en determinados contextos, pero también hay que desmantelar ciertos procedimientos críticos que nada aportan. Hay actitudes que postulan una relación demasiado nominalista con el mundo. El problema, desde esta perspectiva, parece reducirse a cómo se nombran las cosas.»

«Yo estoy como de viaje. Pudiera ser Venezuela u otros destinos, pues mis afectos están abiertos en muchas direcciones. Mis padres, como eran inmigrantes, me llevaron a establecer una relación con Venezuela que tampoco fue de identidad. Yo no tengo esa cosa de lo venezolano, y en general mantengo cierta distancia y sospecha ante cualquier discurso identitario. Creo que es políticamente importante pero, al igual que el eterno binomio civilización-barbarie, me parece insuficiente para comprender a Venezuela. Lo que vive el país es también consecuencia de ese modo de comprensión. Encuentro que ante tanta pluralidad, ante tanta gente esforzándose desde puntos de vista tan diversos, las dicotomías son insuficientes.»

DISTANCIA

«Para mí la relación con el pasado es afectiva y, en tal sentido, está en el presente. No me interesa apartarme de mi historia pasada; estoy muy contento con ella. Digamos que me

nuevo a paso corto: soy como miope ante un horizonte muy largo. Sé que lo que hago está construyendo algo, aunque no sé aún qué es ni tampoco me preocupa. He tenido suerte. Llevo varios años viviendo tranquilo, y eso diluye las preocupaciones a muy largo plazo, o las nostalgias. El radio temporal inmediato me satisface. No veo casi a mis amigos desde que me mudé, pero tengo otros. Eso no significa que sean intercambiables. Son otra cosa. Tampoco extraño lo que antes tenía. Lo único que a veces me apetecía era un jugo de parchita, pero ya lo conseguí. Eso es lo bueno de vivir en esta ciudad: todo lo encuentras.»

Con los signos familiares de una bebida, de un olor; con la cadencia de un acento, la existencia de quien parte se forja como un tapiz donde todo se entreteje para estar sin estarlo. En *Todos cantando* se afirma: «Y si bajamos de la cabeza errante de este continente hasta su extremo en el sur, nos espera, en el final de la borrachera, el canto de Enrique Santos Discépolo. Un maestro de la ironía, del sarcasmo y, en algún sentimiento, de la esperanza».

«Este sentido de ironía funciona ahora menos desgarradoramente que en aquella escena del tango. Me encanta de Discépolo ese verbo tan acertado en muchas cosas, intrínseco a la cultura popular, que ya pertenece a la historia de la cultura contemporánea con innegable prestigio. Uno lo puede ver con cierta distancia. Aunque no es lo mismo escuchar a José Alfredo Jiménez que a Chavela Vargas. La mediación estética que impone Chavela la saca de ese contexto, pero las cuerdas destempladas de Jiménez tienen otra cosa mucho más inmediata y visceral.»

Es la estética de botiquín y rocola, que Víctor exploró en las tascas caraqueñas y sigue analizando en los bares de Nueva York, con el alejamiento crítico de quien ha transformado el despecho en un objeto cultural. «En los textos se superpone la experiencia absolutamente presente con la imagen nostálgica. Me encantan esos sitios. Me encanta tomarme una cerveza con un amigo y poder conversar en esos espacios.»

Esa estética podría ser también la de la obra de Fernando Vallejo, que en *Todos cantando* se define en estos términos: «una única trama en la que constantemente se reiteran y reelaboran episodios, como una conciencia que solo habla consigo misma». «Me divierte lo que hace Vallejo. Quizás porque en sus textos escucho el acento colombiano más cerca. Hablando con lectores de otros lugares, me han comentado que no se pueden reír, que más bien los amarga. Yo no había pensado en lo tan abiertamente local que es ese monólogo. A mí me hace pensar en las exageraciones de mis tías y tíos. A mí me divierte, claro, pero allí existe una mediación estética. Estoy menos vinculado con la posible lectura ideológica. Creo que el oído con el que habla me hace imposible no reírme, pues entiendo que lo que está haciendo es desarmar el discurso nacional colombiano. Desmantela muchas marcas de ese discurso, apropiándose las en primera persona. Esa estrategia de la primera persona para, en realidad, no hablar de sí mismo sino de las taras del país, me parece muy interesante.»



**«TODOS CANTANDO, TODOS
TOMANDO SIGNIFICÓ ABRIRME
A EXPERIMENTAR, A DESAPRENDER
CIERTO MODO RIGUROSO DE LEER»**



«LA NOSTALGIA, PARA MÍ, ES MÁS
UN LUGAR ESTÉTICO QUE VITAL»

RECUESTO

«Mi mamá me contaba mis primeros cuentos, que eran los de Rafael Pombo. Esas son de mis primeras memorias, ahora que lo pienso. Al momento me interesa un autor colombiano del siglo XIX, José María Cordovez, que escribía una especie de crónica roja. A Cordovez lo descubrí porque me traje un libro de la casa de mis abuelos en Sardinata: era una compilación de cuadros de costumbres colombianos. Lo abrí al azar un día y empecé a leerlo. En las bibliotecas de aquí he encontrado un montón de textos suyos y estoy leyéndolos con absoluta felicidad. Ahora estoy nadando por allí: por el XIX colombiano pero también venezolano. Todo ese período ayuda a desarmar muy bien el discurso sobre civilización-barbarie.»

MARCHA

«Cuando estaba haciendo la maestría, me fui con una amiga muy querida a estudiar un semestre en la Universidad de Belo Horizonte. Nos asignaron una beca de intercambio para estudiantes de posgrado que nunca funcionó. Como llegamos tres semanas antes de que empezaran las clases, decidimos tomar un autobús y recorrer el continente. Primero fuimos a

Río, São Paulo e Iguazú; luego seguimos a Paraguay, Buenos Aires, Montevideo, Porto Alegre y Florianópolis. Al final, las clases no nos enseñaron tanto como los viajes. Más recientemente, he hecho otros viajes: a Barcelona, donde se casaban unas amigas; a Chile, por unos congresos académicos; y a México, donde tengo unas tías.»

«La experiencia del viaje está muy presente en mis libros. Esa escritura del desplazamiento siempre te permite jugar a que no sabes lo que sabes, o a que eres inocente cuando no lo eres. O lo contrario: a fingir saber algo cuando en realidad no lo sabes. Y no porque no importe lo que esté pasando allí, sino por una especie de irresponsabilidad liviana con lo que ves, con lo que haces, que no corresponde a la del que está viviendo en un determinado sitio.»

«Tal vez la nostalgia sea mucho más importante de lo que creo. Aunque yo no pienso que tenga una relación cotidiana conmigo. La nostalgia, para mí, es más un lugar estético que vital. Es rarísimo que yo extrañe algo en un sentido estricto. Creo que antes, cuando viajaba menos, la nostalgia era más importante de lo que es ahora. No lo había pensado antes, pero si el ensayo es el género del errante, yo soy errante por naturaleza. Pero errante no como el *flâneur*, que es ciudadano, sino como el del pueblerino, pues de allí vengo. La ciudad me interesa más como el espacio de las relaciones afectivas. Es muy placentera la idea del error, o del pasear, o del estar menos preocupado por saber a dónde se va. Lo importante siempre será disfrutar el paseo. A mí me apasiona una idea de Kant: la de finalidad sin fin. Eso que, sin que nadie se hubiera propuesto que fuese una meta, termina siendo precisamente aquello que lo ordena todo. Como un paseo en el que no sabes a dónde vas a llegar, y sin embargo llegas a un lugar que, si te hubieras propuesto ir, no habrías alcanzado.»

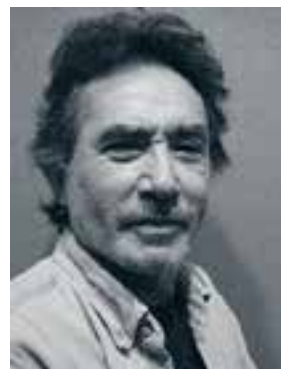
DESPEDIDA

«En este banco leo», reitera Víctor cuando el paisaje de Prospect Park, bajo el atardecer, comienza a cambiar. Y agrega: «Trabajo en dos proyectos. El primero es una serie de cuentos que aún no concluyo: a ver qué hago con ellos o qué hacen ellos conmigo. Probablemente, como mis ensayos que no son del todo ensayos, sino que están mediados por la narración, estos cuentos pudieran estar mediados por el ensayo. También tengo algunas crónicas ensayísticas, que no he terminado de revisar. Como ahora me desplazo mucho, el teléfono celular me permite escribir mientras viajo. Son unas crónicas que empezaron en Caracas y se refieren a una época anterior a mis viajes; por eso guardan la tonalidad afectiva de aquellos años. No son autobiográficas, pero están mediadas por mi experiencia. El segundo proyecto tiene que ver con otros objetos culturales. Un ensayo más orgánico con una sola trama, a diferencia de *Todos cantando, todos tomando*. No soy un creyente de mi trabajo, pues no tengo la separación necesaria. Más bien se abre una gama de sentimientos alrededor de todo lo que escribo. Para mí, escribir es tan complejo como la relación que tengo con mi gata Siena, con mis amigos, con mi pareja». ●



ALEJANDRO VARDERI

CARACAS, 1960 | Narrador y ensayista. Profesor titular de cine y estudios hispánicos en City University of New York (CUNY). Ha publicado siete libros de ensayo y cinco novelas.



RICARDO ARMAS

CARACAS, 1952 | Ejerce la fotografía desde los 19 años. Tuvo como influencias tempranas a Sebastián Garrido, Paolo Gasparini, Alfredo Boulton y Luis Brito. Ha sido retratista de ballet, arquitectura y paisaje, desarrollando temáticas personales en diversos portafolios y exposiciones. Publicó su libro *Venezuela* en 1976. Profesor del Pratt Institute en Brooklyn, Nueva York, donde reside.

Todos cantando, todos tomando

[FRAGMENTO]

Esa misma noche, de vuelta a casa, nos quedamos en el porche con mi mamá y dos de sus amigas. Una de ellas, maestra del pueblo, comentaba, en ese tono de voz de los chismosos que pretende ser bajo y que por eso mismo se hace más notorio, que el amigo de mi abuelo era un viejo avaro y que por eso lo secuestraron. Que fue la guerrilla, quién más, que ahora les hacen lo mismo a los hombres que no dan de comer ni estudio a sus hijos y que ella ya le ha advertido a su exmarido que lo va a mandar a secuestrar con los guerrilleros, «es que hay que poner orden», decía. La otra amiga, enfermera del hospital, con el uniforme aún puesto, dijo que todas esas cosas están pasando por una razón divina, de la que se enteró cuando visitó a su tía en un pueblito cercano, Gramalote. «Gramalote» me repetí en silencio varias veces y pensé que era como el nombre de un hermano bobo y enorme; «Gramalote» pensaba, sin siquiera imaginar que, con los años, ese pueblito terminaría siendo devorado por la tierra. «Es que hasta en el Santurbán se reúnen los diablos» escuché, de pronto, afirmar enfáticamente a la enfermera y fue tal el impacto de la frase que me sacó de inmediato de mi ensueño. «¿Qué es el Santurbán?», pregunté preocupado, interrumpiendo, y mi mamá, sonreída, me contestó que era un páramo muy bonito. «No se ría, mijita» le precisó la enfermera a

mi mamá y continuó contándole que en Gramalote su tía le había regalado una copia de una carta que el papa Juan Pablo II había recibido directamente de la virgen, en la que le anunciaba los acontecimientos que sucederían antes del fin del mundo, cuando ya vaya a llegar el 2000. «Es que esta tierra está muy mal», decía muy seria ella, y proseguía con cosas como que pronto vendrá el señor en sus caballos para el juicio final y que eso era tan así que hasta los científicos de la NASA tienen grabados los relinchos que se escucharon hace tiempo, en un viaje a la luna. Ante semejante evidencia, una carta dada al Papa y el incuestionable dato científico, mi curiosidad se disparó. Hay que rezar mucho, suplicaba la amiga de mi mamá en tono angustiado, es lo único que nos salvará, remataba. La tierra se abrirá, saldrán demonios y lava, como pasó pocos años atrás en Armero... no se rían, nos advertía a mi hermano, que ya dormía profundamente, y a mí. Es que Dios está furioso, aseguraba, así que yo lo único que pido es morir de golpe, que el señor se apiade rapidito, una muerte bonita, todas las noches rezo por eso. Ya saben, niños, dijo esta vez mirándome, cuando llegue el fin del mundo, tienen que ir corriendo donde su mamá, como el muchacho que en Armero salvó a su madrecita y dejó morir a su novia; pórtense bien y dejen los inventos que se los van a llevar los rusos.

Fértil visión

HARRY ALMELA

Los textos de Víctor García Ramírez hurgan en los intersticios del día a día y, sin prejuicio alguno, se despojan de lo académico tradicional para dejar bien sentado y en voz alta lo que las nuevas generaciones están llamadas a decir: su asombro y su distancia, su libertad y su ironía frente a un mundo contemporáneo que pocas alternativas tiene ya para ofrecer.

Desde la perspectiva de reconocidos nombres de la reflexión occidental, esta ensayística coloca en punto de visión y en tela de juicio lo que se esconde bajo la superficie de los objetos culturales y políticos. Incluso, la manera de leerlos y de interpretarlos, a los que cierta tradición moderna se ha empeñado en convertir en discursos poco convincentes, y que solo nos han escamoteado el temor al desarraigo, esa grave confusión que el pensamiento ilustrado busca eludir en su ambición de dominio absoluto.



Con rigor, y al mismo tiempo con soltura, se pasea por las perspectivas de lo que se ha convenido en llamar el pensamiento moderno y posmoderno —desde Emmanuel Kant a Walter Benjamin, de Hans-George Gadamer o George Steiner a Carlos Monsiváis—, para desde allí ofrecer una fértil visión acerca de lo meramente humano. El resultado es un ejercicio encantador: el de poner lo académico al servicio de la supervivencia cotidiana en esta extraña *polis kafkianis* que nos ha tocado compartir.

Por ello, la escritura deconstruye y reconstruye, mostrándose como palimpsesto —prisma poliédrico, caleidoscopio—, no exento de una visión política, los pequeños y grandes avatares de lo habitual y de lo abstracto. También —y siempre desde el borde y desde una periferia productiva— nos trae al centro de la escena lo que ha estado en la sombra, en los márgenes de la cultura, entre lo provinciano y lo ciudadano, con un coraje y una impostura que el lector avisado sabrá agradecer.

[Poeta, ensayista, traductor y editor. Becario de la Fundación Guggenheim en 2009]





Santiago Acosta

«*El poeta debe deshacer el camino andado*»

Poeta y ensayista, cursa el doctorado en Culturas Latinoamericanas e Ibéricas de Columbia University. Cofundó la revista de poesía *El Salmón*, ganadora del Premio Nacional del Libro en 2010. Ha publicado *Detrás de los erizos* (2007) y la plaqueta *Caracas* (2010). Es licenciado en Letras y magíster en Literatura Venezolana por la UCV. En San Francisco codirigió la revista académica *Canto: A Bilingual Review of Latin American Civilization, Culture, and Literature*.

TEXTO MARIZA BAFILE | FOTOS OLIVER KRISCH

La mirada anárquica lo delata. El rostro joven, el pelo rebelde, le confieren una personalidad singular. Cierta candidez de alma antigua, lejos de sobrevolar la existencia, lo obliga a hundirse en ella.

Santiago Acosta descubrió la poesía siendo un adolescente. Hurgaba librerías, buscaba páginas que pudieran saciar su ansiedad de palabras. Esos primeros libros que, por económicos, llenaban las casas de la clase media venezolana, cambiaron su vida. La poesía se le vuelve íntima cuando descubre los versos de Oliverio Girondo. Fue como una pasión que lo arrastró con la fuerza de las pasiones que no conocen el paso del tiempo. «En esos primeros años, leí a muchos autores venezolanos de los años noventa: Arturo Gutiérrez Plaza, Manón Kübler, Alberto Barrera Tyszka. Empecé a escribir imitando la sonoridad y estructura de todos ellos. Algunas de las cosas que no me gustaban en entonces, hoy me gustan; y otras que amaba, ya no me entusiasman tanto. Pero gracias a ellos comencé a escribir. Mis primeros poemas fueron un plagio disfrazado, una combinación de todas mis lecturas.»



Consciente de su pasión, al concluir el bachillerato no tuvo dudas: estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela. Luego hizo una maestría en Literatura Venezolana y, paralelamente, trabajó en la Gerencia de Publicaciones de la Fundación Bigott. Junto con Willy McKey, fundó en 2007 la revista de poesía *El Salmón*, que tuvo una vida breve pero dejó un legado importante. «*El Salmón* quiso cuestionar el archivo de la poesía venezolana. Me refiero al canon de esa poesía, a cómo se había constituido la historia literaria que luego se enseñaba en la academia. Las escogencias se reflejaban en las editoriales, en las colecciones, en las antologías.

Había autores que quedaban excluidos por un afán de amarrar la poesía al espacio de lo nacional, quizás buscando la correspondencia entre el devenir de la historia venezolana y los cambios de estética. No se tomaba en cuenta lo que quedaba fuera de esa narrativa que daba sentido a un proyecto de nación ideológico, circunstancial y excluyente.» La voz crítica de *El Salmón* se dirigió igualmente hacia instituciones públicas y privadas, con el propósito de liberar el arte de los prejuicios reinantes. «Nos dedicamos a desempolvar viejos autores, revistas, grupos literarios que se habían invisibilizado, tratando de articularlos con autores más conocidos.»

«En muchas ocasiones, Willy y yo hablamos de ese intento homogeneizador de la cultura que se podía ver en Venezuela. Y además, los proyectos culturales del gobierno entrante

buscaban establecer una narrativa alterna a la que hasta entonces conocíamos. Considero significativa la discusión para definir si el momento de nacimiento de nuestra democracia corresponde al 27 de febrero de 1989, día del Caracazo, o al 23 de enero de 1958, día de la caída de Pérez Jiménez. Esas dos visiones de país crean, a su vez, diferentes narrativas para contar la historia de la cultura venezolana, ambas significativas, pero hasta cierto punto incompatibles. Nosotros alertábamos sobre la intención del gobierno de amoldar la cultura a una ideología de Estado, dejando de lado todo lo que no se adaptara, pero también notábamos la exclusión, por parte de iniciativas privadas, de los aportes positivos que lograban ciertas instituciones públicas. Quisimos superar esas limitaciones y descubrir múltiples tradiciones en la poesía venezolana.»

LECTURAS E INFLUENCIAS

«Creo que la poesía nunca escapa de una responsabilidad con la realidad, pues siempre tiene la posibilidad de incidir en el campo de lo político, aunque sea de forma indirecta. Esas posibilidades, por supuesto, son siempre coyunturales, están atadas a un momento histórico. En los años sesenta, por ejemplo, grupos como “El Techo de la Ballena” lograron escandalizar a la sociedad burguesa de forma muy efectiva. Tuvieron mucha presencia en los medios, y a la vez recibieron muchos ataques desde muchos sectores, que terminaron fortaleciendo su propuesta. Cuando presentaron “Homenaje a la Necrofilia”, de Carlos Contraмаestre, quien también era poeta, los cuadros estaban hechos con partes de reses que se descompusieron. En seguida salió un gran titular que decía: “Cerrada la exposición de Necrofilia porque se pudrieron las vísceras”. Eso tuvo un gran impacto en la conciencia nacional del momento. La circulación simbólica y real del arte y de la poesía ofrecen espacios de resistencia, pues llevan la conversación hacia espacios que no habían sido considerados. A veces también la poesía se adelanta y expresa contradicciones o crisis, arrojando luz sobre aspectos que han quedado excluidos del debate. Con ello deja un registro histórico al que se puede volver para retomar esa perspectiva y discutir el presente.»

A medida que pasan los años, se acumulan las lecturas. Crecen los autores que han dejado huellas profundas en su concepción de la poesía, marcando también su escritura. Leyó con devoción los versos de Rita Valdivia, poeta boliviana que vivió mucho tiempo en Venezuela y formó parte del grupo “Trópico Uno”. Confiesa que entre los escritores venezolanos de los que recibió mayor influencia se encontraban Salustio González Rincones, Rafael José Muñoz,



**«CREO QUE LA POESÍA NUNCA
ESCAPA DE UNA RESPONSABILIDAD
CON LA REALIDAD, PUES SIEMPRE
TIENE LA POSIBILIDAD DE INCIDIR
EN EL CAMPO DE LO POLÍTICO»**

Régulo Villegas, Arnaldo Acosta Bello y, sobre todo, Emira Rodríguez. «En los años setenta, Emira publicó dos libros impresionantes: *La casa de Alto* y *Malencuentro*. Esta escritora de origen margariteño, que fue esposa de Juan Liscano, por cierto uno de los pocos que escribió sobre su obra, es clave. Su escritura no se corresponde con la visión poética de los setenta, la de un verso limpio que se aleja de la estética sobrecargada del surrealismo que imperó en los sesenta. En Venezuela hay una ansiedad por definir los setenta como una etapa en la cual la poesía se domestica o se “pacífica”. Pues bien, Emira representa un momento en que

esa concepción empieza a fracturarse. Eso fue lo que traté de probar en mi tesis de grado de Maestría, que dediqué al estudio de su vida y obra.»

La sed de conocimiento lo lleva lejos de Venezuela. «En un primer momento, pensé en irme a España: quería cursar una maestría en producción editorial. Pero luego fui tomando conciencia de lo dificultoso que es hoy abrir una librería o tener una editorial en Venezuela, fundamentalmente por la falta de insumos, como el papel. Hoy logran sobrevivir pocas editoriales, casi todas artesanales, que hacen increíbles sacrificios. Entendí que lo que de verdad quería hacer era seguir mis estudios literarios, mi carrera académica. Para mi generación, vender o editar libros ya no era una opción de vida. Entonces decidí venirme a Estados Unidos, donde seguir una carrera académica es más viable.»

Santiago culminó una maestría en Español en la Universidad de San Francisco y luego se mudó a Nueva York para cursar en Columbia University otra maestría y ahora un PhD en Culturas Latinoamericanas e Ibéricas. Ese recorrido se traduce también en nuevas lecturas. «Entre los autores españoles que estudié, me

gustan particularmente Antonio Gamoneda y Manuel Vilas. Y entre los norteamericanos, mencionaría a Bob Kaufman, Gregory Corso, Kenneth Patchen y Peter Orlovsky.»

«Cuando estaba escribiendo mi primer libro, fueron claves las lecturas de Paul Celan y Luis Alberto Crespo, así como la de los surrealistas franceses. Luego ya esos autores perdieron importancia. Los sigo leyendo, y posiblemente un día volveré a ellos, pero actualmente hay otras lecturas que siento más cercanas. Creo que el poeta, en cada proyecto que emprende, en cada libro que escribe, tiene que cuestionar su voz anterior. Debe deshacer constantemente el camino andado. De lo contrario, corre el riesgo de configurar una voz que al final se galvaniza,



se repite al infinito. Es algo que vemos muchas veces. Poetas que al principio exploran y luego, a mitad de camino, encuentran un tono y lo repiten hasta el final. Yo creo que es mucho más interesante y enriquecedor seguir buscando. Hace un tiempo tomé la decisión de desechar dos poemarios que ya estaban casi terminados. Lo hice porque los sentía separados de mí, de lo que quería decir, del proyecto original, de la intención de mi escritura. Lo hice sin dolor, considerándolos más como un ejercicio que como una obra que hubiera querido compartir.»

REDES Y RITMOS

A pesar de ser parte de una generación acostumbrada a la renovación tecnológica, Santiago no ve discordancias entre la velocidad de las redes y los ritmos de la poesía con sus pausas e inflexiones. «Creo que la poesía tiene la capacidad de crear los espacios de silencio y tranquilidad que todo ser humano necesita. La tuvo en el pasado y también en el presente. No veo conflicto entre poesía e Internet, ni entre ediciones electrónicas e impresas. Pueden coexistir sin inconvenientes. Ambos formatos se complementan. La poesía sigue teniendo el mismo lugar que tenía antes de las configuraciones sociales. Y sigue estando muy viva. Se requeriría mucho más de un cambio tecnológico para que dejara de tener validez. La poesía tiene una característica de resiliencia que le permite absorber momentos y pasajes de la vida personal y social. En los libros que escribimos hoy, van a quedar registrados aspectos de los conflictos actuales que, dentro de unos años, nos ayudarán a entender mejor no solo los debates que nos animaron sino también, o quizás sobre todo, los que quedaron excluidos o los que la misma poesía contribuyó a ocultar. Será interesante volver a la lectura de unos versos que, por un lado, cuentan y, por el otro, esconden.»

Esa pasión por lo oculto, por lo que utiliza códigos diversos para expresarse, permea todos los versos de Santiago. «Escribo poesía porque me permite decir cosas con una libertad que no podría encontrar en ningún otro género literario. Puedo escribir acerca de percepciones e intuiciones. Puedo describir la otra cara del día, la que queda sepultada bajo el manto urbano. La ciudad produce significados que muchas veces quedan adormecidos. Hay ruidos, como los de los aires acondicionados, que parecen traer pedazos de conversaciones sueltas, plazas abandonadas en las que quedaron atrapadas múltiples voces. Me gustan los paisajes ruinosos. Las ruinas modernas son esos espacios vacíos que no contienen nada, que quedaron excluidos



«LA CIRCULACIÓN SIMBÓLICA Y REAL DEL ARTE Y DE LA POESÍA OFRECEN ESPACIOS DE RESISTENCIA, PUES LLEVAN LA CONVERSACIÓN HACIA ESPACIOS QUE NO HABÍAN SIDO CONSIDERADOS»

de los centros urbanos. Y sin embargo, a mí me parecen centros que retienen la fuerza de la ciudad. Justo en esos puntos donde todo parece destruido, abandonado, vacío o sucio, se puede apreciar lo que significa la ciudad. Hay que vivir entre dos dimensiones: la del ruido veloz que camina por arriba y la de la tensión del silencio que va por debajo.»



**«UNA VEZ QUE UNO SALE DEL PAÍS,
UNA VEZ QUE COMPRAS UN PASAJE
SOLAMENTE DE IDA, SIENTES LA
NECESIDAD DE REDIMIRTE»**

ENTRE DOS IDIOMAS

Ha pasado mucho tiempo desde sus días caraqueños y Santiago sigue hurgando en las librerías: busca textos viejos, usados, abandonados, destinados al olvido, sospechando que en su interior haya algún tesoro. Va descubriendo nuevos autores, y la pasión por esos hallazgos es tal que muchas veces traduce los poemas para compartirlos con otros escritores. «Estar en Nueva York me ha permitido un contacto más estrecho con la poesía norteamericana. He conocido a autores muy interesantes, a narradores que me han dado otra perspectiva de la cultura norteamericana. He podido descubrir los espacios de cambio, de transformación, que se abren a través de las grietas de esta sociedad. Quise volver accesible lo que aprendía a mis amigos y comencé a traducir muchos poemas al español. Me propuse crear una lengua distinta que surgía de la unión del español y el inglés: un español que no es de ninguna parte y un inglés forzado por las exigencias de una literatura marginal. Sentía también una vinculación morbosa con las malas traducciones al español de autores norteamericanos. Leo esas traducciones y hay momentos absolutamente hilarantes, como también hay otros en los que se crea una especie de suspensión del lenguaje, que me parece

sumamente poética. En expresiones a veces intraducibles, el español se extraña, empieza a estar preñado por otra lengua: un inglés que tampoco es el inglés dominante. En esa mezcla encuentro unas posibilidades que ahora estoy explorando con mi poesía.»

«Nuestra generación nació marcada por la frustración de quienes vieron cómo se desintegraba un sueño de desarrollo capitalista orientado a un modelo muy parecido al de Estados Unidos. Mucho se ha hablado de la diáspora venezolana, y si bien es verdad que somos parte de una generación del desarraigo, creo que estamos cayendo en la exageración al diferenciar dos posiciones: víctimas o culpables. Por un lado, quien está afuera a veces tiende a victimizar su posición y, por el otro, quienes se quedaron en Venezuela nos acusan de haberle dado la espalda al país. Yo me he burlado de ambas posiciones, y lo he escrito. En lo que a mí se refiere, no tengo planes inmediatos de regreso. Estoy terminando mi doctorado, pero podría regresar con gusto si se me presenta una posibilidad clara. No me fui por miedo, ni porque pensara que el país se estaba desintegrando; una hipótesis que considero exagerada. Estar afuera te permite ver todo con mayor distancia, comprender que sería falso pensar que el país se terminó, se murió o que perdimos la nación. Logras entender que estamos viviendo



«HAY RUIDOS, COMO LOS DE LOS AIRES ACONDICIONADOS, QUE PARECEN TRAER PEDAZOS DE CONVERSACIONES SUELTAS»



«EN VENEZUELA NO ESTAMOS ASISTIENDO A LA MUERTE DE UNA NACIÓN, SINO A
UN TRÁNSITO QUE TIENE QUE VER CON REAJUSTES REGIONALES Y GLOBALES»

un momento muy difícil, que sin duda hubiera podido evitarse, pero que en gran medida es reflejo de un fenómeno global. Venezuela es como una caja de resonancia: conflictos, presiones, cambios, que están sucediendo en todo el mundo. Un mundo que ya es multipolar, que no tiene centro de poder específico. En Venezuela no estamos asistiendo a la muerte de una nación, sino a un tránsito que tiene que ver con reajustes regionales y globales.»

Los versos, sin embargo, son criaturas vivas, que reflejan los cambios de aquellos que parten sin fecha de retorno. La mayoría de los nuevos autores está escribiendo sobre la diáspora, sobre el conflicto interno de vivir trasplantado en otra cultura. Culturas que a veces llegaron a idealizar pero que luego, bajo el constante vivir, se muestran desnudas, con sus imperfecciones y conflictividades. «Una vez que uno sale del país, una vez que compras un pasaje solamente de ida, sientes la necesidad de redimirte. Tienes que encontrar el sentido; debes mostrar que valió la pena. Son muchas las dudas y las presiones que acompañan esa decisión. Yo comencé a escribir sobre ese tema, intentando hablar a un colectivo que no existía en la realidad. Quise reflejar la voz de muchos, de una generación, pero a través de la mía.»

Santiago paladea cada una de las palabras que componen su nuevo libro. Lo hace con ese tiempo dilatado que solo conoce la poesía. «El libro que estoy trabajando se llama, tentativamente, *Cuaderno de otra parte*. Escribirlo ha sido un proceso largo, pero eso no me produce ninguna molestia. Tal vez va a ser un libro corto, de poemas largos. Allí hablo en nombre de quienes nos fuimos, pero también les hablo a ellos. Escribo pensando en mis amigos, que están descuartizados por el mundo. Trato de imaginar un nuevo tipo de comunidad: una comunidad que, sin estar necesariamente atada a lo nacional, tiene su fundamento en un lazo conflictivo entre desterritorialización y memoria.»

«No podría pensar en unos versos para definir a Venezuela. Quizás en el poema “Irse” habría algunos. Lo escribí después de un año de vivir en Estados Unidos.» Santiago vuelve a su mirada anárquica, honda, sin tiempo, y nos lee:

Me duele la mandíbula cuando recuerdo lo pequeño que era mi país.

Mi país era una diosa de cemento a la orilla de un río envenenado.

Era jugos vaginales, paisajes degollados: intermitencias.

Yo creía que mi país estaba en mi cuerpo

pero mi cuerpo es incorruptible y no hay país que sea un cuerpo.



MARIZA BAFILE

CARACAS, 1953 | Periodista, escritora y guionista. Desde 2014 directora de la revista virtual *ViceVersa Magazine*. Corresponsal de *La Voce d'Italia*. Diputado en 2006 del Parlamento Italiano en representación de los italianos de América Meridional. Ha colaborado con *Rai International*, *L'Unità* y *Corriere della Sera*. En Venezuela con *Tal Cual* y *El Nacional*. Ha publicado los libros *Passaporto verde* y *Notturmo*.



OLIVER KRISCH

CARACAS, 1977 | Se formó desde adolescente con su tío Pablo Krisch, Premio Nacional de Fotografía 2015. Fue alumno y asistente de los fotógrafos Luis Brito, Ricardo Jiménez, Ricardo Gómez Pérez y Antolín Sánchez. Ha expuesto en Galería de Arte Nacional, Museo Mario Abreu, Museum of Latin American Art de Los Ángeles, Museum of Catholic Art de Nueva York y Museum of Modern Art.

Es tuya la navaja quebrada
que brota detrás de mi lengua

(Sus muelles silban sobre lo crudo)

Tú volcaste esa copa de polvo
donde apenas soy
un nudo de barro
un resto sordo entre tus dos espaldas.

[Del libro *Detrás de los erizos*, 2007]



Entre los erizos

ALFREDO CHACÓN



Su primer libro de poemas, el único que ha publicado hasta ahora, es de 2007. Se titula *Detrás de los erizos* y fue ganador del Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. En 2010 le dediqué a este libro parte del artículo «Tres poetas nuevos y diversos», con el fin de destacar en sus poemas ciertos rasgos que, además de valiosos, me parecieron novedosos dentro de la poesía venezolana de siempre. Siendo los más globales y fundamentales entre estos rasgos: su alejamiento de las consabidas poéticas del subjetivismo intimista o exteriorista, y el amplio registro de sentido en que ejercen su preciada autonomía la voz y las palabras de sus breves y concisos poemas. Por ejemplo, este fragmento: «*Ahora que ningún ruido es tuyo/ te mantienes impecable/ en el revés de la tierra/ encandilado contra un muro de lápidas*». O también este poema entero: «*Quisiéramos hallar en el aire/ un grano que no nos tenga/ o la mano que lo haga estallar*».

Después de su residencia estadounidense como estudiante de la Universidad de Columbia, Santiago Acosta solo ha publicado una

plquette titulada *Caracas*. Sin embargo, un breve texto que da inicio al libro en curso *Cuaderno de otra parte* marca un cambio radical en la orientación de su poetizar. Se trata ahora del poema proferido desde una recia transfiguración de lo personal, que le brinda acogida al desarrollo de una muy determinada temática y busca decir ya no tanto en, sino más bien a través de las palabras. Por ejemplo: «*De mi supremo ojo saltan monedas, de mi supremo amor/ cae el peso de tus ruidos industriales. Eres una autopista/ dorada,/ el mármol negro de la aceleración./ Yo soy tu órgano rojo*».

Entre aquella y esta opción, su recorrido poético se nos aparece como algo muy distinto del simple viaje de regreso. Ahora la voz que habla en su poema patentiza lo tremendo de un tema, pero en la medida en que sus palabras lo construyen como un mundo y no se limitan a representarlo.

Ahora el poeta no está detrás, sino entre los erizos.

[Poeta y ensayista. Ex director general del Celarg y de Biblioteca Ayacucho]



John Manuel Silva

«Me interesa el tema de los perdedores»

Nacido en Caracas, en 1984, su primer libro, *Afrodita C.A. y otras empresas fracasadas*, reúne diez cuentos que revelan los pasos firmes de un joven narrador. En ellos convierte a San Antonio de Los Altos en una totalidad donde los seres comunes libran sus pequeñísimas épicas personales: historias de crueldad, intolerancia, incomunicación, traición o pasión. En sus líneas se expone el fracaso y la vulnerabilidad, la soledad y la decadencia, de ese lado nada festivo de la condición humana: el de los perdedores.

TEXTO MARIANELA BALBI | FOTOS ROBERTO MATA

Están «sanantoñano» como la permanente niebla que cubre las mañanas de los Altos Mirandinos. Mira a Caracas desde lejos, porque le suena a mucho «caracacentrismo». No estudió Artes en la UCV porque le molestaba el tufillo a intelectualidad exquisita que se respiraba apenas atravesaba la Tierra de Nadie. En realidad, es técnico en Informática, que prefiere el silencio mundo con rasgos de Asperger de casi todos los *geek* a las frivolidades de las muchachas que quieren ser La Maga y pasearse acompañadas de algún Cronopio. Se siente más a gusto en la oscuridad de una sobreviviente sala de cine que en una peña *vintage* con pretensiones de evocar a aquella estridente República del Este. Se trata de John Manuel Silva, narrador, que escribe con tanta gracia, autoridad y oficio que sus cuentos se han destacado en los concursos de Sacven y la Policlínica Metropolitana.



Quien primero se interesó por la escritura de John Manuel fue Daniel Pratt, fundador de Panfletonegro, una website libertaria que, desde 1999, ha abierto una ventana para aquellos que desean remover ciertas estructuras de lo culturalmente correcto. Luego se interesaron Héctor Torres y Salvador Fleján, quienes ya habían leído sus relatos «Los discos de mi padre» y «Afrodita C.A.»: el primero, de cruda intolerancia por el despertar homosexual; el segundo, de elevada y fantasiosa imaginación en clave de ciencia ficción. Reconocían su inventiva, su limpieza narrativa, capaces de remover la pasividad ante los capítulos oscuros de una antología de la crueldad.

Pero antes de escribir su primer relato, y de darse cuenta de que la informática le podía asegurar un oficio para ganarse la vida, debía acumular muchas horas de lectura.

Todo comenzó con *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, en una edición de bolsillo que su prima le había dejado en casa sin siquiera abrir la primera página. «A diferencia de mi prima, que pasó el examen de literatura en bachillerato sin leerla, yo sí la leí y me gustó. Es más, me gustó mucho.»

Cuando John Manuel abrió por primera vez la puerta de esa novela épica y fundacional, de horizontes inalcanzables, que fundía universalidad y color local, era un adolescente muy callado. Había crecido en un hogar formado por su padre, inmigrante español que había llegado de Galicia en los años cincuenta, y por su madre, una andina hija de campesinos que se mudó a Caracas a finales de los sesenta para trabajar en una empresa de servicios de

limpieza. El dueño de esa compañía era el inmigrante gallego, con quien terminó casándose. Siete años después, la madre se iba de casa para siempre.

«Nací en la Maternidad Concepción Palacios, quizás porque allí nacían todos los niños, pero soy de San Antonio, donde he vivido, crecido y estudiado. Mi padres se casaron en 1980, y yo nací cuatro años después. Mi mamá me puso el nombre de John porque estaba enamorada de John Travolta. Cuando el hombre vino a Venezuela, no lo pudo ir a ver a Sábado Sensacional. Por eso me llamó John, para paliar la frustración. Años después me topé con el Travolta que resucitaron en *Pulp Fiction*. Entonces decidí incluir una referencia a esa película en mi cuento «Reflejo». Si algún día tengo la oportunidad de conocerlo, me gustaría contarle todas esas coincidencias.»

Cuando John Manuel dejó el liceo y decidió culminar sus estudios de bachillerato por parasistemas, ya tenía muy claro que la informática sería una de sus vocaciones. No sabía entonces que aquella práctica con algoritmos le aportaría dos facultades que hoy le han servido para armar sus relatos: el encadenamiento de los hechos en sucesiones de eventos ordenados que conducen a distintos desenlaces y la exactitud de un lenguaje que valora el significado preciso de cada vocablo utilizado para construir la historia.

«Para entonces pude empezar a trabajar en Movilnet. Me tocó en Ventas y Atención al Cliente. Eso me permitió tener contacto con la gente, y comencé a hablar, porque yo no hablaba con nadie. En parasistemas no hice un solo amigo; me habrán creído el ser más antipático del mundo. Tuve que aprender a hablar para conseguir novia; si no, me iba a morir virgen.»

Luego de comenzar a escribir en Panfletonegro, lo empezaron a buscar de otros medios: de la revista Replicante, de México, y de Guayoyo en Letras. Sin esperarlo, lo alcanzó la escritura periodística y un trabajo formal en la revista *Clímax*. «Allí sigo haciendo reportajes. Narro la realidad más allá de la opinión personal, registrando hechos. También hago entrevistas. Se me dio bien ese tipo de escritura. Eso se lo debo a Gerardo Sánchez, quien me impulsó a escribir en tercera persona, que era algo que me costaba mucho. Me enseñó a salirme de la historia, a contar más sobre el entrevistado. He escrito mucho para medios y lo estoy disfrutando. He adquirido muchas herramientas, y todo gracias al periodismo.»



**«EN LA CIENCIA FICCIÓN,
ENCUENTRAS LA MANERA DE
CONVERTIR LA REALIDAD EN
METÁFORA Y NO EN DESCRIPCIÓN»**

En paralelo, John Manuel comenzaba a leer con fruición. Leía todo lo que le caía en las manos. Y esa avidez lo llevó a la literatura de Stephen King, hecha a la medida para abrumar con sus tenebrosos relatos la atención de un muchacho que crecía en las tinieblas de San Antonio. «Cuando uno es joven, esa es la primera gran lectura que uno tiene. King es muy literario, pero al mismo tiempo es un autor de mucha fantasía. Nunca olvidaré el relato en

el que aparecía un tren a medianoche y luego desaparecía en la nada.» Todo podía ocurrir, desde lo más sobrenatural y hasta lo terrorífico, en esas pequeñas comarcas donde vivía gente común. Y San Antonio podía ser Salem, y Carrie cualquier niña víctima del *bullying* en el liceo Siso Martínez.

Era también irremediable que cayera en las redes tejidas por los maestros del *boom* latinoamericano, portadores de manuales con mujeres voladoras, abuelos fabuladores, mariposas amarillas, viajes bajo el cielo de París en días de lluvia. Ese maridaje que iba del canto a las contradicciones de ciertas soluciones narrativas producían reacciones. «Me molestaban los lugares comunes y la cursilería, lo corriente y lo previsible.» Pero se quedó aferrado a uno de ellos, y hasta el día de hoy: Mario Vargas Llosa: «tiene una maravillosa forma de construir novelas».

No esperó mucho para regresar a los escritores norteamericanos: Don DeLillo, John Dos Pasos, Cormac McCarthy, Thomas Pynchon, Hemingway. Se adueñó del estilo limpio de su escritura, de la precisión de las palabras, de la maestría para retratar a los pequeños seres que quedaban enmarcados en esos grandes

espacios cruzados por historias cotidianas de horror y pasión, de traiciones y excesos. «Los norteamericanos han tomado los relatos de la América profunda y han universalizado las circunstancias humanas. Las entresacan donde quiera que estén.»

PERDEDORES POR NATURALEZA

Popeye, Villalba, Betulio, Manuel, Mauricio... todos personajes de Afrodita C.A., comparten una faceta que John Manuel ha decidido explorar: la de los seres ordinarios que transitan por la senda del fracaso, la desilusión y la decadencia. Sus casas están enmohecidas y sus vidas desconchadas. Él los llama perdedores. «Me interesa el tema de los perdedores, pero no en el sentido clásico que remite a los poetas o artistas malditos. Busco los perdedores que existen



«EL “CARACASCENTRISMO”
DE NUESTRA NARRATIVA NOS
HACE CREER QUE TODO EL HORROR
OCURRE EN CARACAS. HAY UNA
INGENUIDAD MUY GRANDE EN ESO»

entre gente común y corriente. Cormac MacArthy los ha descrito muy bien. Siendo un hombre muy culto, escribe novelas sobre gente que probablemente nunca leerá un libro en toda su vida. Esa épica del norteamericano común es una literatura muy difícil de escribir y que muy pocos pueden contar.»

Son esas historias las que le gusta narrar, con personajes que no son héroes ni protagonizan grandes epopeyas. Viven pequeños conflictos como los seres comunes que son, tal como la mayoría de la gente. Le gusta acercarse de una manera sigilosa, casi invisible, al lado más crudo de la condición humana, porque prefiere reconocer el espacio donde la gente lidia con sus fantasmas internos, donde solo a veces gana y muchas veces pierde.

«No me gusta la gente que siempre está diciendo lo buena que es. Más bien me gusta fijarme en el venezolano promedio, en el que está lidiando con sus propios fantasmas. No lo hago por demagogia, ni porque desee reivindicarlos. Solo quiero contar sus historias. Ese es el tipo de gente que más he conocido: gente normal, que vive su vida y ya está. No por comunes dejan de vivir historias grandiosas que merecen ser contadas. Yo quisiera rendirle un tributo personal al Salvador Garmendia de *Los pequeños seres*, por haber hecho una de las primeras novelas verdaderamente urbanas y haber mantenido su independencia y honestidad hasta los últimos años de su vida.



EL LUGAR, EL UNIVERSO

Alguien debía escribir sobre ellos, alguien debía situar sus historias en las localidades naturales donde han vivido sus pequeñas tragedias, sus dramas cotidianos. No era necesario rendirse al «caracascentrismo» para que el relato sobre el sufrimiento lacerante de Erik, a causa de su despertar a la homosexualidad, alcanzara rasgos monstruosos; o para que la mitomanía del padre de Manuel se ahorrara los rasgos universales solo por estar ambientada en la humedad y los verdores de San Antonio.

«Me aburren los lugares comunes y, sobre todo, ese ejercicio pueril de creer que si pones a un caraqueño a fumar marihuana estás escribiendo un cuento urbano. Me gustaba hacer una épica de mi ciudad, poder contar la historia de mi aldea, sin que dejaran de ser universales. La gente piensa que fuera de Caracas no hay una vida digna de contar. Imaginemos una ciudad

**«EN MI CASA NADIE LEE, PERO
LOGRÉ QUE MI PADRE SE LEYERA
COMPLETO MI LIBRO, LO QUE
CONSTITUYE UNO DE LOS GRANDES
LOGROS DE MI VIDA»**

**«ME GUSTA FIJARME EN EL
VENEZOLANO PROMEDIO, EN EL
QUE ESTÁ LIDIANDO CON SUS
PROPIOS FANTASMAS. NO LO HAGO
POR DEMAGOGIA, NI PORQUE
DESEE REIVINDICARLOS»**

como San Juan de los Morros, El Tigre o Cumaná. Imaginemos las historias que debe haber en esos lugares. Las historias de esas aldeas valen porque el ser humano es igual en todas partes. El «caracascentrismo» de nuestra narrativa nos hace creer que todo el horror ocurre en Caracas. Hay una ingenuidad muy grande en eso.»

UN ASUNTO DE SEXO

El otro tema que ronda de manera insistente la curiosidad de John Manuel es la sexualidad, pero desde la vulnerabilidad masculina. En sus cuentos son los personajes masculinos los que marcan cada encuentro, cada jugada, cada desahogo. Entre línea y línea se resuelven los asuntos de la cama, sin mayores afeites ni elaboradas actuaciones. Son escenas descarnadas, automáticas, aun cuando no explícitas.

«Mis hombres son caracteres débiles, que tienen problemas sexuales, ya sea porque son adolescentes que descubren la sexualidad o la homosexualidad, ya sea porque son hombres con alguna disfuncionalidad. Todo ese mundo me interesa mucho. Más que naturalizar lo explícito en el sexo, como lo hicieron los escritores del movimiento McOndo, expongo la sexualidad para hacer explícito ese lado vulnerable del hombre. Sobre los conflictos sexuales femeninos se ha escrito muchísimo, porque la mujer está mucho más conectada con su sexualidad. Pero sobre el hombre, en cambio, no. Justamente quiero explorar al hombre débil.»

«En general, lo erótico idealiza el sexo. Pero a mí no me interesa idealizar. A mí me interesa contar y ya. ¿Cómo es la gente? Pues llega, tiene sexo y se va. No hay ni siquiera maldad en lo que hacen. Todo es muy seco; incluso hay ternura. Del sexo salen conflictos que me gusta trabajar.»

CIENCIA FICCIÓN

La ciencia ficción y sus sociedades futuras, construidas en universos paralelos donde es posible la manipulación genética y la producción en serie de seres desalmados, le prestan sus códigos a John Manuel para sumergirse, desde la simulación, en asuntos de identidad o en dilemas filosóficos sobre la conducta humana.

«Con la ciencia ficción, maquillándolas, se pueden contar muchas cosas. Se pueden tocar temas sociales, como la clonación o la inteligencia artificial, para hablar en realidad de historias que son muy íntimas. Esos temas, finalmente, ponen sobre la mesa aspectos éticos muy complejos, porque al final remiten a asuntos de la naturaleza humana y no tanto del sistema.»

En esos escenarios ficcionales del futuro, John Manuel prefiere observar a un ser humano que es y será siempre responsable de sus actos. Sucumbe ante las contradicciones antes de ser víctima de un sistema opresor que comprometa su libre albedrío. «El ser humano no es víctima de un sistema más grande que lo dirige y oprime. Opino más bien que el ser humano es de una determinada naturaleza y que de él se desprende lo mejor y lo peor. La realidad que se describe en Afrodita, C.A. no está muy lejos de eso. Por ejemplo, la gente utiliza ju-



«LOS NORTEAMERICANOS HAN TOMADO LOS RELATOS DE LA AMÉRICA PROFUNDA Y HAN UNIVERSALIZADO LAS CIRCUNSTANCIAS HUMANAS. LAS ENTRESACAN DONDE QUIERA QUE ESTÉN»



«¿QUÉ PODRÍA HABER DE AUTOBIOGRÁFICO EN MIS CUENTOS? SIN DUDA, LA HISTORIA DE MI PADRE, QUE ES EN BUENA PARTE LA MÍA»

guetes eróticos para darse placer: muñecas inflables. Solo era cuestión de tiempo para que alguien desarrollara inteligencia artificial y les agregara personalidad. De hecho, eso ya está ocurriendo. Si eso se populariza, es por decisión de la gente. Y no podemos determinar si la idea es buena o mala. Para muchos, al menos resuelve el tema de la soledad, la necesidad de comunicación.»

Leyendo a autores como Robert A. Heinlein aprendió a ligar ideas políticas con los motivos de sus relatos. También reconoce la huella de las crónicas marcianas de Ray Bradbury, de las distopías políticas de George Orwell y, sobre todo, de la «ciencia ficción intimista» de Ursula Le Guin. «Porque, al final, el problema es filosófico y no político. Al final queda lo que le ocurre a los personajes: traición, venganza, celos, amor,»

John Manuel recuerda que a los kioscos de San Antonio llegaban unos facsímiles de ciencia ficción que imprimían en papel prensa y costaban diez bolívares. «Allí leí a muchos autores, algunos muy moralistas, pero eso es propio de la ciencia ficción. Allí entendía cómo era eso de maquillar la realidad para poder hablar de lo que pasa en el mundo, pero sin nombrarlo. En la ciencia ficción, encuentras la manera de convertir la realidad en metáfora y no en descripción. Si logras sacar un tema de actualidad y convertirlo en un asunto más metafórico, lo vuelves universal y atemporal. Eso hace que el relato no envejezca.»

YO SOY TODOS

En cada uno de los diez relatos de *Afrodita C.A. y otras empresas fracasadas* (2011), John Manuel va dejando rastros de su épica personal, de sus gustos por el cine y la música, de la relación con su padre, de la ausencia de la madre, de las complicaciones de los primeros amores, de la incomunicación.

La Cinemateca le regaló muchas horas de deleite cinematográfico, hasta que se hartó de tanto cine de autor, que veía «por prestigio intelectual». «Veía de todo, y muchas películas que no llegaban a las salas comerciales. Descubrí el libro de Guillermo Cabrera Infante, *Un oficio del siglo XX*, y me gustó mucho la forma en que narraba las películas que veía.» A partir de ahí, no solo empezó a escribir sobre cine en Panfletonegro, sino también a nutrir sus relatos de referencias cinematográficas, a veces de una manera muy implícita y a veces recreando escenas de alguna película como parte de la historia.

«Esto me sucedió con el cuento sobre mi padre: “Una historia familiar”. Él y sus amigos inmigrantes siempre contaban cómo habían sido las primeras impresiones de su llegada a Venezuela en barco. Así que cuando vi la película *El Padrino*, me imaginé que debía haber sido de esa manera. No sé si mi padre y sus amigos la han mitificado, pero yo me acordaba de la escena en la que Vito Corleone ve la costa y se escucha por los autotoparantes, en la cubierta del barco, “¡América... América!”. De pronto todos se acercan a la baranda. Para mí era como la inocencia viendo la Estatua de la Libertad, pero en verdad era el inicio de una vida nueva.»

«¿Qué podría haber de autobiográfico en mis cuentos? Sin duda, la historia de mi padre, que es en buena parte la mía. También la presencia de San Antonio, porque es lo que he vivido. Pero del resto nada más. El tema del padre, en todo caso, se ramifica de muchas maneras, pero creo que no lo tocaré más. En mi casa nadie lee, pero logré que mi padre se leyera completo mi libro, lo que constituye uno de los grandes logros de mi vida. Creo que le gustó mucho, y además creo que le encanta tener un hijo que escriba. Una vez me entrevistaron en Vale TV y se lo dijo a media cuadra. Mi padre me crio, y esto es raro porque, por lo general, es el padre quien se va y la madre quien se queda. Pero en mi caso fue al revés. Me llevo bien con mi madre, pero ella tiene su vida aparte. Se fue cuando yo tenía como siete años. A partir de ahí me volví un ser introvertido. Pero ya no lo soy. Por eso escribo.» ●



MARIANELA BALBI

PUNTA DE MATA, 1963 | Licenciada en Comunicación Social de la UCAB. Realizó un D.E.A. en Literatura Hispanoamericana en la Sorbonne Nouvelle. Especialista en periodismo cultural, ha trabajado en *El Nacional* y *Economía Hoy*; y en las revistas *Puntal*, *Revista Bigott*, *Gatopardo* e *Imagen*, entre otras. Desde 2012 es la directora ejecutiva del Instituto Prensa y Sociedad IPYS Venezuela.



Roberto Mata

ROBERTO MATA

VALENCIA, 1967 | Fotógrafo de formación autodidacta, ha colaborado con *El Nacional*, *Gatopardo*, *Complot* y *Estampas*, entre otros. Ha ganado el Segundo Premio de la Bienal Christian Dior (1995), el Premio Sebastián Garrido de la Bienal de Artes Plásticas de Puerto La Cruz (2001) y el Gran Premio del Salón Nacional de Arte Aragua (2006). En 1993 fundó una escuela de fotografía que lleva su nombre.

La vejez del diablo

[FRAGMENTO]

Había perdido la habilidad de oler el mar a medida que me acercaba a él. Ese solía ser el disparador de mi alegría cuando niño: nos montábamos todos en la camioneta de la abuela y bajábamos a La Guaira. En el camino permanecía tranquilo, incluso cuando avistábamos el mar desde la carretera; hasta que el viento se colaba por entre las ventanillas del carro y sentía ese bálsamo salado en mi nariz. Entonces sí, comenzaba a brincar y verificaba en la maleta que el salvavidas siguiera allí, junto con el bronceador y la ensaladera, para luego voltear hacia Jacinto y retarlo. Me gustaba confrontarlo con su miedo a nadar y su pánico a la profundidad. Él, sin embargo, nunca evadía el duelo que le proponía. Al menos no allí, en el trayecto; era después, cuando estábamos a solas en medio del agua y yo le insistía en que era un mariquito por no atreverse a nadar un poco más hacia lo profundo, que Jacinto dejaba ver su miedo y se devolvía, o peor, se quedaba estático y comenzaba a hundirse, y entonces gritaba por auxilio y arruinaba toda la diversión. Lo sacaban del agua, mi papá o mi tío, y me acusaba de haberlo hundido o de jugarle sucio. Pero nunca admitía la verdad, el temor que sentía cuando nadaba hasta un poco más allá de donde podía apoyarse con los pies. Creo que esa actitud: ocultar el miedo a todos aun a costa de la verdad, se mantuvo durante los años posteriores, incluso aquel día en que lo fui a buscar al aeropuerto.

Mientras conducía la camioneta de la abuela comprobaba una vez más que había perdido esa capacidad para relacionarme con el olor del mar cercano. De grande ya no podía olfatear el océano a la distancia, y era solo después de llegar, al rato de

haberme descalzado y estar sobre la arena, que sentía en mi olfato el cambio del ambiente, del aire caliente y con olor a grasa de la ciudad, a la sal y el agua de la playa. Esa era otra cosa, de grande le decía playa, pero cuando niño yo nunca iba para la playa, iba a El Mar, porque así me lo habían enseñado con el libro ilustrado con que aprendí a leer, y porque así me parecía correcto llamarlo: el mar, como si al ir con mi familia no estuviera yendo solo a ese pedacito lleno de gente al que vamos todos, sino a todo el mar, a la inmensidad que comenzaba más allá de las boyas de seguridad. Y en parte así era, porque cuando retaba a mi hermano para que nadáramos lo más allá que pudiéramos, esa era mi intención: alcanzar la inmensidad.

Pero hubo un momento en que dejé de obsesionarme por la monstruosidad infinita del mar, así como por cualquier concepto que se asemejara a las cosas eternas. Supongo que fue ese instante, cuando comencé a abrazar todo lo concreto y finito, que perdí mi capacidad de oler el mar a medida que me acercaba a él.

Esa tarde, cuando bajé a buscar a Jacinto, fue de las pocas en que extrañé hacerlo. A medida que pasaba el tiempo me había acostumbrado a vivir sin nostalgias. Pero supongo que esa tarde en que una despedida y un regreso estaban a ambos extremos de la jornada, era inevitable. Sin embargo, hice un esfuerzo por no ceder. Así que luego de recibir a mi hermano evadí toda conversación trascendental y me concentré en aspectos insignificantes de esos que sirven para espantar el silencio. Hasta que Jacinto habló, supongo que para él era imposible de evadir la telenovela que acompaña a la muerte.

Sin redención posible

HÉCTOR TORRES



En mayo del 2011, un jurado compuesto por Ana Teresa Torres, Carlos Pacheco y Norberto José Olivari, otorgó el segundo lugar del V Premio de Cuento Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores, a un texto titulado «Los discos de mi padre», que destacó por la fina construcción psicológica de los dos adolescentes que inician una trágica relación homosexual. El autor resultó ser John Manuel Silva quien, en noviembre de ese mismo año, ganaría el VIII Concurso Nacional de Cuentos de Sacven con «Afrodita C. A.», una conmovedora historia de desamor ambientada en clave de ciencia ficción. Aunque de ámbitos muy disímiles, ambas historias compartían un fallido encuentro con el amor y una abrumadora sensación de soledad.

Estos elementos tienen marcada presencia en los diez textos (incluyendo los mencionados) que componen su, hasta ahora, único libro de cuentos: *Afrodita C. A. y otras empresas fracasadas*, publicado en 2014. Historias signadas por el desamparo, la incomprensión del mundo circundante, la errática búsqueda del amor, las relaciones de poder y la exploración de la sexualidad.

A diferencia de otros nombres de su generación, aunque presente, no es la violencia la obsesión vital de Silva, sino algo más de fondo: en su obra el dolor, la soledad y el miedo son los ingredientes que conducen, indefectiblemente, al fracaso. Pero sus personajes no se lamentan, ni se solazan con desangelado morbo con la dureza de las calles, sino que los gana la paralizante resignación, más melancólica que optimista, de quien entiende que esas son las reglas del juego y no hay redención posible. De hecho, suelen contar los sucesos desde cierta distancia emocional, como cuidándose de no involucrarse demasiado.

Silva tenía al menos diez años escribiendo cuando salió su primer título. Este rasgo, más que de paciencia, habla de un compromiso manifestado, sobre todo, en una cuidadosa elaboración de las tramas y en la atención puesta en el acabado, lo que permite atisbar promisorias futuras entregas, a las que habrá que prestar atención.

[Narrador y cronista. Cofundador del portal literario *Ficción breve*]



Miguel Hidalgo Prince

«Un cuento parte de una acción mínima»

Nacido en Caracas, en 1984, creció en Los Jardines de El Valle. Estudió en el liceo Luis Urbaneja Achelpohl y se licenció en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Es autor del libro de relatos *Todas las batallas perdidas*. Con un conjunto de cuentos titulado *El rey de la pista* se hizo ganador de la Bienal Julián Padrón. Labora como corrector y editor de medios

TEXTO ARMANDO COLL | FOTOS YURI LISCANO

En primer lugar, pareciera no tener claro porqué escribe. Eso tal vez sea un buen síntoma en un escritor. No murmura siquiera un método, o esboza un estado de ánimo previo a la creación, ni cómo es el instante en que la idea para un relato si acaso lo asalta. No sabe si sigue algún ritual para la escritura, o si acaso lo tiene. Sin tonos sublimes, el oficio se reduce a sentarse frente a la pantalla y empezar a teclear. No toma apuntes. No escribe a mano.



Miguel Hidalgo Prince es de una parquedad pasmosa, si de hablar de sí mismo se trata: otro rasgo infrecuente como loable en un escritor. Tiene su ego bien guardado, a la espera quizá de otra ocasión. Mas no parece constreñido por ocultamiento alguno; más bien luce transparente y no tiene problema en abrir la puerta de su casa a quien la toque. Si se le interpela, se esfuerza de buen talante a responder algo, algo que lo muestre, ya que se le insiste.

Vive en los Jardines de El Valle, oeste de Caracas. Allí nació y creció. Allí ha vivido con sus padres y, pocas cuabras más allá y por temporadas, con sus abuelos fallecidos. Su madre también murió en 2014, joven aún. En uno de los tantos edificios construidos con afán modernista, funcional y social, comparte el apartamento de un primer piso con su padre y una hermana. Tiene la torre una plaza interior, auspiciosa al encuentro, aunque desolada a media tarde, como en desuso. Al lado del estacionamiento, hacia un fondo que da hacia el norte, se ve una cuesta poblada de ranchos. Del lado sur viene el rumor pertinaz de la autopista Valle-Coche. Hay silen-

cio; no suena la salsa ni hay reyerta en la calle. Solo el inútil, invicto corneteo automotor ante el semáforo interrumpe el tiempo de la siesta.

No muy lejos de ahí, estudió secundaria en el emblemático liceo Luis Urbaneja Achelpohl, donde durante décadas recalaban los muchachos y muchachas de El Valle, la avenida Nueva Granada, El Cementerio, Los Rosales, Santa Mónica, Los Chaguaramos y más allá. Y tras las dudas vocacionales, ingresó en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, donde se licenció.

«Honestamente, yo ni sabía que esa carrera existía. Yo andaba en otras cosas. Primero estudié Ingeniería. Luego obtuve un cupo en Arquitectura que no tomé... Hasta que me decidí

por Letras. La verdad es que descubrí con asombro una carrera universitaria que se pareciera a mí, que estuviera pensada para gente que, como yo, le gusta leer. En ese ambiente empecé a escribir, animado por enviar a algún concurso. Y envié a muchos, pero obviamente no figuraba. Yo no desistía. Para mí esa etapa de los concursos fue como un taller.»

Al leer a los que ganaban los certámenes en los que él no quedaba de finalista, Miguel tuvo su primera confrontación con estilos y tendencias. La perseverancia le permitió lograr varias menciones en concursos de narrativa, que a la postre se convirtieron en sus dos primeros libros: *Todas las batallas perdidas* y *El rey de la pista*. Y como buena parte de los escritores de su generación, también incursionó en talleres literarios coordinados por autores como Óscar Marcato, Alberto Barrera, Ana Teresa Torres o Carlos Noguera. Quien no había crecido en un entorno literario, solo se valía de una vocación precoz.

«A papá no lo veía leyendo mucho, pero él recibía los libros del Círculo de Lectores, que eran los que había en casa... No recuerdo si formaban parte de los títulos del Círculo, pero entre mis primeras lecturas me impactó mucho *Papillon*. Años después vi la adaptación cinematográfica con Steve McQueen y Dustin Hoffman.»

Miguel no pertenece a la generación de venezolanos que tuvieron a *Papillon* como lectura de censurada fruición, puesto que la novela publicada en 1969 y devenida en súbito *best seller*, por su contenido se consideraba «no apta para menores». Pero el libro estaba en casa de todos, y todos lo leyeron a medida que la leyenda de Papillon, alias del autor Henri Charrière, se esparcía por Caracas, donde vino a parar tras muchos intentos de fuga de la Isle du Salut, recodo que la justicia francesa mantenía como colonia de trabajos forzados para delincuentes de alta peligrosidad. Precisamente de esa atroz temporada en prisiones y de la vida enfocada en cómo escapar, trata la autobiográfica narración. Charrière sostuvo su inocencia hasta que murió. Aquí en Caracas, casado con una venezolana, adquirió ciudadanía y recibió el indulto del general De Gaulle. Abrió un café en Las Delicias de Sabana Grande, sumándose a la estampa bohemia de la ciudad.

«En algún momento, Edgar Allan Poe me empezó a perturbar, leído obsesivamente en las traducciones que hizo Julio Cortázar. Ya en la Universidad algunos lectores me asociaban con Raymond Carver o Charles Bukowski. Y ciertamente he leído a los autores estadounidenses mucho más que otros. Por Venezuela destacaría a Pancho Massiani.»



«UNA HISTORIA EMPIEZA ANTES DE QUE EMPIECES A ESCRIBIRLA, Y SIGUE CUANDO TERMINAS DE ESCRIBIRLA. IGUAL TE PASA CUANDO LEES A OTROS»

Si a Miguel se le ha asociado con Bukovski, narrador y poeta de americanísimo vitalismo, de impronta autobiográfica, quizás podría ser porque hay quien adivina la vida del autor en sus relatos. El escritor no niega que esas trazas biográficas estén presentes, pues toda escritura auténtica se relaciona con la experiencia. Pero no siempre quien hurga en un relato, buscando a la persona de carne y hueso equivalente al autor, acierta. Bien es sabido que, si de algo se vale un creador de personajes e historias, es de su capacidad para desdoblarse en otras vidas.



«AQUÍ ESTOY COMO UN ÁRBOL QUE
QUIERE SALIR CORRIENDO. NO VOY
A MENTIR: NO SOY DE ESOS QUE SE
MEZCLAN CON SU COMUNIDAD Y
SALUDAN A TODOS LOS VECINOS»

Miguel admite, por supuesto, la influencia de Hemingway, e incluso concede que uno de sus cuentos lo retrataría en sus años adolescentes. Se titula «Antenas» y, según el autor, «*cualquier parecido con la realidad es casual*»: *Conocí a Daniel en el Urbaneja Achelpohl. Yo había aterrizado ahí porque tuve un pequeño problema en otro liceo. El noveno grado era un asco fuera donde fuera, pero qué iban a saber mis padres de eso. En fin, yo tenía unos 13 años y Daniel aproximadamente 15, porque había repetido séptimo en dos ocasiones. Él siempre fue una especie de leyenda. A simple vista era un chamo normal. La cara grasosa llena de pepas, un bigote que no terminaba de definirse y todo lo demás. Se veía tímido y retraído, pero de un día para otro despuntó su fama. O mejor dicho, su infamia. Fue en su segunda ronda de séptimo, por lo que me contaron. Se ganó una suspensión por haber envenenado al perro del liceo.*

La escritura de Miguel es un acompasado estacato. Predominan las oraciones simples separadas por punto y seguido, que ascienden suaves y preparan el silencio previo a la revelación: *En octavo lo suspendieron otra vez por robarse medio kilo de potasio del laboratorio y bajarlo en la poceta del baño de las mujeres para verla volar en mil pedazos. Aunque no pudieron probar su culpabilidad, todos sabían que había sido él. Recuerdo, que años después, hablando del pasado, Daniel me dijo que ese fue el día en que le llegó el primer rayo de luz.*

«Una historia empieza antes de que empieces a escribirla, y sigue cuando terminas de escribirla. Igual te pasa cuando lees a otros. Cuando yo siento eso, empiezo a escribir sin saber cuándo o dónde voy a terminar. Como diría Don DeLillo, “los cuentos no terminan; se interrumpen”. Siempre dejan un gran enigma del silencio»: *Daniel vivía con una tía en la planta baja de un edificio de tres pisos que no tenía ascensor. La sala estaba invadida por matas de todas las especies. La tía de Daniel las regaba y cuidaba celosamente. Entre las bolsas de abono y tierra se paseaba un morrocoy. «Se llama Goliá» dijo Daniel. «Goliá», repetí haciendo énfasis en la t al final. «No, no, no. Goliá y punto». Me gustaba la casa de Daniel. Todos los muebles eran tan viejos como el edificio. En un rincón había un picó y junto a él un par de guacales rellenos de discos de 45 revoluciones. Según la tía de Daniel, aquel picó todavía funcionaba y de vez en cuando lo prendía para poner sus discos favoritos.*

El fragmento no puede ser más evocativo de esos resabios de pueblo que guardan tantos apartamentos de la caótica Caracas. Como anticipo, se puede anotar que la lección de Massiani se confirma: esa única patria del nativo de la gran ciudad, con pocas cuadras, calles y edificios, la bodega y el café, que no son proclama sino íntimo afecto, solo transferible al tono de una escritura, que da mucho por tácito. Hábitat de unos pocos personajes que son íntima leyenda; cosmogonía personalísima, trazos de una *bildungsroman* caraqueña, de un proustiano Caribe.

Miguel reflexiona sobre el vecindario de toda su vida: «Aquí estoy como un árbol que quiere salir corriendo. No voy a mentir: no soy de esos que se mezclan con su comunidad y saludan a todos los vecinos y tiene amigos para echarse palos, pero supongo que a mi manera pertenezco a este lugar. Por una parte no me pinto, ni vital ni creativamente, una imagen idealizada de mi zona, mi barrio, mi gueto, mi gente, etc. Estoy principalmente en Los Jardines de El Valle, donde paso casi todos mis fines de semana, donde duermo y como, donde están mi cama y mis libros. Es un espacio. Es un punto de la ciudad que a veces detesto porque esto es un desastre y puede ser peligroso, sucio, ruidoso y decadente. Otras veces también me siento muy orgulloso de ser de acá y siento un apego emocional.»

Solo se ha apartado del lugar cuando pasó una temporada en La Coruña, que aprovechó para explorar la península Ibérica y llegar hasta Lisboa. Allí atisbó al enigmático Antonio Lobo Antunes y logró arrancarle un autógrafo: «El hombre estaba como ido. No habla; más bien murmura». Ahora planea viajar a México con propósitos de permanencia.

«Creo que, pese a todo, sí voy a extrañar Los Jardines. ¿Por qué no? Tal vez en el modo raro y a veces enfermizo en el que se extraña a una exnovia demente y maligna. No sé. A veces salgo a dar una vuelta por aquí, sin rumbo fijo, aunque no haya mucho que ver, salvo edificios, pequeños comercios y buhoneros. Los Jardines son como un limbo de edificios, residencias y casas. Eso lo hace un poco más “tranquilo”. Me gusta el aire casual que tiene. Es como más respirable que los colindantes Coche o El Valle, sin duda menos apabullante, además del clima fresco que tiene, con la brisa de las tardes y hasta la neblina que a veces baja de la montaña. No hay torres con oficinas, ni grandes empresas, ni centros comerciales con megatiendas. Es de donde salen las personas en las mañanas a



trabajar y adonde llegan en la tarde o noche para descansar. Siempre ves a gente en pijama, paseando al perro, comprando unos tomates, vestida con lo primero que consiguen en el clóset para bajar un momentico a comprar unas cervezas o a abrirla la reja a una visita. Para mí es un refugio, que ya es bastante decir en esta ciudad.»



EL LUGAR DEL ESCRITOR

Nada más entrar está la cocina donde aguarda el imperioso vaso de agua fría. La sala comedor tiene los muebles necesarios. Una mesa de vidrio sobre la que yace la *laptop*. Ahí escribe Miguel. No hay una biblioteca. No se pretende ninguna decoración. Los portarretratos en su sitio: Miguel y mamá, Miguel y sus hermanas. Es un hogar parco y funcional. Destaca solitaria una antigua máquina de escribir, marca Remington, fetiche de escritores, que Miguel atribuye a algún antepasado.

«Un cuento parte de una acción mínima. Por ejemplo, mi cuento “En medio del camino” se origina de una idea que tenía de alguien que queda varado en medio de una carretera. Pero también tenía la imagen de un viaje familiar en el que vimos una vaca atropellada. Eso me marcó. Me pareció algo muy trágico; sentí mucha compasión por el animal. No dejaba de tener algo romántico esa escena y, al mismo tiempo, era muy cruel. Esa vaca estaba destinada a que los pobladores de las cercanías la picaran. Esa idea se me quedó en la cabeza y se fundió con la del

personaje varado en medio de una carretera. Empecé a esbozar el cuento hace tiempo y no me quedó bien. Deseché ese primer borrador. Lo excreé de mis archivos. Pero tiempo después, empecé a escribirlo otra vez.»

La habitación de Miguel es pequeña; guarda ordenadamente objetos que, al aguzar la vista, sorprenden: por ejemplo, cajas contentivas de una variada colección de viejos acetatos. A un lado espera el picó en el que el dueño los pone a girar a treinta y tres revoluciones por minuto. «Los compro por internet o me los traen amigos que conocen mi gusto por los acetatos. El sonido es más visceral. Me gusta mucho la salsa, pero no para escucharla mientras escribo. Tampoco tolero nada cantado en español, porque interfiere con el texto. Me gusta el jazz, el *bebop*, Charles Mingus... y las óperas, en especial *Turandot*. Soy devoto de un aria inmortal, *Nessun dorma*, como tantos oyentes. *Pagliacci* también me conmueve.»

Salsa brava y buen jazz. *Billy Holiday Greatest Hits* es la primera carátula que se asoma. También hay rock de los setenta, cantantes franceses de la *nouvelle vague*. De pronto confiesa: «No sabía que Ives Montand era actor también». Por la ventana se cuelga impertérrito un edificio que disuena con las modernas torres residenciales: un sólido y cuadrado mamotreto, tan vetusto como el letrero que anuncia a la Universidad Simón Rodríguez.

Del resto, están los libros. En narrativa estadounidense, Carson McCullers, Toni Morrison, Tim O'Brien. Un intrincado anaquel muestra al portugués Lobo Antunes, a los novelistas Miguel Otero Silva y Eduardo Liendo, seguidos del más joven Norberto José Olivares, con sus volúmenes de narrativa gótica marabina. Más allá, el infaltable Haruki Murakami. Después, libros de periodismo, de crónicas, de reportajes. Hacia un rincón, Jorge Carrión con su *Norte es Sur*, y para terminar, un clásico de estos tiempos: *Bobby Fischer se fue a la guerra*, de David Edmonds y John Eidinow.

Transpira algo monacal la habitación del melómano coleccionista de vinilos y lector voraz. Su morador parece mirarla como quien se despidе: no de un lugar sino de un tramo de vida. Es la misma habitación de sus mocedades, de cuando era alumno del Urbaneja Alchepohl. De ahí, como deja saber, poco se aparta. Apenas por las salidas habituales y el trabajo diario como editor de un medio digital. Se desplaza en camionetas, que las prefiere al Metro, porque puede mirar la ciudad, que también anda y desanda a pie.

EXPERIMENTOS CON LA VERDAD

Miguel escribió un relato que, a simple vista, cualquiera asociaría al imaginario de Ernest Hemingway. Se titula «Mi padre, el veterano», y trata de un boxeador. Miguel advierte, sin embargo, que nunca fue aficionado a las reafirmaciones viriles propias del gran escritor americano que acabó con sus días de un tiro. «No sé nada de boxeo. No soy aficionado al boxeo. Pero me interesó imaginar la vida de un boxeador. Tuve que leer, documentarme un poco.» Quien lee el relato, se lleva la impresión de que ha sido escrito por un especialista. ¿Será esa la magia de la ficción? No hace falta ser un experto para escribir un cuento sobre cualquier tema.

Esa «acción mínima», en la que el autor ve el efecto germinal de un relato, basta para que un mundo emerja, cualquiera sea su referente verdadero. Esto lo enseña Paul Auster en sus anotaciones reunidas como *Experimentos con la verdad*, en las que narra episodios ciertos, recuerdos de su infancia, alguna escena angustiante que dio origen a todo un corpus novelístico.



«A VECES VIVIR EN ESTE LUGAR REFLEJA AUTOMÁTICAMENTE UNA CONDICIÓN Y UN ESTILO DE VIDA QUE NO SE CORRESPONDE CON LAS AMBICIONES QUE UNO DEBERÍA TENER»



Así comienza el cuento sobre un boxeador por el que pasea el fantasma de Layo, sin que, en principio, nada tenga que ver con la infancia de Miguel: *Mi madre sufría. No quería que yo fuese la fotocopia de mi padre. Decía que el boxeo era deporte de hombres desesperados. Pero simplemente no pudo hacer nada. Por un lado, en el colegio me sometían y me ponían sobrenombres de lo enclenque que era. Por el otro, mi padre se estaba ensañando conmigo. Así que me dediqué a sacar músculos y aprendí a lanzar coñazos. También troté. Como un desgraciado, troté todas las mañanas del resto de mis días. Subía y bajaba el José Félix Ribas completico. La verdad es que a mí no me gustaba madrugar. Para eso estaba mi padre. Me vaciaba un tobo de agua fría encima cuando ni siquiera se asomaba el alba. «A trotar», decía sin adornos, su única manera de decir buenos días. Aún no salía el sol y yo ya estaba dándole vueltas al barrio. En esos momentos solamente pensaba en el box. Mi padre había sido peso gallo amateur en su juventud. Encontré el álbum en el fondo de una gaveta un día que buscaba papel para forrar un cuaderno. Mi padre saltando la cuerda, mi padre golpeando el saco, mi padre rematando una pera con un gancho de zurda, mi padre en guardia, mi padre con una toalla alrededor del cuello y media sonrisa, mi padre haciendo una pose para la cámara, mi padre levantando los brazos en señal de victoria. Lo otro fue la alimentación. El gran secreto de cocina de mi madre era ahogar todo en dos dedos de aceite hirviendo. «Así no come un atleta», decía mi padre. «Desde hoy, cero porquerías».*

**«A VECES SALGO A DAR UNA VUELTA
POR AQUÍ, SIN RUMBO FIJO,
AUNQUE NO HAYA MUCHO QUE
VER, SALVO EDIFICIOS, PEQUEÑOS
COMERCIOS Y BUHONEROS»**

EL PARAÍSO

«Cuando estaba muy pequeño, nos íbamos todos muy temprano al colegio en el Caprice de mi papá. Mis hermanas estudiaban bachillerato en una parte, y yo primaria en otra. Como me dejaban de último, justo después de que mi mamá se quedara en el INCE, donde daba clases, yo solía ir adelante, entre mi viejo y ella. Supongo que antes, cuando yo era muy niño, hacía más frío. El asunto es que, desde siempre, me ha costado mucho el horario de las mañanas. Yo entraba al colegio a las siete, y era terrible pararme tan temprano con ese clima. Pero había un punto, en el trayecto, en el que me quedaba muy quieto, muy cómodo. No sé... era como sentirme seguro. Mi papá al volante conversando con mi madre. La radio prendida en frecuencia AM. No tenía que preocuparme por nada. ¿Qué mejor imagen de seguridad que esa? Ya no tenía frío, ni tenía los párpados pesados; estaba más bien despierto. Entonces, justo cuando estábamos por dejarla a ella, justo cuando tomaba su cartera y su estuche de comida, justo cuando se movía de su asiento para despedirse, me daba cuenta de que yo me había atrincherado un brazo y medio torso entre su espalda y el asiento, como una cuña. Con razón no tenía frío, porque era el calor de ella lo que me cubría o lo que me transmitía. Me imagino que ella iría toda incómoda conmigo ahí, como un quiste. Pero mi mamá era demasiado mamá. Siempre me viene ese momento en el que, no sé cómo decirlo, me di cuenta de ella, de su dimensión, de lo que hacía por mí. Tomé conciencia de su calor, de cómo se sentía que ella estuviese allí, sin decir nada, un acto de puro amor, y que luego se bajara del carro y se fuera a trabajar, también sin decir nada, todo tan así de simple.»

Ese paraíso ya no está, y no hay que demorarse en esas arenas de la memoria. Miguel piensa que llegó la hora de partir. «Muchas veces he sentido una presión urgente por salir de aquí. No sé si es autoimpuesta, por un tema de clase social, o si es una visión de progreso. A veces vivir en este lugar refleja automáticamente una condición y un estilo de vida que no se corresponde con las ambiciones que uno debería tener. Es evidente el deterioro social que se ve aquí, pero a fin de cuentas esta es la casa de mis padres, aunque la relación sea difícil con el entorno. El cariño con esto seguirá intacto, pero necesito dejar o extrañar este espacio como es debido: desde lejos y por un buen tiempo. De pronto así entiendo qué otra significación tiene para mí.»

Al respecto, una muchacha protagonista de un relato de Miguel llamado «La semilla» dice estas palabras: *Estábamos volando por la carretera. Tenía la tarjeta de crédito de mamá y la plata que me había dejado papá. Tenía el tiempo a mi favor. Hasta nuevo aviso, no pensaba decirle nada a nadie. Era la portadora de un secreto y ese secreto era del tamaño de una semilla. Adolfo aceleró. Cerré muy fuerte los ojos, aunque esta vez no fue por miedo ni por nada remotamente parecido al miedo. Podía sentir el viento en mi cara. Los oídos me zumbaban. Abrí los ojos y viré la cara hacia el camino recorrido. Miré con vértigo la ciudad que dejaba atrás. Se hacía cada vez más pequeña, como si la viera por la ventana de un avión que despega.* ●



ARMANDO COLL

CARACAS, 1961 | Comunicador social de la UCAB. Escritor, periodista y docente. Ha trabajado en *El Diario de Caracas*, *Economía Hoy*, *El Nacional*, *Exceso y Cocina y Vino*. Guionista de telenovelas y «unitarios» en Venezuela, Puerto Rico y México. Ha escrito documentales para Fundación Bigott y Ginesa.



YURI LISCANO

CARACAS, 1973 | Licenciado en Artes de la UCV. Formación fotográfica con los maestros Hernán Villar, Edgar Moreno y Nelson Garrido. Premio Joven Artista del XXVIII Salón Nacional de Arte Aragua y Premio Salón de Fotografía Sebastián Garrido, ambos en 2003. Ha participado en residencias artísticas internacionales en Chile y Uruguay.

El rey de la pista

[FRAGMENTO]

—¿Ya te vas?

Pedí disculpas llevándome las manos al pecho. Era un gesto que había visto en una película italiana. Era en blanco y negro y se trataba de un hombre que busca a una mujer que desapareció en una playa sin dejar rastro. A estas alturas todos los que actuaron ahí deben estar muertos.

—Al menos pudiste darme las gracias, ¿no? —dijo la morena.

Puse cara de confundido.

—Por rescatarte —acotó.

Claro. Rescatarme. Me incliné como un japonés.

—Cuando quieras, rey —dijo, y se perdió entre los bailadores.

Salí dando tumbos y caminé hasta la avenida. Tenía sabor a parchita en la garganta. Paré un libre masticado con saña por el óxido y me monté en el asiento del copiloto sin regatear el precio. Conducía un veterano portugués igualito a Nicanor Parra que llevaba una gorra de Petroleros de Cabimas. Era de los que les gusta charlar a esas horas. Manejaba con una mano y con la otra enfatizaba sus palabras. No quitaba la vista del camino y conectaba una idea con otra sin parar. Algo sobre la inseguridad, la escasez, la corrupción y la ruina en la que está sumido este país, supongo. Lo dejé decir lo que quisiera. Yo nada más hacía umjú. Se llamaba Virgilio y supuestamente era ingeniero de profesión.

—Pero ya me ve aquí, hijo —dijo señalando el volante con la quijada.

Típico. Por todas partes había personas haciendo lo que menos querían hacer con sus vidas. La gran pregunta era qué quería hacer yo con la mía. Pero luego me ocuparía de ese asunto. Por los momentos convenía dejar las cosas tal cual iban. El buen Virgilio me llevaba sano y salvo a casa mientras me contaba sobre su travesía en barco desde Funchal hasta Puerto Cabello, en 1961. Al terminar, hizo una breve pausa como esperando que yo dijera algo.

—No he vuelto desde entonces —prosiguió.

Asentí y miré por la ventana. Las calles estaban desiertas y sucias. Imaginé un barco que cruzaba el Atlántico. Imaginé lo que se debe sentir dejar un sitio y no volver jamás.

Rey. Me había llamado rey.

Bien, hace tiempo escuché a alguien decir que las horas más oscuras precedían al amanecer, así que me aferraba a mis más profundos deseos sin nunca poner en duda mi habilidad para la lucha. Claro, a veces temía a lo que podía pasarme. A la larga uno se encuentra con cosas en contra. La eterna amenaza del tiempo, por ejemplo. O uno mismo, sin ir más lejos. Es difícil vencer eso. Pero apostaba por mi mejor intento de desterrar ese sentimiento. Después de todo no había sido una mala noche. Ya en la habitación, me acosté sin siquiera desvestirme y me entretuve con el último vinito chileno que me quedaba. Mi cabeza estaba en otra parte y no podía agarrar sueño. Miles de escenas corrían en mi mente como una película muda con actores poco memorables. Me quedé así, muy sereno, esperando la claridad del próximo día.

Tributo a la contracultura

ÁNGEL GUSTAVO INFANTE



Miguel Hidalgo Prince tiene 32 años de edad, un título de licenciado en Letras y una ciudad, Caracas, donde se desplaza con comodidad. Al borde de la primera juventud se convirtió en narrador al exhibir sus cuentos en *Todas las batallas perdidas* (2012), libro en el cual muestra una brillante capacidad para darle trascendencia a historias simples y hacer que los personajes anodinos queden vibrando en nuestra memoria.

La incipiente obra de Hidalgo, pese a un contexto enriquecido por las distracciones que incorporan Bolaño o Vila-Matas, sigue la línea clásica al desarrollar y resolver un caso a la vez sobre la base minimalista que refleja los «destinitos fatales» de los perdedores. El narrador se instala con serenidad en la tradición moderna y permite entrever las lecciones aprendidas de la neovanguardia local:

sus antihéroes unen a Garmendia con Azuaje y Centeno, a Massiani con Blanco Calderón y Lucas García, para hacer, como bien dice Morenza: «una escuela de la derrota».

Quizá Miguel tenga un abuelo *beat*. De allí el tributo a la contracultura. (Aquí no puedo evitar el recuerdo de una foto en la que aparece Guillermo Meneses con un albornoz repleto de diminutos signos de la paz). No obstante, sus criaturas no se quedan varadas en la vía: se mueven en ese vagavagar desenfadado con una admirable economía de recursos, según el diseño de una mano que observa mala conducta, contundencia y precisión. En otras palabras: el muchacho tiene pegada. Y lo celebro, porque con estos golpes discursivos, como pedía Cortázar, siempre habrá de ganarle al lector por *knock out*.

[Narrador a investigador. Profesor del Instituto de Investigaciones Literarias de la UCV]





Reinaldo Cardoza

«La realidad tiene sus dobleces»

Nacido en Cumaná, en 1984, se aseguró un lugar en la nueva narrativa con el libro de cuentos *Bosque salvaje*, merecedor del IV Premio Nacional Universitario de Literatura. Profesor en la Universidad de Oriente, núcleo Carúpano, vive en Casanay. Su cuento más reciente, «Historia para un personaje», fue finalista del II Premio Nacional de Literatura Rafael María Baralt

TEXTO ALBOR RODRÍGUEZ | FOTOS ADONAY PERNÍA

Hay que imaginar a un niño de seis años de edad mientras escucha atento por la radio al mismísimo Andrés Eloy Blanco, el poeta cumanés, recitando «Las uvas del tiempo» a poco de sonar las doce campanadas. La familia Cardoza Figueroa solía recibir el Año Nuevo en casa de la abuela materna, que vivía en Las Trincheras, un caserío del suroeste del estado Sucre que queda a quince minutos de Cumanacoa. La imagen era la de unas setenta casas ordenadas en dos únicas calles que al final conflúan en una sola.



«LA LITERATURA, AUN CON
MENTIRAS, SIEMPRE TERMINA
DICIENDO VERDADES»

Seguramente, el niño ni siquiera entendía el poema, pero algo iba captando su atención. Reinaldo Cardoza, que ahora tiene 32 años, recuerda con claridad la escena de aquella noche porque su mamá lo andaba buscando con desesperación. Las Trincheras queda entre el pie de una montaña y las orillas del río Manzanares, por lo que un niño extraviado hace pensar lo peor. «Aunque es un pueblo pintoresco, de clima agradable, fresco por las noches y en temporadas de lluvia, no atrae a turistas ni suele tener mayor movimiento de personas. Los únicos foráneos son los que vienen a visitar a sus parientes.» Pero la casa de la abuela Antolina, a escasos cincuenta metros del río, estaba llena de visitantes. Solo faltaba Reinaldo.

El niño se había ido a la casa contigua, la de la tía abuela Petra, menos visitada por falta de descendencia. Ambas casas eran de techos altos a dos aguas, paredes blancas de bahareque, pisos de cemento pulido, jardines con flores, pocos cuartos, sala estrecha, cocina con fogón a leña. Pero en la de la tía Petra, además, había un amplio corredor en la parte trasera que llevaba a una radio. Y de esa radio salía la voz de Andrés Eloy Blanco: *Madre: esta noche se nos muere un año.*

Ahí lo encontró su mamá, asustada todavía: «¡Muchacho, vas a recibir el año escuchando radio!» Qué lo había atrapado de aquel poema, no puede recordarlo. «No creo haya sido el contenido, porque leyéndolo ahora, y es un gran poema, me cuesta creer que un niño de seis años lo hubiese entendido. Tampoco creo que haya sido por la voz de Andrés Eloy, que siempre me pareció poco musical.» Pero algo había ocurrido ahí.

En 2006, formándose como promotor de lectura, en las manos de Reinaldo cayó un libro del pedagogo francés Daniel Pennac: *Como una novela*. Entonces entendió por qué le gustaba tanto leer literatura, por qué había acertado al estudiar Educación, mención Castellano y Literatura, por qué le interesaba la escritura. «Hasta ese momento, mi experiencia como lector, incluso mi trabajo creativo, estaban muy separados del trabajo docente que estaba emprendiendo. Hasta que leí esa cartilla, que todo promotor de lectura debería conocer.»

A raíz de ese libro, Reinaldo buscó aquellas experiencias que le hubieran sembrado ese gusto por leer y escribir, que le hubieran contagiado esa «enfermedad de transmisión textual». «Para Pennac, la noción de lector es amplísima, pues no se resume solamente a quienes saben leer. Los niños que escuchan historias, o a quienes sus padres les leen cuentos en voz alta, son también lectores. Esas historias que escuchan les despiertan la imaginación. Ahí nace un lector, incluso si aún no tiene dominio de la lengua escrita.»

Entonces fueron adquiriendo sentido aquellas experiencias de la infancia: el niño asombrado por aquel tristísimo poema de Andrés Bello, el niño que escuchaba las historias de fantasmas contadas por sus padres, el niño que en sexto grado tuvo aquella maestra que lo marcó: Miriam Ortiz. «Miriam nos leía en clases pasajes completos de *Ana Isabel, una niña decente*, de Antonia Palacios. Cada uno de nosotros, con el librito en mano, la escuchaba para luego comentar lo que nos parecía. A los doce años, ya yo había leído los libros que mis hermanos tuvieron en bachillerato: *Doña Bárbara*, *Piedra de mar*, *Cumboto*, *Memorias de Mamá Blanca*... Permanecían guardados en una caja de madera porque no había muchos libros en casa. Ya adolescente me tocó estudiar en el internado que Fe y Alegría tiene en el Valle de San Javier, en Mérida. Allí tuve dos profesoras también muy significativas: María Elena de González, que terminó siendo mi madrina de confirmación, y Zuleyma Uzcátegui.»

«Esa maestra y esas dos profesoras leían muy sabroso. Zuleyma era una provocadora. Ella nos leyó, por ejemplo, “El almohadón de plumas” y “La gallina degollada”. Con su lectura nos atrapaba, nos seducía. Luego nos daba libertad de leer lo que quisiéramos en la biblioteca, que era muy buena. Ahí nos recostábamos en los sofás o nos tirábamos sobre las alfombras a leer. No había ninguna exigencia distinta a leer.»

LO MÁGICO, LO REAL

Cuando Reinaldo menciona «El almohadón de plumas» o «La gallina degollada», de Horacio Quiroga, es fácil atisbar cierta familiaridad con sus cuentos. Los que ha publicado hasta ahora en *Bosque salvaje* (2012), ganador del IV Premio Nacional Universitario de Literatura; en *Antología de jóvenes narradores sucrenses* (2008); o en la revista *Zona Tórrida*, en 2013, son cuentos realistas que se encienden por irrupciones extraordinarias.

Hay escritores que desdeñan la historia personal. Pero ese no es el caso de Reinaldo. Basta conversar con él para saber que su narrativa tiene un fuerte resabio autobiográfico. La experiencia de vida, expuesta a los códigos de un cierto realismo mágico, alimenta sus historias. Admite que la lectura de García Márquez ha sido una referencia de mucho peso: «sobre todo por su manera de contar». Pero también recuerda un seminario sobre objetos fantásticos y su representación en la literatura que, al final de su carrera en la Universidad de Oriente, fue impartido por Adriana Cabrera. «Nos hizo leer, por ejemplo, cuentos de *El libro de arena*, *El Aleph* y *El Zahir*, de Jorge Luis Borges. Allí encontré seguridad para fundir historia personal con referentes fantásticos.»



«LOS NIÑOS QUE ESCUCHAN HISTORIAS, O A QUIENES SUS PADRES LES LEEN CUENTOS EN VOZ ALTA, SON TAMBIÉN LECTORES»



«CÓMO ES POSIBLE QUE EN UNA HISTORIA TAN REAL APAREZCA UN ELEMENTO QUE PARECE CUESTIONARLA Y, AL CONTRARIO DE LO QUE SE ESPERARÍA, EL ELEMENTO LO QUE HACE ES RATIFICAR LA NATURALEZA DE LO REAL»

ORÍGENES

Reinaldo nació en el seno de una típica familia venezolana. Estudió primaria y secundaria en instituciones creadas por Fe y Alegría. Su madre, Noemí, creció en Las Trincheras, sin poder completar el bachillerato. Antes de dedicarse de lleno a la crianza de sus hijos, trabajó como auxiliar de maestra rural en un caserío al que se llegaba en bote. Su padre, Rafael, provenía de familias oriundas de Mochima y Nurucual.

La pareja se mudó a Cumaná y se acomodó donde pudo. Estuvieron entre las familias de una invasión que luego el Instituto Nacional de Vivienda transformó en un barrio con casas austeras pero bien construidas. Los primeros residentes, entre los que estaban Noemí y Rafael, lo bautizaron como Fe y Alegría, pues desde mucho antes existía allí el colegio San Luis, al lado de la capilla San Luis Gonzaga, cuyo sacerdote atendía toda la zona de la carretera hacia Puerto La Cruz.

Allí criaron a sus seis hijos y los pusieron a estudiar en el colegio que quedaba a pocos metros de la casa. Hoy todos los hijos son profesionales. El padre, que trabajó toda su vida como vendedor ambulante de comida, pasaba buena parte del año fuera de casa llevando carritos de pinchos, perros calientes, cotufas y raspados de feria en feria. No quería que, bajo ninguna circunstancia, los muchachos trabajaran sin antes haber estudiado una carrera. «Papá creía en el estudio como una posibilidad de ascenso social. Era ley que teníamos que estudiar. Él decía: “Yo me he quemado las pestañas y no quiero que ustedes pasen trabajo”. Como herencia nos dejó a cada uno un título universitario. Yo soy el penúltimo de mis hermanos, y el único que cursó una carrera humanística.»

La madre de Reinaldo los llevaba, a él y a sus hermanos, siendo niños, a cuanta actividad tenía lugar en la tradicional calle Sucre de Cumaná, el epicentro cultural del centro histórico de la ciudad, donde están las casas de José Antonio Ramos Sucre y Andrés Eloy Blanco. En las escalinatas de la iglesia de Santa Inés, se organizaban conciertos de la Orquesta Sinfónica y espectáculos de danza y teatro. Allí vio muchas obras de la agrupación Rajatabla, «sin saber qué era Rajatabla ni tener conciencia de lo que representaban». En 1995, vio *Sucre, el sueño del hombre*, un espectacular montaje hecho al aire libre en el aeropuerto viejo de Cumaná, a propósito del bicentenario del prócer cumaneño. Tenía para entonces once años.

HISTORIAS DE FAMILIA

Los muchachos crecieron escuchando las historias que los padres habían traído de los pueblos donde nacieron y que los abuelos alimentaban con más detalles. «La casa», por ejemplo, uno de los cuentos de Reinaldo recogidos en la *Antología de jóvenes narradores sucrenses*, habla de niños fantasmales que recorren la «enigmática casa familiar», tal como se lo contaba su padre. «La niña», también en la misma antología, relata la historia de una madre que encuentra a su pequeña hija dormida: «pasa una hora velándole el sueño y luego advierte que su corazón no late». La cree muerta y envía a su hija mayor a buscar a la madrina. La casa quedaba en

un bosque lejano. La emisaria —que viene a ser la madre de Reinaldo, tal como sobrevivió en sus recuerdos— emprende el viaje iluminando la noche con una lámpara de kerosene, que le sirve para atravesar el río Manzanares. La mayor parte del cuento se centra en la travesía de vuelta, cuya atmósfera es de terror. Al regresar, la emisaria observa sigilosa el ritual que hace la madrina ante una enorme piedra, tras el cual la niña que duerme revive.

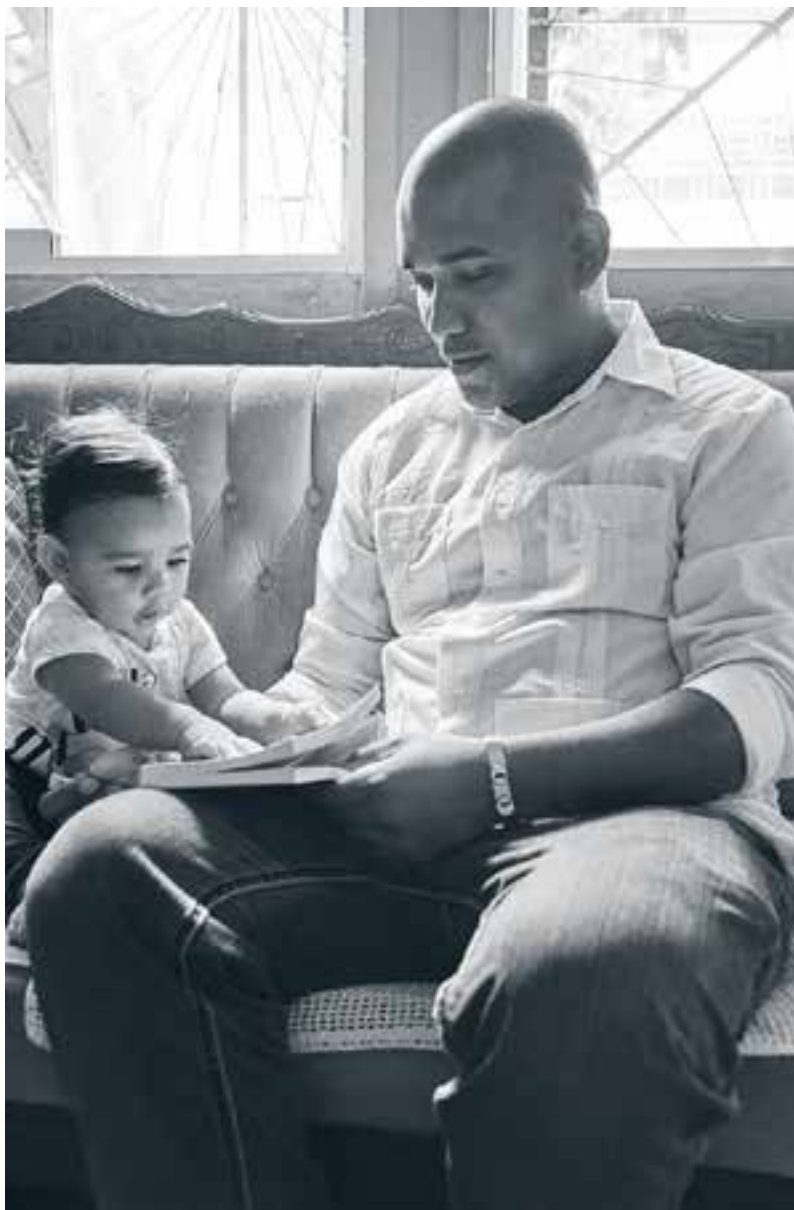
«La posibilidad de que en Cumaná hubiera un maremoto es una idea con la que crecí. Esa posibilidad de que el mar se apoderara de todo siempre fue para mí una imagen revestida de misterio, tan atractiva como amenazante. De niños también nos hablaban de una culebra de agua. Nos quedaba la incógnita de si era una culebra que vivía en el agua o de si el agua formaba una culebra. Esas posibilidades me atormentaban. En otra versión nos decían que, de Cumaná a Cumanacoa, había una culebra de agua que, al moverse, producía temblores. Cuando uno despertara, el agua ya habría acabado con la ciudad.»

Hasta qué punto esa historia lo marcó puede apreciarse en «Ciudad de agua», de su libro *Bosque salvaje*. Se trata del relato de un hombre que viaja en autobús desde Caracas. A poco de llegar a su destino, el autobús se vuelca. Y entonces sueño y realidad se confunden: el hombre se sumerge en el agua que ha ocupado por completo la ciudad a la que regresa: Cumaná.

Si bien Reinaldo reconoce las anécdotas que le contaban padres y abuelos, más que anécdotas le interesaban las atmósferas. «En “La niña” no solo está presente el misterio, sino una atmósfera de soledad, de oscuridad. Nuestra realidad está plagada de elementos que no sé si llamar fantásticos o sobrenaturales. Son tan recurrentes que a veces los vemos como naturales. Y eso me fascina. Mi escritura se ha alimentado de historias que sobreviven en el imaginario, como si fueran cotidianas.»

«Mi madre llamaba a los aparecidos *aparatos*. De niño, yo escuchaba esa palabra y me podía imaginar cualquier cosa, menos un espanto o un fantasma. Mamá nos contaba que, siendo niña, la mandaban a llevarles el desayuno a sus padres, que vivían en un conuco lejos de casa. En ese camino intrincado, de regreso, ella se encontraba con los *aparatos*, que eran hombres sentados a un costado del camino. Ella les hacía preguntas y ellos ocultaban la cara. Esta historia tiene relevancia para mí no solo porque mi madre la haya vivido, sino también porque me obligaba a preguntarme por qué cuarenta años después mi madre no se atrevía





a pasar por ahí. ¿Cómo podría ser esto una invención si la impactaba de tal modo, incluso a plena luz del día?»

El *realismo aparente*, eso es lo que le interesa. Lo que se deriva de esos episodios o personajes que sus padres nunca cuestionaron que fueran reales. De allí que en sus cuentos esas interrupciones de la realidad no luzcan forzadas, sino más bien continuas dentro de lo posible. «Es una herencia del relato fantástico: demostrar que la realidad no es incuestionable, sino todo lo contrario: que tiene dobleces. Siempre hay algo que podría estar oculto. Y eso me atrae mucho. El realismo postula: cómo es posible que en una historia tan real aparezca un elemento que parece cuestionarla y, al contrario de lo que se esperaría, el elemento lo que hace es ratificar la naturaleza de lo real. Aunque sea un elemento sobrenatural, terminamos convencidos de que eso podría haber pasado, de que eso podría ser cierto. Todo es parte del mismo juego, de la misma estrategia.»

EL MOMENTO DE ESCRIBIR

Reinaldo pensaba estudiar Ciencias Políticas en la Universidad de Los Andes, donde ya tenía un cupo asegurado, pero la muerte del padre en 2001 lo obligó a volver y permanecer en Cumaná. A última hora se inscribió en Educación, no muy convencido, donde termina yéndole muy bien. Se graduó con méritos, en cinco años. Fue un descubrimiento para él, aunque la lectura seguía siendo un entretenimiento.

En bachillerato solo escribía «tonterías de muchacho», manifiestos, cartas. Entre dos y tres amigos, en el internado, se escribían durante las horas de estudio. Se imaginaban que habían pasado veinte años y entonces se echaban cuentos de lo que habían vivido. Son los mismos amigos que luego, al enterarse de que estudiaba la mención Castellano y Literatura, le dijeron «Es que eso era lo tuyo».

Ingresa en la UDO en 2002, y a los dos años identifica a un grupo de estudiantes de los semestres avanzados que organizaban recitales y talleres de literatura. Él se incorpora. Eran muy comunes los recitales de poesía y la lectura de cuentos. Entre ellos estaban Giusseppe Pastrán, Orángel Morey, Caín

Marín y María Inés Pérez, entre otros, todos convertidos en narradores emergentes gracias al empeño del escritor cumaneño Rubi Guerra, autor de *La tarea del testigo*.

Reinaldo no participaba en aquellas actividades literarias tanto como deseaba. Su madre había sufrido un accidente cerebrovascular, cuando él estudiaba en el internado, y ahora era paciente renal, necesitada del apoyo de sus hijos. Sin embargo, entre una pausa y otra, el joven escribía. Primero fueron cuentos que hoy le parecen «empalagosos y llorones», luego otros cuentos en los que Rubi Guerra identificó potencialidades que el estudiante se propuso trabajar en un taller de novela. «En ese taller aprendí muchísimo. El estímulo de Rubi fue invaluable. Para mí ha sido una influencia tremenda. Primero por la lectura de su obra, luego por sus talleres y en última instancia por ese trabajo que él hace al margen de recibir textos y comentarlos.»

En palabras del propio Rubi Guerra: «Conocí los cuentos de Reinaldo antes de conocerlo a él. Hace diez años, una amiga común me habló de sus textos y me mostró algunos. Me impresionaron el muy cuidadoso uso del lenguaje y el desarrollo pausado de las anécdotas, libres de las estridencias efectistas tan propias y naturales de quien está comenzando a escribir historias. En esos textos iniciales había un acercamiento sereno y hondo al tema de las relaciones familiares que hacía pensar en un autor de más edad. Creo que esas virtudes se han acentuado con el tiempo».

A finales de la carrera, la escritura pasa entonces de ser algo que le gusta. Escribe cuentos que se anima a enviar a concursos; comienza a publicar. Es el momento de perder el pudor. Y viene la maestría en Literatura Latinoamericana de la Universidad Simón Bolívar, que hizo sobre todo para llenar los vacíos que tenía sobre la literatura venezolana. Concluye en febrero de 2015 con un trabajo de grado sobresaliente que, precisamente, gira en torno a la obra de Rubi Guerra.

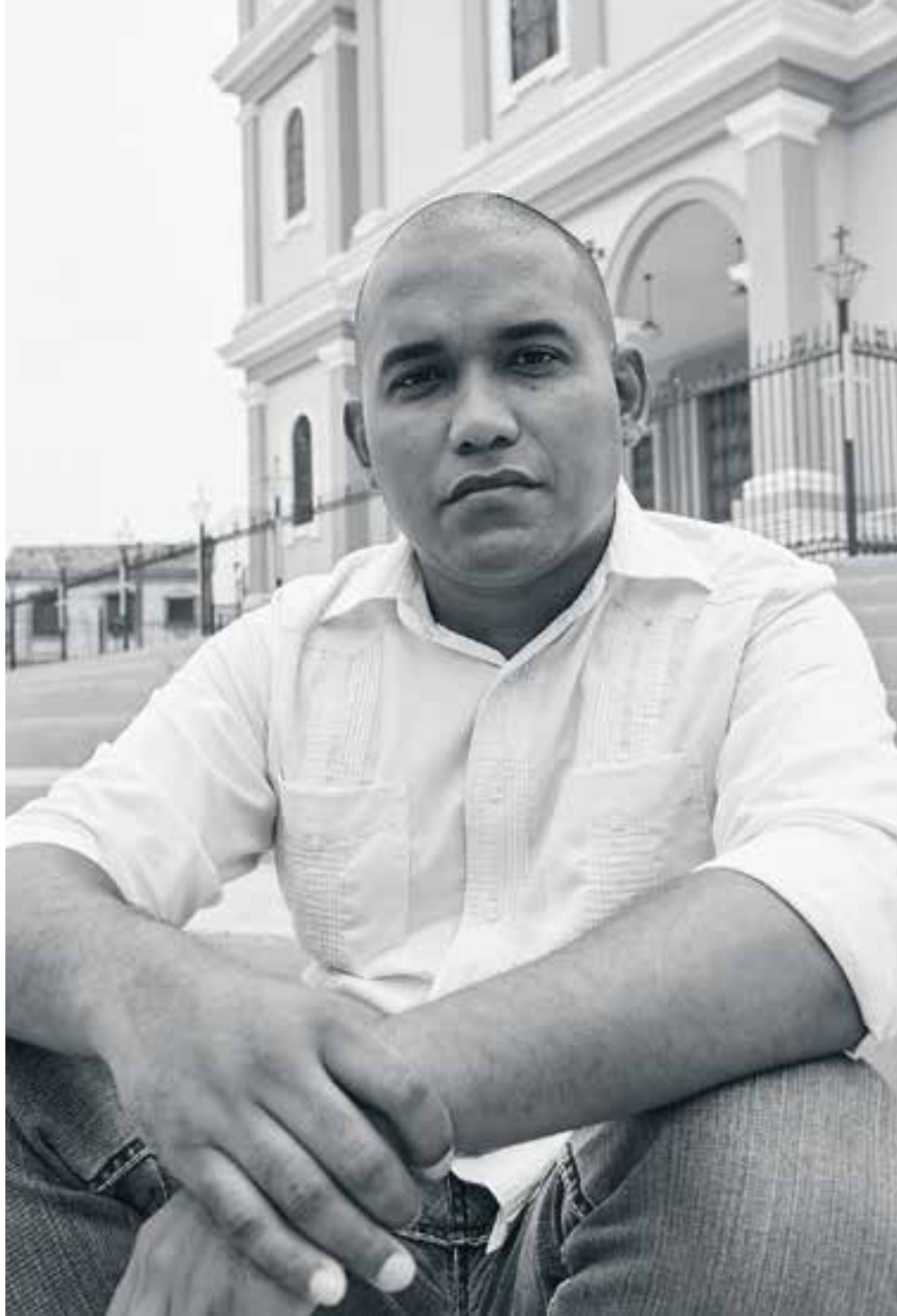
Bosque salvaje lo escribió paralelamente al proyecto de tesis de maestría. «Debía leer mucha teoría. Por lo que escribir esos cuentos me sirvió de desahogo, de contrabalance ante las exigencias académicas.» Y aunque los cuentos están precedidos de una advertencia que reza: «Los personajes y hechos acá narrados pertenecen al orden de la ficción; leerlos de otra manera sería violentar su naturaleza», con ellos vuelve Reinaldo a su historia personal: la del internado de San Javier del Valle, donde se graduó como bachiller técnico en carpintería. Esa experiencia permanece en sus recuerdos sin idealizaciones.

«Cinco viajeros emprenden la búsqueda de un recuerdo abandonado en la juventud (comienza un breve ensayo de Lucía Jiménez sobre el libro, publicado en el “Papel Literario” de *El Nacional* en agosto de 2014). Todos tienen en común el viaje, la nostalgia, la despedida y el internado. Al final, todos ellos parecen transformarse en uno solo: Reinaldo Cardoza, el autor. Su entrega, *Bosque salvaje*, es una pequeña colección de cuentos un tanto melancólicos, llenos de hermosas metáforas sobre la muerte y las despedidas, sobre crecer y sobre volver a casa.»



«LA POSIBILIDAD DE QUE EN CUMANÁ HUBIERA UN MAREMOTO ES UNA IDEA CON LA QUE CRECÍ»

«CUANDO CUENTO ME INTERESAN
DOS COSAS: UNA ANÉCDOTA Y
CÓMO PUEDO CONTARLA, Y LUEGO
CÓMO ESA HISTORIA AYUDA A
DESCUBRIR ALGO»



El título del libro, que originalmente iba a ser una novela, pero que terminó siendo un conjunto de cuentos, está inspirado en el testamento espiritual de José María Vélaz, el fundador de Fe y Alegría: «Del bosque salvaje/ quiero hacer un parque». Si fue solo fuente de inspiración ese trecho de su vida, o si puede leerse como un libro autobiográfico, da lo mismo para el autor. «*Bosque salvaje* es sobre todo ficcional, aunque la gente crea que es verdad. Si es verdad o mentira, eso es irrelevante. La literatura siempre dice verdades. La literatura, aun con mentiras, siempre termina diciendo verdades.»

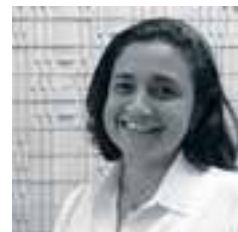
AL ENCUENTRO DE EPIFANÍAS

Puesto en la tarea de sintetizar los grandes rasgos de su escritura, Reinaldo recapitula: le interesa escribir cuentos realistas, luego la sobriedad del lenguaje y, por último, la comprensión de los lectores. «Me interesa ser leído; por eso no empleo un lenguaje rebuscado. Busco que mis relatos comuniquen algo, al menos en ese primer plano de la comprensión.» También cree importante que el lector descubra algo, una noción quizás heredada de Rubi Guerra. «Él cree fehacientemente en que el texto narrativo debe provocar una epifanía. Sin epifanía no se logra la redondez estructural del texto narrativo. Y yo me he ido percatando de que eso es así.»

«Cuando cuento me interesan dos cosas: una anécdota y cómo puedo contarla, y luego cómo esa historia ayuda a descubrir algo. Y si no descubrir, al menos que se produzca una reflexión elaborada a partir de la lectura. Debe haber una identificación, una conexión. Hay historias que no revelan nada, que gustan en sí mismas; son cuentos de cuentos, cuyo propósito es la diversión. Pero si además se produce la identificación, esto es valiosísimo. El gancho está en las relaciones que el lector establece con su propia historia de vida.»

Esta búsqueda tiene mucho que ver con el trabajo docente que ha llevado a cabo Reinaldo. Durante la carrera, fungió de preparador en la asignatura Comprensión y Expresión Lingüística. Y al graduarse en la UDO, continuó en su misma casa de estudios como docente, primero como profesor suplente y luego como instructor a tiempo completo. En 2012 se radicó en Casanay —pueblo de pozas de agua profunda que quedaron al descubierto con el terremoto de 1997—, luego de obtener la posición como profesor a dedicación exclusiva en el núcleo de la UDO en Carúpano, siempre con materias vinculadas a la literatura.

Su cuento más reciente, «Historia para un personaje», todavía inédito, obtuvo mención en el Premio Nacional de Literatura Rafael María Baralt de 2014. Sumido en la cotidianidad de viajar cada semana a Carúpano para dar clases, tiene entre sus planes hacer un doctorado. «Tengo pausas relativas en las que escribo apuntes en mi cuaderno, reviso textos perdidos en la computadora, reviso cinco o seis cuentos en proceso. No soy muy prolífico ni aspiro a serlo. La escritura tiene sus momentos. Cuando no estás escribiendo, estás pensando. No se deja de escribir. El proceso creativo nunca se detiene». ●



ALBOR RODRÍGUEZ

CIUDAD BOLÍVAR, 1970 | Periodista de la UCAB. En *El Nacional* fue reportera de la fuente cultural y coordinadora de los suplementos «Siete Días» y «Papel Literario». Fue jefe de Redacción de *El Tiempo*. Ha publicado *De eso no se habla: La huella del sida en Venezuela*; *Misses de Venezuela*; *Verdades, mentiras y videos y Crímenes políticos en Venezuela*. En 2015 publicó *Duelo*, su primera novela.



ADONAY PERNÍA

CUMANÁ, 1977 | Fotógrafo profesional. Cursó estudios en la Fundación Centro Americana para la Investigación de la Fotografía (ULA) y en la Escuela de Fotografía Julio Vengoechea de Maracaibo. Vive y trabaja en Cumaná.

El viaje

[FRAGMENTO]

El dilema se le presentó al muchacho ocho días antes del viaje, cuando ya todos los preparativos estaban resueltos y solo faltaba que él y su madre hicieran las maletas según las estipulaciones de la lista que acompañaba el folleto azul. Era una lista que pecaba de detallista en algunos casos, pero que daba una idea de rigor y orden como nunca antes los había experimentado. Sabía de la rigurosidad de los curas y las monjas en estas cosas porque en su propio colegio las religiosas se encargaban de mover los hilos que posibilitaban que todo funcionase bien, de la mejor manera; pero la lista iba muchísimo más allá, de una forma que el muchacho no hubiese sospechado antes. El folleto azul tenía algunas fotos del colegio, de paisajes y rostros de una época distante y ajena que nada decían de lo que sería su vida futura; una promoción del colegio con muy poco alcance o de deficiente efectividad estratégica, dirían los entendidos del marketing.

Aquella lista y el folleto eran parte del dilema. Esas dos hojas —una blanca, otra pálido azul— constituían hasta ese momento su único contacto con lo que sería su mundo en los próximos años, con el internado en el que estudiaría el bachillerato. Las mismas hojas con las que su madre pasaba revista cada noche a las cosas que habían comprado y las que faltaban por comprar. Otras las había resuelto, como ella misma solía decir, tomándolas prestadas de los hermanos mayores del muchacho, o pidiéndolas a sus propias hermanas. Los pantalones de gabardina azul marino, por ejemplo, eran los que habían usado los dos hijos mayores en

sus graduaciones de bachillerato. Las camisas azules medio desgastadas eran las del hijo inmediatamente mayor a él, y que el próximo año usaría camisas marrones. Para las sábanas compró la tela y una vecina costurera que le debía un favor le hizo dos juegos para colchones individuales. De esta manera las hojas fijaban el itinerario de ambos, y cada noche se ponían a repasar lo que tenían y lo que faltaba.

El dilema no era otro que el muchacho ya no quería irse; se había arrepentido de su decisión ocho días antes del viaje, con los pasajes comprados y con casi todas las cosas de la lista reunidas. Pero no se atrevía a decirlo a la madre, que hasta parecía entusiasmada con aquel ritual nocturno de pasar revista a lo que habían conseguido y planificar lo que buscarían al día siguiente. Cómo decirle que quería quedarse con ella y sus hermanos, cuando ella misma se emocionaba cada vez que contaba a los vecinos y sus amistades que su hijo se iba a Mérida, a estudiar en un colegio que era de lo mejor en su tipo, que se va no por mala conducta, sino por estudiante destacado, que es casi una beca, una oportunidad que no se da todos los días. Cuando la mujer le dice esto a sus vecinas, él percibe cierta arrogancia en su voz, como si quisiera restregarles en la cara a las otras madres que su hijo no es como los suyos, que es especial o, cuando menos, diferente.

Cuidadosa escritura

VIOLETA ROJO



Reinaldo Cardoza es un cuentista dedicado. Hasta ahora ha publicado *Bosque salvaje* (2012), libro en el que se recogen cinco cuentos. También publicó otros cinco cuentos en la *Antología de jóvenes narradores sucrenses* (2011).

En sus textos puede percibirse un énfasis en la forma, con narraciones prístinas, contenidas, llenas de sutilezas y detalles. Son cuentos muy descriptivos, con poco diálogo, en los que los silencios, las miradas, los recuerdos y los procesos interiores son lo principal.

Los temas habituales de Cardoza son la adolescencia, la distancia geográfica, la soledad, la familia, las amistades juveniles, el dolor de la separación, la imposibilidad de la despedida, el aislamiento y la muerte.

Sus personajes se inclinan a vivir las acciones desde afuera, en una especie de desapego emocional que los distancia de los eventos que los afectan. Sin embargo, este distanciamiento pareciera que en vez de atenuar el dolor lo aumenta y profundiza. Otra característica de

sus cuentos es que nunca son urbanos, aun cuando ocurran en la ciudad.

La enfermedad y la ausencia de la madre y los viajes a Mérida, a Cumaná, a los Llanos o a Caracas —viajes que implican siempre un cambio de vida o un viaje emocional— son algunos de los temas que se encuentran en *Bosque salvaje*, libro orgánico en el que cuatro de los cuentos conforman un ciclo narrativo, vinculado con un internado en Mérida que marca a cada estudiante.

Sus otros cuentos son fantásticos, pero los elementos alucinantes —muertos no muertos, apariciones, misterios, terrores en la noche, situaciones oníricas— son expresados de manera tenue y leve, nunca cruda.

Si algo caracteriza a los cuentos de Reinaldo Cardoza es la cuidadosa escritura y los personajes que viven una suerte de extrañamiento físico y emocional muy perturbador.

[Ensayista e investigadora. Especialista en minificción. Profesora del Departamento de Literatura de la USB]





Diego Arroyo Gil

«La memoria mítica es la que más me interesa»

Nacido en Caracas, en 1985, es periodista egresado de la UCV y magíster en Edición por la Universidad Complutense de Madrid. Fue coordinador editorial de la Biblioteca Biográfica Venezolana y jefe editorial de Libros El Nacional. Colaborador de varios medios de comunicación y miembro de la Fundación del Valle de San Francisco, ha publicado las biografías de Luisa Palacios, Miguel Arroyo y Simón Alberto Consalvi. También ha elaborado perfiles de Sofía Ímber y Nelson Bocaranda Sardi.

TEXTO ALFREDO MEZA | FOTOS VASCO SZINETAR



«EL PASADO ME HACE SENTIR MÁS
CÓMODO PARA NARRARLO PORQUE
NO LO VIVÍ. NO TENGO LA MISMA
SENSACIÓN CUANDO SE TRATA
DE HECHOS ACTUALES, PORQUE
ME SIENTO MÁS PRESO CON LA
VEROSIMILITUD»

De Diego Arroyo Gil solo se escuchan buenas nuevas. Baste mencionar la opinión que en su momento expresaron sus maestros Simón Alberto Consalvi y María Fernanda Palacios. Periodista egresado de la UCV, Diego parece haber superado el estigma asociado a la formación de los comunicadores sociales. Aunque afirma que no se lleva bien con la escritura urgente y el análisis al vuelo que supone la elaboración de una pieza noticiosa, al revisar algunos de sus cinco libros se reconoce la metodología de los reportajes y la terca disciplina de limar los prejuicios contra los hechos. En todo caso, ha preferido la investigación histórica y el rescate de personajes cruciales del pasado reciente de Venezuela. Dice necesitar certezas para entender mejor el caótico presente.

Con 31 años recién cumplidos, tiene muchos proyectos por delante. Le sobran ganas de producir, aunque reconozca que toda escritura de largo aliento es un camino incierto, lleno de meandros engañosos y falsos atajos, no siempre grata hasta que llega el alivio del punto final. En la escritura la obsesión por la perfección provoca dolores en el cuerpo. «Cada línea es terrible. Yo merodeo mucho, pero como una vez me dijo Milagros Socorro, el merodeo no está hecho de nada. Yo soy como el perro que busca dónde echarse. Pero a la vez, como la escritura está avasallada por una pasión, hay una felicidad física en cada comienzo. Eso me permite superar el dolor.»

Siendo aún muy joven, se encargó de coordinar la colección biográfica del Banco del Caribe, con una selección que incluyó a los hombres y mujeres más representativos de la venezolanidad. Cuando sus contemporáneos pastan lejos de los libros porque están buscando en la tecnología las respuestas a los problemas de su tiempo, Diego prefiere ir al libro impreso, al que tantas veces le han puesto una fecha de defunción, y a los personajes que lo antecedieron. Allí encuentra ideas más poderosas, que le dan sentido al mundo. Su naciente obra es ya un panteón que recuerda quiénes somos y qué fuimos.

Su más reciente publicación, *La señora Imber, genio y figura* (2015), es un gran perfil sobre la vida de la mujer más influyente de la cultura venezolana en el siglo XX. Se trata de un trepidante relato narrado en primera persona que se lee con el aliento contenido hasta la última página. Diego es parte de esa escuela de periodistas que entiende que solo la narrativa confiere volumen a los hechos. Las historias le ocurren a alguien y arrastran a ese alguien a un conflicto, que siempre será más memorable que el conjunto de datos enjundiosos que podamos extraer.

«Yo he escrito sobre nuestros intelectuales no solo porque es una forma de traerlos al presente, sino también porque puedo tomar distancia para entender una época que no conocí. Eso me da cierta libertad para escribir. No estoy diciendo con ello que todo pasado sea mejor, sino que el pasado me hace sentir más cómodo para narrarlo porque no lo viví. No tengo la misma sensación cuando se trata de hechos actuales, porque me siento más preso con la verosimilitud. Reconozco en mí la necesidad de restablecer un vínculo para confirmar que soy heredero de una tradición, que no pertenezco a un país enteramente nuevo. Hay una frase de Lezama Lima, uno de mis autores dilectos, escrita en una carta enviada a su hermana



«HE ESCRITO SOBRE NUESTROS INTELECTUALES NO SOLO PORQUE ES UNA FORMA DE TRAERLOS AL PRESENTE, SINO TAMBIÉN PORQUE PUEDO TOMAR DISTANCIA PARA ENTENDER UNA ÉPOCA QUE NO CONOCÍ»

exiliada, con la que me identifico: “Alguien tenía que guardar las bóvedas del cementerio, donde están nuestros padres y nuestros abuelos, guardar de cerca los recuerdos, las ropas, los cofres y todos los lugares en donde nuestra sangre dejó una sombra”. No me atribuyo el rol de “guardador” de las bóvedas del cementerio, desde luego, pero me convoca el ritual de honrar a nuestros deudos. Porque debajo de la memoria histórica, o a la par de ella, hay otra memoria: la memoria mítica. Esa es la que más me interesa. Yo creo que esa frase de Lezama está secretamente allí, como un llamado, en mis cinco libros.»



«Yo siento que mi primer libro, una biografía sobre Luisa Palacios, no estuvo del todo bien. Fue mi proyecto de tesis de grado, y de algún modo una salida para cumplir con un requisito académico. Me habían rechazado muchos anteproyectos, porque argumentaban que no podría probar mi hipótesis mediante un método científico. Así que vi la oportunidad de hacer una semblanza de la “Nena” Palacios. Lo empecé a escribir a los 22 años y lo publiqué a los 23. Al releerlo, siento que le falta músculo narrativo. Hay partes en las que parece una tesis, pero a la vez le tengo cariño. Escribirlo supuso un esfuerzo que me dejó una gran enseñanza: yo sí era capaz de terminar un libro.»

María Fernanda Palacios, hija de Luisa, es una figura tutelar en la vida de Diego. Han forjado una larga amistad que empezó a partir de libro *Sabor y saber de la lengua*, que él leyó mientras estudiaba en la UCV. «Le pedí a Rafael Cadenas que me la presentara. Después de conocerla, asistí como oyente a sus clases en la Escuela de Letras con el compromiso de cumplir con las evaluaciones del curso. Yo escribí mi trabajo y ella se sorprendió. Pero es que yo era un lector de literatura. Me invitó entonces a matricularme en el curso de Estudios Liberales. Y para poder pagarme los estudios, le propuse encargarme del trabajo administrativo de la Fundación del Valle de San Francisco.»

¿Por qué Diego no estudió Letras si esta carrera luce más afín a sus intereses? «No estudié Letras porque mi madre me dijo que me moriría de hambre. Y a mí me pareció un argumento válido. El periodismo ofrecía más posibilidades de trabajo. Quizás no representaba mi vocación, pero era lo que más se acercaba a mis intereses. En un principio, yo quise estudiar Psicología. Hasta que una tía me dijo: “Esas vainas que tú lees no son bien vistas por los psicólogos”.»

La amistad con María Fernanda Palacios no solo le permitió reforzar su definitiva vocación, sino que terminó de apartarlo del ocultismo francés, esas lecturas que ocuparon buena parte de su adolescencia y que lo llevaron a encarnar un personaje opuesto al intelectual de hoy. Con María Fernanda Palacios viajó a Francia por primera vez en 2010. «París es una ciudad

esencial para todo el que tenga corazón. Es un milagro de los dioses.» Ya lo dijo Bogart en *Casablanca* cuando le dio vida a Rick: *We'll always have París*. En Diego siempre destaca el esfuerzo por conseguir la frase memorable, que forma parte del mismo intento por conseguir una voz propia. Caminando por las calles de la capital francesa, quizás haya confirmado que su vocación de escritor no era un capricho.

UNA PEQUEÑA LUZ

«Mis padres no se empeñaron en convertirme en un ratón de bibliotecas. Él, que es un comunista irredento, y ella, que es una buena lectora, no hicieron de sus creencias un apostolado. Digamos que en mí la literatura despuntó como una vocación adolescente, cuando empecé a interesarme en el ocultismo francés del siglo XVIII. Poco antes me había hecho Rosacruz, a los trece años, cuando empecé a estudiar Astrología Psicológica. Encontré en la biblioteca de esa orden los libros que necesitaba para iniciar mi formación. Más adelante descubrí a Borges y a Lezama Lima, dos figuras tutelares del hecho literario, pero en ese momento no me interesaban. Ahora pienso que, en mi adolescencia, Borges me abrió, sobre todo, al descubrimiento de la forma: la forma como modeladora de la emoción pura e inmediata. Un poco más tarde, Lezama vino a sugerirme la presencia de la *imagen*. Hay una frase suya muy importante: “La ausencia de mi padre me hizo hipersensible a la presencia de la imagen”. Yo entendí entonces que uno escribe para hacer nacer una epifanía en el espacio de una ausencia. Es decir, yo escribo con la aspiración de encender una pequeña luz en habitaciones aparentemente sentenciadas por el tiempo a la muerte, a la inexistencia.»

«Yo he llegado a esas reflexiones después de vivir otra vida. Comencé a estudiar Astrología Psicológica para tratar de entender qué me ocurría cuando yo era un niño de siete u ocho años. Tenía entonces terrores psicológicos. Un neurólogo me mantenía medicado porque pensaba que tenía alguna alteración nerviosa. Sentía terrores nocturnos y aprendí a anticiparme a esas crisis. Cuando la sentía venir, llamaba a mi mamá. A partir de ese momento, perdía la conciencia, entraba en trance y comenzaba a recitar cosas raras: hablaba de la Revolución china y de otros asuntos que, a tan temprana edad, no formaban parte de mis intereses. Cuando volvía en mí, mi mamá estaba llorando y mi familia, que me observaba, no entendía lo que me estaba ocurriendo. Pensaban que estaba loco. Por un tiempo me medicaron con Tegretol, pero las crisis continuaban. Años después, me llevaron donde un brujo y el hombre sentenció: “Esas son posesiones”. La decisión de estudiar Astrología Psicológica me apartó del camino que en algún momento quise seguir cuando me hice Rosacruz.»



«HAY UNA DIFERENCIA ENTRE EL PERIODISMO Y LA LITERATURA. UNO Y OTRO SE NUTREN DE LA REALIDAD, PERO EN LA LITERATURA LA REALIDAD SE TRANSFIGURA POR VARIOS FACTORES: UNO ES LA IMAGINACIÓN; OTRO ES EL TIEMPO»

«YO CREO QUE UN TEXTO
PERIODÍSTICO BIEN ESCRITO
ROZA LAS EMOCIONES
DEL LECTOR COMO UNA
GRAN NOVELA»

MAZOS DE CARTAS

Tanta obsesión con la Astrología Psicológica convirtió a Diego, a sus quince años, cuando estudiaba bachillerato en el colegio Cristo Rey de Santa Mónica, en un intérprete del Tarot. Se hizo famoso en el colegio y sus amigos lo veían con una mezcla de miedo y respeto. Cuando se supo que leía las cartas, nunca más pudo ser el mismo. Acumuló diez mazos de cartas, organizó su agenda y en las tardes pasaba su consulta. Solo una regla se impuso: no leerle el Tarot a su familia o a sus amigos más cercanos, o incluso a aquellos con quienes fortalecía su afecto. Solo de esa manera guardaba la distancia necesaria para decirles a los interesados lo que las cartas le deparaban.

Fue el tarotista de sus conocidos, de los amigos de sus conocidos, de las amigas de su madre, de las conocidas de las amigas de su madre... y acumuló dinero. Llegó a formar parte del elenco que leía cartas en un festival de esoterismo que se organizaba en la Universidad Metropolitana. Fue una consagración personal que consiguió con una mezcla de insistencia y fortuna. Diego no formaba parte de los participantes, pero se las arreglaba para que la encargada del festival lo admitiera. No lo querían aceptar porque era menor de edad, pero al notar su insistencia lo acomodaron en un cubículo.

Recibió a veintisiete personas en cuatro días. En ese evento se amistó con un miembro de la logia Rosacruz. En su biblioteca trató de leerlo todo sobre el ocultismo francés, llegando a armar una colección de cuatrocientos títulos. Solo tenía interés para esos temas, y el personaje terminó devorándose al autor. Era terrible. Cada vez que llegaba a una fiesta, le tenían preparada una mesa y una silla para que hiciera la consulta. Y así pasaba toda la noche. Un día se cansó.

ALGO MUY ÍNTIMO

«Tenía pacientes citados, pero yo había decidido que ya no me interesaba anticipar el destino de los otros a través de mis conocimientos del Tarot. La gente me preguntaba por qué había tomado una decisión tan drástica si me iba bien y ganaba dinero. Yo sabía por qué, pero no se los iba a decir. Era algo muy íntimo, que terminó de aparecer con toda su rotunda expresión a finales de 2005, mientras leía *Sabor y saber de la lengua* a orillas del mar.»

«Decidí quemar los diez mazos de cartas que había comprado metiéndolos en una parrillera y prendiéndoles fuego. Luego tomé todos los libros de esoterismo, los metí dentro de bolsas negras y me deshice de ellos. Fue un rito que me confrontó conmigo mismo. Yo me estaba escondiendo detrás de esa imagen esotérica para huir de mí mismo. Me había convertido en un ser extraño, que le daba miedo a la gente. Es cierto que tenía muchos amigos, pero nadie se metía conmigo porque me veían como a un brujo. La mente es una cosa seria. Y todavía hoy la gente me llama para que la consulte.»

«Me estaba evadiendo de mi propio cuerpo en busca de un mundo “invisible”. Cuando me di cuenta de ello, toda la cuestión del ocultismo dio un giro tremendo. Y allí estaba la



«CAMUS DECÍA QUE EL ARTE ES LA DISTANCIA QUE LE DA EL TIEMPO AL SUFRIMIENTO. ESO NO ESTÁ EN EL PERIODISMO. FRENTE AL SUFRIMIENTO, EL PERIODISTA DEBE REACCIONAR DE INMEDIATO»

literatura. La literatura me hizo volver al cuerpo y, al mismo tiempo, desde allí, mantener la pasión por los misterios de la existencia. En este pase fue crucial el libro de María Fernanda Palacios. Y ella lo dice de mejor manera: “Cuando hablo de lengua, me gusta la confusión que

se origina en español (en francés y en italiano también) entre el órgano y el conjunto de signos: esa feliz coincidencia me permite considerar la lengua como cuerpo. (...) No me refiero solamente al *corpus* del lenguaje o de la lengua; tampoco me refiero a sus aspectos meramente sensibles (fonéticos, sonoros); entiendo por cuerpo algo más (o menos) que una *Physis*. No es el organismo, sino más bien el cuerpo como límite de lo psíquico. No es el cuerpo imaginario sino el cuerpo *que se sabe imagen*; cuerpo deseante, cuerpo abandonado a su lejanía (la imagen) y devuelto a su presencia”.»

«Esa lectura me permitió reconciliarme con ese yo que negaba. En diciembre de 2005, en vísperas de un viaje a Margarita, tuve mi primera experiencia homosexual, que no me hizo sentir que estaba cometiendo un pecado. Esa experiencia me abrió un camino hasta entonces inédito para relacionarme con *el cuerpo y con la lengua*. De modo que la lectura inmediatamente posterior del libro de

María Fernanda fue como una toma de conciencia de que algo me estaba pasando. Por eso decidí quitarme la máscara del Tarot.»

«¿De qué estaba huyendo? Yo creo que huía del cuerpo. Era gay y no quería aceptarlo. Ese período como etéreo me alejaba del cuerpo. Y cuando lo advertí, supe que estaba huyendo de una certeza definitiva, de una de las cosas más rotundas de las que se puede hablar. Dejé de lado lo anterior y apareció la literatura.»



LITERATURA O PERIODISMO

Después de aceptarse, de abandonar para siempre al personaje que auscultaba el futuro con el Tarot, de quitarse la máscara para iniciarse en el camino de la literatura, no se entendería que alguien afirmara que Diego es un espiritista. «Hay quienes dicen que cuando voy a escribir sobre una persona es como si los invocara, como si me metiera dentro de los personajes. Siempre he tenido un interés psicológico por los personajes; no por su vida, sino por su manera de ser.»

Hace muchos años, García Márquez y Carlos Fuentes propusieron arrojar todas sus novelas al mar ante la potencia de las historias reales que publicaba la prensa. Diego no cae en la trampa de considerar a los textos de no ficción como obras menores. Suele pasarles a los autores de no ficción que todo el tiempo los instan a dar el salto a las grandes ligas de la novela. Es como un certificado que se entrega en los altares del canon literario para dar fe de que, ahora sí, estamos en presencia de un verdadero autor.

«A mí me gustaría escribir ficción, pero siento que no tengo esa capacidad, ese músculo. Yo creo que sí me voy a quedar en el ensayo, en la no ficción. Me siento bien al reconocerlo. Pero en todo caso, no se trata de un apostolado. No creo que la ficción sea mayor que la no ficción. Son registros distintos de la realidad. Pero sí creo que hay una diferencia entre el periodismo y la literatura. Es cierto que uno y otro se nutren de la realidad, pero en la literatura la realidad se transfigura por varios factores: uno es la imaginación; otro es el tiempo. Camus decía que el arte es la distancia que le da el tiempo al sufrimiento. Eso no está en el periodismo. Frente al sufrimiento, el periodista debe reaccionar de inmediato. En cambio, la literatura necesita un tiempo. Eso no quiere decir que no haya vasos comunicantes entre una y otra, como los puede haber entre la pintura y el *collage*. No me parece que uno sea menor que otro. En la literatura hay algo que el periodismo no tiene y viceversa. Mis libros son investigaciones periodísticas. Yo creo que un texto periodístico bien escrito roza las emociones del lector como una gran novela. Quizás por yo tener en verdaderos altares a Lezama, Dostoievski o Faulkner, me cuesta pensar que mis libros tengan rango literario. En todo caso, cuando escribo no me planteo hacer literatura o periodismo. Yo sencillamente estoy frente a un asunto de forma que me permite un abordaje o que a veces fuerzo a darme materia para abordarlo de la manera que quiero. Allí hay una lucha. El tipo de trabajo que hago me pone en contacto con unas técnicas parecidas a las del escritor que escribe una novela. Tendría que ser escritor de novelas para decirte si esto es del todo cierto. Pero no veo la ficción en mi camino. Prefiero abordar mi realidad inmediata. ●



ALFREDO MEZA

CIUDAD BOLÍVAR, 1971 | Periodista con más de veinte años de trayectoria. Autor de *El acertijo de abril* y *Así mataron a Danilo Anderson*. Actualmente corresponsal en Venezuela del diario *El País* de España. En 2008 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo de Investigación.



VASCO SZINETAR

CARACAS, 1948 | Fotógrafo, curador de colecciones, poeta, editor. Innumerables exposiciones individuales y colectivas en Venezuela y en el exterior. Curador de la exposición de Alfredo Cortina en la Bienal de São Paulo. Miembro de la directiva de la Fundación para la Cultura Urbana. Ha publicado cuatro libros de poesía.

Ansia de memoria

En Venezuela pasa consecutivamente, de una generación a otra, la misma ansia de memoria. Aun cuando no se percibe, ella está allí: se expresa en preguntas, en angustias, en deseos comunes. El hallazgo de una vida ciudadana verdadera parece requerir primero del encuentro con una imagen, con imágenes que puedan proveer de una tradición al individuo político que se estrena. Un cuerpo histórico sensible que le ofrezca a ese individuo la posibilidad de asumirse como un heredero, como custodio de un legado, de un ideal que mantener y renovar, según las demandas a que lo obligue su época.

Simón Alberto Consalvi pensaba que un pueblo desasistido de memoria era un pueblo sometido a un penoso desamparo. No solo creía en el beneficio que significa conocer datos precisos de la historia: fechas, nombres, lugares. También *la trama*, pues esta sería como la sede de la intuición educadora, en el sentido de que esa trama —hecha conciencia— debe ser capaz de orientar a una sociedad por caminos que aseguren que se traiciona lo menos posible a sí misma.

Durante una conversación con Manuel Caballero, en 2008, Consalvi no daba crédito cuando escuchaba decir al colega historiador y periodista que un grupo de estudiantes de una universidad de Caracas, a la cual Caballero había sido invitado, no habían podido identificar a tres personajes en unas fotos. Eran Juan Vicente Gómez, Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt. Consalvi preguntó, desconcertado: «¿No conocían sus rostros?», y la cuestión revelaba su propia clave: lo increíble era la incapacidad para reconocer lo que ya una vez se había mostrado, no saber que esos retratos eran el paisaje visible de buena parte del drama del siglo XX venezolano, aun latinoamericano, y que en él confluían las dichas y las desdichas, los triunfos y los fracasos, las complejidades y el destino de todo un pueblo. No se trataba, por supuesto, de profesar la hegemonía de los protagonistas de la Historia como quien deja caer una losa sobre la vida de los hombres anónimos. No saber que esos eran Gómez, Gallegos y Betancourt no era patético solo por el hecho de que unos universitarios no conocieran sus caras, sino además porque de ello se infería que no contaban con recursos de imaginación que enriquecieran su propia vivencia de lo venezolano.

[Fragmento de *Biografía de Simón Alberto Consalvi*, 2015]

Biógrafo de la herencia cultural

ELISA LERNER

Para quienes ya somos mayores, 1985 está a la vuelta de la esquina. Es el año en que nace Diego Arroyo Gil, uno de los escritores más destacados dentro de las nuevas generaciones. El camino lo tiene trazado. Un discurso continuado de espadas yendo y viniendo como en un delirante parque temático de atracciones no le aparta de una pasión por la estilografía. No es solo llenar la pluma fuente de tinta idónea, la que más se parezca a nuestro mar océano, sino de estilo en sí mismo, de frases bien escritas afincadas en el hondón de la vida. En medio de la noche menguante que se vive, se licencia en 2009 en Periodismo. No en vano, el de Diego siempre será como una página de ficción.

Los géneros literarios eran como viejos y correctísimos caballeros al transitar por la dinámica de la escritura. Se miraban de reojo con desconfianza; no tenían trato alguno entre sí. Un día tal distancia se vino abajo. La trama literaria abandonó su asfixiante castillo de orgullo y se abrazó al ardor de otros géneros que podían ser más reflexivos. El ensayo, la crónica, el reportaje. Todos los autores se hicieron más libres. La estilografía de Diego supo acogerse a



Vasco Sainzar

ese novedoso trazo de futuro. Ha escrito cuatro o cinco biografías. Ha investigado con rigor en el pasado de los personajes, fechas precisas atraviesan como espigas de un pescado lo que narra. Sí, porque Diego tiene pluma de narrador. Estamos ante un escritor jovial que no se arrincona entre cómodos almohadones académicos. Particularmente en su último libro, *La señora Imber, genio y figura*, arma una apasionante novela femenina en el soliloquio que se inventa como ventrílocuo literario de las confesiones de un famoso y controvertido personaje de nuestra cultura.

Este escritor tan joven ha querido inventariar la herencia cultural dejada al país durante cuatro décadas de vida democrática. Para nosotros la democracia, por demasiado reciente, fue una fiesta. ¿Y qué es fiesta? Disfrute, libertad. Pero también noche, somnolencia que por un puntapié de la Historia puede ser cambiada por una otra poco festiva. Diego, con páginas de ágil belleza, sabe que somos un país con una pata quebrada: la de la memoria. Por ello busca como muchos la manera de sacarnos de la mala noche de nuestros oscurecimientos.

[Novelista, cronista, dramaturga. Premio Nacional de Literatura en 1999]





Franklin Hurtado

«La escritura es una manera más profunda de estar solos»

Nacido en Cumaná, en 1985, estudió Letras en la Universidad Central de Venezuela, donde actualmente ejerce la docencia. Ha sido editor y corrector de diferentes publicaciones y editoriales. En 2012 su poemario *Sal* ganó el Concurso para autores inéditos, mención Poesía, de Monte Ávila Editores.

TEXTO JOSÉ PULIDO | FOTOS GABRIEL OSORIO

Quizás la vida celebre el nacimiento de un poeta de manera extraña, secreta. Quizás incluso nadie se entere. Los códigos se invierten y quizás la celebración sea en silencio, como el nacimiento de un día, o como la irrupción de la noche. En Cumaná, un día de 1985, nace

Franklin Hurtado. El susurro del mar se vuelve silencio, el olor de las algas se convierte en mudez, el salitre corroe las palabras. Las palabras, sí, como partículas, como voces, como campanas, alrededor de un niño. ¿Qué es la esencia creadora? ¿Cómo se revela un oficio? ¿Quién enciende la sonoridad?

«Yo era el hijo de los mandados. De tres varones, el del medio. Todos los días iba camino al abasto, repitiendo el recado. Debía repetir para hacerme entender. Si me diera a la tarea de ubicar algo en mi infancia que me reservaba el oficio de poeta, lo encontraría en lo que viví aquellos años. Era como un estado de rareza, la sensación de que no debía hablar de más. El mandato no dicho de callar, el temor de que mi palabra no gustara. Deseaba una *relación normal* con los otros, pero a la vez me cerraba a ella, porque era incapaz de decir las cosas tal y como se esperaban. Necesitaba una firmeza de mandíbula, una voluntad de voz, pero no sabía cómo alcanzarla.»

Podía pasarse una eternidad pensando en la palabra que necesitaba decir. La hacía girar en el espacio de su mente, la limaba, le sacaba

el máximo brillo, la hacía flotar esplendorosa como un colibrí detenido en el aire. Pero cuando iba a pronunciarla, cuando le tocaba dejarla salir, siempre había alguien que lo escuchaba y no entendía, que lo miraba sin comprender, que estallaba en injusto reclamo: «¿Qué quieres decir?»

«Si yo decía algo, no gustaba. Quien me oía, como el dueño del abasto, abría los ojos, me increpaba y me hacía repetir. Una y otra vez. Y yo, en vez de intentar decir *adecuadamente* cualquier cosa, me obstiné en mi defecto. Me mordía aún más la lengua. Han pasado los años y yo, en el poema, intento decir lo que me provocaron callar. No me refiero a lo dicho, sino a lo que me impide decir.»



«PARA MÍ EL PRINCIPIO DE LA
EXISTENCIA ES DE SAL. ASÍ QUE
NO ME HE ALEJADO MUCHO DE
LO QUE CONSIDERO ESENCIAL»

Solo él debe haberse dado cuenta de que había estado creciendo a orillas del mar, como si el sol al nacer cada día lo hubiera ido levantando un poco más del piso, como si le hubiera puesto en la cabeza pelos de palmera, movimientos de galeón en tormenta o la serenidad del arrecife en la cara. Hoy es un joven poeta de inusitada fuerza. Una melancolía remota, algo de asustada nostalgia que se desprende de la infancia, se han convertido en poemas. Sin embargo, todo el referente marítimo, que es en sí poderoso, podría considerarse una etapa superada. Hoy le asaltan los deseos de fijarse en los otros, de entender el ritmo del laberinto urbano, de penetrar en elementos que le son ajenos. La alteridad también enriquece. Pero el viaje es también hacia adentro, donde mucho dilucidar. Buscar los recuerdos más lejanos. Apartar la niebla que recubre las imágenes.

OTRA MIRADA

«El primer recuerdo que tengo de mi madre es su pezón de ojo ciego, su neutra amargura. Hablo de un seno que no podemos decir, aunque nos sostenga. De ella, sin embargo, me queda otra mirada. Supongo que a todo hombre le pasa: mi madre fue mi primera esfinge. Esa imposibilidad me ha alimentado siempre. En mi recuerdo más antiguo, quizás a los tres años, me estoy sujetando a un escalón en la casa de mi abuela. Mi madre entra a la sala y me ve con sus ojos casi borrados: trato de entrar allí y no la encuentro, trato de entrar allí y no me hallo. En todo caso, ella no me reconoce. No sé qué ve en mí, pero si me ve percibo que nunca antes me ha observado. ¿Cómo explicar que su mirada me otorgara forma cuando todo era aún era un breve caos? En sus ojos me esperaba una fijeza que busco recuperar en el poema.»

La sal se movía en el aire y salaba sus labios. Las olas verdosas se expandían en la orilla y volvían a formarse. En toda esa invocación hay vapor, solidez, pesadez y esqueletos que el mar reúne y despedaza. La sal, no obstante, lo domina todo: es encandilamiento blanco, espíritu respirable, presencia fantasmal. No en balde, su primer poemario se titula *Sal*, y el vocablo da saltos entre las páginas como un pez irredento. Nunca se había usado con tanto acierto, nunca con tanta verdad.

«Para mí el principio de la existencia es de sal. Así que no me he alejado mucho de lo que considero esencial. Todos los textos anteriores a ese primer libro fueron experimentos, maneras de decir que ya no frecuento, pruebas y pastiches. Para mí la voz poética siempre debería estar en correspondencia con nuestro cuerpo, con la *soledad esencial* que exploramos. Pienso que, tal vez, se tiende a confundir escribir con hablar. Si bien, por la naturaleza del lenguaje, otros nos exigen decir o expresarnos, la escritura es una manera más profunda de estar solos. De esta manera concibo yo el poema: no deberíamos ilusionarlos con la idea de que allí se capta algún *sentido*. Yo apenas aspiraría a captar un rumor, un mandato indistinguible. Cuando pongo en versos lo que siempre he sentido como una experiencia, todo se vuelve sombra. Y aun así, lo que quise captar puede traerme la alegría de una música inesperada. Dos manzanas sobre una silla, como propone Clarice Lispector en *Agua viva*, establecen un



«NUESTRO DILEMA ANTE EL MAR
ES QUE SIEMPRE QUEREMOS
HISTORIARLO. PRETENDEMOS
DOMINARLO COMO A UN ANIMAL»



«HAN PASADO LOS AÑOS Y YO, EN EL POEMA, INTENTO DECIR LO QUE ME PROVOCARON
CALLAR. NO ME REFIERO A LO DICHO, SINO A LO QUE ME IMPIDE DECIR»

nuevo orden, reorganizan la mirada: la silla empieza a girar, las manzanas se vuelven carne, veo cómo sus nervios laten, tengo el tamaño de un insecto y miro desde el aire, cautivado. Y así me dejo llevar por lo que la escritura genera. Cuando intente preguntarme por mi voz, por ejemplo, la encontraré cubierta de moscas... Sobre este descubrimiento, sobre esa visión de las cosas, reuní un conjunto de poemas.»

LA RESONANCIA

Lejos de su paisaje original, de su playa, escasea la forma de las lanchas, las estampas luminosas de los peñeros. Ahora el poeta se somete a la penumbra de un apartamento, tratando de averiguar qué tanto de mar hay en él, qué zumbidos lo habitan aún.

«A ver, pienso en la resonancia del mar. Es el único elemento al que le tengo un verdadero respeto, sin excluir el miedo. Y creo que a todos nos pasa. Una vez conocí a la esposa de un pescador que vivía en la orilla de una ensenada. Esa mujer tenía más de cuarenta años sin darse un baño de agua salada. Todavía me pregunto si le guardaba algún respeto, o si simplemente cualquier asombro murió en ella. Yo debería preservar esa duda, y más bien no inquietarme con las posibles respuestas. El mar aún reclama mi atención, mi adoración. Quisiera decirlo en una dimensión más bien geográfica, de extensión y grandeza, sin marineros ni viajes colonizadores, sin batallas ni barcos pesqueros. Nuestro dilema ante el mar es que siempre queremos historiarlo. Pretendemos dominarlo como a un animal. Puedo entender que ese deseo exista, pero obviamente no lo comparto. Del mar me queda sobre todo su capacidad de acecho. Una gran ola viniendo hacia la casa es uno de mis sueños más recurrentes. Y no importa lo lejos que me encuentre de la costa. A veces me pregunto qué soñaría aquella mujer cuando de madrugada el rumor de las olas inundaba su casa. Me intriga pensar en las causas que la mantenían aparte, me desvela intuir por qué el mar no logró seducirla.»

Con esa mujer marina, aunque despojada de mar, podría escribir un poemario interminable, hondo, lleno de pureza entristecida. Eso es lo que, finalmente, lo satisface y lo atrae: que en su mente se encienda una palabra luminosa, un canto de sangre, «un pez vivo en la red», según la sentencia de Juan Sánchez Peláez.

«Precisamente, me motiva la idea de encontrar, en pocas palabras, ya sean ajenas o propias, una imagen que me angustie, que me motive, que me alegre. Confieso que me contenta regodearme en esos pequeños placeres, como si de alguna perversión se tratara. Y hablando de perversiones mayores, como estudiante y como profesor, me ahoga la destrucción de la palabra, del entendimiento, del conocimiento, comenzando por nuestras universidades, que padecen una lenta destrucción. También me angustia la pobreza que estamos viviendo, y aún más la que vendrá.»

«LA POESÍA ES EL MODO EN
QUE ENCUENTRO EN MÍ LO QUE
DESCONOZCO»

LOS MAYORES

Antiguamente, la gente peleaba por la sal. Los españoles ahorcaban a los otros europeos que desembarcaban cerca de Araya. Europeos de toda índole se entremataban en la arena porque sin sal no podían conservar el pescado. Estas estampas históricas las comparten los cumaneses, desde niños hasta adultos, desde pescadores hasta grandes hombres de letras. Vienen a la memoria nombres trascendentes de la región salobre, como José Antonio Ramos Sucre, Cruz Salmerón Acosta o Andrés Eloy Blanco. Tragedia y grandeza, gloria y enfermedad, luminosidad e insomnio.



«NO SE LE HA PRESTADO ATENCIÓN
NI A LA CUARTA PARTE DE LA
OBRA DE GRAMCKO, Y ESTE
OLVIDO ES IMPERDONABLE EN EL
MEDIO CULTURAL VENEZOLANO»

«Lo que más admiro de Ramos Sucre y Cruz Salmerón es la resistencia que tuvieron para desarrollar sus obras en un medio aún más hostil que el nuestro. Aunque el cónsul haya muerto hace más de ochenta años, el estado Sucre sigue siendo un desierto, un animal que respira sal. Hablo de la sal que a mí también se me impuso. Recuerdo una noche en la que me reuní con unos amigos. Estábamos oyendo cuentos y tomándonos unos tragos en un malecón de Paria. Eran como las cuatro de la mañana y esperábamos que amaneciera para regresar a casa. Yo había tomado mucho y estaba muy alegre, una combinación que raramente se me da y que a veces extraño. Caminaba sin zapatos con una amiga montada en mis hombros, quizás más bebida que yo. Ella me llevaba como un caballo, jineteando. Pero de repente, sin advertirlo, se nos vino encima, muy velozmente, una espesa neblina. Yo tenía diecisiete años y esa noche frente al mar la densidad del salitre me encaró. Y otra vez me provocó callar. ¿Por qué la sal? Porque crecí respirándola. Eso me lleva a Lezama Lima, quien definía su poesía como “una exploración de mi oscuro”. Extrañamente, a pesar de la alegría, la noche flotaba en la sal.»

Los silencios, el azar, la espontaneidad, la libertad. La vida incesante, el tiempo que late, la voz que irrumpe. La sensación que abre una puerta en su imaginación y se convierte en centro de una historia. He allí los derrelictos de ese río interior que siempre va hacia la mar que nadie conoce.

«Tengo períodos en los que paso mucho tiempo sin escribir un poema. Carezco de disciplina, o más bien me niego a relacionar poesía con disciplina. Creo que cuando hablamos de deber, de órdenes, nos salimos del ámbito de la poesía. Esto resulta contradictorio si tenemos en cuenta que la poesía es precisamente un ejercicio de contención, de poner límites. Pero a mí me remite más bien a un orden que se tambalea, a un orden en el que se puede bailar. En mis últimos garabatos, trato de indagar en torno a momentos que muestran mínimas fisuras en la cotidianidad, ya sean trágicas o absurdas. En síntesis, a la lengua se le pide un motivo que desconoce: algún roce entre rodillas, un tropezón en la escalera, una mirada que trastorna, un gesto que exige explicación, una frase suelta que no puedo cernir... De estos asomos estoy escribiendo ahora.»



«PRECISAMENTE, ME MOTIVA LA IDEA DE ENCONTRAR, EN POCAS PALABRAS, YA SEAN AJENAS O PROPIAS, UNA IMAGEN QUE ME ANGUSTIE, QUE ME MOTIVE, QUE ME ALEGRE»



SIN USAR EL CUCHILLO

La mirada de la madre también engendra, al igual que la del bodeguero desesperado que pregunta: “¿Qué quieres decir?”. Lo bruñó la sal y todo se volvió poesía... Todo lo que conversó consigo mismo mientras se mordía la lengua.

«La poesía es el modo en que encuentro en mí lo que desconozco. Por ese ejercicio algún nervio se altera, pues al escribir se trasluce una nueva realidad. Me gusta pensar que el propio

cuerpo ha sido alcanzado. Una vida íntima me reclama y, gracias al poema, apenas puedo entreverla. Y eso más allá de cualquier conocimiento o ambivalencia. La poesía me trae certezas, tal como una fiebre. Es mi forma, como diría Blanca Varela, de “convertir lo interior en exterior sin usar el cuchillo”, aunque busque en el verso la fuerza de una puñalada y termine a veces en medio de una exploración dramática.»

«No tengo preferencias entre mis poemas. Podría mencionar alguno sobre una ciénaga, otro sobre una mosca desovando en un mango negro, otro sobre un árbol y un columpio. No soy capaz de diferenciar entre los que considero menos o más logrados. En todo caso, no soy el indicado para separar. Sí podría admitir que los versos están cortados por una música desconocida, cercana al minimalismo, pero sin ningún brillo particular. Ahora bien, la ciénaga, la mosca, el mar, la casa, el árbol, el columpio, o ese pensamiento parado en una esquina, golpeando la cabeza contra un marco de cobre, se mantienen ajenos al poema. Más bien cada verso es el testimonio de una gracia perdida. Me gustaría ser de aquellos que confiesan tener versos dados. ¿Quién se los dicta? ¿Cómo se puede creer aún en esa voz *otra*? Yo, en cambio, me concentro mucho en decir lo que no, en marcar lo que el mismo poema me arrebatara.»

Nunca se olvida de las lecturas que despertaron en su adolescencia emociones jamás experimentadas. Él, que andaba callado buscando sus propias palabras y abría libros donde fuese más pertinente lanzar atarrazas, se zambullía en las páginas con sus ojos salados tras los peces escritos.

«Aún me gustan esos versos que vuelan los sesos. La posibilidad de combinar cuatro palabras de tal manera que produzcan una luz insólita, como las chispas que brotan de dos piedras entrechocadas. Se trata de quemar la lengua. Muchas veces tengo ganas de ver todo arder. Al parecer, el grado de intensidad en la lectura va disminuyendo con los años. No es mi caso. Ramos Sucre, el Neruda de *Residencia*, Gerbasí, Hanni Ossott, fueron algunos de los primeros poetas que recuerdo haber leído con pasión en mi adolescencia. Luego vendrían Lezama Lima y Piñera, con los Origenistas y sus bastardos atrapados en la órbita paradisíaca. Actualmente, me acompañan muchas damas, entre ellas Blanca Varela, Idea Vilariño, Louise Glück, Elizabeth Bishop, Olga Orozco, Marosa di Giorgio, Margara Russotto, Esdras Parra. No es feminismo, sino que me gusta el modo que tienen de escribir el horror: el del mundo y el propio. También Ida Gramcko y Alfredo Silva Estrada se instalaron en mi biblioteca de tal manera que destierro cualquier opinión que me aleje de ellos. Siempre vuelvo a sus libros. No pretendo alejarme. No se le ha prestado atención ni a la cuarta parte de la obra de Gramcko, y este olvido es imperdonable en el medio cultural venezolano que, por más que se jacte de ser un país de poetas, sigue siendo tremendamente hostil con la poesía, sobre todo con la buena, la que demanda.» ●



JOSÉ PULIDO

VILLA DE CURA, 1945 | Periodista y escritor. Autor de seis novelas, dos libros de entrevistas, dos libros de cuentos, cinco poemarios y una biografía. Fue coordinador de las páginas de arte de *El Nacional*, *Diario de Caracas* y *El Universal*. Fue jefe de Redacción de la revista *Imagen*.



GABRIEL OSORIO

CARACAS, 1970 | Fotógrafo documentalista y foto-periodista. Trabajó en *El Nacional*. Cofundador de la agencia de fotografía Orinoquiaphoto. Exposiciones individuales en MACZUL, MBA, Galería TAC, Sala Mendoza, Museo de Arte Colonial de Mérida y Museo de Anzoátegui.

Ocaso

Este sábado acaba
con esta luz de cobre

un origen de metal
entre los cerros

niños que venden mangos
al borde de la carretera

un canario que llama desde su jaula
a un par oscuro

y la creencia de haber nacido
con un destino que se ignora

más allá de este patio
su tanque de agua

y el tesón de la cayena

necia
de dulce estigma



Palabra a la defensiva

MARÍA FERNANDA PALACIOS



Conocí a Franklin Hurtado cuando llegó a la Escuela de Letras de la UCV, en donde ahora es profesor. No sé cuándo comenzó a escribir poesía, pero es seguro que desde la adolescencia ya tenía esa inclinación. Sus impresiones de lectura, agudas y precisas, sabían desplegar con naturalidad la trama de un poema y, cosa más rara aún, entrar en sintonía afectiva con la obra de poetas señalados como intelectuales o abstractos. Eran afinidades electivas en las que podía leerse el contorno de una sensibilidad y la orientación de una poética. Cuando en 2013 aparece *Sal*, su primer libro de poemas, lo celebré como una *confirmación*. Allí se confirmaba una vocación. El oficio, la destreza, la originalidad, son adquisiciones cuyo valor depende de cómo la inclinación y la sensibilidad se transformen y afinquen en una travesía vital dentro de la poesía misma. Quiero decir con esto que en *Sal* hay una decantación de lo personal y una aceptación del lenguaje como fuerzas desconocidas a las que se somete con humildad y recelo.

Por supuesto que saltan y resaltan en sus versos alusiones, huellas más bien, de un universo personal: asistimos a la mirada asom-

brada, curiosa y arisca de un niño; sentimos la presencia de una poco común tristeza rabiosa, resabiada y sin nostalgia. Pero también una inmediatez dura, rota y áspera impone una misteriosa lejanía a todo lo familiar, con una franca dulzura animal. Por eso no hallamos asentimiento dichoso ni resentimiento alguno, sino la presencia salobre, incandescente, ardida, de lo que nunca fue refugio. Así, aquel mundo se rehace y se hace paisaje en la lengua, y es en el tono, no en las palabras, es en las pausas y en las cesuras del verso, en metáforas que nunca se cierran sobre sí mismas y que quedan insinuadas, esbozadas en el silencio que les salió al paso, en medio de la escritura, es allí donde lo más personal de esas tercas vivencias nos arrastran y podemos seguir las en la tensión de una pureza que se escapa en la punta de la lengua. Una certeza, una verdad, que hizo seña y se sustrae cuando la enuncia en esta «sintaxis devorada por la sal». Y el poema no es solamente el resto de algo que se perdió en el pasado sino algo en camino, en esa palabra como engatillada en la recámara que aguarda y no se dispara, una palabra a la defensiva, que es el origen y el destino de cada poema.

[Poeta, ensayista, docente. Exdirectora de la Escuela de Letras de la UCV. Directora de la Fundación Valle de San Francisco]



Marianne Díaz Hernández

«Escribo para explicarme el mundo»

Nacida en Altagracia de Orituco, en 1986, es abogada y activista en Derechos Digitales, campo en el que ha fundado la ONG Acceso Libre. Ha publicado tres libros de cuentos, de los cuales el primero, *Cuentos en el espejo*, ganó el I Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. Especialista en producción editorial, mantiene inéditos un cuarto libro de cuentos y dos novelas. También escribe poesía, pero para consumo propio.

TEXTO DANIELA CHIRINOS | FOTOS HÉCTOR BENCOMO

Marianne es nombre de origen francés. La *e* no es muda y Marianne Díaz Hernández lo sabe. Por eso, desde niña, ha luchado para que no le omitan las dos últimas letras. «Pero todo el mundo me dice Marian.» Es la pronunciación anglosajona del nombre que eligieron para ella sus padres: Néstor Díaz y Susana Del Rosal.



SI UN DÍA ALGUIEN LE
PREGUNTABA A LA SEÑORA SUSANA
POR LA PEQUEÑA MARIANNE, ELLA
INVARIABLEMENTE CONTESTABA:
«SENTADITA EN UNA ESQUINA, CON
UN LIBRO ABIERTO EN LAS MANOS»

Tiene diez años dedicada al activismo en Derechos Digitales. Para ello ha fundado una ONG llamada Acceso Libre. También es *blogger* en tecnología, como miembro de Global Voices Exchange. Confiesa haber hecho muchos amigos en internet: «a la mayoría los he conocido primero en la red, pero luego los he visto en persona». Cuando la encuentran la saludan: «Marian».

Insistía en corregirlos. «Es Marian-ne», decía con su voz gruesa, haciendo énfasis en la sílaba omitida. Inconsciente del error, el interlocutor se quedaba pensativo por unos segundos, dudando de lo que acababa de escuchar, hasta que finalmente entendía. Hace un par de años se cansó de aclaratorias. Ahora se presenta diciendo: «Hola, soy Marian».

Cerca de la avenida Bolívar Norte de Valencia queda el apartamento tipo estudio que comparte con José Luis Mendoza. No están casados, tienen once años juntos. «Esto es un matrimonio; en convivencia, no en papel.» A José Luis se refiere como «mi esposo».

El edificio tiene un diseño arquitectónico hexagonal, que remite a la creatividad de los años sesenta. En el centro está el ascensor, y por fuera unas escaleras que lo enroscan. Hay

dos apartamentos por piso. En uno de ellos está Marian-ne.

El hogar es sencillo, de pocos metros cuadrados. «Trato de mantener mi casa ordenada, porque dentro de mí hay mucho desorden. Mi casa es mi cable a tierra.» Marianne se acomoda en la silla de su escritorio, con las piernas recogidas, de espaldas a la mesa de dibujo en la que practica el diseño de *lettering* y carteles. A su lado, una biblioteca cubre la pared a todo lo largo, y del piso al techo. Ahí están apilados, verticalmente, sus amigos de siempre.

Admite ser directa, pero también tímida. Dice formar parte de «una tribu que persigue sus sueños», aunque sabe que debe forjar el camino para alcanzarlo. Es abogada de la Universidad de Carabobo, aunque no ejerce la carrera. Ha publicado *Cuentos en el espejo* (2008), *Aviones de papel* (2011) e *Historias de mujeres perversas* (2013). Obras suyas han sido compiladas en las antologías *Quince que cuentan* (2008) y *Zgodbe iz Venezuela* (2009).

LOS LIBROS, ETERNOS AMIGOS

Altagracia de Orituco, su ciudad natal, es un lugar que le parece muy curioso. Es tierra de poetas y artistas, como Juan Sánchez Peláez y Juan Calzadilla. En principio, se cultiva el amor por el arte, pero al mismo tiempo no existe un acercamiento formal a la vida cultural, al menos no como en las grandes capitales del país.

Imaginarla de niña no es difícil, sobre todo si se tiene en cuenta que es la hija menor del matrimonio Díaz-De Rosal. Su hermana Lisette le lleva catorce años; su hermana Adriana, diez. En esos primeros años de vida, Lisette se fue a estudiar a Barquisimeto. Adriana, en cambio, era la que la sacaba a pasear.

Su padre, Néstor Díaz, es docente; su madre, Susana Del Rosal, es escritora y editora de libros y suplementos infantiles. De manera que hay razones para pensar a Marianne como una prematura *comelibros*. De hecho, confirma que su infancia fue muy solitaria y que la mayoría del tiempo se la pasaba leyendo o escribiendo.

Cuando cursaba la primaria en la escuela Ramón Camejo de Altagracia, tuvo un par de amigos que no olvida. El plantel era demasiado grande, con un patio central y los salones alrededor. «Esa edificación la construyeron por error. Nadie se dio cuenta de esto hasta que el edificio iba por la mitad. No les quedó más que terminarlo.» Recuerda que sus tías daban clases en el plantel, al que también asistían sus primos.

Sus amigos eran ese par de niños que iban a su casa a hacer tareas o a jugar. Luego siguieron juntos en el Liceo Madre Candelaria, hasta graduarse. El resto de los estudiantes pensaba que ella era antipatiquísima. Se la pasaba con la cabeza metida en los libros. Y para colmo, no salía a correr en el recreo ni le gustaba Educación Física.

La explicación podría estar en que ha usado lentes toda su vida. Padece de miopía, astigmatismo y glaucoma. Creció con el temor a los pelotazos en la cara. Cuando era pequeña, los amigos de su papá le decían «La China». Y no porque tuviese los ojos rasgados, sino porque, para enfocar, apretaba



los párpados. Así estuvo hasta que le colocaron los primeros lentes. Tenía cuatro años y era oficialmente miope.

Le gusta mucho el teatro y, de hecho, quería ser actriz. Ya casi terminando el bachillerato, se inscribió en un taller de artes escénicas. Fue una experiencia terapéutica, que le permitió hacer amigos y participar en competencias deportivas. Metió un par de goles, pero el miedo a las pelotas chocando contra sus lentes persiste.

En líneas generales, la gente le cuesta. Lo dice y sube la mirada hasta lo más alto de la biblioteca, como buscando a un viejo conocido. No le gusta conversar de sí misma con extraños.

LEYENDO EN UNA ESQUINA

Marianne es zurda. Aprendió a leer a los tres años y a escribir a los cuatro. A esa edad cogía las hojas que su mamá transcribía a máquina y repasaba los relieves de las letras que se marcaban en el reverso del papel. Su madre intuyó muy tempranamente que la vocación por la escritura de su hija menor era cosa seria: a los siete años ya llenaba cuadernos con una misma historia.

Era una niña tranquila, madura. «Si había un objeto de cerámica, yo lo agarraba, lo examinaba y lo dejaba en el mismo sitio. Mi mamá no me regañaba para que hiciera la tarea. Ni siquiera recuerdo que me haya gritado. La secuencia era la siguiente: ella me decía “haz tal o cual cosa”, yo preguntaba para qué, ella me explicaba, yo lo hacía.»

Ciertamente tiene una relación muy cercana con su mamá. De hecho, cuenta que si un día alguien le preguntaba a la señora Susana por la pequeña Marianne, ella invariablemente contestaba: «Sentadita en una esquina, con un libro abierto en las manos. Hace tres horas la vi allí y todavía sigue».

A su papá lo solía acompañar al plantel donde daba clases. Era un paseo divertido. Iban y regresaban en moto. Por otro lado, tenía la puerta abierta al conocimiento: Marianne lo aprovechaba y se sentaba atenta a escuchar la lección. Pero seguía siendo una niña, que a veces prefería quedarse jugando fuera del salón.

LIBRO NO APTO PARA NIÑOS

En el cuarto de su mamá había una biblioteca, que hurgaba cada vez que se le antojaba. En lo más alto estaban los ejemplares «prohibidos», como *Carrie*, por ejemplo. Un libro de su infancia fue *La Colina de Watership* de Richard Adams. «Ahora que lo pienso, no es un libro



para niños, pero sí uno al que regreso siempre.» También leyó los cuentos de los hermanos Grimm: «Me refiero a las versiones originales, los verdaderos, los clásicos sangrientos, y no los que cuenta Disney».

A los quince años, se adueñó de *Lo que el viento se llevó*, uno de los tantos libros de su mamá, que a pesar de ser un clásico no la marcó. Entre los diecisiete y veinte años, se entregó a la saga de *Harry Potter*. Escritores todos que no se quedaron con ella. En cambio, con Ray Bradbury sí: el autor de su adolescencia. «Lloré cuando se murió. Tenía la fantasía de que lo iba a conocer.»

Pasan los años y con ellos llega la madurez, el cambio de preferencias. Hoy su autor de cabecera es Haruki Murakami. Su *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* (1994) lo revive como una locura de libro. No lo recomienda, por su nivel de fantasía extrema, pero es el que le encanta. «No es un libro para todo el mundo.» Lo leyó cuando trabajaba en Monte Ávila Editores. No lo soltaba ni siquiera mientras viajaba en metro. Sin él no iba a trabajar.

De los escritores latinoamericanos, menciona a Mario Vargas Llosa por sus *Travesuras de una niña mala*; a Mario Benedetti por su poesía; a Gabriel García Márquez por sus *Ojos de perro azul*, algunas de cuyas frases alimentaron su primerizo libro de cuentos.

ESTO PUEDE FUNCIONAR

Antes de descubrir que lo suyo era la narrativa, Marianne estaba empeñada en ser poeta. Entre los seis y siete años de edad, redactaba poemas con rima. Esta fue su expresión hasta los quince. Trató de publicar en algunos portales, pero no le hacían caso. Hasta que envió un cuento a «Letralia», que publicaron de inmediato. «Pensé: Esto puede funcionar. Me está yendo mejor por aquí.»

A su esposo, José Luis, lo conoció en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Carabobo. «Él iba un año más avanzado que yo, y una amiga en común nos presentó. No fue amor a primera vista. Él estaba organizando un grupo de teatro, que nunca se dio. Fuimos amigos por dos años, pero a mí no me gustaba para nada. De pronto surgió algo, y aquí estamos.»

Tienen en común la pasión por la lectura y la escritura. Él disfruta leer y adora que ella escriba, pero más lo admira la disciplina que ella le imprime a su vocación. Eso lo enamoró. Ella escribía sus cuentos, los imprimía, los encuadernaba y luego se sentaba a corregirlos en un viejo cuaderno. «Eso le parecía emocionante.»

Cuando tuvo que viajar a Caracas semanalmente, por un año, para asistir a un taller que coordinaba Carlos Noguera, José Luis no dudó en acompañarla, aunque eso significara largas horas de espera. Al mediodía de cada martes, apenas terminaba la clase, salía de la Universidad de Carabobo hacia Caracas. Las sesiones de taller comenzaban a las seis de la tarde. Al terminar cada jornada, viajaban de vuelta y a media noche llegaban a casa.



**«LOS LUGARES NO ME IMPACTAN,
MAS SÍ LAS RELACIONES. UNO
NO ES DE LOS LUGARES SINO DE
LAS PERSONAS QUE HA CONOCIDO.
LA PERSONA ES EL LUGAR»**



RAY BRADBURY FUE EL AUTOR
DE SU ADOLESCENCIA. «LLORÉ
CUANDO SE MURIÓ. TENÍA
LA FANTASÍA DE QUE LO IBA
A CONOCER»

VIAJES Y DESAPEGO

Marianne conoció el desarraigo cuando entró a la Universidad de Carabobo. Le tocaba viajar todo el tiempo entre Altagracia y Valencia. El desapego por los lugares siguió alimentándose mientras hizo el taller con Carlos Noguera, que la obligaba a viajar de Valencia a Caracas todas las semanas.

Esos primeros viajes están presentes en sus cuentos de manera abstracta. En su blog personal agrupa las anécdotas de esos múltiples cambios de residencia. Con el activismo llegaron las millas náuticas y los sellos de inmigración en su pasaporte. Hasta la fecha ha participado en actividades académicas en Alemania, Bélgica, Filipinas, Hungría, Chile y Cuba.

No tiende a ubicar geográficamente las historias. «Los lugares no me impactan, mas sí las relaciones. Uno no es de los lugares sino de las personas que ha conocido. La persona es el lugar.»

«Cuando viajas, de alguna manera te desprendes de tu identidad. No tienes tus referentes cerca, ni tu gente, ni el idioma. Pierdes todo lo que te hace ser quien eres. La excepción, quizás, está en el aeropuerto, que es una especie de cápsula de tiempo, un no-lugar.»

Marianne se dejaba llevar por la pasión. Y Carlos Noguera la usaba como ejemplo de perseverancia, porque no faltó a ninguna clase. La experiencia le hizo entender que la narrativa era su lenguaje. «Éramos diez en el taller, y todos hemos quedado como buenos amigos. Hoy en día hemos crecido y publicado, pero durante las sesiones éramos muy críticos. Destruíamos un texto con mucha facilidad. Yo a veces salía llorando de clases.»

El taller le dio herramientas para escribir su primer libro publicado, *Cuentos en el espejo*, ganador del I Concurso de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. Lo escribió con un valor agregado: «La piel se te endurece cuando haces cosas que otros verán. Es inevitable generar reacciones. Y hay que estar preparado para todo tipo de comentarios. Carlos Noguera se convirtió en mi primer lector. Pero ahora que falleció, ese lugar lo ocupa el jurado de algún concurso, el director de una editorial o el crítico que firma una reseña».

FLUIR A DESTAJOS

Por los recordatorios de colores que tiene pegados en su escritorio, se deduce que es una persona muy organizada. En uno de ellos se lee: «La vida no tiene instrucciones». Si bien domina el español, el francés y el inglés, quiere ser políglota.

De su apartamento se reserva un pequeño estudio donde tiene su computadora, que utiliza sobre todo para cumplir con sus compromisos de activista. A pesar de que el apartamento se encuentra en plena urbe, su lugar de trabajo está bendecido con el privilegio del silencio

Toma mucho café, sobre todo cuando escribe. Se sienta sobre un cojín, que tira al piso. Se ubica cómodamente entre el sofá y una mesa ratonera. Prende su computadora portátil. Hace un círculo a su alrededor que tapiza de papeles, libretas y anotaciones. Es su pseudo-escritorio. Y allí se deja fluir.

«Escribo a destajos. Prefiero hacerlo en las tardes, porque en las mañanas me dedico a trabajar. Escribo para cerrar mis días, para explicarme el mundo, para poner orden. No lo hago pensando en quién me leerá, ni para alimentar mi ego, que trato de apartar.»

Su primer libro de cuentos está escrito en un lenguaje muy poético, muy íntimo. Le costó desarrollar la estructura, pero una vez que la intuyó todo fluyó mejor. Ese «primogénito editorial» lo escribió en mes y medio, a la par de estar leyendo *Ojos de perro azul*. «Lo leía y me decía: algo va a salir. Era como chocar dos piedras para hacer fuego.»

Con el libro ya publicado, supo que quería ser escritora. Apenas tenía 21 años. Su segundo libro llegó muy rápido a los anaqueles, pero de seguidas experimentó un bloqueo importante: no fluían las ideas. «Estaba cometiendo un error: escribía para afuera, pensando en el lector. Así que preferí parar. Ese proceso duró tres años. Me dediqué al activismo.»

Entre manos tiene otro libro de cuentos, y también trabaja en su segunda novela. Va de género policíaco, y se refiere sobre todo al narcotráfico. «Allí me refiero al bien y al mal, a los límites entre lo correcto y lo incorrecto. Exploro cómo las fronteras morales se mueven para quien está en una situación comprometida.»

Mantiene inédita una primera novela, que gira en torno al amor y a la soledad. La poesía solo la escribe para consumo personal. «He decidido que sea así. Lo que me interesa publicar es narrativa.»



«EN CUANTO A MI RELACIÓN CON EL PAÍS, NECESITO ESCRIBIR CIERTAS COSAS. YA YO LO HACÍA CUANDO TENÍA DIECIOCHO AÑOS, PERO NECESITO REGRESAR A ESA LÍNEA DE REFLEXIÓN»

COMO BRADBURY

Marianne es muy hábil como escritora, y su narrativa tiende a ser envolvente. Desde las primeras líneas de «La Bicicleta», por ejemplo, las palabras pedalean junto al protagonista: «Quizá una parte de mí quiera ganarse el Nobel —bromea—, pero no creo que escriba para limpiarme por dentro». El alcance de sus cuentos lo deja a la opinión de sus lectores.



«PIENSO QUE MI VIDA ES MÁS BIEN FRACTAL: NO UNA SOLA IMAGEN, SINO MUCHAS. ES COMO UN CORCHO CON MUCHAS FOTOS»

Confiesa que no tenía idea de cuál era su intención cuando publicó sus primeros libros. Ella solo quería contar una historia; sentía una necesidad que asocia con una frase de Ray Bradbury: «Debes escribir todos los días, porque, de lo contrario, el veneno se acumula». Y Marianne agrega: «Escribo porque tengo historias que no me dejan en paz. Siempre ha sido así, pero ahora lo entiendo más».

Cuando empezó a releerse en público, encontró temas esenciales: la soledad, las relaciones humanas. Así lo exploró en sus primeras publicaciones. Otra confesión: lucha para hacerse de rutinas y sembrar el oficio como un hábito, porque «cuando paso mucho tiempo sin escribir, me enfermo», y vuelve a citar a Bradbury. Finalmente, pontifica: «Estoy tratando de redefinir qué es esto (escribir) para mí».

SEPARAR LOS RUIDOS

La planta baja de su edificio tiene un gran salón y un pequeño jardín. Se escucha el ruido constante de niños que

gritan mientras juegan, de perros que ladran. Un gato amarillo, que es su amigo, viene a saludarla. Hace calor, aunque el viento anuncie lluvia.

Mientras ve la escena, de pronto confiesa: «Sufro de depresión, y cuando aparece obviamente me afecta la motivación». No tiene problemas en reconocerlo. Con los años ha aprendido a identificar las señales que previenen su aparición. «Recurro a técnicas que me permiten controlarla, evitando las terapias y los medicamentos. La meditación es esencial, porque me mantiene en tiempo presente.»

Sobre esto escribe con frecuencia en su blog. «Hay que ser amable con uno mismo», dice en alguna de las secciones. E invita a descansar, a no etiquetar las cosas. Igual ocurre con la escritura: a veces simplemente necesita alejarse de ella. Lee un libro, se toma un café, busca ideas.

En el pasado, la opinión de un jurado o ganar un concurso eran suficientes motivaciones. Pero si pasaba un tiempo sin escribir, sin obtener premios, sin publicar, entonces empezaban las dudas. Ahora ha aprendido a separar los ruidos de su oficio, ahora ha entendido que escribe porque lo necesita.

También se esfuerza para asumir su oficio no como una obligación. «Antes sentía que los demás me superaban —como en una carrera— y yo quedaba allí, tirada con el tobillo roto. Pero luego llegó un momento en que comencé a sentir este oficio con profundidad.»

«Escribir no siempre se disfruta, no siempre es divertido. Mantener la concentración, la mente clara en que lo que se quiere, es esencial para contar una historia. Apartarse del entorno, de los demás, es lo más sano.»

«Fundamentalmente, soy una activista de la libertad de expresión, y al final todas las cosas que hago regresan a esto. Si intento que la gente esté más segura cuando navega en internet, es porque quiero que se comuniquen. Si doy talleres de cuento para adultos, es porque quiero que la gente escriba.»

UN PAÍS FRACTAL

Admite que sus dos debilidades son evasiones: leer y escribir. Cuando se concentra en alguna de las dos, «no estoy». Marianne se esfuerza por mantenerse en el presente. «Tal como están las cosas en el país, es muy difícil visualizar o planificar.»

«En cuanto a mi relación con el país, necesito escribir ciertas cosas. Ya yo lo hacía cuando tenía dieciocho años, pero necesito regresar a esa línea de reflexión. Estoy tratando de volver a la escritura como algo orgánico, de entenderla más como terapia. En su segunda novela, puso una frase de *El país de las últimas cosas*, de Paul Auster, como epígrafe. No la recuerda con exactitud, pero la parafrasea: «Lo que me impresiona no es la cantidad de cosas que se han derrumbado, sino la cantidad de cosas que siguen en pie».

Marianne tiene un proyecto titulado «Venezuela Fractal», que admite la participación de varios autores que escriben historias a partir de un mismo tema. Algo así anhela para el país. «Necesitamos rescatar, recuperar, el caleidoscopio de lo que somos. Que cada quien aporte su pedacito de mosaico para ese mural.»

«Se me hace muy difícil pensar en una imagen que defina mi vida, pues lo que experimento es una locura de cosas mezcladas. Pero si me apuran, pensaría en mí, de cinco años, sentada leyendo un libro. En todo caso, es una definición parcial. Pienso que mi vida es más bien fractal: no una sola imagen, sino muchas. Es como un corcho con muchas fotos.» ●



DANIELA CHIRINOS

VALENCIA, 1980 | Licenciada en Comunicación Social de la Universidad Arturo Michelena. Diplomados en Comunicación Corporativa y Marketing Digital. Editora de Cultura y coordinadora de los suplementos «Letra Inversa» y «Confabulario» en *Notitarde*. Corresponsal del diario *El Siglo*. Reportera del diario *El Periódico*.



HÉCTOR BENCOMO

VALENCIA, 1977 | Reportero gráfico. Diplomado en Gerencia de la Fotografía de la Universidad de Carabobo. Ha trabajado en *Últimas Noticias*, *El Siglo*, *Notitarde*, *El Periódico de Monagas* y *Diario Extra*.

Cansada de posar

No soportas la soledad, porque es en esos momentos en que nadie te habla, cuando casi te ves obligada a escucharme. Y no quieres hacerlo, desde aquella tarde en que escapé de tus labios en forma de un grito enloquecido que te llevó en pocas horas de la mano de tus padres al siquiatra.

Entonces las citas, los tratamientos, las medicinas. La voz del médico hablando en términos que aún no comprendías: meleril, fluoxetina. Te diste cuenta pronto de que la gente te trataba distinto, como a una copa de cristal, como a una caja de explosivos, y tuviste miedo. Quisiste evitar el rechazo y descubriste que la única manera era fingirte normal.

Los médicos afirmaron que el tratamiento funcionaba mejor que en ningún otro paciente. Habías logrado lo que querías: encerrarme en lo más hondo de tu interior, ahogarme en el silencio de tu negación. Entonces, bam. La muerte de tus padres, y la infinita, inmensa, insoportable soledad.

Los escasos parientes que te quedaban, casi desconocidos, te vigilaron un poco. Notaste que esperaban verte enloquecer, y fingiste con más fuerza. Te dejaron en paz y te fuiste a otra ciudad, conseguiste un trabajo, una escasa paga, una habitación inhabitable y una vida. Solo quedó seguir fingiendo, pretender que no existo. Pero estoy aquí siempre, y lo sabes muy bien.

Me odias, lo sé, con toda la intensidad de que eres capaz. Pero tenemos tanto en común: ambas

detestamos las torpes caricias de los amantes que aceptas para no dormir sola noche tras noche.

A ambas nos saca de quicio tu jefe, ese tipo asqueroso que te mira con lascivia las piernas cada vez que das vuelta. Ambas extrañamos nuestro hogar, ese que ya no existe. La diferencia es que tú gimes, sonrías y contienes las lágrimas, mientras yo grito, dentro, y tratas de aparentar que nada ocurre.

Me odiaste siempre porque sientes temor a la locura, porque no aceptas que la real soy yo, que tú eres falsa. Tú eres solo esa máscara que muestras al mundo, esa mujer ficticia, eternamente cansada de posar.

Durante estos años has seguido visitando médicos —son otros, pero para ti son los mismos— y gastando pequeñas fortunas en esas pastillas que te ordenan tomar. La amarilla, la rosa, la blanca. Las que me hacen dormir agazapada en el fondo de tus ojos, hasta que pasa el efecto y regreso, y regresas, y sientes de nuevo ganas de matarme.

Ahora ha llegado el momento. Tendida en la cama, pareces dormir; cada vez más pálida, más fría, abandonándote dócil a la nada. Sobre la mesa de noche, el frasco de las píldoras blancas yace vacío. Sé que restan minutos antes de que todo acabe, así que aprovecho estos instantes en que no puedes hacerme callar para decirte todo lo que me ha quedado sin decir.

Siempre supe que morías por matarme. Pero jamás pensé que tuvieras el valor.

Magia envolvente

JOSÉ NAPOLEÓN OROPEZA



A través de la lectura de los cuentos escritos por la joven Marianne Díaz Hernández, agrupados, hasta ahora, en tres volúmenes (*Cuentos en el espejo*; *Aviones de papel*; *Historias de mujeres perversas*), el lector quedará sumergido en la luz de una epifanía: la misma que experimentan sus personajes tratando de explicar —o de razonar quizá— cuánto y qué les sucede en un instante en el cual toda vivencia se registra en el vuelo de una frase metamorfoseada en una ola iridiscente, que deja, en su avance, el registro de espejeantes imágenes.

Pero el espejo, por igual, solo registra el aplazamiento de un encuentro definitivo con la realidad en todos los relatos de la autora. Tras el viaje poético propuesto en sus cuentos, la ambigüedad atraviesa el espacio como corriente serpenteante, en la cual se anudan

y se desanudan los seres que habitan el espacio fundado en cada uno de sus maravillosos relatos, estructurados a partir de la noción y hallazgo de la fragmentación del mundo real.

Acaso la magia de los cuentos de esta gran narradora, muy joven todavía, resida en el aplazamiento de una verdad definitiva: todo en ellos apunta al amago. El espejeo seductor y envolvente de sus atmósferas nacidas de una epifanía sumerge al lector desde la fluencia del primer párrafo hasta el nudo de un final luminoso. Un final que invita y seduce al lector en la aventura de volver al primer párrafo, en el sugestivo empeño de reanudar el viaje propuesto por el registro epifánico de un oleaje de palabras y ritmos. Un viaje que conducirá, otra vez, al atisbo de un mar de luz cada vez más seductor en su espejeo.

[Narrador y ensayista. Expresidente del Ateneo de Valencia]



Néstor Mendoza

«Con la poesía no tengo miedo»

Nacido en Maracay, en 1985, egresó de la Universidad de Carabobo como licenciado en Educación, mención Lengua y Literatura. Muy tempranamente descubrió en la poesía una manera de revivir las emociones, de memorizar sentimientos, de traspasar la materia con la mirada. La cotidianidad también puede ser un acto de trascendencia.

TEXTO RAFAEL SIMÓN HURTADO | FOTOS JOSÉ ANTONIO ROSALES

Su primer encuentro con la literatura estuvo más cerca del cuento y la novela, pero fue la poesía la que se terminó de imponer en Néstor Mendoza. Sentía que la forma de canalizar, de dar respuesta a indecisiones e inquietudes, era única, inimitable. Esa emisión solitaria, si bien le mostraba a Néstor una invocación sin privilegios, también lo ayudaba a vencer aquella voz tímida que le impedía revelar su intimidad. Desde el inicio, buscó escribir «poemas silenciosos, escritos desde la humildad». El milagro de las palabras iba contribuyendo a su reafirmación personal.



Sus primeros acercamientos al arte los hizo a través del dibujo. «Representaba mediante trazos simples a mis padres, a mis tías, a la naturaleza que me rodeaba. Me sentaba en un rincón de la casa y veía a mi madre cuando cosía, o a mi padre cuando compartía con mis tíos en el patio. Yo trataba de fijar un recuerdo, una emoción.» Esta inquietud, que cultivó entre los cinco y diez años, fue el inicio de lo que luego sería la vocación literaria. Octavio Paz hubiera llamado esas pulsiones «la consagración del instante».

PRIMER PAISAJE

Su infancia remite a una población quieta y silente, enclavada entre la serranía montañosa del Parque Henri Pittier y el lago de Valencia. Mariara es una de esas comunidades en cuya modestia se esconden testimonios históricos y auténticas reliquias. Allí se crio Néstor, en el sector El Carmen, cerca de la plaza Bolívar, al amparo de una familia integrada por su padre, Néstor Mendoza, y su madre, María Hernández. Cuenta también con tres hermanos.

Su padre ejerció los oficios de herrero y chofer. Su madre es ama de casa, repostera y costurera. «De mi padre recibí la responsabilidad. A su manera, veló por todos sus hijos. Cuando nos enfermábamos, recuerdo que nos llevaba cargados al baño, para bajarnos la fiebre en poncheras llenas de agua. De mi madre guardo la sencillez, la humildad, el amor incondicional. Mucho de lo que soy se lo debo a ella. Es una mujer sencilla, que odia la mentira, que está dispuesta a perdonar a quienes han faltado. Su paciencia y su sensatez son providenciales. Mi temperamento viene de allí.»

«Mis juguetes eran mis hermanos. Siendo niños, todos cabalgábamos un árbol de semeruco con ayuda de la imaginación. La mayor es Norelys y el menor Rubén. Yo soy el del medio, junto a mi hermana gemela, Griselda. Obviamente con ella guardo un vínculo muy especial,

que es difícil de explicar. No tiene que ver solamente con que uno quiera o ame más a un hermano que a otro, sino con un hecho de gestación, de haber estado en el mismo vientre, de haber compartido la misma placenta, jugando juntos desde antes de nacer. Es una relación distinta a la que tengo con mis otros hermanos. Cuando estábamos muy pequeños, compartíamos hasta los mismos amigos imaginarios. Los veíamos y nos divertíamos con ellos. Imaginábamos su estatura, su color de piel, su forma de vestir. Creíamos ver al mismo amigo. En aquellos juegos con Griselda éramos tres: ella, yo y el amigo imaginario.»

«Con mi primera hermana, en cambio, quizás por los años de diferencia, la distancia es mayor. Ella fue hija única durante ocho años, y obviamente eso le permitió desarrollar mucha autonomía, que luego marcó todas sus decisiones. Siempre ha habido un vínculo cordial, en medio de la natural autoridad y severidad que tienen los hermanos mayores. Por último, está mi hermano menor, que es muy distinto a mí, pues mientras yo soy reservado, él es más resuelto. Tiene habilidades manuales que heredó de mi padre.»

«Cada vez que publico un libro o en ocasión de algún premio literario, mi familia se emociona mucho. Las noticias de mis logros resuenan en toda la casa. Cuando apareció *Andamios* hubo una alegría unánime.»

SEGUNDO PAISAJE

Aunque Mariara es una población del estado Carabobo, su cercanía con Maracay propicia que sus habitantes se desplacen con frecuencia en demanda de servicios. A esta relación entre ciudades fronterizas recurrieron los padres de Néstor para que su madre lo trajera al mundo en un servicio de maternidad de Maracay. El tiempo ha transcurrido para que el joven haya cultivado amistades y establecido relaciones que lo marcaron de por vida.

«Desde 2006 hasta 2010, formé parte del Taller Literario “Hojas Sueltas” de Mariara, dictado por el poeta Antonio González Lira. Durante sesiones vespertinas, leíamos textos de teoría poética y de poesía venezolana, latinoamericana y europea. Entre ellos, a los cubanos del grupo “Orígenes”, Lezama Lima y Eliseo Diego; también a Fernando Pessoa, T. S. Eliot. Luego, de la mano del poeta Alberto Hernández, publiqué en el suplemento cultural “Contenido” del diario *El Periodiquito* de Maracay. Allí aparecieron mis primeros ensayos y reseñas sobre poetas venezolanos.»

En el curso de sus estudios de bachillerato en Mariara, ya se habían generado los primeros nexos de reconocimiento de figuras clásicas, como Lope de Vega u Homero, pero todavía la vocación poética no se encauzaba debidamente... hasta que se produjo un deslumbramiento. «Sin la Universidad de Carabobo, mi vida hubiese sido distinta. Entrar allí con diecisiete años, me abrió un abanico exuberante de posibilidades. En esa etapa sí puedo admitir que



«CON GRISELDA GUARDO UN VÍNCULO MUY ESPECIAL. TIENE QUE VER CON UN HECHO DE GESTACIÓN, DE HABER ESTADO EN EL MISMO VIENTRE»

descubrí la literatura. Encontré cauce para mi inquietud por el hecho literario, poético. Mi acercamiento a ciertas asignaturas de la carrera de Educación, mi aproximación a las publicaciones del Departamento de Literatura, asistir a la presentación de libros y revistas... todo eso fue decisivo. A aquellos encuentros iniciales en los talleres de Mariara, se añadieron estas nuevas experiencias que me hicieron ver con otros ojos lo que había leído en bachillerato de manera incipiente. Comprendí que las lecturas que había hecho hasta ese momento, no habían sido asimiladas con entera conciencia. Eso me llevó a releer a muchos autores, como Arturo Usler Pietri, Rómulo Gallegos, Rubén Darío, Pablo Neruda. Buscaba hallar mayor intensidad a mi propia experiencia de escritura. Me volqué a leer ávidamente poesía y a escribir mucho.»



«SIN LA UNIVERSIDAD DE CARABOBO, MI VIDA HUBIESE SIDO DISTINTA. ENTRAR ALLÍ CON DIECISIETE AÑOS, ME ABRIÓ UN ABANICO EXUBERANTE DE POSIBILIDADES»

En la Universidad conoció a la profesora de filosofía Marelis Loreto Amoretti, quien lo estimuló a indagar en la escritura crítica. Se incorporó a la agrupación «Litterae ad Portam», grupo de poetas y artistas plásticos que fomentaban las inquietudes creadoras. Asistió a los talleres de poesía de Adhely Rivero, quien para entonces era el jefe del Departamento de Literatura de la Universidad de Carabobo. Por gestiones propias del poeta Rivero, Néstor publicó en 2007 su primer libro: *Ombliño para esta noche*.

La vida universitaria también tuvo repercusiones en el plano amoroso, pues allí conoció a Geraudí González, profesora de Módulos de Cultura, quien finalmente se convertiría en su esposa. En esos Módulos leyó mucha poesía venezolana del siglo XX: Vicente Gerbasi, Ramón Palomares, Gustavo Pereira. La profesora González también solía invitar a poetas, narradores y ensayistas de la universidad y de la región valenciana. La práctica le permitió conocer a escritores como

Orlando Chirinos, Víctor Manuel Pinto y María Narea, entre otros.

«Leer y conocer a los creadores directamente, me enseñó que la pulcritud de un texto leído puede verse afectada por muchos factores. Comprendí que el texto literario es una representación autónoma, pues una vez que se desprende de las manos del autor, adquiere una suerte de soberanía. Ya liberado, y dependiendo de su evolución en el tiempo, un texto puede ser rechazado, ignorado, recordado o venerado.»

Poco después unos contactos lo llevaron a relacionarse con los editores de la legendaria revista *Poesía*, mascarón de proa de las publicaciones literarias de la Universidad de Carabobo. Su lectura le brindó la ocasión de admirar la poesía y la prosa de Eugenio Montejo, Alejandro Oliveros y Reynaldo Pérez Só, a quienes Néstor considera una trinidad poética. La publicación también lo puso en conocimiento de poetas como Paul Celan, W. H. Auden, Giuseppe Ungaretti,

Saint-John Perse, José Emilio Pacheco, Raúl Gustavo Aguirre y Antonio Gamoneda. La lectura de poesía y ensayos sobre teoría poética de esos años marcaron definitivamente su formación.

Hoy forma parte del equipo de redacción de la revista *Poesía*, donde también publica sus propios textos y gestiona las colaboraciones de nuevos poetas. Más recientemente se incorporó a la Dirección de Medios de la Universidad de Carabobo, como corrector del semanario *Tiempo Universitario*. Y en la actualidad es coordinador de Relaciones Institucionales de la Feria Internacional del Libro. «Filuc es otra de mis moradas permanentes: lo fue en mi época estudiantil, como visitante entusiasta, y lo es ahora como integrante del Comité Organizador.»

TERCER PAISAJE

La vocación es una rareza que se mueve atraída por una fascinación magnética. Aunque no siempre ocurre, hay rasgos que se muestran prematuramente, entre el misterio y el asomo de ciertas conductas.

«Mi temperamento tiende al ensimismamiento. En mi infancia tuve pocos amigos, quizás porque la soledad, la timidez o el temor al rechazo dominaban la escena. Eso explica por qué me conformaba con la contemplación. Esa actitud se mantiene en el bachillerato, aunque como todo adolescente quería formar parte de algo. Tuve que vencer el miedo, ir en contra hábitos que tenía muy arraigados, hasta confrontarme conmigo mismo.»

«La literatura propició el diálogo, el vínculo interpersonal, emocional, fraterno o amoroso con los demás. La lectura solitaria, en diálogo secreto con las obras, con los textos, con los autores, se convirtió en el puente de relación con los otros. Por su intermedio encontré los modos para canalizar y dar respuesta a mis indecisiones e inquietudes. Se podría decir que con la poesía, ese yo intransigente, solitario, sedentario, se transformó. Sentí que había conseguido un traje a la medida. Un cuerpo que podía habitar sin sentir miedo. De pronto tenía un lugar, un punto de vista, con el cual enfrentarme al mundo, para ponderar la realidad con más lucidez.»

«Escribir me inquieta; no es algo placentero. Escribir poesía es algo que me sobresalta. Mis libros se gestan con lentitud. Soy de los que convive con el poema por mucho tiempo, hasta su publicación. Comparto la expresión de Paul Valéry de que “el poema se abandona; no se termina”. Para mí, cuando el libro se convierte en objeto de lectura, ya le pertenece a otro. Confronta la escritura con mucha paciencia. Y someto el poema a muchos filtros: reposo, corrección, confrontación, olvido.»



**«LA LITERATURA PROPICIÓ
EL DIÁLOGO, EL VÍNCULO
INTERPERSONAL, EMOCIONAL,
FRATERO O AMOROSO
CON LOS DEMÁS»**



«CUIDO EL HECHO LINGÜÍSTICO EN SU ASPECTO FORMAL, EN SU LIMPIEZA DISCURSIVA. TENGO UNA EXIGENCIA, O CASI UNA OBSESIÓN, CON CADA COSA QUE ESCRIBO»

poemas con el relato, permitiendo que sean objetos permeables que se ofrezcan como espacios de convivencia con otros discursos. Busco un efecto, una reacción, una complicidad con el lector, que sea capaz de producir asociaciones distintas e, incluso, contrarias.»

«Si bien es cierto que en el texto poético circula savia y sangre, asociadas a referentes autobiográficos que son esenciales, es bueno tener en cuenta que no deja de ser un discurso compuesto de palabras. Por eso cuido el hecho lingüístico en su aspecto formal, en su limpieza discursiva. Tengo una exigencia, o casi una obsesión, con cada cosa que escribo.»

La poesía se ha convertido para Néstor en un puente por el que ha llegado a escritores que son importantes referencias en su trabajo. Todos, más cercanos o más lejanos, lo han ayudado a modelar su concepción de la poesía, la urdimbre del texto. Tiene presentes a grandes poetas iberoamericanos como César Vallejo, Antonio Machado, Francisco Brines, Antonio Gamoneda, Blanca Varela, José Watanabe y Francisco José Cruz. Y entre los más cercanos cuenta con Juan Calzadilla, Enriqueta Arvelo Larriva, Ramón Palomares, María Teresa Ogliastri, Edda Armas y Luis Enrique Belmonte.

«Tengo un hábito natural, que puede bordear lo patológico, de fijación, de observación. Fijo la atención en los objetos para desconstruirlos, para desarmarlos. Giro en torno al objeto, y a través de él indago sobre sus posibilidades veladas. Cuando escribo un texto poético, le otorgo a ese objeto una historia, unos antecedentes. Los instantes aparentemente insignificantes, baladíes, absurdos, obvios o que no merecen ser reseñados, son precisamente los que más me interesan.»

«Hay un elemento del que estoy consciente, que es la necesidad de distanciarme del objeto, de lo que el ojo ve. Por ello apelo al yo lírico, a la primera persona, que también puede derivar en segunda o tercera persona. Voy hacia un *nosotros* que invite al lector a observar conmigo. Esta característica, visible en poemas como “Decapitación” o “Dócil”, ambos recogidos en *Pasajero*, me ha sido útil para abordar temas ásperos como la violencia de género, la violación, el asesinato, y todo a través de una mirada forense del cuerpo.»

«Echo mano de distintos géneros discursivos, como la narración o la descripción, vinculando mis

CUARTO PAISAJE

Su primer libro publicado fue *Ombigo para esta noche*, en 2007. Es un texto que se desprende del trabajo desarrollado en los talleres literarios. Recoge poemas escritos antes de los veinte años. «Es un libro del que suelo hablar poco, porque lo considero un libro inicial.»

Luego publica *Andamios*, en 2012, con el que recibe el IV Premio Universitario de Literatura, mención Poesía. «*Andamios* lo escribo tras un período de vida lleno dificultades de todo tipo. Suelo aprender más de los momentos difíciles que de los celebratorios. Quizás con un tono nostálgico, el libro recorre los entornos familiares, los espacios de Mariara, las intimidades del hogar. Tiene algo de retrato de infancia, con episodios vividos con mis hermanos y mis padres.»

«El poeta cubano Lezama Lima hablaba de la *sobrenaturalidad*, con la que podemos repoblar el paisaje perdido a través de la imagen. La infancia ya no está, como no están los árboles, pero mediante la imagen poética podemos rescatar esos espacios. Podemos lograr que nuestros familiares fallecidos, los árboles talados, los amigos que se han ido, las vivencias pasadas, pervivan y nos permitan recuperar los paraísos perdidos.»

La lectura del libro se comprende más cabalmente bajo el influjo de los poemas de José Watanabe, a quien agradece haberlo ayudado a encauzar su voz. Con él descubrió la obsesión por el instante, la observación plena de la evidencia que hay detrás de cada cosa, por pequeña que sea, la necesidad de abandonar ese cómodo yo lírico y cambiar de perspectiva.

En 2015 publicó *Pasajero*, que de alguna manera aborda la cotidianidad del poeta. En estos textos, las visiones particulares se transfiguran en acercamientos emocionales hacia objetos y personas. «Fijamos recuerdos, incluso para otros. Luchamos contra la desmemoria, contra el olvido. Nos detenemos en los espacios físicos para intentar que permanezcan en la escritura. El lector podrá sentir que también fueron significativos para el emisor.»

Otro hecho digno de ser destacado en *Pasajero* es el uso de dos «viejos moldes estróficos», como los llama el poeta Francisco José Cruz en la contraportada del libro: la sextina y la cuaterna vía. «Octavio Paz comenta en su ensayo “La tradición de la ruptura” que poetas como Dante y Petrarca pueden ser nuestros contemporáneos. Esta apreciación de Paz me ha servido para sustentar cómo en la llamada poesía tradicional podemos encontrar infinidad de recursos técnicos, estróficos, métricos, rítmicos, que pueden activarse en la actualidad.»



«VOY HACIA UN NOSOTROS QUE INVITE
AL LECTOR A OBSERVAR CONMIGO»

«FILUC ES OTRA DE MIS
MORADAS PERMANENTES: LO
FUE EN MI ÉPOCA ESTUDIANTIL,
COMO VISITANTE ENTUSIASTA, Y
LO ES AHORA COMO INTEGRANTE
DEL COMITÉ ORGANIZADOR»



Estas composiciones poéticas creadas en el siglo XII y en el siglo XIII, respectivamente, hoy vistas como estructuras arcaicas o en desuso, le han abierto nuevas posibilidades a Néstor. «Debemos recordar que poetas contemporáneos como Jaime Gil de Biedma, Ezra Pound, W. H. Auden, o el peruano Carlos Germán Belli, escribieron sextinas. En Venezuela tenemos un caso singular: el libro *Sextinario* de Ana Nuño, que combina poética, poemario y un recorrido antológico que se inicia en la Edad Media.»

«Estos moldes estróficos me interesaron mucho. Me puse a estudiarlos y a ensayar su escritura. La exploración me abrió nuevas posibilidades técnicas: versos endecasílabos en la sextina y versos alejandrinos en la cuaderna vía. *Pasajero* transita del verso libre a estas estructuras que la generalidad de los lectores desconocen. Y más que acto de provocación o de desconcierto, se trata de revitalizar la sorpresa en la lectura del poema.»

«El ensayo me proporciona una seguridad que no me da la escritura poética. Es más, creo que en los ensayos tengo una mayor actitud celebratoria. Hay exigencia, rigor, pero también mayor libertad. Guillermo Sucre, Mariano Picón Salas, Alejandro Oliveros, Rafael Castillo Zapata, Luis Moreno Villamediana, Adalber Salas, son algunos de los que están en mis referentes.»

Sus poemas han sido incluidos en las antologías *102 poetas jamming* (2014) y *Destinos portátiles*, muestra de poesía venezolana reciente (2015). En 2016 quedó como finalista del I Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas, con el libro *Díptico del laberinto*.

Otras iniciativas en las que trabaja tienen que ver con promoción o difusión literaria por medios diversos. En su blog «La Antorcha» compila material ensayístico, reseñas de libros de poesía y entrevistas. En la iniciativa «La tertulia de las 6» se propone acercar a artistas y escritores mediante foros y discusiones. Con «El Taller blanco» se propone desarrollar una plataforma editorial para jóvenes poetas y narradores.

QUINTO PAISAJE

«Cuando una sociedad entra en crisis, el primer síntoma de decadencia es el lenguaje. Hemos llegado a los límites de la mendicidad, de la infamia, del envilecimiento, del agotamiento, de la trivialización, de la satanización de las palabras. Venezuela tiene la apariencia de un bosque deforestado, pues a la decadencia económica se le ha agregado la expropiación del lenguaje.»

«Creo en la poesía como un antídoto. Quiero verme dentro de diez años completando las iniciativas que he comenzado ahora, pero con un país en modo de diálogo. No quiero sentirme un extranjero.» ●



RAFAEL SIMÓN HURTADO

VALENCIA, 1958 | Comunicador social, editor y escritor. Ha publicado *Todo el tiempo en la memoria* y *Leyendas a pie de imagen: Croquis para una ciudad*. Es Premio Nacional de Periodismo Científico.



JUAN ANTONIO ROSALES

CHIRGUA, 1956 | Diplomado en Fotografía en la Escuela de Arte Ramón Zapata. Fotoperiodista de la Universidad de Carabobo. Ha colaborado con las revistas *Laberinto de papel* y *A ciencia cierta*. Miembro del Círculo de Reporteros Gráficos de Venezuela y de la Federación Internacional de Periodistas (FIP).

Cartografía

El mar le dio una mordida
a la cartografía de mi país.
Dejó bordes
desiguales en la tierra, dejó
ciudades con forma de sombrero,
costas hechas con trazo nervioso y estrías.

El agua de la orilla siempre
es noble con los niños,
es un mar distinto,
sin aguas violentas.

El sol justo encima,
y lo oculto con el pulgar.
Lo parto.
Ahora tengo dos soles para compartir.
El sol es riguroso:
a esta hora
importa más el sudor que los abrazos.

Cielo despejado, el cuerpo boca arriba,
toda la arena metida en el pantalón.
Las olas agitan barcos
con banderas que no reconozco.
Tanta gente que pasa,
buscando más bronce en sus pieles,
un color metálico para tapar la palidez
y hacerla menos extranjera.
Solo tengo una mirada sencilla, miedosa,
para este paisaje,
y la sensación de un vidrio que me separa,
una tela, una malla, no sé.

[De *Pasajero*]



La nueva objetividad

ALEJANDRO OLIVEROS



Si algún autor joven ha puesto empeño en la necesidad de una renovación formal, ese debe ser Néstor Mendoza. Autor de dos libros, *Andamios* y *Pasajero*, los veintitrés textos del primero, casi siempre breves, prefiguran la evolución de su lírica, cuyo objetivismo recuerda al de los norteamericanos por su precisión, empatía y trabajada dicción. Hacia el final de *Andamios*, Mendoza incluye una primera muestra de lo que comenzamos a llamar «voluntad formal» en un ensayo de los años noventa. Se trata de un soneto en endecasílabos blancos, que se acomoda sin problemas con el resto de los textos. Aun con sus limitaciones, *Andamios* es una colección donde el autor se nos muestra comprometido, formalmente y en sus temas, con la necesidad de una nueva poesía para la sensibilidad del siglo XXI.

En los treinta y cuatro poemas de *Pasajero*, Mendoza reitera su insistencia en una economía verbal que le permite expresar sin fracturas su particular visión del mundo. Se trata de un objetivismo más «existencial» que el insinuado en *Andamios*, más maduro y de expresión más acabada. La dicción de Mendoza se ha desarrollado de manera orgánica desde aquel libro primigenio. La adjetivación

sigue siendo rigurosa, los verbos esenciales y los sujetos parecen no ser diferentes. Lo que ha evolucionado es la factura del poema, el formalismo ahora es más logrado, el verso no pocas veces impecable, la musicalidad más rica y sostenida. El autor se ajusta a un protagonismo sin desgarraduras ni exhibicionismo. Mendoza prefiere convertirse en narrador, en cómplice a veces, y siempre en testigo. Su mirada, sin embargo, no es fría ni distante, demasiado empático como para no sentir los dones y miserias de sus sujetos. La voluntad formal del poeta también se ha desarrollado. En su tercera sección, *Pasajero* incluye cuatro textos escritos en versos y metros de la mejor tradición castellana, desde otro soneto en versos blancos hasta unas rigurosas estrofas en cuaderña vía. Además de una ajustada sextina que se cuenta entre los mejores poemas del libro.

En sus dos libros, la poesía de Mendoza es la lograda expresión de una nueva objetividad en nuestra poesía. Ahora, son una lectura necesaria; en unos años serán una referencia inevitable para el que quiera entender lo que ocurrió con la poesía venezolana durante las primeras décadas del XXI.

[Poeta, ensayista y docente. Obtuvo la Beca Guggenheim en 1978]



Víctor Alarcón

«Los escritores no dejamos mensajes»

Nacido en Caracas, en 1985, su poemario *Mi padre y otros recuerdos* le valió una mención del Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. Luego, con su libro de relatos *Y nos pegamos la fiesta* obtuvo el Premio Oswaldo Trejo, convirtiéndose en una figura emergente de las letras nacionales. Renuente a retratarse en la crisis, sostiene que el prisma de la política «tiende a dañar la obra literaria».

TEXTO ALONSO MOLEIRO | FOTOS RICARDO JIMÉNEZ

Cada día, sobre las ocho de la mañana, Víctor Alarcón baja de su edificio, ubicado en la intrincada urbanización de El Cigarral. Luego toma el Metrobús que lo llevará desde el extremo sureste de la ciudad hasta el cuadrilátero polidireccional de Chacaíto. Su carro tiene una dolencia crónica de la que no se recupera y, como peatón en Caracas, con algún libro bajo el brazo, ha convertido su trayecto al trabajo en una especie de paradoja. Probablemente el solo hecho de llegar cuente tanto como lo que ocurra en el camino.

Ya en la plaza Brión, con enorme serenidad y estoicismo, Víctor tomará el Metro, cambio de líneas mediante, para dirigirse a la estación Antímano. Al salir cruzará un puente largo y llegará a la Universidad Católica Andrés Bello, donde trabaja como profesor de literatura. Será la segunda fase de un kilométrico trayecto al trabajo que lo obliga a tragarse entera a Caracas. Atestigua que procura hacerlo sobre las nueve, una vez que la ola más alta del tráfico de la ciudad ya haya pasado. También procura regresar antes de la cinco, aunque con frecuencia, en el Metrobús de regreso, se le hace de noche.

Con treinta años cumplidos, soltero, sin hijos, Víctor vive solo en su apartamento de El Cigarral. Lo suyo es escribir y leer; o hablar, leer y escribir. Su padre venezolano y su madre catalana ya falle-

cieron. El primero, a quien va dedicado su primer libro, murió en su infancia; su madre apenas en 2015. Para los dos hay líneas muy especiales en su poemario. Tiene también un hermano que cursa estudios en España. Víctor pasa el día entero en el ámbito académico. Las horas que le sobran transcurren en casa, corrigiendo textos, asumiendo encomiendas específicas o trabajando a destajo. Trabaja con letras hasta para asegurar su sustento. Ya han pasado las jornadas decisivas de su maestría, terminada a distancia, en extenuantes redacciones a las que quedaba encadenado. Esto sin alterar la paciente trama para llegar al trabajo, las sesiones con los estudiantes, el regreso a casa para sentarse frente al computador hasta el filo de la media noche.



«EL TIEMPO ES LO ÚNICO QUE
NO SE RECUPERA. ESO FUE LO
QUE ME HIZO REGRESAR.»

Con una maestría en Literatura Venezolana de la Universidad Central de Venezuela y un doctorado en Teoría Literaria en la Universidad de Barcelona, Víctor es autor de dos libros: *Mi padre y otros recuerdos*, poemario íntimo, con cierto sabor biográfico, tocado por la sensación de pérdida, y el segundo, *Y nos pegamos la fiesta*, secuencia de relatos breves que recogen nuevas circunstancias anímicas, escritos con mayor holgura y sentido de la guasa y la paradoja. Con el primero ganó el Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores; con el segundo, se hizo merecedor del Premio de Cuentos Oswaldo Trejo de la editorial Equinoccio.

«Le decía a un amigo que la Teoría Literaria funciona como la Física. Entre otras cosas, la Física busca explicar la formación y composición del universo. Si aparece algún elemento nuevo, toda la teoría previa debe ajustarse al parámetro que exige el hallazgo. Lo mismo le pasa a la Teoría Literaria: siempre aparecerá un escritor nuevo que te va a proponer otra cosa, que te va a sugerir lo contrario.»

Una tesis muy apropiada sobre su oficio y el mundo de las letras, a las que se agregan una aplomada serenidad ante temas como la soledad o la muerte y una distancia asentada y casi resignada sobre la intensidad y alcance de los conflictos políticos nacionales.

Hace un par de años, en trance de terminar sus estudios en Barcelona, desoyendo las advertencias que le hacían amigos y personas cercanas, decidió que era momento de regresar a Venezuela. En Caracas transcurre hoy su vida, inmersa en el universo de las letras, que le proporciona una especie de anticuerpo anímico, que le permite llevar adelante sus proyectos personales mientras el país se cuece en una crisis con él adentro, como si fuera un personaje salido de uno de sus relatos.

«Me vine porque aquí yo podía trabajar en lo que yo quería. Allá eso era más difícil. Yo, en la Universidad Católica, doy clases a tiempo completo, es decir, a mí me pagan por hablar de literatura. Y eso es lo que a mí me gusta. Uno puede irse a otros países, pero tienes que detenerte a pensar si eso te va a impedir dedicarte a lo que quieras hacer. El tiempo es lo único que no se recupera. Eso fue lo que me hizo regresar. Allá llevaba una vida de estudiante, limitado; debía economizar mucho. Cuando se empezó a cerrar el círculo, decidí volver. Mi tesis doctoral, de hecho, la terminé en Venezuela.»



LAS LETRAS Y YO

«Me gusta lo que hago. Me gusta dar clases en la UCAB. Hay aspectos que no me entusiasman tanto, como sucede en todos los trabajos. Uno siempre obtiene gratificación cuando te das cuenta de que un alumno está comprendiendo lo que le intentas decir. Pero tampoco me hago ilusiones: es un trabajo y punto. El asunto es mecánico, cotidiano. No me parece, sinceramente, que tenga nada de trascendente.»



«NO ESTAMOS LEYENDO CON
SUFICIENTE ATENCIÓN A NUESTROS
PROPIOS AUTORES»

«Y ya en el terreno del escritor, en cuanto a influencias, hay una novela que me ha marcado mucho: *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante. Es uno de mis autores de cabecera. Siempre la menciono. Cuando me preguntan cuál novela me parece ideal, termino hablando de *Tres tristes tigres*. Ciertamente tiene una complejidad, pero no es pesada ni difícil de leer. Puede ser abordada de forma lúdica, con entera comodidad.»

«Entre los libros de mi biblioteca personal y las *tablets* no establezco muchas diferencias. Claro que tengo muchos libros en casa, pero también recurro mucho a los libros digitales. Son demasiado prácticos: puedes tener diez mil libros en un aparato que no ocupa nada de espacio. Lo que sí creo es que el libro digital no ha llegado a su máximo nivel de desarrollo. Se ha hecho mucho, claro, y hoy puedes bajar clásicos gratis en cualquier original. *Don Quijote*, Shakespeare, los tienes a la mano. Pero la gente siempre quiere tener un control material, particular, de sus propiedades y gustos. En el caso de la música, por ejemplo, es muy importante estar por delante en la comprensión de la tecnología. La música fue el primer campo invadido por la tecnología digital. Al

comienzo tuvimos toda aquella discusión sobre Nasdaq y los conflictos legales que surgieron. Pero por otro lado, también estamos asistiendo a la resurrección del vinil como objeto de culto. Intencionadamente, la gente ha decidido no renunciar a ese placer, que no solo es de coleccionistas. Hay gente que prefiere escuchar música en discos de vinil. Y no tienes que ser un *DJ* para apreciar eso. Lo mismo sucederá con el libro.»

No hay en los pareceres de Víctor, en modo alguno, tristeza ni resignación. Muy al contrario, suele asumir con enorme serenidad circunstancias muy crudas de su entorno, como las pérdidas familiares, ya desahogadas en su obra. Esos asuntos ni siquiera son materia de conversación. Prefiere navegar en el universo de sus gustos y autores. El críptico lente que le ofrece la literatura parece soportar su visión del mundo.

«Otro escritor ineludible, especial, es Juan Rulfo. Leí *Pedro Páramo* siendo muy joven. Lo impresionante de esa novela es ese matrimonio entre lo fantasmagórico y lo real. A mí gusta mucho la temática de lo sobrenatural en los relatos. Pero para lograr algo bueno hay que saberlo hacer. Hay escritores que sacrifican el realismo en sus textos, que abusan del recurso sobrenatural. *Pedro Páramo* logra ese efecto con enorme fluidez, con absoluta maestría. Al final, cuando vienes a ver, todos los que te están hablando en el pueblo están muertos. Estás atrapado en aquello y no te has dado cuenta. Rulfo nos alecciona en cuanto al oficio de ser escritor, porque tienes que ser capaz de convencer al lector de que lo que ahí se relata es tal cual, aunque no lo sea. Tu calidad como escritor va a aumentar en la medida en que seas capaz de construir un artificio efectivo, creíble, estructurado. *Pedro Páramo* tiene eso: te convence. Te atrapa en su magia. También me gusta muchísimo el venezolano Julio Garmendia. Lo admiro desde siempre, y de hecho es otra de mis grandes influencias. Sobre todo el de *La tienda de muñecos*.»

Los jóvenes narradores de Venezuela y América Latina, en general, son renuentes a clasificaciones generacionales, imperativos estilísticos o etiquetas nacionales. Víctor también vacila sobre todo lo que tenga que ver con sentido de pertenencia. «Inevitablemente, uno es parte sustancial, lo quieras o no, de la literatura venezolana. Hablo de los autores que me precedieron, de los que están en mi propio contexto y de los que vendrán. Todos hemos ayudado a construir las maneras en que entendemos nuestro país. El problema de la literatura venezolana es que está viva. Y como todo ser vivo, no tiene remedio. Me parece que somos muy injustos con lo que hacemos acá. Uno de los aspectos más notorios es que no estamos leyendo con suficiente atención a nuestros propios autores. Y por consecuencia tampoco terminamos de proyectarlos hacia afuera. Yo tengo nombres de la literatura venezolanas que a mí me parecen importantísimos, incluso en la configuración general de las letras latinoamericanas. Pondré el caso de un clásico, que nunca ha sido de mis preferidos: don Rómulo Gallegos. Mucha gente dice que las novelas de Gallegos son muy aburridas. Pero resulta que Gallegos es el padre de un género: la novela de la tierra. Pienso que para tener una panorámica más amplia de la narrativa venezolana hay que leer *País Portátil*, de Adriano González León, y sin duda *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez. Hay



algo en relación a los autores venezolanos que no sé cómo describirlo. Las obras se vuelven un poco insulares; no hay continuidad con los títulos.»

«No creo que en la Venezuela de hoy, sinceramente, haya más o mejores narradores que antes. Sí creo que hay más gente escribiendo, pero no sé si son mejores. Alberto Barrera Tyszka tiene un lugar merecido: *La enfermedad* es una novela bien montada, con una arquitectura bien hecha. Barrera es un escritor maduro, que conoce su oficio y lo aplica. Pero no creo que se trate del único caso. En los años sesenta nuestra literatura sembró mucho interés. Un escritor como Ángel Rama, por ejemplo, le puso foco al movimiento de “El Techo de la Ballena”, con particular interés.»



«ASÍ LOS POETAS SE VAN QUEDANDO
ENTONCES COMO ESOS ANIMALES
EXTRAÑOS DEL MUNDO LITERARIO»

LA LITERATURA, LA REALIDAD, LA POLÍTICA, LA CRISIS

«Phillip Roth es el autor de la siguiente frase: no juzgues. Tu trabajo no es juzgar; tu trabajo es observar. Pienso que esa es la regla de oro de todo escritor.»

En circunstancias en las cuales muchos autores emergentes apelan al universo literario para desahogar su decepción ante el fracaso de la Venezuela actual, con tensiones políticas incluidas y personajes desbaratados por la vida cotidiana, las tensiones dramáticas de los relatos de Víctor no pasan por malestares generales, circunstancias económicas o frustraciones. Se diría que nuestro autor procesa los elementos de otra manera. «Ese es mi deber como escritor.»

«Mi libro *Mi padre y otros recuerdos*, más que búsqueda personal o retrato de afectos fundamentales, tuvo que ver con la muerte de mi padre y otros asuntos relacionados. Hablo de la muerte y el efecto que tuvo en el entorno de mi infancia. La poesía es un género que tiende a generar —sin que siempre sea así— una distancia con el lector común. Ya sé que esto luce contradictorio de cara al momento actual, cuando se hacen *jammings* y *slangs* poéticos en muchas partes de Caracas. Pero siento que el lector común tiende a apreciar la disciplina literaria más en función de la lectura de novelas. Y de hecho, los grandes premios literarios son de eso: de novela. Como público, a veces solemos prestarles atención solamente a los nombres que suenan: García Márquez, Vargas Llosa, etc. Así los poetas se van quedando entonces como esos animales extraños del mundo literario. Venezuela, por ejemplo, tiene poetas de primera calidad. En Colombia, nuestros narradores no suelen impresionar especialmente. Pero los poetas, en cambio, gustan muchísimo: Cadenas, Montejó, Rojas Guardia. Cuando estaba comenzando a escribir, me gustó muchísimo César Vallejo. Es un poeta rotundo, pero muy humano, con un tono muy propio, que a veces parece sostener una conversación contigo.»

«Uno de elementos de mi libro que le gustó al crítico Carlos Sandoval fue que no se refería ni a tensiones ni a problemas políticos. Siento que centrar la obra en la política, o colocarle como eje la baza de la polarización, le hace un enorme daño a la obra literaria, y a la obra de arte en general. En términos generales, puedo convenir en que la literatura puede darle un giro o tratamiento a estos asuntos. Pero el deber ser de la literatura siempre será ampliar la perspectiva frente a los temas que todos estamos viendo de la misma manera. Los temas comunes siempre pueden ser tocados, pero con giros adicionales, preferiblemente no vistos. No tiene sentido hacer una novela para terminar diciendo lo mismo que dicen los medios de comunicación. La literatura propone una manera de ver el mundo que siempre debe cambiarle la perspectiva al lector. Lo interesante de una gran obra es que te obligue a pensar cosas sobre las que antes no habías pensado, aunque no te gusten, o incluso mejor si no te gustan.»

«Pedro Juan Gutiérrez, un autor cubano que admiro mucho, jamás ha colocado temas de la política en su obra. A él se lo preguntan y suele responder que no quiere hablar de política porque es escritor, y además periodista. Pero lo paradójico es que su obra, de alguna manera, sí es política. Es decir, puedes encontrar allí fuertes denuncias políticas. En su famosa *Trilogía sucia de La Habana*, Gutiérrez está irritado. Puede referirse a los problemas cubanos sin pasar por el partido, el gobierno o el presidente. Ya sé que algunos dirán que esto puede ser la postura de la enajenación individual que produce una dictadura, pero para mí responde otra cosa.»

Y NOS PEGAMOS LA FIESTA

«La historia de mi segundo libro es algo curiosa. Salió de golpe. Yo tenía algunas ideas, que forjaron los cuentos iniciales. Algunos los envié a concursos, pero no obtuve nada, lo cual a la larga fue mejor. Luego esas ideas siguieron tomando cuerpo y cristalizaron en libro. Tuve suerte con esos relatos porque el libro quedó redondo, y finalmente ha gustado. De la dispersión inicial, todo terminó encajando bien, todo encontró su lugar. Hay historias que ocurren en Caracas, otras en Madrid, otras más en Barcelona, incluso algunas en México. Del libro me gusta que las historias comienzan de un modo bastante trivial, pero en el desarrollo terminan colocando a los personajes, y al lector, en circunstancias completamente inesperadas. Lo que a mí me gusta de la escritura, y en especial de estos cuentos, es que terminamos convencidos de que la cotidianidad que vemos, que asumimos, o que sobrellevamos, quizás no sea tan cotidiana. Darle la vuelta a la historia te obliga a revisar, a reevaluar, lo que tú entendías como realidad. Y al final terminas poniendo en entredicho todo: la forma en que nos relacionamos con las personas, la forma en que las clasificamos, la forma en que entendemos las cosas.»



«NO CREO QUE EN LA VENEZUELA DE HOY, SINCERAMENTE, HAYA MÁS O MEJORES NARRADORES QUE ANTES»



«SIENTO QUE CENTRAR LA OBRA EN LA POLÍTICA, O COLOCARLE COMO EJE LA BAZA DE LA POLARIZACIÓN, LE HACE UN ENORME DAÑO A LA OBRA LITERARIA»

«La búsqueda de un escritor no debe consistir en dar mensajes o proponer recetas. Vuelvo a Roth: no aleccionar. El escritor debe tratar de mostrar cómo funciona el mundo. Esa propuesta, por supuesto, siempre está incompleta. Porque la parte incompleta de la propuesta es el receptor. La obra de arte es un proceso necesariamente dialógico. Un amigo, hace poco, me lo comentaba en tono crítico: “es que no terminas de dar una respuesta en tus cuentos sobre lo que ocurre”. Pero el que tiene que completar el extremo del cuento, de la obra, es la persona que lo está leyendo. Y ya se ha dicho: un autor necesita lectores. El juicio es de la persona; no del escritor. El escritor debe limitarse a observar y proponer.»

«Para un escritor es conveniente tener lectores críticos, personas cercanas que sean capaces de ver lo que ya uno no ve. En todo proceso artístico, a la postre, tiene que haber una fase de distanciamiento que es fundamental. Debes lograr establecer un espacio entre tu persona y el objeto artístico. Es imprescindible darle independencia al objeto artístico: que se defienda solo, que sobreviva por sus propios medios. No hay mayor logro que la existencia de un libro más allá de ti mismo. Juan Rulfo ha muerto, pero no *Pedro Páramo*.»

«No pretendo abstraerme deliberadamente de la realidad, ni desconocer el actual estado de cosas en el país. El tema puede colarse, pero no sé si directamente. Me parece que los problemas de nuestra realidad cotidiana, como escasez o inflación, tienen una razón general abstracta que yace más adentro del venezolano. La desidia en la que estamos viviendo quizás responda a comportamientos que, lamentablemente, sin que seamos conscientes, repetimos como individuos todos los días. Ese es el ángulo que me interesa explorar, el que corresponde a la función de un escritor. ¿Lo que vivimos es un problema político o más un asunto de naturaleza cultural?»

Sobre la eterna polémica del compromiso en el arte, Víctor recurre a una frase que Ángel Rama pronunció alguna vez en relación con «El Techo de La Ballena»: «Todo arte es un misil lanzado al seno de la moral de la sociedad burguesa». «Lo fundamental es que la calidad de la obra no debe quedar cuestionada o limitada por eso. Obras como *Duerme usted, señor presidente*, de Caupolicán Ovalles, o *País Portátil*, de Adriano González León, se orientaban bajo esa línea.»

«Hay muchas personas que tienen enormes confusiones en torno al concepto de universalidad. Ser universal no consiste en usar con destreza los palitos para comer sushi o en decir todo el tiempo *anyway*. No hay nada más mexicano y a la vez más universal que Juan Rulfo. Ocurre lo mismo con Cervantes: por un lado, pueblerinamente castellano; por el otro, más universal que nadie. Lo universal es una tensión entre un principio abstracto, que tienes que encontrar en todos los seres humanos, y un principio concreto, que queda de manifiesto en la obra de arte. “Matízame unos mezcalitos”, dice siempre Rulfo en *Pedro Páramo* cuando habla de echarse unos tragos. Esa materialidad, por supuesto, no tiene por qué ser esencialmente regionalista. Se puede expresar en muchas dimensiones, incluso de forma multicultural.» ●



ALONSO MOLEIRO

CARACAS, 1970 | Periodista egresado de la UCV. Fue reportero del diario *El Nacional* y de la revista *Primicia*. Dirigió la revista *Contrabando*. Conduce espacios informativos en el Circuito Unión Radio. Columnista regular de *Tal Cual* y de los portales informativos *El Estímulo* y *Notiminuto* e *Hispanopost*. Consultor en temas corporativos y de comunicación.



RICARDO JIMÉNEZ

CARACAS, 1951 | Fotógrafo profesional. Estudios de fotografía en Inglaterra. Ha tenido cinco exposiciones individuales y ha participado en números exposiciones colectivas, nacionales e internacionales. Premio de Fotografía Luis Felipe Toro (1985) y Premio Bienal de Guayana (1997). Cofundador del estudio fotográfico Ricar2.

*No despojarse de sí mismo
sino consumirse a sí mismo.*

Franz Kafka

Fuego azul de mis entrañas
guarda las profundidades de mis carnes
asegura el fluido de mis venas

no me quites
el aliento de tus manos diáfanas
agitando el tizne de la madera roja

aunque el temor a tus ojos vacíos
me desate el alma del cuello

bruja de los mares
mujer de mis depresiones oceánicas
alimenta la combustión de mis intestinos
el pulso puntual y fijo de mi sangre

que el aliento de mi boca me sostenga
que la fuerza de mi mano sujete la cuerda necesaria
que mis dientes hincen con firmeza la comida
y que mis tobillos no fallen en el paso

Que en esta sal picada
que es la vida
donde el buen puerto
es una quimera
y el dobléz de las olas se repliega sobre sí mismo

no pierda la llama agria
que cobija e impulsa a este barco errante



Honda marginación

RUBI GUERRA

Los cuentos de Víctor Alarcón en *Y nos pegamos la fiesta* (2014) están tan bien escritos y sus partes tan bien ensambladas que hasta los elementos disonantes encuentran su lugar (por ejemplo, las largas notas sobre H.P. Lovecraft y Sai Baba que rompen el discurso en dos de los cuentos). Son textos que se adentran en un mundo de seres que sufren distintas maneras de la marginalidad, aunque tienen en común una especificidad que me atrevería a llamar cultural, a pesar de que lo que practican (o gozan) sean aficiones comunes a millones de personas. Tal vez lo que los diferencia sea que viven estas aficiones de una manera radical, sin temor al ridículo o al ostracismo de los «raros», al menos en tres de los cinco cuentos. En uno de los restantes, «La ballena negra», Alarcón lleva a cabo una verdadera osadía: trasplantar un personaje de Guillermo Cabrera Infante a la movida musical caraqueña contemporánea, y lo hace de manera admirable. La Nena, el personaje de este cuento, es «todo lo jodido: mujer, negra, gorda y fea».

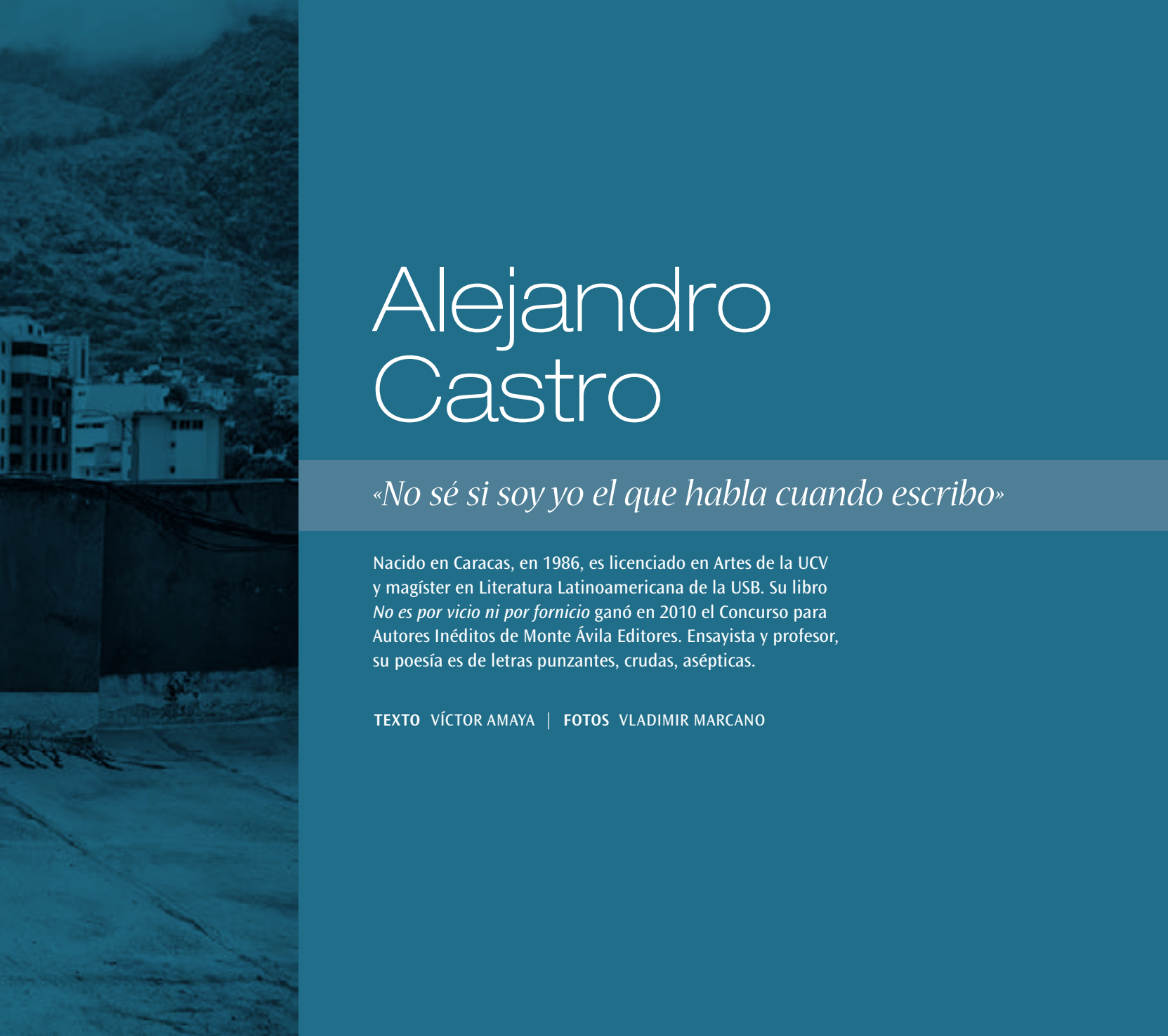
[Narrador, docente, gestor cultural. Exdirector de la Casa Ramos Sucre]



Los demás personajes de Víctor Alarcón se sumergen totalmente en mundos que otros visitan esporádicamente. Construyen muros de obsesión que los separan de los demás, da igual si son las sagas nórdicas y Tolkien, los zombies o el universo de los mitos de Cthulhu. La marginación de estos personajes es tan honda que nunca nos enteramos de sus historias por su propia voz, sino mediatizadas por la de un testigo (un compañero de clases, un amigo improbable) que los conoce a medias y que refiere sus desventuras con secreta compasión.

Víctor Alarcón se gana a los lectores con sus narradores jóvenes y desinhibidos, que asumen la sexualidad y las relaciones sentimentales con desenfado, y la fiesta con pasión; pero donde yo lo encuentro más cercano es en este juego de referencias a la cultura popular, vista y sentida con simpatía, desapego e ironía.





Alejandro Castro

«No sé si soy yo el que habla cuando escribo»

Nacido en Caracas, en 1986, es licenciado en Artes de la UCV y magíster en Literatura Latinoamericana de la USB. Su libro *No es por vicio ni por fornicio* ganó en 2010 el Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores. Ensayista y profesor, su poesía es de letras punzantes, crudas, asépticas.

TEXTO VÍCTOR AMAYA | FOTOS VLADIMIR MARCANO

En su escritura, más que confesión, hay retos: al lector, al editor, a la norma, a la sociedad, a sus colegas. Alejandro Castro no quiere escribir sus poemas para complacer a nadie, ni siquiera a sí mismo. Si bien en sus textos puede reconocerse cierto referente sociológico, sus líneas de fuerza apuntan más al erotismo, las obsesiones sexuales, la xenofobia, la exclusión, la ciudad derruida, el país cambiante. «Mi poesía está signada por un proyecto estético y político. No sé si soy yo el que habla cuando escribo. ¿Quién dice yo? ¿Quién y por qué? Son preguntas graves, exigentes, que hay que hacerse. Yo tengo respuestas a esas preguntas, como un lector puede tenerlas para las suyas. Las mías no están más autorizadas que las de cualquier otro.»



**«HAY UN JUEGO DE MÁSCARAS EN
MI POESÍA, COMO EN TODA POESÍA»**

Para Alejandro se trata de una complicidad entre las expectativas respecto de la poesía y lo que ella es o puede ser. «Hay un juego de máscaras entre mi persona y mi poesía.» Estudioso de la literatura, se califica primero como lector y luego como poeta. Asegura que en la reflexión teórica se ha hablado de la muerte del autor e, incluso, de la persona. Echa mano de Freud y su visión del narcisismo, de Lacan y su conceptualización del semblante «que atrás solo tiene humo», de Foucault y su «no me pregunten quién soy, ni me pidan que siga siendo el mismo». En síntesis, «se fracturó la certeza de que existe algo como un sujeto que determina y ordena la experiencia. Eso dejó de ser así. Hay un juego de máscaras en mi poesía, como en toda poesía.»

Quien intente reconocer en sus versos quién los escribió, tendrá sembradas dudas. Ni siquiera cuando lea «Casalta» y descubra una suerte de remembranza que reúne pañales en un balcón con aceras, o sonidos de disparos con fondo de merengue. «Ciertamente el poema es un experimento de lenguaje, de vida, de experiencias, pero en general ha sido trabajado muy artificialmente, de manera impersonalizada. Hay una tradición romántica que pesa mucho y que sigue leyendo el poema como quien se busca a sí mismo o al autor.»

Los versos que relatan una espera interminable: «Yo —mi hermano y yo— adivinando/el color de los carros en que mi padre no vendría», o aquel que reconoce que «a mi poesía le falta poesía», no conllevan desnudez alguna. «Se retrata a un niño impaciente que espera a su papá mientras pasaban muchos carros. Pero allí ni hay biografía, porque mi papá llegaba y jugaba conmigo, como tampoco hay impostura. Lo que sobrevive es una cierta preocupación

del momento en torno a la familia matriarcal, en torno al padre como figura ausente. Me interesaba ahondar en la conformación del machismo por ausencia. Hablo de un machismo muy femenino, sostenido por las mujeres. Pero no hago un autorretrato, aunque allí esté Casalta. Las señas, el juego, tienen que ver con el hecho de entender esto: no es relevante saber de quién se trata.»

Hay textos que coquetean con la ambigüedad del hablante. Lograr hacerlo con el desprendimiento suficiente, es símbolo de madurez. «Esta es una de las cosas más difíciles de aprender. Yo doy clases de Teoría de la Literatura a estudiantes muy jóvenes en la UCV y sé que es muy difícil asimilar la noción de que la poesía es ante todo lenguaje. No se trata de tus sentimientos, ni de los de nadie. Si hay que ponerle un espejo a algo, es a la lengua; no a la persona.»

LECTURAS Y OBSESIONES

Alejandro ha leído mucho. Tanto, que le es imposible ubicar cuál fue el primer libro que hizo girar la rueda. «Yo crecí con ellos; leo desde muy joven. No fue ningún descubrimiento consciente.» Su madre fue determinante en el amor por la lectura: libros como regalos, como préstamos, como entretenimiento. También libros disponibles sobre la profesión materna: psicopedagogía. Todos ellos como ingredientes de un caldo que se fue condimentando con cada línea recorrida. No obstante, ninguno tan determinante como «uno que compré bajo el puente de la avenida Fuerzas Armadas. Era de un psicoanalista llamado Wilhelm Stekel, titulado *Sadismo y masoquismo, psicología del odio y la crueldad*».

En el texto, el autor austríaco afirma que en el debate entre amor y odio, triunfa el segundo. «El primer dolor despierta el primer odio», escribió este autocalificado apóstol de Sigmund Freud. Para Stekel, el odio es el verdadero motor de todo acaecer. Estas palabras, escritas en 1929, resonaron fuerte en el adolescente Alejandro. «Fue mi primer contacto con el psicoanálisis y con el discurso clínico. El autor era famoso por inventar los casos. Era un novelista, en realidad, más narrador que psiquiatra.»

Stekel acuñó el término «parafilia» para identificar lo que hasta entonces era conocido como «perversiones». Exploró la homosexualidad y la bisexualidad en un libro de 1922; la frigidez femenina en otro de 1926; la masturbación en 1961. Fue determinante en el estudio del fetichismo y las obsesiones. Sus estudios marcaron al joven poeta. «Buscaba un lenguaje. Para entonces uno que sirviera para nombrarse a uno mismo. Y lo que descubrí es que soy una persona rabiosamente curiosa, con debilidad por el lenguaje como fenómeno. Empecé a perfilar intereses hacia la clínica, la literatura, el teatro.»

Aunque el asunto pueda ser visto como «una mala costumbre de poeta y de teórico», asegura que la literatura se da por la relación con la palabra escrita. «Los textos a los cuales uno les presta una atención particular, se convierten en literarios. Textos que no están concebidos para entregar un mensaje, sino para admirarlos en su insistencia, en su forma. No permiten que los olvides; siempre te seducen.» Por eso el lenguaje clínico lo embruja con su asepsia, su parquedad, su eficacia, sus palabras añejas «como llenas



de polvo en diccionarios de medicina, de enfermedades mentales, de perversiones. Todo eso es muy poético».

En su biblioteca se encuentran libros de psicoanálisis, teatro, teoría literaria, poesía, narrativa. «Yo he sido un lector muy caprichoso. He leído poesía a partir de mis intereses más personales, más irrenunciables. No he sido un lector sistemático, ni siquiera durante la licenciatura, aunque en la maestría de Literatura Latinoamericana sí tuve que hacerlo por requerimientos académicos.»



«NO QUIERO ESCRIBIR NADA QUE AL RÉGIMEN LE PUEDA SONAR NEUTRO»

A partir de sus estudios y lecturas, con respecto al referente homosexual, comienza a darse cuenta del abismo existente entre la poesía venezolana y otras poesías, como la cubana, la mexicana o la colombiana. En una entrevista ofrecida a *El Universal* en 2013, sostiene que «la tradición poética en el país es pacata. Desde otro punto de vista es osada, pero en lo que se ha dado por llamar *literatura gay* tiene grandes deudas. Los primeros trabajos en el género son de los ochenta».

Tres años más tarde, profundiza sus investigaciones. «Antes de los años ochenta, antes de “Tráfico” —grupo conformado por Armando Rojas Guardia, Miguel Márquez, Rafael Castillo Zapata, Yolanda Pantin, Igor Barreto y Alberto Márquez—, no había nada. Un par de versos que pudieran leerse tendenciosamente apenas. Pero poemas con un pulso, un tono, identificables dentro de una tradición gay en literatura, pues muy pocos.»

En el manifiesto que el grupo «Tráfico» publica en la revista *Zona Franca* en 1981, quedaron expuestas las intenciones de «oponer a los estereotipos de la poesía nocturna, extraviada en su oficio chamánico de convocar a los fantasmas de la psique o de lanzar hasta la náusea el golpe de dados del lenguaje, una poesía de la higiene solar». Igualmente se afirmaba que «insurgimos con nuestra apuesta por una poesía solidaria, repleta de humanidad latinoamericana, gozosa o doliente, una poesía que no teme subirse al último sector del cerro donde termina el barrio y no llega jamás la policía, así tenga que pagar peaje al pie de la escalera, como corresponde».

A la luz de estas intenciones o impulsos, Alejandro comenta que «un libro como *Árbol que crece torcido*, de Rafael Castillo Zapata, fue muy leído y revisado, pero nadie dijo nunca que era de temática gay, que lo es. Sobre *Yo que supe de la vieja herida*, de Armando Rojas Guardia, igualmente leído, revisado y trabajado, tampoco nadie se detuvo en ese hecho. Juan Liscano tiene un ensayo que habla de la dimensión gay de ese libro, pero lo hace con mucho cuidado, con muchos eufemismos. Por eso hablo de una tradición pacata».

SUS VENAS ABIERTAS

Alejandro reconoce que el campo cultural ha mutado; se ha expandido, se ha complejizado. Y aunque no se considera investigador de nuevas tendencias, sí expone en sus libros objetivos claros, posiciones tomadas, en torno a la «sexualidad disidente» o la política.

El primero de ellos, *No es por vicio ni por fornicio* (2011), explora las oscuridades bajo títulos como «Onanismo», «Bestialismo», «Pederastia», «Necrofilia», «Clóset», «Transexual», «Uranismo», «Coprofagia», «Homofobia» o «Cybersex». El autor afirma que muchos de esos poemas son «muy viejos, prácticamente de adolescencia». Ese libro «llevó años de clóset, de polvo, de rabia, de olvido; fue manoseado por mí y por el tiempo». El balance habla de una búsqueda estética e intelectual en torno a la lengua psiquiátrica de las enfermedades sexuales, que además se corresponde con una de las líneas de investigación aún vigente de quien es profesor de la Escuela de Letras de la UCV.

Miguel Marcotrigiano, investigador de la UCAB y autor del libro *Poesía y suicidio en Venezuela*, escribió sobre este primer libro: «La revelación de la condición homosexual del hablante, sus incursiones eróticas, su pensamiento acerca de diversas parafilias (desviaciones), hacen que la voz de los textos se ofrezca más como un testigo de sus experiencias que como un conocedor experto de los asuntos. (...) Algunos poemas llegan a ser realmente conmovedores».

Alejandro ha afirmado antes no querer ser visto como un autor de poesía homoerótica, pero ahora describe mejor su objetivo. «Lo que yo quisiera lograr es que un muchacho de



«SI UN POETA DE OFICIO ES DISCIPLINADO, ENTONCES NO LO SERÉ NUNCA. PERO SI UN POETA DE OFICIO ES UNA PERSONA QUE ESCRIBE CON CIERTA FRECUENCIA, ENTONCES SÍ LO SOY»



quince años que está descubriendo su propia homosexualidad, que tiene miedo, que no tiene palabras para nombrar eso, las encuentre en un libro que yo haya podido firmar. No es mi propia homosexualidad lo que estoy tramando, sino *una* homosexualidad, para que en su desparpajo, en su propia inocencia, en su aparente enfado, alguien que la necesite la encuentre.»

Su segundo libro, *El lejano oeste* (2013), es un poemario más exteriorista, enmarcado quizás en esa corriente descrita por el escritor nicaragüense José Coronel Urtecho al referirse a la obra de Ernesto Cardenal: priorizar lo concreto en vez de abstraerse con la metáfora. Pero también se trata de un libro más urgente, con menos polvo y encierro, con menos barrica y descanso. «Sin duda va más hacia la ciudad, pero también hacia el país, con toda la urgencia y el compromiso del caso. Son textos más clara y manifiestamente políticos, entendiendo lo que de popular va en la palabra político. Yo quería escribir esos poemas.»

Con versos cortos y punzantes, Alejandro retrata a la Caracas carente de buena ortografía, hecha de barro, podrida, invadida por el humo de las motos, sumida en la amenaza y los disparos. Apocalipsis, detritus, revoluciones y fracasos, la Caracas de hambre, a decir del crítico Alberto Hernández. Es también la capital conquistada por quienes más la golpean, que el autor quiso exponer con palabras de frialdad y desprendimiento incluso mayor. «Yo quiero que estos poemas existan. Yo no sé si esa es mi posición política, pero yo quería escribir eso.»

En una conversación sostenida con Gabriel Payares en 2014, Alejandro afirmaba que «la rabia es el motor de todo lo que he escrito hasta ahora, incluso para la academia. La rabia está detrás y a través de *El lejano oeste*, como una enorme vena brotada. A mi generación y a mí nos robaron el país, nos obligaron a ser los que se van, los que *se van demasiado*, porque no ya hay lugar para nosotros. (...) Yo estoy cansado de la humillación, de los alzados, de los malandritos. Y estoy cansado de la tolerancia. Sí, *El lejano oeste* es una venganza».

En 2016 sostiene que escribir es estar en contra del poder, cualquiera que este sea. Pero si en Venezuela porta cuello rojo, combatirlo es más necesario. «Cuando el poder del Estado te oprime y te destruye la vida cotidiana —no puedes salir porque te roban, te quedas y no hay luz, no hay cómo comprar comida—, pues yo no quiero escribir ni voy a publicar una sola línea en una feria del libro oficial. Es una máxima. No quiero escribir nada que al régimen le pueda sonar neutro.»

Pero el autor tampoco quiere ser un poeta *socialité*, como escribió en su *Des-carta a un «joven» ¿poeta?* «Ahí están sus cyberamigos y seguidores, sus colegas: las señoras y divorciadas, los don juanes de mediana edad, las ya-no-tan-jóvenes-poetisas y las jóvenes, los sexodiversos, los bienintencionados, las acuarianas y los malditos de polarcita. Ahí están en sus jammings, tintineando los tragos, cazando ripios, felicitándose entre ellos. Ahí están, escriben mucho y recitan más, van a donde los invitan porque para ellos “lo importante es la poesía”, atacan al gobierno y a la oposición, tienen sed de likes».

POETA DE CIUDAD

La rabia como impulso, el país como dolor. Si bien no hay retrato, ni espejo, ni confesión, sí hay experiencia propia, ajena, atestiguada. Hay un autor con voz y palabras suficientes como para crear otra voz. Por eso Casalta, el poema, la urbe, están allí, en una dialéctica permanente, redescubriendo al «niño de apartamento», que fue el firmante de poemas que medran por los rincones, las aceras, el asfalto, las ventanas, captando ruidos, olores, desgracias y pérdidas. «La ciudad se ha convertido en un lugar cada vez más difícil de habitar.»

Pero la Casalta que en verdad recuerda Alejandro queda puertas adentro. Es la familia, es la madre. «Tengo dos hermanos. El mayor es politólogo y director de Súmate; es muy inteligente y siempre me cuidó mucho. El menor estudia Derecho en la UCV; le llevo once años y con él tengo una relación más paternal. En casa siempre fuimos mi madre y nosotros tres.»

Alejandro tiene a su madre en un pedestal muy alto. El poeta sabe que es lo que es gracias a ella y a sus enseñanzas directas e indirectas. Como psicopedagoga, supo guiar su crianza; como mujer, supo leer las inquietudes de un muchacho que no se hallaba. «Yo era un perro verde. No me gustaba la música que le gustaba a mis amigos, ni los programas de TV, ni la ropa de mis compañeros de clase. Estudié séptimo grado en un sitio, octavo en otro, noveno en otro más. Yo iba como buscando un sitio que me pudiera acoger, y al final fue el Bachillerato en Artes, mención Teatro, que se cursaba en la Unidad Educativa del Conac, entonces ubicada en Los Palos Grandes. Y luego la licenciatura en Artes, también mención Teatro, de la UCV. Allí estaban todos los perros verdes: los rotos, los dañados, los que no tenían lugar en otro sitio.»

«Mi madre sabía que yo debía encontrar un lugar. Era una persona muy consciente de mí. Ella me tuvo en la veintena, pero siempre empujó por todos nosotros. Nos consideraba mejores que ella, y sin ninguna mezquindad. Por eso me regalaba libros de poesía, siendo yo muy pequeño, sin subestimar mi propia capacidad. Desde el punto de vista de mi literatura, la relación con mi madre ha sido muy importante, Ella es muy vital, muy inteligente, muy hermosa. Esto nunca lo escribiría en un poema, pero yo tengo un Edipo descomunal.»

«Soy hijo de padres divorciados, pero no ausentes. La relación con mi padre fue cercana, importante. Un espíritu libre, siempre muy divertido. Era la persona con la que salíamos a



«NO ES MI PROPIA HOMOSEXUALIDAD LO QUE ESTOY TRAMANDO, SINO UNA HOMOSEXUALIDAD»

**«YO NO SOY EL TIPO DE ESCRITOR
QUE PUEDE ESCRIBIR UN TEXTO DE
GOLPE. YO ESTOY OBLIGADO A
AÑADIR A LA TORTURA DE ESCRIBIR
LA TORTURA DE RELEER»**



cantar, a la piscina, a la playa, a comer en lugares raros. Le gustaba hablar, jugar, ensuciarse con nosotros.»

«En la adolescencia no tenía las palabras para nombrar las cosas que no me gustaban de mi vida, y de la vida en general. De allí un cierto tormento. Ahora tengo voz suficiente para nombrarlas, tengo un lenguaje que me lo permite. Ahora hay más Eros y menos tormento. Ahora puedo pasar todo eso por el lenguaje y calmar los demonios.»

VIACRUCIS EN BLANCO Y NEGRO

Las palabras fluyen con naturalidad en la voz, las páginas que ha garabateado con su pluma también danzan sin obstáculo. Pero la historia podría ser otra, porque producir textos, asumir el oficio, escribir “es duro, es tortuoso, es encontrarse todo el tiempo con el propio fracaso, es verle la cara a la imposibilidad de escribir”.

Consumar el ejercicio literario lo agota. Si bien la página en blanco lo convoca, al principio las palabras no están allí. Quizás solo las ideas, las intenciones, el impulso. Quizás todo junto. Ni él lo sabe bien. Pero se embarca en la aventura: encontrar los códigos, los caracteres, hasta escribir. Así comienza la faena, que se extiende, que bebe del pasado, que vibra con la historia propia, hasta que se transforma en ajena. Aquella corriente nacida en Granada en 1983, a la par del poeta caraqueño, que firmaban Luis García Montero, Javier Egea y Álvaro Salvador, le daban punto de partida a la poesía de la experiencia. «Yo no soy el tipo de escritor que puede escribir un texto de golpe. Yo estoy obligado a añadir a la tortura de escribir la tortura de releer.»

Tan difícil como comenzar es terminar, saber que se consiguieron las palabras precisas. «Supongo que eso viene dado por cierto oficio de lector, de escritor de poesía: saber cuándo un poema está terminado, saber cuándo se logra lo que se planteó, y también saber que después de mucho esfuerzo se puede llegar a nada. La relación con la escritura es muy complicada.»

Alejandro ha vivido en aulas, como alumno y también como profesor. En ese ambiente se inscribe el arte escénico, que nunca ha encarado en la práctica; también sus propias lecturas, que lo llevaron a dominar conceptos del psicoanálisis; también sus propias búsquedas, que le permitieron explorar los confines de la mente humana. Así fue construyendo su propia aproximación a las letras, aunque Alejandro no se sienta capaz de definirla. «Si hay un oficio que no se puede describir con pocas palabras, ese es el del poeta.»

«Yo no sé si quiero ser escritor. Yo solo sé que escribo, y que también quiero ser un académico. Esa es mi carrera, que me apasiona, y de eso quiero vivir. Pero escritor no sé si quiero ser. Escribo cuando puedo, cuando me da el cuerpo, cuando siento que hay algo que quiero hacer, que quiero decir, que quiero que se diga. Si un poeta de oficio es disciplinado, entonces no lo seré nunca. Pero si un poeta de oficio es una persona que escribe con cierta frecuencia, entonces sí lo soy. Y si es alguien que puede comer de lo que escribe, pues no lo seré nunca. La poesía es un asunto de pocos. Siempre lo ha sido y eso me parece bien. Soy y no soy un escritor.»

Poeta sí. Pero también ensayista y articulista que ha desarrollado ejercicios de lenguaje teatral. A la narrativa la siente lejana, ajena, aunque su aproximación a la prosa se va consumando, como lo atestiguan los lectores del portal «backroomcaracas» cuando recorren su «prosa ficcionada», como gusta de llamarlas, y también sus incursiones epistolares, género que lo seduce por su impostada primera persona.

Poeta joven de treinta años, profesor universitario, académico confirmado, que encuentra fuentes distintas para expresarse, en un país donde «hay muy serios poetas y un montón de gente mediocre» que se codean juntos porque «han firmado un pacto de no agresión, de falsa cortesía», ahora prepara un nuevo libro, de lenta cocción, sobre la muerte, la pérdida, la caída. «Tiene que ver con la pregunta de cómo puede un lenguaje como el mío —tan corto, seco y duro— hacerse cargo de lo que muere en un país donde tantas cosas y tanta gente muere.»

Mientras tanto, sigue leyendo, tan caprichosamente como siempre, devaneando entre la poesía y la teoría. «Estoy leyendo mucha filosofía y teoría de la literatura reciente, mucho postestructuralismo, postfeminismo, teoría *queer*, fuentes todas de las cuales bebe mi literatura y mi trabajo académico.» Allí construye vida y obra, en un constante ir y volver, entre presente o pasado, madre o mujer, hombre o mujer, pupitre o pizarra, dolor o placer, espejo o frialdad. «Si un escritor es una persona que tiene una relación especial con la lengua, lo soy y lo seré siempre.» ●



VÍCTOR AMAYA

CARACAS, 1982 | Licenciado en Comunicación Social de la UCV. Máster en Radio por la Universidad Complutense de Madrid. Periodista y editor del semanario *Tal Cual* y la revista *Climax*. Colabora con *Semana*, *El Confidencial* y *Vice News*. Ha trabajado en *El Nacional*, *Últimas Noticias* y *La Razón*, además de distintas emisoras de radio en Caracas, Madrid y París.



VLADIMIR MARCANO

CARACAS, 1971 | Estudios en la Escuela Arte 3 y en el Centro de Fotografía del Conac. Ha trabajado con Ramón Grandal, Paolo Gasparini, Alex Webb y Rebecca Norris. Fotógrafo publicitario desde 1999. Colabora con varias publicaciones venezolanas. Ha desarrollado reportajes gráficos para *The Guardian*.

Bellas Artes

Él tenía una cicatriz en el rostro.
Me preguntó si vivía en Los Magallanes:
«Tú te pareces al chamo que mató
a un hermano mío». Él señaló en su bolso
una pistola. Yo tenía un libro de Coetzee.
«¿Me parezco al que mató a tu hermano?»
No miraba la pistola sino la cicatriz.
Pensé: ¿luciré como él mañana?
«Tú vives en Los Magallanes», ya no era una pregunta.
Su acento era una cicatriz: una huella de animal
en el cemento. Quise decirle que nunca
he estado en Los Magallanes, que hace tiempo que
vivo como en una burbuja, pero él estaba seguro:
«Tú te pareces al chamo que mató a mi hermano».
Alancé a decir «no», aunque no era una pregunta.
«Yo lo que voy es armado». Su aliento era una cicatriz:
algo muerto en lo vivo. Luego se fue dando tumbos.
Pensé: esta también es La edad de hierro

[De *El lejano oeste*, 2013]



El verso insurrecto

RAFAEL CASTILLO ZAPATA



Con su primer libro, Alejandro Castro abre camino y hace lugar a una airada e irónica exposición de sí mismo; define la ocasión y el impulso que le permiten construir una subjetividad que se arriesga ruda en la ríspida urdimbre de un poema de lengua descarnada e hiriente. Explora, así, la posibilidad de un autorretrato que se fractura en las diversas facetas de una autoconciencia lúcida y despiadada que organiza la ficción y la dicción del poema desde un epicentro prismático que estalla. Comienza Castro, entonces, su deriva literaria con un coraje inusitado dentro de nuestra poesía, auscultándose en las contundentes y precisas instantáneas que muestran a un muchacho homosexual que se descubre en medio de escenarios hostiles donde la lucha de clases y la lucha de géneros se entrecruzan en una amalgama crítica ejemplar. *No es por vicio ni por fornicio* (2011) abre, pues, una dimensión expresiva gracias a la cual un poeta que se inicia en el lenguaje se asoma valientemente a su diferencia, mostrando una destreza sorprendente para evocar, de manera cruda, una infancia que no se anda con rodeos a la hora

de decirse y contradecirse desde la más justa cólera política y desde la más desesperanzada acritud sentimental. Compuesto por breves y contundentes epigramas, se trata de un libro militante que señala, desde el comienzo, la peculiaridad de un estilo muy marcado, una marca de fábrica *Castro*, desde entonces ya inconfundible.

Esta marca distintiva se consolida y se refina en los poemas ya menos crispados, atemperados por un elaborado cinismo, de su segundo libro, *El lejano oeste* (2013), donde Castro vuelve a practicar el autorretrato, incorporando a la captura de sí mismo nuevos modos enunciativos. Desde su título, que señala la existencia de un alejamiento geográfico y anímico, metáfora del propio margen sexual y cívico del poeta, *El lejano oeste* muestra a un Castro que madura velozmente, alcanzando un dominio inquietante de su propia voz agreste, templando su insurrecto verso con una gama de nuevos tonos reflexivos, más sosegadamente introspectivo, más conceptual, menos áspero pero igualmente lúcido, nunca lírico, siempre tendenciosamente antipático, antipoético, incivil.

[Poeta, ensayista, académico. Profesor de la Escuela de Letras de la UCV]





Francisco Catalano

«Ser poeta es una religión»

Nacido en Caracas, en 1986, este poeta trasciende el concepto de libro y va al encuentro directo del lector o espectador.

En una ceremonia de pretensiones litúrgicas, donde se cruzan la palabra, la música y las imágenes, procura conjurar el silencio, que es una de sus principales obsesiones creativas. La conjunción de las artes es su manera de habitar la poesía.

TEXTO LISSETH BOON | FOTOS ALEJANDRA FLORES

Francisco Catalano está en la caraqueña plaza Madariaga de El Paraíso, a pocos metros de su casa. El joven poeta habla de su obra en estos espacios abiertos, bajo la sombra de los árboles, arrullado por las bocinas de los carros, los frenazos de las camionetas, el tintineo de un carrito de helados, el golpe de las piezas de dominó sobre la mesa, las risas de una bailoterapia. La amalgama de ruido y silencio, de explosión e intimidad, también tienen lugar en su poesía.



«ESCRIBIR SIEMPRE HA SIDO
PARA MÍ UNA CUESTIÓN DE
SUPERVIVENCIA PSÍQUICA,
DE BÚSQUEDA DE IDENTIDAD, DE
DECLARACIÓN TERRITORIAL»

A Francisco se le ocurre una imagen para hablar de la esencia urbana de Caracas, la que lo arropa: las raíces de los árboles que quiebran el cemento de las aceras, que insisten en vencer a las placas de las calles, respondiendo a su natural expresión. «Me parece que es un síntoma que nos define. No somos contención, sino exceso. Somos un pueblo muy dionisiaco, no apolíneo.»

LO URBANO

«Soy caraqueño. Me considero asquerosamente capitalino, *ultraurbano*. Un animal de ciudad. Nací en el Hospital Clínico Universitario y viví en la parroquia San Juan, cerca del puente Ayacucho, hasta hace pocos años. Siempre he tenido una relación muy rara con mi entorno, atada a un reclamo que ronda en el tapete político: la venezolanidad. No me siento venezolano porque creo que no hay un verdadero núcleo de identidad. Por un lado, el contexto donde he crecido ha sido sumamente violento, lo que hace más difícil establecer conexiones. Por el otro, esa especie de desarraigo marca mi vínculo con la realidad.»

En ese trazado de identidades, no deja de mencionar el fenómeno de las migraciones, marcado tanto por lo que se van del país como por el tránsito de gente que viene del campo a la ciudad. «La idea de sembrar en Caracas, cuando ya dejó de ser un territorio para tal fin, es muy irresponsable. Es peligroso rescatar una práctica que ya no se corresponde con la condición urbana. Ese trastrocamiento de espacio y tiempo en realidad va en contra de la libertad.»

EL CENTRO

Admite que de sus raíces italianas y venezolanas (sobre todo orientales) habría heredado la elocuencia. Sus abuelos paternos, inmigrantes de posguerra, tenían un supermercado en la esquina de Balconcito, en la céntrica avenida Baralt. Su papá, Catalano, nacido en Calabria, al sur de Italia, llegó a Venezuela a los cuatro años. Cuando cumplió los diez regresó por un

tiempo a su tierra de origen, pero volvió a instalarse en las costas caribeñas, y desde hace cinco décadas no ha regresado nunca más a su país natal. Su madre, Brito, es natural de Río Caribe, estado Sucre. Ambos se conocieron en Caracas, en la década de los ochenta, gracias a un curso de inglés. Francisco es el hijo mayor de su padre y el cuarto de su madre. «Tengo muchos hermanos.»

Sus padres se separaron cuando Francisco estaba muy pequeño. «Pero siempre he estado muy en contacto con ambas partes de la familia. Supongo que de allí viene una escisión fundamental que se refleja en la poesía que escribo, en la rara relación que tengo con el idioma, que mezcla el italiano de mi papá con las palabras del pueblo oriental de mi mamá. Más allá de plantearlo como un tema, se trata de una concatenación de fuerzas que hace que mi vínculo con el lenguaje sea un poco innombrable. La frase final de mi primer libro dice: “La poesía se juega en lo innombrable”.»

Parte del planteamiento poético de Francisco es la relación íntima con el silencio, que marca su vínculo con la palabra de una manera equivalente a la que establece Armando Reverón con la luz. Una relación que al final no es con el paisaje, sino consigo mismo. «El silencio es un lugar de creación, dispuesto a ser habitado por la palabra. Después le sigue la dimensión visual, determinada por la representación gráfica. Para mí es muy importante la manera en que el poema se distribuye en la página. Quiero que mi libro sea leído de manera dinámica, como un conjunto.»



MÚSICO FRUSTRADO

No es posible encasillar la propuesta de Francisco en alguna categoría estética. Su poesía trasciende al libro y va al encuentro del lector en forma de *performance*, concierto, acto litúrgico. Su obra es también reflejo de sus múltiples intereses.

A los diez años, lo único que Francisco quería hacer en su vida era jugar fútbol. Mientras estudiaba con los padres salesianos del Colegio San Francisco de Sales, en plena avenida Andrés Bello, llegó a jugar en ocho campeonatos nacionales, de los cuales ganó dos. Usó la camiseta del Instituto Pedagógico y también la del equipo de la Escuela de Fútbol Jachico, en el seminario Santa Rosa. Hoy en día sigue siendo un hinchita del Caracas Fútbol Club.

Pero ya adolescente, tuvo que decidirse entre el fútbol o el colegio. Al final optó por los estudios. «Siempre me ha gustado aprender.» Muy pronto encontró otra pasión: la música.

«Comencé a tocar guitarra, y como a los quince años armé junto a unos amigos del colegio una pequeña banda de rock llamada Desobediencia Civil. Escribía y escribía canciones. Llegó un punto en que tenía muchas canciones escritas y muy pocas montadas. Debo confesar que hay un pequeño músico frustrado en mí.»



**«SIENTO QUE EL TEXTO QUE
ESCRIBO ES COMO UN LIBRO
PERDIDO QUE AL MISMO TIEMPO
ESTÁ EN TODAS PARTES»**

En los años del colegio comenzó a escribir poemas que encontró demasiado personales como para ser compartidos con la banda. Y es probable que a partir de allí haya comenzado una senda de creación. «Recuerdo que en nuestra casa de San Juan había una gran maleta de libros debajo de una cama. Mi abuela de Río Caribe también tenía un asunto reverencial con la poesía. Atesoraba un cuaderno en el que transcribía poemas antiguos, no propios sino de autores clásicos. Lo hacía por un afán de mantener una buena caligrafía. Yo, en cambio, siempre he tenido una letra horrible.»

Francisco rememora también que en su casa de San Juan había una pequeña biblioteca que convirtió en propia. «En una familia de matemáticos, ingenieros y administradores, yo era el único que me dedicaba a la lectura.» Su padre, cuando era joven, llevaba un cuaderno de poesía. En uno de sus libros, Francisco incorpora un fragmento de un poema de su papá, escrito en italiano, como un pequeño homenaje a un testimonio que se extravió entre mudanzas.

«Siento que el texto que escribo es como un libro perdido que al mismo tiempo está en todas partes. Para mí es como una entidad que me rodea y al mismo tiempo el espacio que habito. Es la última red que me sostiene para no caerme al vacío, al sinsentido, al absurdo.»

Francisco siempre se ha sentido un poco distinto a los demás por lo que hace, que no necesariamente lo desliga de lo que lo rodea. «La escritura de los primeros poemas siempre fue un asunto muy íntimo, aunque mi impulso exhibicionista me llevara a mostrárselos a mis amigos.»

Delante de su familia, por primera vez en la Navidad de 2002, recitó en voz alta uno de sus poemas. «Fue un momento enigmático. Todos se quedaron estupefactos, como si hubiera pasado por allí un toro azul. En realidad, lancé un pequeño atentado contra la convivencia familiar. Me fascinó lograr que, en mi casa, toda gesticulación y gritos se volvieran silencio por un instante.»

«Siento que nunca ha tenido suficiente habilidad expresiva para comunicarme. La mayoría de las veces me siento ahogado, porque pienso que no me estoy expresando correctamente. La incomunicación, dentro de mi vida y mi obra ha sido muy fuerte. Esto en parte se debe al momento histórico que nos ha tocado vivir, que comunicacionalmente podríamos calificar como pirotécnico y volcánico. ¿Cómo conectas con un entorno que no sabe comunicarse consigo mismo, o que al mismo tiempo no sabe qué decirte?»

«Siempre existe un punto de resistencia cuando se crea un entramado comunicativo entre el entorno y uno mismo. Por esa vía transita lo innombrable, que es un concepto esencial en mi obra. Con lo innombrable condenso el ruido que habita el silencio y, a su vez, el silencio que responde al ruido que me rodea. No hay zona franca, tierra de nadie. Todo es remolino.»

LA EXPLOSIÓN

En 2003 comenzó a estudiar Comunicación Social en la UCAB, al mismo tiempo que asistía a talleres literarios. «Escribir siempre ha sido para mí una cuestión de supervivencia psíquica, de búsqueda de identidad, de declaración territorial.»

Participó en el taller de poesía de Miguel Marcotrigiano, y al año siguiente cursó el taller literario del Celarg. De esas experiencias surgieron dos antologías: *Voces Nuevas 2005-2006*, publicada en 2007, y *La imagen, el verbo*, publicada en 2006. Sus poemas también se incluyeron en *Novísima poesía latinoamericana*, publicada por la mexicana Universidad de Nuevo León en 2013.

En paralelo a los talleres, se decidió a armar un primer libro, que llamó *Poema 1* y fue escrito cuando iba en una camioneta por la avenida Páez rumbo a la UCAB de Montalbán. Concibió el libro como una estructura total. De ese concepto surge el título del *vertical innombrable*, al que acompaña la idea del silencio. «Quisiera que los poemas alcanzaran ese *summun* utópico que se resume como el silencio, el clímax al que se llega después de escuchar o leer el texto.»

De esa constante en su creación, viene la idea de publicar sus libros siguiendo la continuidad de los números: 1, 2, 3... «Mi primer libro lo titulé / (gráficamente es una *e* minúscula tipo Arial en negritas) y fue una producción independiente. Como participó en un concurso sin mucho éxito, decidí publicarlo por mi cuenta en 2010. Fue un trabajo muy fuerte, pero





**«REVITAL ES RECITAL EN VIVO
QUE REPRESENTA UNA SIMBIOSIS
ENTRE TEXTO Y VIDA»**

me gustó tener la libertad y a la vez el control sobre mis ediciones. Los seiscientos ejemplares del tiraje se agotaron en tres años.»

Encuentra que su propuesta sensorial le da la oportunidad de conectarse con creadores de ámbitos diversos: músicos, narradores, videoartistas. Haber estudiado dos carreras (Comunicación Social y Letras), le aportó ventajas para moverse entre varios mundos a la vez. «El poeta también trabaja con la imagen. Y el momento cultural de internet, redes y multimedia que vivimos, ofrece posibilidades interesantes. Las vanguardias en el arte ya pasaron. Ahora tenemos una relación más dinámica con el medio.»

«Estoy contra los poemarios. Me molesta muchísimo esa palabra; me suena a recetario de cocina, a cierta monotonía. La mejor forma de anularlo es concebir el libro como un espacio distinto. La diagramación entra en juego y permite que el libro no sea una simple sucesión de páginas, sino un lugar para ser habitado por otras vivencias.»

De esta obsesión comunicacional nace «Revital»: recital en vivo que representa una simbiosis entre texto y vida. El programa extrae el poema del libro —escalón previo de la creación— para colmar la enorme necesidad de expresarlo directamente. La poesía es recreada a la manera del cine, conjugando todas las artes para forjar una experiencia perceptiva distinta para el espectador/lector.

«Ningún “Revital” es igual a otro. Por eso utilizo números en vez de títulos, como una forma de diferenciarlos dentro de la serie. Cada montaje tiene sus propias vibraciones, dependiendo de los sonidos, imágenes y otros recursos que lo acompañan.» No entra en ninguna categoría artística precisa, pero tiene mucho de recital de poesía, concierto, teatro experimental, *happening*, *performance*.

Francisco veía, además, algunos problemas en los recitales de poesía tradicionales, que esencialmente no se correspondían con la dimensión de los poetas. «No todos los autores son grandes lectores de sus poemas.» Por ello sentía la necesidad de diferenciarse. No quería



limitarse simplemente a decir el poema en público, sino que saliera de la forma más violenta e impactante posible, lo que siempre implica tomar caminos más riesgosos. Aquí es donde entra en juego el fantasma de la música, aunque no fuese músico; la actuación, aunque no fuese actor; el video, aunque no fuese cineasta.

El «Revital» de Francisco implica una revitalización, tanto de la palabra como del espectador, rompiendo con la idea preconcebida de la poesía y de la solemnidad con la que supuestamente debe ser transmitida. «Detecto una pequeña necesidad de catástrofe que hace todo más divertido. Para mí es un goce compartir la apoteosis del texto, que para muchos puede resultar chocante o catártico. Secretamente, es una manera de acorralar y destruir a mi lector.»

El primer «Revital» tuvo lugar en el Discovery Bar de Caracas, para el cual se escogió una fecha irreplicable: el día 11 del mes 11 del año 2011 a las 11 de la noche. Luego se haría otro en el Festival «Por el medio de la calle», en una esquina del casco central de Chacao. Luego, un tercero en el Teatro Río Caribe de San Bernardino.

Ha explorado incluso las rutas del psicoanálisis para tratar de explicar de dónde vienen conceptos como *innombrable* o *palito*, suerte de artilugios de manufactura personal que resultan fundamentales en sus representaciones. Se trata de una especie de viga de hierro que se erige como mínimo gesto de resistencia. También es un homenaje a uno de sus autores predilectos: Roberto Juarroz y su *Poesía vertical*.

El *innombrable* tiene su propia historia: «Un día de 2010 iba saliendo de casa y me conseguí un pupitre cerca de la basura, con la madera estropeada. Me lo llevé al taller de un herrero en San Juan para transformarlo. Me preguntó para qué lo quería y yo le dije que para hacer poesía. Técnicamente es un instrumento, pero no musical. Forma parte del decorado, pero no es simple utilería. Es algo análogo a la idea del libro: siendo portátil, lo puedo trasladar de aquí para allá».

«EL INNOMBRABLE: TÉCNICAMENTE ES UN INSTRUMENTO, PERO NO MUSICAL. FORMA PARTE DEL DECORADO, PERO NO ES SIMPLE UTILERÍA. ES ALGO ANÁLOGO A LA IDEA DEL LIBRO: SIENDO PORTÁTIL, LO PUEDO TRASLADAR DE AQUÍ PARA ALLÁ»



**«CON TODA LA PELIGROSIDAD
DEL CASO, ES UN BUEN MOMENTO
PARA SER ESCRITOR EN VENEZUELA.
ESTAMOS VIENDO, LITERALMENTE,
COSAS ÚNICAS DENTRO DEL PAISAJE
SEMÁNTICO E HISTÓRICO»**

MOTIVACIONES

«La literatura fue un total invento mío», dice con solvencia al considerar que ha sido una de las pocas decisiones personales que ha tomado con «radical autonomía».

Francisco es de los que consideran que todo poeta tiene su santoral. «En mi panteón estarían Roberto Juarroz, Walt Whitman y Mallarmé. En todos ronda la idea del libro total, infinito, eterno, como compendio de todos los demás libros. Tienen un sentido enciclopédico que también manejan Borges y Baudelaire.»

Entre los venezolanos, eleva a Armando Rojas Guardia y a Alfredo Silva Estrada, por los que siente una gran cercanía. Le encantan los fragmentos presentes en sus libros. También califica el poema «La Granizada», de Ramos Sucre, como algo fundamental. Agrega las movilizadas sentencias de *El Cuaderno* de Blas Coll, de Eugenio Montejo, que parece novela cuando en realidad son pequeños relatos similares a poemas.

Enraiza su planteamiento poético a una vivencia existencial que no puede apartar de un sentido religioso o filosófico. «Existe un deseo ubicuo de querer abarcar un mayor campo de

Hay algo de ceremonia chamánica en el «Revital»: todas las ideas remiten a primitivismo, a experiencias religiosas comunitarias, que lo ayudan a materializar su particular forma de paganismo.

En el «Revital» de 2015, seleccionó poemas de su libro y los intercaló con dos formas de percusión: «la rítmica, proveniente de tambores y cueros, relacionados con lo telúrico y lo orgánico, que ejecutó el músico Rafael Pino, y la mía, que para hacer contraste tenía un sentido arrítmico, metálico, maquinal, dramático».

A Francisco le inquieta la trascendencia. Quizás de allí surge la angustia de sacar el poema fuera del libro y convertirlo en una presentación en vivo. «Puede llamarse proselitista y radicalmente evangelista. Es una reacción a la angustia de la escritura y la lectura.» Una angustia que aminora cuando logra vencer la distancia entre la obra y sus *telelectores*, como gusta llamarlos.

la existencia, bien sea por una diferenciación del contexto histórico o por un alejamiento de las circunstancias que rodean al autor. Ser poeta es una religión, o al menos es la mía. A través de la poesía me conecto con un espacio que solo puedo nombrar como sagrado.»

EL PAÍS

«Con toda la peligrosidad del caso, es un buen momento para ser escritor en Venezuela. Estamos viendo, literalmente, cosas únicas dentro del paisaje semántico e histórico, aunque coloquen al autor en una situación muy inestable. Dentro de cuarenta años o más, la gente se volverá y preguntará qué escribimos. ¿Lograremos explicar estos tiempos? ¿Toda esta historia de brutal despilfarro?»

Con apenas treinta años a cuestas, ya habla de un pasado que le gustó disfrutar, de una ciudad con faz distorsionada. «Los últimos tres años han sido cruciales. Nos encontramos en un estado totalitario, donde las personas son acorraladas por lo que piensan. Esto recuerda las persecuciones de los años cincuenta, de las que me hablan mis tíos. ¿Por qué dentro de las familias no se relataron esas historias? Hay eventos que no se quieren contar, pero también hay otros que simplemente no se entienden. La historia política no sirve para definirte dentro de la historia familiar. Un proceso de identidad basado en valores familiares debe tener correspondencia con contextos reconocibles. Texto y contexto están variando en este momento, se están moviendo y buscando significaciones distintas. Esto impide que los marcos referenciales de la familia estén claros.»

«Sobre el país, la primera sensación que emerge es de asfixia. Vivimos en una rara isla continental, militarizada. Creo que ni siquiera los que tienen poder dicen lo que realmente quieren. Mantienen un discurso solo para seguir en el poder. Venezuela está en proceso de escarbar en lo más profundo de su naturaleza, con todas las consecuencias peligrosas que eso conlleva. El contexto que se plantea es de guerra. Lamentablemente, somos un pueblo guerrero, marcado por lo militar desde el siglo XIX. Esto ha permeado hasta nuestra cotidianidad.»

«Los roles de la identidad están trastocados por espacios que minan la dinámica civil. Eso rompe la noción de República, que está en proceso de reescritura. Nada más destructivo que un militar solo peleando con su sombra.»

«En cuanto al plano creativo, paso por la interrogante de ver cuánto le cede o no al entorno mi escritura. La dinámica entre territorialidad y espacio propio están en pugna: en el libro, en la escena, en mi cuerpo. Al mismo tiempo, observo que el caos, como ingrediente inesperado, no debe rehusarse del todo. Se trata de una mezcla que me puede dar poemas, o que me obliga a separar la poesía de la prosa. Ya que estoy metido en este asunto de tenerme a mí mismo como máximo motor de la máquina poética, aceptar otras formas de uno mismo es una operación difícil de ejecutar. Siempre escribir es caer a un lugar nuevo.» ●



LISSETH BOON

UPATA, 1971 | Periodista con más de dos décadas de experiencia en medios impresos, radiales y digitales. Ganadora por cinco años consecutivos del Premio Nacional de Periodismo de Investigación del IPYS. Formó parte del equipo ganador del Premio Gabriel García Márquez en 2014. Trabaja actualmente en el equipo de investigación del portal *Runrun*.



ALEJANDRA FLORES

CARACAS, 1975 | Se graduó en Publicidad y Contaduría Pública. Ha realizado diversos cursos de Fotografía y Artes Plásticas. Ha trabajado la fotografía documental y colabora con numerosos medios impresos.



La selva

El salvajismo de la página persiste:
yo soy densa selva

el negativo de la selva es lo blanco
su luz es un pájaro múltiple
su tiempo un reloj apocalíptico
y su carne, carne iconoclasta

la selva es el polo sin polo
sobrepasa aperturas o clausuras
y su conjugación es oblicuamente transitiva

Nadie conoce toda su Historia
es atención punto universo blanco
sin física pared o lógica nada

ella = todos los teoremas
es una línea conservando a la locura

A esta selva nadie la conquista

sin arriba
ni abajo

sus coordenadas son siempre circulares

libre de utopías

libre incluso de conciencia

parece ludopatía

esta selva que no es selva
sino escritura de la selva

y que ya es un todo

suficientemente emancipado
hasta del concepto de ser libre

Poesía verbal y escénica

VICENTE LECUNA



La poesía de Francisco Catalano se caracteriza por una explícita voluntad de experimentación formal, conceptual y reflexiva. Al igual que oraciones, sus poemas conjuran, convocan y comulgan. Su objeto, sin embargo, no es la exploración de lo espiritual en sí, sino más bien la palabra y sus imágenes a partir de una inspiración whitmaniana. Como resultado del desafío que plantea la página en blanco, donde la palabra se enuncia como materialidad significativa, sus poemas giran en torno a visiones y revelaciones. Una singular dimensión performativa se desprende en sus recitales, donde la voz, el gesto y el cuerpo le otorgan mayor potencia al poema escrito. De aquí que el poema alcance su plenitud solamente en conjunto. Es una poesía de la meditación y del conocimiento, parte de una ceremonia, de un ritual, de un protocolo.

Su lado gráfico, musical y teatral no es un aditivo ni un acompañamiento. Leer la poesía de Catalano sin considerar estas variables, sin la página, el libro y el recital, es como descifrar el guion de una película: uno debe imaginar cómo se pone eso en escena, cómo es la interpretación de los actores, cómo es el encuadre, cómo trabaja

el editor, cómo es la música incidental. Aunque sean poemas de la meditación, no conducen al silencio, sino todo lo contrario. Los poemas de Catalano piden la voz alta. Por esto, leer a Catalano demanda un esfuerzo, una participación de parte del lector. Es una poesía corporal que combina un notable nivel de abstracción y geometría con una dimensión concreta y material. No se puede apenas contemplar lo que él escribe. O mejor: si se contempla y solo se lee apenas tendremos en la mano una pequeña parte de lo que supone su poesía. Porque ella sucede, acontece, ocurre, representa (como en el teatro). La versión escrita es apenas un registro, un rastro, una huella de eso que ya pasó.

Es también una poesía atrevida, excéntrica, arriesgada, que sale de la zona de confort. Este desafío de los límites de la palabra que saca al poema de la página y lo vuelve gesto, grito, acción y actuación, distingue a Catalano de sus compañeros de generación. Es un poeta de la energía verbal y escénica que inventa otro lenguaje donde la abstracción se vuelve cuerpo que hace palabra. Por eso se destaca entre sus pares. Por eso la suya es una poesía de culto.

[Poeta, ensayista, docente. Exdirector de la Escuela de Letras de la UCV]





Zakarías Zafra

«Escribir es la forma que tengo de hablarme»

Nacido en Barquisimeto, en 1987, es licenciado en Administración por la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado. Escritor, poeta, articulista, músico y gestor cultural, culminó una maestría en Literatura Hispanoamericana en la UPEL. Estudió Teología en la Escuela Arquidiocesana de Barquisimeto. Actualmente cursa el máster en Literatura Creativa en Español en la Universidad de Nueva York.

TEXTO JOSÉ MIGUEL NAJUL | FOTOS ISAAC HERNÁNDEZ

Del árido horizonte emerge una palabra. El paisaje es seco, mas no estéril. La voz que se fue formando es de íntima matriz hogareña. Zakarías Zafra siempre ha sido hijo, sobrino y nieto único. Su familia materna se encargó de configurar su sensibilidad frente al hecho artístico. Pero ha sido la conjugación de dos dimensiones, la íntima y la social, la que ha engendrado un registro que ya considera auténtico.



Fue su tío Tulio quien dio rienda suelta a los sueños. Y fue la música, las siestas con Satie, las que educaron inicialmente sus sentidos. «Creo que dentro de la historia universal de la música, la que más me gusta es la impresionista: Debussy, Ravel...» En su memoria se cruzan no solo música de todos los tiempos; también letras, mujeres, calles, lecturas, dolores y esperanzas. Va oscilando entre música venezolana y surrealismo, entre erotismo y religión. Y más acá Barquisimeto, su abuelo, los *beatniks*, la infancia, sus obsesiones...

Zakarías se confiesa poeta. Mucho más que lector de novelas o ensayos, lo es de poesía. Quizá esta pulsión provenga de la interpretación de la lectura como un acto lúdico, porque es el juego, las formas de la palabra, las imágenes, lo que alcanza su máxima expresión cuando son tratados por la lírica. Esta visión se la agradece al abuelo, figura central en su vida artística. Este veterano intelectual ermitaño lo enseñó a valorar la lectura. Se trataba del mismo anciano que, el día de su muerte, recordaba cada milímetro de su biblioteca y

aún asistía a Zakarías en su recorrido literario.

Sus inicios también fueron orales. «Mis primeros encuentros fueron con la poesía declamada. Leía mucho a Andrés Bello. Esa relación hoy se ha debilitado, pero hay que ir más allá del mote “poeta del pueblo”. A diferencia de otras tradiciones poéticas, hemos perdido una conexión con lo popular que hoy nos pesa.»

PRIMERAS FORMAS

Al comienzo fueron calcos, hechos a los dieciséis años. Descubría a los poetas del Modernismo, como Rubén Darío, pero también a grandes escritores como Antonio Machado o Valle Inclán. Su tema dominante era el dolor. Pero no un dolor cualquiera, sino una especie de punzante sufrimiento característico de la adolescencia. Solía registrarlo, moldearlo y pulirlo furtivamente en libretas. Era un acto secretísimo, absolutamente aislado del plano familiar y, sobra decirlo, divorciado de la esfera social en la que se desenvolvía con soltura.



En esa escritura se buscaba a sí mismo. La disciplina para hacerlo la había ejercitado a la fuerza, muchos años antes. Su madre lo instruía desde niño con horarios de estudios y actividades que le otorgaron habilidad para sentarse y pensar sin distracciones. Pero esos escritos furtivos, desordenados, se fueron quedando en el camino. «Fue mi época de mayor sequía, pues lo que más me interesaba entonces era la música.» Sus manos, en efecto, habían soslayado las letras, ocupadas como estaban con el piano. Un par de premios importantes en interpretación de música venezolana llegaron a muy temprana edad.

Puede admitir que a los veintidós años se reencontró con la literatura de una manera que todavía luce definitiva. La relectura de sus primeras grafías lo sorprendió. Tomó esos poemas juveniles, tan crudos como estaban, y los publicó. El panorama editorial daba para eso y más. Fue una publicación hecha por cuenta propia, lograda entre colectas hechas por familiares y amigos. El libro se llamaba *Quinquenio*.

Quienes ahora lo reconocen públicamente como poeta, se sorprendieron de su capacidad artística inicial. El asombro fue recíproco. Los textos germinales se extendieron entre las manos de los amigos y los conocidos hasta llegar a lectores inesperados.

**«COMENCÉ A RECONCILIARME
CON UNA GRAN CANTIDAD
DE OBSESIONES: EL EROTISMO,
LA POSESIÓN, EL EGOCENTRISMO,
EL AUTOCONTROL»**



FLUJO DE CONCIENCIA

En aquel tiempo no sentía ninguna pulsión obsesiva. No se sentaba horas y horas a crear mundos imaginarios. La escritura se le reveló como una manera de hablarse a sí mismo, y hasta ese momento no se había percatado de cuánto la necesitaba.

«Comencé a reconciliarme con una gran cantidad de obsesiones: el erotismo, la posesión, el egocentrismo, el autocontrol. Era como una manera de hablarme: yo conmigo mismo y no yo frente a otro. Ahora esas obsesiones se configuran en una conciencia más cercana al oficio de la escritura.»

Es así como ha ido trabajando en temas que, inicialmente, pueden parecer muy disímiles entre sí. Un ejemplo: el erotismo permea toda su obra, pero también la religión. «Eso tiene su origen en mi abuelo y en su manera de leer la Biblia. Sus marcapáginas eran estampitas de José Gregorio Hernández, pero también de mujeres desnudas. Su conciencia para acercarse a estos temas era amplia.»

Compagina esas dos dimensiones en términos de aceptación y apetencia. «La Biblia es un relato profundamente humano, errático. Hay allí pulsiones y apetencias ocultas e incontrolables en el ser humano, que tienen un asidero y una sanación espiritual gracias a la comunicación con Dios. Pero también podemos leer la Biblia en clave más racional, no moralista pero siempre respetuosa, y descubrir aprendizajes interesantes.»

Gracias a esta apertura ha logrado profundizar en uno de sus temas centrales: la corporeidad. «Uno no solamente es cuerpo; uno es también corporeidad. Es un término con el que me he familiarizado a través de un gran filósofo catalán: Joan Carles Mèlich. Su tesis es la de un comportamiento cercano al tacto, que no se aísla en la negación de los vicios, y que al mismo tiempo busca una comprensión en el sentido más metafísico del término.»

«No se puede aspirar a la trascendencia sin comprender que estamos viviendo en la immanencia. Y debo reconocer que no soy un lector avezado de la Biblia. Las secciones a las

que siempre regreso son los salmos. Me gustan más que los códigos o preceptos. Evito siempre el dogmatismo, y me acerco más a la percepción de que hay algo superior, que nos escucha y que es misericordioso.»

Quiso tocar lo «divinamente errático del hombre», desprendiéndolo de la visión antropocéntrica. Quiso imaginar una suerte de abismo en el que se termina por comprender que «en la vida hay cosas que no dependen de uno, del ser humano y de su propia voluntad, pero nos enceguece la voluntad de ejercer un control absoluto».

Los vasos comunicantes son frecuentes en una poesía que ha acercado elementos distantes entre sí. De esta manera armoniza la influencia de diversos escritores que han estado presentes desde que era joven con otros que ha ido descubriendo en tiempos más recientes.

Un ejemplo de esa concordancia es su libro *Blanda intuición de párpados*, que toma el título de un poema de André Breton, precursor del surrealismo. Allí experimenta con nuevas imágenes, con embriones del inconsciente. Todas las visiones se fueron gestando bajo formas vinculadas con el humor, el sueño, la familia, el parto y la vida.

Posterior a *Quinquenio* y a *El bemol de los latidos*, sus dos primeros libros, este tercero incurre no solo en la experimentación verbal que había estado ensayando, sino también en el juego con las formas. El libro está preñado de letras, pero asimismo también incluye imágenes. «Siempre me ha interesado la estética del *collage*. Y precisamente por eso quise incluir gráficas de una artista muy talentosa: Kimberlys López.» De esta manera, el componente gráfico añade al texto elementos como relojes, ojos, caracolas, pulpos, venados, maletas, estatuas y ventanas.

Otras apuesta ligada a esta edición tuvo que ver con la posibilidad de expandirse a través de otras plataformas. Para eso se sumó al libro digital, fenómeno que posteriormente se ha dedicado a investigar. A su juicio, son opciones nuevas para la literatura, que permiten una expansión de descomunales proporciones. Sin ningún prurito, y soslayando el fetiche por el libro como objeto, que entiende y valora, colgó una versión digital de su libro en internet.

Ya a estas alturas, las influencias habían evolucionado. Zakarías fue redescubriendo enormes talentos que ya había leído pero sin la suficiente atención. Con Jorge Luis Borges, volvió a deslumbrarse; con Julio Cortázar, compartió su afición lúdica y experimental; con Alejo Carpentier, se volvió barroco; y con Roberto Bolaño, se hundió en su coro de voces. Todo ya estaba inyectado, aunque tácitamente, en su prosa pujante.



«EN TÉRMINOS GENERALES,
MI ESCRITURA OPTA
POR UN MARCADO FORMATO
FRAGMENTARIO»



**«UNO NO SOLAMENTE ES CUERPO;
UNO ES TAMBIÉN CORPOREIDAD»**

Nunca creyó, como muchos otros, que el panorama literario venezolano fuera estéril. «Había leído mucho a Fernando Paz Castillo, a Ramos Sucre, autores fundamentales que siempre revisito. Nuestra poesía siempre ha sido magnífica, y yo tenía mis conocimientos, pero necesitaba crear vínculos más amorosos, más reverente, con ese cuerpo.»

Se alimentó de poesía venezolana, e hizo una inmersión particular en los poetas de Lara. Más allá de regionalismos, dejando de lado elementos circunstanciales, comprobó que su región era profundamente lírica. Comenzó a profundizar en las obras de Rafael Cadenas, Luis Alberto Crespo, Alí Lameda, Álvaro Montero. «A muchos de ellos los fui conociendo luego, especialmente a los poetas barquisimetanos de los ochenta. Algunos abandonaron la poesía, otros no persistieron, otros se fueron, pero todos me dejaron un tesoro que agradezco y que contemplo siempre.»

MUNDOS QUE SE ENSAMBLAN

Esta labor poética íntima y enclaustrada, que había estado durante mucho tiempo divorciada por completo de su vida social, alcanza un ensamblaje pleno. A Zakarías se le presenta la oportunidad de trabajar como articulista. Se inicia en el diario *El Impulso*, de Barquisimeto. «Al principio los artículos salían en el espacio que quedaba entre la mancheta y el resto de los textos, pero muy pronto mis textos comenzaron a calar. Más recientemente he publicado en los diarios *Tal Cual* y *El Nacional*.»

«Creo que incluso en estos artículos trato de desarrollar una poética. La hay porque yo tengo un modo de ver, de decir las cosas, del que no puedo deslastrarme. No es que sea fácil tenerla, pero va surgiendo por la consistencia de lo que escribo. En cuanto a temas, cada vez



«EL JAZZ HA SIDO UNA DE MIS
GRANDES INFLUENCIAS. ME PARECE
QUE ES UN LENGUAJE APARTE,
RELATIVAMENTE NUEVO»

me interesa más la escena nacional. Lo abordo con un compromiso político, que no partidista, tal como lo entendió Sartre: somos ciudadanos habitantes de la *polis*. No abordo análisis políticos como tal, sino que desarrollo una visión de la intimidad de un colectivo, conformado por individualidades profundamente heridas.»

«En términos generales, mi escritura opta por un marcado formato fragmentario. Prueba del caso es que el poema de largo aliento no se me da con facilidad. Me han dicho que mi literatura es sentenciosa, y eso se ve hasta en mis artículos. Voy desarrollando mis ideas en pequeñas piezas, separadas por números, que ametrallan al lector.»

Este modelo proviene del cultivo del aforismo: esa sentencia alimentada del telegrama y el epitafio, como diría Emil Cioran, que le ha permitido alcanzar una importante potencia discursiva. En su caso, Alain Badiou y José Balza le mostraron que los límites imponían la obligación de soltar, sin circunloquios ni verborreas, la verdad medular que lleva por dentro.

La forma, sin embargo, no condiciona ni limita el fondo. Ese ángulo que quiere abordar la intimidad desde el marco de la *polis* también se amplía hasta la crónica urbana o el artículo de opinión, al más puro estilo de Carlos Monsiváis o Juan Villoro.

LA MÚSICA DE LAS PALABRAS

Muy influenciado por el jazz (música que logró difundir en la región a través del programa radial «Sonidos de Vanguardia»), también ha querido trasladar ese sentimiento a la pluma. Pero no como lo hacía Cortázar, que procuraba emular los ritmos, el *swing* de las clásicas tonadas de Bessie Smith y de Jerry Roll Morton. «El jazz ha sido una de mis grandes influencias. Me parece que es un lenguaje aparte, relativamente nuevo. Durante mucho tiempo se le vio



«DESARROLLO UNA VISIÓN DE LA INTIMIDAD DE UN COLECTIVO,
CONFORMADO POR INDIVIDUALIDADES PROFUNDAMENTE HERIDAS»

como algo marginal, al compararlo con la música que conocemos como clásica. Pero precisamente de ahí viene su enorme fuerza. Eso es lo que a mí más me interesa: buscar transmitir esa atmósfera. Más que esforzarse por alcanzar el ritmo, se trata de un asunto lingüístico: emular esa atmósfera con palabras.»

El género también ha despertado ideas innovadoras, como el *jamming*, al más puro estilo de las históricas improvisaciones que Miles Davis, Charlie Parker y cientos de *big bands* disparaban en noches frenéticas, ahogadas por el humo y el alcohol. Como remedo, Zakarías opta por la improvisación literaria. Esto es, el arte de la palabra fugaz, ocurrente, que emprende un viaje, que culmina al esfumarse en los oídos del público. Este modo de hacer poesía lo ha llevado a la vida diaria, a los bares, a los clubes y restaurantes, sin mayor pretensión que la satisfacción de poder soltar un verso que, por suerte o habilidad, suene a solo estimulante.

LA CONCIENCIA EN OTRAS LATITUDES

Ahora le toca emprender un nuevo viaje, hacia otras latitudes. Sus textos le permitieron inscribirse en la importante maestría en Literatura Creativa en español que ofrece la Universidad de Nueva York. Entre otros maestros de la narrativa iberoamericana, tendrá la oportunidad de aprender con Antonio Muñoz Molina, gran novelista español.

Es también una oportunidad para obligarse a desarrollar otros formatos literarios, en los que reconoce que ha incursionado menos. «Hay que trabajar en cuentos puros, en narrativa, en otros tipos de lenguajes literarios, además de la poesía, que he cultivado como mi centro. Es una buena oportunidad, porque creo que el ejercicio en ambos géneros también puede generar un beneficio mutuo, en especial al ser tutelado por muy buenos escritores de talla internacional.»

Sin embargo, está consciente de que «el escritor es el que se hace escribiendo, y no exclusivamente asistiendo a una Escuela de Letras». Esto ya lo había comprobado durante la maestría de Literatura Hispanoamericana. «Antes sentía que no había nada que me legitimara como escritor, lo que me trajo años de sufrimiento, pero ahora tengo otra perspectiva, me importan otras cosas.»

Espera volver a su casa, a sus calles, a su madre, a su familia y a la biblioteca del abuelo, donde nació y creció entre tomos valiosísimos. Allí desearía seguir escribiendo, sobre todo palabras con las que no aspira a trascender. Literatura llena de infancia, de calles, de cuerpos, de otras vidas, que jueguen con la música, con la pintura, con la tradición. Espera lanzarlas al aire para que alguien, por una conjunción de circunstancias sobre las que prefiere no especular, pueda tomarlas y hacerlas suyas. ●



JOSÉ MIGUEL NAJUL

BARQUISIMETO, 1989 | Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Yacambú. Ejerce el periodismo desde hace cinco años en medios regionales. Diplomado en Crónicas por la Universidad Nacional Experimental de Yaracuy.



ISAAC HERNÁNDEZ

SAN FELIPE, 1986 | Licenciado en Diseño Integral por la Universidad Nacional Experimental de Yaracuy. Director creativo y fotógrafo profesional en Ishers Photography. Especializado en fotografía de modas.



Terapia para mi monstruo

Pálpate, lacérate, enfrenta la asfixia,
sé fiel al desarraigo que eres, llévate
por delante los fluidos, las señales,
los hábitos, deja palabras en la calle,
no le tengas miedo a la estela, insiste
en la rabia y en el apetito, maldice el
perfume cuando haga falta, dispersa
tu sudor en los árboles, déjate
ver en el agua, en las paredes, en las
encías, hazle caso a la sombra y
quíébrate, sé compasivo con tu propia
noche, obsesiónate con los triángulos
y salte, salte,

habla de frente con tu demonio, sé
consecuente con el fuego que emanas,
procura la claridad y sálvate, aplaza
el vidrio, los tejidos, las piedras,
pon tus venas ante la agresividad del
espejo, escucha tus vibraciones y
sangra lo necesario, cuídate, protege
tus comisuras, despilfarra tu saliva,
castígate y culpa al colchón que vio tus
malos pasos, consíguete, castígate otra

vez, reconstrúyete y tiende tu piel
en las ventanas, que tu cuerpo sea
honesto y se malgaste,

contágate, extirpa, sentencia,
arrodíllate, olvida, adviértele al veneno
que no vienes solo, gotea, muestra
tus manchas, altera los mecanismos de
la calma, grítale, pásale por encima,
redúcela a trampa y espera, espera,
mírate en las culebras, en las hojas
vacías, en los calores que se traspasan,
sujétate a los sentidos (pero solo lo
suficiente), dibújate, enardécete,
escribe sobre los techos, secuestra la
luz, múdate al patio, al horno, a la silla
ajena, escapa con prudencia, ama si te
lo prohíben, abre los brazos hasta que
se vuelva histeria, festeja, lame, escupe,
ahórcate para que te vean tranquilo,
disfrázate de alarma, de número, de
crimen, ofréndate al peligro y sé leal a
los instintos, que todo te perturbe, que
todo te aligere y sánate.

Desde las heridas

FREDDY CASTILLO CASTELLANOS



Creo que el ángel de la guarda de Zakarías Zafra es la poesía. Con ella y por ella, escribe sus crónicas, sus ensayos, su narrativa. Desde sus palabras o desde el silencio, la poesía aparece en toda su escritura. Digo esto para subrayar algo que podría, si no desdibujarse, convertirse solo en un tema de géneros, tratándose –como es su caso– de alguien con enorme talento para el cultivo de los más diversos.

La poesía es su punto de equilibrio. A veces, lo es también de algún deslinde, por necesarias razones literarias de autoexigencia. Escribirla es para Zakarías el ejercicio de una pasión que lo acompaña desde niño, desde siempre, pero esa pasión no lo desborda. No cede, ni a su gusto por la fiesta verbal ni a su ingenio. Una constante lucidez lo contiene.

Músico por vocación y estudios, el poeta Zafra hace del poema una página, menos para ser leída que escuchada. La transforma en «el

único lugar» en que podemos oír su voz, como dice en su estupendo libro *Al otro lado de la vía oscura*. Este título, por cierto, me permite enlazar con otra impresión que no debo omitir: Zakarías nos habla de las sombras y escribe desde las heridas. Sus poemas no son solo «artefactos» bien escritos. Son las (a)notaciones de una pieza que contiene, tanto su historia íntima como su historia universal.

En un breve poema titulado «Epígrafe (posible) a un *Ars Poética*», nos dijo: *Te someto, poema, pues eres la avidez./ Te huyo, poema, pues eres la guerra./ Te alcanzo, poema, pues eres la pérdida./ Te salvo, poema, pues eres el escombros.*

Pienso que una de las claves, a esta altura y temperatura de la historia, es saber escribir poesía con lo que nos ha ido quedando después de tantas ruinas. Y hacerlo, con la frescura e inteligencia con que lo hace Zakarías Zafra, de quien me gustaría ser por mucho tiempo –y permítaseme este guiño personal– su «old sport».

[Ensayista y docente. Exrector de la Universidad Experimental de Yaracuy]





Adalber Salas Hernández

«El lenguaje es la muerte»

Nacido en Caracas, en 1987, es poeta, ensayista y traductor. Con seis libros de poemas en su haber, ganó en 2015 el XXXVI Premio de Poesía Arcipreste de Hita, con *Salvoconducto*. Es autor de *Insomnios*. *Ensayos sobre poesía venezolana* (2013). Ha traducido a Marguerite Duras, Antonin Artaud y Charles Wright. Junto a Alejandro Sebastiani ha publicado las antologías *Poetas venezolanos contemporáneos*. *Tramas cruzadas, destinos comunes* y *Destinos portátiles*. *Poesía venezolana reciente*.

TEXTO KEILA VALL | FOTOS KATHY BOOS

NIÑO PEQUEÑO Y FELIZ

Mis recuerdos más tempranos son de un pequeño apartamento, muy entrañable, que quedaba en Quinta Crespo. Allí pasé mis primeros seis años. Quizás porque yo era un niño pequeño y feliz, los trocitos de memoria que me quedan son muy tiernos. Cuando mis padres salían,

y mi abuela o mi tío materno me cuidaban, a mí me costaba mucho dormir. Pasé muchas noches acostado, a oscuras, sin poder conciliar el sueño. Recuerdo haber visto alguna vez lo que seguramente sería una cucaracha, un cuerpo oscuro e inmóvil, bajo un delgado haz de luz que entraba desde la sala. Yo me preguntaba fascinado: «¿Cuándo se irá a mover?». O mejor: «¿Por qué se movería?» Quizás era un objeto que yo había dejado, quizás un juguete, pero para mí fue muy impresionante. Ese es uno de mis primeros recuerdos.

Mis padres se conocieron en la universidad. Ambos estudiaron Educación, mención Ciencias Pedagógicas, en la UCAB. Ambos también dieron clases desde muy jóvenes. Luego mi papá estudió Derecho, y lo ejerció. Después se dedicó a la política. Primero fue concejal y después diputado por el MAS en el estado Miranda. Fue reelecto varias veces, hasta 2005. Siempre fue un padre muy dedicado y amoroso, a pesar de que durante los días de semana mi hermana y yo lo veíamos poco. A medida que fue retirán-

dose de la política, comenzamos a vernos más. Siempre se las arregló para dedicarnos tiempo.

Ver la realidad a través de los ojos de mi papá ha supuesto no solo enmarcar el problema en términos ideológicos, sino entender el engranaje de los distintos intereses, leer los mecanismos internos del poder, preguntarse cuáles son las reglas del juego y quién se beneficia. Al retirarse de la política, él regresó a ser lo que siempre fue: un espectador político. Y de hecho, cuando hoy día nos reunimos o hablamos por teléfono, lo que hacemos es analizar noticias.



LO QUE NO ESTÁ

Mis padres me iniciaron desde temprano en la lectura. De pequeño yo leía mucho; todo lo que me caía en las manos. Me fascinaba la ciencia ficción: a Isaac Asimov y Ray Bradbury los leía como desesperado, como si el tiempo se fuera a acabar. Y además en alguno de sus libros el mundo en efecto se acababa. Leía con ese apremio. En otro plano, también me gustaban Quevedo y Garcilaso; me cautivaba su musicalidad, aunque no quería imitarlos. Siempre he tenido mal oído musical: la rima y el metro se me resisten. De hecho, mi trabajo de escritura va en dirección contraria: a prosificar o a desmusicalizar el verso. Las enciclopedias me encantaban. Y también me han gustado siempre los animales. Yo quise ser biólogo, luego arqueólogo, y por último paleontólogo. Siempre me ha gustado lo que no está. Lo que se escapa. Para un muchacho caraqueño leer que una anaconda puede medir diez metros es algo increíble. Yo me paraba en la sala de la casa y calculaba que un metro era más o menos un paso largo. Daba esos diez pasos para calcular la longitud de la anaconda y luego me volvía a ver el recorrido. Entonces me decía: «¡Ojalá que nunca me encuentre con una!». También me fascinaban unas historietas de Charlie Brown sobre Ciencias, Física, Biología. Eran una maravilla. Hasta el día de hoy me encanta ver cómics de Peanuts.

RANGO RESTRINGIDO

Terminé secundaria y como buen bachiller no sabía qué hacer. Tenía un rango restringido de habilidades: cierta afinidad con los idiomas, me gustaba leer, me gustaban las materias humanística. Así que apliqué a Idiomas Modernos, Letras, Psicología y Filosofía. Me aceptaron en todas, pero nada me gustaba tanto como leer literatura. Quise ser sincero conmigo mismo y elegí Letras. Pensaba estudiar algo más adelante, pero no. Me quedé con literatura.

LA TRISTEZA TAMBIÉN

Ser papá es aprender a vivir con el terror y el asombro más puros. Descubrir que hay un punto en el que el miedo y el amor son lo mismo. Jamás pensé que podía experimentar algo así. De pronto llegó al mundo una criatura minúscula, indefensa, fascinante, que cualquier día podría desaparecer. Uno también podría desaparecer, pero aprendemos a ignorar. Cuando se trata de cuidar a alguien más, toda amenaza es abrumadora, proporcional al amor. Male hace cosas que nunca pensé posibles: la manera en que descubre el mundo, la manera en que lo codifica simbólicamente. Cada minuto con ella es un minuto de maravilla. «Todos los niños dicen cosas increíbles», suelen decirte. ¡Y claro que es verdad! Malena es inmensamente alegre. Todo es un chiste, todo la sorprende. Y también es profundamente insurrecta. Una vez



**«UNA TRADUCCIÓN ES BUENA
SI EL LECTOR, SU ÚLTIMO JUEZ,
SE EMOCIONA AL LEERLA»**

me dijo: «A mí no me gustan los policías. Me parece que todos son feos. Los policías siempre regañan a la gente». Tendría unos cinco años y volvíamos a casa tardísimo, agotados después de correr todo el día en un cumpleaños. Subiendo las escaleras de la estación de metro, Male me dice: «Papá, la tristeza también es una vida». Y yo: «¿Qué?». Y ella: «Sí. Mira. La luz». Y señalaba una lámpara halógena. «Esa es una vida. Y la razón es una vida. Y estar contento es una vida. Y la tristeza también es una vida.» Yo no lo podía creer. Pero le dije que tenía toda la razón, porque creo que la tiene.

En *Mínimo*, un libro que le dedico a Male, busco que el poema sea vehículo para la ternura. La ternura es una forma de sabiduría, de entender el mundo, de acercarse a los fenómenos, a los objetos, a los otros, siempre desde un vínculo sensible, afectivo, que supone el reconocimiento de la propia debilidad, de la propia necesidad por el otro.

DESTRUIR MIS MANUSCRITOS

Empecé a escribir a los trece años. No estoy muy seguro de qué era, pues no hacía distinción entre géneros. Eran papeles de adolescente falsamente hipersensible y francamente ridículo. Y los tenía en dos cuadernitos que destruí. He destruido sistemáticamente todos mis manuscritos, incluso los de libros publicados. No me gusta que existan. Me pesan. La noción que tenemos de un fantasma, desde el Romanticismo hasta las películas de Hollywood, es una figura atrapada en un tiempo circular, siempre señalando un mismo hecho lamentable. Destruyes un libro porque es un fantasma. Te señala tendencias propias que son obsoletas, marcas de un pasado con el que ya no comulgas, fallas que estás inten-

tando superar desesperadamente. Porque no te reconoces en él, o porque reconoces cosas horribles en él. Lo destruyes para que deje de señalarte, de acusarte. Sin embargo, aquellos cuadernitos me permitieron hacer pulso, ejercitarme, descubrir que no tengo una sola voz. Esos libros eran muy distintos entre sí: tenían grietas y tensiones fuertes, pero me enseñaron a no ceñirme a una sola modalidad. Ese es uno de los rasgos definitorios de mi obra. Creo que los borradores son males necesarios.

COMO UN BOTÁNICO

Mi voz va mutando, migrando. Tiene existencias simultáneas. Establezco vasos comunicantes entre la poesía, la traducción y la investigación. Como un botánico que se encarga de cruzar especies. A fin de cuentas, son parte de una sola voz, pero como son distintas, aprovecho su fricción. Ahora tengo un texto titulado *A love supreme* en el que traduzco varios sonetos de Shakespeare desde presupuestos distintos: a la manera de Lope, o de Góngora, con neologismos, luego como una silva, o en verso libre, o como poema en prosa. Es una actividad creativa



«DESTRUYES UN LIBRO PORQUE
ES UN FANTASMA. TE SEÑALA
TENDENCIAS PROPIAS QUE SON
OBSOLETAS, MARCAS DE UN PASADO
CON EL QUE YA NO COMULGAS»

y, al mismo tiempo, exigente en sentido estricto. Me permite investigar los límites de la traducción: hasta dónde llega, qué ofrece, qué quita, qué añade al texto.

ENTRE LENGUAS

Una traducción es buena si el lector, su último juez, se emociona al leerla. Se hace demasiado énfasis en el original, cuando más bien se debe agradecer que las traducciones den una vida nueva, distinta, insospechada, al texto. La tergiversación ofrece un nuevo impulso al original. Vale la pena leer la traducción como una obra independiente, tanto del original como de su propia condición como pieza traducida. Hay mucha fuerza creativa en ese paso: cuando nos movemos entre lenguas surge una mirada desplazada muy enriquecedora. Igual ocurre con la lectura, que debe ser lúcidamente incorrecta para revivir el texto, para darle una vida nueva e inesperada. Cuando un texto nos afecta, si le damos entrada a nuestro mundo intelectual, afectivo, imaginario, la tergiversación es inevitable. Ya no es el texto; es el texto más uno. Un lector responsable debe tergiversar lo que lee. Algo similar ocurre al escribir sobre arte: otra forma de lectura y traducción que falsea el original al ofrecer una vida paralela a la obra. Puede haber desacuerdos, pero esa es la idea. Trátese de música, literatura, artes visuales, su lectura, su traducción, ofrece una vida alterna. Quien no esté de acuerdo puede crear otra. Así la obra se reproduce: su potencialidad semántica se vuelve inagotable.

LA TEORIZACIÓN

En primer año de la universidad, comencé a escribir con conciencia de oficio, de manera consecuente y con cierto grado de autocrítica. El Premio Nacional Universitario fue importante, porque me confirmó que era posible publicar aquellos textos que había pulido y trabajado tanto. No me gusta la idea del mentor; he tenido demasiadas influencias dispares para endosar culpas. Armando Rojas Guardia es uno de los seres que más quiero en el mundo; ha influido sobre mi obra en estilo, en manera de pensar, afectivamente. Miguel Marcotrigiano, que dictaba un taller de poesía, y Carlos Brito, que lo suplió cuando Miguel hacía su doctorado en Salamanca, también han influido sobre mi trabajo. Ese taller me dio conciencia de oficio y me proveyó de mucho material teórico. La propia discusión sobre qué diablos era un poema y cómo debíamos lidiar con él fue importante. La teorización no es inútil; tiene un efecto directo sobre el texto que vas a producir ese día o dos días



después. Pero así como ellos, hay mucha gente de valor, viva y muerta. Leer a Silva Estrada fue fundamental. A T. S. Eliot, a Mark Strand, a Charles Wright. Cuando tenía diecisiete años, me interesé por Mallarmé, lo cual está muy bien a esa edad. Mis amigos también me han enseñado; han cambiado mis ideas sobre la escritura. El doctorado también ha sido muy enriquecedor: más que jerárquica, ha sido una experiencia más bien orgánica.

DESORIENTACIÓN Y EUFORIA

Si tuviese que usar dos palabras para describir mi experiencia como inmigrante, diría desorientación y euforia. Nueva York supuso un cambio drástico; más allá del factor geográfico muchos hábitos se volvieron inviables. Por otro lado, cursar la maestría en NYU con una beca que me liberara de responsabilidades y me asegurara la tranquilidad de estar cerca de Malena, fue muy provechoso. Trabajé y estudié al máximo. Tomé talleres muy útiles. Terminé mis traducciones de Artaud, hice la antología de Charles Wright y completé tres traducciones de Marguerite Duras. También escribí varios libros de poesía: *Salvoconducto*, *Río en blanco*; *El ojo de la piedra* y *Mínimo*. Pude avanzar una investigación académica sobre la obra de Rojas Guardia. Tenía tiempo para traducir, investigar y leer. No hubiese tenido fuerzas para más.

LA NOCHE ES MI TALLER

La noche es mi taller. Y sobre todo la madrugada, porque trabajo de diez de la noche a tres de la mañana. Cuando me levanto, a golpe de nueve, también aprovecho. Es como leer con dos estados de conciencia distintos. La mirada de la noche capta relaciones insospechadas, quizás porque uno está cansado y sale algo del inconsciente. La de la mañana traza relaciones más nítidas, al menos en apariencia. Esas relaciones pueden estar erradas y no llevar a nada. Tras las asociaciones emocionantes de la madrugada, uno puede decir luego: ¡Esto no sirve para nada! Son miradas igualmente legítimas, pero diferentes. Paro de trabajar cuando mi cuerpo no da más, cuando rayo en la incoherencia. Me fascina estar exhausto. Empujar el límite de la propia energía me resulta muy seductor.

CUERPO DOLIENTE

Mi cuerpo me vive con dificultad. Crecí viviendo el cuerpo como una región inhóspita, desconocida y amenazante. Desde los cinco hasta los trece años, sufrí de alergias y de ataques de asma que requirieron hospitalizaciones. Nunca me llevé bien con las actividades físicas, con los deportes; solo hice natación para combatir el asma. Y esa relación con el cuerpo supuso experimentarlo como una instancia ajena, amenazante, frágil, que en cualquier momento podía quebrarse y desaparecer. Al mismo tiempo, crecí con la hipersensibilidad de los niños enfermos, que me ha servido muchísimo. Al ver el cuerpo como algo raro, inesperado, impredecible, todo lo relacionado con él se volvió fascinante: olores, texturas, sabores, incluso los desagradables. Cuando el asma desapareció, a aquella hipersensibilidad se agregaron las



«PARO DE TRABAJAR CUANDO MI CUERPO NO DA MÁS, CUANDO RAYO EN LA INCOHERENCIA. ME FASCINA ESTAR EXHAUSTO»

hormonas adolescentes: el cuerpo que padecía se transformó en cuerpo para el placer. Y así se quedó. Sigue siendo un cuerpo enfermo. Mi sistema inmunológico me ataca, pero simultáneamente me provee un cuerpo para el disfrute. Saca una energía maníaca por saberse enfermo y se aboca al placer. Los líquidos que se desbordan del cuerpo, que se despliegan y derraman, pertenecen al cuerpo doliente, y dan testimonio de su extrema fragilidad y desintegración. Desde niño asocio placer y culpa. Y como he intentado desvincularlos sin lograrlo del todo, disfruto esa asociación. Vivo el placer como fuerza destructiva.

DEJARSE FASCINAR

Para mí la palabra espíritu, o nociones como alma, no tienen peso. Soy rigurosamente ateo. Toda forma de trascendencia me resulta opresiva. No creo en la trascendencia religiosa, en energías. Tampoco en ese fenómeno tan convulso que llamamos conciencia. No creo que el yo sobreviva a la muerte. Entonces si esto es lo que hay, no aprovecharlo es pecado. Hay que dejarse fascinar por el mundo, por lo que entra por los ojos, por la piel, por el paladar. Soy omnívoro y omnívoro. El cuerpo entero es una esponja para percepciones y sensaciones, y malgastarlas es pecado. Yo creo que soy medio epicúreo. Hay que saber cuándo el exceso es necesario, darle su lugar y espacio.

SIN FE

La fe es una fuerza inmensamente respetable, pero yo no tengo fe ni en las palabras. La palabra siempre se queda corta. Es solo un atisbo, un destello. Su trabajo es traicionarlo a uno, traicionar el sentido, desplazarse, hacer que la materia semántica circule, que los significados no se apuntalen. Tener fe en las palabras es una apuesta peligrosa. Ellas mutan, dicen algo distinto, siempre y cada vez.

LO DICHO YA ESTÁ FUERA

El lenguaje, el hecho de que existan palabras articuladas, es un fenómeno distintivamente humano, y al mismo tiempo siniestramente lejano de lo humano. Las palabras nos definen, nos permiten establecer comunidades, sociedades; vincularnos con otros miembros de nuestra especie. Al mismo tiempo, señalan nuestro límite: tienen vida propia. Lo que acabas de



**«CRECÍ VIVIENDO EL CUERPO
COMO UNA REGIÓN INHÓSPITA,
DESCONOCIDA Y AMENAZANTE»**



pronunciar ya está fuera, en ondas sonoras, moviendo partículas del aire. Eso ya no eres tú. Las palabras te indican donde acaban la subjetividad y el cuerpo. El lenguaje es la muerte, entre otras cosas. Y así como lo dicho ya está afuera, las palabras también vuelven para decirte: «Tú eres esto». La lengua permite la indecisión, permite el fallo; se basa en la grieta, en lo que uno no termina de nombrar nunca.

ACTO LEGIBLE

En mi tesis de grado, investigué el suicidio de Paul Celan como parte de su obra. No me interesaba el trabajo detectivesco —dónde sugiere el poema que su autor se va a suicidar—, sino descomponer el acto como significativo y desde allí leer la poesía. En el suicidio no hay nada dejado al azar. Incluso quienes se matan en un arranque, entre comillas, eligen un método. Y eso implica que hay un significado. El suicidio es un acto límite del lenguaje; lo empuja a su *non plus ultra*. Es un acto legible, cuya finalidad es el fin de todos los actos, cuyo destino es el lugar donde el lenguaje no llega. Y a la vez, la muerte es radicalmente incomprensible. Cuando en 2014 Domingo Michelli se suicidó, yo quedé emocionalmente tapiado, y aún hoy, a pesar de tanto pensar en el asunto, vuelvo a esa especie de trabazón afectiva. Ahora soy otro ser humano: todos los días estoy con Domingo, hablo con él, pienso en el acto, en cómo lo hizo, en el hilo de significado que vincula su muerte con su escritura. Él fue un escritor de inteligencia y agudeza arrolladoras. Dejó ocho libros inéditos, en los que maneja un lenguaje literario del futuro, en sintonía con la situación venezolana, con la crudeza, con la violencia, con la hostilidad que nos recorre. Creo que la tradición venezolana no está lista para procesar lo que él hacía con el lenguaje. Él era como un sismógrafo, y solo será asimilado en un futuro. Yo creo que él lo intuía. Vivir con esa certeza duele.

LOS DE SALVOCONDUCTO

Salvoconducto forma parte de un proyecto mayor, en diálogo con la *Divina Comedia* de Dante. Allí construyo un paraíso, un purgatorio y un infierno muy *sui generis*. *Salvoconducto* es el infierno: nuestra historia. El libro está obsesionado con la violencia, está poblado de muertos. Busco encabalgamientos incómodos: cortar el verso en lugares extraños. Que el lector pierda el paso, que no haya eufonía sino más bien cacofonía. Son poemas que te dejan huérfano, pero es inevitable: son mi respuesta a la violencia en Venezuela.

AUTODESTRUCCIÓN

Venezuela tiene de todo, culturalmente hablando. Nuestro imaginario está poblado de cosas muy diversas, contrastantes, que se mezclan. Tenemos altísima movilidad social. Pero hay racismo, clasismo; esa erosión del sentido del prójimo nos ha hecho daño. Venezuela no es uno de los países más felices del mundo: no somos alegres ni solidarios. Tenemos una serie de mitos de bolsillo, pero estamos dañados en el núcleo. Del mismo modo, somos un país jurídicamente aceptable: sin pena de muerte, con un largo historial de políticas sociales, educación superior pública de calidad. Pero al mismo tiempo, ese sistema jurídico, estas instituciones, son una ficción. En Venezuela poder y ley están disociados: el Estado de Derecho es un lujo. El poder se ejerce, se conquista y se intercambia con violencia. Estos fuertes contrastes se han agudizado en los últimos años, pero existen desde tiempos de la Colonia. Nuestra economía está destruida porque nosotros la destruimos. Estamos plagados de criminales que nosotros mismos aupamos. Somos uno de los países más violentos del planeta: de piratas y saqueadores. Venezuela es un país dedicado a su autodestrucción, que no se termina de decidir. Tenemos tareas pendientes. Y eso puede ser terrible, pero también excitante.

DESPELLEJAR EL PODER

Es momento de reevaluar nociones como lucha de clases y revolución. Conviene pensar en una revolución no violenta, en un Estado no intervencionista. Hay que entender que el poder económico, político, religioso —el Estado por un lado y las empresas por el otro— no están naturalmente al servicio de la sociedad; más bien buscan su propio beneficio. El discurso nacionalista también nos ha dañado. Debemos revisar nuestra fascinación con los «grandes personajes de la historia venezolana», con el hombre fuerte, con el culto bolivariano, con los próceres. Debemos entender que diferir la responsabilidad ciudadana nos ha pasado factura. Esta clase gobernante despellejó al poder. Lo dejó en los huesos. Nos mostró quiénes somos. Ahora debemos aprovechar este momento éticamente.

ESTAR EN FALTA

A pesar de todo lo que he escrito, nunca he logrado sentirme escritor. Encuentro una presunción desagradable en decir: «Hola. Soy escritor». Así que no digo que lo soy. Digo que soy editor, estudiante, investigador. Digo que soy traductor, que me parece el oficio más noble del mundo. Creo que siempre estoy preocupado por lo mismo. ¿Qué puede hacer el lenguaje poético y qué no? ¿Hasta dónde alcanza? ¿Cuándo cae exhausto? Tal vez por eso cambio tanto de registro. Trato de escarbar en lugares distintos, ver hasta dónde da el poema en prosa, descubrir el vínculo con lo narrativo, sentir el poema que lidia con materias abstractas. Escribo tanto porque ser escritor es estar en falta continuamente. Es darte cuenta con cada libro que no escribiste el libro que querías escribir. Es siempre perder el paso, es siempre pelar el escalón. Es decir, esto no es, esto nunca es. ●



KEILA VALL

CARACAS, 1974 | Antropóloga de la UCV. Ha completado tres maestrías en Ciencias Políticas de la USB, Escritura Creativa en NYU y Estudios Hispánicos de Columbia University. Narradora y poeta. Ha publicado la novela *Los días animales* (2016), el libro de cuentos *Ana no duerme* (2007), el poemario *Viaje legado* (2016) y el texto crítico *Antolín Sánchez, discurso en movimiento* (2016).



KATHY BOOS

CARACAS, 1987 | Fotógrafa y productora audiovisual. Experta en fotografía publicitaria, editorial y comercial. Residenciada en la ciudad de Nueva York, fundó y dirige la agencia de consultoría de imagen y marca para creativos *My Social Parlor*.



(Historia natural del escombros: Auschwitz-Birkenau)

Cuando no quede ni una persona que recuerde, cuando no reste en pie un solo tallo de nuestra memoria y nuestra voz no valga su peso en sal, especias o ceniza, ¿cómo se verán estos edificios? ¿Como los hallaron los pilotos aliados con sus cámaras: lentas hileras de rectángulos abrazados a la nieve?, ¿costillas brotando en el aire hambriento? ¿O como los veo a través de Google Earth, barracas relucientes como cráneos, rejas y alambres de púas limpios y hasta corteses, todos más o menos somnolientos, fingiendo la inocencia de los objetos abandonados bajo la membrana reseca de mi pantalla? Vista desde el cielo, la tierra es impermeable, lisa, bulímica. No tiene edad o acaso tiene la edad de los mitos que se olvidan porque ya no sirven a nadie. Alguien observará todo esto sin curiosidad o terror, pupilas cubiertas por la resina de la distancia, como si el pasado no pudiera ser el futuro y el tiempo apenas fuera el país de lo ya visto. Cuando estemos masticando las entrañas del suelo y no tengamos la tela de un nombre para cubrir nuestra desnudez, no podremos advertirles que la historia es un largo toque de queda donde realmente nada concilia el sueño por completo.

[De *La ciencia de las despedidas*]

Genio y figura

MANUEL BORRÁS



Adalber Salas me parece, sin el menor atisbo de duda, uno de los más interesantes jóvenes poetas venezolanos que conozco, y si no fuese ya su editor me atrevería a decir que de lo más destacado de su generación en el contexto de la poesía latinoamericana.

Desde el principio se manifestó como un poeta con tablas, veterano por crecimiento interior, experimentado por un precoz desarrollo sutil basado en la reflexión íntima, con trayectoria antes de poseer una trayectoria, liberadísimo ya de la página en blanco y decidido a hablar desde pronto, a divagar, incluso dispuesto a equivocarse, y a hacerlo además de un modo goloso y provocador, casi como haciéndole un corte de mangas al poder, a la intolerancia tanto ideológica como estética. Es un poeta —e insisto, pese a su juventud— de vuelta de muchas cosas, y eso que suele ser nocivo para un libro de poemas, en su caso siempre le da alas.

El tema de sus poemas es variadísimo, como también lo son sus tonos y calidades. Sus poemarios mantienen siempre un aire general de libros sólidos, competentes, de libros, por encima de todo, muy suyos, insobornablemente suyos. Su poesía es una poesía desafecta a las solemnidades y a las falsas trascendencias. Todo ello sumado da como resultado a un poeta con visión, a un poeta tan seguro de sí mismo que resulta —lo que a mí me gusta mucho— un poco insolente.

En fin, un poeta con futuro, de los que no defraudará en su crecimiento sutil, y que está llamado a cumplir con eso de que el poeta de verdad, de cuerpo entero, no crea un universo paralelo al mundo, sino un *continuum*, porque la poesía en el fondo siempre es un anhelo de dar forma al tiempo y es también la llamada que nos hacen las voces más antiguas germinadas en nosotros, aquellas de las que no reconocemos siquiera su identidad.

[Ensayista y editor. Director literario del sello español Pre-Textos]



Enza García Arreaza

«Escribir nunca me ha salvado de nada»

Nacida en Puerto La Cruz, en 1987, es poeta y narradora. Tesista de la escuela de Filosofía de la UCV. Ha publicado un libro de poesía, *El animal intacto*, y tres de cuentos: *Cállate poco a poco*, *El bosque de los abedules* y *Plegarias para un zorro*. Ganadora del Concurso de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores y del Concurso de la editorial Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar. En 2004 ganó en España el VII Premio Literario Cuento Contigo: Nuevas voces jóvenes de Casa de América.

TEXTO JOHNNY MENDES | FOTOS JUAN OROPEZA



«No terminaba de entender nada.» El mundo familiar se le hizo imposible por mucho tiempo. En la casa adonde llegó con un año de edad, que es la misma que hoy la cobija, ocurrieron episodios hostiles, dolorosos, que por mucho tiempo estuvieron fuera del rango de comprensión de una niña.

Fue en Sierra Maestra, un populoso sector de Puerto La Cruz, donde se recuerda sumergida en un constante diálogo con ella misma. Se preguntaba una y otra vez por qué ella y sus dos hermanas debían crecer de forma distinta. Afuera, en la calle, otros pequeños de la cuadra cumplían rutinas de juego que sus padres les tenían vedadas.

«Yo sentía que vivía en una jaula. Todo me daba miedo. Todo me resultaba muy estresante. Intuía que no estaba en el lugar correcto. No comprendía por qué éramos tan distintos, por ejemplo, a mis primos o a mis tíos. No entendía por qué mis padres no terminaban de encajar el uno con el otro.»

Asume que la adultez, lentamente, le dio luces para entender que no podía honrar el pasado familiar, que había un origen y un lugar a los que no se podía regresar. Escenas de violencia, hijos abandonados, mujeres abusadas. «Mis padres vienen de familias sin estructura. Eran muy humildes. Un desastre de lado y lado.»

La libertad de jugar, de expresarse, de interactuar con los demás, no le estaba dada. «La libertad era un concepto extraño.» Enza García Arreaza solía sentir que maestros y compañeros veían con ojeriza el hecho de que su papá regentara una venta de lotería.

Ya grande comprendería que esa etapa, llena de hostilidad desde distintos frentes, le estaba curtiendo la piel. Sería de provecho para construir su mundo literario: escritos y títulos publicados que ya han sido reconocidos dentro y fuera del país. No le interesa tanto la crítica especializada como los lectores.

PRIMER TABLERO NARRATIVO

«Jugaba mucho con legos, barbies, muñecos. Jugaba sola. Buscaba apartarme, aislarme. Mi primer tablero narrativo fueron los muñecos. Yo construía historias y duraba días alimentándolas. Eso nunca se me olvidó. Cuando dejé de jugar, sentí nostalgia. Tenía entre doce y trece años.»

Sus hermanas eran mayores. La primera le llevaba doce años; la segunda, diez. «La mayor era más maternal conmigo, más dulce. Con la segunda casi siempre me reñía. Hoy es casi mi mejor amiga.»

Pero el juego se intensificó por un episodio que hoy considera como una señal reveladora de su oficio. «Tenía unos seis años cuando me di cuenta de la muerte. Fue una situación extrema con mi mamá. Para una niña no era fácil entender sus problemas emocionales, sus crisis de nervios. Un día tuvo una muy fuerte. Se volvió como loca, tiró todo al piso. Yo me aterroricé. Ella cayó al suelo. Me dije: “Se va a morir”. Me acerqué llorando y le susurré: “Mamá, no te mueras”. Tengo la certeza de que esa frase me convirtió en escritora. Por primera vez, sentí pánico. A partir de entonces, definitivamente, yo ya no sería la misma. Pasaba más tiempo jugando. Porque jugar era una forma de no estar allí, de escapar.»

«Es natural que los niños jueguen con personajes imaginarios, pero en mi caso ya se gestaba un futuro oficio. Con las piezas del lego, yo armaba personajes. Animales, monstruos, naves espaciales. Los creaba y les daba personalidad. Tenían carácter.»

LECTURAS INFANTILES

A través de los libros de su aprendizaje escolar, Enza tuvo sus primeros contactos con la literatura. Halló fragmentos de cuentos y poemas. Describe su ingenua apreciación infantil ante la poesía, que era premonitoria de lo que sería su más preciada forma de cultivar las letras.

«Yo decía: “Qué simpático escriben esto? ¿Cómo hacen para que suene así?” Me estaba refiriendo a la rima. No sabía que se llamaba así, pero me divertía. Recuerdo que ya reconocía los poemas de Andrés Bello y Aquiles Nazoa. Era importante saber los nombres de los que escribían porque eso no lo hacía cualquiera.»

«A mi papá le gustaban los libritos de autoayuda. Yo me interesaba, los leía y los discutíamos. En ese entonces, yo quería ser veterinaria. Luego pasé muchos años queriendo ser astrónoma. Guardaba cualquier artículo de periódico que tuviera que ver con el tema, con la Nasa, con los extraterrestres. Era fanática de la serie “Los Expedientes Secretos”.»

«Mi papá me ponía trampas para que leyera la Biblia: “Léete esta parte y me la explicas”. En ese entonces, él quería creer en Dios. Y aunque fueron impuestas, yo le agradezco que me haya acercado a





**«CON LA LITERATURA PUEDO
HUNDIRME MEJOR. Y PUEDO HACER
DE ESO UN ESPECTÁCULO»**

la lectura del Viejo Testamento, que es un tremendo libro. No me interesaba tanto lo relativo a Jesús como el Viejo Testamento. Entonces, como premio, me compraba una revista de mascotas o de astronomía. Y leía mucho periódico: recortaba artículos y los guardaba.»

Del contacto con textos de astronomía, conoció los nombres de los planetas, y por esa vía llegó a la mitología griega. Luego le cautivó el psicoanálisis, y finalmente la filosofía. «Mi papá no lo sabía pero, sin proponérselo, estaba propiciando mi vocación futura. Me acercó a ese mundo y me motivó a la lectura. Fue un tutor que trataba de aprender conmigo.»

«Con mi mamá fue distinto. Ella estaba opuesta a ese acercamiento que mi papá propiciaba con los libros. La relación con ella siempre fue muy delicada. Ella detestaba verme leer, verme dibujar. Y hasta me hacía sentir fea. Una vez, cuando yo tenía diecisiete años, tuvimos una pelea fuerte. Yo todavía no me había ganado mi primer premio, pero le dije: “Tú vas a ver que yo sí voy a ser escritora. Y cuando lo sea, te voy a dar las gracias por todo lo mala que has sido conmigo”. En otra de las discusiones, me dijo que no le importaba lo que yo escribiera, que no me leería nunca porque tenía cosas más importantes que hacer. Hoy es distinto. Con la adultez entendí que mi mamá había sido víctima de maltrato. Ella fue una niña inocente que debieron proteger y nadie lo hizo. Los años que han pasado allanaron las diferencias.»

LA DECISIÓN

«Para mí la decisión de escribir fue muy complicada, al igual que la decisión de estudiar Filosofía. Incluso mi papá se sintió un poco confundido cuando dije que quería estudiar esa carrera. Me dijeron: “¿De qué vas a vivir? Tú no te vas a Caracas. Tú vas a estudiar Comunicación Social aquí”.»

«Mi papá pensaba que solo era una afición de niña. No me creía cuando yo le decía que quería ser escritora. Incluso dudaba de que los textos que le daba a leer fuesen realmente míos. Creo que nada te prepara para asumir el mundo cuando tu papá duda de ti. Yo me molestaba, pero fue bueno enfrentarme a

sus dudas, a su incredulidad.»

«Ya yo había empezado a escribir, pero no era consciente de la escritura. No entendía muy bien lo que estaba haciendo. Me gustaba escribir poemas. En primaria, cuando me mandaban la tarea habitual de copiar veinte líneas, yo no lo hacía sino que inventaba lo que escribía. Una de mis maestras fue muy amable porque me motivaba a hacerlo. Siempre me fastidiaban las tareas. Siempre he tenido problemas con la escolaridad. En quinto año tuve que repetir. Y en la universidad, aunque estudié Filosofía, que era lo que más quería, no era la alumna más

sobresaliente. Tuve que ver dos veces un seminario sobre Aristóteles, porque lo reprobé. La segunda vez lo pasé con dieciséis puntos.»

Y entonces vino la crisis, porque sus padres se opusieron a lo que una adolescente de dieciséis años quería estudiar. «Estaba en quinto año de bachillerato. Bajé las calificaciones. Claro, nunca fui buena en Matemáticas. Y llegaron los castigos, que fueron horribles: mi papá me quitó mis discos preferidos. Yo había comenzado a escuchar música académica a los doce años. Solo me los devolvería si superaba las malas notas. Yo lloraba y me consolaba tratando de recordar las melodías: Beethoven, Tchaikovsky, Mahler.»

A estos gustos tan particulares, atribuye el hecho de que no tenía amigos en el colegio. «Se burlaban de mí. Me sentía fea. Ningún niño que me gustara, me prestaba atención. Incluso algunos dudaban de mi sexualidad; me tildaban de lesbiana. Todo eso me producía miedo. En un tiempo tuve una amiga que tocaba en la Orquesta Sinfónica de Anzoátegui. Al menos con ella podía hablar de música, pero tampoco era fácil. Ella era evangélica y yo leía a Nietzsche. Yo decía que era atea. Pese a las dificultades, fui ganando perspectivas, que luego me sirvieron para escribir. También gané mucho dolor, porque uno debe cuestionarse todo el tiempo. Para sobrevivir, tienes que ceder y negociar.»

Entre las tareas del liceo, estaban las lecturas que le interesaban a la futura escritora. Aparecieron Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, entre otros. «Cuando leí a Cortázar fue fantástico, porque en algún momento me dije: “Yo quiero ser filósofa”. Recuerdo que en un manual de Historia Universal había un fragmento de *Elogio de la locura*, de Erasmo, que me encantaba. Empecé a leer sobre filósofos, y justamente en esa materia de Historia Universal tuve que exponer sobre Thomas Hobbes. Obtuve la más alta calificación.»

«Mi profesor de Psicología me adoraba, pero cuando nos tomamos confianza tuvimos diferencias políticas. En general, mi adolescencia fue horrible, aunque ser mujer te ayuda a la supervivencia. Estar vivo implica una serie de complicaciones. Todos somos iguales y a la vez no. Es decir, nos pueden pasar las mismas cosas, la historia puede repetirse, pero cada quien la vive a su manera. Los mismos estímulos pueden causar terror o maravillas.»

La literatura fue su salvavidas. Disfrutaba el tiempo que dedicaba a sumergirse en las letras de otros. «Comencé por leer a los autores venezolanos. Recuerdo especialmente a Francisco Massiani. Por internet buscaba todo lo que quería. Iba a un centro de conexiones y en un *disquette* grababa todo lo que se me ocurriera. Bajaba escritos de los latinoamericanos: Juan Carlos Onetti, Gabriel García Márquez, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa. Con las obras que trataban realidades políticas no me conectaba tanto porque aún no conocía el resto del continente.»



«SIEMPRE REFLEJO RASGOS DE MI VIDA PERSONAL EN MIS LIBROS, PERO LEER LA LITERATURA DE UN AUTOR SOLO EN CLAVE AUTOBIOGRÁFICA ES UN GRAVE ERROR, ES ABSURDO»

Devoraba los libros muy rápido y hasta una travesura cometió contra el patrimonio de la biblioteca escolar. «Me encargaron llevarle algo a la bibliotecaria y no estaba allí. Así que, mientras esperaba, me robé uno de los tres ejemplares de *El Principito*. Me lo llevé, lo leí y lloré mucho. Fue la primera vez que lloré con un libro, como si hubiese sido algo personal. No entendía esa emoción.»



**«MUCHO MÁS QUE LOS
PREMIOS, MUCHO MÁS QUE
UN ESCRITOR DE TRAYECTORIA
TE DIGA QUE ESCRIBES BIEN,
ES CONSIDERABLEMENTE
GRATIFICANTE QUE EL LECTOR
COMÚN TE LEA, SE IDENTIFIQUE
CON TUS LIBROS»**

EL PREMIO DEFINITIVO

«Pasé mucho tiempo sin hablarle a mi papá, porque seguía muy molesto. Quien era más cercano a mí, me dejó sola. Él no quiso verlo venir, pero era evidente que yo enfrentaba serios problemas. Mi mamá se refugiaba en el juego, en el bingo. Y yo no tenía amigos. Para colmo, me gustaba alguien que era mayor que yo. En un momento de extrema soledad, me tomé dos cajas de un antidepresivo. Fue un desastre. “¿Y por qué la niña intentó matarse?” Yo tenía diecisiete años. Mi papá reaccionó y se sintió culpable; mi mamá no sabía qué hacer. Por el miedo, mi papá se desvivía por atenderme. Todos los días me traía un chocolate, unos colores para pintar. Y me decían “pobrecita”. Lo que me hacía sentirme peor.»

«Por esos días, había visto la convocatoria de un concurso para jóvenes escritores de Casa de América. Primero lo descarté, pero luego me decidí. Ya estaba recuperándome de la crisis. Incluso la psiquiatra me aconsejó que mandara un cuento. Y lo hice. Me entusiasmaba la posibilidad de viajar a España a recibirlo. Llegó la fecha del veredicto y no hubo anuncios. Pensé que no había ganado.»

Comenzó a cuestionarse nuevamente, a alimentar la depresión que no la abandonaba del todo. «Estaba muy preocupada por haber reprobado quinto año y me preguntaba cuándo me iba a graduar. Me decía a mí misma: “Nadie te quiere, nadie te va a amar nunca”.»

«La escritura era terapéutica, pero escribía poco en esos momentos. A decir verdad, escribir nunca me ha salvado de nada. Y de hecho, en el fondo, yo no quiero salvarme de nada. Con la literatura puedo hundirme mejor. Y puedo hacer de eso un espectáculo.»

«En diciembre de 2004 me telefoneó Gustavo Martín Garzo, un destacado escritor español. Era el presidente del jurado. Me puse en blanco, me dolió la cabeza, me dieron ganas de reír. Balbuceé algo: “No puede ser”. Me leyó el veredicto: un texto muy bello. Era la ganadora. Luego me dijo: “Felicidades. Te van a escribir para que vengas a los actos de Madrid. Yo quiero que usted sepa que es una escritora, que la considero mi colega”. Era extraordinario que esto me estuviera pasando a mí: una niña de diecisiete años que poco antes quería morir. Ni mi papá, ni mi mamá, ni mi hermana se lo podían creer. En el momento de la llamada, mi papá

estaba dormido. Se despertó, se puso a llorar. Y me dijo: “Te voy a decir la verdad. No creí que fueras a ganar. Perdóname por no haberte creído”.»

Enza se decía: «¿Y ahora quién me va a decir que no puedo?». Su cuento se llamaba «La parte que le tocó a Caleb», y ganaba la séptima edición del Premio. Se publicó en el conjunto *Cuento contigo: Nuevas voces jóvenes*, de Casa de América. Su vida daba un giro para bien.

«Mis padres accedieron a que tramitara mi ingreso a la escuela de Filosofía de la UCV, pero no pude entrar en el primer intento. Presenté la prueba interna para Filosofía. Mientras tanto, ya me había puesto en contacto con gente de Caracas ligada a las letras. El escritor Héctor Torres fue el primero que escribió sobre el premio. Me invitó a publicar en el portal “Ficción Breve”. Victoria de Stefano me contactó y me dijo que el cuento le había gustado mucho. Me explicó que yo podía ingresar a la universidad si reunía algunos reconocimientos. Fue así que me aceptaron en 2006.»

«Fue muy contrastante. Nunca me habían dejado salir sola a la calle y, de pronto, estaba viviendo sin mi familia en Caracas. Me tocó vivir en una residencia con una casera que me hizo la vida imposible. También me afectó enfrentarme a una clase de Historia de la Filosofía. El primer tema era los Presocráticos. Fue muy rudo. Me di cuenta de que yo no sabía escribir, no sabía leer. Comprendí que el bachillerato había sido un desastre.»

«Me costó ejercitarme en el ensayo, porque era un género distinto a la escritura de ficción, que era la que yo dominaba. En las primeras evaluaciones, salía muy mal porque mi método para escribir no era el adecuado. Uno de mis profesores me lo puntualizaba: “Obviamente te gusta escribir con metáforas, pero no estás argumentando”. Poco a poco, me fui superando.»

En paralelo a sus primeros meses en la universidad, comenzó a tener contacto con gente de letras, con escritores notables. «Conocí a Victoria de Stefano y a Eugenio Montejo. Montejo me sugirió que firmara con los dos apellidos, porque tenían mayor sonoridad. Había leído sus poemas y lo amaba. Y me parecía extraordinario que lo tuviera enfrente, que me hablara con sencillez. También tuve un contacto personal con Francisco





**«A MÍ LA LECTURA DE POESÍA
ME HA RESCATADO DE COSAS
HORRIBLES. Y EN TÉRMINOS DE
APRENDIZAJE ME HA LLEVADO A
TOMARME EL OFICIO CON MAYOR
RESPONSABILIDAD»**

Massiani. Iba a los bautizos de libros. En la escuela de Letras me reconocían. Todo esto me hizo crecer rápido, en muchos sentidos. Y eso lo agradezco. Pero los brotes de debilidad, fragilidad o confusión seguían allí.»

«De pronto, estaba siendo observada; era medianamente reconocida. Y tenía la presión de lo próximo que debía hacer. ¿Cuándo iba a sacar un libro? Comencé a retribuir esos relatos que traía desde mi adolescencia, y que esencialmente conformaron el libro *Cállate poco a poco*. Todo primer libro es siempre ingenuo, inacabado. Terminé detestando el mío: está mal escrito.»

«Para algunos yo era como una cosa rara. Unos me trataban como una pequeña mascota, porque era muy joven. Otros se sintieron como Pigmalión. Todos querían formarme, todos querían participar del espectáculo de la niña provinciana. Eso me irritaba mucho, porque no sabía cómo manejarlo. De todo esto aprendí que no podía permitir que nadie me formara. Por más frágil que me sintiera, no podía depender de nadie.»

LAS INFLUENCIAS

Enza lee más poesía que otro género. Afirma que le debe mucho a los poetas venezolanos. Apela a su memoria para enumerar las firmas que la han influenciado, sabiendo que hay nombres que se le escapan: Eugenio Montejo, Ida Gramcko, Samuel Villegas, Lydda Franco Farías, María Auxiliadora Álvarez, Patricia Guzmán y Leonardo González Alcalá.

«Nuestros poetas hacen grande a este país. Me da rabia que la gente no lo asuma, no lo entienda. A mí la lectura de poesía me ha rescatado de cosas horribles. Y en términos de aprendizaje me ha llevado a tomarme el oficio con mayor responsabilidad.»

A Miguel Gomes, catedrático, investigador y ensayista, le agradece su rigurosidad académica a la hora de revisar sus textos, de darle orientaciones y de prologar sus obras. Asegura que él no le va a mentir ni va a ser complaciente a la hora de escudriñarlas.

«Sobre mis referentes internacionales, hay tres nombres fundamentales. Mi escritor favorito es Orhan Pamuk. Es mi alma gemela, pero él no lo sabe. No nos parecemos en nada. Él es grande, y yo muy pequeña. Mi gato se llama como él. En prosa, le debo más a Pamuk por sostenerme más humana que literariamente.»

«El segundo autor es Vladimir Nabokov, pero no por *Lolita*. Más bien por otras obras como *Pálido fuego*, que es celestial. Y el tercer nombre sería Joseph Brodsky, cuyos ensayos me gustan más que sus cuentos. También son claves para mí T. S. Eliot y William Blake.»

«Israel Centeno es otra de mis influencias literarias, pero en reverso. Es decir, escribimos de la misma manera, y jamás lo había leído antes. Ninguno conocía la obra del otro. Hay similitudes como la presencia del lobo, el bosque, es algo ligeramente gótico, los fantasmas.»

ABSURDOS Y SENSATOS

«Mis personajes están dañados, están confundidos. Para mí, mi obra comienza con *El bosque de los abedules*. Allí entro en mis temas, en mis obsesiones: la incomunicación, la infelicidad, la desesperanza, el mundo sobrenatural. Y cuando digo sobrenatural, no me refiero a mundos paralelos, sino más bien a una idea de Jung: la proyección de lo que es más real en ti. Uno crea mundos absurdos, pero que a veces son más reales y sensatos que los que vivimos. Ya en *Plegarias para un zorro* desarrollo un asunto abiertamente fantástico, pero a la vez político. Abordo la situación del país, que es otra de mis obsesiones.»

«A mí me interesa la figura femenina, no tanto como víctima sino como victimaria. Creo que se nota, por ejemplo, en un relato como “El bonsái de Macarena”, donde la voz que narra es la de una asesina. No me gustan las mujeres débiles. Es decir, todos podemos ser débiles, y de hecho yo me siento débil, pero también somos capaces de cosas extraordinarias, tanto para lo maravilloso como para lo terrible. Mis mujeres hacen cosas crueles. En mis cuentos los hombres son las víctimas.»

«Siempre reflejo rasgos de mi vida personal en mis libros, pero leer la literatura de un autor solo en clave autobiográfica es un grave error, es absurdo. Mi oficio es triunfar mientras me hundo. Y triunfar es decir la verdad, es alcanzar la transparencia.»

«Mucho más que los premios, mucho más que un escritor de trayectoria te diga que escribes bien, es considerablemente gratificante que el lector común te lea, se identifique con tus libros. Puede sonar un poco aterrador que una persona te diga: “Yo necesitaba que alguien me ayudara a decir cómo me sentía, y en su libro lo he encontrado”. Sin entrar en profundidades, diría que a veces yo también necesito a Pamuk y voy a su encuentro.»

«De mis libros, siempre preferiré el último. Está por salir *El genio del tiempo*. Allí encontraremos muertes, trastornos psicológicos, incestos, pedofilias. En la ficción el escritor está protegido, aun cuando se aborden temas duros. Pero cuando se trabaja sobre casos reales, como el de una paciente con cáncer que decidió suicidarse porque no conseguía medicinas, uno se siente desprotegido, frágil.»

PARTIR

«¿Qué momentos estamos viviendo hoy? Estamos en algún círculo del infierno. Es como la caída de los dioses de la mitología nórdica. No puedo despegarme de esta realidad. No puedo irme del país. Yo quisiera que el país cambiara. Yo quisiera irme y regresar sin problemas. El país es una perversidad descontrolada.»

«Pienso todo el tiempo en la imagen de un bosque. Quisiera ir a Rusia y ver un bosque de abedules. Pero lo que tengo es este paisaje con sus costas. Nunca me siento en casa, y eso se lo agradezco a esta ciudad. No me gusta el mar. Pero estoy acá, sentada a la orilla de una playa, y pienso en el bosque. Entonces el contraste me recuerda que debo partir.» ●



JOHNNY MENDES

CARACAS, 1968 | Licenciado en Comunicación Social por la UCAB, mención Medios Impresos. Ejerció labores de periodismo institucional en Sivensa y Empresas Polar. Trabajó durante doce años en el diario *El Tiempo*, cubriendo varias fuentes como reportero. Fue editor de la secciones Tiempo Libre, Publicaciones Especiales y Opinión, antes de asumir la Jefatura de Información en 2013.



JUAN OROPEZA

CARACAS, 1959 | Estudió Fotografía en la Boston School Museum of Fine Arts. Exposiciones individuales en el Ateneo de Maracay y en el Centro de Cultura Venezolana de Bogotá. En 1987 obtuvo el Premio de Fotografía «Luis Felipe Toro». Trabajó en las revistas *Exceso*, *Espacio* y *Extracámara*.

Agujeros blancos

[FRAGMENTO]

Las violaciones no siempre son como en las películas, me dijo mi abuela. No siempre ocurren en un callejón oscuro con partitura trágica y pruebas de ADN, a veces basta con que sea domingo en la mañana, cuando la casa todavía duerme y uno de los primos que vino de visita se te acerca con el olor a pasta dental, y te pide que lo acompañes al patio, a ver los morrocayos arrumados en una esquina junto al lavadero. Basta eso, a veces, me dijo mi abuela. Abres los ojos por primera vez y tu primo te asegura que en realidad aquello era lo que esperaste durante toda tu existencia, mientras la sacudida sin querer te hace morderte la lengua. Pero lo que uno espera no es como en las películas. No hay música cuando vas a lavarte y luego hay que poner la mesa para el desayuno.

Cuando cumplí 21 años, mi abuela falleció y me fui a vivir con Lyra. Mi mujer, a efectos evidentes, trabajaba en una posición de gran responsabilidad en un ministerio, gracias a



que Carlos la dejó preñada una vez y quedaron unidos solemnemente por haber tomado parte en un aborto. Incluso nos había ofrecido colocarme en un buen cargo. «*Le podemos inventar una «división de astrología»*», pero a esas alturas el chiste no nos hacía gracia. Yo no había logrado que me aceptaran en física teórica, de modo que mientras tanto, terminaba aquella irrisoria licenciatura en Educación Integral mencionando las tres marías.

—Concéntrate en una beca para la maestría, y nos vamos a California —se entusiasmaba Lyra, pero yo me sentía igual que cuando mamá me pedía que tuviera fe en dios.

Los fines de semana era guía en el Planetario Humboldt. Siempre venía algún niño acompañado por su madre que no dejaba de toser y sacudirse la nariz o contestar una llamada de suma importancia que requería la explicación de algún milagroso ungüento para las hemorroides. El director me tenía puesto el ojo porque a veces me *distraía* (bien se sabe que cualquier cuerpo que sufra un colapso gravitatorio debe formar una singularidad) y de pronto intentaba explicar a los visitantes la coexistencia de la materia oscura o el Principio de Incertidumbre: *A ver, gente. No es tan difícil, no sean tan cerreros: Cuanto con mayor exactitud se trate de medir la posición de la partícula, con menor precisión se podrá medir su velocidad, y viceversa.*

Finalmente fui removido de mi cargo tres años después. «Me dejaron ir», con la recomendación de que tomara alguna terapia para el control de ira, luego de que persiguiera con un bate a un grupo de adolescentes que no dejaban de murmurar durante la exhibición del telescopio recién adquirido gracias a un convenio con el Instituto Tecnológico de Moscú.

[De *Los agujeros blancos*]

Mirada despiadada

GISELA KOZAK



Enza García Arreaza se ha convertido en una referencia entre los autores emergentes venezolanos, con premios y publicaciones nacionales e internacionales, las cuales dan fe de su calidad, disciplina y fe en un oficio que, en su caso, es densidad estética proveniente de la apuesta por la creación de un universo personal. Es una narrativa fraguada desde la ruptura traumática de los límites sexuales, morales y afectivos en personajes penetrados por la duda y la desesperanza. Su atrevimiento no reside en tocar el erotismo y la crueldad, sino en mostrarlos en dinámicas afectivas familiares, sociales y culturales impregnadas por el poder en su rostro feroz. Se elude así el tópico literario «pop» de la degradación absoluta, propio de los amantes de emociones fuertes que viven confortablemente, para adentrarse en el mal como fermento mismo de lo humano.

La belleza de la mirada despiadada de la autora sobre el dolor de los deseos no cumplidos, de la muerte y del destino azaroso que pareciera obra de un dios menor que desprecia a sus criaturas, es un reto para quienes solo esperan acercarse a temas sórdidos. Los libros de Enza García Arreaza no le huyen a las referencias literarias, musicales o plásticas de distintas épocas ni a imaginarios lejos de nuestro tiempo y valores; tampoco a los hechos de la cotidianidad o de la cultura popular. Esta capacidad de conectar múltiples referencias conmueve el realismo vacuo que propicia veloces empatías narrativas porque no impone ninguna dificultad. Por tales razones, Enza García Arreaza está no solo en un lugar sobresaliente entre los autores nacidos en los años ochenta del siglo XX, sino también entre los herederos de las inquietudes propias de la literatura contemporánea vista, en palabras de Susan Sontag, como la búsqueda de una voz propia.

[Cuentista, novelista y ensayista. Profesora de la Escuela de Letras de la UCV]





Pedro Varguillas

«Siento que tengo un deber»

Nacido en Maracay, en 1988, es poeta y ensayista. Licenciado en Letras, mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana. Cuenta con un máster en Literatura Iberoamericana y cursa el doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos. En 2009 fue ganador del XXI Concurso Anual de DAES (ULA), mención Poesía, con *Los poemas del payaso*. Su primer libro se titula *Marea* (2012).

TEXTO BEATRIZ CRUZ | FOTOS JAIME NATERA



«YO TENGO LA ILUSIÓN DE QUE SE PUEDE HACER POLÍTICA CON LA LENGUA. MI RELACIÓN CON LA LENGUA Y CON EL MUNDO SIEMPRE HA SIDO ENTERAMENTE POLÍTICA»

Es una primavera cálida y las ventanas del apartamento están abiertas. Al fondo se escucha el bullicio de los niños, más alegres que de costumbre, que juegan en el patio de la escuela sin sentir frío. Días de quince grados centígrados no son comunes en Chicago, la ciudad donde vive y estudia Pedro Varguillas desde 2013. Lejos parece estar un fenómeno llamado Vórtice Polar, que deja indefensos a nativos e inmigrantes con temperaturas de menos cuarenta grados.

Cuando estaba cursando el quinto semestre de Letras en la Universidad de Los Andes, Pedro intuyó que su doctorado lo realizaría en Estados Unidos. La decisión sobre cuál ciudad elegiría, vendría más tarde. «Venirme a Estados Unidos era un objetivo que tenía establecido desde hace tiempo.» Hoy en día termina su doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos en la Universidad de Northwestern.

Pedro nació en enero de 1988 en la Clínica Calicanto de Maracay. Es el tercer hijo del matrimonio entre Flora Vielma, una doctora de La Azulita, y Pedro Varguillas, un médico de Turmero. «Yo soy hijo de una mujer andina y de un hombre aragüeño. Mi abuelo paterno es oriundo de Chuao y mi abuela era espiritista en Turmero. Por el lado materno, mi abuelo era de La Azulita y mi abuela descendiente de los indios de Chiguará. Los presento de esta manera porque, finalmente, Venezuela es un país mestizo. Y para mí el mestizaje está en mi piel, es parte de lo que soy.»

Sobre el escritorio reposa Arquímedes, un maniquí de madera de los que usan los estudiantes de arte para aprender a dibujar. Hay libretas, apuntes, una computadora, una foto familiar. Por el par de ventanas que están justo frente a su mesa, la luz entra plena, inundando el apartamento.

A mano derecha, dos estantes repletos de libros, unos en inglés y otros en español. A mano izquierda, una pared llena de fotos, postales, momentos y recuerdos. Resalta a la vista una foto que muestra a un grupo de personas junto a la tarima de un mitin político. El piso luce pulcro, quizás porque Pedro ha adoptado la costumbre de descalzarse al entrar al apartamento.

Pedro lleva unos lentes que ocupan gran parte de su cara. Está mirando hacia la ventana mientras toma un sorbo de agua. Cuenta que vivió en Turmero hasta los dieciocho años. Al cumplir la mayoría de edad, decidió mudarse a Mérida. Quería vivir solo y tener hogar propio, pero terminó viviendo en un apartamento que su mamá había comprado unos años antes. Allí vivió y estudió hasta que decidió irse a Chicago, donde continuaría con su formación como escritor.

Si Pedro hubiese seguido los pasos de sus padres, quizás hoy sería médico o político. No lo recuerda con claridad porque estaba muy pequeño, pero sus padres estuvieron muy inmiscuidos en la escena política. Ambos crearon el Colegio Médico de Monagas, y luego ocuparon distintos cargos políticos en Aragua. «De mi papá heredé la curiosidad por Venezuela, por la sociedad, por la política, pero entendida como acción ciudadana. Él siempre me decía: “Estudia, estudia, porque solo estudiando vas a saber de dónde vienes y quién eres”.» En algunas de las fotos expuestas, está su padre en plan de dirigente político.

En algún momento de su infancia, Pedro quiso ser presidente de Venezuela. Le avergüenza decirlo, pero admite que la política lo envuelve, lo apasiona. «Yo tengo la ilusión de que se puede hacer política con la lengua. Mi relación con la lengua y con el mundo siempre ha sido enteramente política. Lo que escribo siempre es polémico porque trato de provocar respuestas. Yo quiero escribir palabras que generen resultados, sea en poesía o ensayo. La política es parte esencial de mi proyecto intelectual, y yo quiero que mis palabras muevan a la gente.»

LOS PEORES POEMAS

Pedro Manuel es el menor de tres hermanos. Pedro Javier, que es militar, es el mayor y le lleva cinco años. Y Pedro Vicente, que es ingeniero, le lleva tres. De sus recuerdos de infancia en Turmero, retiene los días de lluvia en el patio de su casa. «Me veo jugando con mis hermanos. Cada vez que caía un aguacero, se formaba un pozo en el patio. Había unas caminerías de cemento pulido que se ponían resbaladizas bajo la lluvia. Nos lanzábamos por allí y terminábamos en el pozo.»

Con dos padres que distribuían su tiempo entre la medicina y la política, poco tiempo restaba para cuidar a los hijos. La señora Ana fue la encargada de velar por los hermanos Varguillas. Durante once años ininterrumpidos, esta trujillana asumía todas las labores del hogar. Lo hacía a expensas de procurar la comida para los cuatro hijos que había dejado bajo custodia de su suegra, en las Llanadas de Monay. «La señora Ana fue un pilar de mi vida. Ella vivía en casa y yo crecí escuchando sus historias de “La Llorona” y “El Silbón”. Por su cercanía y su manera de hablar, yo era como un andinito viviendo en el centro del país. Hablaba como si fuera un trujillano, y a todo el mundo le decía *usted*. La verdad es que aún no me he podido desapegar del *usted*.»

El sol sigue brillando afuera. Los niños vuelven a sus aulas justo a tiempo, pues el viento arrastra algunas nubes. En un par de horas, según el pronóstico de un noticiero, empezará a llover. Al fondo suena un piano, entre melancólico y romántico. Pedro bebe otro sorbo de agua y continúa viendo por la ventana.

«Yo pasé toda mi infancia montado en la mata de mango que estaba en el patio de mi casa. Desde allí veía los aviones que salían de la base aérea en Palo Negro. Yo quería ser piloto. Fui feliz en mi primera escuela, hasta que cumplí seis años. Me sacaron del Instituto Escuela de Turmero y me llevaron al colegio María Inmaculada. Para poder bautizarme, las



monjas exigían que estudiara allí. Pero mi vida fue un infierno en ese colegio. Nunca encajé en ese grupo, ni tampoco me hicieron encajar. Al finalizar sexto grado, me inscribieron en el Liceo Militar. Cumpliría mi sueño de ser piloto.»

En el Liceo Militar entendió que no tener dinero para comprar en la cantina no tenía por qué ser mal visto, y que en un mismo lugar podían convivir hijos de civiles, militares, policías, técnicos y obreros. Allí aprendió la responsabilidad que conlleva vestir un uniforme. Los días podían empezar a las cuatro de la mañana y con la complicidad de los buenos amigos podía jugar a lo prohibido.



«LA POLÍTICA ES PARTE ESENCIAL
DE MI PROYECTO INTELECTUAL, Y
YO QUIERO QUE MIS PALABRAS
MUEVAN A LA GENTE»

Estaba cursando segundo año de bachillerato cuando empezó a entender que ser piloto quizás no era lo único en el mundo. Un profesor de nombre Simón Zapata lo entusiasmaba con el conocimiento de la historia. «Me leí completo el libro de *Historia Universal* de Áureo Yépez Castillo, y me la pasaba viendo History Channel. Entonces me dije: “Lo mío es Historia”. Cuando me fui a Mérida, iba con esa idea.»

Ese mismo año llegó a sus manos *La caída del Liberalismo Amarillo*, de Ramón J. Velásquez. Desde ese momento no pudo dejar de seguir leyendo e investigando sobre Venezuela. «Yo cumplí catorce años en pleno paro petrolero. Y en casa la situación se vivía con mucha tensión. Mi familia era claramente opositora, aunque yo no entendía del todo lo que pasaba. Luego en Mérida estuve en todas las protestas antiguberneras que se convocaban.»

Pero a los mismos catorce años, también empezó a coquetear con las letras. «Recuerdo un domingo en la tarde en el que estaba viendo televisión y anunciaron una película llamada *// Postino*. Esas imágenes fueron las causantes del doctorado que ahora estoy cursando. Cuando comienza la película y veo que empiezan a hablar de metáforas y de la belleza del idioma, yo me dije: “Quiero ser poeta”.»

Después del Liceo Militar, Pedro entra en el instituto Luisa Cáceres de Arismendi. Allí conoció a María Teresa, se enamoró y comenzó a escribir por primera vez. «Cuando la vi empecé a escribir los peores poemas y cartas de amor de todos los tiempos. Eran cartas a puño y letra. Les echaba perfume, las ponía en sobres, les agregaba flores y se las daba a intermediarios para que se las hicieran llegar.»

Años más tarde, esas cartas se convertirían en un primer libro. «Yo le dije a mi mamá que quería ser poeta y ella reunió todas esas cartas. Fue a una editorial y logró que le publicaran mi libro. Se llamaba *Todas las noches*, pero ese libro no lo va a conseguir nadie. Los desaparecí todos. En algún rincón de la casa de Turmero, deben quedar algunos ejemplares. Pero no hay riesgo de que lleguen a lectores.»

Pedro se ha tomado toda el agua de la botella. Y hace rato cesó el piano que se escuchaba al fondo. Por las ventanas solo se cuela el ruido de algunos carros. De pronto admite que su infancia no fue tan importante como lo que vino después, cuando se inscribió en la Escuela de Letras de la ULA. Siente que en Mérida empezó su vida.

MÉRIDA EN EL CORAZÓN

Apenas pudo, su hermano Pedro Vicente se fue a Caracas, a estudiar Ingeniería. Pero el menor de los hermanos nunca vio la capital con buenos ojos. A los dieciocho años ya tenía claro que estudiaría Letras, no Historia, y también que Caracas no iba a ser su ciudad universitaria. Quería ir al cine, a fiestas; salir hasta la madrugada con los amigos. Pero en Caracas eso no era rentable ni seguro. Ya en Mérida tenía apartamento y familia; no había mucho más que considerar.

«A Mérida la amo, la llevo en el corazón. Cuando llegué a la ULA, sentí que había conseguido mi lugar en el mundo. Me di cuenta de que ser diferente no era malo, de que allí no era raro pensar, ni decir cosas diferentes. A mis dieciocho años entendía que mi lugar en el mundo estaba del lado de las Letras.»

Si bien tenía claro que Letras sería su carrera, no sabía si esa licenciatura lo iba a ayudar a ganarse la vida. Pero el futuro no le quitaba el sueño. «A esa edad no quieres pensar en el futuro, no te estás preguntando de qué vas a vivir. Yo apenas estaba entrando al agua, estaba empezando a nadar.» Cinco semestres más tarde entendería que, para subsistir en ese mundo, lo más prudente era convertirse en profesor.

Estudiar Letras fue una carrera contra el tiempo; quería recuperar todos los años malgastados. Apenas en el primer semestre conoció a Cortázar; nunca antes había escuchado ese nombre. Recuerda que, en los primeros años, leía con voracidad todo lo que llegaba a sus manos. «Un estudiante de Letras lee en promedio dos o tres novelas por semana, y no menos



**«YO NO QUIERO HACER POESÍA
PARA LEER EN CAFÉS. TIENE
QUE SER ALGO QUE LLEGUE, QUE
MUEVA A LA GENTE»**



«MAREA ES COMO UN GRITO. ES
COMO SI GRITARA TODO EL TIEMPO.
MIENTRAS LO ESCRIBÍA, ME DI
CUENTA DE QUE ESA ERA MI VOZ»

de doscientas páginas entre ensayos y artículos. Pues yo tenía que leer el doble. No había tiempo que perder, y yo ya había perdido mucho.»

Empezó a nutrir su propia biblioteca, sobre todo con autores venezolanos, muchos de los cuales viajaron con él a Chicago. Hoy ocupan un lugar especial, en un estante ubicado cerca del comedor. «Son muchos los autores que considero influyentes en mi formación: Luis Alberto Crespo, Ramón Palomares, Miyó Vestrini, Víctor Valera Mora, Juan Calzadilla, Carlos Contra-maestre. A mí me interesa demasiado Venezuela, me importa saber lo que hemos hecho. Yo creo que Crespo es quizás el mejor poeta venezolano vivo. Palomares murió hace poco, pero hasta sus últimos momentos escribió poemas brutales. Para mí la poesía venezolana es la mejor poesía de Latinoamérica. Eso lo digo aquí y en el Congreso de Latinoamericanistas. Si algo tenemos nosotros es magníficos poetas, uno mejor que el otro.»

«*Bello Público* fue el nombre de un periódico que empezamos a editar cuando cursábamos el tercer semestre. Lo hacíamos con estudiantes de la Facultad de Humanidades. En los dieciséis números que duró la publicación, exigíamos educación de calidad a los profesores. Incluso llegamos a publicar un manifiesto que instaba a los alumnos a responder con preguntas los

exámenes. En la cara frontal del pasquín siempre había un retrato de Andrés Bello, editado digitalmente. En una oportunidad emulaba al Cristo de la Misericordia, en otra al Che Guevara, en otra a un cuadro cubista.»

«*Bello Público* generó reacciones encontradas. Había profesores a favor y en contra. Yo creo que ganamos mucho respeto, porque estábamos muy comprometidos con el mejoramiento de la educación. Esta fue mi primera experiencia en una comunidad intelectual. Nos reuníamos los fines de semana; compartíamos música, autores, películas. Era una vida bohemia. Era beber y leer. Fue una etapa muy bonita.»

Los años pasaban y la poesía de Pedro empezaba a tener mayor madurez. Su trabajo distaba de aquellos versos de niño enamorado. «De alguna manera, traté de insertarme en la poesía paisajística. Y quizás esto empezó ingenuamente en aquella mata de mango del patio, porque allí pasé años observando e imaginando. Escribía con mucha influencia de Bello, Lazo Martí, Arvelo Torrealba, Gerbasí, Palomares, Crespo, Montejo. Esa era mi genealogía.»

«En la ULA yo tuve la responsabilidad de organizar las Jornadas Estudiantiles de Creación Literaria, y una vez yo propuse invitar a Luis Alberto Crespo. Él es un poeta muy vital, o mejor dicho: la poesía es su *modus vivendi*. Para mí siempre fue como un tótem. Pero tener ese encuentro con él me ayudó a entender que ser poeta es algo posible, real; algo que no solo se veía en las películas. Él me ayudó a entender que la poesía es como una energía. Aprendí que sentir es algo natural, que si quieres escribir un poema te tienes que abrir, que no te puedes mentir.»

En 2009, como fruto de una decepción amorosa, escribió *Los poemas del payaso*. «Mi novia había puesto punto final a la relación para estar con otro. Así que terminé escribiendo un poemario para él, para *el payaso*. El despecho camina por vías misteriosas.» Pero el libro le trajo lo que sería una primera distinción. La Dirección de Asuntos Estudiantiles lo había seleccionado como el mejor libro de poesía de su Concurso Anual.

Pedro no se detuvo cuando culminó la licenciatura. Iniciaría de inmediato la maestría en Literatura Iberoamericana. De ese paso recuerda con cariño a algunos profesores: «A Cecilia Cuesta, mi mentora y tutora de tesis de pregrado. A Álvaro Contreras, quien me enseñó a leer como se debe. A Lilibeth Zambrano, quien me dio lecciones de humildad y de dedicación al trabajo. A Douglas Bohórquez, quien me introdujo al mundo del ensayo latinoamericano. A Pamela Palm, por entender que la música, al igual que los libros, tiene el mismo poder de develar la esencia de lo que nos hace venezolanos».

Mientras cursaba la maestría, nació *Marea*, su primer libro publicado. «Es un libro frágil, de edición pobre. Está lleno de errores tipográficos. Lo escribí en seis días acompañados de ron Agostura, naranja y azúcar. *Marea* es como un grito. Es como si gritara todo el tiempo.



«ASÍ COMO HAY GENTE QUE ES BUENA
TOCANDO VIOLÍN, PUES LO MÍO
ES LA TEORÍA POLÍTICA. SE ME
DA CON MUCHA FACILIDAD; TIENE
QUE SER UN DON»



Mientras lo escribía, me di cuenta de que esa era mi voz, entre malandra y formal, entre seria y jocosa, pero siempre muy comprometida. Es un poemario de amor, que escribí porque estaba ridículamente enamorado de Gina. Empecé escribiendo un poema, pero después no pude parar. Y así seguí escribiendo. Era algo que me sobrepasaba. Solo paré cuando me di cuenta de que había escrito durante todos los años de mi vida. Y allí sí no pude más. Y entonces lloré, porque me sentí muy triste cuando lo terminé.»

PASIÓN POR VENEZUELA

Llega la hora de servir un café. Lo prefiere negro, y confiesa que es su mejor acompañante en el trabajo. También toma té verde, aunque no tenga mucha variedad en su alacena. Y es que por primera vez en muchos años no está viviendo solo. Gina, su pareja, lo acompaña. Al fondo vuelve a sonar música. Esta vez es la agrupación C4 Trío.

Reconoce que quizás no estaba leyendo a García Márquez o Rómulo Gallegos cuando debía, pero en su lugar hubo muchos libros de política, interminables conversaciones sobre pensamiento social, análisis sobre Venezuela y su historia. Esas pláticas, más el olor de las arepas que cocinaba la señora Ana, son dos de las instancias que más recuerda.

Los años de universidad también fueron buenos para rescatar la relación con su padre, quien se mudó a Maracay cuando su hijo pequeño tenía siete años. El matrimonio que duraría toda la vida no resistió el paso de los años. Y aunque estando en Mérida la distancia física era mayor, Pedro siempre sintió cercanía con su padre.

«En esos años nos hicimos muy amigos. Yo lo fui entendiendo cada vez más. Lo empecé a ver desde el punto de vista de un hombre, y no desde el de un niño. Mi papá estudió Medicina, también en la ULA, pero forzado por las circunstancias. Si en sus manos hubiese estado la posibilidad de decidir, hubiera sido filósofo o escritor.»

«A mi mamá la admiro mucho, aunque tengamos formas de pensar muy distintas. Mi mamá es el reflejo de esa mujer venezolana con mucho tesón, dedicada a sus hijos. Hizo y logró mucho en su vida. Estudió, trabajó y luchó por lo que creía. Levantó una familia y mantuvo su matrimonio hasta donde pudo. Siempre quiso dejarle algo a sus hijos cuando muriera.»

«Si algo heredé de mis padres, es la pasión por la política y el país. Porque si algo me preocupa hoy, eso es Venezuela. Mi vida se llama Venezuela, y esto no es basura comercial o promocional. Yo vivo, pienso y existo para escribir sobre Venezuela. Es lo único que me interesa. Lo demás son maromas para sobrevivir.»

«Así como hay gente que es buena tocando violín, pues lo mío es la teoría política. Se me da con mucha facilidad; tiene que ser un don. Entender qué ha pasado en Venezuela, por qué somos como somos; contar la historia marginal, la que no ha sido escrita. Todo esto me motiva a seguir escribiendo día a día. Siento que tengo un deber. Hay algo en mí que me obliga a hacer esto. Es algo que no sé explicar, pero me mueve.»

En «Piratas Universales», blog de corta duración, Pedro trató de reflejar algunas de esas interrogantes sobre la sociedad venezolana. La forma se convirtió en algo accesorio, pero el fondo del proyecto siempre fue el mismo: entender el país. Así fue que, entre versos y ensayos, un grupo de cinco jóvenes escritores, firmando bajo el mote de «La Multitud del Pueblo Pirata», trató de dilucidar la intrincada realidad venezolana.

«La gente nos leía mucho. Llegamos a tener dieciséis mil visitas en un fin de semana. Y siempre había muchos comentarios, que era lo que queríamos estimular: mover y entusiasmar a la gente. Eso es también lo que yo busco en mi trabajo intelectual. Yo no quiero hacer poesía para leer en cafés. Tiene que ser algo que llegue, que mueva a la gente.»

Señala que los textos de José Ignacio Cabrujas, y en particular «El estado del disimulo», han sido piedras angulares en su afán por entender a Venezuela. «Cabrujas afirma que los venezolanos vivimos y empleamos el disimulo en cada cosa que hacemos. Nuestras prácticas culturales, sociales y políticas siempre pasan por el disimulo y, por lo tanto, siempre nos estamos escondiendo, siempre fingimos. De esa manera, quien no se esconde y no disimula termina quedando expuesto, aislado y probablemente solo.»

Sus días en Chicago transcurren entre la enseñanza del español a jóvenes alumnos de la Universidad de Northwestern, la escritura de un libro de ensayos, la revisión de uno de cuentos y la redacción de su tesis doctoral, dedicada al análisis del género changa tuki de Venezuela. La poesía la reserva para momentos de intimidad y concentración. «Para escribir poesía tienes que aprender a sentir. Para escribir cuentos tienes que aprender a relatar. Pero para tratar con ideas... eso se lleva más tiempo. Yo considero que aún estoy en un período de formación.»

El niño que soñaba con ser piloto, que pasaba horas imaginando historias entre las ramas de una mata de mango, ahora es un hombre que no aspira a ganar premios, que disfruta correr, que se empeña en la investigación y que cae seducido ante la poesía. Y aunque ya no sea un niño, sigue siendo un soñador: «Hay dos cosas que me gustaría hacer en Venezuela. La primera: volver y poder enseñar en la ULA. La segunda: establecer una Escuela de Letras en la Universidad de Oriente, frente al mar. Eso sería maravilloso. Esos son mis sueños». ●



BEATRIZ CRUZ

CARACAS, 1984 | Licenciada en Comunicación Social de la UCAB. Posgrado en Periodismo Digital por la Universidad Monteávila. Trabajó como reportera en los diarios *El Nacional* y *El Universal*. Desde 2012 reside y trabaja en Chicago.



JAIME NATERA

CARACAS, 1984 | Licenciado en Comunicación Social, mención Comunicaciones Publicitarias, por la UCAB. Estudios de Fotografía en el Truman College y en el Chicago Photography Center. Productor y camarógrafo de televisiones comunitarias. Reside y trabaja en Chicago.

Un árbol me
creece un el corazón
3 my more

Un árbol me
canta un corazón
3 - 4 años

[Fragmento de «Cotiza: cuerpos sonoros y las políticas del eco»]

Continuo cuestionamiento

JULIETA OMAÑA

Conocí a Pedro Varguillas en el mismo momento en que conocí su obra poética, mientras recitaba apasionadamente algunos versos de su poemario *Marea*, al borde del mar Caribe, en las playas de Carua. Esa pasión con la que declama su poesía, resulta ser la misma que imprime en los personajes e historias trabajados en su narrativa, en las reflexiones ensayísticas y en su investigación académica. Los poemas de *Marea* conforman una concatenación de versos cuyo simbolismo desemboca en temáticas de amor, caída, sexualidad, naturaleza y vida, recordándonos la cadencia y reiteración presentes en *Altazor*. En su otro libro de poesía, parcialmente inédito y que forma parte de un proyecto político-cultural, *Piratas universales*, firmado por el heterónimo Vicente Bellorín, se desarrolla un continuo cuestionamiento de nuestra identidad, historia, cultura y política, por medio de una persistente ironía y a través de un manejo lúdico de la estructura y el lenguaje.

Luego de adentrarme en su poesía, conocí parte de la obra crítica y académica del joven escritor, en la que reflexiona acerca de temas

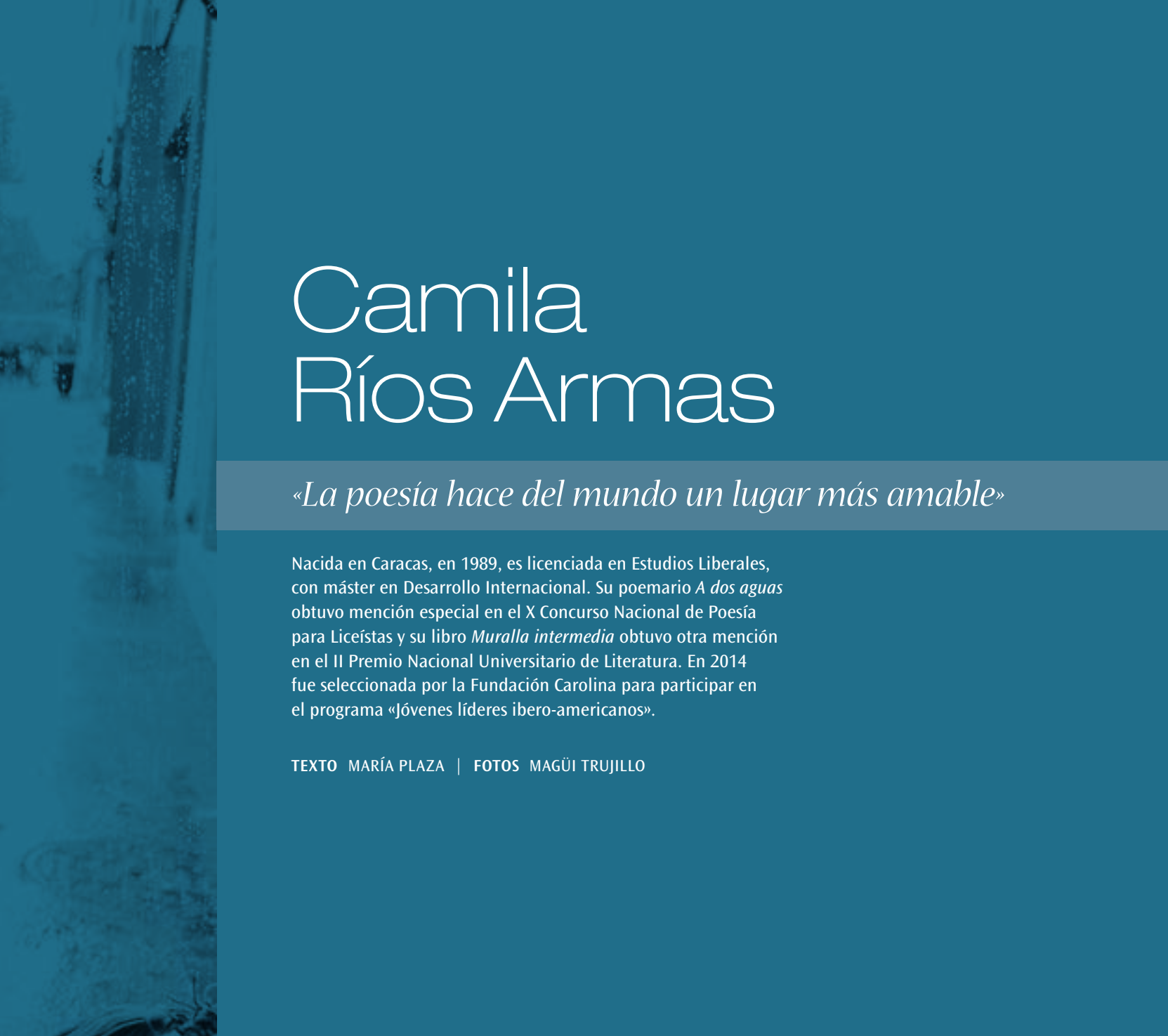


inéditos como el «turismo sonoro» de la changa tuki y otros fenómenos contemporáneos de corte cultural y discursivo. Sus investigaciones son trabajadas desde una perspectiva original, mezclando las bases de los estudios culturales con la sociología y la antropología. La crítica de Pedro siempre está en búsqueda de lo novedoso, lo no canónico, la baja cultura, lo alternativo.

En su obra más reciente, la narrativa, cuentos como «El Catenaro» o «Martes de galletas», desarrollan personajes que combinan la ternura, la rebeldía, el deseo, la inocencia, el desenfado... Hechos que los vuelve entrañables. Su lenguaje directo trabaja al mismo tiempo un tono en el que recupera la cotidianidad a través de la musicalidad de las palabras, de la jerga joven, de la sinceridad, del malandreo. Sus temáticas tocan muchas veces la nostalgia de lo que no fue, lo contemporáneo visto desde una perspectiva universal y eterna. Pero, sin duda alguna, el hilo conductor de su obra, sea poesía, narrativa o ensayo, es Venezuela.

[Crítico y editora. Profesora del Departamento de Literatura de la USB]





Camila Ríos Armas

«La poesía hace del mundo un lugar más amable»

Nacida en Caracas, en 1989, es licenciada en Estudios Liberales, con máster en Desarrollo Internacional. Su poemario *A dos aguas* obtuvo mención especial en el X Concurso Nacional de Poesía para Liceístas y su libro *Muralla intermedia* obtuvo otra mención en el II Premio Nacional Universitario de Literatura. En 2014 fue seleccionada por la Fundación Carolina para participar en el programa «Jóvenes líderes ibero-americanos».

TEXTO MARÍA PLAZA | FOTOS MAGÜI TRUJILLO

Forma parte de una generación literaria de relevo, que representa a punta de exclusivo talento y constancia de trabajo. No es casual, sin embargo, que Camila Ríos Armas haya nacido poeta. Es nieta del gran narrador Alfredo Armas Alfonzo e hija de la reconocida poeta Edda Armas. Ambos la preceden con enormes méritos y ella se reconoce como heredera de un linaje que recibe con una mezcla de orgullo y humildad. Su padre, Carlos Ríos Millán, si bien es ingeniero, comparte la pasión familiar por los libros: es un curioso y ávido lector. Por la rama materna también encontraremos una abuela escultora, un tío fotógrafo, otro artista y otra diseñadora. Un entorno cultural que atrapó a Camila desde niña.



**«ALGUNOS CREEN QUE SER
POETA QUIERE DECIR LEVANTARSE
TEMPRANO TODOS LOS DÍAS Y
ESCRIBIR POR DOS HORAS. PARA MÍ
ES ALGO ÍNTIMO, COTIDIANO, QUE
FORMA PARTE DE MI VIDA»**

Sus recuerdos más remotos se remontan a las tardes compartidas con su abuela Aída en la quinta Lejaraz, hogar de la familia Armas en Colinas de Bello Monte. Allí también vivía su bisabuela Amanda, que murió centenaria. Muchas veces, después de la escuela, Amanda la ayudaba a hacer las tareas. Y si sobraba tiempo libre, aunque las separaban ochenta años, ambas adoraban dibujar juntas. Su abuelo Alfredo, que también era coleccionista de arte, falleció cuando ella tenía apenas un año. Pero basta el universo compacto de libros, obras de arte, tallas coloniales y miles de objetos fascinantes para entender que el abuelo está vivo y que la va llevando de la mano con lecciones invisibles. Su abuela Aída ha sido la encargada de transmitirle la memoria propia y la de su marido, a la vez que le ha revelado durante años las anécdotas y misterios que corresponden a cada objeto de la casa que es un museo.

El hogar de sus abuelos paternos en Cumaná era un gran contraste; significaba vacaciones y playa. Un ambiente característico, de donde era su abuelo Carmelo Ríos, político de las filas de URD, exgobernador del estado Sucre y fundador del semanario regional *El Clarín*, bautizado así en homenaje al pueblo que lo vio nacer. «Era muy simpático; de profesión humorista. Un hombre muy especial y cariñoso, con el que compartí buena parte de mi infancia.» De su abuela paterna le queda la adoración por la gastronomía del oriente venezolano: «Su sancocho de pescado con plátano verde y su maravilloso arroz con leche son platos que nunca he podido repetir».

Desde el principio se estableció una relación madre-hija signada por la complicidad del oficio de escribir. «Me inventaba cuentos para cuando me iba a dormir. Y como me gustaban, le pedía que me los repitiera. Ella siempre los cambiaba, agregando o quitando cosas. Por su trabajo, mi mamá iba mucho a librerías, y con frecuencia yo andaba con ella. En cada uno de esos “paseos” me divertía leyendo, y salía con un libro de regalo.» La biblioteca personal de Camila comienza con esos libros infantiles. Le pedía a su madre recomendaciones sobre autores, y así creció leyendo.

Desde el kínder fue muy conversadora, y en la escuela tenía fama de respondona, dos rasgos que dice haber guardado. Excelente alumna, siempre se sintió muy querida por sus discípulos. «Hasta el cuarto grado cursé en el Colegio Valle Abierto. Su sistema de aula libre iba perfectamente bien con mi personalidad. Luego, a mi hermana Jimena y a mí nos inscribieron en el Colegio Inmaculada Concepción de La Florida, donde terminé primaria y secundaria. Era muy diferente al anterior, aunque igualmente me gustó y me adapté bien. Al principio me daba risa que todos nos levantáramos para darle los “buenos días” al maestro, pero luego me acostumbré no solo a eso, sino también a usar uniforme de falda y medias hasta la rodillas.»

LA ESCRITURA Y LOS AFECTOS

Cuando estudiaba bachillerato ya escribía poemas, y lo hacía tan bien que en 2005, con el poemario inédito *A dos aguas*, gana una mención especial en el X Concurso Nacional de Poesía para Liceístas. Poco tiempo después, reincide con su libro *Muralla intermedia*, obteniendo otra mención en el II Premio Nacional Universitario de Literatura de 2007.

«El premio universitario me abrió las puertas de toda una comunidad. Comencé a frecuentar a la gente de letras de la UCV y de la UCAB, a participar en recitales y en diversas actividades literarias. Era un grupo de escritores heterogéneos, que yo no conocía porque no había estudiado literatura. Cuando salió *Muralla*, Santiago Acosta y Willy McKey, que acababan de fundar la revista *El Salmón*, me invitaron a los recitales que organizaban.»

Además de su formación en los talleres de Monte Ávila Editores, valora el intercambio con otros jóvenes escritores como algo determinante. «Todo eso contribuyó a mi formación como poeta.»

«En mi vida, la escritura y los afectos, los amigos poetas y la poesía, son indisociables.» A la hora de hacer un balance de las personas que han sido claves en su trabajo, Camila enumera algunos nombres. La primera es la poeta, y amiga de su madre, Belkys Arredondo. «Fue ella quien realmente leyó mis primeros poemas. Cuando se los envié, me dijo que yo tenía talento, que debía seguir trabajando mis textos.» Más adelante llegaron otros amigos que se volvieron inseparables en la vida y en la literatura. A ellos les da a leer, antes que a nadie, todo lo que hace. Ellos y su madre han sido sus primeros críticos.

«Una de las personas más importantes en cuanto al oficio poético ha sido Adalber Salas Hernández; además de ser mi mejor amigo en el plano personal, ha seguido la evolución de mi obra. Adalber es un lector empedernido; hizo un doctorado en Literatura Comparada y es escritor. Me gusta que él me lea porque lleva una secuencia de mis libros y poemas que yo



soy absolutamente incapaz de ver. Sus opiniones son muy importantes para mí. En general, todos los escritores tienen sus lectores de confianza, a quienes les envían primero sus textos.»

Como muchos venezolanos de su generación, Camila ha convertido su vida en un viaje. Ha pasado largas temporadas en el extranjero, sobre todo en Nueva York, Madrid y París. Períodos que pueden ser de tres meses o dos años. Desde 2016 se encuentra en París, culminando un máster de Desarrollo Internacional en la prestigiosa École de Sciences Politiques. «Por supuesto que los viajes y las mudanzas tienen que ver con mi escritura. Desde el primer libro eso resalta, y en el último que todavía está inédito es donde más se ve. Es un libro de ciudades. Y que además trae una novedad: me atreví a escribir dos textos en prosa poética.»



**«SÍ PUEDO ADMITIR QUE
CUANDO ESCRIBO TRATO DE NO
SER OBVIA. ME GUSTA EL
MISTERIO, SER UN POCO CRÍPTICA»**

«Además del libro que está por salir, tengo un proyecto en germinación que se desprende del trabajo que actualmente hago con refugiados. Me interesó sobre todo la historia de uno de ellos. Lo que vaya a resultar llevará su nombre como título y estará basado en su travesía por Europa. Voy a contar su historia, o la de varios refugiados. Quizás termine haciendo relatos y no poesía, o contando esas anécdotas en prosa poética. Ya veremos.»

No descarta que su interés por el tema de los refugiados en Europa, inconscientemente, tenga algo que ver con el de la emigración venezolana, aunque considere que no es comparable en cuanto a las circunstancias. «Tal vez el impulso, que no sé de dónde viene, surge del sentimiento de dejar lo que quieres, de no saber si podrás volver, de preguntarte si el país que amas existe realmente como te lo representas o si no es más que una mentira.»

Las relaciones entre los países y sus respectivos escritores, quién necesita a quién, están llenas de extrañeza. En un extremo, similitudes; en el otro, desprecio. Camila no es la excepción. «Dejé en pausa mi nuevo libro; no me he movido ni tocado puertas para que lo publiquen. Tengo dos años sin ir a Venezuela, y no me anima la idea de editar un libro allá si yo no voy a estar. Tengo ese pequeño dilema. La gente que conoce mi trabajo, y que me ha apoyado a todo lo largo del camino, está allá. Pero no me gusta la idea de publicar el libro para dejarlo como abandonado, porque tampoco tendría tiempo para promocionarlo. Si uno publica un libro, no es solo para verlo materializado. Hay que estar allí para encontrarse con quienes serán sus lectores. Ahora estoy en Francia, sumergida en mis estudios, y ya habrá tiempo para las definiciones.»

«En Venezuela estaba mi mundo, estaban mis amigos. Uno inventaba todos los días, tocaba la puerta de una librería, vivía en comunidad. Cuando eres extranjero, en cambio, no tienes ningún contacto: tu nombre no les dice nada. Allá vive la gente que te conoce desde pequeña,

que te tiene cariño, que te quiere ayudar. Eso no existe acá en París: eres uno más del montón. Esas son cosas que impactan. En Nueva York, por ejemplo, fue diferente. Me integré muy rápido a un programa de escritura creativa en español donde había muchos venezolanos. Iba a las clases sin estar inscrita, iba a los recitales. Me hice amiga de todos y conocí a muchos escritores. El contacto con los escritores reconocidos que participaban era directo y natural. En París, al estar concentrada en mis estudios, no me queda mucho tiempo para explorar los círculos literarios, aunque a simple vista no parece haber una comunidad de escritores venezolanos como la que puedes encontrar en Nueva York o en algunas ciudades de España.»

TEMAS INMUTABLES

Acerca del oficio de poeta, Camila ha constatado que hay muchas concepciones distintas. «Algunos creen que ser poeta quiere decir levantarse temprano todos los días y escribir por dos horas. Para mí es algo íntimo, cotidiano, que forma parte de mi vida, y que además me define. Es una manera de ver y de aproximarme a las cosas. Desde que comencé, a los quince años, no he parado de escribir, pero creo que todavía me cuesta un poco considerarme poeta.»

«Yo llevo siempre un cuaderno conmigo donde tomo apuntes. A veces salen poemas enteros así, escritos a mano, pero también puedo hacerlos en la computadora. Incluso muchas veces grabo, porque caminando se me ocurren cosas. No tengo una método estricto. Todo depende del día y de las circunstancias.»

«¿Libros de mi adolescencia? Pues son muchos. Me bastaba tomar cualquier libro de la biblioteca de mi mamá, al azar, y leerlo. En mi adolescencia leí mucha narrativa. Mis preferidos fueron: *El Barón rampante* de Italo Calvino, *Oliver Twist* de Charles Dickens, *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne y *Seda* de Alessandro Baricco. También tuve mi época de Nietzsche: *El ocaso de los dioses*, por ejemplo. Y leí con fervor los *Diarios de Anaïs Nin*.»

Suele suceder que la lectura conduce a la escritura, y muchos autores nacen por la fascinación con otros autores, incluso al punto de emularlos. En cuanto a la valoración de poetas nacionales, Camila se ha sentido atraída por el trabajo de Elizabeth Schön, Alfredo Silva Estrada, Cecilia Ortiz, y Reynaldo Pérez Só. De los internacionales la han marcado Alejandra Pizarnik, Jorge Luis Borges y Sylvia Plath... «Y aunque creo más en la influencia de poemas y libros que en la de autores, debería mencionar también a Wislawa Szymborska, Henri Michaux, Pierre Reverdy, Marguerite Duras, Marguerite Yourcenar y Federico García Lorca... También la fotografía tiene un espacio muy importante en mi poesía.»

Camila está entre quienes piensan que «la poesía tiene grandes temas que se ponen trajes distintos, pero en el fondo los temas son inmutables: uno ante el otro, la nostalgia, el amor, el descubrimiento de los elementos, la subjetividad, el odio, la tristeza, el dolor... Son grandes arquetipos de donde se derivan todos los demás. En mi caso, trabajo bastante la temática del yo y el mundo. También la ausencia presente (eso que no está pero es tan fuerte como un cuerpo físico). También la nostalgia y la espiritualidad».



«SE ACABÓ EL TIEMPO DEL
ESCRITOR SOLITARIO, ENCERRADO
EN UNA HABITACIÓN»

Acerca de la forma en que expone sus objetos poéticos, “creo que mi poesía es muy plástica, en el sentido de que es como un dibujo. En los inicios, esa noción era muy cierta, luego fue evolucionando, y todavía se mantiene aunque haya mutado. En todo caso, la definición de

mi propuesta o de sus alcances quizás sea más bien tarea de los críticos. Jamás me he sentado a escribir un libro convencida de que mi poesía va a cambiar algo. Creo que mi poesía es muy íntima. Al punto de no pensar en el lector cuando estoy escribiendo. En el momento de la corrección sí, pero durante el proceso creativo no. Sí puedo admitir que cuando escribo trato de no ser obvia. Me gusta el misterio, ser un poco críptica. Me gusta incluso jugar a ser la única que sabe dónde nace mi poema, qué lo inspira. A veces puedo terminar escribiendo algo que no tiene absolutamente nada que ver con lo que me inspira. Ese es un juego mío: un juego muy solitario. Aunque en ocasiones alguien adivina. He escrito poemas después de ver una película y se me han acercado a preguntarme si yo estaba viendo tal película cuando escribí tal poema».

MANERAS DE VIVIR

Sobre la utilidad o inutilidad de la poesía, o sobre el rol del poeta en las sociedades contemporáneas, se ha escrito mucho. En tiempos ancestrales, la poesía ya existía antes de no-

ciones como historia, mito, magia o religión. Era expresión elevada del pensamiento y del saber en sociedades sin ciencia. ¿Pero qué es hoy o para qué sirve la poesía? «Ante los graves problemas que afectan al mundo, no creo que unos versos puedan cambiarlo. Pero de lo que sí estoy segura es de que sin poesía la realidad sería muy triste. La poesía es necesaria. La poesía puede revelar voces, seres, sentimientos, situaciones que, por otro medio, la gente no se detendría a ver.»

«Siempre es muy difícil definirla. En cierto modo, la poesía es una manera de vivir, de existir. Unos lentes con los que ves el mundo. Es la condensación de lo humano: la emoción y el raciocinio. Es una forma de comunicación donde vas directo a la pureza del sentimiento y del lenguaje. No soy tan ingenua como para creer que la poesía tiene el poder de cambiar el mundo, pero sí lo hace un lugar más amable, menos hostil.»



**«EN MI VIDA, LA ESCRITURA Y LOS
AFECTOS, LOS AMIGOS POETAS Y LA
POESÍA, SON INDISOCIABLES»**

«Mucha gente me dice que odia la poesía porque no la comprende, porque no sabe de qué le están hablando. Pero cuando les aconsejo que se olviden de comprender, que solo traten de sentir lo que dicen las palabras, como si miraran un cuadro, sin pensar que hay algo detrás, entonces reconocen que no es tan complicado. No hay nada que entender: cada quien *entiende* lo que *entiende*.»

«La poesía es una forma superior de lenguaje. Por eso no me gusta usarla como catarsis, para sacar todo lo que tengo por dentro. Para mí es algo más sublime. Puede ser mi medio para comunicar, pero no una forma de terapia. Yo dejo reposar mis ideas antes de escribir, las dejo tranquilas. Si escribo todo ese torbellino, siento que me estoy sirviendo de la poesía para desahogarme. Y no me gusta, porque de allí puede salir cualquier cosa, y la poesía siempre merece más. No cualquier cosa es poesía. Si alguien lee mis poemas de adolescencia, no va a encontrar ni un solo poema de amor. Más adelante sí abordé el tema con algo de erotismo, porque antes hubiera caído en el cliché. Me asusto mucho cuando siento que las emociones me pueden llevar a un lugar común. A medida que pasa el tiempo, uno se va poniendo más exigente con uno mismo. Siempre existe el temor de lo que te puedan decir cuando das tu libro a leer.»

TEMORES DE OTRO ORDEN

Camila no duda en reconocer que la justicia es el valor que más ama y defiende. En el otro extremo, condena la discriminación en todas sus variantes. «Desde pequeña tengo un fuerte sentido de lo que es justo e injusto.» Sus principios se traducen en acciones que pueden hacerla trabajar, ardua y apasionadamente, en campañas electorales, a favor de un candidato favorito o en campos de refugiados de guerra.

Uno de sus proyectos académicos fue seleccionado entre miles para ser presentado en un simposio celebrado en Polonia. Para desarrollarlo tuvo que pasar una semana en un campamento de emigrantes situado en el extremo norte de Francia. El lugar se llamaba «La Jungla» por la rudeza del medio y por las situaciones que allí se presentaban. Muchos hubieran sentido miedo o aprensión al estar en un sitio semejante, pero los temores de Camila son de otro orden.

«No me gustaría quedarme sola en la adultez o la vejez. Hoy puedo vivir, viajar o ir al cine sola, disfrutando siempre, pero mi último cumpleaños lo pasé sola, porque ninguno de mis amigos estaba en París. Pero pensar que voy a estar sola en un futuro no me agrada para nada. Compartir me hace ser mejor. También tengo miedo de no concretar, porque soy un poco dispersa, así como no llegar a tener una casa que sea mía.»

Camila pertenece a una generación que ha crecido con las tecnologías numéricas. Tiempos en los que internet y las redes sociales han cambiado la realidad existencial de escritores y poetas, así como las maneras de interactuar con el público. La edición y la forma de leer también viven una revolución. Ya no se trata de publicar un libro de papel y luego existir. Hoy la literatura tiene vida propia en internet.





«LA POESÍA PUEDE REVELAR VOCES, SERES, SENTIMIENTOS, SITUACIONES QUE, POR OTRO MEDIO,
LA GENTE NO SE DETENDRÍA A VER»

«Las redes te sirven para conocer y seguir a otros poetas, y también para que te sigan a ti. Así vas haciendo conexiones por el mundo. La gente que lee tus libros te manda mensajes con sus impresiones, y también recibes invitaciones a eventos literarios de cualquier parte del planeta. Haces encuentros que, de otra manera, serían imposibles. Un joven activista y editor egipcio leyó uno de mis poemas en una antología bilingüe de jóvenes poetas venezolanos y me escribió muy emocionado. A partir de allí nos hemos hecho amigos. Más tarde nos pudimos ver aquí en Francia, donde le dieron asilo. De ese encuentro surgió el poema “Conocer a Caracas a través de mis ojos”, que forma parte de mi libro inédito.»

Estar lejos de familia y amigos la llevó a crear el blog *Memorabilia jardín*, donde cuenta su vida y lo que va descubriendo en Europa. Es un espacio que le sirve de taller de escritura para todo lo que hace informalmente: crónicas, poemas sin revisar, fotografías y relatos de viajes. «A veces retomo alguno de esos poemas y lo trabajo, pero la mayoría los dejo ahí, sin tocar. Los lectores te envían sus comentarios y te ayudan a sentirte en contacto con el exterior. Se acabó el tiempo del escritor solitario, encerrado en una habitación.»

Desde temprana edad es poeta y sigue satisfecha con los impulsos que la llevan a escribir. Cuando lo deja de hacer, durante uno o dos meses, no se le plantea un dilema, porque su pulsión de escribir permanece intacta. Jamás ha pensado en parar, porque lo que podría ser equivalente a la inspiración siempre está con ella. Tampoco se imagina dejando sus lecturas: en su vida escribir y leer son acciones hermanadas. «Siempre estoy leyendo, incluso cuando los estudios me ocupan todo el tiempo. Soy una lectora empedernida, y lo que más leo es narrativa, que es una de mis pasiones.»

«En el plano personal, vivo un momento de mucha exigencia. Por primera vez he estado fuera de Venezuela por un largo período. Culmino una de las etapas del plan de estudios que me había trazado, y ahora se asoma una nueva fase que tiene que ver con el trabajo profesional. Al mismo tiempo, tengo un nuevo libro debajo del brazo, y estoy tocando puertas para publicarlo. También tengo nuevos proyectos de escritura, y no solo en el campo de la poesía. Estoy incursionando en terrenos distintos, y un ejemplo podría ser unos textos que escribiré para la exposición de un amigo fotógrafo en Budapest. En suma, siento que estoy viviendo una etapa de reflexión y nuevas experiencias.»

«Esa lejanía de Venezuela, de mi círculo familiar o de mis amigos, de mi memoria, la veo mejor plasmada en unos versos a los cuales siempre regreso. Son del poeta Cruz Salmerón Acosta y pertenecen al texto “Perspectiva”: *Un pedazo de mar y otro de cielo/ y una montaña de un azul profundo,/ forman la vista que, en mi eterno duelo,/ contemplo yo desde un rincón del mundo.*» ●



MARÍA PLAZA

CARACAS, 1958 | Cursó estudios de Sociología y Comunicación Social en la UCV. Trabajó como periodista especializada en la fuente económica en *Dinero*, *El Capital*, *Economía Hoy* y *El Nuevo País*. Actualmente reside y trabaja en París.



MAGÜI TRUJILLO

CARACAS, 1955 | Artista y fotógrafa. Ha tenido exposiciones colectivas e individuales en Francia, Alemania, Estados Unidos, Portugal, Marruecos, Inglaterra, España y Venezuela. Su serie «Silencio Plural» forma parte de la colección de la Biblioteca Nacional de Francia. Ha desarrollado proyectos fotográficos de extensión social en la comunidad de Bagneux. Ha publicado el libro de fotografía *De la profundidad*.

Cazador

El poeta
debe levantarse temprano
cuando aún la escarcha cubre la calle y el sueño del centinela
Preparar su cuaderno
Revisar el nivel de tinta del bolígrafo
Y salir de sí mismo
colocarse en el otro
en la cosa
en la mirada ajena
Fijar el instante
pero a diferencia del fotógrafo
Esperar la letra, reposar
y silencioso,
Disparar
Dar en el blanco
Esperar la caída
Buscar el cadáver
el poema en rojo
Colgarlo por el pescuezo
Dejar que el perro lo huela
que su hocico sepa de la muerte

El poeta debe esperar días soleados
En los vientos fríos el poema no querrá apeonar
ni volar
le dolerán los cañones de las plumas y se esconderá
Salvándose sin saberlo

El poeta debe ser zorro o águila
Cazar la metáfora
Cocinarla y situarla en el blanco borde del plato
sobre la mesa que esa misma mañana sostuvo sus codos
y el peso de una expectativa que acaba en su boca
en sus dientes triturando el ala
y que tiene como residuo el hueso
la sobra sin carne
el lenguaje destilado
el poema que se lee.

Errancia con sentido

MARÍA ANTONIETA FLORES



La voz de Camila Ríos Armas, en paralelo con su camino vital, ofrece descubrimientos íntimos: los primeros pasos como viajera y extranjera en otras tierras, las primeras sensaciones amorosas son escaradas con una sensibilidad que tasa lo mínimo, el detalle. Es esta mirada la que elabora un discurso femenino sin afanes, sin ansias de nombrarse mujer o de establecer el cuerpo femenino como referencia histórica, política o creativa. La suma de las experiencias de viajes y estadías en distintos países, la ubican en una errancia con sentido que apunta a la formación de la sensibilidad. Vive su propio *Bildungsroman*. Su interés por distintas disciplinas del ámbito humanístico no están declaradas en su escritura poética. En el blog *Memorabilia jardín*, que desarrolla desde 2011, va revelando un diario que se caracteriza por el extrañamiento que marcan los días en otras regiones, su preocupación por el país y la situación que lo desgarran y desangra, la añoranza por el amor materno y

paterno mientras se va descubriendo como sujeto actuante de su propio camino erótico-amoroso, el cual es expresado en sus poemas de manera delicada. La queja que moviliza su escritura está en concordancia con aquello que desea recuperar a través de la poesía: una deseada, real, comunicación con el otro y quizás con ella misma. Una comunicación opuesta a la frivolidad. La certeza de la imposibilidad de un acercamiento total al otro, pugna con el deseo idealizado de posesión. El discurso directo sustentado en las repeticiones de sonidos, palabras y estructuras, nos habla de sus vinculaciones con la tradición literaria más allá de las que posee por su tradición familiar. Sus mejores poemas son aquellos en los que no predomina el mandato y la elaboración intelectual. A veces, alcanza el deslumbramiento de lo arquetipal. Su poesía posee un basamento simbólico e imaginal que le da relieve y mayor consistencia a la vinculación que establece con su propia cotidianidad.

[Poeta, ensayista, docente. Premio Concurso Transgenérico de la Fundación Cultura Urbana de 2001.]

PELIGRO
INSEGURA

INESTABLE...





Delia Mariana Arismendi

«Cuando escribo siento que estoy actuando»

Nacida en El Tesoro, estado Barinas, en 1989, está culminando la licenciatura en Letras, en la Universidad de Los Andes. Ganó en 2012, con su relato «Mondadientes», el segundo lugar de la VI Edición del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana. Un año más tarde ganaba el primer lugar del mismo premio con su relato «Barricadas».

TEXTO ANNEL MEJÍAS GUIZA | FOTOS RAFAEL LACAU

Una niña de doce años, en 2001, lee «La lluvia» de Arturo Uslar Pietri. La pequeña se sumerge tanto en el cuento que imagina que su pueblo, El Tesoro, vive esa extrema sequía. Piensa que la casa de bahareque de los personajes, la montaña que recorre el hombre para llegar al conuco, el niño que consigue orinando y que luego se va a vivir con la pareja, la pobreza, la desesperanza, la pérdida, la llegada de las primeras gotas del cielo... se parecen a su caserío.



«YO ME PARABA A LAS CINCO
DE LA MAÑANA, JUNTO CON
MIS HERMANOS, PARA HACER
UNA HORA DE LECTURA Y UNA
HORA DE MATEMÁTICA
ANTES DE IR A LA ESCUELA»

Fue en ese instante cuando la pequeña quiso escribir. A seis horas de distancia de su casa, Delia Mariana Arismendi confiesa en Mérida, donde ahora vive y estudia Letras, un momento que fue crucial. «Primero me sorprende que, siendo niña, un cuento tan duro me haya entretenido tanto. Es algo difícil de explicar, pero era como si yo lo hubiese escrito.» Pasaron diez años para que se comenzara a concretar este deseo. Hasta que ganó el primer y segundo lugar de la VI y VII edición del Premio de Cuento Policlínica Metropolitana con «Barricadas» y «Mondadientes», respectivamente.

«GUARDO EN MI MEMORIA UN MACONDO LLANERO»

«Si uno está en El Tesoro, piedemonte barinés, debe subir a la plaza para hablar por celular. Allí solo hay Internet en un cibercafé, y tampoco cuentan con televisión por cable. A pocos metros pasa el río Acequias, cuyo puente se debe atravesar para tomar la ruta Barinas-San Cristóbal. En pocas palabras, es un pueblo tecnológicamente virgen.»

Delia, como la llaman sus amigos, y Mariana, como la nombra su familia, es la menor de tres hermanos, todos artistas. Mardon, el mayor, es escritor, y Rosa María, la segunda, es artista plástica. Ambos viven en Caracas.

«En El Tesoro, la forma de entretenerse era leyendo. Pero no solo leíamos porque nos gustaba, sino porque al lado teníamos a nuestro padre, Mariano Arismendi, a quien llamaban en Barinas “el artista del monte” por su técnica para crear. Él nos estableció una “agenda”, es decir, un sistema para formarnos que llamaba su “miniproyecto de educación” o su “ministerio de educación paralelo”.»

«Creo que lo que más le preocupa, todavía, es ser buen padre. De allí nacieron las “actividades recreativas” que Mariano—como le decimos sus hijos—anotaba en una especie de contrato familiar que nos hacía firmar. Ahí nos comprometíamos a cumplir nuestras tareas escolares y extraescolares, para luego disfrutar de un premio». El propio Mariano complementa el relato

por vía telefónica: «Yo los enseñé a amar otras cosas. Yo como artista he aprendido que no se debe estar esperando la musa. La disciplina, hasta en los proyectos más extraños, es el elemento imprescindible. Hay gente muy inteligente que no hace nada por falta de disciplina. Y la disciplina se crea. Mi hija Mariana, por ejemplo, es muy disciplinada».

«Mi padre era un hombre que deseaba que sus hijos fueran felices. Nos pedía hacer las tareas luego del almuerzo, para que, después de cumplir con nuestras obligaciones, no interrumpiéramos nuestros juegos: Y ciertamente, lo más odioso para un niño es que en medio del juego lo interrumpían para hacer las tareas. «Es como un crimen», decía mi padre.»

Delia recuerda con claridad que, siendo niña, no vio televisión. «Como mi familia era de “artistas”, no contábamos con mucho dinero. No podíamos comprar uno. Nos pasábamos de casa en casa viendo comiquitas, pero siempre nos corrían. Mi padre vendió una vez un grupo de cuadros y estaba muy contento. Le dijo a mi madre que compraría más material para seguir pintando. Al oírlo mi madre le dijo: “Usted, me hace el favor, a los muchachos les compra un televisor”. Pero igual nos lo escondían. Mi padre consideraba que la televisión venezolana no era educativa: los “contaminaba”. Pasábamos semanas sin ver el receptor.»

Cuando pasaban publicidad de San Nicolás, don Mariano miraba a sus hijos y los aleccionaba: «Ese señor que sale ahí es un embustero, un farsante. Miren todos los juguetes que ofrece, que cuando hay que buscarlos debemos pagarlos muy caros. ¿No creen que hay cosas maravillosas que no pagamos, como un viaje a la montaña?».

Esa «agenda» la cumplió durante su niñez y adolescencia, tanto en la Escuela Básica El Tesoro como en el Liceo «Rafael Pulido Méndez». «Teníamos a un padre que nos educó de una forma que me parece adecuada. Si bien era bastante estricto, también es cierto que era cariñoso. Siempre estaba preocupado por hacer bien su papel. Yo me paraba a las cinco de la mañana, junto con mis hermanos, para hacer una hora de lectura y una hora de matemática antes de ir a la escuela. A partir de los diez años, mi padre comenzó a pedirnos resúmenes de las lecturas. Y desde los trece nos exigía escribir cuentos. Teníamos una disciplina para la creación.»



**«ESCRIBO NO PARA UN LECTOR,
SINO PARA UN ESPECTADOR»**



El premio por tanto trabajo más bien desembocaba, como un embudo, en experiencias de vida: un paseo anual a El Carrizal, pueblo cuasi abandonado, donde nació su padre; unas salidas a caminar por la montaña; varias expediciones para pescar. «Nos íbamos en bicicleta por un camino de piedras a otro pueblo; andábamos casi una hora y llegábamos a una quebrada. Mariano se encargaba de armar las cañas de pescar, que él mismo hacía, mientras mis hermanos y yo removíamos la tierra buscando lombrices. Era emocionante sentir cuando un pez picaba, porque uno lo había logrado. Mi padre siempre nos aplaudía, aunque a veces él mismo ponía los peces en la caña para que creyéramos que nosotros los habíamos pescado.»

Esa cercanía con el arte dio pie a la creación de la Fundación Cultural «Mariano Arismendi», una casa cultural que ya suma treinta años de trabajo y donde Delia vivió una «experiencia silenciosa» en sucesivos cursos de pintura, teatro y literatura.

HORNEAR HISTORIAS

Como la mayoría de escritores venezolanos, Delia se inventó un mecenas que funciona como un *alter ego*: trabaja de día en un restaurante que ofrece comida casera, y de noche escribe su tesis y un libro de cuentos del que no quiere revelar detalles. «Serán unos diez o doce cuentos, que todavía están en revisión. Me siento como esas actrices que no pueden contar el papel que harán.»

«No me gusta presentarme como escritora, ni tampoco me atrae mucho la idea de leer en público. Mis abuelos, tíos y primos saben que he ganado concursos, pero ellos no se atreven a preguntarme ni yo a contarles. Me dicen: “Qué bien”, pero no tienen idea de lo que he hecho. Yo tampoco ayudo porque soy muy nerviosa y tímida.»

Escribe distintos cuentos al mismo tiempo, como si horneara varias historias. «A veces me aburro un poco de uno y lo dejo. Entonces retomo otro que había abandonado. No soy muy ordenada. Voy haciendo varias cosas a la vez. Por eso creo que no avanzo mucho. Son muchas las ideas que llegan a la cabeza, pero no todas dan para completar un cuento.»

Si bien intuye hacia dónde van sus cuentos, no trabaja con esquemas o estructuras. «Comienzo a escribir la historia y completo dos páginas seguidas. Esto es como el inicio, y entonces paro. No sé qué más viene, aunque tenga una noción clara de la historia, pero sí sé que la estoy armando. También apunto ideas para que no se me olviden algunos detalles, o investigo si lo amerita. Mis notas no las tengo en un cuadernito de escritora. Yo hago apuntes sueltos en distintas libretas.»

«Puedo tardarme con un cuento unos tres meses, puliéndolo hasta acabar. Tardo mucho para escribir, lo que me genera una cierta angustia. La gente me pregunta: “¿Y por qué tú no publicas?” A mí me gusta usar la primera persona para contar historias de personajes que considero pequeños antihéroes. Me interesa la gente que parece no dejar huella en el mundo, pero que tienen grandes historias a cuestas. Me gusta adivinarlas o inventarlas. Puedo ver a una persona e imaginar lo que pueda estar pensando o sintiendo. De ahí saco un cuento, aunque en su primera versión sea algo bastante experimental.»

En el cuarto donde vive, situado en una residencia estudiantil, escribió «Mondadientes» y «Barricadas». La habitación está pintada con especies de tallos y figuras en forma de hojas. De las paredes cuelgan afiches, dibujos de niños, una fotografía de un japonés tomada por el escritor Ednodio Quintero, quien ha sido su profesor. En una pequeña mesa reposa su pequeña *laptop*, color guayaba, donde ella crea y escribe. Una pila de libros reemplaza una de las patas de la cama. De ahí y de otros estantes saca para releer los textos que sobrevivieron a sus varias mudanzas desde que se vino de Barinas: *El pozo* de Onetti, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Rulfo, *Lolita* de Nabokov... Libros de Saul Bellow, John Updike, Junot Díaz, Coetzee, Massiani...

Delia escenifica, sí. Actúa y ríe como sus personajes. Lloro y grito. «Me gusta mucho el teatro. Desde pequeña, aprendí mucho con mi padre. Él mismo escribía las obras y nosotros, sus hijos, las interpretábamos. Unas veces hice de anciana moribunda, víctima del sistema político. En otra ocasión mi personaje era una raíz que hablaba, describiendo su función como parte del árbol. Fui doña Dominga Ortiz de Páez—esposa del general Páez— en una obra bastante extensa, de unos treinta minutos. Yo enaltecí el papel de la mujer que acompañó al héroe... Pensándolo bien, el teatro no fue jamás una tarea que hiciese por obligación.»



«A MÍ ME GUSTA USAR LA PRIMERA PERSONA PARA CONTAR HISTORIAS DE PERSONAJES QUE CONSIDERO PEQUEÑOS ANTIHÉROES»

DERRIBAR LA CENSURA

Desde las cuatro paredes de la habitación donde vive escribe *actuando*: «No escribo un cuento con la idea del otro —del que me lee—. Más bien escribo una obra como si fuera para mí, como si se tratara de la escena de una película que solo yo veo. Escribo no para un lector, sino para un espectador. Y ese espectador soy yo. Cuando estoy escribiendo, puedo hablar en voz alta. Por eso trabajo de noche, para que no me escuchen, para que no crean que estoy loca. Y no

es que dramatice, sino que cuando estoy escribiendo, en verdad siento que estoy actuando. Y lo imagino todo. Más que un lector, imagino la escena de un teatro».

En el cuento «Mondadientes» narra la experiencia de un niño que se imagina ser amigo del *comegente*. «Me sentí muy cómoda. Ni siquiera lo pensé mucho. Tiene elementos de la vida en El Tesoro. Lo escribí y trabajé en un taller con la escritora Carolina Lozada... Cuando estábamos pequeños, todos éramos unos hombreritos: nos montábamos en los árboles, nos peleábamos con otros amiguitos. El relato remite a esa infancia, creyendo que yo soy un niño de esos.»

En «Barricadas», por el contrario, ya no había niños. «Ya era mayor, ya tenía mis experiencias.» Delia refirió en ese cuento la historia de un transexual sumergido y, al final, herido en medio de un triángulo amoroso con un policía. Quiso mostrar su propio corazón roto, pero no quería hacerlo desde una primera persona. «Yo estaba pasando por un momento de despecho. Y de pronto vi en la televisión la noticia de unos transexuales que ponían una denuncia

por violencia en algún país sureño. La gente se burlaba de ellos, entre risas, y a partir de allí comencé a imaginar una historia, que de seguidas escribí de forma rápida. Necesitaba sacar lo que estaba sintiendo. A partir del suceso, yo sentía que debía crear algo, que debía burlar la tristeza, exponerla, ridiculizarla.»

Si bien no hizo un trabajo de campo con transexuales, «sí vi muchos videos y me documenté. Uno tiene que armar muy bien sus personajes. Y en el caso del mío, la gente me pregunta mucho por él. Una vez alguien me dijo que no le gustaba el cuento porque mi personaje era



más trágico que circense. Y ciertamente hay humor en la pieza como para sentirlo así. Pero yo le dije: “No, no estoy de acuerdo. Mi cuento es una historia de amor entre un policía y un homosexual, pero también ha podido ser entre una mujer y un policía”».

Delia muestra rastros de timidez al hablar. El amor en la adolescencia era sinónimo de prohibiciones. «Tuve un novio en noveno grado. Fueron tres días de romance: los peores de mi vida. Me iba a buscar al salón, me iba a visitar a la casa. Una tía lo recibió cuando yo no estaba y, sin malicia, se lo comentó a mis padres. Yo me puse blanca: “Dios, ¿cómo pudo pasar todo esto?” Decidí sentarme y escribir una carta de amor, pero de rompimiento, y se la mandé con mis amigas. Hasta allí la historia. Mis hermanos y yo tuvimos novios ya muy tarde. Y en mi caso porque la timidez persiste. En 2013 leí «Barricadas» en una lectura organizada por la librería La Rama Dorada. Me avergoncé de tener que hacerlo frente a unos niños. Cuando llegaba a las escenas de sexo, me quería hundir en el piso. No quisiera repetir la experiencia.»

«Soy libre de ataduras. Escribo sobre lo que quiera y usando el lenguaje que más me plazca. Vivo mi momento de emancipación. Por eso escribí “Barricadas”, porque sentía que lo podía hacer. He podido derribar la censura que muchas veces yo misma me había impuesto por mi propia timidez. La escritura es la forma más elegante y menos ridícula de ser irreverente. La concibo como un pequeño país de libertades, que solo creo posible a través del cultivo de buenas lecturas.»



CARTA DE LA ABUELA

En el estante de libros, hay un retrato de una niña de cinco años con el cabello rizado. Sonríe a cámara con mirada pícaro, sentada sobre su madre: mujer de labios gruesos, cejas oblicuas y piel oscura. Su madre llegó a Caracas procedente de Barranquilla, a finales de los años ochenta, para cuidar niños y trabajar en casas de familia. Ahí conoció a Mariano Arismendi, quien le propuso matrimonio y regresar a Barinas. Duró trece años sin saber nada de su familia colombiana.

«Recuerdo una oportunidad en la que mi madre nos leyó una carta de su abuela. Acostada en la cama, lloraba mientras repasaba las líneas: “Mi niña, por favor, comunícate con nosotros”. En ese tiempo no había teléfonos y en los lugares que sí tenían siempre había colas. Mi madre vivió la xenofobia de nuestro país, en épocas en que los colombianos no eran tan bien vistos. Una vez hasta le negaron una casa por ser neogranadina. Actualmente, es más venezolana que cualquiera, al punto de haber perdido su acento barranquillero.»

«Mi abuela Rosalina cuenta que mandaba a decir con gente que iba y venía a Venezuela: “Si ve a la niña, díglele que me llame”. Algunas personas le decían: “La niña como que se murió”. Hasta el día en que mi madre decidió ir a Barranquilla con su esposo y tres hijos, sin avisar.

**«LA ESCRITURA ES LA FORMA
MÁS ELEGANTE Y MENOS RIDÍCULA
DE SER IRREVERENTE»**



**«EN EL FUTURO, ME VEO
ESCRIBIENDO CUENTOS
SIEMPRE, Y NO NOVELAS»**

Cuando ya estábamos cerca, mi padre recapacitó y pidió llamar para no causarle un infarto a la suegra que no conocía. “Aló, Rosalina, prepare el cuarto para cinco”, le dijo alguien en el auricular. “¿Qué? ¡No puede ser!”, respondió sorprendida mi abuela al reconocer la voz de su hija. “Que vamos para allá, Rosalina”, aclaró resuelta mi madre.»

«Nos fueron a recibir. Fue todo muy emotivo. Si hasta el taxista que nos llevaba se puso a llorar. Mi madre no se acordaba bien de la dirección, y le daba instrucciones erradas al chofer. Recuerdo haberla visto llorar cuando cruzamos el Magdalena: “Llegué a mi país, llegué a mi casa”.»

DE VUELTA AL HOGAR

«Mi padre diseñó las puertas y las ventanas de la casa. Las mandó a hacer con un herrero. Del resto se encargó él, poniendo esculturas por todos lados. Las paredes están frisadas con

pigmentos de piedras molidas por él. Es una casa que me sigue gustando, quizás porque es diferente a todas.»

«Yo solía dormir en un cuarto con mi hermana. Y aun hoy lo hago cuando estamos juntas. Mi hermana y yo éramos un poco miedosas, y ahora más porque mi hermano no está. A diferencia de mi apartamento en Mérida, donde duermo sola, aquí me pueden acompañar mis personajes.»

Dos casas más allá vive su abuela paterna, María. «Ese hogar fue el patio de juego de todos los primos y amigos cercanos. La casa era bastante vieja; tenía fama de ser una de las primeras del pueblo, hecha con bahareque. Tenía una vega que hacía las veces de patio, muy cerca de una quebrada que era un verdadero tesoro para nosotros.» Es probable que en ese ambiente haya leído «La lluvia», su lectura iniciática.

Cuando nombra a su abuela paterna, la nieta no duda en describirla: «La gente suele decir que es un ángel en la tierra. Y sin entrar en el lugar común, siento que mi abuela es alguien que está haciendo el bien. Ella nació en El Carrizal y tuvo catorce hijos. Tiene además el don de la narración oral».

«Mi abuela tiene visos de poetisa, porque transforma los cuentos de hadas en cuentos de camino. Es muy gracioso escucharla, porque siempre introduce variantes en las mismas historias. Un ejemplo es la princesa que llega al pueblo. Contaba los cuentos de espanto tal como se los contaron a ella: Severino “el malo”, que mató a su mujer; las dos hermanas que se ahogaron en el río... Uno la escucha y se sabe los cuentos de memoria, de comienzo a fin. Valdría la pena transcribirlos, porque hasta la forma del habla es enriquecedora.»

En una oportunidad, cuando la operaron, doña María reposó en casa de su hijo Mariano. Hubo un corte de electricidad y comenzó a relatar las historias de las muertes de sus tres hijos a sus nietos. Delia lo recuerda como una herida viva que la impactó desde siempre. «El recuento iba desde uno al que llamaban Angelito, a quien le cantaban y rezaban, mientras se debatía con una tos ferina. El segundo moría en Mucuchíes, a quien subían enfermo por el páramo en busca de un dispensario. El tercer deceso ocurrió en Caracas, en medio de una huelga de médicos, cuando abuela María llegaba desesperada con un crío en los brazos y nadie se lo recibía. Y sin embargo, a pesar de tener una vida trágica, no es una mujer quejosa. Eso nos lo contó porque se fue la luz y ya.»

«En el futuro, me veo escribiendo cuentos siempre, y no novelas. Me apasiona más terminar la historia, rápidamente: saber qué pasa, saber cómo concluye. Creo que no tengo mucha paciencia para la novela. Es impresionante cuando alguien logra que en algo tan corto pasen tantas cosas y quede todo tan bien hecho, tan bien dicho. La idea es estar cada vez más cerca de eso. La idea es sentirme cada vez mejor. Cada día que pasa debería ser un logro mayor.» ●



ANNEL MEJÍAS GUIZA

BARINAS, 1979 | Licenciada en Comunicación Social y magíster en Etnología. Profesora en la Universidad de Los Andes. Trabajó en los diarios *Panorama* y *Correo del Orinoco*. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en 2003. En 2011 ganó el Premio de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores con *Mapas de sangre*. En 2014 ganó el Premio de Literatura Stefania Mosca con *Casa quemada*.



Zahori Lacau

RAFAEL LACAU

CARACAS, 1966 | Fotógrafo, documentalista y profesor de Fotografía de la ULA. Exposiciones individuales y colectivas en Ecuador, Argentina, España, Uruguay, México y Estados Unidos. Como obra documental tiene *El guarataro* (2009), *Chua* (2010), *Tuncartas-Ecuador* (2007), *Textura para un retrato* (2009), *La Promesa* (2012) y *Margaritas para los pobres* (2014).

El último hombre

Apenas podía caminar. Después de veinte minutos subiendo escalones me detuve a descansar a la sombra de un abasto donde unos hombres en ropa de trabajo tomaban unas cervezas. Me pareció que el muchacho los conocía porque se acercó a saludarlos mientras yo me sentaba a unos metros de ellos, en un bordillo de cemento, y un niño me gritaba «quieta», al tiempo que me apuntaba con una pistola de madera. El muchacho regresó adonde yo estaba y se quedó de pie junto a mí, fijándose en mi barriga.

—¿De cuánto estás? —preguntó.

Ahora los hombres clavaban los ojos en mí.

—De siete meses.

El niño con la pistola seguía apuntando, a veces a mí, a veces al muchacho.

—¿Tu marido de verdad está de viaje?

—De verdad.

—¿Y cuándo regresa?

—Quién sabe.

—¿No sabes cuándo regresa tu marido?

—No.

—¿Cómo no vas a saber cuándo regresa tu marido?

No esperó a que contestara. Fue al mostrador, pidió una cerveza, un refresco y una bolsa de pan. A pesar del sol que hacía, también tronaba. El niño que me apuntaba con la pistola se sentó al final del bordillo mientras nosotros comíamos. Cuando comenzó a llover el niño guardó la pistola en el bolsillo y corrió calle arriba, perdiéndose al final del cerro, donde ahora solo se veía una gran cortina de agua que arrastraba barro y pequeñas hojas a lo largo del camino.

Entonces, mientras comíamos y esperábamos que escampase, recordé al tío Félix, quien había muerto envenenado dos años antes de que se llevasen a mi hermano. Lo vi tirado en el patio de la casa de la abuela, revolcándose, pidiendo agua, mientras nosotros, asustados, corríamos de un lado a otro, abriéndole la boca y dándole a tragar aceite comestible y leche líquida para que se viniese en vómito y se salvara. Allí estábamos todos, bajo el sol inclemente de aquel pueblo, allí nos había dispuesto el destino o lo que fuese, alrededor de un cuerpo que convulsionaba y se venía en vómito pero no mejoraba. Estábamos ante el rostro de un hombre que no dejaba de decir que lo perdonaran. Le dimos agua cuando supimos que iba a morir. Las mujeres apenas podían contener las lágrimas y los hombres se quedaron estáticos. Nadie habló y parecía que el resto del mundo también había enmudecido con nosotros. Hasta los pájaros, los perros, los gatos, las gallinas, los mismos árboles dejaron de moverse.

—No creo que sea buena idea.

Había olvidado que el chico estaba junto a mí.

—Ya te lo dije. Quiero que me lleves a ver a ese hombre. Quiero que me ayuden a sacar a mi hermano de allá.

El muchacho asintió y dio un paso, al tiempo que aplastaba a un grupo de hormigas que desde hace rato luchaban por salir de un charco diminuto. Eché una última mirada adonde estaban las hormigas, me puse en pie y me dirigí al camino, convertido ahora en una extensa pista de barro.

Seres abyectos

CAROLINA LOZADA



Antes de hablar de Delia Mariana, debo referirme a El Tesoro, su lugar de la Mancha, la versión piedemonte del «Yo nací en un lugar agreste de la alta montaña», de Ednodio Quintero, la comarca que Google Maps es incapaz de localizar porque su topografía es un mito. Delia nació allí; ella asegura que la población pertenece al estado Barinas: yo le creo para no llevarle la contraria, pero sé que a Delia se le da fácil la fabulación. Cada anécdota suya sobre ese pueblo parece un cuento, una invención que me hace sospechar de ese espacio como una especie de Macondo cercano que Arismendi fue poblando y recreando con una imaginación febril y una sólida oralidad a cuestas: en El Tesoro, las almas en pena encarnan en bulliciosos sapos para no dejar dormir a la gente. Es un hecho: El Tesoro es un territorio de pura ficción.

Arismendi solo ha publicado dos cuentos: «Mondadientes» y «Barricadas». En ellos, la autora se apropia de una caudalosa fuerza oral para narrar historias ancladas en profundidades periféricas.

En «Mondadientes», el curioso observador de un antropófago preso va contando su pena amorosa por la mujer que lo ignora, al mismo tiempo que imagina la vida pasada del comegente. Ambas circunstancias, la del amante ignorado y la del prisionero caníbal, van acercándose en un esquizoide discurso en el que de pronto los personajes se involucran en un disparatado juego amoroso.

Con «Barricadas», Arismendi asume la voz travesti de un puto callejero, personaje que con un lenguaje incontinente y crudo cuenta las calamidades de sus fantasías sentimentales, y hace de la narración el epicentro tragicómico de las desventuras de su vida. Concuerdan ambos relatos en un punto en común: sus personajes son seres abyectos no completamente despojados de ternura, porque en la narrativa de Delia Arismendi el fracaso y la tristeza son apenas el revés de la carcajada.

Con Delia Mariana Arismendi aún falta mucho Tesoro que contar.

[Narradora, guionista, editora. Premio Municipal de Narrativa «Oswaldo Trejo» de Mérida en 2006]





Luis Perozo Cervantes

«Escribir es una manera útil de estar vivo»

Nacido en Maracaibo, en 1989, firma siempre con sus dos apellidos. Desde su ciudad natal, sucesivamente, inventa formas para animar la escena literaria. Su poesía, que navega entre el discurso amoroso y el discurso político, ha sido recogida en nueve libros, sin contar los que mantiene inéditos. Locuaz y beligerante, se declara pansexual y separatista.

TEXTO MARGARITA ARRIBAS | FOTOS FERNANDO BRACHO

Nunca se ha sentado a esperar el futuro. Prefiere estar en un hacer continuo. Un repaso por su corta biografía lo muestra conformando un consejo comunal, organizando un festival de poesía, activando movimiento por la diversidad sexual, inmerso en debates de la Sociedad Bolivariana, completando cuadernos de poemas o editando libros artesanales. «Siempre fui voluntario para todo.»

Sus días transcurren entre la Vereda del Lago, donde trabaja desde adolescente en el negocio familiar; la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia, donde estudia Letras; y sus labores como encargado de las actividades literarias de la Alcaldía de Maracaibo, un trabajo que le permite un horario flexible en el Museo de Artes Gráficas Luis Chacón, en pleno centro de la ciudad.

Parece mayor de lo que es. Tiene una presencia rotunda, pero poco intimidante gracias a su parsimonia. Para la conversación es un maratonista: sus respuestas llevan velocidad de crucero y se dirigen a un norte fijo. No se distrae ni se deja interrumpir. La vehemencia va más en las palabras y los ademanes que en las inflexiones de su voz.

UN NIÑO ENTRE ADULTOS

Desde niño ha tenido labia. Su abuela paterna cuidaba de él mientras su madre cosía en el taller improvisado en una habitación. «Yo hablaba como una cotorra con mi abuela y sus amigas. No había otro entretenimiento. Como ellas me escuchaban, yo conversaba a mis anchas. Todas esas señoras querían al negrito chiquito.»

Hasta los nueve años de edad, vivió con sus padres y familia paterna en El Guayabal, una urbanización de clase media. La casa era enorme, con un galerón donde cabían seis carros y unas matas de mango en las que se trepaba. Sus padres, Luis Antonio Perozo y Sol María Cervantes, se casaron muy jóvenes, y tras confirmarse el inesperado embarazo de Sol, se residenciaron en la casa de los Perozo. El primogénito nació un día antes de la caída del muro de Berlín, como apunta el poeta. «Vine al mundo de este lado de la utopía.»

Las comodidades en la casa de los abuelos también se derrumbarían como el muro, pues al cumplir el niño un año, su abuelo, profesor universitario y proveedor del hogar, se marchó. Luis y Sol debieron abandonar sus estudios de ingeniería agronómica para mantener a la familia: Sol cosía muñecas de trapo, peluches gigantes y otras manualidades y artesanías, que su esposo salía a vender. «En las primeras imágenes que guardo, yo estoy en la cuna y mamá está cosiendo con la radio prendida. Recuerdo aquella voz de los locutores de AM...»

En El Guayabal había pocos niños, y sus hermanos tardaron en nacer cinco y trece años, respectivamente. El contacto con gente de su edad comenzó a ser regular a partir de la escolaridad. Primeramente, lo inscribieron en el kínder Cruz Carrillo, y luego pasó a una escuela pública llamada Zulia.

De su estancia en esa primera escuela, recuerda el día en que la maestra los obligó a refugiarse bajo los pupitres. Se debió a un tiroteo en la cercana cárcel de Sabaneta, donde estaba



**«EN LAS PRIMERAS IMÁGENES
QUE GUARDO, YO ESTOY EN
LA CUNA Y MAMÁ ESTÁ COSIENDO
CON LA RADIO PRENDIDA»**

ocurriendo una masacre. Para entonces cursaba segundo grado. También cuenta que en unos carnavales ganó el concurso escolar de disfraces con un traje de Simón Bolívar. Lo había confeccionado su madre, pero pocos distinguían de qué personaje se trataba. «Fue traumático. Yo peleaba y decía: “Soy Simón Bolívar”. Pero me contestaban: “No, tú eres Negro Primero”.»

En su casa no había libros. Acaso alguna enciclopedia, pero sin títulos de literatura. «Como a mi papá le costó mucho aprender a leer, y mi abuelo no tenía paciencia con él para que aprendiera, en las tardes, cuando tenía tiempo, se sentaba conmigo y me enseñaba a leer, tal como luego lo haría con mis hermanos. Mi mamá era menos paciente: nos puyaba la cabeza con un alfiler cuando no entendíamos. Pero mi papá no. Mi papá nos enseñaba a leer de la manera en que él hubiera querido aprender.»

Un hermano de su abuela, el tío Juan, que vivía con ellos, lo introdujo al ajedrez cuando tenía ocho años. «Pasaba mucho tiempo con el tío Juan. Y como a mí me gustaba mucho el Monopolio y él lo odiaba, un día me dijo: “Te voy a enseñar un juego de hombres”. Y aprendí.»

LAS MANERAS INFANTILES

Al cumplir nueve años, cambiaban el escenario, la compañía y las costumbres. Su padre trabajaba entonces como chofer de tráfico en la línea de Sabaneta, donde estuvo por quince años. Fue ahorrando y compró un terreno en una zona despoblada para entonces: el sector Los Altos. Y allí construyó. «La casa no tenía pisos ni ventanas. Techo nada más. Estábamos como fuera de la ciudad. No había transporte público.»

Sus padres se mudaron primero, y él se quedó con la abuela. El arreglo duró seis meses, porque al cabo terminó yéndose a Los Altos. «Fue un cambio de escenario radical. De tener un patio lleno de cemento, pasé a tener un arenal. Todas las mañanas veía cruzar las vacas hacia un hato cercano. Y las vacas se metían en la casa. No había cloacas, sino pozo séptico. El verde solo aparecía en unas matas de plátano que había sembrado mi mamá. ¡Qué poca vocación de sufrir tenía yo en ese momento!»





Pero aquel erial fue también liberador. Había niños en la zona. Aprendió a hacer petacas y llegó a perder varios sacos de metras en buena lid. En tercer grado lo inscribieron en El Rosario, una escuela cuyo patio estaba presidido por Pitágoras y su teorema, ambos desdeñados por la muchachada. Era el nuevo en el colegio, leía con soltura y hablaba de todo y todo el tiempo. Se convirtió en un estudiante popular.

Pero esa popularidad tenía un revés poderoso: los lentes que su madre le sujetaba con una tira y su amaneramiento, que lo hacían candidato ideal para el acoso escolar. «Hasta los doce años fui un niño afeminado —algo que no se nota hoy. Lo supe en el colegio porque me comenzaron a decir mariquito. Yo era un niño muy consentido, y ya eso era difícil en ese barrio y a esa edad.»

«Tuve que estrenarme en las peleas a puñetazos en cuarto grado. Y en sexto fue peor, aunque no guardo rencor. Casi mato a un compañero con el que había compartido salón durante cuatro años. Se metían conmigo una y otra vez, y ese día exploté. Le agarré la cabeza y le di contra la pared. Todo el colegio fue a ver la pelea. Pero en el fondo fue importante, porque logré defenderme.»

Un día supo de otro país. Uno donde muchachos de doce años estaban en tercer grado con los de nueve, donde un gobernador ordenaba tumbar una escuela que luego no remodelaba por falta de presupuesto. El estudiantado quedaba a la intemperie. «El colegio no tenía salones. Cuarto, quinto y sexto grados los cursé debajo de matas de mango. Fue una aventura fabulosa.»

Su conocida labia propició que, cuando los periodistas de un noticiero regional se acercaron a la escuela para reportar el estado del edificio, los maestros lo designaran como vocero. Alzó un pupitre y gritó a cámara: «¡No tenemos salones! ¡No tenemos pupitres! ¡Este colegio no tiene techo!». Sus reclamos estuvieron saliendo al aire durante un mes como cortina de ese noticiero.

LOS BAUTIZOS DE FUEGO

Desde pequeño, Luis formaba parte de la Sociedad Bolivariana, afiliación que mantuvo en el liceo y que le permitió salir por primera vez de Maracaibo. Ocurrió cuando cursaba cuarto año de bachillerato, y viajó a Monagas para representar al Zulia en un evento nacional. Llevaba una ponencia sobre Bolívar y la educación, en la que alertaba sobre el hecho de que el Gobierno hubiera abandonado los liceos por las misiones educativas. Se sintió importante.

Más allá de los libros de texto, sus lecturas de infancia se habían limitado a uno que otro libro sobre pensamiento bolivariano. Pero cuando tenía trece años, un día encontró un ejemplar de *Cien años de soledad*. El libro pertenecía a su madre. Lo leyó con avaricia, y cuando llegó a aquello de que «las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una

segunda oportunidad sobre la tierra», recomenzó la novela. No pudo terminarla porque su hermano, que entonces tenía ocho años, estaba celoso y se la había escondido. Reconoce que la novela de García Márquez fue iniciática en muchos sentidos. «Culpo a *Cien años de soledad* de cierta parte de mis preferencias sexuales. La manera en que veo el mundo y en que entiendo la sexualidad está estrechamente relacionada con el momento en que José Arcadio penetra a aquella gitana flaquita y la desarma. Era una mujer sin senos, andrógina, pienso yo, que tuvo una relación sexual con él casi masoquista, disfrutando de ese sufrimiento.»

El próximo libro fue un texto de autoayuda, y notó la diferencia. Por eso buscó otras lecturas. Empezó a frecuentar la biblioteca del liceo, un salón con mesas cojas y un aire acondicionado ruidoso. «Los libros de literatura estaban bajo llave. Le pregunté a Eduardo, uno de los bibliotecarios, si podía tocarlos. Se acercó y abrió el estante. Descubrí que los números de la revista *Bohemia* venían empastados. Y empecé a buscar otros libros. Leí *Canaïma*, *Doña Bárbara*... A Uslar lo leí en noveno grado, porque nos pusieron *Las lanzas coloradas* como trabajo de fin de año. La profesora Mirna, con aquello de los límites de la comunicación o de la relación entre emisor y receptor, me hizo odiar ese libro hasta el séptimo capítulo. A partir del momento en que le prenden fuego a la casa, violan a la hermana de Fernando y la pobre mujer empieza a caminar como una loca, me devoré los capítulos restantes.»

Con la testosterona, vinieron también otros cambios. «Había pasado de ser un niño amaneado a ser un adolescente criado con fuego en la casa para que dejara los ademanes.» Como parte de la receta, ingresó a una brigada juvenil, de corte ecológico, que a los doce años lo terminó llevando a su primer empleo, como encargado de los baños de la Vereda del Lago, donde sus padres ya tenían dos kioscos de venta de comida.

Tiempo después, siendo ya universitario, se enamoraría de una muchacha con la que mantuvo una intensa relación. «Todos nacemos bisexuales de paquete, o al menos eso es lo que me parecía. De niño, siempre pensé que los griegos eran maravillosos, porque no tenían ningún tipo de prurito.» Hoy se asume pansexual y participa en la asociación civil «Ciudadanía Diversa».



«ERA UN ADOLESCENTE ENAMORADO DE UNA REVOLUCIÓN QUE ESTABA SUCEDIENDO. CREÍA VIVIR UN MOMENTO ESTELAR DE LA HISTORIA DE VENEZUELA»

AGUA DE CORAL

En paralelo a su educación secundaria, una incipiente conciencia política lo llevó, entre otras cosas, a participar en la fundación de los primeros consejos comunales del sector donde residía. «De los doce a los diecisiete años, fui un aguerrido niño chavista. Era un adolescente enamorado de una revolución que estaba sucediendo. Creía vivir un momento estelar de la historia de Venezuela. Por eso, cuando se fundaron los primeros consejos comunales, fui el primer voluntario, el que hacía los censos, el que recorría todos los barrios.» Fueron años febriles, en los que logró fundar en su comunidad una casa de la cultura y un club de ajedrez, donde enseñaba a jugar a los niños.



«YO SOY SEPARATISTA.
YO CREO QUE LOS ZULIANOS
TENEMOS UN GRAN PROBLEMA
QUE SE LLAMA VENEZUELA»

En el bachillerato, llegó a representar al liceo en algunos torneos de ajedrez, pero no participó en ningún evento literario porque no existían: «En mi liceo, para que ocurriera algo tenía que inventarlo yo». Y lo terminó inventando. Supo que la poeta Xiomara Rivas daba unos talleres literarios para el Circuito Liceísta de las Letras y le propuso celebrar el Día del Libro en el liceo. También organizó un taller de teatro, que era el de su preferencia, pero como estaba lleno terminó en el de poesía. Y quedó maravillado.

Hoy entiende aquellos talleres como parte de un proyecto más político que literario. Sin embargo, a Rivas le agradece la explicación de la metáfora con unas líneas de los *Versos sencillos* de José Martí. «Dijo que la realidad poética existía cuando era posible un surtidor de agua de coral, que no es solamente un surtidor de agua roja. Eso fue como una revelación. Quedé enganchado a la poesía desde ese día.»

De los talleres salió una invitación a la Casa Nacional de las Letras, en Caracas. Era menor de edad e iba por primera vez a la capital. «Frente a un gentío, leí unos poemas horribles. Me aplaudieron y conocí a otros poetas de mi edad, muchos de los cuales son buenos poetas hoy... Y ahí decidí que iba a estudiar Letras.»

TRES MARCADAS INFLUENCIAS

Aparte de su padre, fallecido en 2014, Luis reconoce tres influencias mayores: Luis Guillermo Hernández y Jesús Ángel Parra, en la promoción cultural, y Carlos Ildemar Pérez en la producción poética. A Hernández, fallecido en 2009, lo había conocido en las reuniones de la Sociedad Bolivariana. Ya en 2007 comenzó una complicada relación con el historiador: «Luis Guillermo me introdujo al mundo cultural de la ciudad. Empecé a trabajar con él: le servía de transcriptor, organizamos eventos, fui su asistente de investigación. Yo salía de la Escuela de Letras y me iba para su casa. Era un estudiante privilegiado, porque tenía una biblioteca de treinta y cinco mil

ejemplares a mi disposición. Era una persona que me explicaba todo, pero también era un hombre difícil».

Por sugerencia de Hernández, conoció al poeta Carlos Ildemar Pérez, a la sazón director de la Escuela de Letras de la Universidad del Zulia, y se ofreció como voluntario para organizar actividades. Poco tiempo después, le estaba enseñando al profesor un cuaderno de poemas. Pérez se tomó una semana para leerlos y luego le mostró el cuaderno todo rayado. Luis entendía que ninguno de sus poemas servía. Así comenzó una amistad y una guiatra que persiste.

El historiador Jesús Ángel Parra lo ha acompañado en muchos de sus proyectos de promoción cultural. Luis se acercó más a él después de la muerte de Hernández. De Parra ha aprendido el tacto que se requiere para la gestión cultural: «Me hacían falta las artes diplomáticas, cuya ausencia me ha causado tantos problemas».

Fue Parra quien insistió en que añadiera el apellido materno a su firma cuando comenzó en la Escuela de Letras. Muchos compañeros pensaron que era un seudónimo presuntuoso. Eso y el ser contestatario y competitivo no ayudó mucho a su popularidad, en especial entre el profesorado. «Yo siempre he sido muy dado a que me odien.»

Publicar junto a otros compañeros una hoja llamada *Volante portátil* con poemas de los estudiantes, le permitió darse cuenta de que había gente de su edad haciendo lo mismo en otros lugares del país: Pedro Varguillas con *Bello Público* en Mérida o Ennio Tucci con la revista *Cubil* en Falcón. Y con aquello llegó una vaga conciencia de filiación. «A mí Pedro Varguillas, cuando lo conocí en 2008, me dijo: “Tú no vas a dejar de hacer lo que estás haciendo y yo no voy a dejar de hacer lo que estoy haciendo. Vamos a estar en esto toda la vida. Así que nos toca ser amigos porque somos una generación, queramos o no”. Adalber Salas, en las varias antologías que ha hecho, dice algo con lo que estoy de acuerdo: no hay un referente temático entre nosotros. ¿Qué tenemos en común? Bueno, la edad y el hecho de que Miguel Marcotrigiano nos asoció a todos en sus publicaciones.»

Es un lector constante de poesía, sobre todo de poesía venezolana. Caupolicán Ovalles, Alfredo Chacón, Armando Rojas Guardia y Carlos Ildemar Pérez están entre sus poetas favoritos. «Creo que hay algo que no se ha descubierto sobre la poesía venezolana, y quisiera ser yo quien lo descubra. Resulta angustiante que exista tanto poeta bueno, que seamos una sociedad de poetas, de maestros de poetas,





«HAY QUIEN ME HA DICHO
QUE LA GRAN AUSENTE DE MI
POESÍA ES MARACAIBO. PERO YO
LO REFUTARÍA DICHIENDO QUE
MI PROYECTO ES EN MARACAIBO.
YO CREO EN LA POLIS»

poemarios *Noche electoral* (2010), *Poemas para el nuevo orden mundial* (2011), *A puro despecho* (2012), *Semántica de un tornillo enamorado* (2012), *Poemáticas* (2013), *Amoritud* (2013), *Political Manifestation* (2014), *Vos por siempre* (2015) y la antología personal *Contraste* (2015).

Su poesía se mueve entre dos grandes ámbitos: el político y el amoroso, y con frecuencia deriva hacia el desencanto en ambos. Por ejemplo, *Noche electoral*, que lleva por subtítulo *Panfleto para noches en desgracia*, son los versos de una desilusión en el orden político. A Luis le gusta decir que se trata de poemas inspirados por *¿Duerme usted, señor presidente?*, de Caupolicán Ovalles. *Political Manifestation*, por su parte, fue publicado en medio del fragor de las protestas estudiantiles de 2014. «Pensaba que estaba haciendo algo muy rebelde, que contribuía de alguna manera a la libertad del país.»

En sus libros, ha recurrido con frecuencia al epigrama, un viejo amor: «Siendo joven tuve la suerte de enamorarme de Catulo y de Marcial. El hecho de que sea Marcial el que lo ha inventado todo, me dio permiso para escribir lo que sea».

y que todo esto funcione en un circuito cerrado, sin que el resto del mundo sepa quién es Gerbasí o quién es Montejo...»

Luis preside la Asociación Civil Movimiento Poético de Maracaibo, constituida en 2013, que anualmente celebra el Festival de Poesía de Maracaibo. El Movimiento ha editado artesanalmente, en tirajes hechos a mano que van de veinte a cincuenta ejemplares, más de sesenta libros de poetas nacionales y extranjeros. «Esto lo hemos hecho en los últimos tres años, pese al incremento de los costos. Ha sido una oportunidad para publicar a toda una generación de poetas. Es un proyecto hermoso. Uno de mis orgullos.»

OBRA QUE SE VA HACIENDO COMPLEJA

Ha llenado muchos cuadernos de poemas escritos a mano, con rapidograph. En esa producción casi compulsiva, ha publicado en un lapso de seis años los

Hoy va notando cambios en sus urgencias poéticas. «Lo principal es que ya no escribo porque tenga algo que decir, sino por decir algo que tenga en el poema la contención correspondiente. Mi problema radica en saber si lo que estoy diciendo encuentra en el poema su forma exacta. No importa lo que diga si el poema no funciona.» Quizás por eso identifica sin titubeos lo que no le gusta de *Poemáticas*: «Pienso que cuando se lee en voz alta no funciona. Es un problema del cuerpo completo del libro».

Amoritud, *A puro despecho* y *Semántica* hablan de momentos distintos de la misma historia: son poemas escritos para la misma mujer. El primero es un poemario de un amor gozoso que se transforma en despecho en el segundo. Y aunque sufrió mucho escribiendo este último, descubrió que sus amigos se reían al leerlo. «Supongo que, en el fondo, resultaron poemas un poco humorísticos.» De *A puro despecho* pondera sus hallazgos, como introducir la coma para conferir ciertos ritmos. Pensó que el reto era hacer el poema lo más sencillo posible, pero da la lección por vista: «Disfruté mucho del resultado, pero ya no escribiría poemas así, porque me parece que son muy fáciles. Creo que podría escribir diez libros como *A puro despecho*, con esos giros, con esa astucia, con esa sonrisa. Pero me siento estúpido haciéndolo».

Sus búsquedas ahora son más formales. En *Vos por siempre* explora las posibilidades de las preposiciones y los adverbios, la intimidad del voseo zuliano, el registro irreverente y afectivo a un mismo tiempo. Ahora sobreviven menos poemas a la depuración. «Hay más cuadernos, pero la escritura es más producida. Últimamente, escribir se me hecho más difícil.» Y aunque no postula una poética, cree que el oficio es vivir. «Escribir es una manera útil de estar vivo. Ayudas a otros a tener esperanza, tú mismo te llenas de esperanza, aunque lo que digas sea desesperanzador, aunque ni siquiera importe lo que digas. El simple hecho de que existan poetas, o de que en tu barrio la gente sepa que ese que va allí es un poeta, te da esperanza.»

«Hay quien me ha dicho que la gran ausente de mi poesía es Maracaibo. Pero yo lo refutaría diciendo que mi proyecto es en Maracaibo. Yo creo en la polis. Mi capital, mi ciudad, mi quién yo soy, es mi polis. Me puede parecer valiente el que se va, pero también creo que hace falta que se quede alguien haciendo de coartada. Yo soy separatista. Yo creo que los zulianos tenemos un gran problema que se llama Venezuela. Y creo que la historia nos ha dado la razón: desde hace más de cien años se explota petróleo en este estado y donde menos se ha invertido es en el Zulia. Tenemos un historial de agravios, y creo que Caracas ha sido mezquina. Por eso sumo esfuerzos a favor de la descentralización cultural. Ante la capital, como representación del país, la primera bandera que debería levantar un zuliano es la del odio. La única manera de salir de la crisis a la cual estamos sometidos los zulianos no es el cambio político en Caracas. Es la independencia, o la autonomía, o una federación verdadera. Prefiero no pensar en si voy a ser un poeta venezolano. Quisiera ser uno de los primeros poetas zulianos.» ●



MARGARITA ARRIBAS

CARACAS, 1962 | Periodista, lingüista y correctora. Profesora de la Escuela de Comunicación de la Universidad del Zulia en el área de Redacción Periodística. Sus artículos de opinión, reportajes y entrevistas han sido publicados en revistas y periódicos de la región occidental. Tiene un libro de poemas publicado (*Para borrar una niña*, 1991).



FERNANDO BRACHO

MARACAIBO, 1970 | Comunicador social y fotógrafo profesional. Numerosas exposiciones individuales y colectivas. Colaborador regular de diarios y revistas. Fotografía fija de largometrajes. Premio «Monseñor Pellín» (1990).



Extiendo los brazos y soy un yelmo bifronte

el zumbido se hace eco y pararrayos
retrocede y la muerte me convoca

una sutil sordera me ubica
estamos adentro

en la burocracia

y los truenos son normales
ya las bestias han devorado todo el grito
solo quedamos haciendo ausencia algunos
con la gaveta llena de planillas
numeradas infinitamente hasta la sombra

un temporal de nueces llena los calendarios

de alguna forma habrá que apagar
el seseo de nuestra conciencia

parimos excusas y las criamos
somos de un exilio demorado
y el pánico provoca estos olvidos
ya no queda nadie en la oficina
todos han pintado su decencia en la marcha

yo soy quien falsea
a quien le entregaron la combinación del acuerdo

ahora me desnudo

este monstruo es mi conciencia.

[De *Political manifestation*]

Erotismo punzante

MIGUEL ÁNGEL CAMPOS



Leída fuera de su cuna, la poesía de Perozo Cervantes parecería una escritura ruidosa, buscando el rumbo. Y no es que su conflicto sea una suma variopinta, pues ella orbita en torno a un acordado inventario, que se expande sin recurrir a otras identidades. Se sabe desde el primer momento que estamos en presencia de un afán, de un tesón dispuesto a llegar hasta el final. La poca edad de este autor no puede admitirse como razón de esa tenacidad, tampoco su acelerada vida. La potencia de la respiración solo produce ráfagas; en cambio, me gustaría asociar su activa vocación a descubrimientos propios de la observación: la insuficiencia de la energía, la duda ante lo ruidoso, el abismamiento de la literatura. La experiencia no garantiza ningún arte, diría Oscar Wilde, y aunque los sentidos lleguen a ser autosuficientes en el contacto con la realidad, ningún rastro queda de ella cuando no se la retiene interviniéndola.

La de Perozo Cervantes es ante todo una elección, y en materia de arte esto supone la sospecha que conduce a puertas semiabiertas: deberán ser selladas al traspasar el umbral. Este acto deliberado de sumersión se nos aparece en toda su transparencia, casi con candor, en la confianza con que se entrega a generar una escritura concebida como el centro de los placeres: de la imaginación, del cuerpo

limitado. Si dijéramos que el erotismo —diverso, sin género— es el mundo central de esta poesía, estaríamos signando el todo con un solo lamento, un canto agónico. La capacidad de una conciencia que se fuga de su intimidad sin abandonarla, sin hacer particiones: allá el mundo, aquí mi hedonismo. Deja por largos ratos la piel húmeda de la serpiente y deambula por el bosque, reconoce su extensión, señala el sol y se cubre de él, hace juicios. Los períodos de ese erotismo punzante, largos, obsesivos, arropan gustos pero también dejan una huella: el texto marcado por aquella inminencia. Todo erotismo es un brote de lo atado y atascado, sexualidad extensa en la memoria del insatisfecho que busca justificarse fuera del desvarío. Así aparece en nuestra María Calcaño, y también en más de un pasaje de este autor, en filiación inmediata con aquella, curiosa disposición masculina de una nostalgia que siempre vimos como inherente a lo femenino: reclamo, el sexo insatisfecho. Sexo conjugador de miembros y verbos, afirmación de una identidad corporal necesitada de elocuencia, casi de ilustración. Desde allí se irradia el punto de vista, y este fluye en el horizonte menos seguro de las alteridades: sociedad de consumo, el país social, las rebeldías soterradas.

[Ensayista, crítico, editor. Profesor de LUZ y de la UNICA]





Raquel Abend van Dalen

«Soy pura palabra»

Nacida en Caracas, en 1989, es licenciada en Comunicación Social por la Universidad Monteávila y magíster en Escritura Creativa en Español por la New York University. Ha publicado los poemarios *Sobre las fábricas* (2014) y *Lengua mundana* (2012), y la novela *Andor* (2013). Coautora del libro *Los días pasan y las formas regresan* (2013). Se ha desempeñado como editora en Brutus Editoras (Chile-Nueva York) y dirige la colección de No Ficción «Papeles Salvajes» en Editorial Ígneo (Caracas-Miami-Lima).

TEXTO MARÍA ÁNGELES OCTAVIO | FOTOS VIOLETTE BULE

OBSESIÓN POR EL 7

Nací un 7 de febrero. Mi mamá escogió esa fecha. No sé cómo fue posible. Mi parto no fue por cesárea. Entonces no entiendo cómo lo logró, cómo lo sincronizó. A ella también le gusta mucho el número 7, y también el 3. Tiene fijación con esos números. Ese año, 1989, el 7 cayó en época de carnaval. A mí el 7 me da suerte. Es decir, me pasan cosas maravillosas los días 7.



«SOY MUY INQUIETA.
CONSTANTEMENTE CUESTIONO
TODO. TRATO DE ENTENDER
EN QUÉ CONSISTE ESTE MUNDO»

GARABATEAR LAS PAREDES

En casa teníamos colores, carboncillos. Teníamos todos los materiales que hay en el taller de un artista a la mano. No estaba mal visto que pintáramos las paredes o el piso. Eran formas de expresión. La sala y el taller eran lo mismo. Nuestro hogar estaba abarrotado de cuadros y esculturas. Mi hermano Ricardo y yo pintábamos puertas, creábamos escenarios. Jugábamos a que los atravesábamos y salíamos a otra realidad. No había límites para la imaginación, para la creatividad. La mayoría de los objetos de casa estaban llenos de pintura: el teléfono, el televisor, las sillas, el comedor, la mesa, el piso. Tuve una relación muy íntima con el arte, porque me montaba sobre las esculturas de mi papá; las usaba como caballito, como si fueran juguetes. Por otro lado, mi mamá nos llevaba al Banco del Libro, donde había cuentacientos. Eso me abrió el apetito por las palabras. Siento que la imaginación era muy superior a la realidad. Lo que más contaba en mi infancia era la irre realidad, la creatividad.

ESE ÚTERO

Antes de escribir, yo bailaba, hacía teatro, pintaba. Todavía pinto y hago *collages*. Siempre he tenido la necesidad de crear. Cuando descubrí que escribía, me sentí satisfecha, pues había encontrado mi medio de expresión. La escritura se convirtió en mi refugio, en ese útero en el que uno se siente segura y desde el que mira el mundo. También desde niña escribí muchos cuentos fantásticos, algunos tétricos. Muñecas que cobraban vidas, casas flotantes, mundos circenses. Luego apareció la poesía y la crónica. Hoy no escribo ni cuentos ni crónicas; me desenvuelvo entre la novela y la poesía. Las novelas toman mucho tiempo, pero las veo como una bendición. Gozo creando personajes: conociéndolos, dándoles vida. Les regalo rasgos que ya no quiero para mí. Me gusta insuflarlos de profundidad psíquica, para que caminen solos. Pero la poesía es diferente: ella se da forma a sí misma; es orgánica, independiente; no necesita mi ayuda. Yo termino siendo una intermediaria entre los versos y el teclado. Voy experimentando con las formas, con los temas, y de pronto, sin darme cuenta, aparece un cuerpo que respira por sí solo.

TRES GENERACIONES

Mi papá, Harry Abend, se casó tres veces. Así que somos tres generaciones: los cincuentones, los veinteañeros y los *teenagers*. Esta composición familiar tan dinámica, tan variada, te da una gran fortaleza; un entrenamiento para lidiar con mucha gente. Uno madura cuando tienes que relacionarte con hermanos mayores y menores, de diversos matrimonios. Mi mamá no tuvo más hijos: solo Ricardo y yo. Mis padres tuvieron una relación muy larga antes de casarse. Mi mamá vivía en París y mi papá iba y venía. Hasta que se casaron, y a los cuatro años se divorciaron. Duró el tiempo justo para que nació Ricardo y yo. En mi familia siempre ha habido un diálogo muy abierto. Por eso me atrevo a decir siempre lo que pienso. Tuve un espacio donde podía hacerlo. Eso de entender al otro es muy importante.

LO QUE LE HACE DAÑO

Mi mamá siempre me ha apoyado, y mucho más en mi florecer creativo. Pero mi mamá es muy mamá gallina: a ella le ha costado separar mi obra de mi persona. A veces se alteraba por las cosas que yo escribía. Creo que no lograba separar a la poeta de su hija. Y todavía le pasa. Tuve que dejarla a un lado por un tiempo. Pero ahora sí me acepta. Ahora trata de comprenderme separando mis roles. Hace poco mi mamá estuvo en Nueva York y le di a leer mi último libro. Al terminar me miró y no emitió palabra. Yo sabía que le costaba. Me preguntó: «¿Por qué escribes sobre esos temas?» Le contesté: «Escribo sobre lo que me hace daño». Entonces mi mamá tomó un papel y anotó: «Raquel escribe sobre lo que le hace daño». Sospecho que ese papel lo conserva en su cartera y lo saca de vez en cuando para digerir mi poesía. Nunca he escrito para herir; siempre he escrito de lo que me duele. Es mi forma de entender las cosas. Toda la sección imaginaria, fantástica, la reservo para la narrativa. Tuve que entender que lo imaginario está en mi obra y no en mi vida.

HUELLAS CONSCIENTES E INCONSCIENTES

He recibido muchas influencias. Algunas las reconozco y otras son más inconscientes. Crecer en casa de artistas te proporciona unas dinámicas muy diferentes a las de padres de otras profesiones. Muchos rostros cuelgan en mi memoria. Unos han penetrado en mi vida por sus obras, otros por lo que han hecho, otros más por su filiación conmigo. Solamente en el campo del cine podría mencionar a Krzysztof Kieslowski, Michel Gondry, Leo Carax, Ana Lily Amirpour, Woody Allen, Gus van Sant, Charlie Kaufman, Wes Anderson y Hayao Miyazaki. En otros campos mencionaría a Kiki Smith, Patty Smith, Sophie Calle.



LOS INCONDICIONALES

Mi hermano Ricardo, desde el principio, ha sido mi primer lector. Leyó todos mis poemas, mi primera novela. Pero actualmente Adalber Salas es mi lector y editor. No hay nada que no pase primero por sus ojos. Además de la relación personal, tenemos una conexión creativa muy fuerte.



**«UNA VEZ QUE UNO SE SIENTA A
ESCRIBIR, COMIENZA A ORDENAR EL
MUNDO EN PALABRAS. ES COMO
UNA ESPECIE DE TRADUCCIÓN, QUE
BUSCA SENTIDO»**

CADA LIBRO DE MI BIBLIOTECA

Otra persona que ejerció una influencia muy importante en mí fue mi abuelo, Jan van Dalen. Él era dueño de librerías. La suya se llamaba Las Mercedes, como la urbanización, y quedaba justamente en el centro comercial donde antes estaba el supermercado CADA. Yo crecí yendo por las tardes a esa librería para leer y jugar. De hecho, el primer taller de poesía que hice fue con Cecilia Ortiz en esos mismos espacios.

APRENDER A LEER

Cada uno de mis padres ejerció una influencia particular en mi vida. A nivel literario, mi papá tuvo una mayor influencia. Desde que empecé a mostrarle lo que escribía, él comenzó a interesarse más allá del orgullo de padre. Creo que él presentía mi voz y mi estilo. Se emocionó mucho desde el principio. Comenzó a darme libros y a pedirme que le mostrara todo lo que escribía. Opinaba, me corregía, se involucraba. Pancho Massiani era muy amigo de mi papá, y un día que estaba de visita le dijo: «Raquel está escribiendo». Luego me llamó y me dijo: «Léele algo a Pancho». Empecé entonces a leer y Pancho, que tenía

un periódico en la mano, me dio un golpe con el papel y dijo: «Lee pausadamente, con sentimiento». Yo tenía quince años. Volví a leer y él me volvió a dar por la cabeza. «Insisto: más lento.» Así que aprendí a leer poesía a los coñazos.

A MI LADO

Hanni Ossott fue muy amiga de mi mamá. Su espíritu me acompañó siempre. Su presencia era habitual en mi casa. Era parte de mi imaginario infantil, sentada siempre en mi sala. Mi mamá nos leía versos de Hanni, pero para mí eran una tortura. Sin embargo, poco a poco fueron calando en mí. Luego de su muerte, mi familia quedó muy amiga de Manuel Caballero,

su esposo. Venía los domingos a casa y desayunaba con nosotros. Manuel fastidiaba a mi mamá y le decía que ella alteraba a Hanni cuando estaban juntas.

Hanni Ossott fue la primera poeta que leí. Su poesía no es fácil. Haber llegado a ella desde muy joven me influenció de manera determinante. Crecer con todos estos personajes, Hanni o Pancho, me hizo verlos con naturalidad. Para mí eran solo personas. No me interesaban la fama o los premios que habían ganado. Nunca he podido idolatrar a nadie. Cuando tú reduces las personas a sus funciones físicas —correr, dormir, comer—, las humanizas, les das más crédito. Todos somos miserables. Por eso me siento a gusto en Nueva York. Porque a nadie le importa nada ni nadie. Cada quien está en lo suyo. Me cuesta mucho idealizar a las personas. Y sin embargo, amo a Sophie Calle, la fotógrafa francesa, y a María Negroni, mi escritora más admirada.

LAS HADAS

Mis lecturas han estado siempre fuera de los cánones. Lo que se suponía que debía leer, no lo leía. Leí, en cambio, a Clarice Lispector, Margarite Duras, Herta Müller, María Negroni, Zbigniew Herbert, Marosa Di Giorgio, David Foster Wallace, Henry Miller, Raúl Zurita, Mark Strand y Nicanor Parra.

Los libros son objetos inertes, y sin embargo hay algunos que se te pegan. Siempre fui muy solitaria en mis búsquedas. No le debo nada a nadie. A Anne Sexton y a Sylvia Plath las descubrí yo sola. A Sylvia Plath fue en la librería Shakespeare and Co. de París. Había viajado con mi mamá, a quien le habían encargado un proyecto. Es la única vez que he estado en París. Fue un viaje muy intenso y especial, porque mi mamá me mostró su París. Así que el París que conozco es el de mi mamá. Recuerdo entonces que agarré un libro al azar y lo abrí: ante mí estaba el poema «Daddy». Me impactó tanto que compré el libro. No tenía idea de quién era Sylvia Plath. Con Anne Sexton fue como un tropezón. Estaba corriendo por Barnes & Noble porque nos teníamos que ir y mi hombro se llevó un libro. Al caer vi la portada: *Transformation*. Ese libro tenía que ver con cuentos de hadas, que a su vez tienen mucho que ver conmigo, porque me obsesionan. Para mí las hadas no son para niños; tienen una dureza, una profundidad psicoanalítica que siempre me ha impactado.





EL MUNDO NO ES ASÍ

El colegio fue un asunto muy difícil, muy duro. Porque además estudié en un colegio de puras niñas. Ya eso fue un error, porque el mundo no es así. Los niños son crueles. Profesan una crueldad excusada por la edad, que no tiene consecuencias. Hay algo que me agobia: el *bulling*. Eso ha destruido a mucha gente. Y no es fácil protegerse.

Odiaba las clases de literatura, porque eran muy aburridas. Siempre he sido muy distraída; tenía que anotar todos los nombres. Nunca me ha interesado la sintaxis o la rima. Por eso no estudié Letras, porque no quería que me dijeran qué tenía que leer. En términos generales, me sentía muy desadaptada en Caracas. Estudié en el colegio María Auxiliadora. Mi último libro aborda el tema de la religión. Mi papá es polaco y mi mamá nos crió en un marco muy europeo, porque ella es de ascendencia holandesa. Mi papá es judío; mi mamá, católica. Crecí rodeada de muchas culturas y religiones. Nunca sentí que crecía bajo los esquemas de la cultura venezolana, aunque se colaba en mi vida. Nací allí y tengo mucho de venezolana, pero yo siempre sentí que debía salir, que me tendrían que ir a otra parte. Más allá de lo político, yo sentía que todo me amenazaba. Soy una persona un poco paranoica. Estaba sufriendo porque temía que en cualquier momento me pasara algo. Ahora bien, aunque Venezuela hubiera estado perfecta, aunque hubiera sido el mejor país del mundo o el más estable, aunque me hubieran ofrecido las mejores oportunidades laborales, igual me hubiera ido. Sentía la pulsión de ver qué había afuera. La sensibilidad se me impuso.

ATERRIZAR EN LA REALIDAD

Me gusta ser periodista porque me obliga a tener los pies sobre la tierra. Es como un ancla para no volver a ese estado imaginario. El entrenamiento periodístico me dio varias cosas: disciplina y rutina de escritura, capacidad para escribir bajo presión, arrojo de producir sin tener miedo.

ARRANCAR DE NUEVO

Este es un momento muy complejo, de muchos cambios. Todo comenzó el 29 de febrero de 2016, año bisiesto. Desde esta fecha me han ocurrido muchas casualidades, cosas raras que me conectan con mucha gente. Me siento muy despierta, como con insomnio. Por lo general,

duermo diez horas, pero desde entonces estoy muy inquieta. Estoy redescubriendo cosas. Ahora solo trabajo hasta las tres de la tarde. He recuperado mi jornada de escritura. Antes estaba un poco muerta, enterrada en el sistema. Trabajaba con un horario muy exigente. Estaba haciendo el trabajo de cuatro personas. Eso me tenía completamente zombi. Estaba muy infeliz, pero ahora todo ha cambiado. Ahora puedo estar en un parque y pasar la tarde conversando con un amigo. Es como un milagro. He recuperado la posibilidad de caminar, de ver museos, de ir al cine, de ver a amigos. Estoy viviendo de nuevo. Me gusta quien soy hoy en día. Me hace muy feliz encontrar pequeñas conexiones. Me anuncian buenos proyectos: una reedición en Miami, una publicación en España. Venía de un estancamiento de más de dos años, en el que llegué a pensar que más nunca escribiría. Escribir es mi forma de investigar, de criticar, de quejarme, de amar. Necesito escribir.

EL MIEDO

Tuve un estancamiento horrible. La presión de trabajo era muy fuerte. Llegué a pensar que podía enloquecer.

MI CIUDAD

Al salir de Venezuela viví en Georgia, un pueblo perdido en medio de la nada. Mi primera novela me tomó cinco años, porque solo la escribía en verano. Cada año debía reconstruir el personaje, porque era otra persona la que estaba escribiendo. Edgar, el personaje, tuvo todas las edades, todas las personalidades, cuando aterricé en Georgia. Mientras no encontraba trabajo, me sentaba a escribir disciplinadamente. Porque, si no, me iba a dar algo.

De ahí me fui a Florida. Apenas supe que la habían aceptado en NYU, me vine a Nueva York. Solo había estado una vez en esta gran ciudad. Me vine con mi hermano. Él traía una enorme lista de actividades turísticas, pero a mí no me interesaba nada turístico. Yo lo que quería era caminar. Desde aquel primer momento, sentí que pertenecía a Nueva York. «Esta es mi casa», me dije. La casa no es donde uno nace, sino la que uno escoge. Hace unos años mi mamá escogió París, y esa es la ciudad a la que ella pertenece. Pero yo pertenezco a esta ciudad. Nueva York es mi ciudad.

MURIENDO AHORA

Ya tengo cinco años en Nueva York y estoy feliz, tranquila. Sin embargo, durante mi primer año de maestría llegué a sentir una gran depresión. Ocurrieron varias cosas que comprometieron mi identidad, mi autoestima. La sensación era esta: todo lo que había venido construyendo a lo largo de la vida, todo lo que había sido hasta ese momento, estaba muriendo. Tuve que



**«TUVE QUE ENTENDER QUE
LO IMAGINARIO ESTÁ EN MI OBRA
Y NO EN MI VIDA»**

levantarme. Mi impresión es que tenía un ego prestado. Teniendo los padres que tuve, heredé sus egos hasta que se desvanecieron. Tuve que crear un ego basado únicamente en mí misma, y eso es lo que ahora me está sosteniendo. Mis padres no solo son personas creativas sino seres humanos. Son muy fuertes. Cuando pienso en todo lo que le ha pasado a mi padre, que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, me lleno de energía y levanto la cabeza. El ya tiene 79 años, pero es como si no los tuviera.



«EMPECÉ A BOTAR CAPAS Y LO QUE QUEDÓ FUE LA ESENCIA DE LO QUE SOY. A PARTIR DE NUEVA YORK HE RECONSTRUIDO UNA MEJOR VERSIÓN DE MÍ MISMA»

Volviendo a mi primer año de maestría, tomé clases con maravillosos escritores y profesores. Por la estructura del curso, tenía mucho tiempo libre. Comencé a sentir que me iba a pasar algo terrible, porque no podía creer mi suerte; no la aceptaba. Así de paranoica soy. Sufrí lo que se llama desarraigo. Mi libro *Sobre las fábricas* tiene mucho que ver con esa sensación de extravío. La tutora de mi proyecto fue la chilena Diamela Eltit, que es una escritora maravillosa. Lo hicimos a larga distancia. Ella me daba clases y yo le presenté mi proyecto. Le interesó y aceptó ser mi tutora. Hoy en día, seguimos en contacto.

He encontrado a gente muy brillante en Nueva York, que además se interesa por lo que yo hago. Me siento muy afortunada. Y todo esto gracias a la maestría, que me ha permitido acercarme a un círculo de personas con intereses semejantes. Siento que lo que no me gustaba de mí misma ha desaparecido, ha muerto. Venía cargada de prejuicios. Uno construye un universo simbólico y tienes la posibilidad de decidir si deseas seguir siendo así o no. Pasa pocas veces, pero pasa. Y a mí me pasó. Empecé a botar capas y lo que quedó fue la esencia de lo que soy. A partir de Nueva York he reconstruido una mejor versión de mí misma. Estoy más cómoda, más contenta. Cada vez soy más libre del pensar del otro. En Nueva York soy feliz y puedo crear.

DEFINIR EL OFICIO

Escribir, crear, escribir, inventar, escribir, experimentar. Estos son los verbos que me han acompañado desde que nací. Tanto mi papá como mi mamá han producido arte toda la vida, y yo siento que tengo la fuerza latente que me empuja a crear. No me interesa estar fuera de ese ámbito. Yo me sumé a la fuerza creadora. Muchas veces escribo algo y, cuando lo leo, me doy cuenta de que algo me está pasando. No escribo necesariamente de lo que ya sé que quiero escribir, sino que muchas veces me entiendo mejor a partir de la relectura.

EL ORDEN DEL MUNDO

Soy muy inquieta. Constantemente cuestiono todo. Trato de entender en qué consiste este mundo. Una vez que uno se sienta a escribir, comienza a ordenar el mundo en palabras. Es como una especie de traducción, que busca sentido. Estoy completamente enamorada del lenguaje: me gustan las palabras; las disfruto, las escribo. Tengo dos tipos de escritura: una que tiene horario de oficina, que se escribe por horas o por trabajo, y otra en la que entro en una especie de trance. Lo que estoy escribiendo actualmente, lo he escrito todo en cuatro sentadas. Es un poema de largo aliento, que no tiene signos de puntuación. Y aunque estoy plenamente consciente de lo que estoy diciendo, siempre hay un arranque, un asunto físico. Me sudan las manos, se me acelera el pulso, vivo todo de una manera más intensa.

No puedo escribir a mano, porque no entiendo mi propia letra. Mi mente va mucho más rápido que mis extremidades. Me frustra escribir a mano porque no logro recordar lo que estaba pensando. Entonces he recurrido a las libretas. Tengo miles de libretitas vacías; las colecciono. Admito que puede haber algo fetichista: el olor del cuero, la cuerda que marca las páginas. También me pongo a dibujar en ellas.

No me gusta grabar, porque no me gusta escucharme. Pero cuando escribo poesía, me gusta leer en voz alta para detectar asonancias o cacofonías. Cuando estoy sola, me cuesta oírme. Y cuando me escucho, hasta mi voz cambia. Puedo leer en recitales; me fascina tomar un micrófono y leer. Dependiendo del texto, me siento mejor leyendo en público que sola.

MI COLECCIÓN

Por el mismo hecho de ser desprendida, no se me quedan frases ni me identifico con tal o cual cosa. Creo que hay gente que se obsesiona, que se relaciona con un objeto. Por ejemplo: una palmera. Y entonces todo es palmeras y cuando ven a alguien también ven palmeras. Es una manera de estamparte en la cabeza de los demás. La gente con sus obsesiones suspira. De seguro yo también las tengo, pero no me gusta que se me peguen las cosas. Es imposible que una sola imagen represente tu vida. Hay imágenes que poco a poco me han ido definiendo, pero nunca una sola. Si en este momento, esta pluma que tengo en las manos dejara de escribir, sería triste, porque además no tengo otra. La colección la he dejado en casa, y ya no tengo con qué dibujar. ●



MARÍA ÁNGELES OCTAVIO

CARACAS, 1964 | Comunicadora social, narradora, editora, fotógrafa. Magíster en Literatura Comparada (UCV). Colaboradora de *Sala de Espera*, *Complot* y «Papel Literario». Premio de Narrativa Monte Ávila Editores (2004).



VIOLETTE BULE

VALENCIA, 1980 | Estudios en la Escuela Activa de Fotografía de México y en el Centro Nacional de Fotografía de Caracas. Ha expuesto en museos y ferias artísticas de Caracas, París, Tokio, Nueva York, Londres, Hong Kong, China y Miami. Ganadora del XVIII Salón de Jóvenes con FIA.

Llegué a la plaza del *town hall* donde sería la fiesta y lo que encontré fueron dos mesas rectangulares unidas con restos de una celebración a la que no llegué, que ni siquiera entiendo o comparto, las revoluciones no significan, así pasa, igual que las desaforadas corrientes de aire o agua, la vida, es lo mismo cuando el cuerpo se tiende sin derrota a sentirse vencido por un rato, la *petite mort* franca y a la vez múltiple, la ropa pesada se vuelve aún necesaria para soportar el engranaje de las cosas, piernas que trotan al ritmo de los animales que matan a los lados de la carretera, donde la tierra es salvaje y de un verde agresivo, portentoso, hálblame hermosa mujer, hálblame, por ti construyo este alfabeto de las cosas absolutas, deja ir a la adolescente que has tenido que alimentar para que no desfallezca y encuéntrate de mujer a mujer conmigo, donde todo está por ocurrir, donde somos comensales y arrancamos la carne de boca a boca, chupa esta saliva mugrienta esta sangre fresca este jugo de infancia y adultez que comienza a tener coherencia entre tus tetas, chorreándose entre tus nalgas toda la memoria de peces naranja y azules, las algas que sujeto entre los dientes, trago la médula de tus huesos, mírame, mira cómo te arrastro conmigo, un secuestro mortal.

[De *La corte de los milagros*]



Mundanía ciudadana

IGOR BARRETO



Si hay una categoría que abarca tanto la modernidad como la contemporaneidad es «lo mundano». Sus territorios van de Bau-delaire a Milosz, de Adianne Rich a Louise Gluck; es la ciudad y sus gestualidades lingüísticas, y sus modos culturales, la unicidad de su lenguaje y su pluralidad paradójica. El «Yo» vendría siendo el componente central e inevitable de lo mundano. La escritura de la poeta venezolana Raquel Abend van Dalen pareciera encarnar con violencia los desafíos que esta categoría propone al hombre de hoy, sometido al claustro de una vida radicalmente urbana, y a un habla inescrupulosa y confesional.

En sus libros *Lengua mundana* (2012), *Sobre las fábricas* (2014) y el aún inédito *La edad del rezo*, concurren elementos provenientes de la tradición (pensemos en la poesía venezolana) y otros provenientes de lecturas canónicas para la poesía universal, así como técnicas propias de los medios contemporáneos. En sus textos conviven una conciencia de la condición femenina, por momentos tan crítica como la emblemática en los años ochenta por María Auxiliado-

ra Álvarez. En sus poemas encontraremos el uso del verso breve y concentrado, aunque también una escritura contaminada de prosaísmos, donde la poeta deja caer su aureola con el dinamismo de lo digital.

En *Sobre las fábricas* llama la atención la intensidad de su diálogo con la ciudad. Entre el individuo y la ciudad: *Me enfrento a mi ciudad/con la esperanza de un perro contagiado de moral/ (y luces)*... Este encuentro enmarcado por el desarraigo y un continuo sentimiento de lo absurdo aborda, desde lo real y lo imaginario, nuestro fracaso en la construcción de una posible modernidad.

Raquel Abend es dueña de una voz individual, pero que se aparta de la experiencia decorativa de una coloquialidad fácil y típica. Elige la mundanía ciudadana para llevar a cabo su exploración de lo social y lo psicológico, los cuales permanecen vigentes porque son referidos sin demora a la experiencia de lo «individual-universal», a un «este» que es también un «aquel».

[Poeta, editor, docente. Obtuvo la beca Guggenheim en 2008]

.....

*Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2016, en los talleres
de Gráficas Lauki, en Caracas, Venezuela.*

.....

ISBN: 978-960-6671-09-8



9 789806 671098



RIF J-07013380-5



RIF J-310069921-1

Carlos Ávila
Willy McKey
Ana García Julio
Daniela Jaimes-Borges
Graciela Yáñez Vicentini
Jairo Rojas Rojas
Jesús Miguel Soto
José Delpino
Natasha Tiniacos
Rodrigo Blanco Calderón
Alejandro Sebastiani Verlezza
Gabriel Payares
Hensli Rahn Solórzano
Mario Morenza
Víctor García Ramírez
Santiago Acosta
John Manuel Silva

Miguel Hidalgo Prince
Reinaldo Cardoza
Diego Arroyo Gil
Franklin Hurtado
Marianne Díaz Hernández
Néstor Mendoza
Víctor Alarcón
Alejandro Castro
Francisco Catalano
Zakarías Zafra
Adalber Salas Hernández
Enza García Arreaza
Pedro Varguillas
Camila Ríos Armas
Delia Mariana Arismendi
Luis Perozo Cervantes
Raquel Abend van Dalen

